Emma

Jane Austen

CAPÍTULO PRIMERO

EMMA WOODHOUSE, bella, inteligente y rica, con una familia acomodada y un buen carácter, parecía reunir en su persona los mejores dones de la existencia; y había vivido cerca de veintiún años sin que casi nada la afligiera o la enojase.

Era la menor de las dos hijas de un padre muy cariñoso e indulgente y, como consecuencia de la boda de su hermana, desde muy joven había tenido que hacer de ama de casa. Hacía ya demasiado tiempo que su madre había muerto para que ella conservase algo más que un confuso recuerdo de sus caricias, y había ocupado su lugar una institutriz, mujer de gran corazón, que se había hecho querer casi como una madre.

La señorita Taylor había estado dieciséis años con la familia del señor Woodhouse, más como amiga que como institutriz, y muy encariñada con las dos hijas, pero sobre todo con Emma. La intimidad que había entre ellas era más de hermanas que de otra cosa. Aun antes de que la señorita Taylor cesara en sus funciones nominales de institutriz, la blandura de su carácter raras veces le permitía imponer una prohibición; y entonces, que hacía ya tiempo que había desaparecido la sombra de su autoridad, habían seguido viviendo juntas como amigas, muy unidas la una a la otra, y Emma haciendo siempre lo que quería; teniendo en gran estima el criterio de la señorita Taylor, pero rigiéndose fundamentalmente por el suyo propio.

Lo cierto era que los verdaderos peligros de la situación de Emma eran, de una parte, que en todo podía hacer su voluntad, y de otra, que era propensa a tener una idea demasiado buena de sí misma; éstas eran las desventajas que amenazaban mezclarse con sus muchas cualidades. Sin embargo, por el momento el peligro era tan imperceptible que en modo alguno podían considerarse como inconvenientes suyos.

Llegó la contrariedad -una pequeña contrariedad-, sin que ello la turbara en absoluto de un modo demasiado visible: la señorita Taylor se casó. Perder a la señorita Taylor fue el primero de sus sinsabores. Y fue el día de la boda de su querida amiga cuando Emma empezó a alimentar sombríos pensamientos de cierta importancia. Terminada la boda y cuando ya se hubieron ido los invitados, su padre y ella se sentaron a cenar, solos, sin un tercero que alegrase la larga velada. Después de la cena, su padre se dispuso a dormir, como de costumbre, y a Emma no le quedó más que ponerse a pensar en lo que había perdido.

La boda parecía prometer toda suerte de dichas a su amiga. El señor Weston era un hombre de reputación intachable, posición desahogada, edad conveniente y agradables maneras; y había algo de satisfacción en el pensar con qué desinterés, con qué generosa amistad ella había siempre deseado y alentado esta unión. Pero la mañana siguiente fue triste. La ausencia de la señorita Taylor iba a sentirse a todas horas y en todos los días. Recordaba el cariño que le había profesado -el cariño, el afecto de dieciséis años-, cómo la había educado y cómo había jugado con ella desde que tenía cinco años... cómo no había escatimado esfuerzos para atraérsela y distraerla cuando estaba sana,

y cómo la había cuidado cuando habían llegado las diversas enfermedades de la niñez. Tenía con ella una gran deuda de gratitud; pero el período de los últimos siete años, la igualdad de condiciones y la total intimidad que habían seguido a la boda de Isabella, cuando ambas quedaron solas con su padre, tenía recuerdos aún más queridos, más entrañables. Había sido una amiga y una compañera como pocas existen: inteligente, instruida, servicial, afectuosa, conociendo todas las costumbres de la familia, compenetrada con todas sus inquietudes, y sobre todo preocupada por ella, por todas sus ilusiones y por todos sus proyectos; alguien a quien podía revelar sus pensamientos apenas nacían en su mente, y que le profesaba tal afecto que nunca podía decepcionarla.

¿Cómo iba a soportar aquel cambio? Claro que su amiga había ido a vivir a sólo media milla de distancia de su casa; pero Emma se daba cuenta de que debía haber una gran diferencia entre una señora Weston que vivía sólo a media milla de distancia y una señorita Taylor que vivía en la casa; y a pesar de todas sus cualidades naturales y domésticas corría el gran peligro de sentirse moralmente sola. Amaba tiernamente a su padre, pero para ella no era ésta la mejor compañía; los dos no podían sostener ni conversaciones serias ni en chanza.

El mal de la disparidad de sus edades (y el señor Woodhouse no se había casado muy joven) se veía considerablemente aumentado por su estado de salud y sus costumbres; pues, como había estado enfermizo durante toda su vida, sin desarrollar la menor actividad, ni física ni intelectual, sus costumbres eran las de un hombre mucho mayor de lo que correspondía a sus años; y aunque era querido por todos por la bondad de su corazón y lo afable de su carácter, el talento no era precisamente lo más destacado de su persona.

Su hermana, aunque el matrimonio no la había alejado mucho de ellos, ya que se había instalado en Londres, a sólo dieciséis millas del lugar, estaba lo suficientemente lejos como para no poder estar a su lado cada día; y en Hartfield tenían que hacer frente a muchas largas veladas de octubre y de noviembre, antes de que la Navidad significase la nueva visita de Isabella, de su marido y de sus pequeños, que llenaban la casa proporcionándole de nuevo el placer de su compañía.

En Highbury, la grande y populosa villa, casi una ciudad, a la que en realidad Hartfield pertenecía, a pesar de sus prados independientes, y de sus plantíos y de su fama, no vivía nadie de su misma dase. Y por lo tanto los Woodhouse eran la primera familia del lugar. Todos les consideraban como superiores. Emma tenía muchas amistades en el pueblo, pues su padre era amable con todo el mundo, pero nadie que pudiera aceptarse en lugar de la señorita Taylor, ni siquiera por medio día. Era un triste cambio; y al pensar en ello, Emma no podía por menos de suspirar y desear imposibles, hasta que su padre despertaba y era necesario ponerle buena cara. Necesitaba que le levantasen el ánimo. Era un hombre nervioso, propenso al abatimiento; quería a cualquiera a quien estuviera acostumbrado, y detestaba separarse de él; odiaba los cambios de cualquier especie. El matrimonio, como origen de cambios, siempre le era desagradable; y aún no había asimilado ni mucho menos el matrimonio de su

hija, y siempre hablaba de ella de un modo compasivo, a pesar de que había sido por completo un matrimonio por amor, cuando se vio obligado a separarse también de la señorita Taylor; y sus costumbres de plácido egoísmo y su total incapacidad para suponer que otros podían pensar de modo distinto a él, le predispusieron no poco a imaginar que la señorita Taylor había cometido un error tan grave para ellos como para ella misma, y que hubiera sido mucho más feliz de haberse quedado todo el resto de su vida en Hartfield. Emma sonreía y se esforzaba por que su charla fuera lo más animada posible, para apartarle de estos pensamientos; pero a la hora del té, al señor Woodhouse le era imposible no repetir exactamente lo que ya había dicho al mediodía:

-¡Pobre señorita Taylor! Me gustaría que pudiera volver con nosotros. ¡Qué lastima que al señor Weston se le ocurriera pensar en ella!

-En esto no puedo estar de acuerdo contigo, papá; ya sabes que no. El señor Weston es un hombre excelente, de muy buen carácter y muy agradable, y por lo tanto merece una buena esposa; y supongo que no hubieras preferido que la señorita Taylor viviera con nosotros para siempre y soportara todas mis manías, cuando podía tener una casa propia...

-¡Una casa propia! Pero ¿qué sale ganando con tener una casa propia? Ésta es tres veces mayor. Y tú nunca has tenido manías, querida.

-Iremos a verles a menudo y ellos vendrán a vernos... ¡Siempre estaremos juntos! Somos nosotros los que tenemos que empezar, tenemos que hacerles la primera visita, y muy pronto.

-Querida, ¿cómo voy a ir tan lejos? Randalls está demasiado lejos. No podría andar ni la mitad del camino.

-No, papá, nadie dice que tengas que ir andando. Desde luego que tenemos que ir en coche.

-¿En coche? Pero a James no le gusta sacar los caballos por un viaje tan corto; ¿y dónde vamos a dejar a los pobres caballos mientras estamos de visita?

-Papá, pues en las cuadras del señor Weston. Ya sabes que estaba todo previsto. Ayer por la noche hablamos de todo esto con el señor Weston. Y en cuanto a James, puedes estar completamente seguro de que siempre querrá ir a Randalls, porque su hija está sirviendo allí como doncella. Lo único de que dudo es de que quiera llevarnos a algún otro sitio. Fue obra tuya, papá. Fuiste tú quien consiguió a Hannah el empleo. Nadie pensaba en Hannah hasta que tú la mencionaste... ¡James te está muy agradecido!

-Estoy muy contento de haber pensado en ella. Fue una gran suerte, porque por nada del mundo hubiese querido que el pobre James se creyera desairado; y estoy seguro de que será una magnífica sirvienta; es una *muchacha* bien educada y que sabe hablar; tengo muy buena opinión de ella. Cuando la encuentro siempre me hace una reverencia y me pregunta cómo estoy con maneras muy corteses; y cuando la tienes aquí haciendo costura, me fijo en que siempre sabe hacer girar muy bien la llave en la cerradura, y nunca la cierra de un portazo. Estoy seguro de que será una excelente criada; y será un gran consuelo para la pobre señorita Taylor tener a su lado a alguien a quien está acostumbrada a ver. Siempre que James va a ver a su hija, ya puedes suponer que tendrá noticias nuestras. Él puede decirle cómo vamos.

Emma no regateó esfuerzos para conseguir que su padre se mantuviera en este estado de ánimo, y confiaba, con la ayuda del chaquete, lograr que pasara tolerablemente bien la velada, sin que le asaltaran más pesares que los suyos propios. Se puso la tabla del chaquete; pero inmediatamente entró una visita que lo hizo innecesario.

El señor Knightley, hombre de muy buen criterio, de unos treinta y siete o treinta y ocho años, no sólo era un viejo e íntimo amigo de la familia, sino que también se hallaba particularmente relacionado con ella por ser hermano mayor del marido de Isabella. Vivía aproximadamente a una milla de distancia de Highbury, les visitaba con frecuencia y era siempre bien recibido, y esta vez mejor recibido que de costumbre, ya que traía nuevas recientes de sus mutuos parientes de Londres. Después de varios días de ausencia, había vuelto poco después de la hora de cenar, y había ido a Hartfield para decirles que todo marchaba bien en la plaza de Brunswick. Ésta fue una feliz circunstancia que animó al señor Woodhouse por cierto tiempo. El señor Knightley era un hombre alegre, que siempre le levantaba los ánimos; y sus numerosas preguntas acerca de «la pobre Isabella» y sus hijos fueron contestadas a plena satisfacción. Cuando hubo terminado, el señor Woodhouse, agradecido, comentó:

-Señor Knightley, ha sido usted muy amable al salir de su casa tan tarde y venir a visitarnos. ¿No le habrá sentado mal salir a esta hora?

-No, no, en absoluto. Hace una noche espléndida, y con una hermosa luna; y tan templada que incluso tengo que apartarme del fuego de la chimenea.

-Pero debe de haberla encontrado muy húmeda y con mucho barro en el camino. Confío en que no se habrá resfriado.

-¿Barro? Mire mis zapatos. Ni una mota de polvo.

-¡Vaya! Pues me deja muy sorprendido, porque por aquí hemos tenido muchas lluvias. Mientras desayunábamos estuvo lloviendo de un modo terrible durante media hora. Yo quería que aplazaran la boda.

-A propósito... Todavía no le he dado a usted la enhorabuena. Creo que me doy cuenta de la clase de alegría que los dos deben de sentir, y por eso no he tenido prisa en felicitarles; pero espero que todo haya pasado sin más complicaciones. ¿Qué tal se encuentran? ¿Quién ha llorado más?

-¡Ay! ¡Pobre señorita Taylor! ¡Qué pena!

-Si me permite, sería mejor decir pobre señor y señorita Woodhouse; pero lo que no me es posible decir es «pobre señorita Taylor». Yo les aprecio mucho a usted y a Emma; pero cuando se trata de una cuestión de dependencia o independencia... Sin ninguna duda, tiene que ser preferible no tener que complacer más que a una sola persona en vez de dos.

-Sobre todo cuando una de esas dos personas es muy antojadiza y fastidiosa -dijo Emma bromeando-; ya sé que esto es lo que está pensando... y que sin duda es lo que diría si no estuviera delante mi padre.

-Lo cierto, querida, es que creo que esto es la pura verdad -dijo el señor Woodhouse suspirando-; temo que a veces soy muy antojadizo y fastidioso.

-¡Papá querido! ¡No vas a pensar que me refería a ti, o que el señor Knightley te aludía! ¡A quién se le ocurre semejante cosa! ¡Oh, no! Yo me refería a mí misma. Ya sabes que al señor Knightley le gusta sacar a relucir defectos míos...

en broma... todo es en broma. Siempre nos decimos mutuamente todo lo que queremos.

Efectivamente, el señor Knightley era una de las pocas personas que podía ver defectos en Emma Woodhouse, y la única que le hablaba de ellos; y aunque eso a Emma no le era muy grato, sabía que a su padre aún se lo era mucho menos, y que le costaba mucho llegar a sospechar que hubiera alguien que no la considerase perfecta.

-Emma sabe que yo nunca la adulo -dijo el señor Knightley-, pero no me refería a nadie en concreto. La señorita Taylor estaba acostumbrada a tener que complacer a dos personas; ahora no tendrá que complacer más que a una. Por lo tanto hay más posibilidades de que salga ganando con el cambio.

-Bueno -dijo Emma, deseosa de cambiar de conversación-, usted quiere que le hablemos de la boda, y yo lo haré con mucho gusto, porque todos nos portamos admirablemente. Todo el mundo fue puntual, todo el mundo lucía las mejores galas... No se vio ni una sola lágrima, y apenas alguna cara larga. ¡Oh, no! Todos sabíamos que íbamos a vivir sólo a media milla de distancia, y estábamos seguros de vernos todos los días.

-Mi querida Emma lo sobrelleva todo muy bien -dijo su padre-; pero, señor Knightley, la verdad es que ha sentido mucho perder a la pobre señorita Taylor, y estoy seguro de que la echará de menos más de lo que se cree.

Emma volvió la cabeza dividida entre lágrimas y sonrisas.

-Es imposible que Emma no eche de menos a una compañera así -dijo el señor Knightley-. No la apreciaríamos como la apreciamos si supusiéramos una cosa semejante. Pero ella sabe lo beneficiosa que es esta boda para la señorita Taylor; sabe lo importante que tiene que ser para la señorita Taylor, a su edad, verse en una casa propia y tener asegurada una vida desahogada, y por lo tanto no puede por menos de sentir tanta alegría como pena. Todos los amigos de la señorita Taylor deben alegrarse de que se haya casado tan bien.

-Y olvida usted -dijo Emma- otro motivo de alegría para mí, y no pequeño: que fui yo quien hizo la boda. Yo fui quien hizo la boda, ¿sabe usted?, hace cuatro años; y ver que ahora se realiza y que se demuestre que acerté cuando eran tantos los que decían que el señor Weston no volvería a casarse, a mí me compensa de todo lo demás.

El señor Knightley inclinó la cabeza ante ella. Su padre se apresuró a replicar:

-¡Oh, querida! Espero que no vas a hacer más bodas ni más predicciones, porque todo lo que tú dices siempre termina ocurriendo. Por favor, no hagas ninguna boda más.

-Papá, te prometo que para mí no voy a hacer ninguna; pero me parece que debo hacerlo por los demás. ¡Es la cosa más divertida del mundo! Imagínate, ¡después de este éxito! Todo el mundo decía que el señor Weston no se volvería a casar. ¡Oh, no! El señor Weston, que hacía tanto tiempo que era viudo y que parecía encontrarse tan a gusto sin una esposa, siempre tan ocupado con sus negocios de la ciudad, o aquí con sus amigos, siempre tan bien recibido en todas partes, siempre tan alegre... El señor Weston, que no necesitaba pasar ni una sola velada solo si no quería. ¡Oh, no! Seguro que el señor Weston nunca más se volvería a casar. Había incluso quien hablaba de una promesa que había

hecho a su esposa en el lecho de muerte, y otros decían que el hijo y el tío no le dejarían. Sobre este asunto se dijeron las más solemnes tonterías, pero yo no creí ninguna. Siempre, desde el día (hace ya unos cuatro años) que la señorita Taylor y yo le conocimos en Broadway-Lane, cuando empezaba a lloviznar y se precipitó tan galantemente a pedir prestados en la tienda de Farmer Mitchell dos paraguas para nosotras, no dejé de pensar en ello. Desde entonces ya planeé la boda; y después de ver el éxito que he tenido en este caso, papá querido, no vas a suponer que voy a dejar de hacer de casamentera.

-No entiendo lo que quiere usted decir con eso de «éxito» -dijo el señor Knightley-. Éxito supone un esfuerzo. Hubiera usted empleado su tiempo de un modo muy adecuado y muy digno si durante estos cuatro últimos años hubiera estado haciendo lo posible para que se realizara esta boda. ¡Una ocupación admirable para una joven! Pero si es como yo imagino, y sus funciones de casamentera, como usted dice, se reducen a planear la boda, diciéndose a sí misma un día en que no tiene nada que pensar: «Creo que sería muy conveniente para la señorita Taylor que se casara con el señor Weston», repitiéndoselo a sí misma de vez en cuando, ¿cómo puede hablar de éxito?, ¿dónde está el mérito? ¿De qué está usted orgullosa? Tuvo una intuición afortunada, eso es todo.

-¿Y nunca ha conocido usted el placer y el triunfo de una intuición afortunada? Le compadezco. Le creía más inteligente. Porque puede estar seguro de una cosa: una intuición afortunada nunca es tan sólo cuestión de suerte. Siempre hay algo de talento en ello. Y en cuanto a mi modesta palabra de «éxito», que usted me reprocha, no veo que esté tan lejos de poder atribuírmela. Usted ha planteado dos posibilidades extremas, pero yo creo que puede haber una tercera: algo que esté entre no hacer nada y hacerlo todo. Si yo no hubiese hecho que el señor Weston nos visitara y no le hubiera atentado en mil pequeñas cosas, y no hubiese allanado muchas pequeñas dificultades, a fin de cuentas quizá no hubiéramos llegado a este final. Creo que usted conoce Hartfield lo suficientemente bien para comprender esto.

-Un hombre franco y sincero como Weston y una mujer sensata y sin melindres como la señorita Taylor, pueden muy bien dejar que sus asuntos se arreglen por sí mismos. Mezclándose se exponía usted a hacerse más daño a sí misma que bien a ellos.

-Emma nunca piensa en sí misma si puede hacer algún bien a los demás -intervino el señor Woodhouse, que sólo en parte comprendía lo que estaban hablando-; pero, por favor, querida, te ruego que no hagas más bodas, son disparates que rompen de un modo terrible la unidad de la familia.

-Sólo una más, papá; sólo para el señor Elton. ¡Pobre señor Elton! Tú aprecias al señor Elton, papá... Tengo que buscarle esposa. No hay nadie en Highbury que le merezca... y ya lleva aquí todo un año, y ha arreglado su casa de un modo tan confortable que sería una lástima que siguiera soltero por más tiempo... y hoy me ha parecido que cuando les juntaba las manos ponía cara de que le hubiese gustado mucho que alguien hiciera lo mismo con él. Yo aprecio mucho al señor Elton, y ése es el único medio que tengo de hacerle un favor.

-Desde luego, el señor Elton es un joven muy agraciado y un hombre

excelente, y yo le tengo en gran aprecio. Pero, querida, si quieres tener una deferencia para con él es mejor que le pidas que venga a cenar con nosotros cualquier día. Eso será mucho mejor. Y confío que el señor Knightley será tan amable como para acompañarnos.

-Con muchísimo gusto, siempre que usted lo desee -dijo riendo el señor Knightley-; y estoy totalmente de acuerdo con usted en que eso será mucho mejor. Invítele a cenar, Emma, y muéstrele todo su afecto con el pescado y el pollo, pero deje que sea él mismo quien se elija esposa. Créame, un hombre de veintiséis o veintisiete años ya sabe cuidar de sí mismo.

CAPÍTULO II

EL señor Weston era natural de Highbury, y había nacido en el seno de una familia honorable que en el curso de las dos o tres últimas generaciones había ido acrecentando su nobleza y su fortuna. Había recibido una buena educación, pero al tener ya desde una edad muy temprana una cierta independencia, se encontró incapaz de desempeñar ninguna de las ocupaciones de la casa a las que se dedicaban sus hermanos; y su espíritu activo e inquieto y su temperamento sociable le había llevado a ingresar en la milicia del condado que entonces se formó.

El capitán Weston era apreciado por todos; y cuando las circunstancias de la vida militar le habían hecho conocer a la señorita Churchill, de una gran familia del Yorkshire, y la señorita Churchill se enamoró de él, nadie se sorprendió, excepto el hermano de ella y su esposa, que nunca le habían visto, que estaban llenos de orgullo y de pretensiones, y que se sentían ofendidos por este enlace.

Sin embargo, la señorita Churchill, como ya era mayor de edad y se hallaba en plena posesión de su fortuna -aunque su fortuna no fuese proporcionada a los bienes de la familia- no se dejó disuadir y la boda tuvo lugar con infinita mortificación por parte del señor y la señora Churchill, quienes se la quitaron de encima con el debido decoro. Éste fue un enlace desafortunado y no fue motivo de mucha felicidad. La señora Weston hubiera debido ser más dichosa, pues tenía un esposo cuyo afecto y dulzura de carácter le hacían considerarse deudor suyo en pago de la gran felicidad de estar enamorada de él; pero aunque era una mujer de carácter no tenía el mejor. Tenía temple suficiente como para hacer su propia voluntad contrariando a su hermano, pero no el suficiente como para dejar de hacer reproches excesivos a la cólera también excesiva de su hermano, ni para no echar de menos los lujos de su antigua casa. Vivieron por encima de sus posibilidades, pero incluso eso no era nada en comparación con Enscombe: ella nunca dejó de amar a su esposo pero quiso ser a la vez la esposa del capitán Weston y la señora Churchill de Enscombe.

El capitán Weston, de quien se había considerado, sobre todo por los Churchill, que había hecho una boda tan ventajosa, resultó que había llevado con mucho la peor parte; pues cuando murió su esposa después de tres años de matrimonio, tenía menos dinero que al principio, y debía mantener a un hijo. Sin embargo, pronto se le libró de la carga de este hijo. El niño, habiendo además

otro argumento de conciliación debido a la enfermedad de su madre, había sido el medio de una suerte de reconciliación y el señor y la señora Churchill, que no tenían hijos propios, ni ningún otro niño de parientes tan próximos de que cuidarse, se ofrecieron a hacerse cargo del pequeño Frank poco después de la muerte de su madre. Ya puede suponerse que el viudo sintió ciertos escrúpulos y no cedió de muy buena gana; pero como estaba abrumado por otras preocupaciones, el niño fue confiado a los cuidados y a la riqueza de los Churchill, y él no tuvo que ocuparse más que de su propio bienestar y de mejorar todo lo que pudo su situación.

Se imponía un cambio completo de vida. Abandonó la milicia y se dedicó al comercio, pues tenía hermanos que ya estaban bien establecidos en Londres y que le facilitaron los comienzos. Fue un negocio que no le proporcionó más que cierto desahogo. Conservaba todavía una casita en Highbury en donde pasaba la mayor parte de sus días libres; y entre su provechosa ocupación y los placeres de la sociedad, pasaron alegremente dieciocho o veinte años más de su vida. Para entonces había ya conseguido una situación más desahogada que le permitió comprar una pequeña propiedad próxima a Highbury por la que siempre había suspirado, así como casarse con una mujer incluso con tan poca dote como la señorita Taylor, y vivir de acuerdo con los impulsos de su temperamento cordial y sociable.

Hacía ya algún tiempo que la señorita Taylor había empezado a influir en sus planes, pero como no era la tiránica influencia que la juventud ejerce sobre la juventud, no había hecho vacilar su decisión de no asentarse hasta que pudiera comprar Randalls, y la venta de Randalls era algo en lo que pensaba hacía ya mucho tiempo; pero había seguido el camino que se trazó teniendo a la vista estos objetivos hasta que logró sus propósitos. Había reunido una fortuna, comprado una casa y conseguido una esposa; y estaba empezando un nuevo período de su vida que según todas las probabilidades sería más feliz que ningún otro de los que había vivido. Él nunca había sido un hombre desdichado; su temperamento le había impedido serlo, incluso en su primer matrimonio; pero el segundo debía demostrarle cuán encantadora, juiciosa y realmente afectuosa puede llegar a ser una mujer, y darle la más grata de las pruebas de que es mucho mejor elegir que ser elegido, despertar gratitud que sentirla.

Sólo podía felicitarse de su elección; de su fortuna podía disponer libremente; pues por lo que se refiere a Frank, había sido manifiestamente educado como el heredero de su tío, quien lo había adoptado hasta el punto de que tomó el nombre de Churchill al llegar a la mayoría de edad. Por lo tanto era más que improbable que algún día necesitase la ayuda de su padre. Éste no tenía ningún temor de ello. La tía era una mujer caprichosa y gobernaba por completo a su marido; pero el señor Weston no podía llegar a imaginar que ninguno de sus caprichos fuese lo suficientemente fuerte como para afectar a alguien tan querido, y, según él creía, tan merecidamente querido. Cada año veía a su hijo en Londres y estaba orgulloso de él; y sus apasionados comentarios sobre él presentándole como un apuesto joven habían hecho que Highbury sintiese por él como una especie de orgullo. Se le consideraba perteneciente a aquel lugar hasta el punto de hacer que sus méritos y sus posibilidades fuesen algo de

interés general.

El señor Frank Churchill era uno de los orgullos de Highbury y existía una gran curiosidad por verle, aunque esta admiración era tan poco correspondida que él nunca había estado allí. A menudo se había hablado de hacer una visita a su padre, pero esta visita nunca se había efectuado.

Ahora, al casarse su padre, se habló mucho de que era una excelente ocasión para que realizara la visita. Al hablar de este tema no hubo ni una sola voz que disintiera, ni cuando la señora Perry fue a tomar el té con la señora y la señorita Bates, ni cuando la señorita Bates devolvió la visita. Aquella era la oportunidad para que el señor Frank Churchill conociese el lugar; y las esperanzas aumentaron cuando se supo que había escrito a su nueva madre sobre la cuestión. Durante unos cuantos días en todas las visitas matinales que se hacían en Highbury se mencionaba de un modo u otro la hermosa carta que había recibido la señora Weston.

-Supongo que ha oído usted hablar de la preciosa carta que el señor Frank Churchill ha escrito a la señora Weston. Me han dicho que es una carta muy bonita. Me lo ha dicho el señor Woodhouse. El señor Woodhouse ha visto la carta y dice que en toda su vida no ha leído una carta tan hermosa.

La verdad es que era una carta admirable. Por supuesto, la señora Weston se había formado una idea muy favorable del joven; y una deferencia tan agradable era una irrefutable prueba de su gran sensatez, y algo que venía a sumarse gratamente a todas las felicitaciones que había recibido por su boda. Se sintió una mujer muy afortunada; y había vivido lo suficiente para saber lo afortunada que podía considerarse, cuando lo único que lamentaba era una separación parcial de sus amigos, cuya amistad con ella nunca se había enfriado, y a quienes tanto costó separarse de ella.

Sabía que a veces se la echaría de menos; y no podía pensar sin dolor en que Emma perdiese un solo placer o sufriese una sola hora de tedio al faltarle su compañía; pero su querida Emma no era una persona débil de carácter; sabía estar a la altura de su situación mejor que la mayoría de las muchachas, y tenía sensatez y energía y ánimos que era de esperar que le hiciesen sobrellevar felizmente sus pequeñas dificultades y contrariedades. Y además era tan consolador el que fuese tan corta la distancia entre Randalb y Hartfield, tan fácil de recorrer, el camino incluso para una mujer sola y en el caso y en las circunstancias de la señora Weston que en la estación que ya se acercaba no pondría obstáculos en que pasaran la mitad de las tardes de cada semana juntas.

Su situación era a un tiempo motivo de horas de gratitud para la señora Weston y sólo de momentos de pesar; y su satisfacción -más que satisfacción-, su extraordinaria alegría era tan justa y tan visible que Emma, a pesar de que conocía tan bien a su padre, a veces quedaba sorprendida al ver que aún era capaz de compadecer a «la pobre señorita Taylor», cuando la dejaron en Randalls en medio de las mayores comodidades, o la vieron alejarse al atardecer junto a su atento esposo en un coche propio. Pero nunca se iba sin que el señor Woodhouse dejara escapar un leve suspiro y dijera:

-¡Ah, pobre señorita Taylor! ¡Tanto como le gustaría quedarse!

No había modo de recobrar a la señorita Taylor... Ni tampoco era probable que dejara de compadecerla; pero unas pocas semanas trajeron algún consuelo al señor Woodhouse. Las felicitaciones de sus vecinos habian terminado; ya nadie volvía a hurgar en su herida felicitándole por un acontecimiento tan penoso; y el pastel de boda, que tanta pesadumbre le había causado, ya había sido comido por completo. Su estómago no soportaba nada sustancioso y se resistía a creer que los demás no fuesen como él. Lo que a él le sentaba mal consideraba que debía sentar mal a todo el mundo; y por lo tanto había hecho todo lo posible para disuadirles de que hiciesen pastel de boda, y cuando vio que sus esfuerzos eran en vano hizo todo lo posible para evitar que los demás comieran de él. Se había tomado la molestia de consultar el asunto con el señor Perry, el boticario. El señor Perry era un hombre inteligente y de mucho mundo cuyas frecuentes visitas eran uno de los consuelos de la vida del señor Woodhouse; y al ser consultado no pudo por menos de reconocer (aunque parece ser que más bien a pesar suyo) que lo cierto era que el pastel de boda podía perjudicar a muchos, quizás a la mayoría, a menos que se comiese con moderación. Con esta opinión que confirmaba la suya propia, el señor Woodhouse intentó influir en todos los visitantes de los recién casados; pero a pesar de todo, el pastel se terminó; y sus benevolentes nervios no tuvieron descanso hasta que no quedó ni una migaja.

Por Highbury corrió un extraño rumor acerca de que los hijos del señor Perry habían sido vistos con un pedazo del pastel de boda de la señora Weston en la mano; pero el señor Woodhouse nunca lo hubiese creído.

CAPÍTULO III

A su manera, al señor Woodhouse le gustaba la compañía. Le gustaba muchísimo que sus amistades fueran a verle; y se sumaban una serie de factores, su larga residencia en Hartfield y su buen carácter, su fortuna, su casa y su hija, haciendo que pudiese elegir las visitas de su pequeño círculo, en gran parte según sus gustos. Fuera de este círculo tenía poco trato con otras familias; su horror a trasnochar y a las cenas muy concurridas impedían que tuviera más amistades que las que estaban dispuestas a visitarle según sus conveniencias. Afortunadamente para él, Highbury, que incluía a Randalls en su parroquia, y Donwell Abbey en la parroquia vecina -donde vivía el señor Knightley- comprendía a muchas de tales personas. No pocas veces se dejaba convencer por Emma, e invitaba a cenar a algunos de los mejores y más elegidos, pero lo que él prefería eran las reuniones de la tarde, y a menos que en alguna ocasión se le antojase que alguno de ellos no estaba a la altura de la casa, apenas había alguna tarde de la semana en que Emma no pudiese reunir a su alrededor personas suficientes para jugar a las cartas.

Un verdadero aprecio, ya antiguo, dio entrada a su casa a los Weston y al señor Knightley; y en cuanto al señor Elton, un joven que vivía solo contra su voluntad, tenía el privilegio de poder huir todas las tardes libres de su negra soledad, y cambiarla por los refinamientos y la compañía del salón del señor Woodhouse y por las sonrisas de su encantadora hija, sin ningún peligro de que

se le expulsara de allí.

Tras éstos venía un segundo grupo; del cual, entre los más asiduos figuraban la señora y la señorita Bates, y la señora Goddard, tres damas que estaban casi siempre a punto de aceptar una invitación procedente de Hartfield, y a quienes se iba a recoger y se devolvía a su casa tan a menudo, que el señor Woodhouse no consideraba que ello fuese pesado ni para James ni para los caballos. Si sólo hubiera sido una vez al año, lo hubiera considerado como una gran molestia.

La señora Bates, viuda de un antiguo vicario de Highbury, era una señora muy anciana, incapaz ya de casi toda actividad, exceptuando el té y el cuatrillo.[1] Vivía muy modestamente con su única hija, y se le tenían todas las consideraciones y todo el respeto que una anciana inofensiva en tan incómodas circunstancias puede suscitar. Su hija gozaba de una popularidad muy poco común en una mujer que no era ni joven, ni hermosa, ni rica, ni casada. La posición social de la señorita Bates era de las peores para que gozara de tantas simpatías; no tenía ninguna superioridad intelectual para compensar lo demás o para intimidar a los que hubieran podido detestarla y hacer que le demostraran un aparente respeto. Nunca había presumido ni de belleza ni de inteligencia. Su juventud había pasado sin llamar la atención, y ya de edad madura se había dedicado a cuidar a su decrépita madre, y a la empresa de hacer con sus exiguos ingresos el mayor número posible de cosas. Sin embargo era una mujer feliz, y una mujer a quien nadie nombraba sin benevolencia. Era su gran buena voluntad y lo contentadizo de su carácter lo que obraba estas maravillas. Quería a todo el mundo, procuraba la felicidad de todo el mundo, ponderaba en seguida los méritos de todo el mundo; se consideraba a sí misma un ser muy afortunado, a quien se había dotado de algo tan valioso como una madre excelente, buenos vecinos y amigos, y un hogar en el que nada faltaba. La sencillez y la alegría de su carácter, su temperamento contentadizo y agradecido, complacían a todos y eran una fuente de felicidad para ella ' misma. Le gustaba mucho charlar de asuntos triviales, lo cual encajaba perfectamente con los gustos del señor Woodhouse, siempre atento a las pequeñas noticias y a los chismes inofensivos.

La señora Goddard era maestra de escuela, no de un colegio ni de un pensionado, ni de cualquier otra cosa por el estilo en donde se pretende con largas frases de refinada tontería combinar la libertad de la ciencia con una elegante moral acerca de nuevos principios y nuevos sistemas, y en donde las jóvenes a cambio de pagar enormes sumas pierden salud y adquieren vanidad, sino una verdadera, honrada escuela de internas a la antigua, en donde se vendía a un precio razonable una razonable cantidad de conocimientos, y a donde podía mandarse a las *muchachas* para que no estorbaran en casa, y podían hacerse un pequeña educación sin ningún peligro de que salieran de allí convertidas en prodigios. La escuela de la señora Goddard tenía muy buena reputación, y bien merecida, pues Highbury estaba considerado como un lugar particularmente saludable: tenía una casa espaciosa, un jardín, daba a las niñas comida sana y abundante, en verano dejaba que corretearan a su gusto, y en invierno ella misma les curaba los sabañones. No era, pues, de extrañar que una hilera de a dos de unas cuarenta jóvenes la siguieran cuando iba a la iglesia. Era

[1] Cuatrillo: juego de naipes de cuatro personas, semejante al tresillo.

una mujer sencilla y maternal, que había trabajado mucho en su juventud, y que ahora se consideraba con derecho a permitirse el ocasional esparcimiento de una visita para tomar el té; y como tiempo atrás debía mucho a la amabilidad del señor Woodhouse, se sentía particularmente obligada a no desatender sus invitaciones y a abandonar su pulcra salita, y pasar siempre que podía unas horas de ocio perdiendo o ganando unas cuantas monedas de seis peniques junto a la chimenea de su anfitrión.

Éstas eran las señoras que Emma podía reunir con mucha frecuencia; y estaba no poco contenta de conseguirlo, por su padre; aunque, por lo que a ella se refería, no había remedio para la ausencia de la señora Weston. Estaba encantada de ver que su padre parecía sentirse a gusto y muy contento con ella por saber arreglar las cosas tan bien; pero la apacible y monótona charla de aquellas tres mujeres le hacía darse cuenta que cada velada que pasaba de este modo era una de las largas veladas que con tanto temor había previsto.

Una mañana, cuando creía poder asegurar que el día iba a terminar de este modo, trajeron un billete de parte de la señora Goddard que solicitaba en los términos más respetuosos que se le permitiera venir acompañada de la señorita Smith; una petición que fue muy bien acogida; porque la señorita Smith era una muchacha de diecisiete años a quien Emma conocía muy bien de vista y por - quien hacía tiempo que sentía interés debido a su belleza. Contestó con una amable invitación, y la gentil dueña de la casa ya no temió la llegada de la tarde.

Harriet Smith era hija natural de alguien. Hacía ya varios años alguien la había hecho ingresar en la escuela de la señora Goddard, y recientemente alguien la había elevado desde su situación de colegiala a la de huésped. En general, esto era todo lo que se sabía de su historia. En apariencia no tenía más amigos que *los* que se había hecho en Highbury, y ahora acababa de volver de una larga visita que había hecho a unas jóvenes que vivían en el campo y que habían sido sus compañeras de escuela.

Era una muchacha muy linda, y su belleza resultó ser de una clase que Emma admiraba particularmente. Era bajita, regordeta y rubia, llena de lozanía, de ojos azules, cabello reluciente, rasgos regulares y un aire de gran dulzura; y antes del fin de la velada Emma estaba tan complacida con sus modales como con su persona, y completamente decidida a seguir tratándola.

No le llamó la atención nada particularmente inteligente en el trato de la señorita Smith, pero en conjunto la encontró muy simpática -sin ninguna timidez fuera de lugar y sin reparos para hablar- y con todo sin ser por ello en absoluto inoportuna, sabiendo estar tan bien en su lugar y mostrándose tan deferente, dando muestras de estar tan agradablemente agradecida por haber sido admitida en Hartfield, y tan sinceramente impresionada por el aspecto de todas las cosas, tan superior en calidad a lo que ella estaba acostumbrada, que debía de tener muy buen juicio y merecía aliento. Y se le daría aliento. Aquellos ojos azules y mansos y todos aquellos dones naturales no iban a desperdiciarse en la sociedad inferior de Highbury y sus relaciones. Las amistades que ya se había hecho eran indignas de ella. Las amigas de quien acababa de separarse, aunque fueran muy buena gente, debían estar perjudicándola. Eran una familia cuyo apellido era Martin, y a la que Emma conocía mucho de oídas, ya que

tenían arrendada una gran granja del señor Knightley, y vivían en la parroquia de Donwell, tenían muy buena reputación según creía -sabía que el señor Knightley les estimaba mucho- pero debían de ser gente vulgar y poco educada, en modo alguno propia de tener intimidad con una muchacha que sólo necesitaba un poco más de conocimientos y de elegancia para ser completamente perfecta. Ella la aconsejaría; la haría mejorar; haría que abandonase sus malas amistades y la introduciría en la buena sociedad; formaría sus opiniones y sus modales. Sería una empresa interesante y sin duda también una buena obra; algo muy adecuado a su situación en la vida; a su tiempo libre y a sus posibilidades.

Estaba tan absorta admirando aquellos ojos azules y mansos, hablando y escuchando, y trazando todos estos planes en las pausas de la conversación, que la tarde pasó muchísimo más aprisa que de costumbre; y la cena con la que siempre terminaban esas reuniones, y para la que Emma solía preparar la mesa con calma, esperando a que llegara el momento oportuno, aquella vez se dispuso en un abrir y cerrar de ojos, y se acercó al fuego, casi sin que ella misma se diera cuenta. Con una presteza que no era habitual en un carácter como el suyo que, con todo, nunca había sido indiferente al prestigio de hacerlo todo muy bien y poniendo en ello los cinco sentidos, con el auténtico entusiasmo de un espíritu que se complacía en sus propias ideas, aquella vez hizo los honores de la mesa, y sirvió y recomendó el picadillo de pollo y las ostras asadas con una insistencia que sabía necesaria en aquella hora algo temprana y adecuada a los corteses cumplidos de sus invitados.

En ocasiones como ésta, en el ánimo del bueno del señor Woodhouse se libraba un penoso combate. Le gustaba ver servida la mesa, pues tales invitaciones habían sido la moda elegante de su juventud; pero como estaba convencido de que las cenas eran perjudiciales para la salud, más bien le entristecía ver servir los platos; y mientras que su sentido de la hospitalidad le llevaba a alentar a sus invitados a que comieran de todo, los cuidados que le inspiraba su salud hacía que se apenase de ver que comían.

Lo único que en conciencia podía recomendar era un pequeño tazón de avenate claro [2]como el que él tomaba, pero, mientras las señoras no tenían ningún reparo en atacar bocados más sabrosos, debía contentarse con decir:

-Señora Bates, permítame aconsejarle que pruebe uno de estos huevos. Un huevo duro poco cocido no puede perjudicar. Serle sabe hacer huevos duros mejor que nadie. Yo no recomendaría un huevo duro a nadie más, pero no tema usted, ya ve que son muy pequeños, uno de esos huevos tan pequeños no pueden hacerle daño. Señorita Bates, que Emma le sirva un pedacito de tarta, un pedacito chiquitín. Nuestras tartas son sólo de manzana. En esta casa no le daremos ningún dulce que pueda perjudicarle. Lo que no le aconsejo son las natillas. Señora Goddard, ¿qué le parecería medio vasito de vino? ¿Medio vasito pequeño, mezclado con agua? No creo que eso pueda sentarle mal.

Emma dejaba hablar a su padre, pero servía a sus invitados manjares más consistentes; y aquella noche tenía un interés especial en que quedaran contentos. Se había propuesto atraerse a la señorita Smith y lo había conseguido. La señorita Wodhouse era un personaje tan importante en Highbury

[2] Avenate: bebida hecha de avena mondada y cocida en agua.

que la noticia de que iban a ser presentadas le había producido tanto miedo como alegría... Pero la modesta y agradecida joven salió de la casa llena de gratitud, muy contenta de la afabilidad con la que la señorita Woodhouse la había tratado durante toda la velada; ¡incluso le había estrechado la mano al despedirse!

CAPÍTULO IV

LA intimidad de Harriet Smith en Hartfield pronto fue un hecho. Rápida y decidida en sus medios, Emma no perdió el tiempo y la invitó repetidamente, diciéndole que fuese a su casa muy a menudo; y a medida que su amistad aumentaba, aumentaba también el placer que ambas sentían de estar juntas. Desde los primeros momentos Emma ya había pensado en lo útil que podía serle como compañera de sus paseos. En este aspecto, la pérdida de la señora Weston había sido importante. Su padre nunca iba más allá del plantío, en donde dos divisiones de los terrenos señalaban el final de su paseo, largo o corto, según la época del año; y desde la boda de la señora Weston los paseos de Emma se habían reducido mucho. Una sola vez se había atrevido a ir sola hasta Randalls, pero no fue una experiencia agradable; y por lo tanto una Harriet Smíth, alguien a quien podía llamar en cualquier momento para que le acompañara a dar un paseo, sería una valiosa adquisición que ampliaría sus posibilidades. Y en todos los aspectos, cuanto más la trataba, más la satisfacía, y se reafirmó en todos sus afectuosos propósitos.

Evidentemente, Harriet no era inteligente, pero tenía un carácter dulce y era dócil y agradecida; carecía de todo engreimiento, y sólo deseaba ser guiada —por alguien a quien pudiese considerar como superior. Lo espontáneo de su inclinación por Emma mostraba un temperamento muy afectuoso; y su afición al trato de personas selectas, y su capacidad de apreciar lo que era elegante e inteligente, demostraba que no estaba exenta de buen gusto, aunque no podía pedírsele un gran talento. En resumen, estaba completamente convencida de que Harriet Smith era exactamente la amiga que necesitaba, exactamente lo que se necesitaba en su casa.

En una amiga como la señora Weston no había ni que pensar. Nunca hubiera encontrado otra igual, y tampoco la necesitaba. Era algo completamente distinto, un sentimiento diferente y que no tenía nada que ver con el otro. Por la señora Weston sentía un afecto basado en la gratitud y en la estimación. A Harriet la apreciaba como a alguien a quien podía ser útil. Porque por la señora Weston no podía hacer nada; por Harriet podía hacerlo todo.

Su primer intento para serle útil consistió en intentar saber quiénes eran sus padres; pero Harriet no se lo dijo. Estaba dispuesta a decirle todo lo que supiera, pero las preguntas acerca de esta cuestión fueron en vano. Emma se vio obligada a imaginar lo que quiso, pero nunca pudo convencerse de que, de encontrarse en la misma situación, ella no hubiese revelado la verdad. Harriet carecía de curiosidad. Se había contentado con oír y creer lo que la señora Goddard había querido contarle, y no se preocupó por averiguar nada más.

La señora Goddard, los profesores, las alumnas, y en general todos los asuntos de la escuela formaban como era lógico una gran parte de la conversación, y a no ser por su amistad con los Martin de Abbey-Mill-Farm, no hubiera hablado de otra cosa. Pero los Martin ocupaban gran parte de sus pensamientos; había pasado con ellos dos meses muy felices, y ahora le gustaba hablar de los placeres de su visita, y describir los numerosos encantos y delicias del lugar. Emma le incitaba a charlar, divertida por esta descripción de un género de vida distinto al suyo, y gozando de la ingenuidad juvenil con la que hablaba con tanto entusiasmo de que la señora

Martin tenía «dos salones, nada menos que dos magníficos salones»; uno de ellos tan grande como la sala de estar de la señora Goddard; y de que tenía una sirvienta que ya llevaba con ella veinticinco años; y de que tenía ocho vacas, dos de ellas Alderneys, y otra de raza galesa, la verdad es que una linda vaquita galesa; y de que la señora Martin decía, ya que la tenía mucho cariño, que tendría que llamársele su vaca; y de que tenían un precioso pabellón de verano en su jardín, en donde el año pasado algún día tomaban todos el té: realmente un precioso pabellón de verano lo suficientemente grande para que cupieran una docena de personas.

Durante algún tiempo esto divirtió a Emma sin que se preocupase de pensar en nada más; pero a medida que fue conociendo mejor a la familia surgieron otros sentimientos. Se había hecho una idea equivocada al imaginarse que se trataba de una madre, una hija y un hijo y su esposa que vivían todos juntos; pero cuando comprendió que el señor Martin que tanta importancia tenía en el relato y que siempre se mencionaba con elogios por su gran bondad en hacer tal o cuál cosa, era soltero; que no había ninguna señora Martin, joven, ninguna nuera en la casa; sospechó que podía haber algún peligro para su pobre amiguita tras toda aquella hospitalidad y amabilidad; y pensó que sí alguien no velaba por ella corría el riesgo de ir a menos para siempre.

Esta sospecha fue la que hizo que sus preguntas aumentaran en número y fuesen cada vez más agudas; y sobre todo hizo que Harriet hablara más del señor Martin... y evidentemente ello no desagradaba a la joven. Harriet siempre estaba a punto de hablar de la parte que él había tomado en sus paseos a la luz de la luna y de las alegres veladas que habían pasado juntos jugando; y se complacía no poco en referir que era hombre de tan buen carácter y tan amable. Un día había dado un rodeo de tres millas para llevarle unas nueces porque ella había dicho que le gustaban mucho... y en todas las cosas ¡era siempre tan atento! Una noche había traído al salón al hijo de su pastor para que cantara para ella. A Harriet le gustaban mucho las canciones. El señor Martin también sabía cantar un poco. Ella le consideraba muy inteligente y creía que entendía de todo. Poseía un magnífico rebaño; y mientras la joven permaneció en su casa había visto que venían a pedirle más lana que a cualquier otro de la comarca. Ella creía que todo el mundo hablaba bien de él. Su madre y sus hermanas le querían mucho. Un día la señora Martin le había dicho a Harriet (y ahora al repetirlo se ruborizaba) que era imposible que hubiese un hijo mejor que el suyo, y que por lo tanto estaba segura de que cuando se casara sería un buen esposo. No es que ella quisiera casarle. No tenía la menor prisa.

-¡Vaya, señora Martin! -pensó Emma-. Usted sabe lo que se hace.
-Y cuando yo ya me hube ido, la señora Martin fue tan amable que envió a la señora Goddard un magnífico ganso; el ganso más hermoso que la señora Goddard había visto en toda su vida. La señora Goddard lo guisó un domingo e invitó a sus tres profesoras, la señorita Nash, la señorita Prince y la señorita Richardson a cenar con ella.
-Supongo que el señor Martin no será un hombre que tenga una cultura muy superior a la que es normal entre los de su clase. ¿Le gusta leer?
-¡Oh, sí! Es decir, no; bueno no lo sé... pero creo que ha leído mucho... aunque seguramente son cosas que nosotros no leemos. Lee las *Noticias agrícolas* y algún libro que tiene en una estantería junto a la ventana; pero de todo eso no habla nunca. Aunque a veces, por la tarde, antes de jugar a cartas, lee en voz alta algo de *El compendio de la elegancia,* un libro muy divertido. Y sé que ha leído *El Vicario de Wakefield.* Nunca ha leído *La novela del bosque* ni *Los hijos de la abadía.* Nunca había oído hablar de estos libros antes de que yo se los mencionase, pero ahora está decidido a conseguirlos lo antes posible.
La siguiente pregunta fue:
-¿Qué aspecto tiene el señor Martin?
-¡Oh! No es un hombre guapo, no, ni muchísimo menos. Al principio me pareció muy corriente, pero ahora ya no me parece tan corriente. Al cabo de un tiempo de conocerle ya no lo parece, ¿sabes? Pero ¿no le has visto nunca? Viene a Highbury bastante a menudo, y por lo menos una vez por semana es seguro que pasa por aquí a caballo camino de Kingston. Has tenido que cruzarte con él muchas veces.
-Es posible, y quizá le haya visto cincuenta veces, pero sin tener la menor idea de quién era. Un joven granjero, tanto si va a caballo como a pie es la última persona que despertaría mi curiosidad. Esos hacendados son precisamente una dase de gente con la que siento que no tengo nada que ver. Personas que estén por debajo de su clase social, con tal de que su aspecto inspire confianza, pueden interesarme; puedo esperar ser útil a sus familias de un modo u otro. Pero un granjero no necesita nada de mí, por lo tanto en cierto sentido está tan por encima de mi atención como en todos los demás está por debajo.
-Sin duda alguna. ¡Oh! Sí, no es probable que te hayas fijado en él... pero él sí que te conoce muy bien... quiero decir de vista.
-No dudo de que sea un joven muy digno. La verdad es que sé que lo es, y como a tal le deseo mucha suerte. ¿Qué edad crees que puede tener?
-El día ocho del pasado junio cumplió veinticuatro años, y mi cumpleaños es el día veintitrés... ¡exactamente dos semanas y un día de diferencia! Qué casual, ¿verdad?
-Sólo veinticuatro años. Es demasiado joven para casarse. Su madre tiene toda la razón al no tener prisa. Ahora parece ser que viven muy bien, y si ella se preocupara por casarle probablemente se arrepentiría. Dentro de seis años si conoce a una buena muchacha de su misma clase con un poco de dinero, la cosa podría ser muy conveniente.
-¡Dentro de seis años! Pero, querida Emma, ¡él entonces ya tendrá treinta años!

-Bueno, ésa es la edad a la que la mayoría de los hombres que no han nacido ricos tienen que esperar para casarse. Supongo que el señor Martin aún tiene que labrarse un porvenir; y antes de eso no puede hacerse nada. Por mucho dinero que heredase al morir su padre, por importante que sea su parte en la propiedad de la familia me atrevería a decir que todo no está disponible, que está empleado en el rebaño; y aunque con laboriosidad y buena suerte dentro de un tiempo puede hacerse rico, es casi imposible que ahora lo sea.

-Desde luego tienes razón. Pero viven muy bien. No tienen ningún criado en la casa, pero no les falta nada, y la señora Martin habla de contratar a un mozo para el año próximo.

-Harriet, no quisiera que te encontraras con dificultades cuando él se case; me refiero a tus relaciones con su esposa, pues aunque sus hermanas hayan recibido una educación superior y no pueda objetárseles nada, eso no quiere decir que él no pueda casarse con alguien que no sea digno de alternar contigo. La desgracia de tu nacimiento debería hacerte aún más cuidadosa con la gente que tratas. No cabe ninguna duda de que eres la hija de un caballero y debes mantenerte en esta categoría por todos los medios a tu alcance, o de lo contrario serán muchos los que se complacerán en rebajarte.

-Sí, sí, tienes razón, supongo que hay gente así. Pero mientras YO frecuente Hartfield y tú seas tan amable conmigo no tengo miedo de lo que otros puedan hacer.

-Harriet, comprendes muy bien lo que influyen las amistades; Pero yo quisiera verte tan sólidamente establecida en la sociedad que fueras independiente in luso de Hartfield y de la señorita Woodhouse. Quiero verte bien relacionada y ello de un modo permanente... y para eso sería aconsejable que tuvieses tan pocas amistades inferiores como fuera posible; y por lo tanto lo que te digo es que si aún sigues en la comarca cuando el señor Martin se case, sería preferible que tu intimidad con sus hermanas no te obligara a relacionarte con su esposa, que probablemente será la hija de un simple granjero, sin ninguna educación.

-Desde luego. Sí. Pero no creo que el señor Martin se case con alguien que no tenga un poco de educación y que no sea de buena familia. Sin embargo, no quiero decir con eso que te contradiga, yo estoy segura de que no sentiré ningún deseo de conocer a su esposa. Siempre tendré mucho afecto a sus hermanas, sobre todo a Elizabeth, y sentiría mucho dejar de tratarlas, porque han recibido tan buena educación como yo. Pero si él se casa con una mujer vulgar y muy ignorante claro está que haría mejor en no visitarla, si puedo evitarlo.

Emma estuvo analizándola a través de las fluctuaciones de este razonamiento y no vio en ella síntomas alarmantes de amor. El joven había sido su primer admirador, pero ella confiaba que las cosas no habían pasado de ahí, y que no habrían dificultades muy grandes por parte de Harriet como para oponerse al partido que ella pensaba proponerle.

Al día siguiente se encontraron con el señor Martin mientras paseaban por Donwell Road. Él iba a pie, y tras mirar respetuosamente a Emma, miró a su compañera con una satisfacción no disimulada. Emma no lamentó disponer de esta oportunidad para estudiar sus reacciones; y se adelantó unas cuantas yardas, mientras ellos hablaban y su aguda mirada no tardó en formarse una

idea suficiente acerca del señor Robert Martin. Su aspecto era muy pulcro y parecía un joven juicioso, pero su persona carecía de otros encantos; y cuando lo comparó mentalmente con otros caballeros, pensó que era forzoso que perdiese todo el terreno que había ganado en el corazón de Harriet. Harriet no era insensible a las maneras distinguidas, y le había llamado la atención la cortesía del padre de Emma, de la que hablaba con admiración, maravillada. Y parecía que el señor Martin no supiera ni lo que eran las buenas maneras.

Sólo estuvieron juntos unos pocos minutos, ya que no podían hacer esperar a la señorita Woodhouse; y entonces Harriet alcanzó corriendo a su amiga, tan confusa y con una sonrisa en el rostro, que la señorita Woodhouse no tardó en interpretar debidamente.

-¡Piensa lo casual que ha sido el encontrarle! ¡Qué coincidencia! Me ha dicho que ha sido mucha casualidad que no haya ido a dar la vuelta por Randalls. Él no sabía que paseáramos por aquí. Creía que la mayoría de los días paseábamos en dirección a Randalls. Aún no ha podido conseguir un ejemplar de *La novela del bosque.* La última vez que estuvo en Kingston estaba tan ocupado que se olvidó por completo, pero mañana volverá allí. ¡Qué casualidad que le hayamos encontrado! Bueno, dime, ¿es como tú creías? ¿Qué te ha parecido? ¿Te parece muy vulgar?

-Desde luego lo es, y bastante; pero eso no es nada comparado con su absoluta falta de «dase»; no tenía por qué esperar mucho de él, y la verdad es que no me hacía muchas ilusiones; pero no suponía que fuese tan basto, de tan poca categoría. Confieso que le imaginaba un poco más refinado.

-Desde luego -dijo Harriet, en un tono de contrariedad-, no tiene los modales de un verdadero caballero.

-Me parece, Harriet, que desde que tratas con nosotros has tenido muchas ocasiones de estar en compañía de verdaderos caballeros, y que debe llamarte la atención la diferencia entre éstos y el señor Martin. En Hartfield has conocido a modelos de hombres bien educados y distinguidos. Me sorprendería si ahora que los conoces pudieras tratar al señor Martin sin darte cuenta de que es muy inferior, y más bien asombrándote de que antes hubieras podido considerarlo como una persona agradable. ¿No empiezas a sentir algo así? ¿No te ha llamado la atención esto? Estoy segura de que has tenido que reparar en su aspecto desmañado, en sus modales bruscos y en la rudeza de su voz, que incluso desde aquí se advertía que no tenía la menor modulación.

-Desde luego no es como el señor Kníghtley. No tiene un aire tan distinguido como él, ni sabe andar como el señor Knightley. Veo muy bien la diferencia. Pero el señor Knightley ¡es un hombre tan elegante!

-El señor Knightley es tan distinguido que no me parece bien compararle con el señor Martin. Entre den caballeros no encontrarías uno que mereciera tan bien este nombre como el señor Knightley. Pero no es el único caballero a quien has tratado en estos últimos tiempos. ¿Qué me dices del señor Weston y del señor Elton? Compara al señor Martin con cualquiera de los dos. Compara sus maneras; su modo de andar, de hablar, de guardar silencio. Tienes que ver la diferencia.

-¡Oh, sí! Hay una gran diferencia. Pero el señor Weston es casi un viejo. El

señor Weston debe de tener entre cuarenta y cincuenta años.

-Lo cual aún da más mérito a sus buenas maneras. Harriet, cuanta más edad tiene una persona más importante es que tenga buenas maneras... y es más notoria y desagradable cualquier falta de tono, grosería o torpeza. Lo que es tolerable en la juventud, es imperdonable en la edad madura. Ahora el señor Martin es rudo y desmañado; ¿cómo será cuando tenga la edad del señor Weston?

-Eso nunca puede decirse -replicó Harriet con cierto énfasis.

-Pero es bastante fácil de adivinar. Será un granjero tosco y completamente vulgar, que no se preocupará lo más mínimo por las apariencias y que sólo pensará en lo que gana o deja de ganar.

-Si es así, la verdad es que no será muy atractivo.

-Hasta qué punto, incluso ahora, le absorben sus ocupaciones, se advierte por el hecho de que haya olvidado buscar el libro que le recomendaste. Estaba tan preocupado por sus negocios en el mercado que no ha pensado en nada más... que es precisamente lo que debe hacer un hombre que quiera prosperar. ¿Qué tiene él que ver con los libros? Y yo no dudo de que prosperará y de que con el tiempo llegará a ser muy rico... y el que sea un hombre poco refinado y de pocas letras no tiene por qué preocuparnos.

-Me extraña que se olvidara del libro -fue todo lo que respondió Harriet, y en su voz había un matiz de profunda contrariedad en la que Emma no quiso intervenir. Por lo tanto, dejó pasar unos minutos en silencio, y luego recomenzó:

-En cierto aspecto quizá las maneras del señor Elton son superiores a las del señor Knightley o el señor Weston; son más delicadas. Podrían considerarse como más modélicas que las de los otros. En el señor Weston hay una franqueza, una vivacidad, casi una brusquedad, que en él todo el mundo encuentra bien porque responden a lo expansivo de su carácter... pero que no deberían ser imitadas. Y lo mismo ocurre con la llaneza, ese aire resuelto e imperioso del señor Knightley, aunque a él le siente muy bien; su rostro y su aspecto físico, e incluso su situación en la vida, parecen permitírselo; pero si cualquier joven se pusiera a imitarle resultaría insufrible. Por el contrario, a mi entender, a un joven podría recomendársele muy bien que tomase por modelo al señor Elton. Tiene buen carácter, es alegre, amable y cortés. Y me parece que en estos últimos tiempos se muestra especialmente amable. No sé si tiene el propósito de llamar la atención de alguna de las dos, Harriet, redoblando sus amabilidades, pero me sorprende que sus maneras sean aún más delicadas de lo que eran antes. Si algo se propone tiene que ser agradarte. ¿No te dije lo que había dicho de ti el otro día?

Y entonces repitió una serie de calurosos elogios que el señor Elton había hecho de su amiga, sin omitir ni inventar nada; y Harriet se ruborizó y sonrió, y dijo que siempre había creído que el señor Elton era muy agradable.

El señor Elton era precisamente la persona elegida por Emma para conseguir que Harriet no pensara más en el joven granjero. Le parecía que iba a formar una magnífica pareja; sólo que una pareja demasiado evidente, natural y probable para que, para ella, tuviese demasiado mérito el planear su boda. Temía que no fuese algo que todos los demás debían pensar y predecir. Sin

embargo, lo que no era probable era que a nadie más se le hubiese ocurrido antes que a ella, ya que la idea la había tenido la primera vez que Harriet fue a Hartfield. Cuanto más lo pensaba, más oportuna le parecía aquella reunión. La situación del señor Elton era la más favorable, ya que era un perfecto caballero y no tenía relación con gente inferior, y al propio tiempo no tenía familia que pudiese poner objeciones al dudoso nacimiento de Harriet. Podía ofrecer a su esposa un hogar confortable, y Emma suponía que también una posición económica decorosa; pues aunque la vicaría de Highbury no era muy grande, se sabía que poseía algunos bienes personales; y tenía muy buen concepto de él, considerándolo como un joven de buen_, carácter, juicio claro y respetabilidad, sin nada que enturbiase su comprensión o conocimiento de las cosas del mundo.

Emma estaba satisfecha de que él considerase atractiva a Harriet, y confiaba que contando con que se encontraran frecuentemente en Hartfield, en principio aquello bastaba para interesar al señor Elton; y en cuanto a Harriet, no cabía apenas duda de que la idea de ser admirada por él tendría la influencia y la eficacia que tales circunstancias suelen tener. Y es que él era realmente un joven muy agradable, un joven que debía gustar a cualquier mujer que no fuera melindrosa. Se le consideraba como muy atractivo; su persona en general era muy admirada, aunque no por ella, ya que echaba de menos una distinción en sus facciones que le era imperdonable; pero la muchacha que sentía tanto agradecimiento porque un Robert Martin recorriese unas millas a caballo para llevarle unas nueces, bien podía ser conquistada por la admiración del señor Elton.

CAPÍTULO V

-No sé qué opinión tendrá usted, señora Weston -dijo el señor Knightley- acerca de la gran intimidad que hay entre Emma y Harriet Smith, pero a mi entender no es nada bueno.

-¿Nada bueno? ¿Cree usted realmente que es algo malo? ¿Y por qué?

-No creo que sea beneficioso para ninguna de las dos.

-¡Me sorprende usted! Emma puede hacer mucho bien a Harriet; y al proporcionarle un nuevo motivo de interés puede decirse que Harriet le hace un bien a Emma. Yo veo su amistad con una gran satisfacción. ¡En eso sí que opinamos de un modo distinto! ¿Y dice usted que ninguna de las dos va a salir beneficiada? Señor Knightley, sin duda éste será el comienzo de una de nuestras discusiones acerca de Emma...

-Tal vez piense que he venido con el propósito de discutir con usted sabiendo que Weston estaba ausente, y que usted debería defenderse sola.

-Sin duda alguna el señor Weston me apoyaría si estuviera aquí, porque sobre este asunto piensa exactamente lo mismo que yo. Ayer mismo hablamos de ello, y estuvimos de acuerdo en que Emma había tenido mucha suerte de que hubiera en Highbury una muchacha así que pudiera frecuentar. Señor Knightley, lo que es yo, no le admito que sea usted buen juez en este caso. Está usted tan

acostumbrado a vivir solo que no sabe apreciar lo que vale la compañía; y quizá ningún hombre sería buen juez cuando se trata de valorar la satisfacción que proporciona a una mujer la compañía de alguien de su mismo sexo, después de estar acostumbrada a ello durante toda su vida. Ya me imagino la objeción que va a poner a Harriet Smith: no es una joven de tanta categoría como debería serlo una amiga de Emma. Pero por otra parte, como Emma quiere ilustrarla, para ella misma será un incentivo para leer más. Leerán juntas; sé que eso es lo que se propone.

-Emma siempre se ha propuesto leer cada vez más, desde que tenía doce años. Yo he visto muchas listas suyas de futuras lecturas, de épocas diversas, con todos los libros que se proponía ir leyendo... Y eran unas listas excelentes, con libros muy bien elegidos y clasificados con mucho orden, a veces alfabéticamente, otras según algún otro sistema. Recuerdo la lista que confeccionó cuando sólo tenía catorce años, que me hizo formar una idea tan favorable de su buen criterio que la conservé durante algún tiempo; y me atrevería a asegurar que ahora debe de tener alguna lista también excelente. Pero ya he perdido toda esperanza de que Emma se atenga a un plan fijo de lecturas. Nunca se someterá a nada que requiera esfuerzo y paciencia, una sujeción del capricho a la razón. Donde nada pudieron los estímulos de la señorita Taylor, puedo afirmar sin temor a equivocarme que nada podrá Harriet Smith. Usted nunca logró convencerla para que leyera ni siquiera la mitad de lo que usted quería; ya sabe usted que no lo consiguió.

-Yo diría -replicó la señora Weston sonriendo- que entonces opinaba así; pero desde que me casé no me es posible recordar ni un solo deseo mío que Emma haya dejado de satisfacer.

-Comprendo que no sienta usted un gran deseo de evocar recuerdos como éstos -dijo el señor Knightley vivamente.

Permaneció en silencio durante unos momentos, y en seguida añadió:

-Pero yo, que no he sufrido el efecto de sus encantos tan directamente, aún debo ver, oír y recordar. A Emma la ha perjudicado el ser la más inteligente de su familia. A los diez años tenía la desgracia de saber contestar a preguntas que dejaban desconcertada a su hermana a los diecisiete. Siempre ha sido rápida y ha estado segura de sí misma; Isabella siempre ha sido lenta e indecisa. Y siempre, desde los doce años, Emma ha sido la dueña de la casa y de todos ustedes. Con su madre perdió a la única persona capaz de hacerle frente. He heredado el talento de su madre y hubiera debido educarse bajo su autoridad.

-Señor Knightley, en bonita situación me hubiera visto de tener que depender de una recomendación suya, en caso de que hubiese tenido que dejar la familia del señor Woodhouse y buscarme otro empleo; no creo que usted hubiera hecho ningún elogio de mí a nadie. Estoy segura de que siempre me consideró como alguien poco adecuado para la misión que desempeñaba.

-Sí -dijo sonriendo-. Su lugar es éste; es usted una esposa admirable, pero no sirve en absoluto para institutriz. Pero estuvo usted preparándose para ser una excelente esposa durante todo el tiempo que estuvo en Hartfield. Usted no podía dar a Emma una educación tan completa como su capacidad parecía prometer; pero estaba usted recibiendo, precisamente de ella, una magnífica educación

para la vida matrimonial en lo que se refiere a someter su voluntad a otra persona, haciendo lo que se le mandaba; y si Weston me hubiera pedido que le recomendase una esposa, sin duda alguna yo hubiese nombrado a la señorita Taylor.

-Muchas gracias. Tiene muy poco mérito ser una buena esposa con un hombre como el señor Weston.

-Verá usted, a decir verdad temo que no tenga ocasión de emplear sus dotes, y que estando dispuesta a soportarlo todo, no tenga nada que soportar. Sin embargo, no desesperemos. Weston puede llegar a sentirse molesto por llevar una vida excesivamente regalada, o quizá su hijo le dé disgustos.

-Espero que no sea así. No es probable. No, señor Knightley, no pronostique usted disgustos por esa parte.

-No, claro que no. No hago más que mencionar posibilidades. No pretendo tener la intuición de Emma para hacer predicciones y adivinar el futuro. Deseo de todo corazón que el joven pueda ser un Weston en méritos y un Churchill en fortuna. Pero Harriet Smith... como ve aún no he concluido, ni mucho menos, con Harriet Smith. A mi entender es la peor clase de amiga que Emma podía llegar a tener. Ella no sabe nada de nada, y se cree que Emma lo sabe todo. No hace más que adularla; y lo que aún es peor, la adula sin proponérselo. Su ignorancia es una continua adulación. ¿Cómo puede Emma imaginarse que tiene algo que aprender mientras Harriet ofrezca una inferioridad tan agradable? Y en cuanto a Harriet, me atrevería a decir que no puede salir beneficiada en nada de esta amistad. Hartfield sólo conseguirá que se sienta desplazada en todos los demás ambientes a los que pertenece. Adquirirá más refinamientos, pero sólo los precisos para que se sienta incómoda con aquellas personas con las que tiene que vivir por su nacimiento y su posición. Me equivocaría de medio a medio si las enseñanzas de Emma le dan más personalidad o consiguen que la muchacha se adapte de un modo más racional a las diferentes situaciones de su vida. Lo único que logrará será darle un poco de lustre.

-Yo tengo más confianza que usted en el sentido común de Emma, o quizá me preocupo más por su bienestar de ahora; porque yo no lamento esta amistad. ¡Qué buen aspecto tenía la noche pasada!

-¡Oh! Veo que habla usted de su persona y no de su vida interior, ¿no? De acuerdo; no pretendo negar que Emma sea muy bonita.

-¡Bonita! Sería más propio decir muy hermosa. ¿Concibe usted algo que se aproxime más a la belleza perfecta que Emma, que su rostro y su figura?

-No sé qué es lo que podría concebir, pero confieso que pocas veces he visto un rostro o una figura más agradados que los de ella. Pero yo soy un viejo amigo y en eso soy parcial.

-¡Y sus ojos! Ojos de verdadero color avellana, ¡y qué brillantes! ¡Y las facciones regulares, lo franco de su semblante y lo proporcionado de su cuerpo! ¡Qué aspecto más saludable y qué armoniosa silueta! Tan erguida y firme. Rebosa salud, no sólo en sus frescos colores, sino también en todo su porte, en su cabeza, en sus miradas. A veces se oye decir de un niño que es «la viva imagen de la salud»; pero a mí Emma siempre me da la impresión de ser la imagen más completa de lo saludable en pleno desarrollo. Parece la

encarnación de la lozanía. ¿No le parece a usted, señor Knightley?

-Yo no encuentro ni un solo defecto en su persona -replicó-. Creo que es exactamente como usted la describe. Es un placer mirarla. Y yo añadiría aún este elogio: que no me parece que sea vanidosa. Teniendo en cuenta lo atractiva que es, da la impresión de que no piensa mucho en ello; su vanidad es por otras cosas. Pero yo, señora Weston, sigo manteniendo que no me complace su intimidad con Harriet Smith, y que temo que una y otra salgan perjudicadas.

-Y yo, señor Knightley, también sigo sosteniendo que confío en que eso no será un mal para ninguna de las dos. A pesar de todos sus defectillos, Emma es una muchacha excelente. ¿Puede existir una hija mejor, una hermana más afectuosa, una amiga más fiel? No, no, puede confiarse en sus virtudes; es incapaz de causar verdadero daño a alguien; no puede cometer un disparate que tenga importancia; por cada vez que Emma se equivoca hay cien veces que acierta.

-De acuerdo; no quiero importunarla más. Emma será un ángel, y yo me guardaré mis recelos hasta que John e Isabella vengan por Navidad. John siente por Emma un afecto razonable, y por lo tanto no le ciega el cariño, e Isabella siempre piensa igual que él; excepto cuando su marido no se alarma suficientemente con alguna cosa de los niños. Estoy seguro de que estarán de acuerdo conmigo.

-Ya sé que todos ustedes la quieren demasiado para ser injustos o demasiado duros con ella; pero usted me disculpará, señor Knightley, si me tomo la libertad (ya sabe que me considero con el derecho de exponer mi opinión como hubiera podido hacerlo la madre de Emma), si me tomo la libertad de indicar que no creo que se consiga ningún bien haciendo que la amistad de Harriet Smith y Emma sea materia de una larga discusión entre ustedes. Le ruego que no lo tome a mal; pero suponiendo que encontráramos algún pequeño inconveniente en esta amistad, no es de esperar que Emma, que no tiene que dar cuentas de sus actos a nadie más que a su padre, quien aprueba totalmente esa amistad, pusiera fin a ella mientras sea algo que la complazca. Han sido muchos años en los que mi misión ha sido la de dar consejos, o sea que no puede usted extrañarse, señor Knightley, de que aún me quede algún resabio.

-¡En absoluto! -exclamó-; yo se lo agradezco mucho; es un magnífico consejo, y tendrá más suerte de la que han solido tener sus consejos; porque éste será seguido.

-La señora de John Knightley se alarma fácilmente, y no quisiera que se preocupe por su hermana.

-Tranquilícese usted -dijo él-, no voy a provocar ningún alboroto. Me guardaré el mal humor. Siento un interés muy sincero por Emma. No considero a mi cuñada Isabella más hermana que ella; no siento mayor interés por ella que por Emma, y quizá ni siquiera tanto. Lo que siento por Emma es como una ansiedad, una curiosidad. Me preocupa lo que pueda ser de ella.

-También a mí, y mucho -dijo la señora Weston quedamente.

-Emma siempre dice que nunca se casará, lo cual, por supuesto, no significa absolutamente nada. Pero no creo que haya encontrado aún a un hombre que

atraiga su atención. Le sería un gran bien enamorarse perdidamente de alguien que la mereciese. Me gustaría ver a Emma enamorada, sin que estuviera segura del todo de ser correspondida; le haría mucho bien. Pero por estos alrededores no hay nadie en quien pueda pensarse, y sale tan poco de casa.

-Lo cierto es que ahora me parece aún menos decidida que antes a romper esta resolución -dijo la señora Weston-; mientras sea tan feliz en Hartfield, yo no puedo desearle que se forme nuevas relaciones que crearían tantos problemas al pobre señor Woodhouse. Por el momento yo no aconsejaría a Emma que se casase, aunque le aseguro a usted que no pretendo en absoluto desdeñar el estado matrimonial.

En parte, lo que ella se proponía con todo esto era ocultar, dentro de lo posible, los proyectos que ella y el señor Weston acariciaban acerca de aquella cuestión. En Randalls existían planes respecto al futuro de Emma, pero no era conveniente que nadie sospechase nada de ellos; y cuando el señor Knightley no tardó en cambiar tranquilamente de conversación, preguntando: «¿Qué piensa Weston del tiempo? ¿Cree que vamos a tener lluvia?», se convenció de que él no tenía nada más que decir acerca de Hartfield y que no barruntaba nada de todo aquello.

CAPÍTULO VI

EMMA no tenía la menor duda de que había encauzado bien la imaginación de Harriet, y de que había hecho que su instinto juvenil de vanidad se orientase hacia el buen camino, ya que advertía que la muchacha era mucho más sensible que antes al hecho de que el señor Elton fuese un hombre considerablemente atractivo y de maneras muy agradables; y como no desaprovechaba ninguna oportunidad para hacer que Harriet se convenciese de la admiración que él sentía por ella, presentándoselo de un modo sugestivo, Emma no tardó en estar segura de haber suscitado en la muchacha tanto interés como era posible; por otra parte estaba plenamente convencida de que el señor Elton estaba a punto de enamorarse, si es que ya no estaba enamorado. Emma no dudaba de los sentimientos del joven. Le hablaba de Harriet y la elogiaba con tanto entusiasmo que Emma no podía por menos de pensar que sólo con que pasase algún tiempo más todo iba a ser perfecto. El que él se diera cuenta de los sorprendentes progresos que había hecho Harriet en sus maneras desde que frecuentaba Hartfield, era una de las más gratas pruebas de su creciente interés.

-Usted ha dado a la señorita Smith todo lo que ella necesitaba -decía el joven-; le ha dado gracia y naturalidad. Cuando empezaron a tratarse ya era una muchacha muy bella, pero en mi opinión los atractivos que usted le ha proporcionado son infinitamente superiores a los que ha recibido de la naturaleza.

-Me alegra saber que usted cree que le he podido ser útil; pero Harriet sólo necesitaba un poco de orientación, recibir unas escasas, muy escasas, indicaciones. Tenía el don natural de la dulzura de carácter y de la naturalidad. Yo he hecho muy poco.

-Si fuera posible contradecir a una dama... -dijo el señor Elton, galantemente.
-Yo quizá le he dado un poco más de decisión, tal vez le he hecho pensar en cosas que antes nunca se le habían ocurrido.
-Exactamente, eso es; eso es lo que más me asombra. La decisión que ha adquirido. ¡Ha tenido un magnífico maestro!
-Y yo una buena alumna, a quien le aseguro que ha sido grato enseñar; nunca había conocido a alguien con mayores disposiciones, con más docilidad.
-No lo dudo.
Y estas palabras fueron pronunciadas con una especie de viveza anhelante, que parecía ya la de un enamorado. Otro día no quedó Emma menos complacida al ver cómo secundó el joven su repentino deseo de pintar un retrato de Harriet.
-Harriet, ¿nunca te han hecho un retrato? -dijo-; ¿nunca has posado para un pintor?
En aquel momento Harriet se disponía a salir de la estancia, y sólo se detuvo para decir con una candidez un tanto afectada:
-¡Oh, querida! No, nunca.
Apenas hubo salido, Emma exclamó:
-¡Sería precioso un buen retrato suyo! Yo lo pagaría a cualquier precio. Casi me dan ganas de pintarlo yo misma. Supongo que usted lo ignoraba, pero hace dos o tres años tuve una gran afición por la pintura, y probé a hacer el retrato de varios de mis amigos, y en general me dijeron que no lo hacía mal del todo. Pero por una u otra razón, me cansé y lo dejé correr. Pero claro está que podría probar otra vez si Harriet quisiera posar para mí. ¡Sería maravilloso tener un retrato suyo!
-Permítame que le anime a hacerlo -exclamó el señor Elton-, sería precioso. Permítame que le anime, señorita Woodhouse, a ejercer sus excelentes dotes artísticas en beneficio de su amiga. Yo he visto sus dibujos. ¿Cómo podía suponer que ignoraba que fuese usted una artista? ¿No hay en este salón abundantes muestras de sus pinturas de paisajes y flores?; ¿no tiene la señora Weston en su salón de Randalls unos inimitables dibujos que son obra suya?
«Sí, hombre de Dios -pensó Emma-, pero todo eso ¿qué tiene que ver con saber reproducir el parecido de una cara? Sabes muy poco de dibujo. No te quedes en éxtasis pensando en los míos. Guárdate los éxtasis para cuando estés delante de Harriet.»
-Verá usted, señor Elton -dijo en voz alta-, si me anima usted de un modo tan amable, creo que trataré de hacer lo que pueda. Las facciones de Harriet son muy delicadas, y por eso son más difíciles de reproducir en un retrato; y tiene rasgos muy peculiares, como la forma de los ojos o el trazado de la boca, que es preciso reproducir exactamente.
-Usted lo ha dicho... La forma de los ojos y el trazado de la boca. Yo no dudo de que usted lo conseguirá. Por favor, inténtelo. Estoy seguro de que tal como usted lo haga será, para usar su propia expresión, algo precioso.
-Pero yo temo, señor Elton, que Harriet no quiera posar. Concede tan poco valor a su belleza. ¿Ha visto usted la manera en que me ha contestado? ¿Qué otra cosa quería decir si no: «Para qué hacer un retrato mío?»

-¡Oh, sí! Le aseguro que ya me he fijado. No me ha pasado por alto. Pero no dudo de que podremos convencerla.

Harriet no tardó en regresar, y casi inmediatamente se le hizo la proposición; y sus reparos no pudieron resistir mucho ante la insistencia de ambos. Emma quiso ponerse manos a la obra sin más demora, y por lo tanto fue a buscar la carpeta en donde guardaba sus bocetos, ya que ninguno de ellos estaba terminado, a fin de que entre todos decidieran cuál podía ser la mejor medida para el retrato. Les mostró sus numerosos bocetos. Miniaturas, retratos de medio cuerpo, de cuerpo entero, dibujos a lápiz y al carbón, acuarelas, todo lo que había ido ensayando. Emma siempre había querido hacerlo todo, y había sido en el dibujo y en la música donde sus progresos habían sido mayores, sobre todo teniendo en cuenta la escasa disciplina en el trabajo a la que se había sometido. Tocaba algún instrumento y cantaba; y dibujaba en casi todos los estilos; pero siempre le había faltado perseverancia; y en nada había alcanzado el grado de perfección que ella hubiese querido poseer, ya que no admitía errores. No se hacía muchas ilusiones acerca de sus habilidades musicales o pictóricas, pero no le disgustaba deslumbrar a los demás, y no le importaba saber que tenía tina fama a menudo mayor que la que merecían sus méritos.

Todos los dibujos tenían su mérito; y quizá los mejores eran los menos acabados; su estilo estaba lleno de vida; pero tanto si hubiera tenido mucho menos, como si hubiese tenido diez veces más, la complacencia y la admiración de sus dos amigos hubiera sido la misma. Ambos estaban extasiados. El parecido gusta a todo el mundo, y en este aspecto los aciertos de la señorita Woodhouse eran muy notables.

-No verá usted mucha variedad de caras -dijo Emma-. No disponía de otros modelos que los de mi familia. Aquí está mi padre (otra de mi padre), pero la idea de posar para este cuadro le puso tan nervioso que tuve que dibujarle cuando él no se daba cuenta; por eso en ninguno de estos esbozos le saqué mucho parecido. Otra vez la señora Weston, y otra y otra, ya ve. ¡Ay, mi querida señora Weston! Siempre mi mejor amiga en todas las ocasiones. Siempre que se lo pedía estaba dispuesta a posar. Esta es mi hermana; y la verdad es que recuerda mucho su silueta fina y elegante; y las facciones son bastante parecidas. Hubiera podido hacerle un buen retrato si hubiera posado más tiempo, pero tenía tanta prisa para que dibujara a sus cuatro pequeños que no había modo de que se estuviera quieta. Y aquí está todo lo que conseguí con tres de sus cuatro hijos; éste es Henry, éste es John y ésta es Bella, los tres en la misma hoja, y apenas se distinguen el uno del otro. Su madre puso tanto interés en que los dibujara que no pude negarme; pero ya sabe usted que no es posible lograr que niños de tres o cuatro años se estén quietos; y tampoco es muy fácil sacarles parecido, aparte de un vago aire personal y de la construcción de la cabeza, a no ser que tengan las facciones más- acusadas de lo que es normal en una criatura; éste es el esbozo que hice del cuarto, que aún estaba en pañales. Lo dibujé mientras dormía en el sofá, y le aseguro .que esta cabecita sonrosada se parece a la suya todo lo que puede desearse. Tenía la cabeza inclinada de un modo muy gracioso. Se le parece mucho. Estoy bastante

orgullosa de mi pequeño George. El rincón del sofá está muy bien. Y aquí está mi último dibujo (y desenvolvió un esbozo muy bonito, de pequeño tamaño, que representaba a un hombre de cuerpo entero), el último y el mejor: mi cuñado, el señor John Knightley. Me faltaba muy poco para terminarlo cuando lo arrinconé en un momento de mal humor y me prometí a mí misma que no volvería a hacer más retratos. No puedo soportar que me provoquen; porque después de todos mis esfuerzos, y cuando había conseguido hacer un retrato lo que se dice muy bueno (la señora Weston y yo estuvimos totalmente de acuerdo en que se le parecía muchísimo), sólo que quizá demasiado favorecido, demasiado halagador, pero eso era un defecto muy disculpable, después de esto, llega Isabella y su opinión fue como un jarro de agua fría: «Sí, se le parece un poco; pero, desde luego, no le has sacado muy favorecido.» Y además nos costó muchísimo convencerle para que posara; como si nos hiciera un gran favor; y todo en conjunto era más de lo que yo podía resistir; de modo que no pienso terminarlo, y así se ahorrarán excusarse ante sus visitas de que el retrato no se le parezca; y como ya he dicho entonces me juré que nunca más volvería a dibujar a nadie. Pero siendo por Harriet, o mejor dicho, por mí misma, pues ahora no va a intervenir ningún matrimonio en el asunto, estoy decidida a romper mi promesa.

El señor Elton parecía lo que se dice muy emocionado y complacido con la idea, y repetía:

-Cierto, *por el momento* no va a intervenir ningún matrimonio, como usted dice. Tiene usted mucha razón. Ningún matrimonio.

E insistía tanto en ello que Emma empezó a pensar si no sería mejor dejarles solos. Pero como Harriet quería que le hicieran el retrato, decidió que la declaración podía esperar.

Emma no tardó en concretar las medidas y la modalidad del retrato. Debía ser un retrato de cuerpo entero, a la acuarela, como el del señor John Knightley, y estaba destinado, si es que complacía a la artista, a ocupar un lugar de honor sobre la chimenea.

Empezó la sesión; y Harriet sonriendo y ruborizándose, y temerosa de no saber adoptar la posición más conveniente, ofrecía a la escrutadora mirada de la artista, una encantadora mezcla de expresiones juveniles. Pero no podía hacerse nada con el señor Elton, que no paraba ni un momento, y que detrás de Emma seguía con atención cada pincelada. Ella le autorizó a ponerse donde pudiera verlo todo a plena satisfacción sin molestar; pero terminó viéndose obligada a poner fin a todo aquello y a pedirle que se pusiera en otro sitio. Entonces se le ocurrió que podía hacerle leer.

-Si fuera usted tan amable de leernos algo, se lo agradeceríamos mucho. Haría más fácil mi trabajo y distraería a la señorita Smith.

El señor Elton no deseaba otra cosa. Harriet escuchaba y Emma dibujaba en paz. Tuvo que permitir al joven que se levantara con frecuencia para mirar; era lo mínimo que podía pedírsele a un enamorado; y a la menor interrupción del trabajo del lápiz, se levantaba para acercarse a ver los progresos de la obra y quedar maravillado. No había modo de que se contrariara con un crítico tan poco exigente, ya que su admiración le hacía advertir parecidos casi antes de que

fuera posible apreciarlos. Emma no hacía mucho caso de su opinión, pero su amor y su buena voluntad eran indiscutibles.

En conjunto la sesión resultó muy satisfactoria; los esbozos del primer día la dejaron lo suficientemente satisfecha como para desear seguir adelante. El parecido era evidente, había estado acertada en la elección de la postura, y como pensaba hacer unos pequeños retoques en el cuerpo, para darle un poco más de altura y hacerlo considerablemente más esbelto y elegante, tenía una gran confianza en que terminaría siendo, en todos los aspectos, un magnífico dibujo, que iba a ocupar con honor para ambas el lugar al que estaba destinado; un recuerdo perenne de la belleza de una, de la habilidad de la otra, y de la amistad de las dos; sin hablar de otras muchas gratas sugerencias, que el tan prometedor afecto del señor Elton era probable que añadiese.

Harriet tenía que volver a posar al día siguiente; y el señor Elton, como era de esperar, pidió permiso para asistir a la sesión y servirles de nuevo de lector.

-Con mucho gusto. Estaremos más que encantadas de que forme usted parte de nuestro grupo.

Al día siguiente hubo los mismos cumplidos y cortesías, el mismo éxito y la misma satisfacción, y todo ello unido a los rápidos y afortunados progresos que hacía el dibujo. Todo el mundo que lo veía quedaba complacido, pero el señor Elton estaba en un éxtasis continuo y lo defendía contra toda crítica.

-La señorita Woodhouse ha dotado a su amiga de las únicas perfecciones que le faltaban -comentaba con él la señora Weston sin tener la menor sospecha de que estaba hablando a un enamorado-. La expresión de los ojos es admirable, pero la señorita Smith no tiene esas cejas ni esas pestañas. Precisamente no tenerlas es el defecto de su cara.

-¿Usted cree? -replicó él-. Lamento no estar de acuerdo con usted. A mí me parece que hay un parecido perfecto en todos los rasgos. En mi vida he visto un parecido semejante. Hay que tener en cuenta los efectos de sombra, sabe usted.

-La ha pintado demasiado alta, Emma dijo el señor Knightley.

Emma sabía que esto era cierto, pero no estaba dispuesta a reconocerlo, y el señor Elton intervino acaloradamente.

-¡Oh, no! Claro está que no es demasiado alta, ni muchísimo menos. Tenga usted en cuenta que está sentada... lo cual naturalmente significa una perspectiva distinta... y la reducción da exactamente la idea... y piense que tienen que mantenerse las proporciones. Las proporciones, el escorzo... ¡Oh, no! Da exactamente la idea de la estatura de la señorita Smith. Desde luego, exactamente su estatura...

-Es muy bonito -dijo el señor Woodhouse-; está muy bien hecho. Igual que todos tus dibujos, querida. No conozco a nadie que dibuje tan bien como tú. Lo único que no me acaba de gustar es que la señorita Smith simule estar al aire libre y sólo lleva un pequeño chal sobre los hombros... y da la impresión de que tenga que resfriarse.

-Pero papá querido, se supone que es en verano; un día caluroso de verano. Mira él árbol.

-Sí, querida, pero siempre es expuesto permanecer así al aire libre.

-Puede usted pensar lo que quiera -exclamó el señor Elton-, pero yo debo confesar que me parece una idea acertadísima el situar a la señorita Smith al aire libre; ¡y el árbol está tratado con una gracia inimitable! Cualquier otra ambientación hubiera tenido mucho menos carácter. La ingenuidad de la postura de la señorita Smith... ¡En fin, todo! ¡Oh, es algo más que admirable! No puedo apartar los ojos del dibujo. Nunca había visto un parecido tan asombroso.

Y lo inmediato fue pensar en enmarcar el cuadro; y aquí surgieron algunas dificultades. Alguien tenía que cuidarse de ello; y debía hacerse en Londres; el encargo tenía que confiarse a una persona inteligente de cuyo buen gusto se pudiera estar seguro; y no podía pensarse en Isabella, que era quien solía ocuparse de estas cosas, ya que estaban en diciembre, y el señor Woodhouse no podía soportar la idea de hacerla salir de casa con la niebla de diciembre. Pero todo fue enterarse el señor Elton del conflicto y quedar éste resuelto. Su galantería estaba siempre alerta.

-Si se me confiara este encargo, ¡con qué infinito placer lo cumpliría! En cualquier momento estoy dispuesto a ensillar el caballo e ir a Londres. Me sería imposible describir la satisfacción que me causaría ocuparme de este encargo.

«¡Es demasiada amabilidad por su parte!», «¡Ni pensar en darle tantas molestias!», «¡Por nada del mundo consentiría en darle un encargo tan incómodo!»... Cumplidos que suscitaron la esperada repetición de nuevas insistencias y frases amables, y en pocos minutos se acordó que así se haría.

El señor Elton llevaría el cuadro a Londres, elegiría el marco y se encargaría de todo lo necesario; y Emma pensó que podía arrollar la tela de modo que pudiese llevarla sin peligro y sin que ocasionase demasiadas molestias al joven, mientras que éste parecía temeroso de que tales molestias fueran demasiado pequeñas.

-¡Qué precioso depósito! erijo suspirando tiernamente cuando le entregaron el cuadro.

--Casi es demasiado galante para estar enamorado -pensó Em

ma-. Por lo menos eso es lo que me parece, pero supongo que debe de haber muchas maneras distintas de estar enamorado. Es un joven excelente, y eso es lo que le conviene a Harriet; «exactamente, eso es», como él dice siempre; pero da unos suspiros, se enternece de una manera y gasta unos cumplidos tan exagerados que es más de lo que yo podría soportar en un hombre. A mí me toca una buena parte de los cumplidos, pero en segundo plano; es su gratitud por lo que hago por Harriet.

CAPÍTULO VII

EL mismo día de la partida del señor Elton para Londres ofreció a Emma una nueva ocasión de prestar un servicio a su amiga. Como de costumbre, Harriet había ido a Hartfield poco después de la hora del desayuno; y al cabo de un rato había vuelto a su casa para regresar a Hartfield a la hora de la cena. Regresó antes de lo que se había acordado, y con un aire de nerviosismo y de turbación que anunciaban que le había ocurrido algo extraordinario que estaba deseando

contar. No tardó ni un minuto en decirlo todo. Apenas volvió a casa de la señora Goddard, le dijeron que una hora antes había estado allí el señor Martin, y que al no encontrarla en casa y que quizás iba a tardar todavía, había dejado un paquetito para ella de parte de una de sus hermanas y se había ido; y al abrir el paquete había encontrado, junto con las dos canciones que había prestado a Elizabeth para que las copiara, una carta para ella; y esta carta era de él -del señor Martin- y contenía una proposición de matrimonio en toda regla.

-¡Quién hubiera podido pensarlo! Quedé tan sorprendida que no sabía qué hacer. Sí, sí, toda una proposición de matrimonio; y una carta muy atenta, o al menos a mí me lo parece. Me escribe como si me amara muy de veras... pero yo no sé... y por eso he venido lo antes posible para preguntarte qué tengo que hacer...

Emma casi se avergonzó de su amiga al ver que parecía tan complacida y tan dudosa.

-¡Vaya! -exclamó-. El joven está decidido a no dejarse perder nada por tiimdez. Por encima de todo quiere relacionarse bien.

-¿Quieres leer la carta? -preguntó Harriet-. Te lo ruego. Me gustaría tanto que la leyeras...

Emma no se hizo rogar mucho. Leyó la carta y quedó asombrada. La carta estaba mucho mejor redactada de lo que esperaba. No sólo no había ningún error gramatical, sino que su redacción no hubiera hecho desmerecer a ningún caballero; el lenguaje, aunque llano, era enérgico y sin artificiosidad, y la expresión de los sentimientos decía mucho en favor de quien la había escrito. Era breve, pero revelaba buen sentido, un intenso afecto, liberalidad, corrección e incluso delicadeza de sentimientos. Se demoró leyéndola, mientras Harriet la miraba ansiosamente esperando su opinión, y murmurando:

-¡Vaya, vaya!

Hasta que por fin no pudo contenerse y añadió:

-Es una carta bonita ¿no? ¿O quizá te parece demasiado corta?

-Sí, la verdad es que es una carta muy bonita -replicó Emma con estudiada lentitud-, tan bonita, Harriet, que, teniendo en cuenta todas las circunstancias, creo que alguna de sus hermanas ha tenido que ayudarle a escribirla. Apenas puedo concebir que el joven que vi el otro día hablando contigo se exprese tan bien sin ayuda de nadie, y sin embargo tampoco es el estilo de una mujer; no, desde luego es demasiado enérgico y conciso; no es suficientemente difuso para ser escrito por una mujer. Sin duda es un hombre de sensibilidad, y admito que pueda tener un talento natural para... Piensa de un modo enérgico y conciso... y cuando coge la pluma sabe encontrar las palabras adecuadas para expresar sus pensamientos. Eso les ocurre a ciertos hombres. Sí, ya me hago cargo de cómo es su manera de ser. Enérgico, decidido, no sin cierta sensibilidad, sin la menor grosería. Harriet -añadió devolviéndole la carta- está mejor escrita de lo que esperaba.

-Sí -dijo Harriet, que seguía aguardando algo más-. Sí... y... ¿qué tengo que hacer?

-¿Qué tienes que hacer? ¿Qué quieres decir? ¿Te refieres a esta carta?

-Sí.

-Pero ¿cómo es posible que dudes? Desde luego tienes que contestarla... y además en seguida.

-Sí. Pero ¿qué le voy a decir? ¡Querida Emma, aconséjame!

-¡Oh, no, no! Es mucho mejor que la carta la escribas tú sola. Te expresarás con mucha más propiedad, estoy segura. No hay ningún peligro de-que no te hagas entender, y eso es lo más importante. Tienes que expresarte con toda claridad, sin vaguedades ni rodeos. Y estoy segura de que todas esas frases de gratitud, y de sentimiento por el dolor que le causas, y que exige la urbanidad, se te ocurrirán a ti misma. No necesitas que nadie te aconseje para escribirle lamentando la decepción que le causas.

-Entonces tú crees que tengo que rechazarle -dijo Harriet, bajando los ojos.

-¿Que si tienes que rechazarle? ¡Querida Harriet!, ¿qué quieres decir con eso? ¿Es que tienes alguna duda? Yo creía... pero, en fin, te pido mil perdones porque tal vez estaba equivocada. Desde luego, si dudas acerca de lo que tienes que contestar es que yo te había comprendido mal. Yo me imaginaba que sólo me consultabas sobre la manera de redactar la contestación.

Harriet callaba. Emma, adoptando una actitud más reservada, prosiguió:

-Según veo piensas darle una contestación favorable.

-No, no es eso; quiero decir, yo no quiero... ¿Qué tengo que hacer? ¿Qué me aconsejas que haga? Por favor, Emma querida, dime qué es lo que debo hacer...

-Harriet, yo no puedo darte ningún consejo. No tengo nada que ver con eso. Ésta es una cuestión que debes decidir tú sola, según tus sentimientos.

-Yo no tenía ni la menor idea de que le atrajese tanto -dijo Harriet, contemplando la carta.

Por unos momentos Emma siguió guardando silencio; pero empezó a comprender que el halago seductor de aquella carta podía llegar a ser demasiado poderoso, y pensó que era preferible intervenir:

-Harriet, para mí hay una norma general que es la siguiente: si una mujer duda si debe aceptar o no a un hombre, lo evidente es que debería rechazarle. Si puede llegar a dudar de decir «Sí», debería decir «No», sin pensárselo más. El matrimonio no es un estado en el que se pueda entrar tranquilamente con sentimientos vacilantes, sin tener una plena seguridad. Creo que es mi deber como amiga tuya, y también por tener algunos años más que tú, el decirte todo esto. Pero no creas que quiero influir en tu decisión.

-¡Oh, no! Estoy tan segura de que me quieres demasiado para... Pero, sólo si pudieras aconsejarme qué es lo mejor que podría hacer... No, no, no quiero decir eso... Como tú dices, debería estar completamente segura... No se puede vacilar en estas cosas... Es algo demasiado serio... Quizá será más seguro decir que no; ¿crees que hago mejor diciendo que no?

-Por nada del mundo -dijo Emma sonriendo graciosamente te aconsejaría que tomaras una u otra decisión. Tienes que ser tú el mejor juez de tu propia felicidad. Si prefieres al señor Martin más que a cualquier otra persona; si te parece el hombre más agradable de todos los que has tratado, ¿por qué dudas? Te ruborizas, Harriet. ¿Es que en este momento piensas en algún otro a quien convendría mejor esta definición? Harriet, Harriet, no te engañes a ti misma; no

te dejes llevar por la gratitud y la compasión. ¿En quién piensas en este momento?

Los indicios eran favorables... En vez de contestar, Harriet volvió la cabeza llena de turbación, y se quedó pensativa junto al fuego; y aunque seguía aún con la carta en la mano, la iba arrollando maquinalmente, sin mirarla. Emma esperaba el resultado con impaciencia, pero no sin grandes esperanzas. Por fin, con voz vacilante, Harriet dijo:

-Emma, ya que no quieres darme tu opinión, procuraré expresar la mía lo mejor que sepa; estoy totalmente decidida, y la verdad es que ya casi me he hecho a la idea... de rechazar al señor Martin. ¿Crees que hago bien?

-Haces muy bien, querida Harriet, te aseguro que haces muy bien; haces lo que debes. Mientras estabas vacilando, yo me reservaba mis sentimientos, pero ahora que te veo tan decidida, no tengo ningún inconveniente en aprobar tu actitud. Querida Harriet, no sabes cuánto me alegro. Me hubiera apenado mucho perder tu amistad y dejar de tratarte, y ésta hubiera sido la consecuencia de que te casaras con el señor Martin. Mientras te hubiera visto dudosa, aunque hubiera sido en lo más mínimo, no te hubiera dicho nada acerca de esta cuestión, porque no quería influirte; pero para mí hubiera significado perder a una amiga. Yo no hubiera podido visitar a la señora de Robert Martin en Abbey-Mill Farm. Ahora ya estoy segura de no perderte nunca.

A Harriet no se le había ocurrido pensar en aquel peligro, pero entonces la sola idea la dejó muy impresionada.

-¿Que no hubieras podido visitarme? -exclamó horrorizada-. No, desde luego no hubieras podido; pero nunca se me había ocurrido pensar en eso antes de ahora. Hubiera sido demasiado horrible. ¿Y eso iba a ser la solución de mi vida? Querida Emma, por nada del mundo renunciaría al placer y al honor de tu amistad.

-Sí, Harriet, para mí hubiera sido un golpe terrible perderte; pero hubiera tenido que ser así; tú misma te habrías apartado de toda la buena sociedad. Yo hubiera tenido que renunciar a ti.

-¡Querida! ¿Cómo hubiese podido soportarlo? ¡Sería mi muerte el no volver nunca más a Hartfield!

-¡Pobre criatura, tan cariñosa! ¡Tú, desterrada en Abbey-Mill Farm! ¡Condenada durante toda tu vida a no tratar más que a gente vulgar y sin cultura! Me pregunto cómo ese joven ha tenido la osadía de proponerte tal cosa. Debe tener lo que se dice muy buena opinión de sí mismo.

-Tampoco creo que sea un engreído -dijo Harriet, cuya conciencia se oponía a esta censura-; sea como sea, es una persona de intenciones rectas, y yo siempre le estaré muy agradecida y pensaré de él con afecto... Pero esto es una cosa, y casarse con él... Y además, aunque yo pueda atraerle, eso no quiere decir que yo vaya a... y desde luego tengo que confesar que desde que vengo aquí he conocido a personas... y si me pongo a hacer comparaciones, me refiero a la apostura y al trato, pues desde luego no hay comparación posible... aquí he conocido a caballeros tan atractivos y de trato tan agradable... Sin embargo, la verdad es que considero al señor Martin como un joven amabilísimo, y tengo muy buena opinión de él; y el que se muestre tan atraído por mí y el que me

escriba una carta como ésta... Pero yo no me separaría de ti por nada del mundo.

-Gracias, muchas gracias, querida amiga; ¡eres tan cariñosa! No nos separaremos. Una mujer no tiene por qué casarse con un hombre sólo porque él se lo pida, o porque le haya inspirado un afecto, o porque él sea capaz de escribir una carta aceptable.

-¡Oh, no! Y además es una carta demasiado corta...

Emma se daba cuenta del mal sabor de boca que le había quedado a su amiga, pero quiso pasarlo por alto y siguió:

-Desde luego; y de poco consuelo te iba a servir el saber que tu marido sabe escribir bien una carta cuando puede estar poniéndote en ridículo cada momento del día, con la ordinariez de sus modales.

-¡Oh, sí! Tienes mucha razón. ¿Qué importa una carta? Lo que importa es gozar siempre de la compañía de personas agradables. Estoy totalmente decidida a rechazarle. Pero ¿cómo voy a hacerlo? ¿Qué voy a decirle?

Emma le aseguró que no había ninguna dificultad en contestar, y le aconsejó que le escribiera inmediatamente, a lo cual la muchacha accedió con la esperanza de contar con la ayuda de su amiga; y aunque Emma seguía afirmando que no necesitaba ninguna clase de ayuda, lo cierto fue que colaboró en la redacción de todas y cada una de las frases de la carta. Al releer la del señor Martin para contestarla Harriet se sintió más propensa a ablandarse, tanto que fue preciso que Emma robusteciera su decisión con unas pocas pero decisivas frases; Harriet estaba tan preocupada por la idea de hacerle desdichado, y pensaba tanto en lo que iban a pensar y decir su madre y sus hermanas, y tenía tanto miedo de que la considerasen como una ingrata, que Emma no pudo por menos de convencerse de que si el joven hubiese acertado a pasar por allí en aquel momento, a pesar de todo hubiese sido aceptado.

Sin embargo la carta fue escrita, sellada y enviada. La cuestión estaba zanjada y Harriet a salvo. Durante toda la noche la muchacha estuvo más bien deprimida, pero Emma escuchó con paciencia sus tiernas lamentaciones, y de vez en cuando intentaba levantarle el ánimo hablándole del afecto que ella le profesaba, y, a veces también, reavivando el recuerdo del señor Elton.

-Nunca más volverán a invitarme a Abbey-Mill -dijo Harriet en un tono más bien lastimero.

-Y si te invitaran, Harriet, yo nunca sabría separarme de ti. Eres demasiado necesaria en Hartfield para que te deje perder el tiempo en Abbey-Mill.

-Y estoy segura de que nunca tendré deseos de ir allí; porque el único sitio donde yo soy feliz es en Hartfield. Y al cabo de un rato, Harriet prosiguió:

-Estoy pensando que la señora Goddard se quedaría sorprendidísima si supiera todo lo que ha pasado. Y estoy segura de que la señorita Nash también... Porque la señorita Nash cree que su hermana ha hecho una gran boda, y eso que sólo se ha casado con un pañero.

-Sería penoso ver que una maestra de escuela tiene más orgullo o unos gustos más refinados. Me atrevería a decir que la señorita Nash te envidiaría una oportunidad como ésta para casarse. Incluso esta conquista sería de gran valor a sus ojos. En cuanto a algo que para ti fuera más valioso, supongo que ella no

es capaz ni de imaginárselo. Dudo que las atenciones de cierta persona sean aún motivo de chismes en Highbury. Hasta ahora me imagino que tú y yo somos las únicas para quienes sus miradas y su proceder han sido suficientemente explícitos.

Harriet se ruborizó, sonrió y dijo algo acerca de su extrañeza de que hubiera quien pudiese interesarse tanto por ella. Evidentemente, le halagaba pensar en el señor Elton; pero al cabo de un rato volvía a conmoverse pensando en la negativa que había dado al señor Martin.

-A estas horas ya habrá recibido mi carta -dijo quedamente-. Me gustaría saber qué están haciendo todos... si lo saben sus hermanas... si él se siente desdichado los demás lo serán también. Confío en que esto no le afecte mucho.

-Pensemos en nuestros amigos ausentes que viven horas más felices -exclamó Emma-. En estos momentos quizás el señor Elton está enseñando tu retrato a su madre y a sus hermanas, y les está contando hasta qué punto es más hermoso el original, y después de habérselo hecho rogar cinco o seis veces consentirá en revelarles tu nombre, tu nombre tan querido para él.

-¡Mi retrato! Pero ¿no lo ha dejado en Bond Street?

-¡Es posible! Si lo ha hecho así es que yo no conozco al señor Elton. No, mi querida y modesta Harriet, puedes estar segura de que no llevará el retrato a Bond Street hasta un momento antes de montar a caballo para volver hacia aquí mañana. Durante toda esta noche será su compañero, su consuelo, su deleite. Le servirá para mostrar sus intenciones a su familia, para que te conozcan, para difundir entre los que le rodean los más gratos sentimientos de la naturaleza humana, la viva curiosidad y la calidez de una predisposición favorable. ¡Qué alegres, qué animados deben de estar! ¡Cómo deben de rebosar de fantasías las imaginaciones de todos ellos!

Harriet volvió a sonreír, y sus sonrisas se fueron acentuando.

CAPÍTULO VIII

AQUELLA noche Harriet durmió en Hartfield. En las últimas semanas pasaba allí casi la mitad del día, y poco a poco fue teniendo un dormitorio fijo para ella; y Emma juzgaba preferible en todos los aspectos retenerla en su casa, segura y contenta, todo el tiempo posible, por lo menos en aquellos momentos. A la mañana siguiente tuvo que ir a casa de la señora Goddard por una o dos horas, pero ya se había convenido que volvería a Hartfield para quedarse allí durante varios días.

Durante su ausencia llegó el señor Knightley y estuvo conversando con el señor Woodhouse y Emma, hasta que el señor Woodhouse, que aquella mañana se había propuesto salir a dar un paseo, se dejó convencer por su hija de que no lo aplazara, y la insistencia de ambos logró vencer los escrúpulos de su cortesía, que se resistía a dejar al señor Knightley por aquel motivo. El señor Knightley, que no tenía nada de ceremonioso, con sus respuestas concisas y rápidas ofrecía un divertido contraste con las interminables excusas y corteses vacilaciones de su interlocutor.

-Señor Knightley, permítame que me tome esta licencia; si usted quisiera excusarme, si no me considerara usted demasiado grosero, yo seguiría el consejo de Emma y saldría a dar un paseo de un cuarto de hora. Como el sol se ha puesto creo que sería mejor que diera mi paseíto antes de que refrescara demasiado. Ya ve que no hago ningún cumplido con usted, señor Knightley. Nosotros los inválidos nos consideramos con ciertos privilegios.

-Por Dios, no faltaba más, no tiene usted que tratarme como a un extraño.

-Le dejo con mi hija, que es un excelente substituto. Emma estará muy complacida de atenderle. Así que vuelvo a pedirle mil perdones, y me voy a dar mi vueltecita... mi paseo de invierno.

-Me parece muy buena idea, señor Woodhouse.

-Yo le pediría muy gustoso que tuviera a bien acompañarme señor Knightley, pero ando muy despacio, y a usted le sería muy pesado acomodarse a mi paso; y además, ya tiene usted que dar otro largo paseo para volver a Donwell Abbey.

-Muchas gracias, es usted muy amable; pero yo me voy ahora mismo; y creo que lo mejor sería que saliese usted cuanto antes. Voy a buscarle la capa larga y le abro la puerta del jardín.

Por fin el señor Woodhouse se fue; pero el señor Knightley, en vez de disponerse a salir también, volvió a sentarse como si estuviera deseoso de más conversación. Empezó hablando de Harriet y haciendo espontáneamente grandes elogios suyos, más de los que Emma había oído jamás en sus labios.

-Yo no podría alabar su belleza tanto como usted -dijo él-, pero es una muchacha linda, y me inclino a creer que no le faltan buenas prendas. Su personalidad depende de la de los que le rodean; pero en buenas manos llegará a ser una mujer de mérito.

-Me alegra saber que piensa usted así; y confío en que no eche de menos esas buenas manos.

-¡Vaya! -dijo él-. Veo que lo que está deseando es que le haga un cumplido, de modo que le diré que gracias a usted ha mejorado mucho. Usted le ha hecho perder su risita boba de colegiala, y eso dice mucho en favor de usted.

-Muchas gracias. Confieso que me llevaría un disgusto si no pudiera creer que he servido para algo; pero no todo el mundo nos elogia cuando lo merecemos. Usted, por ejemplo, no suele abrumarme con demasiadas alabanzas.

-Decía usted que la está esperando esta mañana, ¿no?

-Sí, de un momento a otro. Por lo que dijo ya hubiera debido de estar de vuelta.

-Algo la debe de haber hecho retrasarse; tal vez alguna visita. -¡Qué gente más charlatana la de Highbury! ¡Qué fastidiosos son!

-A lo mejor Harriet no encuentra a todo el mundo tan fastidioso como usted.

Emma sabía que esto era una verdad demasiado evidente para que pudiera llevarle la contraria, y por lo tanto guardó silencio. Al cabo de un momento el señor Knightley añadió con una sonrisa:

-No pretendo fijar tiempo ni lugar, pero debo decirle que tengo buenas razones para suponer que su amiguita no tardará mucho en enterarse de algo que la alegrará.

-¿De verás? ¿De qué se trata? ¿Qué clase de noticia será ésta? -¡Oh, una

noticia muy importante, se lo aseguro! -dijo aún sonriendo.

-¿Muy importante? Sólo puede ser una cosa. ¿Quién está enamorado de ella? ¿Quién le ha hecho confidencias?

Emma estaba casi segura de que había sido el señor Elton quien le había hecho alguna insinuación. El señor Knightley era un poco el amigo y el consejero de todo el mundo, y ella sabía que el señor Elton le consideraba mucho.

-Tengo razones para suponer -replicó- que Harriet Smith no tardará en recibir una proposición de matrimonio procedente de una persona realmente intachable. Se trata de Robert Martin. Parece ser que la visita de Harriet a Abbey-Mill el verano pasado ha surtido sus efectos. Está locamente enamorado y quiere casarse con ella.

-Es muy de agradecer por su parte -dijo Emma-; pero ¿está seguro de que Harriet querrá aceptarlo?

-Bueno, bueno, ésa ya es otra cuestión; de momento quiere proponérselo. ¿Conseguirá lo que se propone? Hace dos noches vino a verme a la Abadía para consultar el caso conmigo. Sabe que tengo un gran aprecio por él y por toda su familia, y creo que me considera como uno de sus mejores amigos. Vino a consultarme si me parecía oportuno que se casara tan joven; si no la consideraba a ella demasiado niña; en resumidas cuentas, si aprobaba su decisión; tenía cierto miedo de que se la considerase (sobre todo desde que usted tiene tanto trato con ella) como perteneciente a una clase social superior a la suya. Me gustó mucho todo lo que dijo. Nunca había oído hablar a nadie con más sentido común. Habla siempre de un modo muy atinado; es franco, no se anda por las ramas y no tiene nada de tonto. Me lo contó todo; su situación y sus proyectos, todo lo que se proponían hacer en caso de que él se casara. Es un joven excelente, buen hijo y buen hermano. Yo no vacilé en aconsejarle que se casara. Me demostró que estaba en situación de poder hacerlo, y en este caso me convencí de que no podía hacer nada mejor. Le hice también elogios de su amada, y se fue de mi casa alegre y feliz. Suponiendo que antes no hubiera tenido en mucho mi opinión, a partir de entonces se hubiera hecho de mí la idea más favorable; y me atrevería a decir que salió de mi casa considerándome como el mejor amigo y consejero que jamás tuvo hombre alguno. Eso ocurrió anteanoche. Ahora bien, como es fácil de suponer, no querrá dejar pasar mucho tiempo antes de hablar con ella, y como parece ser que ayer no le habló, no es improbable que hoy se haya presentado en casa de la señora Goddard; y por lo tanto Harriet puede haberse visto retenida por una visita que le aseguro que no va a considerar precisamente como fastidiosa.

-Perdone, señor Knightley -dijo Emma, que no había dejado de sonreír mientras él hablaba-, pero ¿cómo sabe usted que el señor Martin no le habló ayer?

-Cierto -replicó él, sorprendido-, la verdad es que no sé absolutamente nada de ello, pero lo he supuesto. ¿Es que ayer Harriet no estuvo todo el día con usted?

-Verá -dijo ella-, en justa correspondencia a lo que usted me ha contado, yo voy a contarle a mi vez algo que usted no sabía. El señor Martin habló ayer con Harriet, es decir, le escribió, y fue rechazado.

Emma se vio obligada a repetirlo para que su interlocutor lo creyese; y al

momento el señor Knightley se ruborizó de sorpresa y de contrariedad, y se puso de pie indignado diciendo:

-Entonces es que esta muchacha es mucho más boba de lo que yo creía. Pero ¿qué le ocurre a esa infeliz?

-¡Oh, ya me hago cargo! -exclamó Emma-. A un hombre siempre le resulta incomprensible que una mujer rechace una proposición de matrimonio. Un hombre siempre imagina que una mujer siempre está dispuesta a aceptar al primero que pida su mano.

-¡Ni muchísimo menos! A ningún hombre se le ocurre tal cosa. Pero ¿qué significa todo eso? ¡Harriet Smith rechazando a Robert Martin! ¡Si es verdad es una locura! Pero confío en que estará usted mal informada.

-Yo misma vi la contestación a su carta, no hay error posible.

-¿De modo que usted vio la contestación de Harriet? Y la escribió también, ¿no? Emma, esto es obra suya. Usted la convenció para que le rechazara.

-Y si lo hubiera hecho (lo cual, sin embargo, estoy muy lejos de reconocer), no creería haber hecho nada malo. El señor Martin es un joven muy honorable, pero no puedo admitir que se le considere a la misma altura de Harriet; y la verdad es que más bien me asombra que se haya atrevido a dirigirse a ella. Por lo que usted cuenta parece haber tenido algunos escrúpulos. Y es una lástima que se desembarazara de ellos.

-¿Que no está a la misma altura de Harriet? -exclamó el señor Knightley, levantando la voz y acalorándose; y unos momentos después añadió más calmado, pero con aspereza-: No, la verdad es que no está a su altura, porque él es muy superior en criterio y en posición social. Emma, usted está cegada por la pasión que siente por esa muchacha. ¿Es que Harriet Smith puede aspirar por su nacimiento, por su inteligencia o por su educación a casarse con alguien mejor que Robert Martin? Harriet es la hija natural de un desconocido que probablemente no tenía la menor posición, y sin duda ninguna relación más o menos respetable. No es más que una pensionista de una escuela pública. Es una muchacha que carece de sensibilidad y de toda instrucción. No le han enseñado nada útil, y es demasiado joven y demasiado obtusa como para haber aprendido algo por sí misma. A su edad no puede tener ninguna experiencia, y con sus cortas luces no es fácil que jamás llegue a tener una experiencia que le sirva para algo. Es agraciada y tiene buen carácter, eso es todo. El único escrúpulo que tuve para dar mi opinión favorable a esta boda fue por ella, porque creo que el señor Martin merece algo mejor, y no es muy buen partido para él. Por lo que se refiere a la cuestión económica, también me parece que él tiene todas las probabilidades de hacer un matrimonio mucho más ventajoso; y en cuanto a tener a su lado a una mujer comprensiva y sensata que le ayude, creo que no podía haber elegido peor. Pero yo no podía razonar de ese modo con un enamorado, y me incliné a confiar en que no habiendo en ella nada fundamentalmente malo, poseía ciertas disposiciones que, en manos como las suyas, podían encauzarse bien con facilidad y dar excelentes resultados. En mi opinión, quien realmente salía beneficiada en este matrimonio era ella; y no tenía ni la menor duda (ni ahora la tengo) de que la opinión general sería la que Harriet había tenido mucha suerte. Incluso estaba seguro de que usted estaría

satisfecha. Inmediatamente se me ocurrió pensar que no lamentaría usted separarse de su amiga viéndola tan bien casada. Recuerdo que me dije a mí mismo: «Incluso Emma, con toda su parcialidad por Harriet, convendrá en que hace una buena boda.»

-No puedo por menos de extrañarme de que conozca usted tan poco a Emma como para decir semejante cosa. ¡Por Dios! ¡Pensar que un granjero (porque, con todo su sentido común y todos sus méritos el señor Martin no es nada más que eso) podría ser un buen partido para mi amiga íntima! ¡Que no lamentaría el que se separara de mí para casarse con un hombre al que yo nunca podría admitir entre mis amistades! Me maravilla el que creyera usted posible el que yo pensara de este modo. Le aseguro que mi actitud no puede ser más distinta. Y debo confesarle que su planteamiento de la cuestión no me parece nada justo. Es usted demasiado severo cuando habla de las posibles aspiraciones de Harriet. Otras personas estarían de acuerdo conmigo en ver el caso de un modo muy diferente; el señor Martin quizá sea el más rico de los dos, pero sin ninguna duda es inferior a ella en calidad social. Los ambientes en que ella se desenvuelve están muy por encima de los de este joven. Esta boda rebajaría a Harriet.

-Pero ¿le llama usted rebajarse a que una muchacha que tiene orígenes ilegítimos y que es una ignorante se case con un propietario rural honorable e inteligente?

-En cuanto a las circunstancias de su nacimiento, aunque ante la ley podría considerársele como hija de nadie, ésta es una postura que para una persona con un poco de sentido común es inadmisible. Ella no tiene por qué pagar las culpas de otros, como ocurre si la situamos en un nivel inferior al de las personas con las que ha sido educada. No cabe duda alguna de que su padre es un caballero... y un caballero de fortuna... La pensión que recibe es muy generosa; nunca se ha escatimado nada para mejorar su educación o rodearse de más comodidades. Para mí, el que sea hija de un caballero es algo indudable. Que se trata con hijas de caballeros supongo que nadie puede negarlo. Por lo tanto su clase social es superior a la del señor Robert Martin.

-Sean quienes sean sus padres -dijo el señor Knightley-, sean quienes sean las personas que se han ocupado de ella hasta ahora, no hay nada que permita suponer que tenían la intención de introducirla en lo que usted llamaría la buena sociedad. Después de haberle dado una educación muy mediana, la confiaron a la señora Goddard para que se las compusiera como pudiese... Es decir, para que viviera en el ambiente de la señora Goddard y se relacionara con las amistades de la señora Goddard. Evidentemente, sus amigos juzgaron que eso le bastaba; y en realidad le bastaba. Ella misma no deseaba nada mejor. Antes de que usted decidiese hacerla su amiga no se sentía desplazada en su ambiente, no ambicionaba nada más. El verano pasado con los Martins se sentía completamente feliz. Entonces no se creía superior a ellos. Y si ahora cree esto es porque usted la ha hecho cambiar. No ha sido usted una buena amiga para Harriet Smith, Emma. Robert Martin nunca hubiera llegado tan lejos si no hubiera estado convencido de que ella no le miraba con indiferencia. Le conozco bien. Es demasiado realista para declararse a una mujer al azar de un

afecto que no sabe correspondido. Y en cuanto a que sea vanidoso, es la última persona que conozco de la que pensaría tal cosa. Puede usted estar segura de que ella le alentó.

Para Emma era mejor no contestar directamente a esta afirmación; de modo que prefirió reanudar el hilo de su propio razonamiento.

-Es usted muy buen amigo del señor Martin; pero como ya dije antes es injusto con Harriet. Las aspiraciones de Harriet a casarse bien no son tan desdeñables como usted las presenta. No es una muchacha inteligente, pero tiene mejor juicio de lo que usted supone, y no merece que se hable tan a la ligera de sus dotes intelectuales. Pero dejemos esa cuestión y supongamos que es tal como usted la describe, tan sólo una buena muchacha muy agraciada; permítame decirle que el grado en que posee estas cualidades no es una recomendación de poca importancia para la gran mayoría de la gente, porque la verdad es que es una muchacha muy atractiva, y así deben de considerarla el noventa y nueve por ciento de los que la conocen; y hasta que no se demuestre que los hombres en materia de belleza son mucho más filosóficos de lo que en general se supone; hasta que no se enamoren de los espíritus cultivados en vez de las caras bonitas, una muchacha con los atractivos que tiene Harriet está segura de ser admirada y pretendida, de poder elegir entre muchos como corresponde a su belleza. Además, su buen carácter tampoco es una cualidad tan desdeñable, sobre todo, como ocurre en su caso, con un natural dulce y apacible, una gran modestia y la virtud de acomodarse muy fácilmente a otras personas. O mucho me equivoco o en general los hombres considerarían una belleza y un carácter como éstos como los mayores atractivos que puede poseer una mujer.

-Emma, le doy mi palabra de que sólo el oír cómo abusa usted del ingenio que Dios le ha dado, casi me basta para darle la razón. Es mejor no tener inteligencia que emplearla mal como usted hace.

-¡Claro! exclamó ella en tono de chanza-. Ya sé que todos ustedes piensan igual acerca de eso. Ya sé que una muchacha como Harriet es exactamente lo que todos los hombres anhelan... la mujer que no sólo cautiva sus sentidos, sino que también satisface su inteligencia. ¡Oh! Harriet puede elegir a su capricho. Para usted mismo, si algún día pensara en casarse, ésta es la mujer ideal. Y a los diecisiete años, cuando apenas empieza a vivir, cuando apenas empieza a darse a conocer, ¿es de extrañar que no acepte la primera propuesta que se le haga? No... Déjela que tenga tiempo para conocer mejor el mundo que la rodea.

-Siempre pensé que esta amistad de ustedes dos no podía dar ningún buen resultado -dijo en seguida el señor Knightley-, aunque me guardé la opinión; pero ahora me doy cuenta de que habrá sido de consecuencias muy funestas para Harriet. Usted hace que se envanezca con esas ideas sobre ' su belleza y sobre todo a lo que podría aspirar, y dentro de poco ninguna persona de las que le rodean le parecerá de suficiente categoría para ella. Cuando se tiene poco seso la vanidad llega a causar toda clase de desgracias. Nada más fácil para una damita como ella que poner demasiado altas sus aspiraciones. Y quizá las propuestas de matrimonio no afluyan tan aprisa a la señorita Harriet Smith, aun siendo una muchacha muy linda. Los hombres de buen juicio, a pesar de lo que usted se empeña en decir, no se interesan por esposas bobas. Los hombres de

buena familia se resistirán a unirse a una mujer de orígenes tan oscuros... y los más prudentes temerán las contrariedades y las desdichas en que pueden verse envueltos cuando se descubra el misterio de su nacimiento. Que se case con Robert Martin y tendrá para siempre una vida segura, respetable y dichosa; pero si usted la empuja a desear casarse más ventajosamente, y le enseña a no contentarse si no es con un hombre de gran posición y buena fortuna, quizá sea pensionista de la señora Goddard durante todo el resto de su vida... o por lo menos (porque Harriet Smith es una muchacha que terminará casándose con uno u otro) hasta que se desespere y se dé por satisfecha con pescar al hijo de algún viejo maestro de escuela.

-Señor Knightley, en esta cuestión nuestros puntos de vista son tan radicalmente distintos que no serviría de nada que siguiéramos discutiendo. Sólo conseguiríamos enfadarnos el uno con el otro. Pero en cuanto a que yo haga que se case con Robert Martin, es imposible; ella le ha rechazado, y tan categóricamente que creo que no deja lugar a que él insista más. Ahora tiene que atenerse a las malas consecuencias que pueda tener el haberle rechazado, sean las que sean; y por lo que se refiere a la negativa en sí, no es que yo pretenda decir que no haya podido influir un poco en ella; pero le aseguro que ni yo ni nadie podía hacer gran cosa en ese asunto. El aspecto del señor Martin le perjudica mucho, y sus modales son tan bastos que, si es que alguna vez estuvo dispuesta a prestarle atención, ahora no lo está. Comprendo que antes de que ella hubiera conocido a nadie de más categoría pudiera tolerarle. Era el hermano de sus amigas, y él se desvivía para complacerla; y entre una cosa y otra, como ella no había visto nada mejor (circunstancia que fue el mejor aliado de él), mientras estuvo en Abbey-Mili no podía encontrarle desagradable. Pero ahora la situación ha cambiado. Ahora sabe lo que es un caballero; y sólo un caballero, por su educación y sus modales, cuenta con probabilidades de interesar a Harriet.

-¡Qué desatinos, en mi vida había oído cosa más descabellada! -exclamó el señor Knightley-. Robert Martin pone sentimiento, sinceridad y buen humor en su trato, todo lo cual lo hace muy atractivo. Y su espíritu es mucho más delicado de lo que Harriet Smith es capaz de comprender. -

Emma no replicó y se esforzó por adoptar un aire de alegre despreocupación, pero lo cierto es que se iba sintiendo cada vez más incómoda, y deseaba con toda su alma que su interlocutor se marchase. No se arrepentía de lo que había hecho; seguía considerándose mejor capacitada para opinar sobre derechos y refinamientos de la mujer que él; pero, a pesar de todo, el respeto que siempre había tenido por las opiniones del señor Knightley le hacía sentirse molesta de que esta vez fueran tan contrarias a las suyas; y tenerle sentado delante de ella, lleno de indignación, le era muy desagradable. Pasaron varios minutos en un embarazoso silencio, que sólo rompió Emma en una ocasión intentando hablar del tiempo, pero él no contestó. Estaba reflexionando. Por fin manifestó sus pensamientos con estas palabras:

-Robert Martin no pierde gran cosa... ojalá se dé cuenta; y confío en que no tardará mucho tiempo en comprenderlo. Sólo usted sabe los planes que tiene respecto a Harriet; pero como no oculta usted a nadie sus aficiones

casamenteras, es fácil adivinar lo que se propone y los planes y proyectos que tiene... y como amigo sólo quiero indicarle una cosa: que si su objetivo es Elton, creo que todo lo que haga será perder el tiempo.

Emma reía y negaba con la cabeza. Él prosiguió:

-Puede tener la seguridad de que Elton no le va a servir para sus planes. Elton es una persona excelente y un honorabilisimo vicario de Highbury, pero es muy poco probable que se arriesgue a hacer una boda imprudente. Sabe mejor que nadie lo que vale una buena renta. Elton puede hablar según sus sentimientos, pero obrará con la cabeza. Es tan consciente de cuáles pueden ser sus aspiraciones como usted puede serlo de las de Harriet. Sabe que es un joven de muy buen ver y que vaya donde vaya se le considerará como un gran partido; y por el modo en que habla cuando está en confianza y sólo hay hombres presentes, estoy convencido de que no tiene la intención de desaprovechar sus atractivos personales. Le he oído hablar con gran interés de unas jóvenes que son íntimas amigas de sus hermanas y que cuentan cada una con veinte mil libras de renta.

-Le quedo muy agradecida -dijo Emma, volviendo a echarse a reír-. Si yo me hubiese empeñado en que el señor Elton se casara con Harriet me haría usted un gran favor al abrirme los ojos; pero por ahora sólo quiero guardar a Harriet para mí. La verdad es que ya estoy cansada de arreglar bodas. No voy a imaginarme que conseguiría igualar mis hazañas de Randalls. Prefiero abandonar en plena fama, antes de tener ningún fracaso.

-Que usted lo pase bien- dijo el señor Knightley levantándose bruscamente y saliendo de la estancia.

Se sentía muy enojado. Lamentaba la decepción que se había llevado su amigo, y le dolía que él al aprobar su proyecto fuera también un poco responsable de lo ocurrido; y la intervención que estaba convencido de que Emma había tenido en aquel asunto le irritaba extraordinariamente.

Emma quedó enojada también; pero los motivos de su enojo eran más confusos que los de él. No se sentía tan satisfecha de sí misma, tan absolutamente convencida de que tenía razón y de que su adversario se equivocaba, como era el caso del señor Knightley. Éste salió de la casa mucho más convencido que Emma de tener toda la razón. Pero la joven no quedó tan abatida como para que, al cabo de poco, el regreso de Harriet no le hiciera volver a estar segura de sí misma. La larga ausencia de Harriet empezaba a inquietarla. La posibilidad de que Robert Martin fuera a casa de la señora Goddard aquella mañana y se entrevistara con Harriet e intentara convencerla la alarmó. El horror a experimentar un fracaso terminó siendo el motivo principal de su desasosiego; y cuando apareció Harriet, y de muy buen humor, y sin que su larga ausencia se justificara por ninguna de aquellas razones, sintió tal satisfacción que la hizo reafirmarse en su parecer, y la convenció de que, a pesar de todo lo que pudiera pensar o decir el señor Knightley, no había hecho nada que la amistad y los sentimientos femeninos no pudieran justificar.

Se había asustado un poco con lo que había oído acerca del señor Elton; pero cuando reflexionó que el señor Knightley no podía haberle observado como ella lo había hecho, ni con el mismo interés que ella, ni tampoco (modestia aparte,

debía reconocerlo, a pesar de las pretensiones del señor Knightley) con la aguda penetración de que ella era capaz en cuestiones como ésta, que él había hablado precipitadamente y movido por la cólera, se inclinaba a creer que lo que había dicho era más bien lo que el resentimiento le llevaba a desear que fuera verdad, más que lo que en realidad sabía. Sin duda alguna que había oído hablar al señor Elton con más confianza de lo que ella había podido oírle, y era muy posible que el señor Elton no fuese tan temerario y tan despreocupado en cuestiones de dinero; era posible que les prestase más atención que a otras; pero es que el señor Knightley no había concedido suficiente importancia a la influencia de una pasión avasalladora en pugna con todos los intereses de este mundo. El señor Knightley no veía tal pasión y en consecuencia no valoraba debidamente sus efectos; pero ella lo había visto con sus propios ojos y no podía poner en duda que vencería todas las vacilaciones que una razonable prudencia pudiera en un principio suscitar; y estaba muy segura de que el señor Elton en aquellos momentos no era tampoco un hombre demasiado calculador ni excesivamente prudente.

La animación y la alegría de Harriet le devolvieron la tranquilidad: volvía no para pensar en el señor Martin sino para hablar del señor Elton. La señorita Nash le había estado contando algo que ella repitió inmediatamente muy complacida. El señor Perry había ido a casa de la señora Goddard para visitar a una niña enferma, y la señorita Nash le había visto y él había contado a la señorita Nash que el día anterior, cuando regresaba de Clayton Park, se había encontrado con el señor Elton, advirtiendo con gran sorpresa que éste se dirigía a Londres y que no pensaba volver hasta el día siguiente, por la mañana, a pesar de que aquella noche había la partida de *whist,* a la cual antes de entonces nunca había faltado; y el señor Perry se lo había reprochado, diciéndole que no era justo que se ausentara precisamente él, el mejor de los jugadores, e intentó por todos los medios convencerle para que aplazara su viaje para el día siguiente; pero no lo consiguió; el señor Elton había decidido partir, y dijo que le reclamaba un asunto por el que tenía un especialísimo interés y que no podía aplazar por ninguna causa; y añadió algo acerca de que le habían encargado una envidiable misión, y que era portador de algo extraordinariamente valioso. El señor Perry no acabó de entenderle muy bien, pero quedó convencido de que debía haber alguna dama por en medio, y así se lo dijo; y el señor Elton se limitó a sonreír muy significativamente y se alejó de allí con su caballo, dando muestras de hallarse muy satisfecho. La señorita Nash le había contado a Harriet todo esto, y le había dicho otras muchas cosas sobre el señor Elton; y dijo, mirándola con mucha intención, «que ella no pretendía saber de qué podía tratarse aquel asunto, pero que lo único que sabía era que cualquier mujer a la que el señor Elton eligiese se consideraría la más afortunada del mundo; pues, sin ninguna clase de dudas, el señor Elton no tenía rival ni por su apostura ni por la afabilidad de su trato.»

CAPÍTULO IX

EL señor Knightley podía pelearse con ella, pero Emma no podía pelearse consigo misma. Él estaba tan contrariado que tardó más de lo que tenía por costumbre en volver a Hartfield; y cuando volvieron a verse la seriedad de su rostro demostraba que Emma aún no había sido perdonada. Eso a ella le dolía, pero no se arrepentía de nada. Al contrario, sus planes y sus procedimientos cada vez le parecían más justificados, y el cariz que tomaron las cosas en los días siguientes le hicieron aferrarse aún más a sus ideas.

El retrato, elegantemente enmarcado, llegó sano y salvo a la casa poco después del regreso del señor Elton, y una vez estuvo colgado sobre la chimenea de la sala de estar subió a verlo, y ante la pintura balbuceó entre suspiros las frases de admiración que eran de rigor; y en cuanto a los sentimientos de Harriet era evidente que se estaban concretando en una sólida e intensa inclinación hacia él, según su juventud y su mentalidad se lo permitían. Y Emma quedó vivamente satisfecha al ver que ya no se acordaba del señor Martin más que para hacer comparaciones con el señor Elton, siempre extremadamente favorables para este último.

Sus proyectos de cultivar el espíritu de su amiguita mediante lecturas copiosas e instructivas y mediante la conversación, no fueron más allá de leer los primeros capítulos de algunos libros y de la intención de proseguir al día siguiente. Charlar era mucho más fácil que estudiar; mucho más agradable dejar volar la imaginación y hacer planes para el futuro de Harriet que esforzarse por aumentar su inteligencia o ejercitarla en materias más áridas; y la única labor literaria que por el momento emprendió Harriet, el único acopio intelectual que hizo con vistas a la madurez de su vida, fue el coleccionar y copiar todos los acertijos de las clases más variadas que pudo encontrar, en un cuadernillo de papel lustroso confeccionado por su amiga y adornado con iniciales pintadas y viñetas.

En aquella época eran frecuentes libros de gran extensión con recopilaciones como ésta. La señorita Nash, la directora del pensionado de la señora Goddard, había copiado por lo menos trescientos de esos acertijos; y Harriet, que había tomado la idea de ella, confiaba que con la ayuda de la señorita Woodhouse reuniría muchos más. Emma colaboraba con su inventiva, su memoria y su buen gusto; y como Harriet tenía una letra muy bonita, todo hacía prever que sería una colección de primer orden tanto por el esmero de la presentación como por lo copioso.

El señor Woodhouse estaba casi tan interesado en aquel asunto como las muchachas, y muy a menudo intentaba procurarles algo digno de figurar en la colección.

-¡Tantos buenos acertijos como había cuando yo era joven!

Y se maravillaba de no recordar ninguno. Pero confiaba que con el tiempo se iría acordando. Y siempre terminaba con: «Kitty, una moza linda, pero fría... »

Tampoco su gran amigo Perry, a quien había hablado acerca de aquello, pudo por el momento facilitarle ningún acertijo; pero le había pedido a Perry que estuviera alerta, y como él visitaba tantas casas suponía que algo iba a conseguirse por ese lado.

Su hija no pretendía que todo Highbury se exprimiese el cerebro. La única

ayuda que solicitó fue la del señor Elton. Se le invitó a aportar todos los enigmas, charadas y adivinanzas que pudiese recoger; y Emma tuvo la satisfacción de verle interesarse muy de veras por esta labor; y al mismo tiempo advirtió que ponía el mayor empeño en que no saliese de sus labios nada que no fuese un cumplido, una galantería para el sexo débil. Él fue quien aportó los dos o tres rompecabezas más galantes; y la alegría y el entusiasmo con que finalmente recordó y recitó, en un tono más bien sentimental, aquella charada tan conocida

Mi primera denota cierta pena
que mi segunda tiene que sentir; para calmar la pena aquélla
a mi conjunto habrá de recurrir.[3]

se convirtió en desilusión al advertir que ya la tenían copiada unas páginas atrás.

-Señor Elton, ¿por qué no escribe usted mismo una charada para nosotras? -dijo ella-; sólo así podremos estar seguras de que es nueva; y para usted nada más fácil.

-¡Oh, no! En toda mi vida no he escrito jamás una cosa de ésas. Para esto soy la más negada de las personas. Incluso temo que ni siquiera la señorita Woodhouse... -hizo una pausa- o la señorita Smith puedan inspirarme.

Sin embargo, al día siguiente su inspiración produjo ciertos frutos. Les hizo una rapidísima visita, sólo para dejarles una hoja de papel sobre la mesa que contenía, según dijo, una charada que un amigo suyo había dedicado a una joven de la que estaba enamorado; pero Emma, por su manera de proceder, se convenció inmediatamente de que su autor no era otro que él mismo.

-No se la ofrezco para la colección de la señorita Smith –dijo-. Porque, como es de mi amigo, no tengo derecho a hacer que se divulgue ni poco ni mucho, pero he pensado que quizás a ustedes les gustará conocerla.

Sus palabras iban dirigidas a Emma más que a Harriet, lo cual Emma comprendía muy bien. Él estaba muy serio y nervioso, y le resultaba más fácil mirarla a ella que a su amiga. Y al momento se fue. Hubo una pequeña pausa, y Emma dijo sonriendo y empujando el papel hacía Harriet:

-Toma, es para ti.

Pero Harriet estaba trémula y no podía ni alargar la mano; y Emma, a quien nunca importaba ser la primera, se vio obligada a leerlo ella misma.

A la señorita...

CHARADA

Ofrece mi primera la pompa de los reyes,
¡los dueños de la tierra! Su fasto y su esplendor.
Presenta mi segunda otra visión del hombre,
¡vedle allí cómo reina, de los mares señor!

[3] «Primera y «segunda» se refieren a las sílabas de que se compone la Palabra que hay que adivinar.

Pero ¡ah!, las dos unidas, ¡qué visión más distinta!
Libertad y poderío, todo ya se extinguió;
señor de mar y tierra, se humilla cual esclavo;
una mujer hermosa reina en su corazón.

Descubrirá tu ingenio la pronta solución.
¡Oh, si sus dulces ojos brillaran con amor!

Emma leyó lo que decía el papel, analizó su contenido, captó su significado, volvió a leerlo para estar completamente segura, y habiendo desentrañado ya el sentido de aquellos versos, lo pasó a Harriet y sonrió beatíficamente, diciendo para sí, mientras Harriet intentaba descifrarlo en medio de la confusión que le producían sus esperanzas y su torpeza:

-Muy bien, señor Elton, muy bien. Peores charadas que ésta he leído. *«Courtship»*[4]*...* un verdadero hallazgo. Le felicito. Eso es saber lo que se hace. Eso es decir con toda claridad: «Se lo ruego, señorita Smith, permítame dedicársela. Que el brillo de sus ojos apruebe al mismo tiempo mi charada y mis intenciones.»

¡Oh, si sus dulces ojos brillaran con amor!

Eso sólo puede referirse a Harriet. «Dulces» es el adjetivo más adecuado para sus ojos... el mejor que podía usar.

Descubrirá tu ingenio la pronta solución.

¡Hum! ¡El ingenio de Harriet! Tanto mejor. Un hombre tiene que estar lo que se dice muy enamorado para describirla así. ¡Ah, señor Knightley! Me gustaría que pudiera usted asistir a todo eso; creo que se convencería. Por una vez en su vida se vería obligado a reconocer que se ha equivocado. ¡Una magnífica charada, eso es lo que es! Y muy oportuna. Los acontecimientos se están precipitando.

Emma se vio obligada a interrumpir sus gratas reflexiones, que de otro modo se hubieran prolongado mucho más, porque Harriet le estaba ya acosando a preguntas.

-¿Qué quiere decir todo eso, Emma? ¿Qué querrá decir? No tengo ni la menor idea, no sé ni por dónde empezar. ¿Qué puede significar? Intenta encontrar la solución, Emma, ayúdame. Nunca he visto nada tan difícil. ¿Crees que es la palabra «reino»? Me gustaría saber quién es el amigo, y quién puede ser la joven a quien se dirige. ¿Te parece una buena charada? ¿No será «mujer»?

Una mujer hermosa reina en su corazón.

A lo mejor es «Neptuno»:

---

[4] *Courtship»:* esta palabra, que significa «cortejo» o «galanteo», puede descomponerse en las dos sílabas a las que alude la charada: *court* (corte real) *y ship* (barco).

¡Vedle allí cómo reina, de los mares señor!

¿Y «tridente»? ¿Y «sirena»? ¿Y «tiburón»? ¡Oh, no, «tiburón» no puede ser, *«shark»* sólo tiene una sílaba![5] Tiene que ser más ingenioso, si no no nos lo hubiera traído. ¡Oh, Emma, ¿crees que llegaremos a encontrar la solución?

-¡Sirenas! ¡Tiburones! ¡Qué bobadas! Querida Harriet, ¿en qué estás pensando? ¿Por qué iba a traemos una charada de un amigo suyo sobre una sirena o un tiburón? Dame el papel y escúchame.

Aquí donde pone «A la señorita...» puedes leer «señorita Smith».

Ofrece mi primera la pompa de los reyes,
¡los dueños de la tierra! Su fasto y su esplendor.

Esto se refiere a la primera sílaba, *«court»,* la corte de un rey.

Presenta mi segunda otra visión del hombre,
¡vedle allí cómo reina, de los mares señor!

Esto se refiere a la segunda sílaba, *«ship»,* un barco. Más fácil no puede ser. Y ahora viene lo bueno.

Pero ¡ah!, las dos unidas («courtship», lo ves, ¿no?) *¡qué visión más distinta!*
Libertad y poderío, todo ya se extinguió;
señor de mar y tierra se humilla cual esclavo;
una mujer hermosa reina en su corazón.

Es una galantería muy fina... Y luego sigue la conclusión, que supongo, querida Harriet, que no tendrás mucha dificultad en comprender. Puedes estar satisfecha. No hay duda de que ha sido escrita para ti y en honor tuyo.

Harriet no pudo resistir por mucho tiempo la deliciosa tentación de dejarse convencer. Leyó los versos de la conclusión y quedó toda ella confusa y feliz. Era incapaz de hablar. Pero tampoco se le pedía que hablase. Con que sintiese bastaba. Emma hablaba por ella.

-Es una galantería tan ingeniosa -dijo- y de un sentido tan concreto que no tengo la menor duda acerca de las intenciones del señor Elton. Está enamorado de ti... y no tardarás en tener las pruebas más evidentes de ello. Es como yo creía. Me hubiese extrañado mucho engañarme; pero ahora todo está claro. Sus intenciones son tan claras y decididas como lo han sido siempre mis deseos sobre esta cuestión desde que te conocí. Sí, Harriet, desde entonces he estado esperando que ocurriera precisamente lo que ahora está ocurriendo. Yo nunca hubiese podido decir si la mutua atracción entre el señor Elton y tú era algo más deseable que natural o a la inversa. Hasta tal punto se igualaban su probabilidad

[5] «Tiburón», *shark* en inglés.

y su conveniencia. Estoy muy contenta y te felicito de todo corazón, querida Harriet. Despertar un afecto como éste es algo que debe hacer sentir orgullosa a toda mujer. Ésta es una unión que sólo puede traer buenas consecuencias. Que te proporcionará todo lo que necesitas: respetabilidad, independencia, un hogar propio... que te fijará en el centro de todos tus verdaderos amigos, cerca de Hartfield y de mí, y que confirmará para siempre nuestra amistad. Este enlace, Harriet, nunca puede hacernos sonrojar g ninguna de las dos.

-¡Querida Emma! ¡Querida Emma! -era todo lo que Harriet podía balbucear en aquellos momentos, entre innumerables y afectuosos abrazos.

Pero cuando consiguieron entablar algo más parecido a una conversación, Emma advirtió claramente que su amiga, antes y ahora, se ponía en el lugar que le correspondía. No dejaba de reconocer la total superioridad del señor Elton.

-Tú siempre tienes razón en todo lo que dices -exclamó Harriet-, y por lo tanto supongo, creo y confío que ahora también la tengas; pero de otro modo nunca hubiera podido imaginármelo. ¡Es algo tan superior a todo lo que merezco! ¡El señor Elton, que puede elegir entre tantas mujeres! Y todo el mundo opina lo mismo de él. ¡Es un hombre tan superior! Piensa tan sólo en estos versos tan armoniosos... «A la señorita...» ¡Oh, querida, qué buen poeta es! ¿Es posible que los haya escrito para mí?

-De eso no cabe la menor duda. Es seguro. Créeme, tengo la absoluta certeza. Es una especie de prólogo a la obra, el lema del capítulo; y no tardará en llegar la prosa de los hechos.

-Es algo que nadie hubiese podido esperar. Estoy segura, hace un mes yo misma no tenía ni la menor idea. ¡Ocurren cosas tan inesperadas!

-Cuando una señorita Smith se encuentra con un señor Elton ocurren tales cosas... y realmente es algo poco frecuente; no suele ocurrir que una cosa tan evidente, de una conveniencia tan obvia que requíriría la intervención de otras personas, se concrete tan aprisa por sí misma. Tú y el señor Elton, por vuestra posición estabais destinados a encontraros; la situación de vuestros respectivos ambientes os empujaba el uno hacia el otro. Vuestra boda será igual a la de los de Randalls. Parece como si hubiera algo en el aire de Hartfield que orienta el amor por el mejor sentido que hubiera podido tomar, y lo encauza del mejor modo posible.

El verdadero amor no es nunca río
de apacible curso...[6]

En Hartfield, una edición de Shakespeare requeriría un largo comentario sobre este pasaje.

-¡Que el señor Elton se haya enamorado de veras de mí... de mí... que me haya elegido entre tantas muchachas, de mí, que por la Sanmiguelada aún no le conocía y no había hablado nunca con él![7] Y él, el más apuesto de todos los hombres, y a quien todo el mundo tiene tanto respeto como al propio señor Knightley. El, cuya compañía es tan solicitada que todo el mundo dice que si

[6] Cita de Shakespeare.
[7] La Sanmiguelada, los últimos días de setiembre, próximos a la fiesta de san Miguel Arcángel (día 29).

come alguna vez en su casa es porque quiere, pues no le faltan invitaciones; que tiene más invitaciones que días la semana. ¡Y es tan interesante en la iglesia! La señorita Nash tiene copiados todos los sermones que ha predicado desde que llegó a Highbury. ¡Pobre de mí! ¡Cuando me acuerdo de la primera vez que le vi! ¡Qué lejos estaba yo de pensar...! Las hermanas Abbot y yo corrimos a la habitación delantera y miramos por entre los postigos, cuando oímos que se acercaba; la señorita Nash vino y nos riñó y nos echó de allí... y se quedó a mirar ella; pero en seguida me llamó y me dejó mirar también, lo cual fue muy amable por su parte, ¿no? ¡Y qué guapo le encontramos! Iba dando el brazo al señor Cole.

-Ésta es una unión que todos tus amigos, sean como sean, tienen que ver con buenos ojos con tal de que tengan un poco de sentido común; y no vamos a amoldar nuestro proceder a la opinión de los necios. Si lo que quieren es que seas feliz en tu matrimonio aquí tienen al hombre que por la afabilidad de su carácter ofrece todas las garantías; si su deseo es que te instales en la misma comarca y frecuentes los mismos ambientes que ellos hubieran deseado para ti, con esta boda sus sueños se verán realizados; y si su único objetivo es el de, como se dice vulgarmente, hacer una buena boda, el señor Elton tiene que satisfacerles a la fuerza por su respetable fortuna, la honorabilidad de su posición y su brillante carrera.

-¡Oh, tienes razón! ¡Qué bien hablas!; me gusta tanto oírte hablar. Tú lo comprendes todo. Tú y el señor Elton sois igual de inteligentes. ¡Esta charada...! Aunque lo hubiese intentado durante todo un año no hubiese sido capaz de sacar algo semejante.

-Por la manera en que ayer se negó a complacernos ya supuse que tenía la intención de probar su ingenio.

-Estoy segura de que es la mejor charada que he leído en mi vida.

-Sí, la verdad es que nunca había leído una más oportuna.

-Es una de las más largas de las que tenemos copiadas.

-No creo que el que sea más o menos larga tenga un gran mérito. En general no pueden ser demasiado cortas.

Harriet estaba tan absorta en la lectura de los versos que no podía oírla. En su mente surgían las comparaciones más favorables para su admirador.

-Una cosa -dijo en seguida con las mejillas encendidas- es tener algo de ingenio, como todo el mundo, y si hay que decir alguna cosa sentarse a escribir una carta y expresarse de un modo claro; *y* otra es escribir versos *y* charadas como ésta.

Emma no hubiese podido desear un ataque más directo a la prosa del señor Martin.

-¡Qué versos tan armoniosos! -continuó Harriet-. ¡Sobre todo los dos últimos! Pero ¿cómo voy a devolverle el papel? ¿Tengo que decirle que he descubierto el acertijo? ¡Oh, Emma! ¿Qué vamos a hacer?

-Déjame a mí. Tú no hagas nada. Apostaría a que vuelve esta tarde y entonces le devolveré el papel y charlaremos de alguna que otra bobada, y así tú no sueltas prenda... Tus dulces ojos deben elegir el momento oportuno para brillar con amor. Confía en mí.

-¡Oh, Emma, qué lástima que no pueda copiar esta charada tan preciosa en mi álbum! Estoy segura que no tengo ninguna que sea ni la mitad de bonita.
-Quita los dos últimos versos y no veo que haya ninguna razón para que no la copies en tu álbum.
-¡Oh, pero estos dos versos son...!
-... los mejores de todos. De acuerdo; para disfrutarlos tú sola; y para disfrutarlos tú sola guárdalos. No van a estar peor escritos porque los separes de los demás. El pareado no desaparece ni cambia de sentido. Pero si los separas lo que desaparece es toda alusión personal, y queda una charada muy bonita y galante propia para cualquier colección. Puedes estar segura de que no le gustaría ver que desdeñas su charada, como tampoco que desdeñas su pasión. Un poeta cuando está enamorado necesita que le alienten como poeta y como galán. Dame el álbum, yo misma la copiaré y así tú quedas completamente al margen de esto.
Harriet se sometió, pero le resultaba difícil imaginar separadas las dos partes hasta el punto de tener la plena seguridad de que su amiga no iba a copiar una declaración de amor. Le parecía un obsequio demasiado valioso como para exponerse a que se divulgara.
-Este álbum nunca saldrá de mis manos -dijo.
-Me parece muy bien -replicó Emma-, es un sentimiento muy natural; y cuando más dure en ti más contenta estaré yo. Pero aquí llega mi padre; no tendrás inconveniente en que le lea la charada. ¡Le gustará tanto! Le entusiasman todas esas cosas, y sobre todo lo que representa un cumplido para las mujeres. ¡Es el hombre más delicado y galante que conozco! Tienes que dejarme que se la lea.
Harriet se puso seria.
-Querida Harriet, no tienes que exagerar tanto con esta charada. Delatarás tus sentimientos sin ninguna necesidad, si estás demasiado preocupada o nerviosa y demuestras conceder más importansia a sus versos, o incluso toda la importancia que pueda concedérseles. No te deslumbres por lo que no es más que un pequeño tributo de admiración. Si hubiese tenido tanto interés por mantener el secreto no hubiese dejado así el papel cuando yo estaba delante; y más bien lo empujó hacia mí que hacia ti. No le des demasiada importancia al asunto. Le has dado muestras más que suficientes para que no tenga que desalentarse, y no tenemos por qué pasarnos el día suspirando por esa charada.
-¡Oh, no! Confío en que no voy a ponerme en ridículo. Haz lo que te parezca mejor.

Entró el señor Woodhouse y no tardaron en hablar del asunto gracias a la pregunta que les hacía constantemente:
-Qué, hijas mías, ¿cómo va el álbum? ¿Tenéis alguna novedad?
-Sí, papá, tenemos algo que enseñarte que no puede ser más nuevo. Esta mañana hemos encontrado sobre la mesa una hoja de papel (suponemos que la habrá dejado un hada) conteniendo una charada preciosa, y nosotras la hemos copiado.
Se la leyó a su padre del modo que a él le gustaba que se lo leyeran todo, despacio y con claridad, y dos o tres veces, con explicaciones sobre cada una

de las partes a medida que iba leyendo... y quedó muy complacido, y, según ella ya había previsto, le llamó mucho la atención el cumplido del final.

-¡Espléndido, lo que se dice espléndido, muy bien expresado! ¡Qué gran verdad! «Una mujer hermosa reina en su corazón.» Querida, es una charada tan preciosa que no me cuesta mucho adivinar qué hada la ha dejado aquí... Nadie más que tú es capaz de escribir una cosa tan bonita, Emma.

Emma se limitó a asentir con la cabeza y sonrió. Después de reflexionar brevemente, dejó escapar un profundo suspiro y añadió:

-¡Ay, no es difícil saber a quién te pareces! ¡Tu querida madre era tan inteligente para estas cosas! ¡Sólo con que yo pudiera tener tu memoria! Pero ya no me acuerdo de nada; ni siquiera de aquel acertijo que siempre me 'oyes mencionar; sólo me acuerdo de la primera estrofa; y había varias.

Kitty, una moza linda pero fría,
una llama encendió que es sufrimiento;
al niño de ojos ciegos llamaría,
a pesar del temor que ahora siento
por lo cruel que me fuera hasta ese día.

No me acuerdo de nada más... pero sé que es muy ingenioso. Pero, querida, creo que me dijiste que este acertijo ya lo tenías.

-Sí, papá, lo tenemos copiado en la segunda página. Lo sacamos de las *Citas elegantes.* Es de Garrick, ¿sabes?[8]

-Sí, es verdad. Me gustaría poder acordarme de algún trozo más.

Kitty, una moza linda pero fría...

El nombre me hace pensar en la pobre Isabella; al bautizarla estuvimos a punto de ponerle Catherine, igual que su abuela. Supongo que vendrá a vernos la semana próxima. Querida, ¿ya has pensado dónde vas a ponerla... y qué habitación reservarás para los niños?

-¡Oh, sí! Dormirá en su cuarto, por supuesto; su cuarto de siempre; y los niños también tienen el suyo... el de cada vez que vienen, ya lo sabes. ¿Por qué vamos a cambiar nada?

-No sé, querida... ¡pero es que hace tanto tiempo que no han venido! La última vez fue por Pascua, y sólo por muy pocos días... El que el señor John Knightley sea abogado es un gran inconveniente... ¡Pobre Isabella! ¡Qué triste es que tenga que estar separada de todos nosotros! ¡Y qué pena tendrá cuando venga y no encuentre aquí a la señorita Taylor!

-Papá, pero no va a ser ninguna sorpresa para ella.

No lo sé, querida. Lo que sí sé es que yo me quedé muy sorprendido la primera vez que oí decir que iba a casarse.

-Tenemos que invitar a cenar con nosotros a los señores Weston cuando Isabella esté aquí.

[8] David Garrick (1717-1779), el más famoso de los actores ingleses del siglo xvirr, escribió una serie de adaptaciones de las obras de Shakespeare, y numerosas obras originales de gran popularidad.

-Sí, querida. Con tal de que haya tiempo... Pero -en un tono muy deprimido- sólo viene por una semana. No habrá tiempo para nada.

-Es una lástima que no puedan quedarse más tiempo... pero parece ser que es un caso de fuerza mayor. El señor John Knightley debe estar de regreso en la ciudad para el día 28, y yo creo, papá, que deberíamos estarles agradecidos de que nos dediquen todo el tiempo que van a pasar fuera de Londres y que no nos priven de su compañía durante dos o tres días para estar en la Abadía. El señor Knightley promete que por esta Navidad renuncia a sus derechos... a pesar de que ya sabes que hace más tiempo que no han estado en su casa que en la nuestra.

-Querida, la verdad es que me resultaría muy duro ver que la pobre Isabella va a algún otro lugar que no sea Hartfield.

El señor Woodhouse nunca estaba dispuesto a conceder que el señor Knightley tuviese derechos con su hermano, y muchísimo menos que hubiera alguien, excepto él mismo, que los tuviese sobre Isabella. Se quedó pensativo durante unos momentos y luego dijo:

-Pero lo que no comprendo es por qué la pobre Isabella tiene que estar obligada a regresar tan pronto, aunque él se vaya. Me parece, Emma, que intentaré convencerla para que se quede más tiempo con nosotros. No sé por qué ella y los niños no pueden quedarse.

-¡Pero, papá, esto es algo que nunca has podido conseguir, y no creo que llegues a conseguirlo jamás! Isabella no quiere separarse de su marido por nada del mundo.

Esto era algo demasiado evidente para que pudiese discutirlo. Y aunque muy a pesar suyo, el señor Woodhouse se limitó a emitir un suspiro de resignación; y cuando Emma vio a su padre afectado por la idea de la sumisión de su hija a su marido, inmediatamente cambió de tema y llevó a la conversación por unos derroteros que sabía tenían que serle gratos.

-Harriet nos hará compañía todo el tiempo que pueda, mientras mis hermanos estén con nosotros. Estoy segura de que le gustarán los niños. Estamos muy orgullosos de los niños, ¿verdad, papá? No sé a cuál de los dos va a encontrar más guapo, si a Henry o a John.

-No, no sé a cuál de los dos preferirá. ¡Pobres pequeñuelos, qué contentos estarán de venir! ¿Sabes?, Harriet, se sienten muy a gusto en Hartfield.

-Eso sí que no lo pongo en duda. No sé quién no puede sentirse muy a gusto en Hartfield.

-Henry es muy buen chico, pero John es igual que su mamá. Henry es el mayor, y le pusieron mi nombre, no el de su padre. Y a John, el segundo, le pusieron el nombre de su padre. Supongo que hay gente que se extraña de que no sea el mayor quien se llame así, pero Isabella prefirió que se llamara Henry, y a mí me pareció un rasgo muy bonito por su parte. Y es un chico muy inteligente, ¿eh? Los dos son muy inteligentes; ¡y tienen cada salida... ! Un día se acercaron a mi sillón y me dijeron: «Abuelito, ¿quieres darme un trozo de cordel?», y una vez Henry me pidió una navaja, pero yo le dije que las navajas sólo eran para los abuelitos. Me parece que su padre suele ser demasiado duro con ellos.

-A ti te parece duro erijo Emma- porque tú eres demasiado blando; pero si

pudieras compararle con otros padres no te parecería duro. Él quiere que sus hijos sean trabajadores y decididos; y cuando de vez en cuando se descarrían, tiene que pararles los pies con alguna palabra enérgica; pero es un padre muy cariñoso... ¡y tanto como es un padre cariñoso el señor John Knightley! Los dos niños le adoran.

-Y luego llega su tío, y los lanza al aire de un modo que asusta, y casi les hace tocar el techo.

-Pero, papá, a ellos les gusta; es lo que les gusta más de todo. Les divierte tanto que si su tío no hubiera impuesto la norma de que deben turnarse, cuando empieza con uno nunca querría ceder su sitio al otro.

-Bueno, pues eso yo no lo entiendo.

-Papá, eso nos ocurre a todos. La mitad del mundo es incapaz de entender las diversiones de la otra mitad.

A última hora de la mañana, ya cuando las jóvenes iban a separarse para preparar la habitual comida de las cuatro, el héroe de aquella inimitable charada volvió a pasar por la casa. Harriet volvió el rostro; pero Emma le recibió con la sonrisa de siempre, y su perspicaz mirada no tardó en advertir que él era consciente de haber jugado una baza importante... de haberse arriesgado a echar los dados sobre la mesa; y supuso que venía a ver si la suerte le había favorecido. Sin embargo, el pretexto de su visita era el de preguntar si podían prescindir de él en la reunión de aquella noche, en casa del señor Woodhouse, o si es que era absolutamente necesaria su presencia en Hartfield. De ser así, dejaría de lado todo lo demás. Pero en caso contrario, su amigo Cole había insistido tanto en que cenara con él... había puesto tanto interés en ello, que le había prometido, aunque condicionalmente, que acudiría a su casa.

Emma le dio las gracias, pero no consintió que desatendiese a su amigo por causa suya; sin duda su padre podría encontrar otro jugador. P-1 insistió... ella rehusó de nuevo; y cuando el joven se disponía ya a iniciar la reverencia para despedirse, Emma cogió la hoja de papel que estaba encima de la mesa y se la devolvió.

-¡Ah! Aquí tiene usted la charada que tuvo la amabilidad de prestarnos; muchas gracias por habérnosla dejado. Nos ha gustado tanto que me he tomado la libertad de copiarla en el álbum de la señorita Smith. Espero que su amigo no lo va a tomar a mal. Desde luego sólo he copiado los ocho primeros versos.

Se veía claramente que el señor Elton no sabía muy bien qué decir. Parecía indeciso, y algo confuso; dijo algo acerca de que «era un gran honor»; miró a Emma y a Harriet, y luego, viendo el álbum abierto sobre la mesa, lo cogió y lo examinó muy atentamente. Con objeto de salir de aquella situación un tanto embarazosa, Emma dijo sonriendo:

-Le ruego que me excuse delante de su amigo; pero no era posible que una charada tan bonita como ésta fuera conocida tan sólo por una o dos personas. Mientras escriba de un modo tan galante, su amigo puede contar con la admiración de todas las mujeres.

-No vacilo en declarar -replicó el señor Elton, aunque vacilaba no poco al pronunciar estas palabras-, no vacilo en declarar... por lo menos si es que mi amigo siente lo que yo siento... no tengo la menor duda de que si viese su

modesta expansión poética honrada como yo la veo ahora -dirigiendo de nuevo la mirada hacia el álbum y volviendo a dejarlo sobre la mesa- consideraría este instante como uno de los más dichosos de su vida.

Y tras decir esto se fue lo antes que pudo. Pero a Emma aún le pareció que tardaba demasiado; pues, a pesar de sus brillantes dotes, el joven hacía unas pausas al hablar que a ella le provocaban la risa. Salió, pues, de allí para reír a sus anchas, dejando que Harriet paladeara a solas la ternura y la sublimidad de la escena.

CAPÍTULO X

A pesar de estar ya a mediados de diciembre, el mal tiempo aún no había impedido a los jóvenes realizar sus acostumbrados paseos; y al día siguiente Emma tenía que visitar a un enfermo de una familia pobre, que vivía a cierta distancia de Highbury.

Para ir a esta cabaña, que quedaba apartada, debía pasar por el callejón de la Vicaría, un callejón que nacía en la ancha aunque irregular calle mayor del pueblo; y allí, como es de suponer por su nombre, se hallaba la bienaventurada mansión del señor Elton. Primero había que pasar frente a una serie de casas más modestas, y luego, después de andar alrededor de un cuarto de milla, aparecía el edificio de la vicaría; una casa antigua y sin grandes pretensiones que no podía estar más pegada al camino. Su situación no era muy buena; pero su actual propietario había introducido en ella muchas mejoras; y en aquellas circunstancias no era posible que las dos amigas pasaran por delante sin moderar el paso y aguzar la vista.

El comentario de Emma fue:

-Aquí la tienes. Aquí vendrás tú y tu álbum de charadas uno de esos días.

El de Harriet fue:

-¡Oh, qué preciosidad de casa! ¡Pero qué bonita es! ¡Mira, las cortinas amarillas que le gustan tanto a la señorita Nash!

-Ahora vengo pocas veces por este lado -dijo Emma, mientras seguían andando-, pero *dentro de poco* ya tendré un aliciente para venir por aquí, y poco a poco me irán siendo familiares los setos, cercas, estanques y árboles de esta parte de Highbury.

Entonces se enteró de que Harriet nunca había estado dentro de la Vicaría, y su curiosidad por verla por dentro era tan extremada que, teniendo en cuenta el aspecto exterior de la casa y su apariencia, Emma sólo pudo considerarlo como una prueba de amor, igual que cuando el señor Elton vio «ingenio» en la muchacha.

-A ver si se nos ocurre algo para entrar -dijo-; pero ahora no tenemos ningún pretexto verosímil; no necesito pedir informes a su ama de llaves sobre ningún criado... ni tengo ningún recado que darle de parte de mi padre...

Estuvo reflexionando, pero no se le ocurría nada. Después de que las dos hubieran guardado silencio durante unos minutos, Harriet exclamó:

-¡Lo que me extraña más, Emma, es que no te hayas casado aún, ni vayas a

casarte dentro de poco! ¡Con lo encantadora que eres!

Emma se echó a reír y replicó:

-Harriet, el que yo sea encantadora no basta para hacerme pensar en el matrimonio; es preciso que encuentre encantadoras a otras personas... por lo menos a una. Y no sólo no voy a casarme por ahora, sino que tengo poquísimas intenciones de casarme.

-¡Oh! Eso es lo que tú dices; pero yo no puedo creerlo.

-Para que me tiente esta idea tendría que encontrar a alguien muy superior a todos los hombres que he conocido hasta ahora; desde luego, el señor Elton -dijo recordando con quien hablaba no cuenta para el caso. Pero es que tampoco tengo ningún deseo de encontrar a una persona así. No creo que me sintiera tentada a casarme. Mejor que ahora no voy a estar. Y si me casara, es lógico suponer que terminaría arrepintiéndome de haberlo hecho.

-¡Querida! ¡Es tan extraño que una mujer hable así!

-Yo no tengo ninguno de los motivos que suelen empujar al matrimonio a las mujeres. Claro que si me enamorara la cosa sería muy distinta; pero yo nunca me he enamorado; no va con mi manera de ser o con mi carácter, y creo que nunca me enamoraré. Y sin amor estoy segura de que sería una loca si dejara la situación que tengo ahora. Dinero no me hace falta; cosas en qué ocuparme tampoco; y posición social tampoco; creo que habrá muy pocas mujeres casadas que sean tan dueñas de la casa de su marido como yo lo soy en Hartfield; y sé que nunca, nunca podría esperar ser tan querida y considerada; ser siempre la primera y tener siempre razón para un hombre, como ahora soy la primera y tengo siempre razón para mi padre.

-¡Pero entonces terminarás siendo una solterona, como la señorita Bates!

-Me pones el más temible de los ejemplos, Harriet; si yo supiera que terminaría siendo como la señorita Bates, tan tonta, tan acomodaticia, tan llena de sonrisas, tan pesada, tan vulgar y tan insulsa... y siempre tan dispuesta a contar chismes de todo el mundo, me casaba mañana. Pero estoy convencida de que entre nosotras nunca habrá el menor parecido, excepto en el hecho de no habernos casado.

-¡Pero a pesar de todo no dejarás de ser una solterona! ¡Y eso es espantoso!

-No te preocupes, Harriet, nunca seré una solterona pobre; y para la mujer que no se casa la pobreza es lo único que le hace parecer despreciable a los ojos de los que viven holgadamente. Una mujer soltera con una renta muy pequeña siempre será una solterona ridícula y desagradable; objeto de eterna burla para muchachos y muchachas; pero una mujer soltera con buena fortuna siempre es respetada, y puede ser tan inteligente y de trato tan agradable como cualquier otra persona. Y no creas que esta distinción atenta tan gravemente, como podría parecer en un principio, contra la buena fe y el sentido común de la gente; porque una renta muy pequeña tiende a encoger el ánimo y agria el carácter. Los que apenas pueden vivir y se ven obligados a tratar a poca gente, y aun ésta, por lo común, de muy baja condición, adquieren con facilidad una mentalidad estrecha y se vuelven malhumorados. Sin embargo, eso no puede aplicarse a la señorita Bates; sólo que es demasiado candorosa, demasiado tonta para servirme de ejemplo; pero en general suele gustar a todo el mundo,

aunque sea soltera y pobre. La verdad es que la pobreza no le ha encogido el ánimo. Estoy segura de que aunque sólo tuviera un chelín en el bolsillo, no tendría ningún inconveniente en gastar seis peniques; y nadie le tiene miedo: esto es un gran encanto.

-¡Pero querida! ¿Qué vas a hacer? ¿A qué vas a dedicarte cuando envejezcas?

-Harriet, si no me engaño acerca de mí misma soy una persona activa, que no sabe estar ociosa y que cuenta con muchos recursos propios; y no sé por qué tienen que faltarme cosas que hacer a los cuarenta o a los cincuenta años, cuando ahora, a los veintiuno, no me faltan. Las ocupaciones habituales de una mujer, por lo que se refiere a los ojos, a las manos y al cerebro, igual puedo tenerlas entonces que las tengo ahora; o por lo menos sin que haya una gran diferencia. Si dibujo menos, leeré más; si dejo la música, me dedicaré a bordar tapetes. Y en cuanto a seres que reclamen nuestra atención, personas en quien poner nuestro afecto, y la verdad es que en ese punto es en donde hay una mayor inferioridad, y cuya ausencia es el mayor peligro que tienen que evitar las que no se casan, por ese lado estoy totalmente tranquila, porque podré cuidarme de todos los hijos de mi hermana, a quien tanto quiero. Según todas las probabilidades, su número bastará para atender toda la necesidad de cariño que pueda sentir en el declive de mi vida. Ellos bastarán para todas mis esperanzas y todos mis temores. Y aunque el afecto que yo pueda darles nunca será igual al de una madre, se ajusta mejor a mis ideas de comodidad que si fuera más ardiente y más ciego. ¡Mis sobrinos y sobrinas! En mi casa tendré a menudo a alguna de mis sobrinas.

-¿Conoces a la sobrina de la señorita Bates? Bueno, ya sé que has tenido que verla centenares de veces... pero, quiero decir si la has tratado.

-¡Oh, sí! Siempre tenemos que tener trato con ella cuando viene a Highbury. A propósito de lo que hablábamos, éste es un caso como para perder todo el orgullo que se pueda sentir por una sobrina. ¡Santo Cielo! Confío en que yo, con todos los hijos de los Knightley, no fastidiaré a la gente ni la mitad de lo que la señorita Bates nos fastidia a todos con Jane Fairfax. Estamos hartos incluso del mismo nombre de Jane Fairfax. Cada carta suya se lee cuarenta veces; los saludos que envía para sus amigos circulan no sé cuantas veces por todo el pueblo; y sólo con que envíe a su tía los patrones de un corsé o un par de ligas de punto para su abuela, en todo un mes no se oye hablar de otra cosa. A Jane Fairfax le deseo todos los bienes imaginables; pero me tiene lo que se dice aburrida.

Se encontraban ya cerca de la cabaña, y dejaron aquella conversación ociosa. Emma era muy caritativa y socorría las necesidades de los pobres no sólo con su dinero, sino también con su dedicación personal, su afecto, sus consejos y su paciencia. Comprendía su modo de ser, no se escandalizaba de su ignorancia y de sus tentaciones, ni concebía novelescas esperanzas de extraordinarios actos de virtud en aquellas personas por cuya educación tan poco se había hecho; en seguida se interesaba realmente por sus preocupaciones, y siempre les ayudaba con tanta inteligencia como buena voluntad. En aquella ocasión, la enfermedad y la pobreza se habían adueñado a la vez de la familia a la que iba a visitar; y

después de permanecer allí todo el tiempo que pudo darles ánimo y consejos, salió de la cabaña tan impresionada por la escena que acababa de presenciar, que dijo a Harriet mientras regresaban:

-Harriet, esos espectáculos son los que nos hacen mejores. Al lado de esto ¡qué trivial parece todo lo demás! Ahora me siento como si no pudiera pensar en nada más que en esos pobres seres durante todo el resto del día; y sin embargo ¡qué poco va a tardar en desaparecer de mi mente!

-Tienes razón -dijo Harriet-. ¡Pobre gente! Resulta difícil pensar en otra cosa.

-La verdad es que no creo que esta impresión se desvanezca tan pronto -dijo Emma, mientras cruzaba un seto de poca altura apoyando el pie en la vacilante pasarela con la que terminaba el estrecho y resbaladizo sendero que atravesaba el huerto de la cabaña, y que les dejaba de nuevo en el callejón-. Creo que no se desvanecerá tan pronto -añadió, deteniéndose para contemplar una vez más la miseria exterior de aquel lugar, y recordar que aún era mayor la que escondía la cabaña.

-¡Oh, no, querida! -dijo su compañera.

Siguieron andando. El callejón daba una ligera vuelta; y apenas pasada la vuelta, se encontraron frente al señor Elton; y tan cerca que Emma sólo tuvo tiempo para añadir:

-¡Ah! Harriet, mira que pronto se pondrá a prueba nuestra perseverancia en los buenos pensamientos. Bueno -sonriendo-, por lo menos espero que si la compasión ha conseguido ayudar y consolar a los que sufren, ya ha cumplido su misión más importante. Si nos compadecemos de los desdichados hasta el punto de hacer por ellos todo lo que podemos, lo demás sólo es una simpatía inútil que sólo sirve para entristecernos a nosotras mismas.

Antes de que el caballero llegase junto a ellas, Harriet apenas tuvo tiempo de contestar:

-¡Oh, sí, querida!

Sin embargo, las necesidades y las desventuras de aquella pobre familia fueron el primer tema de la conversación. Él también se dirigía ahora a la cabaña, aunque aplazaría la visita; pero sostuvieron una interesante charla acerca de lo que podía hacerse y de lo que se haría. El señor Elton dio media vuelta para acompañarlas.

«Encontrarse en una ocasión como ésta -pensó Emma-, teniendo los dos un fin caritativo, aumentará no poco el amor que sienten el uno por el otro. No me extrañaría que eso provocara la declaración. Estoy segura de que se le declararía si yo no estuviera presente. Cómo me gustaría poderme encontrar ahora en cualquier otro lugar.»

Deseosa de alejarse de ellos todo lo que fuera posible, Emma no tardó en tomar un estrecho caminito que bordeaba el callejón desde una altura un poco superior, dejándoles solos en el camino principal. Pero aún no habían pasado dos minutos cuando vio que la costumbre de Harriet de imitarla en todo y de seguirla a todas partes, le hacía ir tras de sus pasos, y que, en resumen, dentro de poco los dos iban a caminar tras de ella. Aquello no servía; entonces inmediatamente se detuvo, y con el pretexto de tener que atarse los cordones de los botines, se paró en medio del caminito, rogándoles que tuvieran la bondad

de seguir andando, que ella ya les alcanzaría en menos de un minuto. Ambos hicieron lo que se les pedía; y cuando juzgó que había ya pasado un tiempo razonable para haber terminado con sus botines, tuvo la suerte de encontrar un nuevo pretexto para retrasarse más, ya que fue alcanzada por la niña de la cabaña, que, de acuerdo con sus órdenes, había salido con un jarro para ir a buscar caldo a Hartfield. Andar al lado de la niña, hablar con ella y hacerle preguntas era la cosa más natural del mundo, o hubiese sido la más natural si hubiera obrado sin segundas intenciones; y de este modo los otros pudieron seguir llevándole cierta delantera sin ninguna obligación de esperarla. Sin embargo, involuntariamente les ganaba terreno; el paso de la niña era rápido y el de la pareja más bien lento; y Emma lo sintió más porque veía con toda claridad que ambos estaban muy interesados en la conversación que sostenían. El señor Elton hablaba animadamente, Harriet le escuchaba con complacida atención; y Emma, que había enviado por delante a la niña, empezaba a pensar en cómo podría retrasarse un poco más cuando ambos volvieran la cabeza y se viese obligada a unirse a ellos.

El señor Elton seguía hablando, todavía debatiendo algún inteteresante detalle; y Emma sintió cierta decepción cuando se dio cuenta de que sólo estaba refiriendo a su linda compañera cómo se había desarrollado la reunión del día anterior en casa de su amigo Cole, y que le informaba acerca del queso de Stilton, el del norte del Wiltshire, la mantequilla, el apio, la remolacha y los postres en general.

-Bueno, espero que eso les lleve a hablar de alguna cosa más interesante -fue su consoladora reflexión-; entre dos personas que se quieren todo resulta interesante; y todo les sirve para manifestar lo que llevan dentro del corazón. ¡Si pudiera dejarles solos durante más tiempo!

Siguieron andando calmosamente los tres juntos hasta llegar a la vista de la valla de la vicaría, cuando la súbita resolución de hacer que por lo menos Harriet entrase en la casa hizo que Emma tuviese que detenerse otra vez por culpa de su botín, y rezagarse para atarse de nuevo los cordones; entonces se las ingenió para romperlos y los arrojó a una zanja, viéndose obligada a rogarles que se detuvieran también, y a reconocer que se veía incapaz de llegar hasta su casa con relativa comodidad.

-Se me ha roto el cordón -dijo- y no sé cómo componerlo. La verdad es que soy una compañera muy engorrosa para los dos, pero creo que no siempre voy tan mal equipada. Señor Elton, no me queda más remedio que rogarle que me permita entrar un momento en su casa y pedirle a su ama de llaves un trozo de cinta o de cordel o algo por el estilo, sólo para poder llegar hasta casa.

El señor Elton acogió esta proposición con gran alegría; y se desvivió en atenciones y cuidados para acompañar a las jóvenes a entrar en su casa y hacerles los honores de ella. El saloncito en el que fueron recibidas era el que él solía ocupar la mayor parte del día, y daba a la fachada de la casa; al lado había otra estancia que comunicaba con el salón por una puerta; ésta estaba abierta, y Emma pasó a la otra estancia en compañía del ama de llaves, que se disponía a ayudarla del mejor modo posible. La joven se vio obligada a dejar la puerta entreabierta, tal como la había encontrado; peso su deseo era que el señor Elton

la cerrara. Sin embargo no se cerró, sino que quedó entreabierta; pero al entablar con el ama de llaves una larga conversación, confió que en la estancia contigua él tendría ocasión de decir todo lo que quisiera. Durante diez minutos no pudo oírse más que a sí misma. La situación no podía prolongarse. Y se vio obligada a terminar y a pasar a la otra estancia.

Los enamorados estaban de pie, uno al lado del otro, junto a una de las ventanas. La cosa presentaba un aspecto más que favorable; y durante medio minuto Emma se sintió orgullosa del éxito de sus planes. Pero la realidad era algo distinta; él no había llegado al fondo de la cuestión. Había estado muy atento, muy delicado; había dicho a Harriet que las había visto pasar y había decidido seguirlas; y había añadido algún otro pequeño cumplido y alguna alusión, pero nada importante.

«Prudente, muy prudente -pensó Emma-; avanza pulgada a pulgada y no quiere arriesgarse hasta saber que pisa terreno seguro.»

Sin embargo, aunque su ingeniosa estratagema no había dado los resultados que ella esperaba, no pudo por menos de sentirse halagada al pensar que había dado ocasión a ambos de gozar de aquellos gratos momentos que debían ayudarles a seguir adelante hacia el gran acontecimiento.

CAPÍTULO XI

AHORA la iniciativa debía dejarse en manos del señor Elton. Ya no estaba en manos de Emma encauzar su felicidad o hacer que apresurara los acontecimientos. La llegada de la familia de su hermana eran tan inminente que, primero en la imaginación y luego en la realidad, se convirtió en el objeto primordial de su interés; y durante los diez días de su estancia en Hartfield no era de esperar -ella misma no lo esperaba- que pudiese ayudar a los dos enamorados más que de un modo ocasional y fortuito. Sin embargo, si ellos querían, los progresos podían ser rápidos; y de todos modos, tanto si querían como si no, debían progresar en sus relaciones. Y Emma ahora no lamentaba no tener tiempo para dedicarles. Hay personas que cuanto más se hace por ellos menos hacen ellos por sí mismos.

Como la ausencia de Surry del señor y la señora John Knightley había sido más larga que de costumbre, lógicamente despertaban un interés mayor que el habitual. Hasta aquel año todas las vacaciones largas que se habían tomado desde su boda las habían dividido entre Hartfield y Donwell Abbey; pero todas las fiestas de aquel otoño se habían dedicado a baños de mar para los niños, y por lo tanto habían pasado muchos meses desde la última vez en que habían hecho una visita regular a sus parientes de Surry, y habían visto al señor Woodhouse, quien era absolutamente incapaz de dejarse llevar a Londres, ni siquiera por la pobre Isabella; y quien por lo tanto se encontraba ahora nerviosísimo y lleno de una inquieta felicidad pensando en una visita que iba a ser demasiado corta.

Pensaba mucho en los peligros que el viaje podía encerrar para su hija y no poco en la fatiga que iba a producir a sus propios caballos y a su cochero, que

irían a recoger a parte de los viajeros aproximadamente a mitad del camino; pero sus temores eran injustificados; se recorrieron sin ningún incidente las dieciséis millas, y el señor y la señora John Knightley, sus, cinco hijos y un número adecuado de niñeras llegaron a Hartfield sanos y salvos. El alboroto y la alegría de su llegada, la presencia de tantas personas a quienes hablar, dar la bienvenida, animar y acomodar en la casa, produjeron tal barahúnda y confusión que los nervios del señor Woodhouse no hubieran podido resistirlo por ninguna otra causa, e incluso por ésta tampoco por mucho más tiempo; pero las costumbres de Hartfield y la sensibilidad de su padre eran tan respetados por la señora de John Knightley que, a pesar de su solicitud maternal porque sus pequeños se encontraran a su gusto lo antes posible, y porque tuvieran al momento toda la libertad y todos los cuidados que requerían, y porque comieran y bebieran y durmieran y jugaran a sus anchas, a los niños no se les permitió que molestasen por mucho tiempo al señor Woodhouse; ni ellos ni el continuo trabajo que significaba cuidarles.

La señora de John Knightley era una mujercita linda y elegante, de maneras finas y reposadas, y de carácter extremadamente sensible y cariñoso; enamoradísima de su marido y encandilada con sus hijos, sentía un afecto tan vivo por su padre y su hermana que ningún otro amor más intenso, exceptuando el de estos vínculos superiores, le hubiera parecido posible. No sabía ver ni un defecto en ninguno de ellos. No era mujer de gran inteligencia ni de ingenio muy despierto; y no era eso lo único en lo que se parecía a su padre, ya que también había heredado de él su constitución física y su temperamento; era de salud delicada, preocupada con exceso por la de sus hijos, se asustaba por cualquier cosa, tenía muchos nervios y era tan aficionada a su señor Wingfield de la ciudad como su padre podía serlo a su señor Perry. Ambos se parecían también en lo bondadoso de su carácter y en una fuerte tendencia a la veneración por los viejos amigos.

El señor John Knightley era un hombre alto, de aspecto distinguido y muy inteligente; brillante en el ejercicio de su profesión, de costumbres hogareñas y de vida intachable; pero muy reservado, lo cual hacía que no todos le encontraran simpático; y capaz de tener de vez en cuando accesos de mal humor. No era hombre de mal carácter, ni sus enojos sin causa justificada eran tan frecuentes como para hacerle merecedor de tal reproche; pero su carácter no era la mayor de sus perfecciones; y lo cierto es que, con la adoración que le tributaba su esposa, era difícil que sus defectos naturales no se acrecentaran. La extremada sumisión de ella chocaba con su temperamento. Él poseía toda la claridad de juicio y la viveza de inteligencia que faltaban a su esposa, y a veces no podía evitar hacer o decir algo ofensivo o desagradable. El señor Knightley no era precisamente el favorito de su linda cuñada. Ninguno de sus defectos se le escapaban. Nunca dejaba de advertir las pequeñas ofensas a Isabella, de las que ésta jamás se daba cuenta. Quizás hubiera sido más benévola en sus juicios si él se hubiese mostrado más deferente para con la hermana de Isabella, pero la actitud del señor Knightley para con Emma era la de un hermano y amigo fríamente objetivo y cortés, sin prodigar las alabanzas y sin que le cegara el cariño; pero por mucho que él hubiese querido halagarla, difícilmente Emma

hubiese podido pasar por alto lo que a sus ojos era la más imperdonable de las faltas, y en la que su cuñado incurría a veces: carecer de respetuosa paciencia para con su padre. No siempre tenía con él la paciencia que hubiera sido necesaria. Y las rarezas y las aprensiones del señor Woodhouse a veces provocaban en él palabras de sentido común un tanto bruscas o réplicas demasiado duras. Eso no ocurría a menudo, pues lo cierto es que el señor John Knightley sentía un gran afecto por su suegro, y en general era muy consciente del respeto que le debía; pero aún así era demasiado a menudo para la susceptibilidad de Emma, sobre todo porque con demasiada frecuencia tenían que estar todos con el alma en vilo, temiendo que se produjera una situación desagradable que por fin no se producía. Sin embargo, en los primeros días de cada visita suya solía reinar un ambiente muy afectuoso, y como aquella visita debía ser necesariamente tan corta, era de esperar que aquellos días transcurrieran en medio de la mayor cordialidad.

Apenas se habían instalado y acomodado en la casa, cuando el señor Woodhouse, cabeceando melancólicamente y dando un suspiro, llamó la atención de su hija acerca de los tristes cambios que se habían producido en Hartfield desde la última vez que ella había estado allí.

-¡Ay, querida! -dijo-. ¡Pobre señorita Taylor! ¡Qué lástima!

-¡Oh sí, papá, ya me hago cargo! -exclamó ella, adivinando inmediatamente sus sentimientos-. ¡Cómo debes echarla de menos! Y tú también, Emma. ¡Qué terrible pérdida para los dos! ¡Lo he sentido tanto por vosotros! No puedo imaginarme cómo podéis arreglároslas sin ella... La verdad es que es un cambio tan lamentable... Pero supongo que ella se encuentra muy a gusto, ¿no?

-Sí, muy a gusto, querida... por lo menos eso supongo... Muy a gusto... Lo único que sé es que el lugar le sienta bien, dentro de todo...

El señor John Knightley preguntó en tono apacible a Emma si había dudas acerca de la salubridad de los aires de Randalls.

-¡Oh, no, en absoluto! En mi vida había visto a la señora Weston encontrarse tan bien... ni tener mejor aspecto. Papá habla así porque le duele haber tenido que separarse de ella.

-Lo cual dice mucho en favor de ambos -fue la amable respuesta.

-Y ¿al menos puedes verla a menudo, papá? -preguntó Isabella en un tono quejumbroso que correspondía exactamente al de su padre.

El señor Woodhouse vaciló antes de contestar:

-Querida, no tan a menudo como yo desearía.

-¡Por Dios, papá! Desde que se casaron sólo ha pasado un día sin que no nos hayamos visto. Unas veces por la mañana y otras por la tarde, todos los días con una única excepción, hemos visto o al señor o a la señora Weston, y generalmente a los dos, a veces en Randalls, otras aquí... y ya puedes suponer, Isabella, que lo más frecuente ha sido vernos aquí. Han sido muy complacientes, pero lo que se dice muy complacientes, en sus visitas. Y el señor Weston ha sido tan amable como ella misma. Papá, si hablas de este modo tan lastimero darás a Isabella una idea falsa de todos nosotros. Todo el mundo tiene que darse cuenta de que la señorita Taylor ha de echarse de menos, pero también todo el mundo debería tener la seguridad de que los señores Weston hacen todo

lo posible para que no la echemos de menos, tal como nosotros ya habíamos imaginado antes que harían... y ésta es la pura verdad.

-Así es como debe ser -dijo el señor John Knightley- y como yo suponía que era por lo que decían vuestras cartas. Que ella desee complaceros no puede ponerse en duda, y que él esté desocupado y sea un hombre sociable lo hace todo más fácil. Siempre te he dicho, querida, que no podía creer que en Hartfield hubiera habido un cambio tan importante como tú suponías; y ahora, después de lo que ha dicho Emma, supongo que te quedarás convencida.

-Sí, desde luego -dijo el señor Woodhouse-, sí, la verdad es que no puedo negar que la señora Weston, la pobre señora Weston, viene a vernos muy a menudo... pero, es que... siempre tiene que volver a irse.

-Y el señor Weston lamentaría mucho que no fuera así, papá. Te olvidas por completo del pobre señor Weston.

-La verdad -dijo John Knightley con ironía- es que a mi entender el señor Weston también tiene algún pequeño derecho. Tú y yo, Emma, nos arriesgaremos a tomar la defensa del pobre marido. Yo por estar casado y tú por ser soltera, lo más probable es que nos hagamos cargo por igual de los derechos que pueda alegar un hombre. En cuanto a Isabella, lleva ya casada el tiempo suficiente como para ver la conveniencia de dejar de lado siempre que sea posible a todos los señores Weston.

-¿Yo, querido? -exclamó su esposa, que sólo escuchaba y comprendía parte de lo que estaban hablando-. ¿Estás hablando de mí? Estoy segura de que no hay nadie que pueda ser partidaria tan acérrima del matrimonio como yo; y de no ser por la desgracia de que tuviera que dejar Hartfield, nunca hubiese pensado en la señorita Taylor más que como en la mujer más afortunada del mundo; en cuanto a lo de dejar de lado al señor Weston, que es una persona excelente, creo que se merece lo mejor. En mi opinión es uno de los hombres de mejor carácter que jamás han existido. Exceptuándote a ti y a tu hermano, no conozco a nadie que pueda igualársele. Siempre me acordaré del día aquel que hacía tanto viento, en la última Pascua, cuando le levantó la cometa a Henry... y desde que tuvo una delicadeza tan bonita, en setiembre hizo un año, al escribirme aquella nota, a las doce de la noche, para asegurarme de que no había escarlatina en Cobham, siempre he estado convencida de que no podía existir en el mundo corazón más sensible ni hombre mejor; si alguien puede merecerle es la señorita Taylor.

-¿Y el chico? -preguntó el señor Knightley-. ¿Ha venido para la boda o no?

-Aún no ha venido -replicó Emma-. Se le esperaba con gran expectación poco después de la boda, pero todo quedó en nada; y últimamente no he vuelto a oír hablar de él.

-Pero cuéntale lo de la carta, querida -dijo su padre-. Le escribió una carta a la pobre señora Weston dándole la enhorabuena, y era una carta muy fina y muy bien escrita. Ella me la enseñó. La verdad es que me pareció un detalle muy bonito en él. Ahora si fue idea suya o no, eso ya no sabría decirlo. Es muy joven todavía, y quizá su tío...

-Pero papá querido, si ya tiene veintitrés años. Te olvidas de que pasa el tiempo.

-¿Veintitrés años? ¿Es posible? Pues... nunca lo hubiera creído... ¡Si sólo tenía dos años cuando murió su pobre madre! Sí, sí, la verdad es que el tiempo pasa volando... y yo tengo tan mala memoria. Sea como fuere era una carta preciosa, lo que se dice preciosa, y al señor y la señora Weston les hizo mucha ilusión. Me acuerdo que estaba escrita en Weymouth y fechada el 28 de setiembre... y empezaba: «Apreciada señora», pero ya he olvidado cómo seguía; y firmaba «F. C. Weston Churchill»... Eso lo recuerdo perfectamente.

-¡Qué amable y qué educado! -exclamó la bondadosa señora Knightley-. No tengo la menor duda de que es un joven de grandes prendas. ¡Pero es una lástima que no viva en casa de su padre! ¡Produce tan mala impresión ver a un niño lejos de sus padres y de su verdadero hogar! Nunca he podido comprender cómo el señor Weston consintió en separarse de él. ¡Abandonar a su propio hijo! Nunca podría tener buena opinión de alguien que propusiera semejante cosa a otra persona.

-Me malicio que nunca nadie ha tenido muy buena opinión de los Churchill -observó fríamente el señor John Knightley-. Pero no creas que el señor Weston sintió lo que tú podrías sentir al abandonar a Henry o a John. Más que un hombre de sentimientos muy arraigados, el señor Weston es una persona acomodaticia y un tanto despreocupada; se toma las cosas tal como vienen, y de un modo u otro se aprovecha de las circunstancias; y yo sospecho que para él eso que llamamos *sociedad* tiene más importancia desde el punto de vista de sus comodidades, es decir, el poder comer y beber y jugar al *whist* con sus vecinos cinco veces a la semana, que desde el punto de vista del afecto familiar o de cualquier otra cosa de las que proporciona un hogar.

A Emma le contrariaba todo lo que significase insinuar una crítica del señor Weston, y estaba casi decidida a intervenir en su defensa; pero se dominó y no dijo nada. Si era posible prefería que no se turbara la paz; y había algo digno y estimable en la intensidad de los afectos hogareños, en la idea de la autosuficiencia de un hogar, que predisponía a su hermano a desdeñar el trato social de la mayoría de la gente y a las personas para las que este trato resultaba importante... Y Emma se daba cuenta de que sus argumentos eran poderosos y que había que ser tolerante con su interlocutor.

CAPÍTULO XII

EL señor Knightley cenó con ellos... lo cual más bien contrarió al señor Woodhouse, quien prefería no tener invitados el primer día de la estancia de Isabella. Pero el buen sentido de Emmalo había decidido así; y además de la consideración que se debía a los dos hermanos, tenía especial interés en invitarle debido a la reciente disputa que había habido entre el señor Knightley y ella.

Confiaba en que podrían volver a ser buenos amigos. Le parecía que ya era hora de hacer las paces. Pero la verdad es que no iban a hacer las paces. Desde luego ella tenía razón, y él jamás reconocería que no la había tenido. O sea que era indudable que ninguno de los dos cedería; pero era la ocasión de

aparentar que habían olvidado su disputa; y cuando él entró en la estancia, Emma, que estaba con uno de los pequeños, pensó que aquella era una buena oportunidad que podía contribuir a reanudar su amistad; la niñita era la menor de los hermanos y tenía unos ocho meses; era su primera visita a Hartfield, y parecía muy satisfecha de sentirse mecida por los brazos de su tía. Y efectivamente la oportunidad fue favorable; pues aunque él empezó poniendo cara muy seria y haciendo preguntas bruscas, no tardó en hablar de los pequeños en el tono ordinario, y en quitarle la niña de los brazos con toda la falta de ceremonia de una perfecta amistad. Emma se dio cuenta de que volvían a ser amigos; al principio ello le produjo una gran satisfacción, y luego le inspiró una cierta insolencia, y no pudo por menos de decirle mientras él admiraba a la niña:

-Es un consuelo que por lo menos estemos de acuerdo respecto a nuestros sobrinos y sobrinas. Porque a veces sobre las personas mayores tenemos opiniones muy distintas; pero respecto a estos niños observo que siempre estamos de acuerdo.

-Si al juzgar a las personas mayores, en vez de dejarse arrastrar por su imaginación y sus caprichos se dejara guiar por los sentimientos naturales, como hace usted cuando se trata de estos niños, siempre podríamos estar de acuerdo.

-Desde luego, nuestras diferencias siempre se deben a que yo estoy equivocada, ¿no es así?

-Sí -dijo él, sonriendo- y hay una buena razón para ello: cuando usted nació yo tenía ya dieciséis años.

-Cierto, es una diferencia de edad -replicó Emma-, y no dudo de que en aquella época tenía usted mucho más criterio que yo; pero, ¿no cree que los veintiún años que han transcurrido desde entonces pueden haber contribuido a igualar bastante nuestras inteligencias?

-Sí... bastante.

-A pesar de todo, no lo suficiente como para concederme la posibilidad de que sea yo la que tenga razón si disentimos en algo.

-Aún le llevo la ventaja de tener dieciséis años más de experiencia y de no ser una linda muchacha y una niña mimada. Vamos, mi querida Emma, seamos amigos y no hablemos más del asunto. Y tú, Emmita, dile a tu tía que no te dé el mal ejemplo de remover antiguos agravios, y que si antes tenía razón ahora no la tiene.

-Es verdad -exclamó-, es la pura verdad. Emmita, tienes que llegar a ser una mujer mejor que tu tía. Sé muchísimo más lista, y no seas ni la mitad de vanidosa que ella. Ahora, señor Knightley, permítame dos palabras más y termino. Creo que los dos teníamos las mejores intenciones, y debo decirle que aún no se ha demostrado que ninguno de mis argumentos sea falso. Sólo quiero saber si el señor Martin no ha sufrido una decepción demasiado grande.

-No podía sufrirla mayor -fue la breve y rotunda respuesta.

-¡Ah! De veras que lo siento mucho... ¡Vaya, démonos las manos!

Apenas habían acabado de estrecharse las manos, y con gran cordialidad, cuando hizo su aparición John Knightley y los «¿Qué tal, George?», «Hola, John, ¿qué tal?», se sucedieron en el tono más característicamente inglés,

ocultando bajo una impasibilidad que lo parecía todo menos indiferencia, el gran afecto que les unía, y que de ser necesario hubiera llevado a cualquiera de los dos a hacer cualquier sacrificio por el otro.

La velada era apacible e invitaba a la conversación, y el señor Woodhouse renunció totalmente a los naipes con objeto de poder charlar a sus anchas con su querida Isabella, y en la pequeña reunión no tardaron en formarse dos grupos: de una parte él y su hija; de otra los dos señores Knightley; en ambos grupos se hablaba de cosas totalmente distintas, y muy raras veces se mezclaban las conversaciones... y Emma tan pronto se unía a unos como a otros.

Los dos hermanos hablaban de sus asuntos y ocupaciones, pero sobre todo de los del mayor, quien era con mucho el más comunicativo de ambos y que siempre había sido el más hablador. Como magistrado solía tener alguna cuestión de leyes que consultar a John, o por lo menos alguna anécdota curiosa que referir; y como hacendado y administrador de la heredad familiar de Donwell, le gustaba hablar de lo que se sembraría al año siguiente en cada campo y dar una serie de noticias locales que no podían dejar de interesar a un hombre que como su hermano había vivido allí la mayor parte de su vida y que sentía un gran apego por aquellos lugares. El proyecto de construcción de una acequia, el cambio de una cerca, la tala de un árbol y el destino que iba a darse a cada acre de tierra -trigo, nabos o grano de primavera- era discutido por John con tanto apasionamiento como lo permitía la frialdad de su carácter; y si la previsión de su hermano dejaba alguna cuestión por la que preguntar, sus preguntas llegaban incluso a tomar un aire de cierto interés.

Mientras ellos se hallaban así gratamente ocupados, el señor Woodhouse se complacía abandonándose con su hija a felices añoranzas y aprensivas muestras de afecto.

-Mi pobre Isabella -dijo cogiéndole cariñosamente la mano e interrumpiendo por breves momentos la labor que hacía para alguno de sus cinco hijos-; ¡cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que estuviste aquí! ¡Y qué largo se me ha hecho! ¡Y qué cansada debes de estar después de este viaje! Tienes que acostarte pronto, querida... pero antes de irte a la cama te recomiendo que tomes un poco de avenate. Los dos tomaremos un buen bol de avenate, ¿eh? Querida Emma, supongo que todos tomaremos un poco de avenate.

Emma no podía suponer tal cosa porque sabía que los hermanos Knightley eran tan reacios a aquella bebida como ella misma... y sólo se pidieron dos boles. Después de pronunciar unas frases más en elogio del avenate, extrañándose de que no todo el mundo lo tomara cada noche, dijo en un tono gravemente reflexivo:

-Querida, no creo que hicierais bien en ir a pasar el otoño a South End[9] en vez de venir aquí. Nunca he tenido mucha confianza en el aire de mar.

-Pues el señor Wingfield nos lo recomendó con mucha insistencia, papá... de lo contrario no hubiéramos ido. Nos lo recomendó para todos los niños, pero sobre todo para Bella, que siempre tiene la garganta tan delicada... aire de mar y baños.

[9] South End on Sea: pueblo costero en la embocadura del Támesis, en el condado de Essex.

-No sé, querida, pero Perry tiene muchas dudas de que el mar pueda hacerle algún bien; y en cuanto a mí, hace tiempo que estoy totalmente convencido, aunque tal vez nunca te lo había dicho antes de ahora, de que el mar casi nunca beneficia a nadie. Estoy seguro de que en una ocasión a mí casi me mató.

-Vamos, vamos -exclamó Emma, dándose cuenta de que aquél era un tema peligroso-. Por favor, no hables del mar. Siento tanta envidia que me pongo de mal humor; ¡yo que nunca lo he visto! De modo que queda prohibido hablar de South End, ¿de acuerdo, papá? Querida Isabella, veo que aún no has preguntado por el señor Perry; y él nunca se olvida de ti.

-¡Oh, sí! ¡El bueno del señor Perry! ¿Cómo está, papá?

-Pues bastante bien; pero no bien del todo. El pobre Perry sufre de la bilis y no tiene tiempo para cuidarse... me dice que no tiene tiempo para cuidarse... lo cual es muy triste... pero siempre le están llamando de toda la comarca. Supongo que no hay nadie más de su profesión por estos alrededores. Pero además es que no hay nadie tan inteligente como él.

-Y la señora Perry y sus niños, ¿cómo están? Los niños deben de estar ya muy crecidos... Siento un gran afecto por el señor Perry. Espero que pronto venga a visitarnos. Le gustará ver a mis pequeños.

-Creo que vendrá mañana porque tengo que hacerle dos o tres consultas de cierta importancia. Y cuando venga, querida, sería mejor que diera un vistazo a la garganta de Bella.

-¡Oh, papá! Está tan mejorada de la garganta que ya casi no me preocupa. No sé si han sido los baños o si la mejoría tiene que atribuirse a una excelente cataplasma que nos recomendó el señor Wingfield y que hemos estado poniéndole una serie de veces desde el mes de agosto.

-Querida, no es muy probable que hayan sido los baños los que le hayan sentado bien... y si yo hubiese sabido que lo que necesitabais era una cataplasma hubiera hablado con...

-Me parece que os habéis olvidado de la señora y la señorita Bates -dijo Emma-; no os he oído preguntar por ellas ni una sola vez.

-¡Oh, sí, las Bates, pobres! Estoy totalmente avergonzada de mí misma... pero las mencionabas en la mayoría de tus cartas. Supongo que están bien, ¿no? ¡Pobre señora Bates, con lo buena que es! Mañana iré a visitarla y me llevaré a los niños... ¡Están siempre tan contentas de ver a mis niños! ¡Y la señorita Bates también es tan buena persona! Lo que se dice gente buena de veras... ¿Cómo están, papá?

-Pues en conjunto bastante bien, querida. Pero la pobre señora Bates hace poco más o menos un mes tuvo un resfriado muy maligno.

-¡Cuánto lo siento! Yo nunca había visto tantos resfriados como en este otoño. El señor Wingfield me decía que él nunca había visto tantos ni tan fuertes... excepto cuando hay una epidemia de gripe.

-Sí, querida, desde luego ha habido muchos; pero no tantos como piensas. Perry dice que este año ha habido muchos resfriados, pero no tan fuertes como él los ha visto muchas veces en el mes de noviembre. Perry no considera que en conjunto ésta haya sido una temporada de las peores.

. -No, no creo que el señor Wingfield considere esta temporada de las peores,

pero...

-¡Ay, pobre hija mía! La verdad es que en Londres todas las temporadas son malas. Nadie está sano en Londres ni nadie puede estarlo. ¡Es horrible que te veas obligada a vivir allí! ¡Tan lejos! ¡Y en una atmósfera tan malsana!

-No, la verdad es que donde vivimos no hay una atmósfera malsana en absoluto. Nuestro barrio queda mucho más alto que la mayoría de los demás. Papá, no puedes decir que es igual vivir donde vivimos nosotros que en cualquier otra parte de Londres. La parte de Brunswick Square es muy distinta de casi todo el resto. Allí el aire es mucho más puro. Reconozco que me costaría acostumbrarme a vivir en cualquier otro barrio de la ciudad; no me gustaría que mis hijos vivieran en ningún otro... ¡pero aquí es un lugar tan oreado! El señor Wingfield opina que para aire puro no hay nada mejor que los alrededores de Brunswick Square.

-¡Ay, sí, querida, pero no es como Hartfield! Tú dirás lo que quieras, pero cuando hace una semana que estáis en Hartfield todos parecéis otros; tú no pareces la misma. Ahora, por ejemplo, yo no diría que ninguno de vosotros tenéis muy buen aspecto.

-Cómo siento oírte decir eso, papá; pero te aseguro que, exceptuando aquellas jaquecas nerviosas y las palpitaciones que tengo en todas partes, me encuentro perfectamente bien; y si los niños estaban un poco pálidos antes de acostarse era sólo porque estaban más cansados que de costumbre, debido al viaje y a las emociones de llegar a Hartfield. Confío en que mañana les verás con mejor aspecto; porque te aseguro que el señor Wingfield me ha dicho que nunca nos había mandado al campo con mejor salud. Por lo menos espero que no tengas la impresión de que mi marido parece enfermo -dijo volviendo la mirada con afectuosa ansiedad hacia el señor Knightley.

-Pues así así, querida; contigo no voy a hacer cumplidos. En mi opinión, el señor John Knightley está lejos de tener un aspecto saludable.

-¿Qué ocurre? ¿Hablabais de mí? -preguntó el señor John Knightley al oír pronunciar su nombre.

-Querido, siento decirte que mi padre no te encuentra un aspecto saludable... pero espero que sólo sea porque estás un poco cansado. A pesar de todo ya sabes que te dije que me hubiera gustado que el señor Wingfield te visitara antes de salir de Londres.

-Querida Isabella -exclamó él con impaciencia-, te ruego que no te preocupes por mi aspecto. Confórmate con mimar y medicinar a los niños y a ti misma y déjame tener el aspecto que quiera.

-No he entendido bien lo que estabas contando a tu hermano -exclamó Emma -sobre tu amigo el señor Graham, que quería tomar un mayordomo escocés para que cuidara de sus nuevas propiedades. ¿Crees que dará resultado? ¿No son demasiado fuertes los viejos prejuicios?

Y así siguió hablando durante tanto rato y con tan buena fortuna que cuando volvió a verse obligada a prestar atención de nuevo a su padre y a su hermana, lo más grave que oyó fue que Isabella se interesaba amablemente por Jane Fairfax... y aunque Jane Fairfax no era precisamente una de sus favoritas, en aquellos momentos sintió un gran alivio al escuchar elogios suyos.

-¡Oh, Jane Fairfax! ¡Es tan cariñosa y tan amable! -dijo la señora John Knightley-. ¡Hace tanto tiempo que no la he visto...! Excepto unas cuantas veces que nos hemos encontrado por casualidad en Londres y hemos hablado sólo unos momentos... ¡Qué contentas deben de estar su anciana abuela y su tía, que son tan buenas personas, cuando viene a visitarlas! Siempre que pienso en ella, lo siento tanto por Emma, que no pueda pasar más tiempo en Highbury... Pero ahora que su hija se ha casado, supongo que el coronel y la señora Campbell no consentirán en separarse de ella. ¡Hubiera sido una compañera tan agradable para Emma... ! El señor Woodhouse estuvo de acuerdo con todo esto, pero añadió:

-Sin embargo, nuestra joven amiga, Harriet Smith, también es otra muchacha excelente. Te gustará, Harriet. Emma no podía tener mejor compañera que Harriet.

-No sabes-lo que me alegra oír esto... sólo que Jane Fairfax es tan fina, tan distinguida... Y además tiene exactamente la misma edad que Emma.

La cuestión fue discutida con toda cordialidad, y al cabo de un rato se pasó a otro de similar importancia que también se debatió en medio de la mayor armonía; pero la velada no concluyó sin que un nuevo incidente volviera a turbar un poco aquella calma. Llegó el avenate proporcionando nueva materia de conversación... grandes elogios y muchos comentarios... la irrefutable afirmación de que era saludable para toda clase de personas, y lo que se dice severas filípicas contra las numerosas casas en las que no se podía tomar un avenate medianamente tolerable... pero, por desgracia, entre los lamentables casos que su hija citó como ejemplos para corroborar lo que decía el señor Woodhouse, el más reciente y por lo tanto el más importante había ocurrido en su propio hogar, en South End, en donde una muchacha que habían contratado para la temporada nunca había sido capaz de comprender lo que ella quería decir cuando hablaba de un bol de buen avenate que no fuera espeso, sino más bien claro, aunque tampoco demasiado claro. Ni una sola vez de las que había querido tomar avenate y se lo había pedido había sido capaz de hacerle algo que pudiera beberse. Éste era un principio peligroso.

-¡Ay! -dijo el señor Woodhouse meneando la cabeza y contemplando a su hija con una mirada de afectuosa preocupación.

La exclamación para Emma quería decir: «¡Ay! No tienen fin las tristes consecuencias de vuestra estancia en South End; pero de eso no se puede hablar.» Y durante unos minutos Emma confió en que no iba a hablar de ello y que sus silenciosas cavilaciones bastarían para devolverle al placer de saborear su avenate claro, como debía ser. Pero al cabo de unos minutos añadió:

-Siempre lamentaré que este otoño hayáis ido al mar en vez de venir aquí.

-Pero ¿por qué tienes que lamentarlo, papá? Te aseguro que a los niños les fue muy beneficioso.

-Además, si teníais que ir al mar hubiera sido mejor no ir a South End. South End es un lugar poco saludable. Perry quedó muy sorprendido al saber que habíais elegido South End.

-Ya sé que hay mucha gente que opina así, pero la verdad, papá, es que se equivocan del todo... Allí nos hemos encontrado perfectamente bien de salud, y

el limo no nos molestó lo más mínimo; y el señor Wingfield dice que es un gran error suponer que es un lugar malsano; y estoy segura de que puede confiarse en su criterio, porque él sabe perfectamente de qué se compone el aire, y su propio hermano ha estado allí con su familia varias veces.

-Sí, querida, pero si queríais tomar baños podíais haber ido a Cromer; Perry hace tiempo que pasó una semana en Cromer y considera el lugar como el mejor de todos para los baños de mar. Tiene una playa grande y hermosa, y dice que allí el aire es muy puro. Y por lo que he oído decir, allí podríais alojaros bastante lejos del mar, a un cuarto de milla de distancia... y con todas las comodidades. Deberíais consultarlo con Perry.

-Pero, papá querido, piensa que eso está mucho más lejos; tendríamos que hacer un viaje larguísimo... Cien millas por lo menos, en vez de cuarenta.

-¡Ay, querida! Como dice Perry, cuando se trata de la salud, no debe tenerse en cuenta nada más; y si hay que viajar, tanto da recorrer cuarenta millas como cien... Es mejor no moverse de casa, es mejor quedarse en Londres que recorrer cuarenta millas para ir a buscar un aire que es peor que el de la ciudad. Eso fue exactamente lo que dijo Perry. A su entender vuestra decisión no podía ser más equivocada.

Los esfuerzos de Emma por hacer callar a su padre fueron en vano; y cuando las cosas llegaban a este punto a Emma ya no le extrañaba que su cuñado interviniera.

-El señor Perry dijo en un tono de voz que revelaba una profunda contrariedad- haría mejor en guardarse sus opiniones para quien se las pidiera. ¿Él qué tiene que ver con eso y por qué se mete en lo que hago? ¿Por qué tiene que opinar sobre si llevo mi familia a un pueblo de la costa o a otro? Espero que se me permitirá dar mi opinión igual que al señor Perry... No necesito ni sus consejos ni sus medicinas. -Hizo una pausa, Y calmándose rápidamente agregó con sarcástica sequedad-: Si el señor Perry puede decirme cómo trasladar a la esposa y a cinco hijos a una distancia de ciento treinta millas sin más gastos ni molestias que a una distancia de cuarenta, estaré de acuerdo con él en que es preferible ir a Cromer en vez de a South End.

-Sí, sí, eso es verdad -exclamó su hermano, interviniendo apresuradamente en la conversación-, es la pura verdad. Eso es algo muy importante. Pero, John, sobre lo que te decía acerca de mi proyecto de desviar el camino de Langham, de hacerlo pasar un poco más hacia la derecha para que no atraviese los prados de la finca, yo no veo que haya ninguna dificultad. Si tuviera que representar molestias para los habitantes de Highbury no seguiría adelante, pero si te acuerdas bien del trazado que tiene el camino... Pero el único modo de demostrártelo es consultar nuestros planos. Supongo que te veré mañana por la mañana en la Abadía, ¿no?, y entonces podremos volverlos a estudiar y me darás tu opinión.

El señor Woodhouse se sentía un poco turbado por los duros comentarios que se habían hecho sobre su amigo Perry, a quien en realidad, aunque inconscientemente, había atribuido muchas de sus propias ideas y de sus propias expresiones; pero los apaciguadores cuidados de sus hijas consiguieron que poco a poco se fuera desvaneciendo su inquietud, y la inmediata

intervención de uno de los dos hermanos y las mejores disposiciones del otro evitaron que se renovase la violencia de aquella situación.

CAPÍTULO XIII

NADIE más feliz que la señora John Knightley durante su breve estancia en Hartfield, visitando cada mañana a sus antiguas amistades en compañía de sus cinco hijos, y por la noche contando a su padre y a su hermana todo lo que había hecho durante el día. No podía desear nada mejor... excepto que los días no pasaran tan aprisa. Eran unas vacaciones maravillosas, perfectas a pesar de ser demasiado cortas.

En general, por las tardes estaba menos ocupada con sus amigos que por las mañanas; pero el compromiso de reunirse todos en una cena, fuera de casa, no había manera de evitarlo, a pesar de ser Navidad. El señor Weston no hubiera aceptado una negativa; debían cenar todos juntos en Randalls; e incluso el señor Woodhouse se dejó convencer de que esta idea era posible y que era mejor hacerlo así que dividir el grupo.

De haber podido, el señor Woodhouse hubiera puesto reparos al modo en que iba a trasladarse a todos a Randalls, pero como el coche y los caballos de su yerno se encontraban en Hartfield en aquellos días, tuvo que limitarse a hacer una simple pregunta sobre aquella cuestión; de modo que no pudo hacer de ello un conflicto; y a Emma no le costó mucho convencerle de que en uno de los coches también podrían acomodar a Harriet.

Harriet, el señor Elton y el señor Knightley, los habituales de la casa, fueron los únicos invitados; la cena iba a ser a una hora temprana, y los comensales pocos y escogidos; y en todos los detalles se tuvieron en cuenta las costumbres y preferencias del señor Woodhouse.

La víspera de este gran acontecimiento (pues era un gran acontecimiento que el señor Woodhouse cenara fuera de casa el 24 de diciembre), Harriet pasó toda la tarde en Hartfield, y había vuelto a su casa tan destemplada por un fuerte resfriado que, a no ser por su insistencia en querer que la cuidara la señora Goddard, Emma no le hubiera permitido salir de la casa. Al día siguiente Emma la visitó, y comprendió que habría que renunciar a su compañía en la cena de aquella noche. Tenía mucha fiebre y un fuerte dolor de garganta. La señora Goddard le prodigaba los cuidados más afectuosos, se habló del señor Perry, y la propia Harriet se encontraba demasiado enferma y abatida para resistir a la autoridad que la excluía de la grata reunión de aquella noche, aunque no podía hablar de ello sin derramar abundantes lágrimas.

Emma le hizo compañía todo el tiempo que pudo para atenderla durante las obligadas ausencias de la señora Goddard, y levantarle el ánimo describiéndole cuál sería el abatimiento del señor Elton cuando supiera su estado; y por fin la dejó bastante resignada, con la grata confianza de que él iba a pasar una mala velada y de que todos la echarían muchísimo de menos. Apenas Emma había andado unas pocas yardas desde la puerta de la casa de la señora Goddard, cuando se encontró con el propio señor Elton, que evidentemente se dirigía

hacia allí, y como siguieron andando juntos poco a poco, conversando acerca de la enferma (habían llegado hasta él rumores de que se trataba de una enfermedad grave y había ido a enterarse a fin de poder ir a informar luego a los de Hartfield), fueron alcanzados por el señor John Knightley, que volvía de su cotidiana visita a Donwell en compañía de sus dos hijos mayores, cuyas caras encendidas y saludables mostraban todos los beneficios de un paseo por el campo, y parecían augurar la rápida desaparición del cordero asado y del *pudding* de arroz por los que se apresuraban a volver a casa. Se unieron a ellos y siguieron andando todos juntos. En aquellos momentos Emma estaba describiendo los síntomas de la enfermedad de su amiga:

-... una garganta inflamadísima, con mucha fiebre y con un pulso rápido y débil... etcétera.

Y contó que la señora Goddard le había dicho que Harriet era propensa a las inflamaciones de garganta y que muchas veces le había dado sustos como aquél. El señor Elton pareció alarmadísimo al oír esto, y exclamó:

-¡Inflamaciones de garganta! Confío en que no habrá infección. No será una infección maligna, ¿verdad? ¿La ha visto Perry? La verdad es que debería cuidarse tanto de usted misma como de su amiga. Permítame aconsejarle que no se exponga demasiado. ¿Por qué no la visita Perry?

Emma, que la verdad es que no estaba alarmada en absoluto, calmó esos temores exagerados asegurándole que la señora Goddard tenía mucha experiencia y le prestaba los cuidados más solícitos; pero como aún debía quedarle una cierta inquietud, que ella no deseaba hacer desaparecer, sino que más bien prefería atizar para que aumentara, no tardó en añadir como si hablara de algo totalmente distinto:

-Oh, hace tanto frío, tantísimo frío, y da tanto la impresión de que va a nevar que si se tratara de cualquier otro lugar o de cualquier otra reunión, la verdad es que haría lo posible para no salir de casa esta noche... y para disuadir a mi padre de aventurarse a cenar fuera de casa; pero como él ya se ha hecho a la idea e incluso parece que no siente tanto el frío, prefiero no poner obstáculos, porque sé que sería una gran decepción para el señor y la señora Weston. Pero le doy mi palabra, señor Elton, de que yo, si estuviera en su lugar, daría una excusa para no asistir. Me parece que ya está usted un poco ronco, y teniendo en cuenta lo mucho que tendrá que hablar mañana y lo cansado que va a ser para usted ese día, creo que la más elemental prudencia aconseja que se quede en casa y que esta noche se cuide lo mejor que pueda.

El señor Elton daba la impresión de que no sabía muy bien qué responder; y en realidad eso era lo que le ocurría; pues aunque muy halagado por el gran interés que se tomaba por él una dama tan bella, y sin querer negarse a seguir ninguno de sus consejos, lo cierto es que no sentía la menor inclinación por dejar de asistir a la cena; pero Emma, demasiado confiada en la idea que se había hecho de la situación para oírle imparcialmente y darse cuenta de su estado de ánimo en aquel momento, quedó plenamente satisfecha con oírle murmurar aprobadoramente que hacía «mucho frío, verdaderamente mucho frío», y siguió andando contenta de haberle alejado de Randalls permitiéndole así interesarse cada hora por la salud de Harriet.

-Hace usted muy bien -dijo-; nosotros ya le excusaremos con los señores Weston.

Pero apenas acababa de pronunciar estas palabras, cuando su cuñado le ofrecía cortésmente un lugar en su coche, si es que el tiempo era el único obstáculo para el señor Elton, y éste aceptó inmediatamente el ofrecimiento con una gran satisfacción. No tardó en ser cosa hecha; y nunca sus grandes y correctas facciones expresaron más contento que en aquellos instantes; nunca había sido más amplia su sonrisa ni más brillantes de alegría sus ojos que cuando volvió el rostro hacia Emma.

«¡Vaya! -se dijo Emma para sus adentros- ¡Eso sí que es curioso! Yo le encuentro una excusa para no venir, y ahora prefiere acompañarnos y dejar a Harriet enferma en su casa... Me parece pero que muy extraño... Aunque tengo la impresión de que hay muchos hombres, sobre todo los solteros, que sienten tanta afición, que les entusiasma tanto cenar fuera de casa, que una invitación así es una de las cosas que más les ilusiona, lo consideran como uno de los mayores gustos que pueden darse, casi como un deber de su posición social y de su profesión, y todo lo demás pasa a segundo término... y ése debe ser el caso del señor Elton; sin duda alguna, un joven de grandes prendas, muy correcto y agradable, y enamoradísimo de Harriet; pero, a pesar de todo, no es capaz de rechazar una invitación y tiene que cenar fuera de casa sea donde sea que le inviten. ¡Qué cosa más extraña es el amor! Es capaz de ver ingenio en Harriet, pero por ella no es capaz de cenar solo.»

Al cabo de poco el señor Elton se despidió de ellos, y Emma no pudo por menos de hacerle justicia apreciando el sentimiento que puso al nombrar a Harriet cuando se iba; el tono de su voz al asegurarle que la última cosa que haría antes de prepararse para el placer de volver a ver a Emma sería ir a casa de la señora Goddard a pedir noticias de su linda amiga, y que esperaba que podría darle mejores nuevas, era muy significativo; y suspirando esbozó una triste sonrisa que inclinó definitivamente la balanza de la aprobación en favor suyo.

Después de unos minutos que pasaron en completo silencio, John Knightley dijo:

-En mi vida he visto a un hombre más empeñado en ser agradable que el señor Eton. Cuando trata con señoras se le ve afanosísimo por complacerlas. Con los hombres es más sensato y más natural, pero cuando tiene una dama a quien complacer cualquier ridiculez le parece bien.

-Las maneras del señor Elton no son lo que se llama perfectas -replicó Emma-; pero cuando se ve que se desvive por agradar, hay que pasar por alto muchas cosas. Cuando un hombre hace lo que puede, aunque sea con dotes limitados, siempre será preferible al que sea superior pero no tenga voluntad. El señor Elton tiene tan buen carácter y tan buena voluntad que no es posible dejar de apreciar esos méritos.

-Sí -dijo rápidamente el señor John Knightley con cierta socarronería-, parece tener muy buena voluntad... sobre todo por lo que se refiere a ti.

-¿A mí? -exclamó Emma con una sonrisa de asombro-; ¿imaginas que el señor Elton está interesado por mí?

-Confieso, Emma, que esta idea me ha pasado por la imaginación; y si antes de ahora nunca habías pensado en ello ya tienes motivo para hacerlo.

-¡El señor Elton enamorado de mí! Pero ¡a quién se le ocurre!

-Yo no digo que sea así; pero no estaría de más que pensaras en si es o no es verdad, para amoldar tu conducta a lo que decidas. Yo creo que le das alas siendo tan amable con él. Te hablo como un amigo, Emma. Sería mejor que abrieras bien los ojos y te aseguraras de lo que haces y de lo que quieres hacer.

-Te agradezco el interés; pero te aseguro que te equivocas por completo. El señor Elton y yo somos muy buenos amigos, nada más.

Y siguió andando, riéndose para sus adentros de los desatinos que a menudo se le ocurren a la gente que sólo conoce una parte de los hechos, y de los errores en que incurren ciertas personas que pretenden tener un criterio infalible; y no muy complacida con su cuñado que la creía tan ciega e ignorante, y tan necesitada de consejos. Él no dijo nada más.

El señor Woodhouse se había hecho tanto a la idea de salir aquella noche que a pesar de que el frío era cada vez más intenso no parecía en absoluto dispuesto a asustarse de él, y al final estuvo listo para la marcha con toda puntualidad, y se instaló en su coche junto con su hija mayor, en apariencia prestando menos atención al tiempo que ninguno de los demás; demasiado maravillado por su propia hazaña y pensando demasiado en la ilusión que iba a proporcionar a los de Randalls para darse cuenta de que hacía frío... aparte de que iba demasiado bien abrigado para sentirlo. Sin embargo el frío era muy intenso; y cuando el segundo coche se puso en movimiento empezaron a caer unos copos de nieve, y el cielo parecía tan cargado como para necesitar tan sólo un soplo de aire más tibio para dejarlo todo blanquísimo al cabo de muy poco tiempo.

Emma no tardó en advertir que su compañero no estaba del mejor de los humores. Los preparativos para salir y la salida misma con aquel tiempo, unido al hecho de tener que renunciar a la compañía de sus hijos después de la comida, eran inconvenientes lo suficientemente desagradables como para disgustar al señor John Knightley; la visita no le parecía ofrecer compensaciones dignas de aquellas contrariedades; y durante todo el trayecto hasta la Vicaría no dejó de expresar su descontento.

-Se necesita tener muy buena opinión de uno mismo –dijo- para pedir a la gente que abandone su chimenea y vaya a verle en un día como éste, sin más objeto que hacerle una visita. Debe de considerarse alguien muy agradable; yo no sería capaz de hacer una cosa así. Es el mayor de los absurdos... ¡Y ahora se pone a nevar! Es una locura no permitir que la gente se quede cómodamente en su casa... y lo es el no quedarse cómodamente en casa cuando uno puede hacerlo. Si nos obligaran a salir en una noche así para cumplir algún deber o para algún negocio, ¡cómo nos quejaríamos de nuestra mala suerte; y aquí estamos probablemente con ropas más ligeras que de costumbre, siguiendo adelante por nuestra propia voluntad, sin ningún motivo justificado y desafiando la voz de la naturaleza que dice al hombre por todos los medios que tiene a su alcance que se quede en casa y que se resguarde lo mejor que pueda; aquí estamos en camino para pasar cinco horas aburridas en una casa ajena, sin

nada que decir u oír que no se dijera u oyera ayer y que no pueda decirse u oírse de nuevo mañana. Saliendo con mal tiempo para volver probablemente con un tiempo peor; obligando a salir a cuatro caballos y a cuatro criados sólo para llevar a cinco personas ociosas tiritando de frío a unas habitaciones más frías y entre peores compañeros de lo que se hubiese podido tener en casa.

Emma no estaba dispuesta a asentir complacida a estos comentarios a lo cual sin duda él estaba acostumbrado, para emular el «Tienes toda la razón, querido», frase con la que solía obsequiarle su habitual compañera de viaje; pero tuvo la fuerza de voluntad suficiente para contenerse y no responderle nada. No podía estar de acuerdo con él y temía que una discusión degenerase en disputa; su heroísmo sólo llegaba al silencio. Le dejó seguir hablando y arregló los cristales y se arrebujó bien en sus ropas sin despegar los labios.

Llegaron, el coche dio la vuelta, se bajó el estribo y el señor Elton, bien acicalado, sonriendo y con su traje negro, se reunió con ellos al instante. Emma tenía la esperanza de que se cambiara el tema de la conversación. El señor Elton se deshacía en amabilidades y parecía de muy buen humor; la verdad es que de tan buen humor que Emma pensó que debía haber recibido noticias distintas acerca del estado de Harriet de las que habían llegado hasta ella. Mientras se vestía había enviado a alguien a preguntar, y la respuesta había sido: «Sigue lo mismo, no hay mejoría.»

-Las noticias que he recibido de la casa de la señora Goddard -dijo al cabo de un momento- no son tan buenas como yo esperaba. Me han dicho que no hay ninguna mejoría.

Su rostro se ensombreció inmediatamente; y cuando contestó lo hizo con una voz llena de sentimiento:

-¡Oh, no! Lo sentí tanto al enterarme... estaba a punto de decirle que cuando fui a casa de la señora Goddard, que fue la última cosa que hice antes de volver a la Vicaría para vestirme, me dijeron que la señorita Smith no había mejorado nada, lo que se dice nada, sino que más bien estaba peor. Lo sentí tanto y me quedé muy preocupado... yo tenía esperanzas de que iba a mejorar después del cordial que le dieron esta mañana.

Emma sonrió y contestó:

-Confío en que mi visita le haya sido beneficiosa para la parte nerviosa de su enfermedad; pero mi presencia aún no tiene poder suficiente para hacer desaparecer una inflamación de garganta; es un resfriado verdaderamente fuerte. El señor Perry la ha visitado, como seguramente ya le han dicho a usted.

-Sí... yo suponía... es decir... no me lo habían dicho...

-Él ya la había tratado de cosas parecidas, y confío que mañana por la mañana podrá darnos a los dos mejores noticias. Pero es imposible no sentirse inquieto. ¡Es una ausencia tan lamentable para nuestra reunión de esta noche!

-Sí, muy lamentable... Usted lo ha dicho, ésta es la palabra... la echaremos de menos a cada momento.

Eso ya era ponerse más en carácter; el suspiro que acompañó estas palabras era muy digno de tenerse en cuenta; pero hubiera tenido que durar más. Emma no pudo por menos de desalentarse cuando sólo al cabo de medio minuto el señor Elton empezó a hablar de otras cosas; y en un tono de voz totalmente

despreocupado y alegre.

-Es una idea excelente -dijo- usar las pieles de cordero en los coches. Así se va muy cómodo; es imposible tener frío tomando estas precauciones. Esas innovaciones modernas la verdad es que convierten el coche de un caballero en algo perfectamente completo. Se está tan protegido y defendido del tiempo que no hay corriente de aire que pueda penetrar. De este modo el tiempo deja de tener importancia. Hoy hace una noche muy fría... pero en este coche nosotros ni nos enteramos... ¡Ah! veo que nieva un poco.

-Sí -dijo el señor John Knightley-, y me parece que vamos a tener mucha nieve.

-Tiempo navideño -comentó el señor Elton-. Es lo propio de la estación; y podemos considerarnos como muy afortunados de que no empezara a nevar ayer y hubiera habido que aplazar la reunión de hoy, lo cual hubiera podido ocurrir muy fácilmente, porque el señor Woodhouse no se hubiera atrevido a salir si hubiese nevado demasiado; pero ahora ya no tiene importancia. La verdad es que ésta es la estación del año más adecuada para las reuniones amistosas. Por Navidad todo el mundo invita a sus amigos y la gente no se preocupa mucho por el tiempo que haga, aunque sea muy malo. Una vez me quedé sitiado una semana en casa de un amigo. Nada podía serme más agradable. Fui allí para pasar sólo una noche y no pude irme hasta al cabo de siete días justos.

El señor John Knightley no parecía muy propicio a comprender este placer, pero sólo dijo fríamente:

-A mí no me gustaría nada verme sitiado por la nieve en Randalls durante una semana.

En otra ocasión Emma hubiera encontrado divertido todo aquello, pero en aquellos momento estaba demasiado asombrada al ver el interés que el señor Elton prestaba a otras cuestiones. Harriet parecía haber sido olvidada totalmente ante la perspectiva de una grata velada.

-Podemos tener la seguridad de contar con un buen fuego en la chimenea -siguió diciendo-, y sin duda todo estará dispuesto para ofrecernos las mayores comodidades. El señor y la señora Weston son encantadores; la señora Weston merece todos los elogios, y él por su parte es una persona admirable, tan hospitalario y tan sociable; desde luego seremos pocos, pero las reuniones en las que hay poca gente pero escogida son quizá las más agradables de todas. El comedor de la señora Weston tampoco es capaz de acomodar debidamente a más de diez personas; y por mi parte en estas circunstancia yo suelo preferir que sobre espacio para dos a que falte espacio para dos. Seguramente estará usted de acuerdo conmigo -dijo volviéndose hacia Emma con aire meloso-, estoy seguro de que contaré con su aprobación aunque tal vez el señor Knightley que está acostumbrado a las grandes reuniones de Londres no esté totalmente de acuerdo con nosotros.

-Yo no sé nada de las grandes reuniones de Londres, nunca ceno fuera de casa.

-¿De veras? -en un tono entre asombrado y compasivo-. No tenía ni la menor idea de que las leyes significaran una esclavitud tan grande. Pero no desespere

usted, ya llegará el tiempo en que encuentre la recompensa, cuando tenga que trabajar poco y pueda disfrutar mucho.

-Cuando más disfrutaré -replicó el señor John Knightley cuando cruzaban ya la verja de la casa- será cuando vuelva a estar sano y salvo en Hartfield.

CAPÍTULO XIV

AL entrar en el salón de la señora Weston ambos tuvieron que componer su actitud; el señor Elton refrenar un poco su entusiasmo y el señor John Knightley ahuyentar su mal humor. Para acomodarse a las circunstancias y al lugar, el señor Elton tuvo que sonreír menos, y el señor John Knightley que sonreír más. Emma fue la única que pudo ser espontánea, y mostrarse tan contenta como estaba en realidad. Era una gran alegría para ella el estar con los Weston. El señor Weston era uno de sus amigos favoritos, y no había nadie en el mundo con quien pudiera hablar con tanta franqueza como con su esposa; nadie en quien confiara con tanta seguridad de ser escuchada y comprendida, despertando siempre el mismo interés y la misma comprensión, nadie que se hiciera tanto cargo de los pequeños conflictos, proyectos, dudas e ilusiones, suyos y de su padre. No podía hablar de nada de Hartfield por lo que la señora Weston no sintiera un vivo interés; y media hora de ininterrumpidas confidencias acerca de todas esas cuestiones menudas de las que dependen la felicidad cotidiana de la vida íntima de cada cual, era uno de los mayores placeres que ambas podían concederse.

Éste era un placer del que quizá no podrían disfrutar durante toda aquella visita, en la que sería difícil encontrar media hora para sus expansiones; pero sólo la presencia de la señora Weston, su sonrisa, su contacto, su voz, era ya reconfortante para Emma y decidió pensar lo menos posible en las rarezas del señor Elton, o en cualquier otra cosa desagradable, y disfrutar hasta el máximo de todo lo grato que pudiera ofrecer la velada.

Antes de su llegada ya se había hablado mucho de la mala suerte que había tenido Harriet al resfriarse. Hacía rato que el señor Woodhouse se hallaba cómodamente instalado en un sillón contando toda la historia, además de toda la historia de los incidentes del trayecto hasta allí que había hecho con Isabella; entonces se anunció la llegada de Emma, y apenas había terminado unas frases en las que se congratulaba de que James al ir con ellos tuviera ocasión de ver a su hija, cuando aparecieron los demás, y la señora Weston, que hasta entonces había dedicado casi toda su atención al señor Woodhouse, pudo dejarle y dar la bienvenida a su querida Emma.

Emma encontró ciertas dificultades para poner en práctica su decisión de olvidarse del señor Elton por un rato, ya que cuando todos se sentaron resultó que el joven estaba a su lado. Era muy difícil apartar de su mente la idea de su sorprendente insensibilidad respecto a Harriet, mientras no sólo le tenía pegado a ella, sino que además le dedicaba de continuo las más atentas sonrisas y le dirigía la palabra con la mayor deferencia siempre que tenía ocasión. En vez de olvidarle, su proceder era tal que no pudo evitar el decirse para sus adentros:

-¿Es posible que tenga razón mi cuñado? ¿Es posible que empiece a olvidarse de Harriet y a poner su afecto en mí? ¡Sería absurdo, no puede ser!

Sin embargo, el señor Elton se desvivía de tal modo porque Emma no sintiera frío, se mostraba tan atento con su padre y tan amable para con la señora Weston, y por fin demostró tanto entusiasmo y tanta falta de criterio ante sus dibujos, que no podía por menos de pensarse que parecía enamorado, y ella tuvo que hacer un esfuerzo por conservar la calma y la naturalidad. No quería mostrarse descortés, en primer lugar por ella misma y luego por Harriet, confiando en que todo podría volver a encauzarse bien, como al principio; de modo que fue muy amable con él; pero le costaba un esfuerzo sobre todo cuando los demás hablaban de cosas por las que ella estaba interesada, mientras que el señor Elton la aturdía con su insípida locuacidad. Por algunas palabras sueltas que pudo oír comprendió que el señor Weston estaba hablando de su hijo; oyó las palabras «mi hijo» y «Frank», y que repetía «mi hijo» varias veces más; y por alguna otra cosa que llegó hasta sus oídos, supuso que estaba anunciando la próxima visita de su hijo; pero antes de que pudiera deshacerse del señor Elton la conversación había cambiado por completo, hasta el punto de que cualquier pregunta suya que hubiese resucitado el tema hubiera parecido fuera de lugar e impertinente.

Lo que ocurría era que, a pesar de la decisión que había tomado Emma de no casarse nunca, había algo en el nombre, en la idea del señor Frank Churchill que siempre la había atraído. Con frecuencia había pensado -sobre todo desde que el padre del joven había contraído matrimonio con la señorita Taylor- que si ella tuviera que casarse Frank Churchill sería la persona más indicada, tanto por su edad como por su carácter y su posición social. Por la relación que existía entre ambas familias parecía una unión perfectamente natural. Y Emma no podía por menos de suponer que era una boda en la que debería de pensar todo el mundo que les conocía. Estaba totalmente persuadida de que los Weston pensaban en ello; y aunque no estaba dispuesta a que ni él ni ningún otro hombre le hiciera abandonar su actual situación que consideraba más pletórica de bienestar que ninguna otra nueva que pudiese substituirla, sentía una gran curiosidad por verle, una decidida intención a encontrarle agradable, a que él se sintiera atraído hasta cierto punto, y una especie de placer ante la idea de que en la imaginación de sus amigos ambos aparecieran unidos.

Bajo el influjo de estas sensaciones, las cortesías del señor Elton no podían ser más inoportunas; pero ella se consolaba pensando que en apariencia era muy atenta, cuando en realidad no podía contrariarla más aquella situación... y suponiendo que durante el resto de la velada forzosamente se volvería a hablar del mismo tema que al principio, o que por lo menos se aludiría a lo esencial del asunto, tratándose de una persona tan comunicativa como el señor Weston; y así resultó ser; y cuando por fin se hubo desembarazado del señor Elton y se sentó a la mesa junto al señor Weston, éste aprovechó la primera tregua que pudo hacer en sus deberes como anfitrión, la primera pausa que hubo desde que se sirvió el lomo de carnero, para decir a Emma:

-Sólo nos faltan dos personas más para ser el número exacto. Quisiera poder tener con nosotros a dos invitados más... la amiguita de usted, la señorita Smith,

y mi hijo... sólo entonces podría decir que la reunión es completa del todo. No sé si me ha oído usted decir a los demás cuando estábamos en el salón que esperábamos a Frank. Esta mañana he tenido carta suya, y me dice que estará con nosotros dentro de dos semanas.

Emma no tuvo que esforzarse mucho por manifestar su alegría; y se mostró totalmente de acuerdo con la idea de que el señor Frank Churchill y la señorita Smith eran los dos comensales que faltaban para completar la reunión.

-Desde el mes de setiembre -siguió diciendo el señor Weston- estaba deseando venir a vernos; en todas sus cartas hablaba de lo mismo; pero no puede disponer de su tiempo; se ve forzado a complacer a ciertas personas, y complacer a estas personas (y que eso quede entre nosotros) a veces cuesta muchos sacrificios. Pero ahora no tengo la menor duda de que lo tendremos con nosotros hacia la segunda semana de enero.

-¡Qué alegría va a tener usted! Y la señora Weston está tan ansiosa por conocerle bien que debe estar casi tan ilusionada como usted.

-Sí, tendría una gran alegría, pero ella es de la opinión de que este viaje volverá a aplazarse una vez más. No está tan segura como yo de que venga. Pero yo conozco mejor que ella el intríngulis de ese asunto. Verá usted, el caso es que... (pero sobre todo que eso quede entre nosotros; en la sala de estar yo de eso no he dicho ni una palabra. Ya sabe usted que en todas las familias hay secretos...). Le decía que el caso es que hay un grupo de amigos que han sido invitados a pasar unos días en Enscombe, en el mes de enero; y para que Frank venga es preciso que esta invitación se aplace. Si no se aplaza, él no puede moverse de allí. Pero yo sé que se aplazará, porque se trata de una familia por la que cierta señora, que tiene bastante importancia en Enscombe, siente una particular aversión; y aunque se considera necesario invitarles una vez cada dos o tres años, cuando llega el momento siempre terminan aplazando la visita. No tengo la menor duda de que va a ocurrir así. Estoy tan seguro de que Frank va a estar aquí antes de mediados de enero, como de estar aquí yo mismo. Pero su querida amiga -e indicó con la cabeza el otro extremo de la mesa- tiene tan pocos caprichos, y en Hartfield estaba tan poco acostumbrada a ellos, que no prevé los efectos que pueden tener, mientras que yo tengo ya una práctica de muchos años en esas cosas.

-Lamento que todavía hayan dudas en este caso -replicó Emma-; pero estoy dispuesta a ponerme a su lado, señor Weston. Si usted opina que vendrá, yo seré de su misma opinión; porque usted conoce Enscombe.

-Sí... bien puedo decir que lo conozco; aunque en mi vida haya estado allí... ¡Es una mujer extraña! Pero yo nunca me permito hablar mal de ella por consideración a Frank; porque sé que ella le quiere de veras. Yo solía pensar que no era capaz de querer a nadie excepto a sí misma; pero siempre ha sido muy afectuosa con él (a su modo... consintiéndole pequeños antojos y caprichos, y queriendo que todo salga de acuerdo con su voluntad). Y a mi entender dice mucho en favor de él haber despertado un afecto así; porque, aunque eso yo no lo diría a nadie más, la verdad es que para el resto de la gente esa mujer tiene un corazón más duro que la piedra; y un carácter endiablado.

Emma estaba tan interesada por aquel tema que volvió a abordarlo, esta vez

con la señora Weston, cuando al cabo de poco volvieron a trasladarse a la sala de estar; le deseó que pudiera tener esta ilusión... aun reconociendo que comprendía que la primera entrevista debería ser más bien violenta... La señora Weston estuvo de acuerdo con ella; pero añadió que aceptaría con gusto la violencia que pudiese haber en esta primera entrevista con tal de poder tener la seguridad de que sería cuando se había anunciado...

-...porque yo no confío que venga. No puedo ser tan entusiasta como el señor Weston. Mucho me temo que todo esto terminará en nada. Supongo que el señor Weston te ha contado ya exactamente cómo están las cosas.

-Sí... parece ser que todo depende exclusivamente del mal humor de la señora Churchill, que imagino que es la cosa más segura del mundo.

-Querida Emma -replicó la señora Weston, sonriendo-, ¿qué seguridad puede haber en un capricho?

Y volviéndose hacia Isabella, que antes no había estado atendiendo a la conversación, añadió:

-Debe usted saber, mi querida señora Knightley, que en mi opinión no podemos estar tan seguros ni muchísimo menos de poder tener con nosotros al señor Frank Churchill, como piensa su padre. Depende exclusivamente del buen o mal humor y del capricho de su tía; en resumen, de si ella quiere o no. Entre nosotras, porque estamos como entre hermanas y puede decirse la verdad: la señora Churchill manda en Enscombe, y es una mujer de un carácter caprichosísimo; y el que su sobrino venga aquí depende de que esté dispuesta a prescindir de él por unos días.

-¡Oh, la señora Churchill! Todo el mundo conoce a la señora Churchill -replicó Isabella-; y yo por mi parte siempre que pienso en ese pobre muchacho me inspira una gran compasión. Vivir constantemente con una persona de mal carácter debe de ser horrible. Eso es algo que afortunadamente ninguno de nosotros conoce por experiencia; pero tiene que ser una vida espantosa. ¡Qué suerte que esa mujer nunca haya tenido hijos! ¡Pobres criaturas, qué desgraciados los hubiera hecho!

Emma hubiese querido estar a solas con la señora Weston. De este modo se hubiese enterado de más cosas; la señora Weston le hubiera hablado con una franqueza que nunca se atrevería a emplear delante de Isabella; y estaba segura de que no le hubiera ocultado casi nada referente a los Churchill, exceptuando sus proyectos sobre el joven de los que instintivamente presumía ya algo gracias a su imaginación. Pero allí no podía decirse nada más. El señor Woodhouse no tardó en ir a reunirse con ellas en la sala de estar. Permanecer durante mucho rato sentado a la mesa después de comer era una penitencia que no podía soportar. Ni el vino ni la conversación lograron retenerle; y se dispuso alegremente a reunirse con las personas con las que siempre se encontraba a gusto.

Y mientras él hablaba con Isabella, Emma tuvo oportunidad de decir a su amiga:

-De modo que no crees que esta visita de tu hijo sea segura ni mucho menos. Lo siento. Sea cuando fuere, la presentación tiene que ser un poco violenta. Y cuanto antes se termine con eso mejor.

-Sí; y cada aplazamiento hace temer que vengan otros. Incluso si esa familia, los Braithwaites, aplazan otra vez su visita, aún temo que puedan encontrar alguna otra excusa y tengamos una nueva decepción. No puedo imaginarme que haya ningún obstáculo por parte de él; pero estoy segura de que los Churchill tienen un gran interés en retenerle a su lado. Tienen celos. Estás celosos incluso del afecto que siente por su padre. En resumen, que no tengo ninguna seguridad de que venga, y preferiría que el señor Weston no se entusiasmara tanto con esta idea.

-Debería venir -dijo Emma-. Aunque sólo pudiera estar con vosotros un par de días, debería venir; casi es difícil imaginarse un joven de su edad que no pueda ni siquiera hacer eso. Una joven, si cae en malas manos, puede ser apartada y alejada de aquellas personas con las que ella desearía estar; pero es inconcebible que un hombre esté tan supeditado a sus parientes como para no poder pasar una semana con su padre si lo desea.

-Para saber lo que él puede o no puede hacer -replicó la señora Weston- deberíamos estar en Enscombe y conocer la vida de la familia. Quizá fuera eso lo que deberíamos hacer siempre antes de juzgar el proceder de cualquier persona de cualquier familia; pero estoy segura de que lo que ocurre en Enscombe no puede juzgarse de acuerdo con normas generales... ¡Es una mujer tan antojadiza! Y todo depende de ella...

-Pero quiere mucho a su sobrino: es su preferido, ¿no? Ahora bien, de acuerdo con la idea que yo tengo de la señora Churchill, sería más natural que mientras ella no hace ningún sacrificio por el bienestar de su marido, a quien se lo debe todo, se dejara gobernar con frecuencia por su sobrino, a quien no debe nada en absoluto, aun sin dejar de hacerle víctima de sus constantes caprichos.

-Mi querida Emma, tienes un carácter demasiado dulce para comprender a alguien que lo tiene muy malo, y poder fijar las leyes de su conducta; déjala que sea como quiera. De lo que yo no dudo es de que en ocasiones su sobrino ejerce sobre ella una considerable influencia; pero puede ocurrir que a él le sea totalmente imposible saber de antemano cuándo podrá ejercerla.

Emma escuchaba, y luego dijo fríamente:

-No me convenceré a menos que venga.

-En ciertas cuestiones puede tener mucha influencia -siguió diciendo la señora Weston -y en otras muy poca; y entre estas últimas que están fuera de su alcance, es más que probable que figure eso de ahora de poder separarse de ellos para venir a visitarnos.

CAPÍTULO XV

EL señor Woodhouse no tardó en reclamar su té; y cuando lo hubo bebido se mostró dispuesto a regresar a su casa; y lo único que consiguieron las tres mujeres que estaban con él fue distraerle, haciéndole olvidar que era ya tarde, hasta que hicieron su aparición los demás hombres. El señor Weston era una persona habladora y jovial, y muy poco amiga de dejar ir a sus invitados a una hora demasiado temprana; pero por fin todos fueron pasando a la sala de estar.

El señor Elton, que parecía de muy buen humor, fue uno de los primeros que dejó el comedor por el salón. La señora Weston y Emma estaban sentadas en el sofá, una al lado de la otra. Él inmediatamente se les acercó y casi sin pedirles permiso se sentó entre ambas.

Emma, que estaba también de buen humor por la noticia de la inminente llegada del señor Frank Churchill, estaba dispuesta a olvidar lo enojosamente inoportuno que había sido el señor Elton y a mostrarse con él tan atenta como al principio, y cuando Harriet se convirtió en el primer tema de conversación, se dipuso a escucharle con la más cordial de sus sonrisas.

El señor Elton se mostró muy inquieto acerca del estado de su linda amiga... su linda, adorable, simpática amiga.

-¿Sabe usted algo nuevo? ¿Ha tenido alguna noticia de ella desde que estamos en Randalls? Estoy muy intranquilo... tengo que confesar que esta enfermedad suya me alarma muchísimo...

Y en este tono siguió hablando durante un buen rato, muy en su punto, sin esperar que le contestaran, realmente preocupado por aquel dolor de garganta tan maligno; y así llegó a captarse de nuevo todas las simpatías de Emma.

Pero poco a poco la cosa degeneró en algo distinto; de pronto dio la impresión de que si estaba tan preocupado por la malignidad de aquel dolor de garganta era más por Emma que por Harriet... que más que el que la enferma se recuperase de su mal, le inquietaba el que éste no fuera contagioso. Rogó encarecidamente a Emma que se abstuviera de visitar a su amiga, por lo menos por ahora... insistiendo en que le prometiese a él que no se expondría a aquel peligro hasta que él hubiese hablado con el señor Perry y conociera la opinión del médico; y aunque Emma intentó tomárselo a broma, y hacer que la cuestión volviera a sus cauces normales, no hubo modo de poner fin a su extremada solicitud por ella. Se sentía molesta. Era manifiesto -y él no hacía ningún esfuerzo por ocultarlo- que hacía como si estuviera enamorado de ella, en vez de estarlo de Harriet; una muestra de inconstancia, que de ser verdad, resultaba la cosa más despreciable y abominable del mundo. Y a Emma le costaba esfuerzos conservar la calma. El señor Elton se volvió hacia la señora Weston para implorar su ayuda.

-Ayúdeme, se lo suplico; ¿me ayudará usted a convencer a la señorita Woodhouse de que no vaya a casa de la señora Goddard hasta que tengamos la seguridad de que la enfermedad de la señorita Smith no es contagiosa? No estaré tranquilo hasta que no me prometa que no va a ir allí... ¿No quiere usted usar de su influencia para conseguir arrancarle a la señorita Woodhouse esta promesa? ¡Tanto como se preocupa por los demás -siguió diciendo- y tan poco que se cuida de sí misma! Quería que esta noche me quedara en casa para cuidarme un resfriado, y ahora no quiere prometerme que no se expondrá a contagiarse una peligrosa inflamación de garganta... ¿Le parece razonable ese proceder, señora Weston? Juzgue usted misma. ¿No tengo cierto derecho a quejarme? Estoy seguro de que es usted demasiado comprensiva para no ayudarme en esta empresa.

Emma vio la sorpresa de la señora Weston y comprendió que ésta debía de ser mayúscula ante aquellas frases, que por su sentido y por la manera en que

se habían dicho hacían suponer que el señor Elton se atribuía más derecho que nadie a interesarse por ella; y en cuanto a ella misma estaba demasiado encolerizada y ofendida para poder decir algo sobre la cuestión. Lo único que hizo fue mirarle fijamente; una mirada que creyó bastaría para devolverle el buen juicio; y luego, levantándose del sofá fue a sentarse en una silla al lado de su hermana, dedicando a ésta toda su atención.

Pero Emma no tuvo ocasión de observar el efecto que producía en el señor Elton aquel desaire, ya que inmediatamente la atención de todos se concentró en otro asunto; ya que el señor John Knightley entró en la estancia, después de haber estado observando el tiempo que hacía, y les espetó la noticia de que todo estaba cubierto de nieve y de que aún seguía nevando copiosamente entre violentas ráfagas de viento; y concluyó con estas palabras dirigidas al señor Woodhouse:

-Será un comienzo muy animado para la primera de sus visitas de este invierno. Algo nuevo para su cochero y los caballos tener que abrirse paso en medio de una tormenta de nieve.

La consternación había vuelto silencioso al pobre señor Woodhouse; pero todos los demás tenían algo que decir. Unos estaban asustados, otros no, pero todos tenían alguna pregunta que hacer o algún consuelo que ofrecer. La señora Weston y Emma intentaron animarle por todos los medios, distrayendo su atención de las palabras de su yerno, que seguía implacable en son de triunfo:

-Yo estaba admirado de su valentía -dijo- al arriesgarse a salir con un tiempo así, porque por supuesto que ya veía usted que no iba a tardar mucho en nevar. Todo el mundo veía que estaba a punto de desatarse un temporal de nieve. Su valor ha sido admirable; y confío en que podremos volver a casa sanos y salvos. Aunque nieve durante una o dos horas más, no creo que los caminos se pongan intransitables; y tenemos dos coches; si uno vuelca en el descampado del prado comunal, siempre podemos recurrir al otro. Confío en que antes de medianoche todos estaremos de regreso en Hartfield sanos y salvos.

El señor Weston, también triunfalmente, pero por otros motivos, confesaba que ya hacía rato que se había dado cuenta de que estaba nevando, pero que si no había dicho nada había sido para no intranquilizar al señor Woodhouse, que así hubiera tenido una excusa para irse en seguida. En cuanto a lo de que hubiera caído o estuviera a punto de caer tanta nieve que impidiera su regreso, no era más que una broma; lo que temía era que no encontraran dificultades para regresar. Lo que él deseaba era que los caminos fuesen impracticables para poder retenerlos a todos en Randalls; y con buena voluntad estaba seguro de que se encontraría acomodo para todo el mundo; y dijo a su esposa que suponía que estaba de acuerdo con él en que, con un poco de ingenio, podía alojarse a todo el mundo, lo cual ella lo cierto es que no sabía cómo iba a conseguirse, ya que sabía que en la casa no había más que dos habitaciones sobrantes.

-¿Qué vamos a hacer, querida Emma... qué vamos a hacer? -fue la primera exclamación del señor Woodhouse, y todo lo que pudo decir por un buen rato.

Miró a su hija, como en demanda de auxilio; y cuando ésta le tranquilizó recordándole lo buenos que eran los caballos, la pericia de James y la confianza que debía inspirarle tener a tantos amigos a su alrededor, le reanimaron un

poco.

El susto de su hija mayor fue semejante al suyo. El horror de quedar bloqueados en Randalls mientras sus hijos estaban en Hartfield dominó su imaginación; y pensando que los caminos serían sólo transitables para gente muy decidida, pero en un estado que no admitía más demora, propuso rápidamente que su padre y Emma se quedaran en Randalls, mientras ella y su esposo se pusieran en marcha inmediatamente desafiando todas las posibles acumulaciones de nieve y temporales que pudieran salirles al paso.

-Me parece, querido, que lo mejor que podríamos hacer es que guiaras tú mismo el coche -dijo-; estoy segura de que ese modo conseguiremos llegar a casa si salimos ahora mismo; y si tropezamos con algún obstáculo insuperable, yo puedo bajar y seguir andando. No tengo ningún miedo. No me importaría ir andando la mitad del camino. Cuando llegáramos a casa me cambiaría los zapatos; ya sabes que eso es una cosa que no me da frío.

-¿De veras? -replicó su marido-. Entonces, mi querida Isabella, eso es lo más extraordinario del mundo, porque en general todo te da frío. ¡Ir andando hasta casa...! Pues me parece que llevas buen calzado para volver andando. Ni los caballos creo que puedan llegar.

Isabella se volvió hacia la señora Weston con la esperanza que aprobara su plan. La señora Weston no podía por menos de aprobarlo. Isabella entonces se volvió hacia Emma; pero Emma no se resignaba del todo a abandonar la esperanza de que todos pudieran irse; y estaban aún discutiendo la cuestión cuando el señor Knightley, que había salido de la estancia inmediatamente después de que su hermano hubiera dado las primeras noticias acerca de la nieve, regresó y les dijo que había salido para examinar de cerca la situación y que podía asegurarles que no había la menor dificultad de que regresaran a sus casas cuando quisieran, entonces o al cabo de una hora. Había ido hasta más allá de la verja y habían andado un trecho del camino en dirección a Highbury... en los lugares de mayor espesor la nieve no pasaba de media pulgada de grosor... en muchos lugares apenas había nieve suficiente para blanquear la tierra; en aquellos momentos caían unos cuantos copos, pero las nubes se estaban dispersando y todo parecía anunciar que la tormenta no tardaría en cesar. Había estado hablando con los cocheros y ambos estuvieron de acuerdo con él en que no había nada que temer.

Estas noticias fueron un gran alivio para Isabella, como lo fueron también para Emma, principalmente a causa de su padre, quien inmediatamente se tranquilizó todo lo que se lo permitieron sus nervios; pero la alarma que se había producido no le permitía seguir sintiéndose a gusto mientras continuara en Randalls. Estaba convencido de que por el momento no había ningún peligro en regresar a su casa, pero nadie podía convencerle de que no había ningún peligro en seguir allí; y mientras unos y otros seguían discutiendo sus respectivas opiniones, el señor Knightley y Emma resolvieron el caso en unas pocas frases escuetas:

-Su padre no estará tranquilo; ¿por qué no se van ustedes?

-Yo estoy dispuesta si los otros me siguen.

-¿Quiere que llame a los criados?

-Sí, por favor.

Sonó la campanilla y se dieron órdenes para que se dispusieran los coches. Al cabo de unos minutos Emma pensó con alivio que no tardarían en dejar en su casa al fastidioso acompañante que había tenido aquella noche -tal vez allí recuperaría la sensatez y la serenidad-, mientras que su cuñado volvería a su estado normal de calma y equilibrio una vez terminada aquella ardua visita.

Llegaron los coches; y el señor Woodhouse, siempre la persona más solícitamente cuidada en tales ocasiones, fue acompañado hasta el suyo por el señor Knightley y el señor Weston; pero nada de lo que uno y otro le dijeron pudo evitar que volviera a asustarse un poco al ver la nieve que había caído y al darse cuenta de que la noche era mucho más oscura de lo que él había supuesto.

-Me temo que vamos a tener un mal viaje de regreso. No quisiera que la pobre Isabella se asustase. Y la pobre Emma, que vendrá en el coche de atrás. No sé qué es lo mejor que podríamos hacer. Los dos coches tendrían que ir tan cerca el uno del otro como fuera posible.

Hablaron con James y le ordenaron que fuera muy despacio y que esperara al otro coche.

Isabella subió detrás de su padre; John Knightley, olvidando que él no pertenecía a aquel grupo, subió con toda naturalidad detrás de su esposa; de modo que Emma se encontró escoltada y seguida hasta el segundo coche por el señor Elton, dándose cuenta de que la puerta iba a cerrarse tras ellos y de que iban a hacer el viaje solos. Antes de que se despertaran las sospechas de aquella noche con el fastidioso incidente de poco antes, a Emma el viaje le hubiera resultado agradable; ella le hubiera hablado de Harriet, y los tres cuartos de milla le hubieran parecido apenas un cuarto. Pero ahora hubiera preferido que la situación hubiese sido otra. Tenía la impresión de que su acompañante había abusado del excelente vino del señor Weston, y tenía la seguridad de que no dejaría de decir necedades impertinentes.

Para imponerle el máximo respeto posible con la frialdad de sus modales, se dispuso inmediatamente a hablarle con extremada calma y seriedad del tiempo y de la noche; pero apenas había empezado, apenas habían traspuesto la verja en pos del otro coche, cuando el señor Elton le quitó la palabra de la boca, le cogió la mano, solicitó su atención y empezó a declararle su apasionado amor; aprovechando aquella oportunidad inmejorable, le manifestó «sentimientos que debían de ser ya bien conocidos de ella», su esperanza, su temor, su adoración... Estaba dispuesto a morir si ella le rechazaba...; pero confiaba en que lo profundo de su afecto, lo insuperado de su amor, lo ardiente de su pasión, tenían que encontrar cierta correspondencia en ella, y, en resumen, le proponía que le aceptase formalmente tan pronto como fuera posible. Así estaban las cosas. Sin ningún escrúpulo, sin ninguna excusa, sin que al parecer se sintiera responsable de la menor infidelidad, el señor Elton, el enamorado de Harriet, estaba declarándose a Emma. Ésta intentó pararle los pies; pero fue en vano; él estaba dispuesto a seguir adelante y a decirlo todo. A pesar de lo enojada que estaba, al pensar en la situación en que se veía le hizo contenerse al responderle. Pensaba que por lo menos la mitad de aquella locura debía atribuirse a la embriaguez, y que por lo tanto era de esperar que fuese algo

pasajero. Así, en un tono entre grave y burlón que confiaba sería más adecuado para su turbio estado mental, replicó:

-Me asombra usted, señor Elton. ¿Es a mí a quien se dirige usted? Se está usted confundiendo... me está tomando por mi amiga... si tiene algún recado para la señorita Smith, se lo transmitiré muy gustosa; pero, por favor, recuerde que yo no soy ella.

-¿La señorita Smith? ¿Un recado para la señorita Smith? ¿Qué quiere usted decir?

Y repetía las palabras de ella con tal convicción, dando muestras de tal estupor, que Emma no pudo por menos que replicar con viveza:

-Señor Elton, su proceder es totalmente inexplicable. Y sólo puedo justificarlo de un modo: no está usted en su sano juicio; de lo contrario no me hablaría de esta manera, ni aludiría a Harriet como acaba de hacerlo. Domínese y no diga nada más, y yo intentaré olvidar sus palabras.

Pero el vino que había bebido el señor Elton le había dado ánimos, pero no le había enturbiado la cabeza. Sabía perfectamente lo que estaba diciendo; y después de protestar con vehemencia, considerando como altamente ofensivas las sospechas de Emma, y de aludir aunque muy de pasada al respeto que le merecía la señorita Smith... aunque afirmando que no podía por menos de asombrarse de que se la mencionase en aquellos momentos, volvió a insistir sobre su gran amor, apremiando a la joven para que le diese una respuesta favorable.

Emma se iba dando cuenta de que las palabras de su interlocutor más que a la embriaguez eran debidas a la inconstancia y a la presunción; y haciendo ya menos esfuerzos para ser cortés, replicó:

-Ya me es imposible seguir dudando. Se ha manifestado usted tal cual es. Señor Elton, no encuentro palabras para expresar mi asombro. Después de su proceder, del que yo he sido testigo, durante este último mes, respecto a la señorita Smith... después de las atenciones que yo he visto día a día, como usted le prodigaba... dirigirse a mí con estas pretensiones, le aseguro que me parece una falta de formalidad que nunca hubiera creído posible en usted. Créame que no puedo estar más lejos de congratularme de ser el objeto de su interés.

-¡Santo Cielo! -exclamó el señor Elton-. Pero ¿qué quiere usted decir con esto? ¡La señorita Smith! En ningún momento de mi vida he pensado en la señorita Smith... jamás le he prestado la menor atención... a no ser como amiga de usted; nunca he manifestado el menor interés por ella excepto por el hecho de ser amiga de usted. Si ella ha creído otra cosa, han sido sus propias ilusiones las que la han engañado, y yo lo lamento mucho... muchísimo. Pero la verdad es que la señorita Smith... ¡Oh, señorita Woodhouse! ¿Quién puede pensar en la señorita Smith cuando se tiene cerca a la señorita Woodhouse? No, le doy mi palabra de honor de que no se trata de una falta de formalidad. Yo sólo he pensado en usted. Le aseguro que nunca he prestado la menor atención a nadie más. Desde hace ya muchas semanas, todo lo que yo hacía o decía no tenía otro objeto que manifestar mi adoración por usted. ¡No puede usted ponerlo en duda! ¡No!... -en un tono que pretendía ser insinuante- y estoy seguro de que

usted se ha dado cuenta de ello y me ha comprendido...

Sería imposible describir cuáles eran los sentimientos de Emma al escuchar todo esto... que le producía una enojosa sensación de disgusto y contrariedad. Quedó demasiado abrumada para poder darle una respuesta inmediata, y la breve pausa de silencio que siguió dio nuevos ánimos al exaltado señor Elton, quien intentó volver a cogerle la mano mientras exclamaba jubilosamente:

-¡Encantadora señorita Woodhouse! Permítame que interprete este significativo silencio, con el que usted reconoce que hace ya mucho tiempo que me había comprendido.

-¡No! -exclamó Emma-. Este silencio no reconoce semejante cosa. No sólo no he podido estar más lejos de comprenderle a usted, sino que hasta este mismo momento había estado completamente equivocaba respecto a sus intenciones. Y por lo que a mí se refiere, lamento muchísimo que haya estado alimentando esas esperanzas... Porque nada podía ser más contrario a mis deseos... El afecto que demostraba tener a mi amiga Harriet... el modo en que le hacía la corte (por lo menos así lo parecía), me causaban un gran placer, y le deseaba de todo corazón el mayor éxito; pero si hubiera supuesto que lo que le atraía en Hartfield no era ella, inmediatamente hubiera pensado que se equivocaba usted al visitarnos con tanta frecuencia. ¿Tengo que creer que jamás ha sentido usted ningún interés particular por la señorita Smith? ¿Que nunca ha pensado seriamente en ella?

-¡Nunca! -exclamó él, sintiéndose ofendido a su vez-; nunca, se lo aseguro. ¡Yo, pensar seriamente en la señorita Smith! La señorita Smith es una joven excelente; y me alegraría mucho verla bien casada. Yo le deseo toda clase de venturas; y sin duda hay hombres que no tendrían nada que objetar a... Pero no creo que esté a mi altura; me parece que puedo aspirar a algo mejor. ¡No tengo porqué pensar que no voy a poder casarme con alguien de mi misma posición como para tener que dirigirme a la señorita Smith! No... mis visitas a Hartfield no tenían otro objetivo que usted; y como allí se me alentaba...

-¿Que se le alentaba? ¿Que yo le alentaba? Me temo que se haya usted equivocado por completo al suponer semejante cosa. Yo sólo le consideraba como un admirador de mi amiga. Bajo cualquier otro punto de vista, no hubiera podido ser usted más que un conocido como cualquier otro. Lo lamento muy de veras; pero es mejor que se haya aclarado este error. De haber continuado como hasta ahora la señorita Smith hubiera podido llegar a interpretar mal sus intenciones; probablemente sin advertir, como tampoco lo había advertido yo, la gran desigualdad a la que usted da tanta importancia. Pero, una vez aclarado el asunto, todo se reduce a una decepción por parte de usted, que, confío, no durará mucho. Por el momento no tengo la menor intención de casarme.

Él estaba demasiado enojado para contestar; y el tono de Emma había sido demasiado cortante para invitar a nuevas súplicas; y ambos irritados y ofendidos, y profundamente molestos el uno con el otro, tuvieron que seguir juntos durante unos minutos más, ya que los temores del señor Woodhouse les obligaban a ir a un paso muy lento. De no haber estado tan encolerizados, la situación hubiese sido muy embarazosa, pero la intensidad de sus emociones no daba lugar a los pequeños zigs-zags de este estado de ánimo. El coche enfiló el

callejón de la Vicaría y se detuvo, y ellos inesperadamente se encontraron delante de la puerta de la casa del señor Elton, quien bajó sin pronunciar ni una palabra... A Emma le pareció indispensable desearle buenas noches; y él se limitó a corresponder a la cortesía fría y orgullosamente; y la joven, presa de una indescriptible turbación, siguió su camino hasta Hartfield.

Allí fue acogida con grandes muestras de alegría por su padre, quien temblaba de miedo al pensar en los peligros que podía representar el que viniera sola desde el callejón de la Vicaría... y el doblar aquella esquina cuya sola idea le horrorizaba... y todo ello con el coche conducido por manos extrañas... por un cochero cualquiera... no por James; y pareció como si todos esperaran su regreso para que todo empezara a marchar perfectamente; ya que el señor John Knightley, avergonzado de su mal humor de antes, ahora se deshacía en amabilidades y atenciones; mostrándose particularmente solícito con su suegro, hasta el punto de parecer -ya que no dispuesto a tomar con él un bol de avenate- por lo menos totalmente comprensivo respecto a las grandes virtudes de esta bebida; y así fue cómo el día concluyó en paz y sosiego para toda la familia, excepto para Emma... que se hallaba tan turbada y nerviosa que tuvo que hacer un gran esfuerzo por mostrarse alegre y fingir que prestaba atención a lo que se decía; hasta que al llegar la hora en que como de costumbre todos se retiraron a descansar, pudo permitirse el alivio de reflexionar con calma.

CAPÍTULO XVI

UNA vez rizado el cabello y despedida la criada, Emma se puso a meditar en sus desventuras... ¡La verdad es que todo había salido mal! Todos sus planes deshechos, todas sus esperanzas frustradas ¡y de qué modo! ¡Qué golpe para Harriet! Eso era lo peor de todo. Todas las circunstancias de aquella cuestión eran penosas y humillantes por un motivo u otro; pero comparándolo con el mal que se había hecho a Harriet, lo demás carecía de importancia; y Emma hubiera aceptado gustosa haberse equivocado aún más -haberse hundido aún más en el error-, tenerse que reprochar una falta de criterio aún mayor, con tal de que ella fuera la única que pagase por sus torpezas.

-Si yo no hubiese convencido a Harriet para que se inclinara hacia él, ahora me sería más fácil sobrellevarlo todo. Él quizás hubiera redoblado sus pretensiones respecto a mí... pero ¡pobre Harriet!

¡Cómo podía haber estado tan ciega! Y él aseguraba que nunca había pensado seriamente en Harriet... ¡nunca! Intentó recapitular lo ocurrido en aquellas semanas; pero todo lo veía confuso. Supuso que tenía una idea fija y que había hecho que todo lo demás se acomodara a su prejuicio. Sin embargo, el modo de comportarse del señor Elton forzosamente tenía que haber sido ambiguo, incierto, poco claro, o de lo contrario ella no hubiera podido equivocarse tanto.

¡El cuadro! ¡Cómo se había interesado por aquel cuadro! ¡Y la charada! Y cien detalles más...; ¡todos parecían apuntar tan claramente a Harriet...! Desde luego que la charada con aquello del «ingenio»... aunque por otra parte lo de los

«dulces ojos»... El hecho era que aquello podía decirse de cualquiera; era un embrollo de mal gusto y sin gracia. ¿Quién hubiera podido sacar algo en claro de aquella tontería tan insípida?

Claro está que a menudo, sobre todo últimamente, Emma había notado que sus modales para con ella eran innecesariamente galantes; pero lo había considerado como una rareza suya, como una de sus exageraciones, una muestra más de su falta de tacto, de buen gusto, una prueba más de que no siempre había alternado con la mejor sociedad; que a pesar de lo cortés de su trato a veces ignoraba lo que era la verdadera distinción; pero hasta aquel mismo día, nunca ni por un momento había imaginado que todo aquello significaba algo más que un respeto agradecido como amiga de Harriet.

Debía al señor John Knightley el primer vislumbre de la verdadera situación, la primera noticia de que aquello era posible. Era innegable que ambos hermanos tenían el juicio muy dato. Recordaba lo que el señor Knightley le había dicho en cierta ocasión acerca del señor Elton, la prudencia que le había aconsejado, la seguridad que tenía de que el señor Elton no renunciaría a una boda ventajosa; y Emma se sonrojaba al pensar que aquellas opiniones demostraban un conocimiento mucho mayor del carácter de aquella persona que a lo que ella había llegado. Era algo terriblemente mortificante; pero el señor Elton en muchos aspectos demostraba ser todo lo contrario de lo que ella había creído; orgulloso, arrogante, lleno de vanidad; muy convencido de sus propias excelencias, y muy poco preocupado por los sentimientos de los demás.

Contrariamente a lo que suele ocurrir, el señor Elton al querer rendir homenaje a Emma había perdido toda estimación ante los ojos de la joven. Su declaración de amor y sus proposiciones no le sirvieron de nada. Ella no se sintió halagada por esta predilección, y sus pretensiones le ofendieron. El señor Elton quería hacer una boda ventajosa y tenía el atrevimiento de poner los ojos en ella, de fingir que estaba enamorado; pero de lo que estaba totalmente segura es de que su decepción no sería muy profunda, ni había por qué preocuparse por ella. Ni en sus palabras ni en su manera de actuar había verdadero afecto. Gran abundancia de suspiros y de palabras bonitas; pero Emma apenas podía concebir expresiones, un tono de voz que tuviesen menos que ver con el amor verdadero. No tenía por qué preocuparse por compadecerle. Lo único que él quería era medrar y enriquecerse; y si la señorita Woodhouse de Hartfield, la heredera de treinta mil libras anuales de renta, no era tan fácil de conseguir como él había imaginado, no tardaría en probar fortuna con otra joven que sólo tuviera veinte mil, o diez mil.

Pero... que él hablara de que Emma le había «alentado», que le supusiera enterada de sus intenciones, aceptando sus deferencias, en resumen, consintiendo en casarse con él... ¡Eso significaba que creía que ambos eran iguales en posición social y en inteligencia! Que miraba por encima del hombro a su amiga, distinguiendo cuidadosamente entre las categorías sociales que estaban por debajo de la suya, y que era tan ciego para todo lo que estaba por encima de él como para imaginarse que poner los ojos en ella no era ningún atrevimiento excesivo... En fin, ¡era algo indignante!

Tal vez no tenía derecho a esperar que él comprendiera el abismo que les

separaba en talento natural y en delicadezas de espíritu. La simple ausencia de esta igualdad impedía que se diera cuenta de ello; pero lo que sí debía saber era que en fortuna y en posición social ella estaba muy por encima. Debía saber que los Woodhouse, que procedían de la rama segundona de una antiquísima familia, se hallaban instalados en Hartfield desde hacía varias generaciones... y que los Elton no eran nadie. Ciertamente que las tierras que dependían de Hartfield no eran de una gran extensión, ya que constituían sólo como una especie de mella de la heredad de Donwell Abbey, a la que pertenecía todo el resto de Highbury; pero su fortuna, que procedía de otras fuentes, les situaba en una posición que sólo cedía en importancia a la de los propietarios de la misma Donwell Abbey; y los Woodhouse hacía ya tiempo que eran considerados como una de las familias más distinguidas y estimadas de aquellos contornos, a los que el señor Elton había llegado hacía menos de dos años para abrirse camino como pudiera, sin contar con otras amistades que comerciantes, y sin otra recomendación que su cargo y sus maneras corteses.

Pero había llegado a imaginar que Emma estaba enamorada de él; evidentemente eso había sido lo que le dio confianza; y tras haber fantaseado un poco pensando en la poca adecuación que a veces existía entre unos modales corteses y una mente vanidosa, Emma, con toda honradez se vio obligada a hacer alto y a admitir que se había mostrado con él tan complaciente y tan amable, tan llena de cortesías y de atenciones (suponiendo que él no se hubiese dado cuenta de cuál era el verdadero móvil que la guiaba) que podía autorizar a un hombre cuyas dotes de observación y buen criterio no eran excesivos, como era el caso del señor Elton, a imaginarse que ella le distinguía con sus preferencias. Si Emma se había engañado de tal modo acerca de los sentimientos del joven, no tenía mucho derecho a extrañarse de que él, cegado por el interés, también hubiera interpretado mal las intenciones de ella.

El primer error y el más grave de todos lo había cometido ella. Era un disparate, una gran equivocación empeñarse en casar a dos personas. Era ir demasiado lejos, hacer algo que no le incumbía, convertir en frívolo algo que debería ser serio, en artificioso lo que debería ser natural. Estaba muy preocupada por todo aquello y sentía vergüenza de sí misma, y decidió no volver nunca más a hacer nada parecido.

«He sido yo -se decía a sí misma- quien ha convencido a la pobre Harriet para que se sintiera atraída por ese hombre. Si no hubiera sido por mí, nunca hubiera pensado en él; y desde luego nunca hubiera pensado en él alimentando esperanzas si yo no le hubiese asegurado que el señor Elton se interesaba por ella, porque Harriet es tan modesta y humilde como yo creía que era él. ¡Oh! ¡Si me hubiera contentado con convencerla de que no aceptase al joven Martin! En eso sí que no me equivoqué. Hice bien; pero tendría que haberme conformado con eso y dejar que el tiempo y la suerte hicieran lo demás. Yo la estaba introduciendo en la buena sociedad y dándole ocasión de que alguien de más categoría se sintiera atraído por ella; no debería haber intentado nada más. Pero ahora, pobre muchacha, se le acabó el sosiego durante algún tiempo. Sólo he sido buena amiga a medías; pero es que aparte de la decepción que ahora pueda tener, no se me ocurre nadie más que pueda convenirle del todo...

¿William Cox...? ¡Oh, no! A William Cox no puedo soportarle... un abogadillo presuntuoso...»

Se detuvo para sonrojarse y se echó a reír al ver cómo reincidía; pero en seguida se puso a reflexionar más seriamente, aunque con menos optimismo, acerca de lo que había ocurrido y lo que podía y debía ocurrir. La penosa explicación que tenía que dar a Harriet y todo lo que iba a sufrir la pobre Harriet, además de lo violentas que iban a ser para las dos las futuras entrevistas, las dificultades de seguir con aquella amistad o de romper, de dominar su pena, disimular su resentimiento y evitar que se supiera todo aquello, bastaron para ocuparla en melancólicas reflexiones durante algún tiempo más, y por fin se acostó sin haber decidido nada, pero convencida de haber cometido una terrible equivocación.

Emma, con su temperamento juvenil y espontáneamente alegre, con la llegada del nuevo día no podía dejar de sentirse animosa de nuevo, a pesar de los sombríos pensamientos que la habían dominado la noche anterior. La juventud y alegría de la mañana parecían corresponder a las de su espíritu, y ejercían sobre él una poderosa influencia; y si sus cuitas no habían sido lo suficientemente graves como para impedirle cerrar los ojos, éstos al abrirse hallaron sin duda las cuitas más aliviadas y las esperanzas más luminosas.

Por la mañana Emma se levantó mejor dispuesta para encontrar soluciones de lo que se había acostado, más resuelta a ver con buen ánimo los problemas que tenía que afrontar, y con más confianza para salir airosa de ellos.

Era un gran alivio que el señor Elton no estuviese realmente enamorado de ella y que no fuera una persona de extremada delicadeza a quien sentía tener que causar una decepción... que Harriet no tuviera tampoco una de esas sensibilidades superiores en las que los sentimientos son más intensos y duraderos... y que no hubiera necesidad de que nadie más se enterara de lo que había pasado, que todo quedara entre ellos tres, y sobre todo que su padre no tuviera ni un momento de preocupación por todo aquello.

Éstos eran pensamientos muy alentadores; y la espesa capa de nieve que cubría la tierra vino también en su ayuda, ya que en aquellos momentos cualquier cosa que pudiese justificar el que los tres se mantuvieran totalmente alejados los unos de los otros debía ser bien acogida.

Así pues, el tiempo le era francamente favorable; a pesar de ser día de Navidad no podía ir a la iglesia. El señor Woodhouse se hubiese preocupado mucho si su hija lo hubiera intentado, y por lo tanto Emma se evitaba así el suscitar o revivir ideas desagradables y deprimentes. Como la nieve lo cubría todo y la atmósfera se hallaba en este estado inestable entre la helada y el deshielo, que es el que menos invita a estar al aire libre, y como cada mañana empezaba con lluvia o nieve y al atardecer volvía a helar, durante muchos días Emma tuvo el mejor pretexto para considerarse como prisionera en su casa. No podía comunicarse con Harriet más que por escrito; no podía ir a la iglesia ningún domingo, igual que el día de Navidad; y no necesitaba dar ninguna excusa para justificar la ausencia del señor Elton.

El tiempo que hacía explicaba perfectamente que todo el mundo se encerrara en su casa; y aunque Emma confiaba, y casi estaba segura de ello, que el señor

Elton se consolaría con el trato de alguna otra persona, era muy tranquilizador ver que su padre se hallaba tan convencido de que el vicario no se movía de su casa, y de que era demasiado prudente para exponerse a salir; y oírle decir al señor Knightley, a quien ningún tiempo podía impedir que les visitara:

-¡Ah, señor Knightley! ¿Por qué no se queda usted en su casa como el pobre señor Elton?

Aquellos días de reclusión fueron muy gratos para todos -excepto para Emma, que seguía con sus íntimas vacilaciones- ya que este tipo de vida era muy del agrado de su cuñado, cuyo estado de ánimo era siempre de gran importancia para los que le rodeaban; el señor Knightley, además de haber dejado todo su mal humor en Randalls, durante el resto de su estancia en Hartfield no había dejado de mostrarse amable y contento. Estaba siempre lleno de cordialidad y de deferencias, y hablaba bien de todo el mundo. Pero a pesar de sus esperanzas optimistas y del alivio que le proporcionaba aquella tregua, Emma se sentía amenazada por la idea de que tarde o temprano tendría que dar una explicación a Harriet, y ello hacía imposible que la joven se sentía totalmente tranquila.

CAPÍTULO XVII

EL señor y la señora John Knightley no se quedaron en Hartfield por mucho tiempo más. El tiempo no tardó en mejorar lo suficiente para que pudieran irse los que tenían que hacerlo; y el señor Woodhouse, como de costumbre, después de haber intentado convencer a su hija para que se quedara con todos los niños, tuvo que ver partir a toda la familia y volver a sus lamentaciones sobre el destino de la pobre Isabella... la pobre Isabella que se pasaba la vida rodeada de personas a quienes adoraba, ensalzando sus virtudes y sin ver ninguno de sus defectos, y siempre inocentemente atareada, podía considerarse como un verdadero modelo de felicidad femenina.

Al atardecer del mismo día en que ellos se fueron, llegó una nota del señor Elton para el señor Woodhouse, una larga, cortés y ceremoniosa nota, en la cual, en medio de los mayores cumplidos, el señor Elton anunciaba «que al día siguiente por la mañana se proponía salir de Highbury para dirigirse a Bath, en donde, correspondiendo a las reiteradas invitaciones de unos amigos, se había comprometido a pasar unas cuantas semanas, y lamentaba infinitamente que, debido a una serie de circunstancias derivadas del mal tiempo y de sus ocupaciones, le fuera imposible despedirse personalmente del señor Woodhouse, de cuyas amables atenciones guardaría siempre un grato recuerdo... y en caso de que el señor Woodhouse tuviera algún encargo que darle, lo cumpliría con mucho gusto...»

Emma tuvo una agradabilísima sorpresa... La ausencia del señor Elton precisamente en aquellos días era lo mejor que hubiera podido desear. Le quedó agradecida por habérsele ocurrido la idea de marcharse, pero lo que ya no le parecía tan bien era el modo en que anunciaba su partida. No podía haber mostrado su resentimiento de un modo más claro que limitándose a ser cortés

para con su padre, sin citarla a ella para nada. Ni siquiera la mencionaba en los cumplidos con que empezaba la carta... Su nombre no aparecía por ninguna parte... Y todo ello implicaba un cambio de actitud tan acusado, y la despedida, llena de amables frases de gratitud, respiraba tal énfasis que al principio Emma pensó que no dejaría de despertar sospechas en su padre.

Y sin embargo no fue así... Su padre estaba demasiado absorto por la sorpresa que le produjo un viaje tan inesperado, y por sus temores de que el señor Elton no pudiese llegar sano y salvo, y no encontró extraño el tono de la carta; que por otra parte les fue muy útil, ya que les proporcionó un nuevo tema de reflexión y conversación durante todo el resto de aquella solitaria velada. El señor Woodhouse hablaba de sus temores, mientras que Emma, con su habitual solicitud, hacía todo lo posible por desvanecerlos.

Emma decidió por fin informar a Harriet de lo ocurrido. Según sus noticias ya casi se había recuperado del todo de su resfriado, y era preferible que tuviera el mayor tiempo posible para rehacerse de su otro mal antes de que regresara el señor Elton. Así pues, al día siguiente se dirigió a casa de la señora Goddard para tener aquella penosa y necesaria explicación; era forzoso que fuera un momento difícil... Tenía que destruir todas las esperanzas que ella misma había estado alimentando con tanto afán... mostrarse en el ingrato papel de la que había sido preferida... y reconocer que se había equivocado totalmente y que todas sus ideas sobre aquella cuestión habían sido erróneas, como todas sus observaciones, todas sus convicciones, todos los augurios que ella había hecho durante las últimas seis semanas.

La confesión renovó por completo en Emma el sonrojo de unos días atrás... y al ver las lágrimas de Harriet pensó que aquello nunca podría perdonárselo.

Harriet aceptó la realidad con mucho temple... sin hacer ningún reproche a nadie... y demostrando en todos los detalles un candor y una modestia que en aquellos momentos tenían un gran valor ante los ojos de su amiga.

Emma estaba en una buena disposición de ánimo para apreciar hasta el máximo la sencillez y la modestia; y todo lo que era afecto y comprensión, todo lo que debería resultar tan atractivo, le parecía estar de parte de Harriet, no de la suya. Harriet no se creía con derecho a quejarse de nada. Ganarse el afecto de un hombre como el señor Elton le parecía una distinción demasiado grande para ella... Nunca hubiera podido ser digna de él... Y nadie, excepto una amiga tan parcial y tan cariñosa como la señorita Woodhouse hubiera pensado que tal cosa fuera posible.

Derramó abundantes lágrimas... pero su aflicción era tan auténtica, tan poco afectada, que ninguna otra actitud hubiera podido impresionar más a Emma... y la escuchaba e intentaba consolarla recurriendo a todo su afecto y a toda su inteligencia... aquella vez realmente convencida de que Harriet era muy superior a ella... y que de parecerse más a su amiga conseguiría más bienestar y felicidad de lo que podrían proporcionarle todo su talento y toda su sensibilidad.

Quizá ya era demasiado tarde para proponerse ser ingenua y candorosa; pero Emma se separó de su amiga reafirmándose en su anterior propósito de ser humilde y discreta, y de refrenar su imaginación durante todo el resto de su vida. Ahora su segundo deber, inferior tan sólo a las obligaciones que tenía para con

su padre, era el de procurar el bienestar de Harriet y demostrarle su afecto por algún otro medio mejor que el de prepararle una boda. Se la llevó a Hartfield, dándole continuas pruebas de su cariño y esforzándose por distraerla y hacer que se divirtiese, y valiéndose de la conversación y de la lectura para apartar de sus pensamientos al señor Elton.

Ya sabía que era preciso que transcurriera tiempo para lograr lo que se proponía; y Emma se daba cuenta de que no era la más indicada para opinar sobre esas cuestiones en general ni para compenetrarse demasiado con alguien que se sintiera atraída por el señor Elton en concreto; pero le parecía lógico pensar que a la edad de Harriet, y una vez extinguida toda esperanza, para cuando regresara el señor Elton podía haberse llegado ya a un cierto estado de serenidad que permitiera a ambos volver a encontrarse en la común rutina de la amistad sin ningún peligro de delatar sus sentimientos ni de acrecentarlos.

Harriet le consideraba_ como un hombre totalmente perfecto, y seguía sosteniendo que no podía existir nadie que pudiera comparársele ni física ni moralmente... y la verdad es que demostraba estar mucho más enamorada de lo que Emma había previsto; pero, a pesar de todo, le parecía una cosa tan natural, tan inevitable tener que luchar contra una inclinación no correspondida de aquella clase, que no suponía que pudiera seguir siendo tan intensa durante mucho más tiempo.

Si el señor Elton a su regreso manifestaba su indiferencia de un modo evidente e inequívoco, como Emma no dudaba que tendría interés en hacer, no creía que Harriet siguiese- empeñada en cifrar su felicidad en verle o recordarle.

El hecho de que los tres estuvieran tan arraigados, tan profundamente arraigados en el mismo lugar, era un mal para todos y cada uno de ellos. Ninguno de los tres podía cambiar de residencia ni cabía otra posibilidad de elección en el trato social. Era inevitable que se encontraran unos con otros, y tenían que componérselas como pudieran.

Harriet además tenía poca suerte por el ambiente que había entre sus compañeras del pensionado de la señora Goddard, ya que el señor Elton era objeto de adoración por parte de todas las maestras y alumnas mayores de la escuela; y Hartfield era el único lugar en donde podía tener ocasión de oír hablar de él con fría serenidad o con crudo realismo. Donde se había producido la herida allí debía ser curada, si es que era posible; y Emma se daba cuenta de que hasta que no viese a su amiga en vías de curación no podría recuperar la verdadera paz.

CAPÍTULO XVIII

EL señor Frank Churchill no se presentó. Cuando el tiempo señalado se fue acercando, los temores de la señora Weston se vieron justificados con la llegada de una carta de excusa. Por el momento, «con gran pesar y contrariedad por su parte», le era imposible visitarles; pero «confiaba en que más adelante, al cabo de no mucho tiempo, pudiera ir a Randalls».

La señora Weston tuvo un gran disgusto... de hecho un disgusto mucho mayor

que el de su esposo, a pesar de que siempre joven; pero los temperamentos muy vehementes, aun cuando siempre ponen demasiadas esperanzas en el futuro, no siempre al sentirse defraudados experimentan una depresión de ánimo proporcionada a sus ilusiones fallidas. Pronto se olvidan de su decepción, había tenido mucha menos confianza. que él en llegar a ver al y vuelven a alimentar nuevas esperanzas. El señor Weston permaneció desconcertado y apenado durante media hora; pero luego empezó a pensar que si Frank les visitaba al cabo de dos o tres meses todo sería mejor; la estación del año sería mejor y el tiempo también; y que, sin ninguna clase de dudas, entonces podría quedarse con ellos mucho más tiempo que si hubiese venido por enero.

Tales pensamientos le devolvieron rápidamente el buen humor, mientras que la señora Weston, que tendía más a la desconfianza, sólo preveía nuevas disculpas y nuevos aplazamientos; y además de la preocupación que sentía por lo que su esposo iba a sufrir, sufría también mucho más por ella misma.

En aquellos días Emma no estaba en disposición de preocuparse demasiado porque el señor Frank Churchill aplazara su visita, a no ser por la contrariedad que ello causaba en Randalls. Ahora no tenía ningún interés especial en conocerle. Prefería estar tranquila y alejarse de la tentación; pero, a pesar de esto, como prefería mostrarse delante de todos como si nada hubiese ocurrido, no dejó de manifestar tanto interés por el hecho, y de intentar aliviar la decepción de los Weston, como debía corresponder a la amistad que les unía.

Ella fue la primera en anunciarlo al señor Knightley; y se lamentó todo lo que era de esperar (o tal vez, por estar fingiendo, algo más de lo que era de esperar) el proceder de los Churchill, al retener al joven con ellos. Luego hizo una serie de comentarios en los que puso más interés del que en realidad sentía acerca de lo beneficioso que sería la incorporación de un joven como él a una sociedad tan limitada como la del condado de Surrey; la ilusión que produciría el ver una cara nueva; la fiesta que sería para todo Highbury su sola presencia; y terminó haciendo nuevas reflexiones sobre los Churchill, lo cual le llevó a disentir abiertamente de la opinión del señor Knightley; y con íntimo regocijo por su parte se dio cuenta de que estaba defendiendo todo lo contrario de su verdadera opinión, y utilizando contra sí misma los argumentos de la señora Weston.

-Es muy probable que los Churchill tengan parte de culpa -dijo el señor Knightley fríamente-; pero estoy casi seguro de que él hubiese podido venir si hubiera querido.

-No sé por qué supone usted eso. £1 siente grandes deseos de venir; son su tío y su tía los que no le dejan.

-Yo no puedo creer que si él se empeña no le sea posible venir. Es demasiado inverosímil creer una cosa así sin tener ninguna prueba.

-¡Qué extraño es usted! ¿Qué ha hecho el señor Frank Churchill para hacerle suponer que es un hijo desnaturalizado?

-Yo no supongo que sea un hijo desnaturalizado, ni muchísimo menos; lo único que digo es que sospecho que le han enseñado a creerse que está por encima de sus parientes y a preocuparse muy poco de todo lo que no le represente un placer, por haber vivido con unas personas que siempre le han dado ejemplo de esto. Es mucho más natural de lo que fuera de desear que un joven criado entre

personas que son orgullosas, amantes de la vida regalada y egoístas, sea también orgulloso, amante de la vida regalada y egoísta. Si Frank Churchill hubiese querido ver a su padre se las hubiera ingeniado para venir entre setiembre y enero. Un hombre a su edad... ¿Qué edad tiene? ¿Veintitrés o veinticuatro años?... A esa edad no puede dejar de contar con recursos para hacer una cosa así. No es posible.

-Eso es fácil de decir, y usted que nunca ha dependido de nadie lo encuentra muy natural. Usted, señor Knightley, es quien menos puede opinar sobre las dificultades que surgen cuando dependemos de alguien. No sabe lo que es tener que habérselas con ciertos caracteres.

-Es inconcebible que un hombre de veintitrés o veinticuatro años carezca de libertad moral o física para hacer una cosa así. Dinero no le falta... y tiempo libre tampoco. Por el contrario, sabemos que dispone en abundancia de ambas cosas y que las despilfarra alegremente como uno de los mayores holgazanes del reino. Continuamente oímos decir de él que está en tal o cual balneario. Hace poco estaba en Weymouth. Eso demuestra que puede separarse de los Churchill cuando quiere.

-Sí, hay ocasiones en que puede.

-Y estas ocasiones son siempre que cree que vale la pena; siempre que se siente atraído por alguna diversión.

-No podemos juzgar la conducta de nadie sin conocer íntimamente su situación. Nadie que no haya vivido en el seno de una familia puede decir cuáles son las dificultades con que puede encontrarse cualquiera de los miembros de esta familia. Tendríamos que conocer Enscombe, y además el carácter de la señora Churchill, antes de decidir acerca de lo que puede hacer su sobrino. Probablemente habrá ocasiones en las que podrá hacer muchas más cosas que en otras.

-Emma, hay algo que un hombre siempre puede hacer si quiere: cumplir con su deber; no valiéndose de artimañas y de astucia, sino sólo con energía y decisión. El deber de Frank Churchill es dar esta satisfacción a su padre. Él sabe que es así, como lo demuestran sus promesas y sus cartas; y si tuviera verdaderos deseos, podría hacerlo. Un hombre de sentimientos rectos diría inmediatamente a la señora Churchill, de un modo sencillo y resuelto: «En beneficio suyo me encontrarán siempre dispuesto a sacrificar un gusto o un placer; pero tengo que ir a ver a mi padre inmediatamente. Sé que ahora iba a dolerle mucho una falta de consideración como ésta. Por lo tanto, mañana mismo saldré para Randalls...» Si le hubiera dicho esto en el tono decidido que corresponde a un hombre, no se hubieran opuesto a que se fuera.

-No -dijo Emma, riendo-; pero tal vez se hubieran opuesto a que volviese. No podemos hablar así de un joven que depende completamente de otros... Nadie excepto usted, señor Knightley, consideraría posible una cosa así. Pero no tiene usted idea de lo que es preciso hacer en situaciones en las que usted nunca se ha encontrado. ¡El señor Frank Churchill soltando un discurso como ése a su tío y a su tía que le han criado y que le mantienen... ! ¡De pie en medio de la habitación, supongo, y alzando la voz todo lo que pudiese! ¿Cómo puede imaginar que sea posible obrar así?

-Créame, Emma, a un hombre de corazón no le parecería demasiado difícil. Se daría cuenta de que estaba en su derecho; y el hablarles de este modo (desde luego, como debe hablar un hombre de criterio, de una manera adecuada) le sería más beneficioso, le elevaría más en su consideración, reafirmaría mejor sus intereses ante las personas de quienes depende, que toda una serie de subterfugios oportunistas. Sentirían por él no sólo afecto, sino también respeto. Se darían cuenta de que podían confiar en él; que el sobrino que cumplía su deber para con su padre, también lo cumpliría para con ellos; porque ellos saben, como lo sabe él y como todo el mundo debe de saberlo, que tiene el deber de hacer esta visita a su padre; y mientras se valen de los medios más bajos para irla aplazando, en el fondo no pueden tener la mejor opinión de él por someterse a sus caprichos. Un proceder recto inspira respeto a todo el mundo. Y si él obrara de este modo, de acuerdo con los buenos principios, con firmeza y con constancia, sus mezquinos espíritus se inclinarían ante su voluntad.

-Lo dudo. A usted le parece muy fácil hacer que se inclinen los espíritus mezquinos; pero cuando se trata de gente rica y autoritaria, esa mezquindad se hincha de tal modo que se convierte en tan poco manejable como si no lo fuera. Me imagino que si usted, señor Knightley, tal como es ahora, pudiera de repente encontrarse en la situación del señor Frank Churchill, sería capaz de decir y hacer lo que le recomienda; y es muy posible que consiguiera lo que se propone. Quizá los Churchill no supieran qué contestarle; pero es que usted no tendría que romper con unos arraigados hábitos de obediencia y de supeditación; para quien los tiene no puede ser tan fácil convertirse de pronto en una persona totalmente independiente y no hacer ningún caso de los derechos que ellos pueden reclamar para tener su gratitud y su afecto. Es posible que él se dé tanta cuenta como usted de cuál es su deber, pero que en las circunstancias concretas en que se halla no pueda obrar como usted lo haría.

-Entonces es que no se da tanta cuenta. Si no se ve con ánimos para poner los medios, es que no está tan convencido como yo de que debe hacer este esfuerzo.

-¡Oh, no! Piense en la diferencia de situación y de costumbres. Quisiera que intentara usted comprender lo que puede llegar a sentir un joven de sensibilidad al oponerse abiertamente a las personas que durante su niñez y su adolescencia siempre ha considerado como sus superiores.

-No será un joven de sensibilidad, sino un joven débil, si ésta es la primera ocasión en que tiene que llegar hasta el fin con una decisión con la que cumple con su deber contra la voluntad de otros. A la edad que tiene debería ser ya una costumbre en él el cumplir con su deber, en vez de preocuparse tanto por si es o no oportuno hacerlo. Puedo admitir los temores de un niño, no los de un hombre. A medida que iba adquiriendo uso de razón, hubiera debido despabilarse y liberarse de todo lo que fuera indigno en la autoridad que tenían sobre él. Hubiera debido oponerse a la primera tentativa de sus tíos para que desairara a su padre. Si hubiera empezado cumpliendo con su deber, ahora no tropezaría con ninguna dificultad.

-Nunca nos pondremos de acuerdo sobre esta cuestión -exclamó Emma- y no tiene nada de extraño. Yo no tengo en absoluto la impresión de que sea un

joven débil; estoy segura de que no lo es. El señor Weston no podría estar tan ciego, aun tratándose de su propio hijo; sólo que es muy probable que ese joven tenga un carácter más dócil, más condescendiente, más complaciente de lo que usted considera propio de un hombre perfecto. Estoy casi segura de que es así; y aunque eso pueda privarle de algunas ventajas, le asegura en cambio otras muchas.

-Sí; todas las ventajas de quedarse muy tranquilo en su casa cuando debería estar en otro sitio, todas las ventajas de llevar una vida de diversiones y de ociosidad, y de imaginarse extraordinariamente hábil para encontrar excusas para ello; así puede sentarse a escribir una carta preciosa y llena de floreos que contenga tantas protestas de afecto como falsedades, y convencerse a sí mismo de que ha encontrado el mejor sistema del mundo para conservar la paz dentro de casa y evitar que su padre tenga ningún derecho a quejarse. Sus cartas no me gustan en absoluto.

-Pues tiene usted gustos muy particulares. Al parecer todo el mundo las encuentra bien.

-Sospecho que a la señora Weston no le parecen tan bien. No creo que puedan ser del agrado de una mujer que tiene tan buen juicio y una inteligencia tan despierta como ella; que ocupa el lugar de una madre, pero que no está ciega por el cariño de las madres. Por ella su visita a Randalls es doblemente necesaria, y debe de sentir doblemente esa desatención. Si ella hubiera sido una persona de posición, estoy seguro de que el señor Frank Churchill ya hubiera venido a Randalls; y entonces poco valor hubiese tenido el que viniese o no. ¿Cree usted que su amiga no se ha hecho aún esas reflexiones? ¿Supone usted que a menudo no se dice todo eso para sus adentros? No, Emma, ese joven que usted cree tan «amable»[10] sólo lo es en francés, no en inglés. Puede ser muy *«aimable»,* tener muy buenos modales, ser de trato muy agradable; pero carece de lo que en inglés entendemos por delicadeza hacia los sentimientos de los demás; en él no hay nada verdaderamente *«amiable».*

-Está usted empeñado en tener muy mal concepto de él.

-¿Yo? En absoluto -replicó el señor Knightley un poco contrariado-; no tengo ningún interés en pensar mal de él. Estoy tan dispuesto a reconocer sus méritos como los de cualquier otro; pero los únicos de los que he oído hablar se refieren solamente a su persona; que es alto y apuesto, y de modales finos y de trato agradable.

-Pues aunque sólo pudiera alabársele por esto, en Highbury sería inapreciable. Aquí no tenemos muchas ocasiones de encontrar a jóvenes de buen ver, bien educados y de trato agradable. No podemos ser tan exigentes y pedir que lo tenga todo. ¿Se imagina usted, señor Knightley, la sensación que producirá su llegada? No se hablará de otra cosa en las parroquias de Donwell y Highbury; no se prestará atención a nadie más... no habrá otro objeto de curiosidad; todo el mundo tendrá los ojos puestos en el señor Frank Churchill; no pensaremos en nada más ni hablaremos de ninguna otra persona.

-Ya me disculparán porque no me deslumbre tanto como ustedes. Si me

[10] Juego de palabras intraducible: «*amiable*», en inglés, significa «afectuoso», «atento», «cariñoso»; «*aimable*», en francés, «amable», «cortés».

parece que puede cambiar, me alegraré de conocerle; pero si sólo es un mequetrefe presuntuoso y hablador, poco tiempo y pocas reflexiones voy a dedicarle.

-La idea que tengo de él es la de que sabe adaptar su conversación al gusto de cada persona, y que tiene el don y el deseo de resultar agradable a todo el mundo. A usted le hablará de cuestiones de agricultura; a mí de dibujo o de música; y así hará con todos, ya que tiene conocimientos generales sobre todos los temas que le permiten seguir una conversación o iniciarla, según requieran las circunstancias, y tener siempre algo interesante que decir sobre todas las cosas; ésta es la idea que yo me hago de él.

-Pues la mía -dijo vivamente el señor Knightley- es que si resulta ser como usted dice, será el sujeto más insoportable que hay bajo la capa del cielo... ¡Vaya...! A los veintitrés años pretendiendo ser el primero de todos, el gran hombre, el que tiene más experiencia del mundo, que sabe adivinar el carácter de cada cual y aprovecha el tema de conversación que interesa a cada uno para exhibir su propia superioridad... Que prodiga adulaciones a diestra y siniestra para que todos los que le rodean parezcan necios comparados con él... Mi querida Emma, cuando llegue el momento, su sentido común no le permitirá soportar a semejante fantoche.

-No voy a decirle nada más de él -exclamó Emma-; porque usted todo lo toma a mal. Los dos tenemos prejuicios; usted en contra y yo a favor; y no habrá modo de que nos pongamos de acuerdo hasta que lo tengamos aquí.

-¿Prejuicios? Yo no tengo prejuicios.

-Pues yo sí, y muchos, y no me avergüenzo en absoluto de tenerlos. El afecto que tengo a los señores Weston me hace tener un fuerte prejuicio en favor suyo.

-Ésta es una persona en la que apenas pienso una vez al mes -dijo el señor Knightley con un aire tan molesto que movió a Emma a cambiar inmediatamente de conversación, a pesar de que no podía comprender por qué se enojaba tanto.

Mostrar tanta aversión por un joven sólo porque parecía ser de carácter distinto al suyo era impropio de la gran amplitud de miras que Emma estaba acostumbrada a reconocer en él; porque a pesar de la elevada opinión que él tenía de sí mismo -defecto que Emma le reprochaba a menudo-, antes de entonces ella nunca hubiera supuesto ni por un momento que tal cosa le hiciera ser injusto para con los méritos de otra persona.

CAPÍTULO XIX

AQUELLA mañana Emma y Harriet habían salido a pasear juntas, y a juicio de Emma por aquel día ya habían hablado bastante del señor Elton. Consideró que para el consuelo de Harriet y la expiación de sus propias faltas no había por qué hablar más de aquel asunto; de modo que mientras regresaban hacía todo lo posible para cambiar de conversación...; pero cuando Emma creía haber logrado ya su propósito, volvió a hablarse de lo mismo, y después de hablar durante un rato de lo que los pobres debían de padecer en invierno, y de recibir por toda contestación un murmullo quejumbroso -«¡El señor Elton es tan bueno con los

pobres!»-, Emma creyó que debía buscarse otro medio de cambiar de tema.

Precisamente estaban muy cerca de la casa en que vivían la señora y la señorita Bates, y se decidió a visitarlas para ver si la compañía de otras personas distraía a Harriet. Siempre había una buena razón para hacer esta visita: la señora y la señorita Bates eran muy aficionadas a recibir gente; y Emma sabía que las escasas personas que pretendían ver imperfecciones en ella la consideraban como negligente en ese aspecto, opinando que no contribuía todo lo que debiera a los limitados placeres que podían ofrecerse en el pueblo.

El señor Knightley le había hecho muchas observaciones acerca de ello, y la propia Emma se daba cuenta también de que ésta era una de sus deficiencias... pero nada podía imponerse a la impresión de que era una visita muy poco grata... de que eran unas señoras aburridísimas... y sobre todo al horror del peligro que corría de encontrarse allí con la gente de medio pelo de Highbury, que siempre estaban visitándolas y por lo tanto raras veces se acercaba por aquella casa. Pero ahora adoptó la súbita decisión de no pasar por delante de su puerta sin entrar... observando, cuando se lo propuso a Harriet, que según sus cálculos, en aquellos días estaban completamente a salvo de una carta de Jane Fairfax.

La casa pertenecía a una familia de comerciantes. La señora y la señorita Bates ocupaban la planta de la sala de estar; y allí, en la reducida habitación que les servía de todo, los visitantes eran recibidos con gran cordialidad e incluso con gratitud; la pulcra y plácida anciana que se hallaba sentada en el rincón más caliente con su labor, quería incluso levantarse para ceder su sitio a la señorita Woodhouse, y su hija, más activa y habladora, seguía como siempre abrumándoles con atenciones y amabilidades, agradeciéndoles la visita, preocupándose por sus zapatos, interesándose vivamente por la salud del señor Woodhouse, dándoles buenas noticias acerca de la de su madre, y ofreciéndoles el pastel que había sobre el aparador.

-La señora Cole acaba de irse, vino sólo por diez minutos y ha sido tan buena que se ha quedado una hora con nosotras, y ha comido un pedazo de pastel y ha sido tan amable que nos ha dicho que le había gustado muchísimo; espero que la señorita Woodhouse y la señorita Smith querrán complacernos y también lo probarán.

Habiendo nombrado a los Cole, era inevitable que no tardaran en mencionar al señor Elton; había mucha amistad entre ellos, y el señor Cole había tenido noticias del señor Elton después de la marcha de éste. Emma sabía lo que iba a venir; les releerían la carta, se hablaría del tiempo que hacía que estaba ausente, de cómo frecuentaba la vida de sociedad, de que en donde él estaba era siempre el preferido y de lo concurrido que había estado el baile del Maestro de Ceremonias; y pasó por todo ello con mucho tacto, mostrando todo el interés y haciendo todos los elogios que eran de rigor, y siempre adelantándose a hablar para evitar que Harriet se viese obligada a decir algo.

Emma ya estaba dispuesta a pasar por todo esto cuando entró en la casa; pero suponía que una vez hubieran terminado de hacer grandes elogios de él, no las importunarían con ningún otro tema de conversación enojoso, y que se

pondrían a divagar extensamente acerca de todas las señoras y señoritas de Highbury y de sus partidas de cartas. Lo que no esperaba era que Jane Fairfax sucediese al señor Elton; pero la señorita Bates inesperadamente inició esta conversación; abandonó bruscamente el tema del señor Elton para pasar a los Cole, y por fin acabar hablando de una carta de su sobrina.

-¡Oh, sí, señor Elton!; me han dicho que como bailar... La señora Cole me decía que ha bailado mucho en los salones de Bath... La señora Cole ha sido tan amable que se ha quedado un rato con nosotras charlando de Jane; porque apenas llegar ya ha preguntado por ella... ya sabe usted, Jane es su preferida... Siempre que la tenemos con nosotras, la señora Cole no sabe más que colmarla de atenciones; claro que hay que decir que Jane se merece eso y mucho más; de modo que apenas llegar, ha preguntado ya por ella; y dice: «Ya sé que últimamente no pueden haber tenido noticias de Jane, porque no son los días en que ella escribe»; y entonces yo le he contestado: «Pues mire, sí que tenemos, esta misma mañana hemos recibido carta suya.» Creo que en mi vida he visto a nadie más sorprendido. «Pero ¿lo dice usted de veras?», me ha dicho ella. «Vaya, pues esto sí que no lo esperaba. Cuénteme, cuénteme lo que dice.»

Emma tuvo que demostrar su cortesía diciendo con una sonrisa de interés:

-¿Hace tan poco que han tenido noticias de la señorita Fairfax? No sabe cuánto me alegro. Supongo que estará bien.

-Muchas gracias. ¡Es usted tan amable! -replicó la tía, feliz y engañada, mientras se dedicaba afanosamente a buscar la carta ¡Oh! Aquí está. Estaba segura de que no podía andar muy lejos; pero ya ve, había puesto encima sin darme cuenta la cesta de la costura y había quedado completamente escondida, pero hacía tan poco que la había tenido en las manos que estaba casi segura de que tenía que estar sobre la mesa. La estaba leyendo a la señora Cole, y cuando ella se fue se la he vuelto a leer a mi madre... Le hace tanta ilusión una carta de Jane que nunca se cansa de oírla leer; o sea que yo ya sabía que no podía andar muy lejos, y aquí está, sólo que había quedado debajo del cesto de la costura... y ya que es usted tan amable que desea oír lo que dice... Pero, antes que nada, para que no se forme usted una mala opinión de Jane tengo que excusarla por haber escrito una carta tan corta... sólo dos páginas, ya ve usted, apenas dos páginas... y generalmente llena toda la hoja y luego escribe cruzado por encima hasta la mitad. Mi madre siempre se extraña de que yo sepa descifrar tan bien su letra. Cuando abrimos una carta, ella suele decir: «Bueno, Hetty, a ver si sacas algo en claro de este tablero de damas»... ¿verdad, mamá? Y entonces yo le digo que si no tuviera a nadie que lo hiciese en su lugar, ella sola conseguiría descifrar toda la carta hasta la última sílaba. Y la verdad es que, aunque la vista de mi madre ya no es tan buena como lo era antes, con sus gafas todavía ve magníficamente bien, gracias a Dios. Y eso es una gran cosa ¿eh? La verdad es que mi madre tiene una vista excelente. Jane, cuando está aquí, suele decir: «Abuelita, estoy segura de que para ver lo que usted ve ahora, tiene que haber tenido una vista prodigiosa... ¡Las labores tan delicadas que ha hecho usted! Yo sólo deseo que cuando tenga su edad pueda ver como usted ahora.»

Como todo eso se dijo extraordinariamente aprisa, la señorita Bates se vio

obligada a hacer una pausa para tomar aliento; y Emma dijo una frase cortés acerca de las excelencias de la escritura de la señorita Fairfax.

-Es usted extremadamente amable -replicó la señorita Bates, muy agradecida-; ¡y que lo diga quien puede juzgar tan bien como usted, que tiene una letra tan preciosa! Créame, señorita Woodhouse, que ningún elogio puede dejarnos tan satisfechas como el suyo. Mi madre no la ha oído; es un poco sorda, ya sabe usted. Mamá -dirigiéndose a ella-, ¿has oído lo que la señorita Woodhouse ha tenido la amabilidad de decir sobre la letra de Jane?

Y Emma tuvo el placer de oír repetir dos veces más sus insustanciales elogios antes de que la buena anciana pudiese entenderlo. Mientras, estudiaba la posibilidad de huir de la carta de Jane Fairfax sin parecer demasiado descortés, y ya casi estaba resuelta a escapar de allí inmediatamente dando cualquier excusa trivial, cuando la señorita Bates se volvió de nuevo hacia ella y reclamó su atención.

-La sordera de mi madre es algo que carece de importancia, sabe usted, no es casi nada. Sólo con levantar un poco la voz y repetir lo que sea dos o tres veces lo oye perfectamente; pero lo que ocurre es que está acostumbrada a mi voz. Pero es muy notable que siempre oiga mejor a Jane que a mí. ¡Jane habla de un modo tan claro! A pesar de todo no va a encontrar a su abuelita más sorda de lo que estaba hace dos años; que ya es decir mucho a la edad de mi madre... Y han pasado ya dos años enteros, sabe usted, desde la última vez que Jane nos visitó. Es la primera vez que pasa tanto tiempo sin que venga a vernos, y como le decía a la señora Cole, ahora sí que todo lo que hagamos para obsequiarla nos parecerá poco.

-¿Esperan ustedes a la señorita Fairfax para dentro de poco? -¡Oh, sí! Para la semana próxima.

-¿De veras? No sabe cuánto me alegro.

-Muchas gracias. Es usted muy amable. Sí, la semana próxima. Todo el mundo se queda tan sorprendido al saberlo; y todo el mundo demuestra tanto interés por ella; estoy segura de que se alegrará tanto de volver a ver a sus amigos de Highbury como ellos de volver a verla. Sí, el viernes o el sábado; no puede precisar la fecha porque el coronel Campbell necesitará el coche uno de esos días. ¡Son tan buenos que la acompañan hasta aquí mismo! Pero siempre lo hacen, ¿sabe usted? Oh, sí, el próximo viernes o sábado. Esto es lo que dice en la carta. Ésta es la razón de que haya escrito fuera de tiempo, como decimos nosotras; porque si todo hubiese sido normal, no hubiéramos tenido noticias suyas hasta el próximo martes o miércoles.

-Sí, eso era lo que yo me imaginaba. Temía que hoy tuviera pocas posibilidades de saber algo nuevo de la señorita Fairfax.

-¡Oh, es usted tan amable! No, no hubiéramos tenido carta suya de no ser por esta circunstancia especial de que va a venir dentro de tan poco. ¡Mi madre está tan contenta! Porque esta vez se quedará con nosotros por lo menos durante tres meses. Tres meses, eso es lo que dice con toda seguridad, y lo que voy a tener el gusto de leerle a usted. Verá usted, lo que ocurre es que los Campbell se van a Irlanda. La señora Dixon ha convencido a sus padres para que vayan a verla ahora. Ellos no tenían intención de ir a Irlanda hasta el verano, pero su hija

está tan impaciente por volverles a ver... porque antes de casarse, el pasado octubre, nunca se había separado de ellos más de una semana, lo cual hace que le resulte muy penoso vivir si no en otro reino, como iba a decir, por lo menos sí en un país diferente, de modo que le escribió una carta urgentísima a su madre... o a su padre, confieso que no sé a cuál de los dos, pero ahora lo veremos por la carta de Jane... le escribió pues en nombre del señor Dixon y en el suyo propio rogándoles que fueran a verles lo antes posible y diciéndoles que les irían a buscar a Dublín y que desde allí les llevarían a su casa de campo, Baly-craig, un lugar precioso, me imagino yo. Jane ha oído hablar mucho de lo bonito que es; el señor Dixon es quien se lo ha dicho... no sé si alguien más le ha hecho elogios del lugar; pero es muy natural, ¿sabe usted?, que a él le gustara hablar de su casa cuando cortejaba a su prometida... y como Jane salía muy a menudo a pasear con ellos... porque el coronel y la señora Campbell eran muy rigurosos en que su hija no saliera a pasear a menudo sola con el señor Dixon, y yo no les censuro en absoluto por pensar así; y claro, ella oía todo lo que él le contaba a la señorita Campbell sobre su casa de Irlanda; y me parece que Jane nos escribió diciéndonos que les había enseñado unos dibujos del lugar, unas vistas que él mismo había dibujado. Creo que es un joven tan atento, lo que se dice encantador. Después de oírle hablar de su país, Jane tenía muchas ganas de ir a Irlanda.

En aquel momento, en el cerebro de Emma surgió una ingeniosa y divertida sospecha referente a Jane Fairfax, al encantador señor Dixon y al hecho de que ella no fuera a Irlanda, y dijo con la insidiosa intención de descubrir algo más:

-Deben de estar ustedes muy satisfechas de que la señorita Fairfax pueda venir a visitarles en esta ocasión. Teniendo en cuenta la íntima amistad que tiene con la señora Dixon, era lógico que ustedes creyeran que no podría excusarse de acompañar al coronel y a la señora Campbell.

-Cierto, muy cierto; eso era lo que siempre habíamos temido; porque no nos hubiera gustado tenerla tan lejos de nosotras durante meses y meses... sin que hubiera podido venir si hubiera ocurrido algo. Pero ya ve usted que todo se ha resuelto de la mejor manera. Ellos (me refiero a los señores Dixon) estaban empeñados en que acompañara al coronel y a la señora Campbell; puede usted tener la seguridad; y Jane dice, como ahora mismo oirá usted, que insistieron muchísimo en que hiciera también este viaje; el señor Dixon no parece ser una persona descuidada o desatenta en estas cosas. Es un joven realmente encantador. Desde que salvó la vida a Jane en Weymouth cuando estaban paseando en barca y de pronto una de las velas dio la vuelta bruscamente y ella hubiera caído al mar, y estaba irremisiblemente perdida a no ser que él, con una gran presencia de ánimo, la hubiese cogido por el vestido... (cada vez que lo pienso me dan temblores)... Pues desde que nos enteramos de lo que había ocurrido aquel día sentimos un gran aprecio por el señor Dixon.

-Y a pesar de la insistencia de todos sus amigos y de los deseos que tenía de ver Irlanda, la señorita Fairfax prefiere dedicar su tiempo a usted y a la señora Bates, ¿no?

-Sí... ha sido ella quien lo ha decidido, según su libre voluntad; y el coronel y la señora Campbell opinan que hace muy bien, que eso es exactamente lo que

ellos le hubieran aconsejado; y la verdad es que ellos tienen un especial interés porque pase una temporada respirando el aire de su tierra natal, porque últimamente ha estado un poco delicada, y no tan bien de salud como de costumbre.

-No sabe cuánto lo siento. Me parece que es un criterio muy acertado. Pero la señora Dixon debe haber tenido una gran decepción. Según creo la señora Dixon no es una belleza muy llamativa, ¿verdad?; me refiero a que no puede compararse en modo alguno con la señorita Fairfax, ¿no?

-¡Oh, no! Es usted muy amable al decir estas cosas... pero la verdad es que no. No hay comparación posible entre ellas. La señorita Campbell siempre ha sido una joven que no ha llamado en absoluto la atención... pero, eso sí, muy elegante y de trato muy agradable.

Sí, eso por supuesto.

-Jane pilló un resfriado bastante fuerte, la pobrecilla, el día siete de noviembre (ya se lo leeré a usted), y todavía no se ha repuesto. ¿Verdad que es demasiado tiempo para que siga aún resfriada? Hasta ahora no nos había dicho nada porque no quería alarmarnos. ¡Siempre la misma! ¡Tan considerada! Pero por lo visto tarda tanto en restablecerse que unos amigos que la quieren tanto como los Campbell opinan que lo mejor que puede hacer es venir aquí a respirar este aire que siempre le sienta tan bien; y no tienen la menor duda de que pasando tres o cuatro meses en Highbury se repondrá por completo... y no encontrándose bien del todo, desde luego es mucho mejor que venga aquí que vaya a Irlanda... Nadie va a cuidarla mejor que nosotras.

-Sí, me parece que es la mejor decisión que hubieran podido tomar.

-De modo que ella vendrá el próximo viernes o el sábado, y los Campbell saldrán de la ciudad camino de Holyhead el lunes siguiente... como ya verá usted por la carta de Jane. ¡Todo ha sido tan precipitado! Ya puede suponer, querida señorita Woodhouse, lo preocupada que me tiene todo eso. Si no fuera por las consecuencias de su enfermedad... pero me temo que vamos a verla muy desmejorada y con muy mal aspecto. A propósito, tengo que contarle algo que me ha ocurrido esta mañana y que he sentido tanto... Yo siempre tengo la costumbre de leer primero para mí las cartas de Jane, antes de leerlas en voz alta para mi madre, ¿sabe usted?, por miedo a que digan algo que pueda preocupar a mamá. Jane prefiere que lo haga así, y yo así lo hago siempre; y hoy empiezo a leer la carta con las precauciones de costumbre; pero apenas leo que no se encuentra bien, me he asustado tanto que no he podido contenerme y he exclamado «¡Dios mío! ¡La pobre Jane está enferma!» Y mi madre, que estaba prestando atención, lo ha oído claramente y se ha alarmado mucho. Sin embargo, cuando he seguido leyendo ya he visto que no era una cosa tan grave como me había imaginado al principio; y ahora al intentar tranquilizar a mi madre, le he quitado tanta importancia que no me ha creído mucho. ¡Pero no sé cómo ha podido cogerme tan desprevenida! Si Jane no mejora pronto llamaremos al señor Perry. No podemos reparar en gastos; y aunque él sea tan generoso y quiera tanto a Jane que me atrevería a asegurar que no querrá cobrar nada por sus visitas, nosotras tampoco podemos consentirlo, sabe usted. Tiene una esposa y una familia que mantener y no puede perder su tiempo.

Bueno, ahora que ya le he dado una idea de lo que nos dice Jane, pasemos a la carta, y estoy convencida de que ella le contará mucho mejor su historia de lo que yo puedo contársela.

-Lo siento muchísimo, pero tendríamos que irnos -dijo Emma, volviéndose hacia Harriet y empezando a levantarse-. Mi padre nos estará esperando. Cuando entramos no tenía intención ni podía quedarme más de cinco minutos. Sólo que hemos decidido visitarles para no pasar por delante de la casa sin preguntar por la señora Bates; pero ha sido una conversación tan agradable que el tiempo me ha pasado volando. Pero ahora tenemos que despedirnos de usted y de la señora Bates.

Y todo lo que intentaron para retenerlas más tiempo fue en vano. Emma salió a la calle... satisfecha, porque a pesar de que se había visto obligada a oír muchas cosas que no le interesaban en absoluto, a pesar de que había tenido que enterarse de todo lo que en sustancia decía la carta de Jane Fairfax, había logrado evitar que le leyeran la dichosa carta.

CAPÍTULO XX

JANE FAIRFAX era huérfana, el único fruto del matrimonio de la hija menor de la señora Bates.

La boda del teniente Fairfax, del... regimiento de Infantería, y la señorita Jane Bates, había tenido su época de esplendor y de ilusiones, de esperanzas y de atractivos; pero ahora nada quedaba de él, excepto el melancólico recuerdo de la muerte del marido en acción de guerra en el extranjero... de su viuda, consumida por la tisis y la tristeza pocos años más tarde... y aquella hija.

Por su nacimiento Jane pertenecía a Highbury; y cuando a los tres años, al perder a su madre se convirtió en la propiedad, la carga, el consuelo y la niña mimada de su abuela y de su tía, todo parecía indicar que iba a vivir allí el resto de su vida; que iba a recibir una educación proporcionada a los escasos medios de su familia, *y* que iba a crecer sin frecuentar la buena sociedad *y* sin poder perfeccionar los dotes que la naturaleza le había proporcionado: encanto personal, viveza de ingenio, un corazón sensible y un trato agradable.

Pero los compasivos sentimientos de un amigo de su padre le dieron la oportunidad de cambiar su destino. Ese amigo era el coronel Campbell, que había tenido en gran estima al teniente Fairfax, considerándolo como un excelente oficial y como un joven de grandes méritos; y además le debía tales atenciones, durante una terrible fiebre que se declaró en un campamento, que creía deberle la vida. Éstas eran cosas que no podía olvidar, a pesar de que pasaron una serie de años, después de la muerte del pobre Fairfax, en los que él se hallaba en el extranjero, pero su regreso a Inglaterra le permitió llevar a cabo sus propósitos. Cuando regresó averiguó el paradero de la niña y se informó acerca de ella. El coronel estaba casado y sólo tenía un hijo, una niña que debía tener la misma edad que Jane; y Jane se convirtió en huésped habitual de su casa, en la que pasaba largas temporadas, siendo muy querida por todos; y antes de que cumpliera los nueve años, el gran cariño que su hija

sentía por, ella y su propio deseo de dispensarle su protección, movieron al coronel Campbell a ofrecerse para correr con todos los gastos de su educación. La oferta fue aceptada; y desde entonces Jane había pertenecido a la familia del coronel Campbell y había vivido siempre con ellos, sin visitar a su abuela más que de vez en cuando.

Se decidió que Jane se preparara para la enseñanza, ya que los escasos centenares de libras que había heredado de su padre hacían imposible toda posición independiente. Y el coronel Campbell carecía de medios para asegurar su porvenir de otro modo; pues a pesar de que sus ingresos, procedentes de su paga y sus asignaciones, no eran nada despreciables, su fortuna no era muy grande, y debía ser íntegra para su hija; pero dándole una buena educación, confiaba proporcionarle para más adelante los medios para vivir decorosamente.

Ésta era la historia de Jane Fairfax. Había caído en buenas manos, los Campbell no habían tenido más que bondades para con ella y se le había dado una excelente educación. Viviendo constantemente con personas de recto criterio y cultivadas, su corazón y su entendimiento se habían beneficiado de todas las ventajas de la disciplina y de la cultura; y como el coronel Campbell residía en Londres, sus aptitudes más descollantes habían podido ser plenamente cultivadas gracias al concurso de los mejores maestros. Sus facultades y su capacidad eran también dignos de todo lo que aquella amistad pudiera ofrecerle; y a los dieciocho o diecinueve años era ya, dentro de lo que a una edad tan temprana se puede estar capacitado para enseñar a los niños, muy competente en cuestiones de enseñanza; pero la querían demasiado para que permitiesen que se separara de ellos. Ni el padre ni la madre tuvieron valor para proponerlo, y la hija no hubiera podido soportar una separación. El día funesto fue, pues, aplazado. Fue fácil encontrar la excusa de que era aún demasiado joven; y Jane siguió viviendo con ellos, participando como una hija más en los honestos recreos de la sociedad elegante, y disfrutando de una juiciosa mezcla de vida hogareña y de diversiones, sin más preocupación que la de su porvenir, ya que su buen sentido no podía por menos de recordarle prudentemente que todo aquello no tardaría en terminarse.

El afecto que le profesaba toda la familia, y sobre todo el gran cariño que sentía por ella la señorita Campbell, decía mucho en favor de ellos, ya que el hecho era que Jane era claramente superior tanto en belleza como en conocimientos. Los encantos de que le había dotado la naturaleza no podían pasar inadvertidos para su joven amiga, y los padres tenían también que darse cuenta de la superioridad de su inteligencia. Sin embargo, siguieron viviendo juntos unidos por un cálido afecto, hasta la boda de la señorita Campbell, quien tuvo la fortuna, esta buena suerte que tan a menudo desbarata todas las previsiones en cuestiones matrimoniales, haciendo que tenga preferencia la medianía a lo que es superior, de conquistar el corazón del señor Dixon, un joven rico y agradable, casi desde el mismo momento en que se conocieron; y no tardó en verse casada y feliz, mientras que Jane Fairfax tenía aún que empezar a pensar en ganarse el pan cotidiano.

La boda se había celebrado hacía muy poco tiempo; demasiado poco para que la menos afortunada de las dos amigas hubiera podido emprender ya la senda

del deber; aunque había llegado a la edad que ella misma se había fijado para este comienzo. Hacía tiempo que tenía decidido que a los veintiún años empezaría su nueva vida. Con la fortaleza de una novicia devota había resuelto completar el sacrificio a los veintiún años, y renunciar a todos los placeres del mundo, a todo honesto trato con los demás, a toda sociedad, a la paz y a la esperanza, para seguir para siempre el camino de la penitencia y de la mortificación.

El buen juicio del coronel y de la señora Campbell les impidió oponerse a esta decisión, aunque sus sentimientos les impulsaran a ello. Mientras ambos viviesen, no era necesario que Jane lo pidiera: su casa estaría siempre abierta para ella; por su gusto, no hubieran consentido que se fuera de allí; pero eso hubiera sido egoísmo: lo que por fin tenía que llegar era mejor hacerlo pronto. Tal vez entonces empezaron a comprender que hubiera sido más sensato y mejor para ella haber resistido a la tentación de ir aplazando aquel momento y evitar que Jane conociera y disfrutara las ventajas del ocio de una vida desahogada que ahora se veía obligada a abandonar. Sin embargo, todavía el afecto se esforzaba por aferrarse a cualquier pretexto razonable para demorar en lo posible aquel triste momento. Jane no se había vuelto a encontrar completamente bien desde la boda de la hija de la casa; y hasta que no se hubiera recuperado del todo creyeron necesario prohibirle que emprendiera ningún trabajo, cosa que no sólo era incompatible con una salud delicada y un ánimo decaído, sino que, aun en las circunstancias más favorables, parecía exigir algo más que la perfección humana de cuerpo y de espíritu, para poder llevarlo a cabo de un modo desahogado.

Respecto a lo de no acompañarles a Irlanda, en el relato que hizo a su tía no decía más que la verdad, aunque tal vez hubiera algunas verdades que se callaba. Fue ella quien decidió consagrar a los de Highbury el tiempo que durara la ausencia de los Campbell; quizá para pasar los últimos meses de libertad total rodeada de afectuosos parientes que tanto la querían; y los Campbell, por el motivo o motivos que fuesen, tanto si era uno como dos o tres, se apresuraron a aprobar ese proyecto y dijeron que tenían más confianza en unos pocos meses que pasara en su tierra natal para recobrar la salud, que en cualquier otro remedio. Era, pues, seguro que volvería a Highbury; y que allí, en vez de dar la bienvenida a una novedad absoluta que hacía tanto tiempo que se les prometía --el señor Frank Churchill- deberían conformarse por ahora con Jane Fairfax, que sólo era una novedad por sus dos años de ausencia.

Emma no estaba contenta... ¡Tener que ser amable durante tres largos meses con una persona que le desagradaba! ¡Tener que estar siempre haciendo más de lo que deseaba y menos de lo que debía! Sería difícil explicar por qué Jane Fairfax no era persona de su gusto; en cierta ocasión el señor Knightley le había dicho que era porque veía en ella a la joven perfecta, como Emma hubiese querido que se la considerara; y aunque entonces la acusación había sido vivamente refutada, habían momentos de reflexión en que su conciencia no se sentía totalmente limpia de aquello. Pero nunca había podido trabar amistad con ella; no sabía por qué, pero veía en Jane una frialdad y una reserva... una aparente indiferencia por gustar o no gustar... ¡y además su tía era una

charlatana tan terrible! Y todo el mundo armaba tal alboroto cuando se trataba de ella... Y siempre imaginaban que las dos tenían que llegar a ser íntimas amigas... porque tenían la misma edad todo el mundo había supuesto que era forzoso que congeniasen... Éstas eran sus razones... no tenía mejores.

Sus motivos eran tan poco justificados... todos y cada uno de los defectos que le imputaba estaban tan agrandados por su imaginación, que siempre que veía por primera vez a Jane Fairfax después de una ausencia considerable tenía la sensación de haber sido injusta con ella; y ahora, cuando efectuó la anunciada visita, a su llegada, después de un intervalo de dos años, Emma quedó extraordinariamente sorprendida al ver los modales de aquella muchacha a la que había estado menospreciando durante dos años enteros. Jane Fairfax era muy elegante, notablemente elegante. Su estatura era proporcionada, como para que casi todo el mundo la considerase alta, y nadie pudiera pensar que lo era demasiado; su figura era particularmente agraciada; un justo término medio, ni demasiado gruesa ni demasiado delgada, aunque una leve apariencia de salud un tanto frágil parecía descartar la posibilidad del más probable de esos dos peligros. Emma no pudo por menos de darse cuenta de todo esto; y además en su rostro, en sus facciones, había mucha más belleza de lo que ella creía recordar; sus facciones no eran muy regulares, pero sí de una belleza muy agradable. Nunca había regateado su admiración por aquellos ojos de un gris oscuro y aquellas pestañas y cejas negras; pero la tez, a la que siempre había solido poner reparos por descolorida, tenía una luminosidad y una delicadeza que ciertamente no necesitaba mayor lozanía. Era un tipo de belleza en el que el rasgo predominante era la elegancia, y por lo tanto, en conciencia y de acuerdo con su criterio, no podía por menos de admirarla... elegancia que, tanto en lo exterior como en lo espiritual tenía muy pocas ocasiones de encontrar en Highbury. Allí no ser vulgar era una distinción y un mérito.

En resumen, durante la primera visita, Emma contemplaba a Jane Fairfax con redoblada complacencia; al placer que experimentaba al verla se unía la necesidad que sentía de hacerle justicia, y decidió abandonar su actitud hostil a la joven. Y cuando pensaba en su historia, su situación le impresionaba tanto como su belleza; cuando reflexionaba sobre el destino que iba a tener esta elegancia, sobre cómo tendría que rebajarse, sobre cómo iba a vivir, le parecía imposible que pudiera sentirse algo que no fuera compasión y respeto por ella; sobre todo, si a las circunstancias bien conocidas de su vida que la hacían merecedora de tanto interés, se unía el hecho más que probable de que se hubiera sentido atraída por el señor Dixon, sospecha que tan espontáneamente había surgido en la imaginación de Emma. De ser así, nada más digno de compasión ni más noble que los sacrificios que se hallaba dispuesta a aceptar. Ahora Emma no podía ser más contraria a creer que la joven hubiese intentado atraerse al señor Dixon rivalizando con su amiga, o que hubiese sido capaz de cualquier otra intención malévola, como en un principio había llegado a suponer. Si había existido amor, debía de haber sido un sentimiento puro y sencillo, sólo experimentado por ella, no correspondido. Inconscientemente debía de haber ido sorbiendo aquel triste veneno mientras atendía al lado de su amiga a las palabras de él; y ahora debía de ser el más limpio, el más puro de los motivos el

que le hiciera negarse a efectuar esta visita a Irlanda y decidirse a separarse definitivamente de él y de su familia para iniciar su vida de trabajo.

En conjunto, pues, Emma se separó de Jane sintiendo por ella tanta simpatía y tanto afecto que al regresar a su casa se vio forzada a pensar en la posibilidad de encontrarle un buen partido, y a lamentar que Highbury no contase con ningún joven que pudiese proporcionarle una situación independiente; no encontraba quien pudiese convenir a Jane.

Sentimientos admirables los de Emma... pero que duraron poco. Antes de que se comprometiera con alguna profesión pública de eterna amistad con Jane Fairfax, antes de que hubiera hecho algo más por enmendar sus pasados prejuicios y errores, que decir al señor Knightley: «La verdad es que es muy linda, más que linda», Jane pasó una velada en Hartfield con su abuela y su tía, y todo volvió al estado de cosas anterior. Reaparecieron los mismos motivos de enemistad de antes. La tía era tan pesada como siempre; más pesada aún, porque ahora además de admirar las cualidades de su sobrina, se sentía inquieta por su salud; y tuvieron que oír la descripción exacta del poco pan y mantequilla que comía en el desayuno y de lo pequeña que era la tajada de cordero de la comida, aparte de la exhibición de los nuevos gorros y de las nuevas bolsas para la labor que había confeccionado para su abuela y para ella; y Emma volvió a sentirse irritada con Jane. Tuvieron un poco de música; Emma se vio obligada a tocar; y las gracias y los elogios que obligadamente siguieron a su ejecución parecieron a Emma de una ingenuidad afectada, de un aire de superioridad destinado tan sólo a demostrar a todos que ella, Jane, seguía estando muy por encima. Lo peor de todo era que además era tan fría, tan cautelosa... No había manera de saber qué es lo que realmente pensaba. Envuelta en una capa de cortesía, parecía decidida a no arriesgarse en nada. Resultaba molesta su actitud de suspicacia y de reserva.

Y si todavía era posible serlo más, se mostró aún más reservada en lo referente a Weymouth y a los Dixon. Parecía interesada en no querer hablar del carácter del señor Dixon, ni en opinar acerca de su trato, ni en hacer ningún comentario sobre lo conveniente que había sido aquella boda. Todo lo aprobaba por igual; en sus palabras no había nada de concreto ni destacado. Sin embargo de poco le sirvió. Para Emma esta cautela era artificiosidad, disimulo, y la joven volvió a sus sospechas de antes. Probablemente allí había algo más que ocultar que sus simples preferencias. Tal vez el señor Dixon había estado a punto de dejar una amiga por otra, o sólo se había decidido por la señorita Campbell pensando en sus futuras doce mil libras.

La misma reserva prevaleció tratándose de otros temas. Ella y el señor Frank Churchill habían coincidido en Weymouth. Era sabido que habían tenido cierto trato; pero Emma no pudo arrancarle ni una sílaba que pudiera orientarla acerca de la verdadera personalidad del joven. «¿Es apuesto?» «Creo que se le considera como un joven muy atractivo.» «¿Es agradable de trato?» «Se le suele considerar como muy agradable.» «¿Da la impresión de ser un joven de inteligencia despierta y cultivado?» «En un balneario o en casa de un amigo común en Londres es muy difícil formarse una opinión sobre esas cosas. Los modales son siempre lo primero que puede apreciarse, pero a pesar de todo se

requiere conocer mejor a la persona de lo que yo he podido conocer al señor Frank Churchill. Tengo la impresión de que todo el mundo le encuentra muy amable y cultivado.» Emma no podía perdonarle.

CAPÍTULO XXI

EMMA no podía perdonarle... Pero como el señor Knightley, que había estado también en la reunión, no había advertido ningún motivo de provocación ni ningún resentimiento, y sólo había visto las mayores amabilidades y cortesías por ambas partes, al día siguiente por la mañana, cuando volvió a Hartfield para tratar de unos asuntos con el señor Woodhouse, expresó su satisfacción por la velada de la noche anterior; no de un modo tan claro como lo hubiera hecho de no encontrarse presente el padre de Emma, pero siendo lo suficientemente explícito para que ésta le comprendiera a la perfección. Había solido reprochar a Emma el ser injusta para con Jane, y ahora se alegraba muchísimo de ver que la situación había mejorado.

-Una velada agradabilísima empezó diciendo, después de haber hablado de todo lo necesario con el señor Woodhouse, de que éste le hubiera dicho que había comprendido y de que guardaran los papeles-; muy agradable. Usted y la señorita Fairfax nos obsequiaron con una música deliciosa. Señor Woodhouse, no conozco mayor placer que estar cómodamente instalado en un sillón mientras dos jóvenes como éstas nos regalan los oídos durante toda una velada; a veces con música, a veces con su conversación. Estoy seguro, Emma, de que a la señorita Fairfax tiene que haberle parecido agradable la velada. En cualquier caso, por usted no quedaría. Me alegré de ver que le dejaba tocar tanto, porque como en casa de su abuela no tienen ningún instrumento, ella debe de haberlo agradecido mucho.

-Me alegra saber que le pareció acertado -dijo Emma sonriendo-; pero no creo que acostumbre a ser descortés con las personas que invitamos a Hartfield.

-¡Oh, no, querida! -dijo su padre al momento-, de eso sí que no tengo la menor duda. No hay nadie que sea ni la mitad de atenta y de cortés que tú. Si acaso eres demasiado atenta. Ayer noche los panecillos... creo que con que hubieses ofrecido una sola vez hubiese bastado.

-No -dijo el señor John Knightley casi al mismo tiempo-; no suele ser usted descortés; ni en modales ni en comprensión; en fin, creo que usted ya me entiende.

La maliciosa mirada de Emma significaba: «Le entiendo perfectamente»; pero sólo dijo:

-La señorita Fairfax es muy reservada.

-Siempre le he dicho que lo era... un poco; pero no tardará usted en disculpar la parte de su reserva que debe ser disculpada, la que tiene su origen en la timidez. Lo que es discreción ha de respetarse.

-¿Le parece tímida? A mí no.

-Mi querida Emma -dijo trasladándose a una silla que estaba más cerca de ella-, supongo que no irá a decirme que no le pareció agradable la velada de

ayer.

-¡Oh, no! Me, divirtió mucho mi perseverancia en hacer preguntas y el pensar que obtenía tan poca información. -Lo lamento -fue su única respuesta.

-Yo supongo que todo el mundo lo pasó bien -dijo el señor Woodhouse, con su habitual placidez-. Por lo menos yo sí. Al principio estaba demasiado cerca del fuego; pero luego retiré un poco la silla, muy poquito, y ya dejó de molestarme. La señorita Bates estaba muy locuaz y de buen humor, como siempre, aunque para mi gusto habla demasiado aprisa. Pero es muy agradable, y la señora Bates también, aunque de un modo distinto. Me gustan las antiguas amistades; y la señorita Jane Fairfax es una jovencita muy linda, muy linda y muy bien educada. Estoy seguro, señor Knightley, de que pasó una velada muy agradable, gracias a Emma.

-Sin duda; y Emma gracias a la señorita Fairfax.

Emma advirtió el tono de inquietud del señor Knightley, y deseando tranquilizarle, al menos por entonces, dijo con una sinceridad de la que nadie se hubiera atrevido a dudar.

-Es una muchacha elegantísima, de la que una casi no puede apartar los ojos. Yo no me cansaba de contemplarla con verdadera admiración; y también compadeciéndola con toda mi alma.

El señor Knightley dio la impresión de sentir más gratitud de la que quería aparentar; y antes de que pudiera responder, el señor Woodhouse, que seguía pensando en las Bates, dijo:

-¡Qué lástima que sus medios sean tan escasos! ¡La verdad es que me dan mucha pena! Y muchas veces he querido hacerles algún regalo, algo pequeño, sin gran importancia, pero de lo que no hay corrientemente... ¡pero es tan poco lo que uno puede arriesgarse a hacer! Ahora hemos matado un cerdo, y Emma piensa enviarles lomo o un jamón... Es un regalo de poco valor, pero exquisito... Los cerdos de Hartfield no pueden compararse con ningún otro... pero, a pesar de todo es cerdo... y, mi querida Emma, si no podemos estar seguros de que van a cortarlo en tajadas, bien fritas, como las freímos nosotros, quitando toda la grasa, y sin asarlo, porque no hay estómago que resista el cerdo asado... me parece que sería mejor que les enviáramos el jamón, ¿no crees, querida?

-Mi querido papá, les he enviado todo un cuarto trasero. Ya sabía que éste era tu deseo. El jamón tendrán que salarlo, ya lo sabes, y es riquísimo, y el lomo pueden comérselo como quieran.

-Has hecho muy bien, querida... muy bien. Yo no sabía nada de esto, pero era lo mejor que podía hacerse. Pero el jamón que no lo salen demasiado; y si no está demasiado salado y queda bien hervido, como Serle nos hierve los nuestros, si se come con mucha moderación acompañándolo de nabos hervidos y un poco de zanahoria o de chirivía, no creo que pueda hacerles daño.

-Emma -dijo bruscamente el señor Knightley-, tengo una noticia para usted. A usted le gustan las noticias... y cuando venía he oído algo que creo que le interesará.

-¿Noticias? ¡Oh, sí, siempre me gusta saber lo que ocurre! ¿De qué se trata? ¿Por qué sonríe usted de ese modo? ¿Dónde lo ha oído usted? ¿En Randalls?

Él sólo tuvo tiempo para decir:

-No, no, no ha sido en Randalls; no me he acercado por allí.

Cuando la puerta se abrió de repente y la señorita Bates y la señorita Fairfax entraron en la estancia. La señorita Bates, rebosando agradecimiento y noticias, no sabía a cuál de las dos cosas dar libre curso antes que la otra. El señor Knightley en seguida comprendió que había perdido la oportunidad y que ya no le iban a dejar decir ni una sílaba más.

-¡Querido señor Woodhouse! ¿Cómo se encuentra esta mañana? Mi querida señorita Woodhouse... ¡Estoy verdaderamente abrumada! ¡Qué magnífico cuarto de cerdo! ¡Son ustedes demasiado buenos! ¿Conocen ya la noticia? El señor Elton va a casarse.

En aquellos momentos en quien menos pensaba Emma era en el señor Elton, y quedó tan extraordinariamente sorprendida que no pudo evitar un pequeño sobresalto y un ligero rubor al oír aquellas palabras.

-Éstas eran mis noticias... Supuse que le interesarían -dijo el señor Knightley con una sonrisa que parecía aludir a lo que había pasado entre ellos.

-Pero ¿dónde ha podido usted enterarse? -exclamó la señorita Bates-; ¿dónde es posible que lo haya usted oído, señor Knightley? Porque aún no hace cinco minutos que he recibido una nota de la señora Cole... no, no puede hacer más de cinco minutos... o, en fin, como máximo, diez... porque ya me había puesto el sombrero y el chal, y estaba a punto de salir... bajé sólo un momento para volver a hablar con Patty sobre el cerdo... Jane estaba esperando en el pasillo... ¿verdad, Jane?... porque mi madre tenía miedo de que no tuviéramos un recipiente lo suficientemente grande para salarlo. Y yo me dije, bajaré a verlo, y Jane dijo: «¿Quieres que vaya yo? Porque me parece que estás un poco resfriada, y Patty ha estado fregando la cocina.» «¡Oh, querida...», dije yo... Bueno, pues precisamente en aquel momento llegó la nota. Una tal señorita Hawkins, eso es todo lo que yo sé. Una tal señorita Hawkins de Bath. Pero, señor Knightley, ¿cómo es posible que se haya enterado usted? Porque en el mismo momento en que el señor Cole se lo dijo a la señora Cole, ella me escribió. Una tal señorita Hawkins...

-Hace una hora y media he estado hablando de negocios con el señor Cole. Cuando yo llegué acababa de leer la carta del señor Elton, y me la enseñó en seguida.

-¡Vaya! Eso sí que... Me parece que nunca ha habido una noticia que interese a más gente. Querido señor Woodhouse, es usted demasiado bueno. Mi madre me ha encargado que le dé sus saludos más afectuosos y un millar de gracias, y dice que usted nos está verdaderamente abrumando con sus amabilidades.

-La verdad -replicó el señor Woodhouse- es que consideramos (y en realidad así es) nuestros cerdos de Hartfield tan superiores a cualquier otro cerdo, que Emma y yo no podíamos tener mayor placer que...

-¡Oh, mi querido señor Woodhouse! Como dice siempre mi madre, nuestros amigos son demasiado buenos para con nosotras. Si hay alguien que sin tener grandes medios de fortuna dispone de todo lo que puede llegar a desear, estoy segura de que somos nosotras. Nosotras sí que podemos decir que nos ha tocado la mejor parte. Bueno, señor Knightley, de modo que usted llegó incluso a leer la carta; vaya, vaya...

-Era muy corta... sólo para anunciar la boda... pero desde luego, alegre y exultante... -y al decir esto miró significativamente a Emma-. Decía que había tenido la suerte de... En fin, no me acuerdo exactamente de lo que decía... tampoco me interesaba tanto como para recordarlo. En resumen, lo que decía es lo que usted ha dicho ya, que iba a casarse con una tal señorita Hawkins. Por el tono de la carta me imagino que la boda acababa de concertarse.

-¡El señor Elton se va a casar! -dijo Emma apenas pudo hablar-. Todo el mundo hará votos por su felicidad.

-Es muy joven para casarse -fue el comentario del señor Woodhouse-. Hubiera hecho mejor no teniendo tanta prisa. A mí me parecía que vivía muy bien tal como estaba. Siempre nos alegraba verle en Hartfield.

-¡Una nueva vecina para todos, señorita Woodhouse! -dijo la señorita Bates, jubilosamente-. Mi madre está encantada... Dice que le parecía mal que en esta pobre y vieja Vicaría no hubiese un ama de casa. Eso sí que son grandes noticias. Jane, tú no conoces al señor Elton... no me extraña que tengas tanta curiosidad por verle.

La curiosidad de Jane no parecía ser lo suficientemente intensa como para absorber su atención.

-No, no conozco al señor Elton -replicó al ser interpelada-. ¿Es... es alto?

-¿Quién puede contestar a esta pregunta? --exclamó Emma-. Mi padre diría que sí, el señor Knightley que no; y la señorita Bates y yo que es el justo término medio. Cuando lleve usted más tiempo aquí, señorita Fairfax, ya se irá dando cuenta de que el señor Elton es el modelo de perfección en Highbury, tanto en lo físico como en lo moral.

-Tiene usted mucha razón, señorita Woodhouse, ya se irá dando cuenta. Es un joven de grandes prendas... Pero querida Jane, recuerda que ayer te decía que era precisamente de la misma talla que el señor Perry. La señorita Hawkins... estoy convencida de que es una joven excelente. ¡Ha sido siempre tan atento con mi madre! Hacía que se sentara en los primeros bancos para que pudiera oír mejor, porque mi madre es un poco sorda, ¿sabe usted? No mucho, pero un poco dura de oído. Jane dice que el coronel Campbell es un poco sordo. Él tiene la impresión de que los baños le sientan bien... baños de agua caliente... pero Jane dice que la mejoría no le dura mucho. El coronel Campbell, ¿sabe usted?, es lo que se dice un ángel. Y el señor Dixon parece ser un joven de grandes prendas, digno de él. ¡Es una suerte tan grande que la gente buena se encuentre...! ¡Y siempre termina encontrándose! Ahora por ejemplo, el señor Elton y la señorita Hawkins; y aquí están los Cole, que son personas tan buenas; y los Perry... Yo creo que nunca ha habido un matrimonio más feliz que los Perry. Lo que yo digo, señor Woodhouse -dijo volviéndose hacia él-, es que creo que hay muy pocos lugares en que haya tan buenas personas como en Highbury. Yo siempre digo que tenemos mucha suerte de tener vecinos como éstos... Mí querido señor Woodhouse, si hay algo en el mundo que le gusta a mi madre es el cerdo... lomo de cerdo bien asado...

-En cuanto a quién es la señorita Hawkins o qué hace o cuánto tiempo hace que el señor Elton la conoce -dijo Emma-, supongo que nada puede saberse. Yo no creo que se hayan conocido hace mucho. Hace sólo cuatro semanas que se

fue.

Nadie conocía ningún detalle; y después de que se formularan varias preguntas más, Emma dijo:

-Está usted muy callada, señorita Fairfax... pero confío en que llegará a interesarse por estas noticias. Usted que últimamente ha tenido ocasión de ver y oír tantas cosas referentes a esas cuestiones y que ha conocido tan de cerca uno de estos procesos, con la boda de la señorita Campbell... no podemos excusarle el que se muestre indiferente con el señor Elton y la señorita Hawkins.

-Cuando conozca al señor Elton -replicó Jane- estoy convencida de que me interesaré por su caso... pero me parece que para ello es indispensable que antes le conozca. Y como hace ya varios meses que la señorita Campbell se casó, tal vez las impresiones de entonces se han borrado bastante.

-Sí, hace exactamente cuatro semanas que se fue, como usted muy bien dice, señorita Woodhouse -dijo la señorita Bates-, ayer hizo cuatro semanas... Una tal señorita Hawkins... No sé, yo siempre me había imaginado que se casaría con alguna joven de estos alrededores... No es que yo nunca... Pero una vez la señora Cole me confesó en secreto... Pero yo inmediatamente le dije: «No, el señor Elton es un joven que merece algo más...» Pero... En resumidas cuentas, yo no me creo excesivamente lista para descubrir esas cosas. Tampoco pretendo serlo. Veo lo que tengo delante de los ojos. Por otra parte nadie hubiera podido extrañarse de que el señor Elton aspirara a... La señorita Woodhouse me deja charlar, no se enfada, ¿verdad? Ya sabe que por nada del mundo quisiera ofender a nadie. ¿Cómo está la señorita Smith? Parece que ya se encuentra bien del todo, ¿no? ¿Han tenido noticias recientes de la señora de John Knightley? ¡Oh, tiene unos niños tan preciosos! Jane, ¿sabes que siempre me imagino al señor Dixon como al señor John Knightley? Me refiero al aspecto físico... alto, y con aquella manera de mirar... y no muy hablador.

-Pues te equivocas del todo, querida tía; no se parecen en nada.

-¿Ah, no? ¡Qué cosa más singular! Claro que una nunca puede formarse una idea exacta de nadie antes de conocerle. Nos imaginamos una cosa y luego no hay quien nos la saque de la cabeza. Tú decías que el señor Dixon no es precisamente muy guapo.

-¿Guapo? ¡Oh, no...! Ni muchísimo menos... Ya te dije que era un hombre más bien corriente.

-Querida, tú dijiste que la señorita Campbell no quería admitir que fuese un hombre más bien corriente, y que fuiste tú...

-¡Oh! En cuanto a mí, mi opinión no tiene ningún valor. Cuando siento aprecio por una persona siempre creo que es bien parecida. Cuando dije que no era excesivamente apuesto, no hacía más que repetir lo que supongo que piensa la mayoría.

-Bueno, mi querida Jane. Me parece que tenemos que irnos. El tiempo está inseguro, y la abuelita estará intranquila. Es usted muy amable, mi querida señorita Woodhouse; pero de veras que tenemos que irnos ya. Vaya, eso sí que han sido noticias agradables. Pasaré un momento por casa de la señora Cole; para estar sólo dos o tres minutos; y tú, Jane, sería mejor que fueras directamente a casa... no quisiera que te pillara un chaparrón... Sí, será una gran

cosa para Highbury... Muchas gracias, muy agradecidas. No, no creo que avise a la señora Goddard, ella sólo se interesa por el cerdo hervido; cuando preparemos el jamón ya será otra cosa. Bueno, hasta la vista, mi querido señor Woodhouse. ¡Oh, el señor Knightley también viene! ¡Oh, es usted tan amable...! Si Jane está cansada, ¿querrá usted ofrecerle su brazo? El señor Elton y la señorita Hawkins... Adiós, adiós a todos.

Cuando Emma quedó a solas con su padre, la mitad de su atención la reclamó el señor Woodhouse, quien se lamentaba de que los jóvenes tuvieran tanta prisa por casarse... y de que además se casaran con desconocidos... y la otra mitad pudo dedicarla a reflexionar sobre lo que acababa de oír. Para ella era una noticia divertida, francamente una buena noticia, ya que probaba que el señor Elton no había sufrido mucho por su desaire; pero lo sentía por Harriet. Harriet iba a sentirlo... y lo único que podía hacer era ser ella misma la primera en enterarla y evitarle así que otros le dieran la noticia con menos delicadeza. Era precisamente la hora en que ella solía ir a Hartfield. ¡Si se encontrara por el camino con la señorita Bates! Y cuando empezó a llover, Emma se vio obligada a resignarse a esperar que el mal tiempo la retendría en casa de la señora Goddard; sin duda alguna iba a enterarse de todo antes de que ella tuviese ocasión de prevenirla.

El aguacero fue intenso, pero no duró mucho; y apenas hacía cinco minutos que había terminado cuando llegó Harriet inquieta y acalorada por venir corriendo con el corazón angustiado. Y la primera frase que brotó de sus labios mostraba con toda evidencia la turbación de su ánimo:

-¡Oh, Emma! ¿Te imaginas lo que ha ocurrido?

Emma se dio cuenta de que el mal ya estaba hecho, y de que lo mejor que podía hacer por su amiga era escucharla; y así Harriet pudo contar sin obstáculos todo lo que llevaba dentro.

-Hace una media hora que he salido de casa de la señora Goddard. Tenía miedo de que lloviera, y parecía que iba a empezar a llover de un momento a otro... pero he pensado que aún me daría tiempo de llegar a Hartfield... y he venido todo lo de prisa que he podido; pero al pasar cerca de la casa de una muchacha que me está haciendo un vestido, he pensado que podía entrar un momento para ver cómo lo tenía, y aunque sólo he estado allí un momento, apenas salir ha empezado a llover, y yo no sabía qué hacer; y entonces he seguido andando muy aprisa y he ido a refugiarme en la tienda de Ford -Ford era el propietario de la mejor tienda de pañería y mercería, la primera en importancia de Highbury por sus dimensiones y su buen gusto-. Y allí he estado sentada más de diez minutos, sin imaginarme ni muchísimo menos lo que iba a pasar... Cuando de repente veo que entran dos personas... ¡Desde luego ha sido una gran casualidad! Aunque claro que ellos son clientes de Ford... ¡Pues entraron nada menos que Elizabeth Martin y su hermano! ¡Querida Emma!, ¿tú te imaginas? Yo creí que me iba a desmayar. No sabía qué hacer. Estaba sentada cerca de la puerta... Elizabeth me vio en seguida; pero él no; estaba distraído con el paraguas. Estoy segura de que ella me vio, pero desvió la mirada e hizo como si no me hubiera conocido; y los dos se fueron hacia el otro extremo de la tienda; y yo me quedé sentada cerca de la puerta... ¡Oh, querida,

pasé tan mal rato...! Estoy segura de que debía estar tan blanca como mi vestido. Pero no podía irme, claro, porque estaba lloviendo; pero hubiera querido estar en cualquier parte del mundo, menos allí. ¡Oh, mi querida Emma...! Bueno, por fin, supongo que él volvió la cabeza y me vio; porque en vez de seguir prestando atención a lo que compraban, empezaron a cuchichear los dos. Y estoy segura de que hablaban de mí; y yo no podía por menos de pensar que él la estaba convenciendo para que me hablara (¿crees que me equivocaba, Emma?)... porque en seguida ella vino hacia mí... se me acercó... y me preguntó cómo estaba, y parecía dispuesta a darme la mano si yo quería. No parecía la misma de siempre; yo me daba cuenta de que estaba nerviosa; pero parecía querer hablarme de un modo amistoso, y nos dimos la mano, y estuvimos charlando durante un rato; pero ya no me acuerdo de nada de lo que dije... ¡yo estaba temblando! Recuerdo que ella dijo que sentía mucho que ahora no nos viéramos nunca, lo cual a mí casi me pareció demasiado amable por su parte. ¡Querida Emma, me sentía tan mal! Y entonces empezó a aclararse el tiempo... y yo pensé que nada me impedía el irme... pero entonces... ¡imagínate!... vi que él se dirigía hacia nosotras... muy despacito, -¿sabes? como si no supiera muy bien lo que tenía que hacer; y se nos acercó, y me habló, y yo le contesté... y así estuvimos un minuto, poco más o menos, y yo me sentía tan apurada... ¡Oh, no puedes hacerte idea!; y entonces me armé de valor y dije que ya no llovía y que tenía que irme; y me fui, y cuando estaba en la calle y aún no había andado ni tres yardas desde la puerta, cuando él vino tras de mí sólo para decirme que si iba a Hartfield, él creía que iría mucho mejor dando la vuelta por las cuadras del señor Cole, porque si seguía el camino más directo lo encontraría todo encharcado. ¡Oh, querida, yo creí que me moría! De modo que le dije que le agradecía mucho el interés; ya ves, no podía decirle menos; y entonces él volvió con Elizabeth, y yo di la vuelta por las cuadras... bueno, me parece que sí que fui por allí, pero ahora te aseguro que ya casi no sé por dónde iba ni lo que hacía. ¡Oh, Emma! Hubiera dado cualquier cosa para que eso no me ocurriera; y a pesar de todo, ¿sabes?, me dio alegría ver que se portaba de un modo tan cortés y tan atento. Y Elizabeth también. ¡Oh, Emma, dime algo, te lo ruego, tranquilízame un poco!

Emma no hubiera deseado otra cosa; pero en aquellos momentos no estaba en sus manos el conseguirlo. Se vio obligada a hacer una pausa y a reflexionar. Ella también se sentía desazonada. El proceder del joven y de su hermana parecían responder a unos sentimientos sinceros, y Emma no podía sino compadecerles. Tal como lo describía Harriet, en su modo de actuar había habido una curiosa mezcla de afecto herido y de auténtica delicadeza. Pero es que antes de entonces ella siempre les había considerado como personas dignas y de buen corazón; pero eso no tenía nada que ver con el que emparentar con ellos no fuese lo más recomendable. Era una tontería preocuparse por aquellas cosas. Por supuesto, él debía de sentir haberla perdido... todos debían de sentirlo. Probablemente para ellos era un doble fracaso de la ambición y del amor. Todos debían de haber confiado en elevarse de rango social gracias a las amistades de Harriet. Y por otra parte, ¿qué valor podía darse a la descripción de Harriet? Ella que era tan fácil de complacer... de tan

poco criterio... ¿qué valor podía tener un elogio suyo?

Emma hizo un esfuerzo por dominarse e intentó consolarla, haciéndole ver que todo lo que había pasado no tenía ninguna importancia, y que no valía la pena que se preocupara por ello.

-Han tenido que ser unos momentos desagradables -dijo-; pero parece que tú te has portado muy bien; ahora todo ha terminado; y como un primer encuentro no puede volver a repetirse, no tienes por qué pensar más en eso.

Harriet dijo que Emma tenía razón, y que no volvería a pensar en aquello... pero siguió hablando de lo mismo... no podía hablar de otra cosa; y por fin Emma, con objeto de sacarle a los Martin de la cabeza, se vio obligada a recurrir a las noticias que antes se había propuesto comunicarle con tantas precauciones y tanta delicadeza; casi sin saber si tenía que alegrarse o indignarse, si avergonzarse o tomárselo a broma, visto el estado de ánimo de la pobre Harriet... para quien el señor Elton parecía haber perdido ya todo interés...

Sin embargo, poco a poco el señor Elton volvió a adquirir importancia. Quizá no tanta como le concedía el día anterior o tan sólo una hora antes, pero volvía a interesarse por él; y antes de que terminara aquella conversación, Harriet había expresado todas las sensaciones de curiosidad, de asombro, de pesar, de pena y de ilusión acerca de aquella afortunada señorita Hawkins, que en su imaginación había vuelto a relegar a un lugar secundario a los Martin.

Emma llegó a sentirse casi satisfecha de que se hubiera producido aquel encuentro, ya que había servido para amortiguar el primer golpe sin producir ninguna influencia alarmante. Con el género de vida que llevaba ahora Harriet, los Martin no podían llegar hasta ella de no ser que fueran a buscarla exprofeso a donde no querrían ir por falta de valor y de condescendencia; porque desde que ella había rechazado al señor Martin, sus hermanas no habían vuelto a poner los pies en casa de la señora Goddard; y así era posible que pasase todo un año sin que volvieran a coincidir en algún sitio, careciendo pues de la necesidad y de la posibilidad incluso de hablarse.

CAPÍTULO XXII

LA naturaleza humana está tan predispuesta en favor de los que se encuentran en una situación excepcional, que la joven que se casa o se muere puede tener la seguridad de que la gente habla bien de ella.

Aún no había pasado una semana desde que en Highbury se mencionó por vez primera el nombre de la señorita Hawkins, cuando de un modo u otro se le descubrían toda la clase de excelencias físicas e intelectuales; era hermosa, elegante, muy bien educada y de trato muy agradable. Y cuando el propio señor Elton llegó para gozar del triunfo de tan fausta nueva y para difundir la fama de sus méritos, apenas tuvo otra cosa que hacer que decir cuál era su nombre de pila y explicar por qué clase de música tenía preferencia.

El señor Elton regresó rebosando felicidad. Se había ido rechazado y herido en su amor propio... viendo frustradas sus mayores esperanzas, después de una serie de hechos que él había interpretado como favorables síntomas de aliento;

y no sólo no había conseguido el partido que le interesaba, sino que se había visto rebajado al mismo nivel de otro por el que no sentía el menor interés. Se había ido profundamente ofendido... regresó prometido con otra joven... y con otra que era, por supuesto, tan superior a la primera como en esas circunstancias suele serlo siempre cuando se compara lo que se ha conseguido con lo que se acaba de perder. Regresó contento y satisfecho de sí mismo, activo y lleno de proyectos, sin preocuparse lo más mínimo por la señorita Woodhouse y desafiando a la señorita Smith.

La encantadora Augusta Hawkins añadía a todas las ventajas inherentes a una perfecta belleza y a sus grandes méritos, la del hecho de estar en posesión de una fortuna personal de unos millares de libras que siempre se cifraban en diez mil; cuestión que afectaba tanto a su dignidad como a sus intereses; los hechos demostraban perfectamente que no había malogrado sus posibilidades... había conseguido una esposa de diez mil libras, poco más o menos... y la había conseguido con una rapidez tan asombrosa... la primera hora que siguió a su primer encuentro había sido tan pródiga en grandes acontecimientos; el relato que había hecho a la señora Cole acerca del origen y del desarrollo del idilio le presentaba bajo un aspecto tan favorable... todo había ido tan aprisa, desde su encuentro casual hasta la cena en casa del señor Green y la fiesta en casa de la señora Brown... sonrisas y rubores creciendo en importancia... cavilaciones e inquietudes floreciendo profusamente por doquier... ella había quedado impresionada en seguida... se había mostrado tan favorablemente dispuesta para con él... en resumen, y para decirlo con palabras más claras, demostró tan buenas disposiciones para aceptarle que la vanidad y la prudencia quedaron satisfechas por igual.

Lo había conseguido todo, fortuna y afecto, y era exactamente el hombre feliz que siempre había soñado ser; hablando tan sólo de sí mismo y de sus cosas... esperando ser felicitado... dispuesto en todo momento a reír... y ahora, con amables sonrisas libres de todo temor, dirigiendo la palabra a las jóvenes del lugar, a quienes tan sólo unas pocas semanas antes hubiera hablado de un modo mucho más circunspecto y cauteloso.

La boda era un acontecimiento que no podía estar muy lejos, ya que ambos no habían tenido otro trabajo que el de gustarse, y sólo tenían que esperar los preparativos necesarios; y cuando él volvió de nuevo a Bath, todo el mundo supuso, y el aire que adoptó la señora Cole no parecía contradecir esas suposiciones, que cuando regresara a Highbury sería ya acompañado de su esposa.

Durante esta breve estancia suya, Emma apenas le había visto; lo justo para tener la sensación de que se había roto el hielo, y para que ella pensara que la presuntuosa jactancia de que ahora hacía gala el señor Elton no le favorecía en nada; lo cierto es que Emma empezaba a preguntarse cómo había sido posible que hubiera llegado a considerarle como un hombre atractivo; y su persona iba tan indisolublemente unida a recuerdos tan desagradables, que, excepto con un fin moral, como penitencia, como lección, como fuente de una provechosa humillación para su espíritu, hubiera sentido un gran alivio de tener la seguridad de no volverle a ver nunca más. Le deseaba todas las venturas; pero su

presencia la turbaba, y hubiese quedado mucho más satisfecha de saberle feliz a veinte millas de distancia.

Sin embargo, la turbación que le proporcionaba el hecho de que siguiera residiendo en Highbury, sin duda iba a aminorarse con su boda. Iban a evitarse muchos cumplidos inútiles y muchas situaciones embarazosas se suavizarían. La existencia de una *señora Elton* sería un buen pretexto para todos los cambios que hubieran en sus relaciones; su intimidad de antes podía desaparecer sin que a nadie le pareciera extraño. Ambos podrían casi reemprender de nuevo su vida social.

Sobre ella personalmente Emma no hubiera sabido qué decir. Sin duda era digna del señor Elton; con una educación suficiente para Highbury... lo suficientemente atractiva también... aunque lo más probable es que desmereciera al lado de Harriet. En cuanto a posición social, Emma sabía muy bien a qué atenerse; estaba convencida de que a pesar de todos sus presuntuosos alardes y de su desdén por Harriet, la realidad había sido muy distinta. Sobre esta cuestión la verdad parecía estar muy clara. No se sabía exactamente *qué* era; pero *quién* era fácil saberlo; *y* dejando aparte las diez mil libras, en nada parecía ser superior a Harriet. No aportaba ni un apellido ilustre, ni sangre noble, ni siquiera relaciones distinguidas. La señorita Hawkins era la menor de las dos hijas de un... comerciante -desde luego, hay que llamarle así- de Bristol; pero como, a fin de cuentas, los beneficios de su comercio no parecían haber sido muy elevados, era lógico suponer que los negocios a que se había dedicado no habían sido tampoco de mucha importancia. Cada invierno solía pasar una temporada en Bath; pero su casa estaba en Bristol, en el mismo centro de Bristol; pues aunque sus padres habían muerto hacía ya varios años, le quedaba un tío... que trabajaba con un abogado... todo lo que se atrevieron a decir de él fue que «trabajaba con un abogado»...; y la joven vivía en su casa. Emma suponía que se trataba del empleadillo de algún procurador y que era demasiado obtuso para subir de categoría. Y todo el lustre de la familia parecía depender de la hermana mayor, que estaba «muy bien casada» con un caballero que vivía «a lo grande» cerca de Bristol, y que tenía ¡nada menos que dos coches! Éste era el punto culminante de toda la historia; éste era el máximo motivo de orgullo de la señorita Hawkins.

¡Ah, si Emma pudiese lograr que Harriet pensara como ella acerca de todo aquel asunto! Ella había introducido a Harriet en el amor; pero ¡ay!, ahora no era tan fácil arrancarlo de su corazón. No era posible desvanecer el hechizo de algo que ocupaba tantas horas vacías como tenía Harriet. Sólo podía ser desvirtuado por otro; y sin duda llegaría este momento; nada podía estar más claro; pero Emma temía que esto era lo único que podía curarla. Harriet era una de esas personas que una vez han conocido el amor, durante todo el resto de su vida tienen que estar enamoradas. Y ahora, ¡pobre muchacha!, lo pasaba mucho peor desde que el señor Elton había regresado. En todas partes creía descubrir su silueta. Emma sólo le había visto una vez; pero Harriet dos o tres veces cada día estaba segura de estar *a punto* de encontrarse con él, *o a punto* de oír su voz, o a *punto* de divisar sus hombros, *a punto* de que ocurriera algo que mantuviera vivo el recuerdo de él en su imaginación, con toda la favorable

calidez de la sorpresa y de la conjetura. Además, continuamente estaba oyendo hablar de él; pues, excepto cuando estaba en Hartfield, se hallaba siempre entre personas que no veían ningún defecto en el señor Elton, y que consideraban que no había nada tan interesante como discutir acerca de sus asuntos; y por lo tanto todas las noticias, todas las suposiciones... todo lo que ya había ocurrido, todo lo que podía llegarle a ocurrir en el desarrollo de sus asuntos, incluyendo su renta anual, sus criados y sus muebles, eran temas que se debatían sin cesar en torno a ella. Sus sentimientos se robustecían al no oír más que elogios del señor Elton, su pesar se avivaba, y se sentía herida ante las incesantes ponderaciones de la felicidad de la señorita Hawkins y por los continuos comentarios acerca de la intensidad del afecto que el vicario le profesaba... el aire que tenía cuando andaba por la casa... incluso el modo en que se ponía el sombrero... todo eran pruebas de lo enamorado que llegaba a estar...

De haber sido posible tomarlo a broma, de no ser algo tan penoso para su amiga y que implicaba tantos reproches para sí misma, todas aquellas desazones del estado de ánimo de Harriet hubieran constituido un motivo de diversión para Emma. A veces era el señor Elton quien predominaba, otras los Martin; y el uno servía para contrarrestar los efectos del otro. La noticia del próximo matrimonio del señor Elton había sido el mejor remedio para la desazón que le produjo el encuentro con el señor Martin. La tristeza que le produjo esta noticia había sido superada en gran parte por la visita que pocos días después Elizabeth Martin efectuó a la señora Goddard. Harriet no estaba en casa; pero le había escrito y dejado una nota redactada de un modo que no pudo por menos de conmoverla; una mezcla de un poco de reproche y un mucho de afectuosidad; y hasta que reapareció el señor Elton estuvo muy ocupada reflexionando sobre aquello, cavilando acerca de lo que debía hacer para corresponder, y deseando hacer más de lo que se atrevía a confesarse. Pero el señor Elton en persona había alejado todas aquellas preocupaciones. Mientras él estuvo en Highbury los Martin fueron olvidados; y en la misma mañana en que salió de nuevo para Bath, Emma, para disipar la penosa impresión que aquello producía en su amiga, opinó que lo mejor que podía hacer era devolver la visita a Elizabeth Martin.

Qué debía pensarse de aquella visita... qué es lo que era necesario hacer... y qué era lo más seguro, habían sido cuestiones sobre las que era muy difícil tomar una determinación. No hacer ningún caso de la madre y de las hermanas, cuando se la invitaba, hubiera sido una ingratitud. No era posible; y sin embargo ¿y el peligro de que se reanudase aquella amistad?

Después de mucho pensar decidió, a falta de una idea mejor, que Harriet devolviese la visita; pero de un modo que, si ellos eran un poco despiertos se convencieran de que aquello no aspiraba a ser más que una relación formularia. Emma decidió que acompañaría a Harriet en su coche, que la dejaría en Abbey Hill, y que ella seguiría adelante durante un corto trecho, y que volvería a recogerla al cabo de poco rato, para evitar ocasión de que hubiesen demasiadas evocaciones intencionadas y peligrosas del pasado, dando también así la prueba más concluyente de qué grado de intimidad tenía que haber entre ellos en el futuro.

No se le ocurrió nada mejor; y aunque había algo en todo aquel plan que en el fondo no podía aprobar... como una sombra de ingratitud apenas disimulada... debía hacerse así, de lo contrario, ¿qué iba a ser de Harriet?

CAPÍTULO XXIII

Pocos ánimos tenía Harriet para ir de visita. Tan sólo media hora antes de que su amiga pasara a recogerla por casa de la señora Goddard, su mala estrella la condujo precisamente al lugar en donde en aquel momento un baúl dirigido al «Reverendo Philip Elton, White-Hart, Bath», era cargado en el carro del carnicero que debía llevarlo hasta donde pasaba la diligencia; y para Harriet todo lo demás del universo, excepto aquel baúl y su rótulo, dejaron de existir.

No obstante se puso en camino; y cuando llegaron a la granja y descendió del coche al final del ancho y limpio sendero engravillado que entre manzanos dispuestos a espaldera conducía hasta la puerta principal, el ver todas aquellas cosas que el otoño anterior le habían proporcionado tanto placer, empezó a producirle una cierta desazón; y cuando se separaron Emma advirtió que miraba a su alrededor con una especie de curiosidad temerosa que la decidió a no permitir que la visita se prolongara más allá del cuarto de hora que se habían propuesto. Emma siguió adelante para dedicar aquel rato a un antiguo criado que se había casado y que vivía en Donwell.

Al cabo de un cuarto de hora, puntualmente, volvía a estar de nuevo ante la blanca entrada; y la señorita Smith, obedeciendo a sus llamadas, no tardó en reunirse con ella sin la compañía de ningún peligroso joven. Se acercó sola por el sendero de grava... sólo una señorita Martin apareció en la puerta, despidiéndola al parecer con ceremoniosa cortesía.

Harriet tardó un poco en poder dar una explicación medianamente inteligible de lo que había ocurrido. Sus sentimientos eran demasiado intensos; pero por fin Emma logró enterarse de lo suficiente como para hacerse cargo de cómo se había desarrollado aquella entrevista y de qué clase de heridas había dejado en su amiga. Sólo había visto a la señora Martin y a sus dos hijas. La habían acogido de un modo receloso, por no decir frío; y casi durante todo el tiempo no se había hablado más que de simples lugares comunes... hasta el último momento, cuando inesperadamente la señora Martin había dicho que tenía la impresión de que la señorita Smith había crecido, llevando así la conversación hacia un tema más interesante y mostrándose más efusiva. En el pasado mes de setiembre, en aquella misma habitación Harriet había comparado su estatura con la de sus dos amigas. Allí estaban aún las señales de lápiz y las inscripciones en el marco de la ventana. Lo había hecho *él.* Todos parecieron recordar el día, la hora, la fiesta, la ocasión... sentir la misma inquietud, el mismo pesar... estar dispuestos a volver a ser los mismos de antes; y ya iban haciéndose a la idea de que todo volviera a ser igual que unos meses atrás (Harriet, como Emma debía de sospechar, estaba tan dispuesta como cualquiera de ellas a mostrarse de nuevo tan afectuosa y tan contenta como antes), cuando reapareció el coche y todo se esfumó. Entonces el carácter de la visita y su brevedad se sintieron

más intensamente. ¡Conceder catorce minutos a las personas a quienes hacía menos de seis meses debía agradecer una feliz estancia de seis semanas! Emma no podía por menos de imaginarse la situación y de darse cuenta de la razón que tenían de sentirse ofendidos, y de lo natural que era que Harriet sufriera por todo ello. Era un mal asunto. Ella hubiera estado dispuesta a hacer cualquier cosa, hubiera tolerado cualquier cosa para conseguir que los Martín estuvieran en un nivel social más elevado. Tenían tan buena voluntad que sólo un *poco* más de altura ya hubiera podido bastar; pero, tal como estaban las cosas, ¿de qué otra manera podía obrar? Imposible... No podía arrepentirse. Tenían que separarse; pero aquella era una operación muy dolorosa... para ella tanto en aquella ocasión que en seguida sintió la necesidad de buscar un poco de consuelo, y decidió regresar a su casa pasando por Randalls para procurárselo. Estaba ya harta del señor Elton y de los Martin. El refrigerio de Randalls era absolutamente necesario.

Había sido una buena idea. Pero al acercarse a la puerta les dijeron que «ni el señor ni la señora estaban en casa»; los dos habían salido hacía ya bastante rato; el criado suponía que habían ido a Hartfield.

-¡Qué mala suerte! -exclamó Emma mientras volvían al coche-. Y ahora cuando lleguemos allí ellos se habrán acabado de ir; ¡esto ya es demasiado! Hacía tiempo que no me fastidiaba tanto una cosa así.

Y se recostó en un rincón del coche para desfogar su mal humor o para disiparlo a fuerza de razonamientos; probablemente un poco ambas cosas... como suele ocurrir con las personas de buen natural. De pronto el coche se detuvo; levantó la mirada; lo habían detenido el señor y la señora Weston, que estaban ante ella disponiéndose a hablarle. Sintió una gran alegría al verles, alegría que fue aún mayor cuando oyó el sonido de sus voces... porque el señor Weston la abordó inmediatamente.

-¿Qué tal, cómo está? ¿Qué tal? Hemos visitado a su padre... y nos ha alegrado mucho verle con tan buen aspecto. Frank llega mañana... esta misma mañana he tenido carta suya... mañana a la hora de comer ya lo tendremos en casa, esta vez es seguro... hoy está en Oxford, y viene para pasar dos semanas completas; ya sabía yo que tenía que ser así. Si hubiera venido por Navidad no hubiese podido quedarse con nosotros más que tres días; yo desde el primer momento me alegré de que no viniera por Navidad; ahora disfrutaremos de un tiempo mucho mejor, hace unos días claros, secos, el tiempo es estable. De este modo disfrutaremos mucho más de su compañía; todo ha salido mejor de lo que hubiéramos podido desearlo.

No había modo de resistir a estas noticias, ni posibilidad de evitar la influencia de un rostro tan feliz como el del señor Weston, confirmándolo todo las palabras y la actitud de su esposa, menos locuaz y más reservada, pero no menos alegre por lo ocurrido. Saber que ella considerara segura la llegada de su hijastro era suficiente para que Emma lo creyese también así, y participó sinceramente de su júbilo. Era la más grata recuperación de unos ánimos abatidos. Lo pasado se olvidaba ante las felices perspectivas de lo que iba a ocurrir; y en aquel momento Emma tuvo la esperanza de que no volvería a hablarse más del señor Elton.

El señor Weston les contó la historia de todo lo que había sucedido en Enscombe, y que había permitido a su hijo escribirles diciendo que disponía de dos semanas completas y describiéndoles cuál sería el camino que seguiría y el modo en que llevaría a cabo el viaje; y la joven escuchaba, sonreía y se alegraba muy de veras.

-Y en seguida le llevaré a Hartfield erijo el señor Weston, como conclusión.

Al llegar a este punto Emma supuso que su esposa le llamaba la atención apretándole el brazo.

-Tendríamos que irnos, querido -dijo-; estamos entreteniéndolas.

-Sí, sí, cuando quieras... -y volviéndose de nuevo a Emma-: pero ahora no crea que es un joven tan apuesto, ¿eh?; usted sólo le conoce a través de lo que yo le he dicho; me atrevería a decir que en realidad no es nada tan extraordinario...

Pero el centelleo que tenían sus ojos en aquel momento decía bien a las claras que su opinión no podía ser más distinta. Emma por su parte consiguió aparentar una total tranquilidad e inocencia, y responder de un modo que no la comprometiera en absoluto.

-Emma, querida, piensa en mí mañana alrededor de las cuatro -fue el ruego con el que se despidió la señora Weston; y en sus palabras, que sólo iban dirigidas a ella, había una cierta inquietud.

-¡A las cuatro! Puedes estar segura de que a las tres ya lo tendremos aquí -le corrigió rápidamente el señor Weston.

Y así terminó aquel afortunado encuentro. Emma había cobrado nuevos ánimos y se sentía completamente feliz; todo parecía distinto; James y sus caballos no parecían ni la mitad de lentos que antes. Cuando posó la mirada en los setos pensó que los saúcos por lo menos no tardarían ya mucho en echar brotes, y cuando se volvió a Harriet también en su rostro creyó ver como un atisbo primaveral, algo semejante a una vaga sonrisa. Pero la pregunta que hizo no era excesivamente prometedora:

-¿Crees que el señor Frank Churchill además de pasar por Oxford pasará por Bath?

Pero ni los conocimientos geográficos ni la tranquilidad se adquieren en un abrir y cerrar de ojos; y en aquellos momentos Emma se sentía dispuesta a conceder que tanto una cosa como otra ya llegarían con el tiempo.

Llegó la mañana de aquel día tan esperado, y la fiel discípula de la señora Weston no se olvidó ni a las diez, ni a las once ni a las doce, que a las cuatro tenía que pensar en ella.

«¡Pobre amiga mía! -se decía para sí mientras salía de su alcoba y bajaba las escaleras-. ¡Siempre preocupándose tanto por el bienestar de todo el mundo y sin pensar en el suyo! Ahora mismo te estoy viendo atareadísima, entrando y saliendo mil veces de su habitación para asegurarte de que todo está en orden. -El reloj dio las doce mientras atravesaba el recibidor-. Las doce, dentro de cuatro horas no me olvidaré de pensar en ti. Y mañana a esta hora, poco más o menos, o quizás un poco más tarde, pensaré que estarán todos a punto de venir a visitarnos. Estoy segura de que no tardarán mucho en traerle aquí.»

Abrió la puerta del salón y vio a su padre hablando con dos caballeros: el señor Weston y su hijo. Hacía pocos minutos que habían llegado, y el señor Weston

apenas había tenido tiempo de acabar de explicar porqué Frank se había anticipado un día a lo previsto, y su padre se hallaba aún dándoles la bienvenida y felicitándoles con sus ceremoniosas frases cuando ella apareció para participar del asombro, de las presentaciones y de la ilusión de aquellos momentos.

Frank Churchill, de quien tanto se había hablado, que tanta expectación había suscitado, estaba en persona ante ella... se hicieron las presentaciones y Emma pensó que los elogios que se habían hecho de él no habían sido excesivos; era un joven extraordinariamente apuesto; su porte, su elegancia, su desenvoltura no admitían ningún reparo, y en conjunto su aspecto recordaba mucho del buen temple y de la vivacidad de su padre; parecía despierto de inteligencia y con talento. Emma advirtió inmediatamente que sería de su agrado; y vio en él una naturalidad en el trato y una soltura en la conversación, propias de alguien de buena crianza, que la convencieron de que él aspiraba a ganarse su amistad, y de que no tardarían mucho en ser buenos amigos.

Había llegado a Randalls la noche antes. Emma quedó muy complacida al ver las prisas por llegar que había tenido el joven y que le había hecho cambiar de plan, ponerse en camino antes de lo previsto, hacer jornadas más largas y más intensas para poder ganar medio día.

-Ya le decía ayer -exclamaba el señor Weston lleno de entusiasmo-, yo ya les había dicho a todos que le tendríamos con nosotros antes del tiempo fijado. Me acordaba de lo que yo solía hacer a su edad. No se puede viajar a paso de tortuga; es inevitable que uno vaya mucho más aprisa de lo que había planeado; y la ilusión de sorprender a nuestros amigos cuando no se lo esperan vale mucho más que las pequeñas molestias que trae consigo una cosa así.

-Hace mucha ilusión poder dar una sorpresa como ésta -dijo el joven-, aunque no me atrevería a hacerlo en muchas casas; pero tratándose de *mi familia* pensé que podía permitírmelo todo.

La expresión «mi familia» hizo que su padre le dirigiera una mirada de viva complacencia. Emma se convenció plenamente de que el joven sabía cómo hacerse agradable; y esta convicción se robusteció oyéndole hablar más. Hizo muchos elogios de Randalls, la consideró como una casa admirablemente ordenada, apenas quiso conceder que era pequeña, elogió su situación, el camino de Highbury, el propio Highbury, Hartfield todavía más, y aseguró que siempre había sentido por la comarca el interés que sólo puede despertar la tierra propia, y que siempre había sentido una enorme curiosidad por visitarla. Por la mente de Emma cruzó suspicazmente la idea de que era extraño que hubiese tardado tanto tiempo en poder cumplir este deseo; pero incluso si sus palabras no eran sinceras, resultaban gratas, y eran hábiles y oportunas. No daba la impresión de una persona afectada o amanerada. Lo cierto es que su entusiasmo parecía totalmente sincero.

En general, el tema de la conversación fue el normal entre personas que acaban de conocerse. Él le preguntó si montaba a caballo, si le gustaba pasear por el campo, si tenía muchos amigos por aquellos contornos, si estaba satisfecha de la vida social que podía proporcionarles un pueblo como Highbury -«He visto que hay casas preciosas por estos alrededores»-, si había bailes, si celebraban reuniones de carácter musical...

Pero una vez satisfecha su curiosidad acerca de todos esos puntos, y cuando su conversación se hizo ya un poco más íntima, el joven se las ingenió para encontrar la oportunidad, mientras sus padres conversaban solos aparte, para hablar de su madrastra y hacer de ella los mayores elogios, declarándose un gran admirador suyo, y diciendo que le profesaba tanta gratitud por la felicidad que había proporcionado a su padre y por la cálida acogida que le había dispensado a él, que venía a constituir una prueba más de que sabía cómo agradar... y de que sin duda consideraba que valía la pena intentar atraérsela. Sin embargo, sus elogios nunca rebasaron lo que Emma sabía que la señora Weston merecía sobradamente; pero claro está que él tampoco podía saber demasiado acerca de ella. Lo que sabía era que sus palabras iban a ser agradables; pero no podía estar seguro de muchas cosas más.

-La boda de mi padre -dijo- ha sido una de sus decisiones más afortunadas; todos sus amigos deben alegrarse; y la familia gracias a la cual ha sido posible esta gran suerte para mí siempre será merecedora de la mayor gratitud.

Casi llegó a agradecer a Emma los méritos de la señorita Taylor, aunque sin dar la impresión de que olvidara completamente, que, en buena lógica, era más natural suponer que había sido la señorita Taylor quien había formado el carácter de la señorita Woodhouse que la señorita Voodhouse el de la señorita Taylor. Y por fin, como decidiéndose a justificar su criterio atendiendo a todos y cada uno de los aspectos de la cuestión, manifestó su asombro por la juventud y la belleza de su madrastra.

-Yo suponía -dijo- que se trataba de una dama elegante y de maneras distinguidas; pero confieso que en el mejor de los casos no esperaba' que fuese más que una mujer de cierta edad todavía de buen ver; no sabía que la señora Weston era una joven tan linda.

-A mi entender -dijo Emma- exagera usted un poco al encontrar tantas perfecciones en la señora Weston; si descubriera usted que tiene dieciocho años, no dejaría de darle la razón; pero estoy segura de que ella se enojaría con usted si supiese que le dedica frases como ésas. Procure que no se entere de que habla de ella como de una joven tan linda.

-Espero que sabré ser discreto -replicó-; no, puede usted estar segura (y al decir esto hizo una galante reverencia) de que hablando con la señora Weston sabré a quién poder elogiar sin correr el riesgo de que se me considere exagerado o inoportuno.

Emma se preguntó si las mismas suposiciones que ella se había hecho acerca de las consecuencias que podía traer el que los dos se conocieran, y que habían llegado a adueñarse tan completamente de su espíritu, habían cruzado alguna vez por la mente de él; y si sus cumplidos debían interpretarse como muestras de aquiescencia o como una especie de desafío. Tenía que conocerle más a fondo para saber qué es lo que se proponía; por el momento lo único que podía decir era que sus palabras le eran agradables.

No tenía la menor duda de los proyectos que el señor Weston había estado forjando sobre todo aquello. Había sorprendido una y otra vez su penetrante mirada fija en ellos con expresión complacida; e incluso cuando él decidía no mirar, Emma estaba segura de que a menudo debía de estar escuchando.

El que su padre fuera totalmente ajeno a cualquier idea de ese tipo, el que fuese absolutamente incapaz de hacer tales suposiciones o de tener tales sospechas, era ya un hecho más tranquilizador. Por fortuna estaba tan lejos de aprobar su matrimonio como de preverlo... Aunque siempre ponía reparos a todas las bodas, nunca sufría de antemano por el temor de que llegara este momento; parecía como si no fuese capaz de pensar tan mal de dos personas, fueran cuales fuesen, suponiendo que pretendían casarse, hasta que hubieran pruebas concluyentes contra ellas. Emma bendecía aquella ceguera tan favorable. En aquellos momentos, sin tener que preocuparse por ninguna conjetura poco grata, sin llegar a adivinar en el futuro ninguna posible traición por parte de su huésped, daba libre curso a su cortesía espontánea y cordial, interesándose vivamente por los problemas de alojamiento que había tenido Frank Churchill durante su viaje -con molestias tan penosas como el dormir dos noches en camino-, preguntando ansiosamente sí era cierto que no se había resfriado... lo cual, a pesar de todo, él no consideraría totalmente seguro hasta después de haber pasado otra noche.

Había transcurrido ya un tiempo razonable para la visita, y el señor Weston se levantó para irse.

-Ya es hora de que me vaya. Tengo que pasar por la hostería de la Corona para hablar de un heno que necesito, y la señora Weston me ha hecho muchísimos encargos para la tienda de Ford; pero no es preciso que me acompañe nadie.

Su hijo, demasiado bien educado para recoger la insinuación, también se levantó inmediatamente diciendo:

-Mientras te ocupas de todos esos asuntos, yo aprovecharía la ocasión para hacer una visita que tengo que hacer un día u otro, y por lo tanto puedo quedar bien hoy mismo. Tuve el gusto de conocer a un vecino suyo -volviéndose hacia Emma-, una señora que vive en Highbury, o por aquí cerca; una familia cuyo nombre es Fairfax. Supongo que no tendré dificultad en encontrar la casa; aunque creo que no se apellidan Fairfax propiamente... es algo así como Barnes o Bates. ¿Conoce usted alguna familia que se llame así?

-¡Ya lo creo! -exclamó su padre-; la señora Bates... cuando pasamos por delante de su casa vi que la señorita Bates estaba asomada a la ventana. Cierto, cierto que conoces a la señorita Fairfax; me acuerdo que la conociste en Weymouth, y es una muchacha excelente. Sobre todo no dejes de visitarla.

-No es necesario que vaya a visitarles esta misma mañana -dijo el joven-; puedo ir cualquier otro día; pero en Weymouth nos hicimos tan amigos que...

-Nada, nada, no dejes de ir hoy mismo; no tienes por qué aplazar la visita. Nunca es demasiado pronto para hacer lo que se debe. Y además, Frank, tengo que hacerte una advertencia; *aquí* tendrías que poner mucho cuidado en evitar todo lo que pudiera parecer un desaire para con ella. Cuando tú la conociste vivía con los Campbell y estaba a la misma altura de todos los que la trataban, pero aquí está con su abuela, que es una anciana pobre, que apenas tiene la suficiente para vivir. O sea que si no la visitas pronto le harás un desaire.

Su hijo pareció quedar convencido. Emma dijo:

-Ya le he oído hablar de su amistad; es una joven muy elegante.

Él asintió, pero con un «sí» tan escueto que casi hizo dudar a Emma de que ésta era su opinión; y sin embargo, en el gran mundo se debía de tener una idea muy distinta de la elegancia si Jane Fairfax sólo era considerada como una joven corriente.

-Si antes de ahora nunca le habían llamado la atención sus maneras -dijo ella-, creo que hoy le impresionarán. Podrá verla en un ambiente que le da más realce; verla y oírla... bueno, aunque me temo que no le oirá decir ni una palabra, porque tiene una tía que no para de hablar ni un momento.

-¿De modo que conoce usted a la señorita Jane Fairfax? -dijo el señor Woodhouse, siempre el último en tomar parte en la conversación-; entonces permítame asegurarle que le parecerá una joven muy agradable. Está pasando una temporada aquí, en casa de su abuela y de su tía, gente muy bien; les conozco de toda la vida. Se alegrarán muchísimo de verle, estoy seguro, y uno de mis criados le acompañará para enseñarle el camino.

-¡Por Dios, señor Woodhouse, de ninguna manera, no faltaba más! Mi padre puede guiarme.

-Pero su padre no va tan lejos; va sólo a la Corona, que está al otro lado de la calle, y por allí hay muchas casas y es fácil equivocarse; puede usted desorientarse, y se va a poner perdido de andar por allí si no cruza por el mejor paso; pero mi cochero puede indicarle el mejor sitio para cruzar la calle.

Frank Churchill siguió declinando el ofrecimiento, con toda la seriedad de que era capaz, y su padre acudió en su ayuda exclamando:

-¡Mi querido amigo, pero si es completamente innecesario! Frank no es tan tonto como para meterse en un charco sin verlo, y desde la Corona puede llegar a casa de la señora Bates en un instante.

Se les permitió que se fueran solos; y con un cordial movimiento de la cabeza por parte de uno y una graciosa reverencia por parte del otro, los dos caballeros se despidieron. Emma quedó muy complacida con el comienzo de esta amistad, y a partir de entonces a cualquier hora del día que pensara en todos los miembros de la familia de Randalls, tenía plena confianza en que eran felices.

CAPÍTULO XXIV

A la mañana siguiente Frank Churchill se presentó de nuevo allí. Vino con la señora Weston, por quien, como por el propio Highbury, parecía sentir gran afecto. Al parecer ambos habían estado charlando amigablemente en su casa hasta la hora en que se solía dar un paseo; y cuando el joven tuvo que decidir la dirección que tomarían, inmediatamente se pronunció por Highbury.

-Él ya sabe que yendo en todas direcciones pueden darse paseos muy agradables, pero si se le da a elegir siempre se decide por lo mismo. Highbury, ese oreado, alegre y feliz Highbury, ejerce sobre él una constante atracción...

Highbury para la señora Weston significaba Hartfield; y ella confiaba en que para su acompañante lo fuese también. Y hacia allí encaminaron directamente sus pasos.

Emma no les esperaba; porque el señor Weston, que les había hecho una

rapidísima visita de medio minuto, justo el tiempo de oír que su hijo era muy buen mozo, no sabía nada de sus planes; y por lo tanto para la joven fue una agradable sorpresa verles acercarse a la casa juntos, cogidos del brazo. Había estado deseando volver a verle, y sobre todo verle en compañía de la señora Weston, ya que de su proceder con su madrastra dependía la opinión que iba a formarse de él. Si fallaba en este punto, nada de lo que hiciera podría justificarle a sus ojos. Pero al verles juntos quedó totalmente satisfecha.. No era sólo con buenas palabras ni con cumplidos hiperbólicos como cumplía sus deberes; nada podía ser más adecuado ni más agradable que su modo de comportarse con ella... nada podía demostrar más agradablemente su deseo de considerarla como una amiga y de ganarse su afecto; y Emma tuvo tiempo más que suficiente de formarse un juicio más completo, ya que su visita duró todo el resto de la mañana. Los tres juntos dieron un paseo de una o dos horas, primero por los plantíos de árboles de Hartfield y luego por Highbury. El joven se mostraba encantado con todo; su admiración por Hartfield hubiera bastado para llenar de júbilo al señor Woodhouse; y cuando decidieron prolongar el paseo, confesó su deseo de que le informaran de todo lo relativo al pueblo, y halló motivos de elogio y de interés mucho más a menudo de lo que Emma hubiera podido suponer.

Algunas de las cosas que despertaban su curiosidad demostraban que era un joven de sentimientos delicados. Pidió que le enseñaran la casa en la que su padre había vivido durante tanto tiempo, y que había sido también la casa de su abuelo paterno; y al saber que una anciana que había sido su ama de cría vivía aún, recorrió toda la calle de un extremo al otro en busca de su cabaña; y aunque algunas de sus preguntas y de sus comentarios, no tenían ningún mérito especial, en conjunto demostraban muy buena voluntad para con Highbury en general, lo cual para las personas que le acompañaban venía a ser algo muy semejante a un mérito.

Emma, que le estudiaba, decidió que con sentimientos como aquellos con los que ahora se mostraba, no podía suponerse que por su propia voluntad hubiera permanecido tanto tiempo alejado de allí; que no había estado fingiendo ni haciendo ostentación de frases insinceras; y que sin duda el señor Knightley no había sido justo con él.

Su primera visita fue para la Hostería de la Corona, una hostería de no demasiada importancia, aunque la principal en su ramo, donde disponían de dos pares de caballos de refresco para la posta, aunque más para las necesidades del vecindario que para el movimiento de carruajes que había por el camino; y sus acompañantes no esperaban que allí el joven se sintiese particularmente interesado por nada; pero al entrar le contaron la historia del gran salón que a simple vista se veía que había sido añadido al resto del edificio; se había construido hacía ya muchos años con el fin de servir para sala de baile, y se había utilizado como tal mientras en el pueblo los aficionados a esta diversión habían sido numerosos; pero tan brillantes días quedaban ya muy lejos, y en la actualidad servía como máximo para albergar a un club de *whist* que habían formado los señores y los medios señores del lugar. El joven se interesó inmediatamente por aquello. Le llamaba la atención que aquello hubiera sido

una sala de baile; y en vez de seguir adelante, se detuvo durante unos minutos ante el marco de las dos ventanas de la parte alta, abriéndolas para asomarse y hacerse cargo de la capacidad del local, y luego lamentar que ya no se utilizase para el fin para el que había sido construido. No halló ningún defecto en la sala y no se mostró dispuesto a reconocer ninguno de los que ellas le sugirieron. No, era suficientemente larga, suficientemente ancha, y también lo suficientemente bien decorada. Allí podían reunirse cómodamente las personas necesarias. Deberían organizarse bailes por lo menos cada dos semanas durante el invierno. ¿Por qué la señorita Woodhouse no hacía que aquel salón conociese de nuevo tiempos tan brillantes como los de antaño? ¡Ella que lo podía todo en Highbury! Se le objetó que en el pueblo faltaban familias de suficiente posición, y que era seguro que nadie que no fuera del pueblo o de sus inmediatos alrededores se sentiría tentado de asistir a esos bailes; pero él no se daba por vencido. No podía convencerse de que con tantas casas hermosas como había visto en el pueblo, no pudiera reunirse un número suficiente de personas para una velada de ese tipo; e incluso cuando se le dieron detalles y se describieron las familias, aún se resistía a admitir que el mezclarse con aquella clase de gente fuera un obstáculo, o que a la mañana siguiente habría dificultades para que cada cual volviera al lugar que le correspondía. Argumentaba como un joven entusiasta del baile; y Emma quedó más bien sorprendida al darse cuenta de que el carácter de los Weston prevalecía de un modo tan evidente sobre las costumbres de los Churchill. Parecía tener toda la vitalidad, la animación, la alegría y las inclinaciones sociales de su padre, y nada del orgullo o de la reserva de Enscombe. La verdad es que tal vez de orgullo tenía demasiado poco; su indiferencia a mezclarse con personas de otra dase lindaba casi con la falta de principios. Sin embargo no podía darse aún plena cuenta de aquel peligro al que daba tan poca importancia. Aquello no era más que una expansión de su gran vitalidad.

Por fin le convencieron para alejarse de la fachada de la Corona; y al hallarse ahora casi enfrente de la casa en que vivían las Bates, Emma recordó que el día anterior quería hacerles una visita, y le preguntó si había llevado a cabo su propósito.

-Sí, sí, ya lo creo -replicó-; precisamente ahora iba a hablar de ello. Una visita muy agradable... Estaban las tres; y me fue muy útil el aviso que usted me dio; si aquella señora tan charlatana me hubiera cogido totalmente desprevenido, hubiese sido mi muerte; y a pesar de todo me vi obligado a quedarme mucho más tiempo del que pensaba. Una visita de diez minutos era necesaria y oportuna... y yo le había dicho a mi padre que estaría de vuelta en casa antes que él; pero no había modo de irse, no se hizo ni la menor pausa; e imagínese cuál sería mi asombro cuando mi padre al no encontrarme en ningún otro sitio por fin vino a buscarme, y me di cuenta que había pasado allí casi tres cuartos de hora; antes de entonces la buena señora no me dio la posibilidad de escaparme.

-¿Y qué impresión le produjo la señorita Fairfax?

-Mala, muy mala... es decir, si no es demasiado descortés decir de una señorita que produce mala impresión. Pero su aspecto es realmente inadmisible,

¿no le parece, señora Weston? Una dama no puede tener ese aire tan enfermizo. Y, francamente, la señorita Fairfax está tan pálida que casi da la impresión de que no goza de buena salud... Una deplorable falta de vitalidad.

Emma no estaba de acuerdo con él y empezó a defender acaloradamente el saludable aspecto de la señorita Fairfax.

-Es cierto que nunca da la sensación de que rebosa salud, pero de eso a decir que tiene un color quebrado y enfermizo va un abismo; y su piel tiene una suavidad y una delicadeza que le da una elegancia especial a sus facciones.

Él la escuchaba con una cortés deferencia; reconocía que había oído decir lo mismo a mucha gente... pero, a pesar de todo debía confesar que a su juicio nada compensaba la ausencia de un aspecto saludable. Cuando la belleza no era excesiva, la salud y la lozanía daban realce e incluso hermosura a la persona; y cuando la belleza y la salud se daban juntas... en este caso añadió con galantería, no era preciso describir cuál era el efecto que producían.

-Bueno -dijo Emma-, sobre gustos no hay nada escrito... Pero por lo menos, exceptuando el color de la tez, puede decirse que le ha producido buena impresión.

El joven sacudió la cabeza y se echó a reír:

-No sabría dar una opinión sobre la señorita Fairfax sin tener en cuenta este hecho.

-¿La veía usted a menudo en Weymouth? ¿Se encontraban con frecuencia en los mismos círculos sociales?

En aquel momento se estaban acercando a la tienda de Ford, y él se apresuró a exclamar:

-¡Vaya! Ésta debe de ser la tienda a la que, según dice mi padre, acude todo el mundo cada día sin falta. Dice que de cada semana seis días viene a Highbury y siempre tiene algo que hacer aquí. Si no tienen ustedes inconveniente me gustaría entrar para demostrarme a mí mismo que pertenezco al pueblo, que soy un verdadero ciudadano de Highbury. Tendría que hacer unas compras. Me someto, abdico de mi independencia de criterio... Supongo que venderán guantes ¿no?

-¡Oh, sí! Guantes y todo lo que usted quiera. Admiro su patriotismo. Le adorarán en Highbury. Antes de su llegada ya era muy popular por ser el hijo del señor Weston... pero deje usted media guinea en casa Ford y tendrá mucha más popularidad de la que merece por sus virtudes.

Entraron, y mientras traían y desplegaban sobre el mostrador los suaves y bien liados paquetes de «Men's Beavers» y «York Tan»,[11] el joven dijo:

-Le ruego que me disculpe, señorita Woodhouse, me estaba usted hablando, ¿qué me decía en el momento de mi estallido de *amor patriae?* ¿Sería tan amable de repetírmelo? Le aseguro que por mucho que aumentara mi renombre en el pueblo, no me consolaría de la pérdida de un gramo de felicidad en mi vida privada.

-Sólo le preguntaba si había tratado mucho a la señorita Fairfax en Weymouth.

-Ahora que entiendo su pregunta, debo confesarle que me parece muy

[11] Se trata de dos especialidades de guantería: «Men's Beavers» debían de ser guantes de piel de castor para uso masculino; «York Tan» otra clase de guantes de piel curtida.

delicada. El derecho de decidir el grado de amistad que se tiene con un caballero siempre se concede a las damas. La señorita Fairfax ya debe haber dado su parecer sobre la cuestión. No voy a ser tan indiscreto como para atreverme a atribuirme más del que ella haya decidido concederme.

-Palabra que contesta usted con tanta discreción como podría hacerlo ella misma. Pero siempre que ella hablaba de algo lo hace de una manera tan ambigua, es tan reservada, se resiste tanto a dar la menor información acerca de cualquiera, que creo que usted puede decirnos lo que le plazca acerca de su amistad con ella.

-¿De veras? Entonces les diré la verdad, y nada me complace tanto como poder hacerlo. En Weymouth la veía con frecuencia. En Londres yo había tenido cierto trato con los Campbell; y en Weymouth frecuentábamos los mismos círculos. El coronel Campbell es un hombre muy agradable, y la señora Campbell una dama muy amable y muy cordial. Les profeso un gran afecto.

-Entonces supongo que conocerá usted la situación de la señorita Fairfax; la clase de vida que le espera.

-Sí contestó titubeando-, creo estar enterado de todo eso.

-Emma -dijo la señora Weston sonriendo-, ésas son cuestiones muy delicadas; recuerda que estoy yo presente. El señor Frank Churchill apenas sabe qué decir cuando le hablas de la situación de la señorita Fairfax. Si no te importa, me apartaré un poco.

-La verdad es que me olvido de pensar en ti erijo Emma-, porque para mí nunca has sido otra cosa que mi amiga, la mejor de mis amigas.

El joven pareció comprender todo el sentido de las palabras de Emma y rendir homenaje a sus sentimientos. Y una vez comprados los guantes, de nuevo en la calle, Frank Churchill dijo:

-¿Ha oído tocar alguna vez a la señorita de la que estábamos hablando?

-¿Si la he oído tocar? -exclamó Emma-. Olvida usted que ha pasado muchas temporadas en Highbury. La he oído todos y cada uno de los años de nuestra vida desde que las dos empezamos a estudiar música. Toca de una manera encantadora.

-¿De veras lo cree así? Tenía interés por conocer la opinión de alguien que pudiera juzgar con conocimiento de causa. A mí me parecía que tocaba bien, es decir, con mucho gusto, pero yo no entiendo nada en estas cuestiones... Soy muy aficionado a la música, pero me considero un profano, y no me creo con derecho a juzgar a nadie... Siempre que la oía tocar me quedaba admirado; y recuerdo una ocasión en que vi que la consideraban como una buena intérprete: un caballero muy entendido en música, y que estaba enamorado de otra dama... estaban prometidos y faltaba poco para la boda... pues este señor siempre prefería que fuera la señorita Fairfax la que se sentara a tocar en vez de su prometida... nunca parecía tener interés en oír a la una si podía oír a la otra. Eso en un hombre muy entendido en música, yo consideré que significaba algo.

-Pues claro que sí -dijo Emma muy divertida-. El señor Dixon entiende mucho de música, ¿verdad? Vamos a enterarnos de más cosas de todos ellos en media hora gracias a usted que las que en medio año la señorita Fairfax se hubiera dignado a decirnos.

-Sí, el señor Dixon y la señorita Campbell eran las personas a que aludía; y yo lo consideré como una prueba concluyente.

-Desde luego, creo que lo es; para serle sincera, demasiado concluyente para que, si yo hubiera sido la señorita Campbell, la hubiese aceptado de buen grado. No encontraría disculpas para un hombre que prestara más atención a la música que al amor... que tuviera más oído que ojos... una sensibilidad más aguzada para los sonidos armoniosos que para mis sentimientos. ¿Cómo reaccionó la señorita Campbell?

-Era íntima amiga suya, ¿sabe usted?

-¡Vaya consuelo! -dijo Emma riendo-. Yo preferiría verme preterida por una extraña que por una amiga muy íntima... por lo menos con una extraña hay la posibilidad de que la cosa no vuelva a suceder... pero lo triste es que una amiga muy íntima siempre está cerca de nosotros, y si resulta que lo hace todo mejor que una misma... ¡Pobre señora Dixon! Bueno, me alegro de que haya decidido ir a vivir a Irlanda.

-Tiene usted razón. No era muy halagador para la señorita Campbell; pero la verdad es que ella no parecía darse cuenta.

-Tanto mejor... o tanto peor... No lo sé. Pero, tanto si era por dulzura de carácter como por tontería, porque siente intensamente la amistad o porque es corta de luces, a mi entender había una persona que debería haberse dado cuenta de ello: la propia señorita Fairfax. Era ella quien debía advertir lo impropio y lo peligroso de las distinciones de que era objeto.

-Por lo que a ella se refiere, no creo que...

-Oh, no crea que espero que usted o cualquiera otra persona me describa cuáles son los sentimientos de la señorita Fairfax. Ya supongo que nadie puede conocerlos, excepto ella misma. Pero si seguía tocando siempre que se lo pedía el señor Dixon, cada cual puede suponer lo que quiera.

-En apariencia todos parecían vivir en muy buena armonía -empezó a decir rápidamente, pero en seguida añadió como corrigiéndose-: aunque me sería imposible decir exactamente en qué términos se hallaba su amistad... todo lo que pudiera haber detrás de estas apariencias. Lo único que puedo decir es que exteriormente no parecía haber dificultades. Pero usted que ha conocido a la señorita Fairfax desde niña, debe de tener más elementos que yo para juzgarla y para adivinar cómo puede llegar a conducirse en una situación crítica.

-Desde luego, la he conocido desde niña; juntas hemos sido niñas y luego mujeres; y es natural el suponer que tenemos intimidad... que hemos vuelto a vernos a menudo siempre que visitaba a sus amigas. Pero nunca ha ocurrido así. Y no sabría explicarle muy bien por qué; quizás haya influido un poco una cierta malignidad mía que me ha llevado a sentir aversión por una muchacha tan idolatrada y tan alabada como siempre ha sido ella, por su tía, su abuela y todas las personas de su círculo. Por otra parte está su reserva... nunca he podido hacer amistad con alguien que fuera tan extremadamente reservado.

-Ciertamente -dijo él- es un rasgo de carácter muy poco agradable. Sin duda a menudo resulta muy conveniente, pero nunca es grato. La reserva ofrece seguridad, pero no es atractiva. No es posible querer a una persona reservada.

-No, hasta que no abandone esta reserva para con uno; y entonces la

atracción puede ser mayor. Pero por lo que a mí respecta, hubiera debido tener más necesidad de una amiga, de una compañera agradable, de la que he tenido, para tomarme la molestia de conquistar la reserva de alguien para atraérmelo. Una amistad íntima entre la señorita Fairfax y yo es totalmente impensable. Yo no tengo motivos para pensar mal de ella... ni un solo motivo... pero esa perpetua y extremada cautela en el hablar y en el obrar, ese temor a dar una opinión clara sobre cualquiera se prestan a despertar la sospecha de que tiene algo que ocultar.

El joven estuvo totalmente de acuerdo con ella; y después de haberse paseado juntos durante largo rato y de haber advertido que coincidían en muchas cosas, Emma se sintió tan familiarizada con su acompañante que apenas podía creer que era sólo la segunda vez que le veía. No era exactamente como ella había esperado; era menos mundano en algunas de sus ideas, menos niño mimado de la fortuna, y por lo tanto mejor de lo que ella esperaba. Sus ideas parecían más moderadas, sus sentimientos más efusivos. Lo que más la sorprendió fue su actitud ante la casa del señor Elton, que al igual que la iglesia estuvo contemplando por todos los lados, sin que les diera la razón en encontrarle demasiados defectos. No, él no estaba de acuerdo en que aquella casa tuviera tantos inconvenientes; no era una casa como para compadecer a su dueño. Si tuviera que ser compartida con la mujer amada, en su opinión ningún hombre podía ser compadecido por vivir allí. Forzosamente debía tener habitaciones grandes que serían realmente cómodas. El hombre que necesitase algo más tenía que ser un necio.

La señora Weston se echó a reír, y le dijo que no sabía lo que estaba diciendo. Que estaba acostumbrado a vivir en una casa grande, y que nunca se había parado a pensar en las muchas ventajas y comodidades que representaba el disponer de mucho espacio, y que por lo tanto no era la persona más indicada para opinar acerca de las limitaciones propias de una casa pequeña. Pero Emma en su fuero interno decidió que el joven sabía muy bien lo que estaba diciendo, y que demostraba una agradable propensión a casarse pronto, y ello por motivos elevados. Posiblemente no se hacía cargo de los trastornos que forzosamente tenían que ocasionar en la paz doméstica el carecer de una habitación para el ama de llaves o el hecho de que la despensa del mayordomo no reuniera las debidas condiciones, pero sin duda se daba perfectamente cuenta de que Enscombe no podía hacerle feliz, y de que cuando se enamorara renunciaría gustoso a muchos lujos con tal de poder casarse pronto.

CAPÍTULO XXV

LA excelente opinión que Emma se había formado de Frank Churchill, al día siguiente recibió un duro golpe al oír que el joven se había ido a Londres sin más objeto que el de hacerse cortar el cabello. A la hora del desayuno de pronto tuvo ese capricho, había mandado a por una silla de postas y había partido con la intención de estar de regreso a la hora de la cena, pero sin alegar motivo de más importancia que el de hacerse cortar el cabello. Desde luego no había nada

malo en que recorriera dos veces una distancia de dieciséis millas con este fin; pero era algo de una afectación tan exagerada y caprichosa que ella no podía aprobarlo. No concordaba con la sensatez de ideas, la moderación en los gastos e incluso la cordial efusividad ajena a toda presunción, que había creído observar en él el día anterior. Aquello representaba vanidad, extravagancia, afición a los cambios bruscos, inestabilidad de carácter, esa inquietud de ciertas personas que siempre tienen que estar haciendo algo, bueno o malo; falta de atención para con su padre y la señora Weston, e indiferencia para el modo en que su proceder pudiera ser juzgado por los demás; se hacía acreedor a todas estas acusaciones. Su padre se limitó a llamarle petimetre y a tomar a broma lo sucedido; pero la señora Weston quedó muy contrariada, y ello se vio claramente por el hecho de que procuró cambiar de conversación lo antes posible y no hizo otro comentario que el de «todos los jóvenes tienen sus pequeñas manías».

Exceptuando esta pequeña mancha, Emma consideraba que hasta entonces sólo podía juzgar muy favorablemente el comportamiento del joven. La señora Weston no se cansaba de repetir lo atento y amable que se mostraba siempre para con ella y las muchas cualidades que en conjunto poseía su persona. Era de carácter muy abierto, alegre y vivaz; no veía nada de malo en sus principios, y sí en cambio mucho de inequívocamente bueno; hablaba de su tío en términos de gran afecto, le gustaba citarle en su conversación... decía que sería el hombre más bueno del mundo si le dejaran obrar según su modo de ser; y aunque no profesaba el mismo cariño a su tía, no dejaba de reconocer con gratitud las bondades que había tenido para con él, y daba la impresión de que se había propuesto hablar siempre de ella con respeto. Todo ello obligaba a concederle un margen de confianza; y sólo por la desdichada fantasía de querer cortarse el cabello no podía considerársele indigno de la alta estima con que en su fuero interno Emma le distinguía; estima que si no era exactamente un sentimiento de amor por él, estaba muy cerca de serlo, y cuyo único obstáculo era su terquedad (aún seguía firme en su decisión de no casarse nunca)... estima que, en resumen, se traducía en el hecho de que Emma le consideraba por encima de todas las demás personas que conocía.

Por su parte, el señor Weston añadía a las excelencias de su hijo una virtud que tampoco dejaba de tener su peso: había dejado entrever a Emma que Frank la admiraba extraordinariamente... que la consideraba muy atractiva y llena de encantos; y por lo tanto, con tantos elementos a su favor Emma creía que no debía juzgarle duramente. Como había comentado la señora Weston, «todos los jóvenes tienen sus pequeñas manías».

Pero no todas sus nuevas amistades del condado mostraban disposiciones tan benevolentes. En general en las parroquias de Donwell y Highbury se le juzgaba sin malicia; no se daba mucha importancia a las pequeñas extravagancias de un joven tan apuesto... siempre sonriente y siempre amable con todos; pero había alguien que no se ablandaba fácilmente, a quien reverencias y sonrisas no hacían deponer su actitud crítica: el señor Knightley. El hecho en cuestión le fue referido en Hartfield; por el momento no dijo nada; pero casi inmediatamente después Emma le oyó comentar para sí mismo, mientras se inclinaba sobre el

periódico que tenía entre las manos:

-Hum, no me equivocaba al suponer que sería un memo y un vanidoso.

Emma estuvo a punto de replicarle; pero en seguida se dio cuenta de que aquellas palabras no habían sido más que un desahogo, y que no tenían ningún carácter de provocación; y las dejó sin respuesta.

Aunque por una parte eran portadores de malas noticias, la visita que aquella mañana les hicieron el señor y la señora Weston en otro aspecto no pudo ser más oportuna. Mientras ellos se hallaban en Hartfield ocurrió algo que hizo que Emma necesitara su consejo; y se dio la feliz coincidencia de que necesitaba precisamente el mismo consejo que ellos le dieron.

Las cosas ocurrieron del modo siguiente: Hacía ya una serie de años que los Cole se habían instalado en Highbury, y eran personas excelentes... cordiales, generosos y sencillos; pero, por otra parte eran de origen muy modesto, de familia de comerciantes y no demasiado refinados en su educación. Cuando llegaron por vez prie mera a la comarca, vivían ajustándose a sus posibilidades económicas, llevando una vida apacible, teniendo poco trato social, y dentro de ese poco trato, sin grandes dispendios; pero en los últimos dos años sus medios de fortuna habían aumentado considerablemente... su negocio de Londres les había dado mayores beneficios y en general podía decirse que la fortuna les había sonreído. Y al verse con más dinero, sus ambiciones aumentaron; sintieron la necesidad de poseer una casa más grande y creyeron oportuno tener más trato social. Agrandaron la casa, aumentaron el número de criados y en todos los aspectos sus gastos se multiplicaron; y en aquella época en fortuna y en tren de vida sólo eran superados por la familia de Hartfield; su afán de alternar y su comedor nuevo hicieron suponer a todo el mundo que no tardarían en tener invitados; y efectivamente había habido ya algunas invitaciones, sobre todo a hombres solteros. Pero Emma no les creía tan audaces como para atreverse a invitar a las familias más antiguas y de más posición, como las de Donwell, Hartfield o Randalls. Por nada del mundo se hubiese decidido a aceptar una invitación suya, aunque los demás lo hicieran; y sólo lamentaba que al ser conocidas de todos las costumbres de su padre, ello restara significado a su negativa. Los Cole eran muy respetables a su manera, pero debía enseñárseles que no eran ellos quienes debían establecer las condiciones en las que las familias de más posición les visitaran. Y Emma temía mucho que esta lección sólo podrían recibirla de ella misma; no podía esperar mucho del señor Knightley, y nada del señor Weston.

Pero se había preparado para enfrentarse con esta presunción tantas semanas antes de que el caso se planteara, que cuando por fin llegó la ofensa la afectó de un modo muy diferente. En Donwell y en Randalls habían recibido una invitación, pero no había llegado ninguna para su padre y para ella; y la explicación que dio la señora Weston («Supongo que con vosotros no se tomarán esa libertad, ya saben que nunca coméis fuera de casa»), no le bastó en absoluto. Se daba cuenta de que hubiese preferido poder darles una negativa; y luego, como todas las personas que iban a reunirse en casa de los Cole eran precisamente sus amigos más íntimos, empezó a darle vueltas y más vueltas a la cuestión, y terminó sin estar ya muy segura de que no se hubiera

visto tentada a aceptar. Entre los invitados figuraría Harriet, y también las Bates. Estuvieron hablando de ello mientras paseaban por Highbury el día anterior, y Frank Churchill había lamentado vivamente su ausencia. ¿No era posible que la velada terminase con un baile?, había preguntado el joven. La mera posibilidad de que fuese así sólo contribuyó a irritar más a Emma; y el hecho de que la dejaran en su orgullosa soledad, aun suponiendo que la omisión debiera interpretarse como un cumplido, era un mezquino consuelo para ella.

Y fue precisamente la llegada de esta invitación, mientras los Weston estaban en Hartfield, lo que hizo que su presencia fuera tan útil; porque aunque su primer comentario al leerla fue «desde luego hay que rechazarla», se dio tanta prisa en preguntarles qué le aconsejaban ellos, que su consejo de que aceptara la invitación fue más decisivo.

Emma reconoció que, teniendo en cuenta todas las circunstancias, no dejaba de sentir cierta inclinación por aceptar. Los Coles se habían expresado con tanta delicadeza, habían puesto tanta deferencia en el modo de formular la invitación, revelaba tanta consideración para con su padre... «Hubiéramos solicitado antes el honor de su grata compañía, pero esperábamos que nos enviaran un biombo que habíamos encargado en Londres y que confiamos protegerá al señor Woodhouse de las corrientes de aire, suponiendo que ello contribuirá a hacerle otorgar el consentimiento y a proporcionarnos así el placer de su asistencia...» En vista de todo lo cual Emma se mostró muy dispuesta a dejarse convencer; y después de acordar rápidamente entre ellos cómo podría llevarse a cabo el proyecto sin contrariar a su padre -sin duda podía contarse con la señora Goddard, si no con la señora Bates, para que le hicieran compañía-, se planteó al señor Woodhouse la cuestión de que, con la aquiescencia de su hija, pensaban aceptar una invitación para cenar fuera de casa un día que ya estaba próximo, lo cual significaría verse privado de su hija durante una serie de horas. Emma prefería que su padre no considerase posible la idea de que él también podría asistir; la reunión terminaría demasiado tarde y habría demasiada gente. El buen señor se resignó inmediatamente.

-No soy nada aficionado a esas invitaciones a cenar -dijoNunca lo he sido. Y Emma tampoco. El trasnochar no se ha hecho para nosotros. Siento que el señor y la señora Cole hayan tenido esta idea. A mí me parece que hubiese sido mucho mejor que hubieran venido cualquier tarde del próximo verano después de comer, y hubieran tomado el té con nosotros... y luego hubiéramos podido dar un paseo juntos; eso no les hubiera costado ningún esfuerzo porque nuestro horario es muy regular, y todos hubiéramos podido estar de regreso en casa sin tener que exponernos al relente de la noche. La humedad de una noche de verano es algo a lo que yo no quisiera exponer a nadie. Pero ya que tienen tantos deseos de que Emma cene con ellos, y como ustedes dos estarán allí también, y el señor Knightley igual, ya cuidaréis de ella... yo no puedo prohibirle que vaya con tal de que el tiempo sea como debe ser, ni húmedo, ni frío, ni ventoso.

Luego, volviéndose hacia la señora Weston con una mirada de suave reproche, añadió:

-¡Ah, señorita Taylor! Si no se hubiera casado se hubiese podido quedar en

casa conmigo.

-Bueno -exclamó el señor Weston-, ya que fui yo quien me llevé de aquí a la señorita Taylor, a mí me corresponde encontrarle un substituto, si es que puedo; si a usted le parece bien, puedo pasar ahora en un momento a ver a la señora Goddard.

Pero la idea de hacer algo «en un momento» no sólo no calmaba sino que aumentaba la inquietud del señor Woodhouse. Ellas en cambio sabían cuál era la mejor solución. El señor Weston no se movería de allí, y todo se haría de un modo más pausado.

Cuando desaparecieron las prisas, el señor Woodhouse no tardó en recuperarse lo suficiente como para poder volver a hablar con toda normalidad.

-Me gustaría charlar con la señora Goddard; siento un gran afecto por la señora Goddard; Emma podría ponerle unas letras e invitarla. James podría llevar la nota. Pero antes que nada hay que dar una respuesta por escrito a la señora Cole. Tú, querida, ya me disculparás todo lo cortésmente que sea posible. Dile que soy un verdadero inválido, que no voy a ninguna parte y que por lo tanto me veo forzado a declinar su amable invitación; empieza presentándole mis respetos, desde luego. Pero ya sé que tú lo harás todo muy bien; no necesito decirte lo que tienes que hacer. Tenemos que acordarnos de decir a James que necesitaremos el coche para el martes. Yendo con él no tengo ningún miedo de que te pase nada. Creo que desde que se construyó el nuevo camino no hemos ido por allí más que una vez; pero a pesar de todo estoy segurísimo de que conduciendo James no te va a ocurrir nada; y cuando lleguéis allí tienes que decirle a qué hora quieres que vuelva a recogerte; y sería mejor que no fuera muy tarde. Ya sabes que a ti no te gusta trasnochar. Cuando terminéis de tomar el té ya estarás cansadísima.

-Pero, papá, no querrás que me vaya antes de estar cansada, ¿no?

-¡Oh, claro está que no, pequeña mía! Pero te sentirás cansada en seguida. Habrá mucha gente que se pondrá a hablar a la vez. A ti no te gusta el ruido.

-Pero, querido amigo -exclamó el señor Weston-, si Emma se va temprano se deshará toda la reunión.

-Pues no veo que nadie salga perjudicado porque se deshaga pronto -dijo el señor Woodhouse-. Una velada de ésas cuanto antes se acabe mejor.

-Pero piense usted en el mal efecto que eso produciría en los Cole; el que Emma se fuese inmediatamente después del té podría parecer como una ofensa. Son gente de buen natural, y no creo que sean demasiado susceptibles; pero a pesar de todo tienen que pensar que el que alguien se vaya con tanta prisa no es hacerles un gran cumplido; y si fuese la señorita Woodhouse la que lo hiciera, se notaría más que cualquier otra persona de la reunión. Y estoy seguro de que usted no desea hacer un desaire y mortificar a los Cole; siempre han sido buena gente, muy cordiales, y en estos últimos diez años han sido vecinos suyos.

-No, no, señor Weston, por nada del mundo consentiría una cosa así, le estoy muy agradecido por habérmelo hecho ver. Me sabría muy mal darles un disgusto. Ya sé que son gente muy digna. Perry me ha dicho que el señor Cole nunca prueba ninguna clase de cerveza. Nadie lo diría al verle, pero padece de

la bilis... El señor Cole es muy bilioso. No, desde luego no puedo consentir que por mi culpa tenga un disgusto. Querida Emma, tenemos que tener en cuenta esto. Estoy decidido: antes que correr el riesgo de ofender al señor y a la señora Cole es mejor que te quedes hasta un poco más tarde de lo que tú hubieras preferido. Procura que no se te note el cansancio. Ya sabes que estarás entre amigos, no tienes que preocuparte por nada.

-Desde luego que no, papá. Por mí no tengo ningún miedo; y yo no tendría ningún inconveniente en quedarme hasta que se fuera la señora Weston, si no fuera por ti. Lo único que me preocupa es el que me esperes durante demasiado tiempo. Ya sé que estarás muy a gusto con la señora Goddard. A ella le gusta jugar a los cientos,[12] ya lo sabes; pero cuando ella vuelva a su casa, tengo miedo de que te quedes levantado esperándome, en vez de acostarte a la hora de siempre... y sólo de pensar en esto yo ya no puedo estar tranquila. Tienes que prometerme que no me esperarás.

Y así lo hizo, aunque poniendo como condición que ella le hiciera a su vez una serie de promesas tales como: que si al regresar tenía frío no se olvidara de calentarse convenientemente; que si tenía hambre, no dejaría de comer algo; que su doncella se quedase esperándola; y que Serle y el mayordomo se ocuparan de comprobar que en la casa todo estaba en orden, como de costumbre.

CAPÍTULO XXVI

FRANK CHURCHILL regresó; y si hizo esperar a su padre a la hora de cenar, en Hartfield no se enteraron; la señora Weston tenía demasiado interés en que el señor Woodhouse tuviese un buen concepto del joven para revelar imperfecciones que pudieran ocultarse.

Regresó con el cabello cortado, riéndose de sí mismo con mucha gracia, pero sin dar la impresión de que se avergonzase ni lo más mínimo de lo que había hecho. No veía ningún mal en querer llevar el pelo corto, ni consideraba reprochable este deseo; no concebía que hubiese podido ahorrar aquel dinero y emplearlo en algún otro fin más elevado. Se mostraba tan impertérrito y animado como de costumbre; y después de haberle visto, Emma razonaba para sí del modo siguiente:

-No sé si debería ser así, pero lo cierto es que las tonterías dejan de serlo cuando las comete alguien que tiene personalidad y sin avergonzarse de ellas. La maldad siempre es maldad, pero la tontería no siempre es tontería... Depende de la personalidad de cada cual. El señor Knightley *no* es un joven alocado y vanidoso. Si lo fuera hubiera hecho esto de un modo muy distinto. O bien se hubiera jactado de lo que hacía o se hubiese sentido avergonzado. Se hubiese tratado o de la ostentación de un petimetre o del temor de alguien demasiado débil para defender sus propias vanidades. No, estoy completamente

[12] El «juego de los cientos» -en inglés llamado *piquet*» o «*picket*» en su forma más britanizada- es un juego de naipes para dos personas en el que intervienen treinta y dos cartas; resulta ganador el primero que consigue apuntarse cien puntos.

segura de que no es ni un vanidoso ni un alocado.

El martes le trajo la agradable perspectiva de volver a verle, y esta vez por más tiempo de lo que le había sido posible hasta entonces; de juzgarle por su actitud en general, y luego de deducir el significado que podía tener su actitud con respecto a ella; de adivinar cuándo le sería necesario adoptar un aire de frialdad; y de imaginarse cuáles serían los comentarios que harían los demás al verles juntos por primera vez.

Se proponía pasar una magnífica velada, a pesar de que el escenario tuviese que ser la casa del señor Cole; y aunque no pudiese olvidar que de los defectos del señor Elton, incluso en los tiempos en que gozaba de su favor, ninguno le había inquietado más que su propensión a cenar con el señor Cole.

La comodidad de su padre quedaba ampliamente asegurada, ya que tanto la señora Bates como la señora Goddard podían ir a hacerle compañía; y antes de salir de casa, su último y gustoso deber fue ir a despedirse cuando se hallaban de sobremesa; y mientras su padre prorrumpía en entusiásticos comentarios sobre la belleza de su vestido, se esforzó por atender a las dos señoras lo mejor que pudo, sirviéndoles grandes trozos de pastel y vasos llenos de vino para compensar las posibles e involuntarias negativas que hubiera podido motivar durante la comida, el habitual interés que su padre sentía por la salud de sus invitadas... Les había hecho preparar una abundante cena; pero tenía sus dudas de que su padre hubiera consentido a las dos señoras el disfrutarla.

Cuando Emma llegó a la puerta de la casa del señor Cole, su coche iba precedido de otro; y quedó muy complacida al ver que se trataba del señor Knightley; porque el señor Knightley, que no tenía caballos y no disponía de mucho dinero sobrante, y sí en cambio de una salud a toda prueba, de gran vigor y de una inusitada independencia de criterio, era más que capaz, según la opinión de Emma, de presentarse por los sitios como le pluguiera, y de no utilizar su coche tan a menudo como correspondía al propietario de Donwell Abbey. Y entonces tuvo ocasión de manifestarle su aprobación más calurosa por haber ido en coche, ya que él se le acercó para ayudarla a bajar.

-Esto es presentarse como es debido -le dijo-, como un caballero. Me alegro mucho de ver que ha cambiado de actitud. Él le dio las gracias, y comentó:

-¡Qué feliz casualidad haber llegado en el mismo momento! Porque por lo visto, si nos hubiéramos encontrado en el salón, no hubiera usted podido advertir si hoy me mostraba más caballero que de costumbre... y no hubiera podido darse cuenta por mi aspecto o mis modales.

-Oh, no, estoy segura de que sí me hubiese dado cuenta. Cuando la gente se presenta en un sitio de un modo que sabe que es inferior a lo que le corresponde por su posición, siempre tiene un aire de indiferencia afectada, o de desafío. Debe usted de creer que le sienta muy bien esta actitud, casi lo aseguraría, pero en usted es una especie de bravata que le da un aire de despreocupación artificial; en esos casos siempre que me encuentro con usted lo noto. Hoy en cambio no tiene que esforzarse. No tiene usted miedo de que le supongan avergonzado. No tiene que intentar parecer más alto que los demás. Hoy me sentiré muy a gusto entrando en el salón en su compañía.

-¡Qué muchacha más desatinada! -fue su respuesta, pero sin mostrar la menor

sombra de enojo.

Emma tuvo motivos para quedar tan satisfecha del resto de los invitados como del señor Knightley. Fue acogida con una cordial deferencia que no podía por menos de halagarla, y se le tuvieron todas las atenciones que podía desear. Cuando llegaron los Weston, las miradas más afectuosas y la mayor admiración fueron para ella, tanto por parte del marido como de la mujer; su hijo la saludó con una jovial desenvoltura que parecía distinguirla de entre todas las demás, y al acercarse a la mesa se encontró con que el joven se sentaba a su lado... y, por lo menos así lo creyó Emma firmemente, Frank Churchill no era ajeno a aquella «coincidencia».

La reunión era más bien numerosa, ya que se había invitado también a otra familia -una familia muy digna y a la que no podía hacerse ningún reproche, que vivía en el campo, y que los Cole tenían la suerte de contar entre sus amistades- y los miembros varones de la familia del señor Cox, el abogado de Highbury. El elemento femenino de menos posición social, la señorita Bates, la señorita Fairfax y la señorita Smith, llegarían después de la cena; pero ya durante ésta, las damas eran lo suficientemente numerosas para que cualquier tema de conversación no tardara en generalizarse; y mientras se hablaba de politica y del señor Elton, Emma pudo dedicar toda su atención a las galanterías de su vecino de mesa. No obstante, al oír citar el nombre de Jane Fairfax se sintió obligada a prestar atención. La señora Cole parecía estar contando algo referente a ella que al parecer todos consideraban como muy interesante. Se puso a escuchar y se dio cuenta de que era algo digno de oírse. Su imaginación, tan desarrollada en ella, encontró allí una grata materia sobre la que actuar. La señora Cole estaba contando que había visitado a la señorita Bates y que, apenas entrar en la sala, se había quedado asombrada al verse delante de un piano... un magnífico instrumento, muy elegante... cuadrado, no demasiado' grande, pero sí de unas dimensiones considerables; y el meollo de la historia, el final de todo el diálogo que siguió a aquella sorpresa, y las preguntas, y la enhorabuenta por parte de la visitante, y las explicaciones por parte de la señorita Bates, era que el piano lo habían mandado de la casa Broadwood el día anterior, con el gran asombro de ambas, tía y sobrina, ante aquel inesperado regalo; que al principio, según había dicho la señorita Bates, la propia Jane tampoco sabía qué pensar de aquello, y tampoco tenía la menor idea de quién hubiera podido enviarlo... pero que luego ambas se habían convencido plenamente de que el piano no podía tener más que un origen; tenía que tratarse forzosamente de un obsequio del coronel Campbell.

-Era la única explicación posible -añadía la señora Cole-, y a mí sólo me sorprendió que hubieran tenido dudas acerca de esto. Pero parece ser que Jane acababa de tener carta suya, y no le decían ni una palabra del piano. Ella conoce mejor su manera de ser; pero yo no consideraría su silencio como un motivo para descartar la idea de que han sido los Campbell quienes le han hecho el regalo. Es posible que hayan querido darle una sorpresa.

Todos los presentes estaban de acuerdo con la señora Cole, y al dar su opinión nadie dejó de mostrarse igualmente convencido de que el obsequio procedía del coronel Campbell, y de alegrarse de que hubiesen tenido una

fineza semejante; y como fueron muchos los que se mostraron dispuestos a comentar lo ocurrido, Emma tuvo ocasión de formarse un criterio personal, sin dejar por ello de escuchar a la señora Cole, quien seguía diciendo:

-Les aseguro que hace tiempo que no había oído una noticia que me alegrase más... Siempre he sentido mucho que Jane Fairfax, que toca tan maravillosamente, no tuviese un piano. Me pareció una vergüenza, sobre todo teniendo en cuenta que hay tantas casas en las que hay pianos magníficos que no sirven para nada. Yo esto casi lo considero como un bofetón para nosotros, y ayer mismo le decía al señor Cole que me sentía verdaderamente avergonzada de mirar nuestro gran piano nuevo del salón y de pensar que yo no distingo una nota de otra y que nuestras hijitas, que apenas empiezan ahora a estudiar música, tal vez nunca harán nada de este piano; y aquí está la pobre Jane Fairfax que entiende tanto en música y que no tiene nada que se parezca a un instrumento ni siquiera la espineta más vieja y más lamentable[13] para distraerse un poco... Ayer mismo le estaba diciendo todo eso al señor Cole, y él estaba completamente de acuerdo conmigo; pero es tan extraordinariamente aficionado a la música que no resistió la tentación de comprarlo, confiando que alguno de nuestros buenos vecinos fuera tan amable que viniese de vez en cuando a darle un uso más adecuado del que a nosotros nos es posible darle; y en realidad éste es el motivo de que se comprara el piano... de no ser así estoy convencida de que deberíamos avergonzamos de tenerlo... Tenemos la esperanza de que esta noche la señorita Woodhouse accederá a tocar para nosotros.

La señorita Woodhouse dio la debida conformidad; y viendo que no iba a enterarse de nada más por las palabras de la señora Cole se volvió a Frank Churchill.

-¿Por qué sonríe? erijo ella.

-¿Yo? ¿Y usted?

-¿Yo? Supongo que sonrío por la alegría que me da el ver que el coronel Campbell es tan rico y tan generoso... Es un regalo precioso.

-Lo es.

-Lo que me extraña es que no se lo hubiese hecho antes.

-Tal vez la señorita Fairfax es la primera vez que pasa aquí tanto tiempo.

-O que no le regalara su propio piano... que ahora debe de estar en Londres cerrado y sin que nadie lo toque.

-Debe de ser un piano muy grande y debía de pensar que en casa de la señora Bates no tendrían espacio suficiente.

-Puede usted decir lo que quiera... pero su actitud demuestra que su opinión acerca de este asunto es muy semejante a la mía.

-No sé. Más bien creo que me considera usted más agudo de lo que en realidad soy. Sonrío porque usted sonríe, y probablemente sospecharé siempre que usted sospeche; pero ahora no acierto a ver claro en todo eso. Si no ha sido el coronel Campbell, ¿quién habrá podido ser?

-¿No ha pensado usted en la señora Dixon?

-¡La señora Dixon! Cierto, tiene usted mucha razón. No había pensado en la señora Dixon. Ella debe de saber igual que su padre la ilusión que le haría un

[13] La espineta, especie de clavicordio pequeño, uno de los antepasados del piano.

regalo así; y tal vez el modo de hacerlo, el misterio, la sorpresa, todo ello es más propio de la mentalidad de una joven que la de un anciano. Estoy seguro de que ha sido la señora Dixon. Ya le he dicho que serían sus sospechas las que guiarían las mías.

-Si es así, debe usted extender sus sospechas y hacer que alcancen también al *señor* Dixon.

-¡El señor Dixon! Muy bien, de acuerdo. Ahora me doy cuenta de que ha tenido que ser un regalo conjunto del señor y la señora Dixon. El otro día ya sabe usted que estábamos hablando de que él era un apasionado admirador de sus dotes musicales.

-Sí, y lo que entonces me dijo usted acerca de este caso confirmó una suposición que yo me había hecho hacía tiempo... No dudo de las buenas intenciones del señor Dixon o de la señorita Fairfax, pero no puedo por menos de sospechar que, o bien después de haber hecho proposiciones matrimoniales a su amiga tuvo la desgracia de enamorarse de ella, o bien se dio cuenta de que Jane sentía por él algo más que afecto. Claro está que siempre es posible imaginar veinte cosas sin llegar a acertar la verdad; pero estoy segura de que ha tenido que haber un motivo concreto para que prefiera venir a Highbury en vez de acompañar a Irlanda a los Campbell. Aquí tiene que llevar una vida de privaciones y aburrimiento; allí todo hubieran sido placeres. En cuanto a lo de que le convenía volver a respirar el aire de su tierra natal, lo considero como una simple excusa... Si hubiera sido en verano, aún; pero ¿qué importancia puede tener para alguien el aire de la tierra natal en los meses de enero, febrero y marzo? Una buena chimenea y un buen coche son más indicados en la mayoría de los casos de una salud delicada, y me atrevería a decir que en el suyo también. Yo no le pido que me siga usted en todas mis sospechas, aunque sea usted tan amable como para pretenderlo; yo sólo le digo honradamente lo que pienso.

-Y yo le doy mi palabra de que sus suposiciones me parecen muy probables. Lo que puedo asegurarle es que la preferencia que siente el señor Dixon por la manera de tocar de la señorita Fairfax es muy acentuada.

-Y además él le salvó la vida. ¿Ha oído usted hablar alguna vez de eso? Un paseo en barca; no sé qué pasó que ella estuvo a punto de caer al agua. Y él la sujetó a tiempo.

-Sí, ya lo sé. Yo estaba allí... iba con ellos en la barca.

-¿De veras? ¡Vaya! Pero por supuesto entonces usted no advirtió nada, porque al parecer eso no se le había ocurrido antes de ahora... Si yo hubiera estado allí no hubiera dejado de hacer algún descubrimiento.

-Estoy seguro de que los hubiera hecho; pero yo, pobre de mí, sólo vi el hecho que la señorita Fairfax estuvo a punto de caer al agua y de que el señor Dixon la sujetó a tiempo... Todo ocurrió en un momento y aunque la consiguiente sorpresa y el susto fueron muy grandes y duraron más tiempo (la verdad es que creo que pasó media hora antes de que ninguno de nosotros volviera a tranquilizarse) fue una impresión demasiado general para que nos fijáramos en los matices de las reacciones. Sin embargo eso no quiere decir que usted no hubiese podido descubrir algo más.

La conversación se interrumpió en este punto. Se vieron obligados a compartir con los demás el tedio de una pausa demasiado larga entre plato y plato, y a intercambiar con los otros invitados las frases triviales y corteses de rigor; pero cuando la mesa volvió a estar convenientemente cubierta de platos, cuando cada fuente ocupó exactamente el lugar que le correspondía y se restableció la calma y la normalidad, Emma dijo:

-La llegada de este piano ha sido algo decisivo para mí. Yo quería saber un poco más y esto me lo revela todo. Puede usted estar seguro, no tardaremos en oír decir que ha sido un regalo del señor y la señora Dixon.

-Y si los Dixon afirmaran que no saben absolutamente nada de ello tendremos que concluir que han sido los Campbell.

-No, estoy segura de que no han sido los Campbell. La señorita Fairfax sabe que no han sido los Campbell, o de lo contrario lo hubiese adivinado desde el primer momento. No hubiera tenido ninguna duda si se hubiese atrevido a pensar en ellos. Tal vez no le he convencido a usted, pero yo estoy totalmente convencida de que el señor Dixon ha tenido el papel principal en este asunto.

-Le aseguro que me ofende usted suponiendo que no me ha convencido. Sus razonamientos han hecho cambiar totalmente mi criterio. Al principio, cuando yo suponía que estaba usted convencida de que el coronel Campbell había sido el donante, lo consideraba sólo como una muestra de afecto paternal y creía que era la cosa más natural del mundo. Pero cuando usted ha mencionado a la señora Dixon me he dado cuenta de que era mucho más probable que se tratara de un tributo de cálida amistad entre mujeres. Y ahora sólo puedo verlo como una prueba de amor.

No hubo ocasión para ahondar más en la materia. El joven parecía verdaderamente convencido; daba la impresión de que era sincero. Emma no insistió más y se pasó a otros temas de conversación; y mientras terminó la cena; se sirvieron los postres, entraron los niños y fueron ellos los que atrajeron la atención de todos y motivaron las frases de ritual en esos casos; se oían algunas frases inteligentes, muy pocas, algunas rematadamente bobas, tampoco muchas, y la gran mayoría no era ni una cosa ni otra... Nada más y nada menos que los comentarios de siempre, los tópicos anodinos, las viejas noticias que todo el mundo sabía y las bromas de dudosa gracia.

Hacía poco que las señoras se habían instalado en la sala de estar cuando llegaron las otras damas en diversos grupos. Emma prestó mucha atención a la entrada de su amiga más íntima; y aunque su elegancia y su distinción no fueran como para entusiasmarla demasiado, no pudo por menos de admirar su lozanía, su dulzura, y la espontaneidad de sus movimientos, y de alegrarse de todo corazón de que poseyera aquel carácter superficial, alegre y poco dado al sentimentalismo, que le permitían distraerse tan fácilmente en medio de las congojas de un amor contrariado. Hela allí sentada... ¿Y quién hubiera podido adivinar las incontables lágrimas que había vertido hacía tan poco tiempo? Verse rodeada de gente, llevando un vestido bonito y viendo que las demás llevaban también otros muy lindos, verse sentada en un salón sonriendo y sabiéndose atractiva, y no decir nada, era suficiente para la felicidad de aquel momento. Jane Fairfax la aventajaba en belleza y en gracia de movimientos;

pero Emma sospechaba que se hubiera cambiado muy gustosa por Harriet, que muy gustosamente hubiera aceptado la mortificación de haber amado (sí, de haber amado en vano, incluso al señor Elton) a cambio de poderse privar del peligroso placer de saberse amada por el marido de su amiga.

En una reunión tan concurrida no era indispensable que Emma la abordara. No quería hablar del piano, se sentía poseedora del secreto y no le parecía honrado demostrar curiosidad o interés, y por lo tanto se mantuvo lejos de ella a propósito; pero los demás introdujeron inmediatamente este tema de conversación, y Emma advirtió el sonrojo con el que recibía las felicitaciones, el sonrojo de culpa que acompañaba el nombre de «mi excelente amigo el coronel Campbell».

La señora Weston, siempre cordial y además muy aficionada a la música, se mostraba particularmente interesada por el caso, y Emma no pudo por menos de encontrar divertida su insistencia en tratar de la cuestión; y sus innumerables preguntas y comentarios acerca del tono, del teclado y de los pedales, totalmente ajena al deseo de decir lo menos posible sobre aquello que podía leerse claramente en el agraciado rostro de la heroína de la reunión.

No tardaron en unirse al grupo varios de los caballeros; y el primero de todos fue Frank Churchill, el más apuesto de los invitados; y tras dedicar unas frases de cortesía a la señorita Bates y a su sobrina, se dirigió directamente hacia el lado opuesto del grupo, donde estaba la señorita Woodhouse; y no quiso sentarse hasta que no encontró sitio al lado de ella. Emma adivinaba lo que todos los presentes debían de estar pensando. Ella era el objeto de sus preferencias y todo el mundo tenía que darse cuenta. Emma le presentó a su amiga, la señorita Smith, y algo más tarde, cuando se presentó la ocasión, pudo enterarse de las opiniones respectivas que cada uno de los dos se había formado del otro. La del joven: «Nunca había visto una cara tan atractiva, me encanta su ingenuidad.» La de ella, que sin duda pretendía ser un gran elogio: «Tiene algo que me recuerda un poco al señor Elton.» Emma contuvo su indignación y se limitó a volverle la espalda en silencio.

La joven y Frank Churchill cambiaron unas sonrisas de inteligencia cuando ambos divisaron a la señorita Fairfax; pero lo más prudente era evitar todo comentario. Él le dijo que había estado impaciente por salir del comedor... que no le gustaba prolongar la sobremesa... y que siempre era el primero en levantarse cuando podía hacerlo... que su padre, el señor Knightley, el señor Cox y el señor Cole se habían quedado allí discutiendo animadamente sobre asuntos de la parroquia... pero que, a pesar de todo, el rato que había estado con ellos no se había aburrido, ya que había visto que en general eran personas distinguidas y de muy buen criterio; y empezó a hacer tales elogios de Highbury, considerándolo como un lugar en el que abundaban extraordinariamente las familias de trato muy agradable, que Emma estuvo tentada de pensar que hasta entonces no había sabido apreciar debidamente el pueblo en que vivía. Ella le hizo preguntas acerca de la vida de sociedad que se llevaba en el condado de York, acerca de los vecinos que tenían en Enscombe y otras cosas por el estilo; y de sus respuestas dedujo que por lo que se refería a Enscombe, la vida social era muy limitada, que sólo se trataban con unas pocas familias de gran posición,

ninguna de las cuales vivía muy cerca de allí; y que incluso cuando se había fijado una fecha y se había aceptado una invitación, no era demasiado raro que la señora Churchill, bien por falta de salud, bien por falta de humor, no se viera con ánimos para salir de su casa; que tenían a gala no hacer visitas a nadie que no conocieran de tiempo atrás; y que, aunque él tenía sus amistades particulares, se veía obligado a vencer una gran resistencia y a desplegar toda su habilidad para que, *sólo de vez en cuando,* le permitieran efectuar visitas él solo o introducir en la casa por una noche a alguno de sus conocidos de todo lo que se propusiera con tal de disponer de tiempo.

Emma se daba cuenta de que en Enscombe no se encontraba demasiado a gusto y que era natural que Highbury, mirado con buenos ojos, atrajera más a un joven que en su casa llevaba una vida mucho más retirada de lo que hubiera deseado. La influencia de que gozaba en Enscombe era más que evidente. Aunque no se jactaba de ello, por sus palabras se adivinaba que en cuestiones en las que su tío nada podía hacer, él conseguía convencer a su tía, y cuando Emma se lo hizo notar sonriendo él reconoció que creía que (exceptuando una o dos cosas) podía llegar a convencer a su tía de todo lo que se propusiera con tal de disponer de tiempo. Y entonces mencionó una de esas cosas en las que su influencia era nula. Le hacía mucha ilusión salir al extranjero, y la verdad es que había insistido mucho para que le permitieran emprender algún viaje, pero su tía no quería ni oír hablar de ello. Eso había ocurrido el año anterior.

-Aunque -añadió- *ahora* empiezo a no desearlo tanto como antes.

El otro punto en el que su tía era irreductible el joven no lo mencionó, aunque Emma adivinaba que era portarse debidamente con su padre.

-Acabo de hacer un desagradable descubrimiento... -dijo él tras una breve pausa-. Mañana hará una semana que estoy aquí... La mitad de mi tiempo disponible. Nunca creí que los días pasaran tan aprisa. ¡Pensar que mañana hará una semana! Y apenas he empezado a disfrutar de Highbury. El tiempo justo para conocer a la señora Weston y a algunas otras personas... Me es muy penoso pensar en eso...

-Tal vez empiece usted ahora a lamentar haber dedicado todo un día, teniendo tan pocos, a hacerse cortar el cabello.

-No -dijo él sonriendo-, eso no lo lamento en absoluto. No me encuentro a gusto entre mis amigos si no tengo la seguridad de que mi aspecto es irreprochable.

Como el resto de los invitados había entrado ya en el salón, Emma se vio obligada a separarse de él durante unos breves minutos y a atender al señor Cole. Cuando el señor Cole tuvo que separarse de ella y pudo volver a prestar atención al joven, vio que Frank Churchill estaba mirando fijamente a la señorita Fairfax, que se hallaba exactamente enfrente de él, en el lado opuesto de la estancia.

-¿Ocurre algo? -le preguntó.

Él se sobresaltó y contestó rápidamente:

-Gracias por llamarme la atención. Creo que lo que estaba haciendo no era muy cortés; pero es que la señorita Fairfax se ha peinado de un modo tan extraño... tan extraño... que no puedo apartar los ojos de ella. ¡En mi vida había

visto algo tan exagerado! Esos rizos... Esa fantasía tiene que habérsele ocurrido a ella. No veo que nadie más lleve un peinado semejante. Tengo que ir a preguntarle si es una moda irlandesa. ¿Qué hago? Sí, iré a preguntárselo... Fíjese usted cómo reacciona; a ver si se ruboriza.

El joven se dirigió inmediatamente hacia ella; y Emma no tardó en verle de pie delante de la señorita Fairfax y hablándole; pero lo que respecta a su reacción, Emma no pudo apreciar absolutamente nada, porque sin querer Frank Churchill se había colocado entre las dos, exactamente enfrente de la señorita Fairfax.

Antes de que él volviera a su silla, la señora Weston reclamó su atención:

-Una reunión con tanta gente es deliciosa -dijo-; una puede acercarse a todo el mundo y hablar de todo con todos. Mi querida Emma, hace rato que estoy deseando hablar contigo. He estado enterándome de una serie de cosas y haciendo planes, igual que tú, y tengo que hablar contigo ahora que las ideas aún están frescas en la cabeza. ¿Ya sabes cómo han venido la señorita Bates y su sobrina?

-¿Que cómo han venido? Supongo que las invitaron, ¿no?

-¡Oh, claro que sí! Quiero decir de qué modo han venido... quién las ha traído...

-Pues supongo que han venido a pie; ¿de qué otro modo iban a venir?

-Cierto... Pero, verás, hace un rato se me ha ocurrido que podría ser peligroso que Jane Fairfax volviera andando a su casa a una hora ya tan avanzada y con lo frías que son ahora las noches. Y mientras .la contemplaba, aunque la verdad es que nunca la había encontrado con un aspecto más saludable, me di cuenta de que estaba un poco acalorada y que por lo tanto era mucho más fácil que al salir de aquí se resfriase. ¡Pobre muchacha! No podía soportar la idea de que se expusiera de este modo. De modo que, apenas entró el señor Weston en el salón, cuando pude hablar con él a solas le propuse que la acompañáramos en nuestro coche. Ya puedes suponer, que inmediatamente estuvo dispuesto a complacerme; y contando con su aprobación, entonces me dirigí a la señorita Bates para tranquilizarla y decirle que el coche estaría a su disposición antes de que nos llevara a nosotros a casa; porque yo creía que al decirle eso le quitaría un peso de encima. ¡Vaya por Dios! Desde luego te aseguro que se mostró muy agradecida (ya sabes, «Nadie puede considerarse tan afortunada como yo»), pero después de darnos las gracias no sé cuántas veces, me dijo que no había motivo de que nos tomáramos ninguna molestia porque habían venido en el coche del señor Knightley, y el mismo coche volvería a dejarlas en su casa. Yo no podía quedarme más sorprendida; y muy contenta, desde luego; pero realmente pasmada. Eso es una atención amabilísima... y además una atención meditada de antemano... Algo que se les hubiera ocurrido a muy pocos hombres. Y después de todo, conociendo su manera de ser, estoy casi segura que fue tan solo para llevarlas a ellas que se decidió a sacar su coche. Me sospecho que para él solo no se hubiera molestado en buscar un par de caballos, y que si lo hizo fue exclusivamente para poder hacerles este favor.

-Es muy probable -dijo Emma-, eso es lo más probable de todo. No conozco a nadie más propenso que el señor Knightley a hacer ese tipo de cosas... a hacer cualquier cosa que sea realmente amable, útil, bien intencionada y caritativa. No es un hombre galante, pero sí de muy buenos sentimientos, muy humano; debe

de haber tenido en cuenta la delicada salud de Jane Fairfax, y ha debido de creerlo un caso de humanidad; no hay nadie como el señor Knightley para hacer una obra de caridad con menos ostentación. Yo ya sabía que hoy había venido con caballos... porque nos encontramos al llegar; y yo me reí de él por este motivo, pero no dejó escapar ni una palabra acerca de todo eso.

-¡Vaya! -dijo la señora Weston sonriendo-. Veo que en este caso le concedes una bondad más desinteresada que yo; porque mientras la señorita Bates me estaba hablando empecé a concebir una sospecha, y aún no he logrado desecharla. Cuanto más pienso en ello, más probabilidades le veo. En fin, para resumir, que estoy previendo una boda entre el señor Knightley y Jane Fairfax. ¡Ya ves las consecuencias de hacerte compañía! ¿A ti qué te parece?

-¿El señor Knightley y Jane Fairfax? -exclamó Emma-. Querida, ¿cómo se te ha podido ocurrir una cosa semejante? ¡El señor Knightley! ¡El señor Knightley no tiene que casarse! *No* querrás que el pequeño Henry no herede Donwell, ¿verdad? ¡Oh, no, no, Donwell tiene que ser para Henry! De ningún modo puedo consentir que el señor Knightley se case; y además estoy segura de que no hay la menor probabilidad de ello. Me deja pasmada que hayas podido pensar en una cosa así.

-Mi querida Emma, ya te he contado lo que ha hecho que se me ocurriese esta idea. Yo no tengo ningún interés por que se haga esta boda... ni quiero perjudicar al pequeño Henry... pero han sido las circunstancias las que me lo han sugerido; y si el señor Knightley quisiera realmente casarse no serías tú la que le hiciera desistir de su proyecto con el argumento de Henry, un niño de seis años que no sabe nada de todo esto.

-Sí que lo conseguiría. *No* podría soportar el que alguien suplantara a Henry. ¡Casarse el señor Knightley! No, nunca se me había ocurrido esta idea y ahora no puedo aceptarla. ¡Y además precisamente con Jane Fairfax!

-Bueno, sabes perfectamente que siempre tuvo una gran predilección por ella.

-¡Pero una boda tan inoportuna!

-Yo no digo que sea oportuna; sólo digo que es probable.

-Yo no veo que sea nada probable, a no ser que tengas mejores argumentos que los que me has contado. Su bondad, sus buenos sentimientos, como ya te he dicho, bastan para explicar perfectamente lo de los caballos. Ya sabes que siente un gran afecto por las Bates, independientemente de Jane Fairfax... Y siempre está dispuesto a hacerles un favor. Querida, no te metas ahora a casamentera. Lo haces muy mal. ¡Jane Fairfax la dueña de Donwell Abbey! ¡Oh, no, no!... No quiero ni imaginármelo. Por el propio bien del señor Knightley no quisiera verle cometer una locura así.

-Podría ser una cosa inoportuna... pero no una locura. Exceptuando la desigualdad de fortuna y tal vez una pequeña diferencia de edades, no veo nada más que se oponga.

-Pero el señor Knightley no quiere casarse. Estoy segura de que jamás se le ha ocurrido esta idea. No se la metas en la cabeza. ¿Por qué se tiene que casar? Él solo es todo lo feliz que puede desear; con su granja, sus ovejas, sus libros y toda la parroquia para manejar; y quiere muchísimo a los hijos de su hermano. No tiene ningún motivo para casarse, no va a hacerlo ni para ocupar

su tiempo ni su corazón.

-Mi querida Emma, mientras él piense así las cosas serán como tú dices; pero si se enamora de veras de Jane Fairfax...

-¡Qué bobada! El no piensa lo más mínimo en Jane Fairfax. Fijarse en ella en el sentido de enamorarse, estoy segura de que no lo ha hecho. A ella o a su familia les haría toda clase de favores; pero...

-Verás -dijo riendo la señora Weston-, tal vez el mayor favor que podría hacerles sería el de ofrecer un nombre tan respetable a Jane.

-Es posible que esto fuera un bien para ella, pero estoy segura que para él las consecuencias serían funestas; sería un enlace poco digno de su posición, del que se avergonzaría. ¿Cómo iba a aceptar que la señorita Bates entrase en su familia? ¿Qué cara iba a poner cuando la viese rondando por Donwell Abbey dándole las gracias durante todo el santo día por la gran bondad que había mostrado al casarse con Jane? «¡Es un caballero tan amable, tan atento!... ¡Claro que siempre había sido tan buen vecino!» Y siempre interrumpiéndose en mitad de una frase para hablar de las faldas viejas de su madre. «No, en el fondo no es que sean unas faldas tan viejas... porque todavía podrían durar mucho tiempo y la verdad es que ya puede estar contenta de que sus faldas sean todas de un género tan resistente...»

-¡Emma, por Dios, no la imites escarneciéndola! Me haces reír, aunque mi conciencia me lo reproche. Y por mi parte tengo que decirte que no creo que la señorita Bates causara muchas molestias al señor Knightley. Las cosas pequeñas no le irritan. Desde luego ella no para de hablar; y para decir algo no tendría otro remedio que hablar en voz más alta y ahogar la suya. Pero la cuestión no está en si éste sería un enlace poco digno de él, sino en si el señor Knightley lo desea; y a mí me parece que así es. Yo le he oído hablar, y supongo que tú también, haciendo los mayores elogios de Jane Fairfax. El interés que se toma por ella... lo que se preocupa por su salud... lo que lamenta que no tenga perspectivas más halagüeñas... ¡Le he oído hablar con tanto apasionamiento acerca de todo eso...! ¡Es un admirador tan entusiasta de su habilidad como pianista y de su voz! Le he oído decir que se pasaría la vida escuchándola. ¡Oh! Y aún se me olvidaba una idea que se me ha ocurrido... ese piano que le ha regalado alguien... aunque todos nosotros estemos tan convencidos de que haya sido un obsequio de los Campbell, ¿no puede habérselo mandado el señor Knightley? No puedo por menos de sospecharlo. Me parece que es la persona más apropiada para hacer una cosa así incluso sin estar enamorado.

-Entonces éste no es un argumento que pruebe que esté enamorado. Pero no me parece que sea una cosa propia de él. El señor Knightley no hace nada de un modo misterioso.

-Yo le he oído lamentarse muchas veces de que Jane no tuviese piano; muchas más veces de lo que hubiera supuesto que una circunstancia como ésta, si todo hubiera sido completamente normal, le hubiese preocupado.

-Bien, de acuerdo; pero si hubiera querido regalar un piano se lo hubiese dicho.

-Mi querida Emma, ha podido tener ciertos escrúpulos de delicadeza. He

observado una cosa en él que me ha llamado mucho la atención. Estoy segura de que cuando la señora Cole nos lo contó todo durante la cena su silencio era muy significativo.

-Querida, cuando te empeñas en una cosa no hay quien te haga cambiar de opinión; y conste que eso es algo que hace mucho tiempo que vienes reprochándome. Yo no veo que nada demuestre este enamoramiento del que hablas... De lo del piano no creo nada... Y necesitaría tener pruebas evidentes para convencerme de que el señor Knightley ha pensado alguna vez en casarse con Jane Fairfax.

Siguieron discutiendo la cuestión en términos parecidos durante un rato más, y era Emma la que parecía ir ganando terreno respecto a la opinión de su amiga; porque de las dos la señora Weston era la que estaba más acostumbrada a ceder; hasta que un pequeño revuelo en el salón les indicó que el té había terminado y que se estaba disponiendo el piano; inmediatamente el señor Cole se les acercó para rogar a la señorita Woodhouse que les hiciese el honor de tocar alguna pieza. Frank Churchill, a quien ella había perdido de vista en el arrebato de su discusión con la señora Weston, excepto para advertir que se había sentado al lado de la señorita Fairfax, llegó tras el señor Cole para terminar de convencerla con sus insistentes súplicas; y como en todos los aspectos, le correspondía a Emma ser la primera, no tuvo inconveniente en dar su conformidad.

La joven conocía demasiado bien sus propias limitaciones como para atreverse a tocar algo que no se supiera capaz de ejecutar con cierta brillantez; no le faltaban ni gusto ni talento para la música, sobre todo en las composiciones de poco empeño que suelen interpretarse en esos casos, y se acompañaba bien con su propia voz. Pero esta vez tuvo la agradable sorpresa de oír que una segunda voz acompañaba su canción... la de Frank Churchill, no muy vigorosa, pero bien entonada. Al terminar la canción, Emma se disculpó como era de rigor, y se sucedieron los cumplidos de costumbre. El joven, por su parte, fue acusado de tener una voz muy bonita y un perfecto conocimiento de la música; lo cual él negó como era de esperar, afirmando que era totalmente profano en la materia, y dando toda clase de seguridades de que no tenía nada de voz. Ambos volvieron a cantar juntos una nueva canción; y luego Emma tuvo que ceder su lugar a la señorita Fairfax, cuya interpretación, tanto desde el punto de vista vocal como instrumental, Emma no pudo por menos de reconocer en su fuero interno que era infinitamente superior a la suya.

Presa de sentimientos contradictorios, Emma fue a sentarse a cierta distancia de los invitados que formaban corro en torno al piano para escuchar mejor. Frank Churchill cantó de nuevo. Al parecer ambos habían cantado juntos una o dos veces en Weymouth. Pero el hecho de ver que el señor Knightley figuraba entre los oyentes más atentos, no tardó en distraer la atención de Emma; y empezó a reflexionar sobre las sospechas de la señora Weston, y las bien entonadas voces de los dos cantores sólo interrumpían momentáneamente sus meditaciones. Los inconvenientes que veía al matrimonio del señor Knightley seguían pareciéndole muy graves. Era algo que sólo podía traer malas consecuencias. Sería una gran decepción para el señor John Knightley; y por lo

tanto también para Isabella. Algo que perjudicaría muchísimo a los niños... un cambio que crearía una situación muy desagradable, y que significaría una gran pérdida material para todos; el propio señor Woodhouse sería uno de los que más lo sentirían, ya que vería sensiblemente alterado el ritmo habitual de su vida... y en cuanto a ella, le resultaba inconcebible pensar en Jane Fairfax como en la dueña de Donwell Abbey. ¡Una señora Knightley ante la cual todos deberían inclinarse! No, el señor Knightley no debía casarse. El pequeño Henry tenía que seguir siendo el heredero de Donwell.

En aquel momento el señor Knightley volvió la cabeza, y al verla fue a sentarse al lado de la joven. Al principio sólo hablaron de la música. Desde luego el entusiasmo que manifestaba por las dotes de la intérprete era considerable; pero Emma pensó que, de no ser por las palabras de la señora Weston, ello no le hubiese sorprendido. Sin embargo, como buscando una piedra de toque, Emma sacó a relucir su amabilidad al traer a la reunión a tía y sobrina; y aunque su respuesta fue la de alguien que preferiría cambiar de conversación, Emma consideró que ello sólo indicaba que su interlocutor era muy poco aficionado a hablar de los favores que había hecho.

-Muchas veces -dijo ella- pienso que es una lástima que nuestro coche no sea más útil a los demás en estas ocasiones. Y no es que yo no quiera; pero ya sabe usted que es imposible que mi padre se avenga a que James se ponga al servido de otras personas.

-Desde luego, no hay ni que pensarlo, ni que pensarlo -replicó-; pero estoy seguro de que si pudiera usted lo haría muy a menudo.

Y le sonrió como si estuviera tan satisfecho de esta convicción, que dio pie a Emma para intentar un paso más.

-Ese regalo que han hecho los Campbell -dijo ella-, este piano, ha sido algo muy amable por su parte.

-Sí -replicó, sin dejar de traslucir ni la menor sombra de embarazo-; pero hubieran hecho mejor avisándola de antemano. Estas sorpresas son una tontería. La alegría que proporcionan no es mayor, y a menudo los inconvenientes suelen ser considerables. Yo creía que el coronel Campbell era un hombre de más criterio.

A partir de aquel momento Emma hubiese jurado que el señor Knightley no tenía nada que ver con el regalo del piano. Pero de lo que aún tenía ciertas dudas era acerca de si no sentía ningún afecto especial por la joven... de si no tenía por ella una clara preferencia. Hacia el final de la segunda canción de Jane, su voz se hizo más grave.

-Basta ya -dijo él, cuando hubo terminado, como pensando en voz alta-. Por esta noche ya ha cantado suficientemente... ahora descanse.

Sin embargo en seguida le rogaron que cantara otra canción. -Una más, por favor. No le fatigará mucho, señorita Fairfax; y será la última que le pediremos.

Y se oyó la voz de Frank Churchill que decía:

-Creo que esta canción no le requerirá un gran esfuerzo; la primera voz no tiene gran importancia; es la segunda la que lleva todo el peso.

El señor Knightley se indignó.

-Ese individuo -dijo encolerizado- no piensa en nada más que en exhibir su

voz. Esto no puede ser.

Y abordando a la señorita Bates, que en aquel momento pasaba cerca de allí, le dijo:

-Señorita Bates, ¿está usted loca? ¿Cómo deja que su sobrina siga cantando con la ronquera que ya tiene? Haga algo por impedirlo. No tienen compasión de ella.

La señorita Bates, que estaba ya verdaderamente preocupada por la garganta de Jane, apenas sin tiempo para agradecer esta indicación, se dirigió hacia el grupo e impidió que su sobrina siguiera cantando. Y aquí terminó, pues, el concierto de la velada, ya que la señorita Woodhouse y la señorita Fairfax eran las únicas jóvenes presentes que sabían música; pero muy pronto (al cabo de unos cinco minutos) alguien -sin que se supiera exactamente de quién había partido la iniciativa- propuso bailar, y el señor y la señora Cole acogieron la idea con tanto entusiasmo que rápidamente se empezó a desembarazar el salón de estorbos para dejar espacio libre. La señora Weston, especialista en las contradanzas, se sentó al piano, y empezó a tocar un irresistible vals; y Frank Churchill, acercándose a Emma con un gesto irreprochablemente galante, la tomó de la mano y ambos iniciaron el baile.

Mientras aguardaban que los demás jóvenes se les unieran, Emma, sin dejar de atender a los cumplidos que su pareja le dedicaba acerca de su voz y de su talento musical, tuvo ocasión de mirar a su alrededor y de fijarse en lo que hacía el señor Knightley. De la actitud que adoptase podía sacar muchas deducciones. En general no solía bailar. Si ahora se apresuraba a ofrecer su brazo a Jane Fairfax, el hecho sería muy significativo. Pero de momento no parecía decidido a tal cosa. No... estaba hablando con la señora Cole y mostraba un aire indiferente; alguien sacó a bailar a Jane y él siguió hablando con la señora Cole.

Emma dejó de sentir miedo por el porvenir de Henry; sus intereses estaban a salvo; y se entregó al placer del baile con una jovial y espontánea alegría. Sólo llegaron a formarse cinco parejas; pero como había sido algo tan inesperado y un baile era una cosa tan poco frecuente en Highbury, el acontecimiento ilusionaba a todos, y por otra parte Emma estaba satisfecha de su acompañante. Formaban una pareja digna de ser admirada.

Desgraciadamente sólo pudieron permitirse dos bailes. Se iba haciendo tarde, y la señorita Bates tenía prisa por volver a su casa, en donde le esperaba su madre. De modo que, después de varios intentos frustrados para que se les dejara empezar un nuevo baile, se vieron obligados a dar las gracias a la señora Weston y, muy a pesar suyo, dar por terminada la velada.

-Quizás ha sido mejor así -decía Frank Churchill, mientras acompañaba a Emma hasta su coche-. De lo contrario hubiese tenido que sacar a bailar a la señorita Fairfax, y después de haberla tenido a usted por pareja no hubiese podido adaptarme a su manera lánguida de bailar.

CAPÍTULO XXVII

EMMA no se arrepentía de la concesión que había hecho al aceptar la

invitación de los Cole. Al día siguiente la velada le proporcionó multitud de gratos recuerdos; y todo lo que hubiese podido perder de digno aislamiento lo había compensado con creces en irradiación de popularidad. Había complacido a los Cole... ¡personas excelentes, que también merecían que se les hiciera felices...! Y había dejado tras de sí una fama que tardaría en olvidarse.

Pero la felicidad perfecta, incluso en el recuerdo es poco frecuente; y había dos puntos que la tenían intranquila. No estaba segura de no haber infringido el deber de lealtad que toda mujer siente por las otras, haber revelado sus sospechas acerca de los sentimientos de Jane Fairfax a Frank Churchill. Era algo difícil de excusar; pero su convicción era tan fuerte que no había podido contenerse, y el que él estuviera de acuerdo en todo lo que Emma le dijo había sido un homenaje tal a su penetración que le hacía difícil persuadirse a sí misma por completo de que hubiera sido mejor callarse lo que pensaba.

El segundo motivo de inquietud se refería también a Jane Fairfax; y aquí sí que no cabía ninguna duda. A Emma le dolía de un modo clarísimo e inequívoco su inferioridad en la interpretación y en el canto. Lo que más lamentaba era la pereza de su niñez... y se sentó al piano y estuvo haciendo prácticas durante una hora y media.

Le interrumpió la llegada de Harriet; y si el elogio de Harriet hubiese podido satisfacerla, no hubiese tardado mucho en consolarse.

-¡Oh! ¡Si yo pudiese tocar tan bien como tú y la señorita Fairfax!

-No nos pongas a la misma altura, Harriet. Compararme con ella es como comparar una lámpara con la luz del sol.

-¡Oh, querida...! A mí me parece que de las dos tú eres la que tocas mejor. Tú lo haces tan bien como ella. Te aseguro que yo prefiero escucharte a ti. Ayer por la noche todo el mundo decía que tocabas muy bien.

-Los que entienden algo en música tienen que haber notado la diferencia. La verdad, Harriet, es que yo sólo toco como para que se me hagan algunos elogios, pero la ejecución de Jane Fairfax está mucho más allá de todo eso.

-Pues yo siempre pensaré que tocas tan bien como ella y que si hay alguna diferencia nadie es capaz de notarlo. El señor Cole dijo que tenías mucho talento; y el señor Frank Churchill estuvo hablando un buen rato sobre tu gusto musical, y dijo que para él el gusto era mucho más importante que la ejecución.

-Ah, pero es que Jane Fairfax tiene las dos cosas.

-¿Estás segura? Yo vi que tenía mucha práctica, pero me pareció que no tenía nada de gusto. Nadie dijo nada de esto. Y a mí no me gusta el canto a la italiana. No se entiende ni una palabra. Además, si toca tan bien, ¿sabes?, sólo es porque tiene que saber mucho a la fuerza, porque tendrá que enseñar música. Ayer por la noche los Cox se estaban preguntando si podría entrar en alguna casa bien. ¿Qué impresión te produjeron los Cox?

-La de siempre... son muy vulgares, no tienen clase.

-Me dijeron una cosa -dijo Harriet titubeando-, pero no es nada que tenga mucha importancia.

Emma se vio obligada a preguntar qué era lo que le habían dicho, aunque temía que fuera algo referente al señor Elton.

-Me dijeron que el señor Martin cenó con ellos el sábado pasado.

-¡Oh!
-Fue a ver a su padre para hablar de negocios, y le invitó a quedarse a cenar.
-¡Oh!
-Me estuvieron hablando mucho de él, sobre todo Anne Cox. No sé lo que se proponía con eso; pero me preguntó si pensaba volver a pasar una temporada en su casa el próximo verano.
-Se proponía ser impertinente e intrometida, como siempre suele serlo Anne Cox.
-Me dijo que había estado muy amable el día en que cenó con ellos. Se sentó a su lado durante la cena. La señorita Nash opina que cualquiera de las Cox estaría muy contenta de casarse con él.
-Es muy probable... Creo que en cuanto a vulgaridad esas muchachas no tienen rival en todo Highbury.
Harriet tenía que hacer unas compras en casa Ford. Emma consideró más prudente acompañarla. Era posible que se produjera otro encuentro casual con los Martin, y en el estado de ánimo en que se hallaba la cosa hubiera podido ser peligrosa.
En una tienda Harriet se encaprichaba de todo, no acababa de decidirse por nada, y siempre necesitaba mucho tiempo para hacer sus compras; y mientras estaba aún comparando unas muselinas y cambiando continuamente de opinión, Emma se asomó a la puerta para distraerse. No podía esperarse mucho del movimiento de la calle, incluso en las partes más céntricas de Highbury; el señor Perry andando apresuradamente, el señor William Cox entrando en su despacho, el coche del señor Cole volviendo de un paseo, o uno de los chicos que hacían de cartero luchando con una mula rebelde que se obstinaba en llevarle en otra dirección, eran los personajes más interesantes que podía esperar encontrar; y cuando su mirada tropezó tan sólo con el carnicero con su batea, una pulcra anciana que se dirigía a su casa después de salir de una tienda con su cesta llena, dos perros callejeros que se disputaban un hueso sucio y una hilera de muchachos haraganeando delante del pequeño escaparate del panadero, como si quisieran comerse con los ojos el pan de jengibre, Emma pensó que no tenía motivos para quejarse y que no le faltaba diversión; la suficiente para quedarse junto a la puerta. Un espíritu despierto y equilibrado no necesita contemplar grandes cosas, y para todo lo que ve encuentra respuesta.
Volvió la vista hacia el camino de Randalls. La escena se amplió; aparecieron dos personas; la señora Weston y su hijastro; se dirigían hacia Highbury; iban a Hartfield, por supuesto. Sin embargo se detuvieron primero ante la casa de la señorita Bates; esta casa estaba un poco más cerca de Randalls que el almacén de Ford; y apenas habían llamado cuando vieron a Emma... Inmediatamente cruzaron la calle y se dirigieron hacia ella, y la agradable velada del día anterior pareció hacer aún más grato este encuentro. La señora Weston le informó que iba a visitar a las Bates con objeto de poder oír el nuevo piano.
-Frank -dijo ella- me ha recordado que ayer por la noche prometí formalmente a la señorita Bates que esta mañana iría a visitarla. Yo casi ni me di cuenta que se lo prometía. Ya no me acordaba que había fijado una fecha, pero ya que él lo dice ahora mismo iba para allí.

-Y mientras la señora Weston hace esta visita, espero -dijo Frank Churchill- que se me permita unirme a ustedes y esperarla en Hartfield... si es que ya vuelven a su casa.

La señora Weston pareció contrariada.

-Creía que querías venir conmigo. Las Bates se alegrarían mucho de volver a verte.

-¿A mí? Creo que estaría de más. Pero tal vez... tal vez estaré de más aquí. Parece como si la señorita Woodhouse no desease mi compañía. Mi tía nunca quiere que la acompañe cuando va de compras. Dice que la pongo enferma de los nervios; y tengo la impresión que la señorita Woodhouse si se atreviera me diría algo semejante. De modo que ¿qué hago?

-No he venido a hacer compras para mí -dijo Emma-. Sólo estoy esperando a mi amiga. Supongo que ya no tardará mucho en salir, y entonces nos iremos a casa. Pero usted haría mejor de acompañar a la señora Weston y oír cómo suena el piano.

-Bien... Si usted me lo aconseja... pero -con una sonrisa- si el coronel Campbell se hubiese valido para elegir el instrumento de un amigo poco cuidadoso, y si ahora resultara que el piano no suena bastante bien... ¿Yo qué voy a decir? No voy a hacer quedar muy bien a la señora Weston. Ella sola podrá salir del paso perfectamente. Una verdad desagradable en sus labios debe de resultar incluso grata, pero yo soy la persona más incapaz del mundo para decir una mentira cortés.

-Eso sí que no lo creo... -replicó Emma-. Estoy convencida de que cuando es necesario puede usted ser tan insincero como cualquier ser humano; pero no hay ningún motivo para suponer que el piano no sea bueno. Yo más bien pensaría todo lo contrario, por lo que le oí decir a la señorita Fairfax la noche pasada.

-Ven conmigo -insistió la señora Weston-, si no es mucha molestia. No tenemos por qué quedarnos mucho tiempo. Y luego iremos a Hartfield. No vamos a llegar mucho más tarde que ellas. La verdad es que quiero que me acompañes en esta visita. ¡Lo considerarán como una atención tan grande! Además, yo creía que pensabas venir.

El joven no se atrevió a replicar; y con la esperanza de tener luego la compensación de ir a Hartfield, volvió junto con la señora Weston hacia la puerta de la casa de las Bates. Emma vio cómo entraban y luego fue a reunirse con Harriet, que se hallaba confusa ante el mostrador... y poniendo en juego toda su inteligencia, trató de convencerla de que si lo que quería era muselina lisa no tenía ningún objeto el mirar la rameada; y que una cinta azul, por muy bonita que fuera, nunca iba a armonizar con aquel modelo amarillo. Por fin todos esos problemas quedaron resueltos, incluso el lugar al que debían llevar el paquete.

-¿Prefiere usted que se lo mande a casa de la señora Goddard, señorita? -preguntó la señora Ford.

-Sí... No... Sí, a casa de la señora Goddard. Pero la falda envíenla a Hartfield. No, no, envíelo todo a Hartfield, por favor, pero entonces la señora Goddard querrá verlo... y yo podría llevar la falda a casa cualquier día. Pero necesitaré en seguida la cinta... o sea que es mejor que lo envíen a Hartfield... por lo menos la

cinta. Podría usted hacer dos paquetes, señora Ford, ¿no?

-Harriet, no es necesario dar tantas molestias a la señora Ford y hacerle hacer dos paquetes.

-No, claro.

-No es ninguna molestia, señorita, no faltaba más -dijo la amable señora Ford.

-¡Oh! Pero es que ahora la verdad es que prefiero que sólo me hagan un paquete. Por favor, mándelo todo a casa de la señora Goddard... pero, no sé... no, creo, Emma, que lo mejor será que lo envíen todo a Hartfield y que yo me lo lleve todo a casa esta noche. ¿A ti qué te parece?

-Que no dediques ni medio segundo más a pensar en esta cuestión. A Hartfield, por favor, señora Ford.

-Sí, eso será mucho mejor -dijo Harriet completamente satisfecha-; no me gustaría nada que lo enviasen a casa de la señora Goddard.

Se oyeron unas voces que se acercaban a la tienda... o mejor dicho, una voz y dos señoras; la señora Weston y la señorita Bates se encontraron con ellas en la puerta.

-Mi querida señorita Woodhouse -dijo esta última-, precisamente venía a buscarla para pedirle el favor de que viniera un rato a nuestra casa y nos diera su opinión sobre el piano nuevo; usted y la señorita Smith. ¿Cómo está usted señorita Smith? Muy bien, gracias... y he rogado también a la señora Weston que viniera con nosotras para contar con otra opinión de peso.

-Espero que la señora Bates y la señorita Fairfax estén...

-Muy bien, no sabe cómo agradezco su interés. Mi madre está maravillosamente bien y Jane no se resfrió ayer por la noche. ¿Cómo sigue el señor Woodhouse?... No sabe lo que me alegra saber que se encuentra tan bien de salud. La señora Weston me ha dicho que estaban ustedes aquí... ¡Oh! Y entonces yo me he dicho, voy en seguida antes de que se vayan, estoy segura de que a la señorita Woodhouse no le importará que la moleste y le pida que venga un ratito a casa; mi madre se alegrará tanto de verla... Y ahora que somos tantos no podrá negarse. «Sí, sí, es una gran idea», ha dicho el señor Frank Churchill, «será muy interesante conocer la opinión de la señorita Woodhouse sobre el piano...» Pero, les he dicho yo, es más probable que la convenza para venir si uno de ustedes me acompaña...» «¡Oh!», ha dicho él, «espere medio minuto a que haya terminado mi trabajo». Porque, no sé si querrá usted creerlo, señorita Woodhouse, pero es un joven tan amable que estaba arreglando la montura de las gafas de mi madre... Los cristales se salieron de la montura esta mañana, ¿sabe usted? ¡Oh, es tan amable...! Porque mi madre no podía usar las gafas... no podía ponérselas. Y a propósito, todo el mundo debería tener dos pares de gafas; sí, sí, todo el mundo. Jane ya lo dijo. Yo esta mañana la primera cosa que quería hacer era llevarlas a John Saunders, pero durante toda la mañana tenía que hacer otras cosas que me iban distrayendo; primero una cosa, luego otra, no se acaba nunca, ya sabe usted. Primero me vino Patty diciéndome que le parecía que había que limpiar la chimenea de la cocina. ¡Oh Patty!, dije yo, no me vengas ahora con esas malas noticias. A la señora se le ha roto la montura de las gafas. Luego llegaron las manzanas asadas que la señora Wallis me mandaba con su chico; los Wallis siempre son extraordinariamente

atentos y amables con nosotros... He oído decir a cierta gente que la señora Wallis a veces es mal educada y contesta de un modo muy grosero, pero con nosotros sólo han tenido atenciones. Y no será porque somos clientes muy buenos, por el pan que les compramos, ¿sabe usted? Sólo tres panecillos... y eso que ahora tenemos con nosotros a Jane... Y es que ella no come prácticamente nada... desayuna tan poco que se quedaría usted asustada si la viera. Yo no me atrevo a decirle a mi madre lo poco que come... Y, mire, una vez digo una cosa y luego digo otra y así va pasando. Pero hacia el mediodía tiene hambre y no hay nada que le guste tanto como esas manzanas asadas, que por cierto es una fruta muy saludable, porque el otro día tuve la ocasión de preguntárselo al señor Perry; dio la casualidad de que le encontré en la calle. No es que yo dudara de que fuera una fruta sana... Muchas veces le he oído recomendar al señor Woodhouse las manzanas asadas. Creo que es el único modo que el señor Woodhouse considera que la fruta es totalmente recomendable. Sin embargo nosotras hacemos muchas veces tarta de manzana. Patty hace una tarta de manzana exquisita. Bueno, señora Weston, creo que ha conseguido usted lo que nos proponíamos, confío en que estas señoras serán tan amables de venir a nuestra casa.

Emma estaba «realmente encantada de visitar a la señora Bates», etcétera, y por fin salieron de la tienda sin más demora que la obligada por parte de la señorita Bates:

-¿Cómo está usted, señora Ford? Le ruego que me perdone. No la había visto hasta ahora. Me han dicho que ha recibido usted de Londres un nuevo surtido de cintas que es un primor. Ayer Jane llegó a casa encantada con ellas. ¡Ah, los guantes son espléndidos...! Sólo que un poco demasiado largos; pero Jane ya les está haciendo un dobladillo.

-¿Qué estaba diciendo? -dijo empezando de nuevo cuando todos hubieron salido a la calle.

Emma se preguntó a cuál de las innumerables cosas de las que había hablado se estaría refiriendo.

-Pues confieso que no puedo acordarme de lo que estaba diciendo... ¡Ah, sí! Las gafas de mi madre. ¡Ha sido tan amable el señor Frank Churchill! «¡Oh!», ha dicho, «me parece que puedo arreglarles la montura; me encantan ese tipo de trabajos». Lo cual demuestra que es un joven muy... la verdad, debo decirles que aunque antes de conocerle ya había oído hablar mucho de él y le tenía en gran estima, la realidad es muy superior a todo lo que... Señora Weston, le doy la enhorabuena de todo corazón. A mi entender posee todo lo que el padre más exigente podría... «¡Oh!», me ha dicho, «yo puedo arreglarles la montura; me encanta ese tipo de trabajos». Nunca podré olvidar su amabilidad. Y cuando yo he sacado de la despensa las manzanas asadas, confiando que nuestros amigos serían tan amables que las probarían, «¡Oh!», ha dicho él en seguida, «no hay fruta mejor que ésa, y además en mi vida habla visto unas manzanas asadas en casa que tuvieran tan buen aspecto». Ya ve usted, eso es ser lo que se dice de lo más... Y por la manera en que lo dijo estoy segura de que no era un cumplido. Claro está que son unas manzanas deliciosas, y que la señora Wallis le saca todo el partido posible... Aunque sólo las hemos asado dos veces

y el señor Woodhouse nos hizo prometer que lo haríamos tres... Pero la señorita Woodhouse será tan buena que no se lo contará ¿verdad? Estas manzanas son las mejores que hay para asar, eso sin ninguna duda; todas son de Donwell... Una parte de la generosa ayuda que nos presta el señor Knightley. Todos los años nos manda un saco; y desde luego no hay mejores manzanas para guardar que la de los árboles de sus tierras... Creo que sólo tiene dos manzanos de esta clase. Mi madre dice que el huerto ya era famoso en su juventud. Pero el otro día me llevé un verdadero disgusto porque el señor Knightley vino a visitarnos una mañana y Jane estaba comiendo esas manzanas, y nosotras nos pusimos a alabarlas y le dijimos que a ella le gustaban mucho, y él nos preguntó si ya las habíamos terminado. «Estoy seguro de que tienen que habérseles terminado», nos dijo, «voy a mandarles otro saco; yo tengo muchas más de las que puedo comer. Este año William Larkins me ha entregado una cantidad superior a la de costumbre. Les enviaré unas cuantas más antes de que se estropeen». Yo le supliqué que no lo hiciese... Pero como era verdad que se nos estaba terminando la provisión tampoco podía decirle que nos quedaban muchas... lo cierto es que sólo teníamos media docena; pero las guardábamos todas para Jane; y yo no podía tolerar que nos mandara más después de lo generoso que había sido con nosotras. Y Jane dijo lo mismo. Y cuando se hubo ido ella casi se peleó conmigo... Bueno, no, no es que nos peleáramos, porque entre nosotras nunca hay peleas; pero sintió tanto que yo hubiese reconocido que las manzanas estaban a punto de terminarse; ella quería que yo le hiciese creer que aún nos quedaban muchas. ¡Oh, querida!, le dije yo, no podía mentirle. Pero aquella misma tarde se presentó William Larkins con un enorme cesto de manzanas, la misma clase de manzanas, por lo menos media arroba, y yo quedé muy agradecida, y salí a hablar con William Larkins, y así se lo dije como ya pueden ustedes suponer. ¡Hace tantos años que conocemos a William Larkins! Siempre me alegra volver a verle. Pero luego me enteré por Patty que William había dicho que aquellas eran todas las manzanas de aquella clase que le quedaban a su amo. Las había traído todas... Y ahora a su amo no le había quedado ni una sola para asar o para hacer hervida. A William esto no parecía preocuparle lo más mínimo, él estaba muy contento de pensar que su amo había vendido tantas; porque ya saben ustedes que William piensa más en los beneficios de su amo que en ninguna otra cosa; pero dijo que la señora Hodges se disgustó mucho al ver que se habían quedado sin ninguna. No podía tolerar que su amo no pudiese volver a comer tartas de manzanas esta primavera. Eso es lo que William le contó a Patty, pero le dijo que no se preocupara por ello y seguramente que no nos dijera nada a nosotras, porque la señora Hodges se enfada a menudo, y como ya se habían vendido muchos sacos no tenía mucha importancia quién se comiera el resto. Y Patty me lo contó a mí, y yo tuve un verdadero disgusto. Por nada del mundo consentiría que el señor Knightley se enterara de nada de todo esto. Seguramente se pondría... Yo quería evitar que se enterara Jane; pero por desgracia, cuando me di cuenta ya lo había dicho.

Apenas la señorita Bates había acabado de hablar cuando Patty abría la puerta; y sus visitantes empezaron a subir las escaleras ya sin tener que prestar atención a ninguna historia, perseguidos tan sólo por las manifestaciones

inconexas de su buena voluntad.

-Por favor, señora Weston, tenga cuidado, hay un escalón al dar la vuelta. Por favor, señorita Woodhouse, la escalera es más bien oscura... Más oscura y más estrecha de lo que sería de desear. Por favor, señorita Smith, tenga cuidado. Señorita Woodhouse, sufro por usted, estoy segura de que está tropezando. Señorita Smith, cuidado con el escalón que hay al dar la vuelta.

CAPÍTULO XXVIII

CUANDO entraron la pequeña sala de estar era una perfecta imagen del sosiego; la señora Bates, privada de su habitual entretenimiento, dormitaba junto a la chimenea, Frank Churchill, sentado a la mesa cerca de ella, estaba totalmente absorbido por la tarea de componer las gafas, y Jane Fairfax, dándoles la espalda contemplaba el piano.

A pesar de hallarse totalmente concentrado en lo que hacía, el rostro del joven se iluminó con una sonrisa de placer al volver a ver a Emma.

-No saben lo que me alegro -dijo más bien en voz baja-; llegan ustedes por lo menos diez minutos antes de lo que había calculado. Como ven estoy tratando de ser útil; díganme si lo conseguiré.

-¡Cómo! -dijo la señora Weston-. ¿Todavía no has terminado? Al paso que vas no te ganarías muy bien la vida arreglando gafas.

-Es que también he estado haciendo otras cosas -replicó-; he ayudado a la señorita Fairfax a intentar nivelar el piano; una de las patas quedaba en el aire; supongo que era un desnivel del suelo. Como ve, hemos puesto una cuña de papel debajo de una pata. Han sido ustedes muy amables al dejarse convencer para venir. Yo casi temía que quisieran irse en seguida a casa.

Él se las ingenió de modo que Emma se sentase a su lado; y se mostró tan solicito que eligió para ella la manzana mejor asada, intentando que la joven le ayudara o le aconsejara en el trabajo que hacía, hasta que Jane Fairfax volvió a estar dispuesta a sentarse de nuevo al piano. Pasó un rato antes de hacerlo, y Emma sospechó que la pausa era debida a su nerviosismo. Hacía poco tiempo aún que poseía el instrumento y no podía tocarlo sin cierta emoción; tenía que dominar sus nervios antes de poder tocar normalmente; y Emma no pudo por menos de compadecerse de ella y comprender sus reacciones, fueran cuales fuesen sus motivos, y decidió no volver a hablar más de sus sospechas a su joven amigo.

Por fin, Jane empezó a tocar, y aunque los primeros acordes resultaron demasiado débiles, gradualmente fueron poniéndose de manifiesto todas las posibilidades del instrumento. La primera vez la señora Weston había quedado encantada de su sonoridad, y ahora volvía a estarlo; y los calurosos elogios de Emma se unieron a los suyos; y después de haber matizado debidamente las frases de encomio, el piano fue considerado en conjunto como un magnífico instrumento.

-Sea quien sea, la persona a quien el coronel Campbell ha hecho este encargo -dijo Frank Churchill sonriendo a Emma-, no ha elegido mal. Èn Weymouth se

hablaba mucho del buen gusto del coronel Campbell; y estoy seguro de que la suavidad de las notas altas es exactamente lo que él y *todos sus amigos de allí* hubieran apreciado más. Me atrevería a decir, señorita Fairfax, que o bien dio él mismo instrucciones muy precisas a su amigo o bien escribió en persona a Broadwood. ¿No lo cree usted así?

Jane no se volvió. No estaba obligada a escuchar lo que decían. La señora Weston en aquel mismo momento también estaba dirigiéndole la palabra.

-Eso no está bien -dijo Emma en un susurro-; lo que yo le dije sólo fue una suposición hecha al azar. No la ponga en un aprieto.

Él negó con la cabeza mientras sonreía y adoptó el aire de alguien que tiene muy pocas dudas y muy poca compasión. Poco después comenzó de nuevo:

-¿Se imagina usted, señorita Fairfax, lo contentos que estarán sus amigos de Irlanda pensando en la ilusión que tendrá usted al recibir este regalo? Me atrevería a suponer que piensan a menudo en usted y que incluso calculan el día, el día preciso en que el piano habrá llegado a sus manos. ¿Cree usted que el coronel Campbell sabe que el piano está en su poder? ¿Supone usted que este regalo ha sido la consecuencia inmediata de un encargo suyo o más bien que sólo dio instrucciones generales, sin concretar la cuestión del tiempo y haciéndolo depender de ciertas contingencias y conveniencias?

Hizo una pausa. Esta vez la joven tenía que darse forzosamente por aludida; no podía evitar el dar una respuesta...

-Hasta que no tenga carta del coronel Campbell -dijo ella con una voz forzadamente tranquila- no puedo suponer nada con seguridad. Sólo pueden hacerse conjeturas.

-Conjeturas... sí, a veces se hacen conjeturas acertadas, y a veces conjeturas erróneas. Lo que me gustaría poder conjeturar es lo que aún tardaré en conseguir arreglar la montura de estas gafas. ¡Cuántas tonterías dice uno cuando está absorbido por un trabajo y se pone a hablar! ¿Verdad, señorita Woodhouse? Los trabajadores de verdad supongo que están siempre callados; pero nosotros los caballeros que trabajamos por afición, cuando oímos una palabra... La señorita Fairfax dijo algo sobre las conjeturas. Por fin, ya está. Señora -dirigiéndose a la señora Bates-, tengo el honor de devolverle sus gafas, por ahora arregladas.

Madre e hija le dieron las gracias muy efusivamente; para tratar de escapar a esta última se dirigió hacia el piano y rogó a la señorita Fairfax que aún estaba sentada ante el instrumento que tocara algo más.

-Si es usted tan amable -dijo él-, toque usted uno de aquellos valses que bailamos ayer por la noche; me gustaría tanto volver a oírlos. Usted no disfrutó de la velada tanto como yo; daba usted la impresión de estar cansada todo el tiempo. Me parece que se alegró de que no bailáramos más; pero yo hubiera dado todo lo del mundo y todos los mundos que hubiera tenido, por otra media hora.

Jane tocó lo que le habían pedido.

-¡Qué placer volver a oír una melodía que nos ha hecho felices! Si no me equivoco esta pieza la bailamos en Weymouth.

La joven levantó por un momento la mirada hacia él, se ruborizó intensamente,

y se puso a tocar otra cosa. É1 cogió unos cuadernos de música que habían en una silla cerca del plano, y volviéndose hacia Emma dijo:

-Esto es algo completamente nuevo para mí. ¿Lo conoce usted? Cramer... Y ésta es una nueva colección de canciones irlandesas. Claro que ya era de esperar que hubiese algo irlandés. Todo eso lo enviaron con el piano. El coronel Campbell está en todo, ¿verdad? Sabía que la señorita Fairfax aquí no disponía de música. Yo reconozco mi admiración por estos detalles tan atentos; se ve que es algo salido del corazón. Todo está hecho sin prisas, meditándolo bien, hasta el último detalle. Se ve la mano de alguien a quien mueve un gran afecto.

Emma hubiera deseado que el joven se mostrara menos intencionado, pero la situación no dejaba de divertirla; y cuando al mirar de reojo a Jane Fairfax se dio cuenta de que en sus labios flotaba una vaga sonrisa, cuando advirtió que al rubor de la responsabilidad de poco antes había sucedido una sonrisa de oculta complacencia, sintió menos escrúpulos de que todo aquello le divirtiera y mucha menos compasión por ella... La encantadora, digna, perfecta Jane Fairfax, al parecer se complacía en sentimientos muy reprensibles.

Frank Churchill entregó a Emma todos los cuadernos de música, y ambos los ojearon juntos... Emma aprovechó la oportunidad para susurrar:

-Habla usted demasiado claro. Tiene a la fuera que entenderlo.

-Así lo espero. Lo que quisiera es que me entendiese. No me avergüenzo lo más mínimo de lo que estoy diciendo.

-Pues le aseguro que yo sí que estoy un poco avergonzada, y preferiría que no se me hubiese ocurrido la idea.

-Yo me alegro mucho de que se le ocurriera y también de que me la comunicase. Ahora ya sé cómo interpretar sus rarezas y sus extravagancias. Déjele que se avergüence. Si obra mal debería darse cuenta de lo que hace.

-A mí me parece que no deja de darse cuenta.

-No me da la impresión de que esté muy arrepentida. En este momento está tocando *Robing Adair...* La canción favorita de *él.*

Poco después la señorita Bates, al pasar cerca de la ventana, descubrió al señor Knightley que pasaba a caballo no lejos de allí.

-¡El señor Knightley! ¡Qué sorpresa! Tengo que hablar con él en seguida aunque sólo sea para darle las gracias. Pero no quiero abrir esta ventana; podrían resfriarse todos ustedes; pero ¿saben lo que voy a hacer? Abriré la ventana del cuarto de mi madre. Estoy segura de que entrará cuando sepa quién hay en casa. ¡Oh, qué alegría tenerles a todos reunidos aquí! ¡Qué honor para nuestra humilde casa!

Cuando acabó de pronunciar esta frase ya estaba en la estancia de al lado, y después de abrir la ventana inmediatamente llamó la atención del señor Knightley, y hasta la última sílaba de la conversación que sostuvieron fue perfectamente oída por los demás, como si la escena tuviese lugar en aquella misma habitación.

-¿Cómo está usted?... ¿Cómo está usted?... Muy bien, gracias. Agradecidísima porque ayer nos prestara el coche. Llegamos a muy buena hora; mi madre nos estaba esperando. Por favor, entre usted, se lo ruego. Encontrará usted aquí a varios amigos.

Así empezó la señorita Bates; y el señor Knightley pareció firmemente resuelto a dejarse oír, porque replicó de un modo decidido y tajante:

-¿Cómo está su sobrina, señorita Bates? Dígame usted cómo se encuentran todos, pero sobre todo su sobrina, ¿cómo está la señorita Fairfax? Supongo que ayer por la noche no se resfrió. ¿Cómo se encuentra hoy? Dígame cómo sigue la señorita Fairfax.

Y la señorita Bates se vio obligada a dar respuesta a todas estas preguntas antes de que él consintiera en oírla hablar de algo más. Los oyentes sonreían divertidos; y la señora Weston dirigió una mirada de inteligencia a Emma. Pero ésta movió negativamente la cabeza como reafirmándose en su escepticismo.

-¡Le estamos tan agradecidas! ¡Le estamos tan agradecidas por el coche...! -prosiguió la señorita Bates.

Pero él la interrumpió bruscamente diciendo:

-Voy a Kingston. ¿Desea usted algo?

-¡Oh! ¿De veras? ¿De veras va usted a Kingston? El otro día la señora Cole me decía que necesitaba algo de Kingston.

-La señora Cole puede enviar a sus criados. ¿Desea algo para *usted?*

-No, gracias. Pero, por favor, entre usted un momento. ¿Quién cree usted que está aquí? La señorita Woodhouse y la señorita Smith; han sido tan amables que nos han hecho una visita para oír el nuevo piano. Por favor, deje usted el caballo en la Corona y entre un momento.

-De acuerdo -dijo de modo resuelto-, pero sólo cinco minutos.

-¡También están aquí la señora Weston y el señor Frank Churchill! ¡Ay, qué alegría! ¡Ver reunidos a tantos amigos!

-No, no, gracias, ahora no puedo. No podría quedarme ni dos minutos. Tengo mucha prisa por llegar a Kingston.

-¡Oh, por favor, entre un momento! Se alegrarán tanto de verle.

-No, no, ya tiene usted bastante gente en casa. Ya les visitaré otro día y oiré el piano.

-Bueno, como quiera, pero lo siento mucho... ¡Oh, señor Knightley! ¡Qué velada más deliciosa la de ayer! ¡Que agradable fue! ¿Había usted visto alguna vez un baile como aquél? ¿No fue verdaderamente encantador? ¡Qué pareja formaban la señorita Woodhouse y el señor Frank Churchill! Yo nunca había visto nada parecido.

-¡Oh, sí, sí, sí, verdaderamente delicioso! No puedo decir otra cosa porque supongo que la señorita Woodhouse y el señor Frank Churchill estarán oyendo todo lo que hablamos. Y -levantando aún más la voz- no sé por qué no menciona también a la señorita Fairfax. En mi opinión la señorita Fairfax baila muy bien. Y la señora Weston tocando contradanzas no tiene rival en toda Inglaterra. Ahora si sus amigos fueran un poco agradecidos para corresponder tendrían que hacer algunos elogios en voz alta sobre usted y sobre mí; pero no puedo quedarme más tiempo para oírlos.

-¡Oh, señor Knightley, espere un momento! Es algo importante... ¡Lo sentimos tanto! ¡Jane y yo hemos sentido tanto lo de las manzanas!

-¿De qué me está usted hablando ahora?

-¡Pensar que nos ha enviado usted todas las manzanas que le quedaban!

Usted dijo que tenía muchas, pero ahora se ha quedado sin ninguna. ¡Le aseguro que lo hemos sentido tanto! La señora Hodges tiene motivos para estar enfadada. William Larkins nos lo contó. No debería usted haberlo hecho. No, le aseguro que no debería haberlo hecho. ¡Oh! Ya se ha ido. No puede sufrir que le den las gracias. Pero yo creía que iba a entrar, y hubiera sido una lástima no haber mencionado... Bueno -volviendo a entrar en el salón-, no he tenido éxito. El señor Knightley no podía detenerse. Iba camino de Kingston. Me ha preguntado si necesitaba algo de...

-Sí -dijo Jane-, ya hemos oído sus amables ofrecimientos, lo hemos oído todo.

-¡Oh, sí, querida, ya supongo que habéis podido oírlo!; porque, verán ustedes lo que pasaba, la puerta estaba abierta y la ventana también, y el señor Knightley hablaba en voz muy alta. Desde luego, seguro que han tenido que oírlo todo. «¿Desea usted algo de Kingston?», me ha dicho; y yo, claro, me he acordado... ¡Oh!, señorita Woodhouse, ¿ya tiene usted que marcharse? Pero si acaba de llegar... Ha sido usted tan amable...

Emma consideró que ya había llegado la hora de volver a su casa; la visita había durado mucho; y al consultar los relojes vieron que había pasado buena parte de la mañana, de modo que la señora Weston y su acompañante también se despidieron, sin poder permitirse más que acompañar a las dos jóvenes hasta la entrada de Hartfield antes de tomar el camino de Randalls.

CAPÍTULO XXIX

Es posible vivir prescindiendo totalmente del baile. Se conocen casos de jóvenes que han pasado muchos, muchos meses enteros, sin asistir a ningún baile ni a nada que se le pareciera, sin sufrir por ello ningún daño ni en el cuerpo ni el alma; pero una vez se ha empezado... una vez se ha sentido, aunque sea levemente, el placer de girar rápidamente al son de una música... es difícil renunciar a la tentación de pedir que se repita.

Frank Churchill ya había bailado una vez en Highbury, y ahora suspiraba por volver a bailar; y la última media hora de una velada que el señor Woodhouse consintió en pasar con su hija en Randalls, los dos jóvenes la dedicaron a hacer proyectos sobre aquella cuestión. La iniciativa había sido de Frank, así como el mayor interés en conseguir lo que deseaba; ya que ella prestaba gran atención a las dificultades, y consideraba que debía ser algo digno y adecuado a las circunstancias. Pero, a pesar de todo, Emma tenía tantos deseos de volver a demostrar lo maravillosamente que bailaban el señor Frank Churchill y la señorita Woodhouse -algo de lo que no tenía que enrojecer al compararse con Jane Fairfax- ...y también tantos deseos simplemente de bailar, sin que contara el maligno aguijón de la vanidad... que le ayudó primero a medir el salón en que estaban para saber cuántas personas podrían caber allí... y luego a tomar las medidas de la otra sala de estar, con la esperanza de descubrir -a pesar de todo lo que el señor Weston podía decirles que eran exactamente de las mismas dimensiones- que era un poco más grande.

La primera proposición del joven de que el baile que había empezado en casa

del señor Cole debía terminar en aquella casa... que se reunirían las mismas personas que la vez anterior... y que la encargada de tocar el piano sería la misma... halló la aprobación más inmediata. El señor Weston acogió la idea con gran entusiasmo, y la señora Weston se comprometió gustosamente a tocar durante todo el tiempo que ellos quisieran dedicarse al baile; y acto seguido se aplicaron a la grata tarea de calcular exactamente cuáles serían las parejas, y a destinar a cada una de ellas la porción de espacio indispensable.

-Usted, la señorita Smith y la señorita Fairfax serán tres, y las dos señoritas Cox cinco -repetía Frank Churchill una y otra vez. Y por otra parte están los dos Gilbert, Cox hijo, mi padre y yo, y además el señor Knightley. Sí, seremos los suficientes para divertirnos. Usted, la señorita Smith y la señorita Fairfax, serán tres, y las dos señoritas Cox, cinco; y para cinco parejas habrá mucho espacio.

Pero no tardó mucho en cambiar de opinión.

-Bueno, no sé si habrá espacio suficiente para cinco parejas... Casi me parece que no.

Y poco después:

-Después de todo, por cinco parejas no vale la pena organizar nada. Si uno piensa con calma en lo que eso significa, cinco parejas no son nada. No va a salir bien invitando sólo a cinco parejas. Ha sido una idea que se nos ha ocurrido en un mal momento.

Alguien dijo que estaban esperando a la señorita Gilbert en casa de su hermano, y que debía ser invitada con los demás. Otro era de la opinión que la señora Gilbert, si se lo hubiesen pedido, hubiera bailado en casa de los Cole. Se habló también del hijo menor de los Cox; y por fin, después de que el señor Weston hubiese nombrado a unos primos suyos que también debían ser incluidos en la lista, y de otra amistad suya muy antigua a la que no podía desairar, se llegó al convencimiento de que las cinco parejas serían por lo menos diez, y empezaron a hacerse curiosos cálculos acerca de las posibilidades de meter a toda aquella gente en el salón.

Las puertas de las dos salas se hallaban enfrente la una de la otra.

-¿No podríamos usar las dos salas y aprovechar también el espacio de la puerta para bailar?

Ésta parecía ser la mejor idea; pero la mayoría pidió que se buscase una solución más adecuada. Emma dijo que resultaría un poco vulgar; la señora Weston se preocupaba por la cena; y el señor Woodhouse se opuso decididamente por motivos de salud. La cosa le hubiera inquietado tanto que había que desechar el proyecto.

-¡Oh, no! -dijo-. Esto sería el colmo de la imprudencia. No puedo consentirlo por Emma... Emma no es una muchacha fuerte. Iba a pillar un resfriado terrible. Y la pobre Harriet también. Y todos ustedes igual. Señora Weston, tendría usted que guardar cama; no les deje hablar de disparates como éste; por favor, no les deje hablar de estas cosas. Ese joven -dijo bajando la voz- no tiene ni pizca de seso. No se lo diga a su padre, pero ese joven no rige bien. Toda la tarde a cada momento está abriendo las puertas y las deja abiertas sin ninguna consideración. No piensa en las corrientes de aire. Yo no quiero indisponerle con él, pero le aseguro que ese joven de seso tiene muy poco.

La señora Weston quedó muy apenada al oír estas frases de reproche. Sabía la importancia que tenían e hizo todo lo que pudo por disipar sus aprensiones. Se cerraron todas las puertas, se abandonó el proyecto de comunicar las dos salas y se volvió de nuevo al plan primitivo de bailar tan sólo en el salón en el que entonces se encontraban; y con tan buena voluntad por parte de Frank Churchill que el espacio que un cuarto de hora antes apenas se consideraba suficiente para cinco parejas, se intentó convertirlo en holgado para diez.

-Hemos sido demasiado generosos -dijo-; concedíamos mucho más espacio del necesario. Aquí diez parejas caben perfectamente.

Emma protestó:

-Sería un gentío... un gentío horrible; no hay nada peor que bailar sin espacio para moverse.

-Sí, sí, cierto -replicó él muy serio-, sería horrible.

Pero siguió tomando medidas y por fin terminó diciendo:

-A pesar de todo, creo que diez parejas tendrían espacio más que suficiente.

-No, no -dijo Emma-, sea usted un poco razonable. Sería horroroso estar tan apretados. No hay nada más desagradable que bailar rodeado de mucha gente... ¡y ese gentío en un sitio tan pequeño!

-Desde luego, eso no puedo negarlo -replicó-. Estoy totalmente de acuerdo con usted... Ese gentío en un sitio tan pequeño... Señorita Woodhouse, tiene usted el don de describir muy gráficamente las cosas en muy pocas palabras. ¡Exquisito, verdaderamente exquisito! Sin embargo, después de haberle dado tanta vueltas cuesta mucho dejarlo correr. Mi padre se llevaría una decepción... y en resumidas cuentas... aunque no sé muy bien por qué... yo más bien soy de la opinión de que diez parejas cabrían perfectamente aquí dentro.

Emma se dio cuenta de que sus galanterías no eran muy espontáneas, y que él opondría resistencia antes de renunciar al placer de bailar con ella; pero aceptó el cumplido y olvidó todo lo demás. Si alguna vez llegaba a pensar en *casarse* con él, valdría la pena detenerse a pensar con calma y tratar de calibrar el valor de su inclinación por ella, y de comprender las características de su temperamento; pero para todos los efectos de su amistad el joven era más que suficientemente amable.

Antes de las doce de la mañana del día siguiente, Frank Churchill llegaba a Hartfield; y entró en la sala exhibiendo una sonrisa tan agradable que demostraba bien a las claras que no había abandonado su proyecto. Pronto se vio que venía a anunciar alguna idea feliz.

-Bueno, señorita Woodhouse -empezó a decir casi inmediatamente-, confío que la afición que usted siente por bailar no ha desaparecido por completo con el terror que le inspiran las reducidas dimensiones de las salitas de la casa de mi padre. Traigo una nueva proposición acerca de este asunto: ha sido una idea de mi padre que sólo espera su aprobación para ser puesta en práctica. ¿Puedo aspirar al honor de que me conceda usted los dos primeros bailes de esta pequeña velada que pensamos que podría celebrarse no en Randalls, sino en la Hostería de la Corona?

-¿En la Corona?

-Sí; si usted y el señor Woodhouse no ven ningún obstáculo y confío en que

no, mi padre espera de la amabilidad de sus amigos que le honren con su visita en la hostería. Allí puede ofrecerles más comodidades y una acogida no menos cordial que en Randalls. Ha sido idea suya. La señora Weston no ve ningún inconveniente, con tal de que ustedes estén de acuerdo. Y ésta es también nuestra opinión. ¡Oh! Tenía usted toda la razón. Diez parejas en cualquiera de las dos salas de Randalls hubiera sido algo realmente insufrible. ¡Qué horror! Durante todo el rato yo ya me daba cuenta de que usted tenía mucha razón, pero tenía demasiados deseos de defender *algo* para demostrar que cedía. ¿No le parece una idea mucho mejor? ¿Está usted de acuerdo? Confío en que dará usted su consentimiento.

-Me parece que es un proyecto al que nadie puede poner reparos, si no los ponen el señor y la señora Weston. A mi modo de ver es espléndido. Y por lo que a mí respecta, estaré contentísima de... Sí, creo que era la única solución que podía encontrarse. Papá, ¿no te parece una solución excelente?

Emma se vio obligada a explicárselo de nuevo antes de ser comprendida del todo; y luego, como se trataba de algo nuevo, para que lo aceptara fue preciso que le hicieran una serie de consideraciones.

-No; a mí lo que me parece es que dista mucho de ser una solución excelente... es una idea muy desafortunada... mucho peor que la otra. La sala de una posada siempre es un sitio húmedo y peligroso, nunca está bien ventilado y no es un lugar propio para ser habitado. Si tienen que bailar es mejor que bailen en Randalls. Nunca he estado en esta sala de la Corona... ni conozco a nadie que la haya visto por dentro... pero, ¡no, no! Lo encuentro un plan pero que muy malo. En la Corona todo el mundo va a pillar unos resfriados peores que en cualquier otro sitio.

-Precisamente iba a decirle -dijo Frank Churchill- que una de las grandes ventajas de este nuevo proyecto es el poco peligro que hay de que alguien coja un resfriado... ¡En la Corona el peligro es mucho menor que en Randalls! Quizás el señor Perry tuviera motivos para lamentar este cambio, pero nadie más.

-Caballero -dijo el señor Woodhouse, acalorándose un poco-, se equivoca usted de medio a medio si supone que el señor Perry es un hombre capaz de una cosa así. El señor Perry lo siente muchísimo cuando alguno de nosotros cae enfermo. Pero lo que no entiendo es por qué cree usted que el salón de la Corona será un lugar más seguro que el de casa de su padre.

-Pues sencillamente por el simple hecho de que es más espacioso. No tendremos necesidad de abrir ninguna ventana... ni una sola ventana en toda la velada; y es esta horrible costumbre de abrir las ventanas, dejando que entre el aire frío que actúa sobre el cuerpo sudoroso, la que (como usted sabe muy bien) es la responsable de esas desgracias.

-¡Abrir las ventanas! Pero sin duda alguna, señor Churchill, a nadie se le hubiera ocurrido abrir las ventanas en Randalls. ¡Nadie hubiera podido ser tan imprudente! En mi vida he oído decir una cosa semejante. ¡Bailar con las ventanas abiertas! Estoy seguro de que ni su padre ni la señora Weston (la pobre señorita Taylor, como antes la llamábamos) lo hubieran consentido.

-¡Ah! Pero siempre hay algún joven alocado que se escurre sin que nadie le vea detrás de una cortina, y entreabre la ventana. Yo mismo lo he visto hacer

muchas veces.

-¿Lo dice de veras? ¡Dios nos asista! Nunca lo hubiera supuesto. Pero es que yo vivo fuera del mundo, y muchas veces me quedo asombrado de lo que me dicen. Sin embargo, esto ya significa una diferencia; y quizá, cuando volvamos a hablar de ello... pero esta clase de cosas requieren pensárselo mucho. No se pueden decidir con prisas. Si el señor y la señora Weston fueran tan amables que vinieran a verme una mañana, podríamos hablar del asunto, y veríamos lo que se puede hacer.

-Pero es que, por desgracia, dispongo de tan poco tiempo...

-¡Oh! -interrumpió Emma-, tendremos tiempo de sobras para hablar de todo. No hay ninguna prisa. Si pudiera lograrse que el baile fuera en la Corona, papá, sería muy conveniente para los caballos. Tendrían las cuadras muy cerca.

-Sí, querida, en eso tienes toda la razón. Esto es una gran cosa. No es que James se queje nunca; pero siempre que se pueda es mejor tener consideración con los caballos. Si pudiera estar seguro de que la sala estará bien ventilada... pero ¿podemos fiarnos de la señora Stokes? Lo dudo. Yo no la conozco ni de vista.

-Puedo responder de todos esos detalles porque la señora Weston en persona se ocupará de ellos. La señora Weston se encarga de la dirección general de todo.

-¡Ya ves, papá! Supongo que esto te tranquilizará... Nuestra querida señora Weston, que es el cuidado personificado. ¿Te acuerdas de lo que dijo el señor Perry, hace muchos años, cuando tuve el sarampión? «Si la *señorita Taylor* se encarga de arropar a la señorita Emma, no tiene que tener usted ningún miedo de que se destape.» Muchas veces te lo he oído contar como haciéndole un gran elogio.

-Sí, sí, es verdad, es verdad que el señor Perry lo dijo. Nunca lo olvidaré. ¡Mi pobre Emmita! Llegaste a estar muy mal con el sarampión; bueno, quiero decir que hubieses llegado a estar muy mal, de no ser por los muchos cuidados de Perry. Durante una semana vino cuatro veces al día. Desde el principio ya dijo que era un sarampión muy benigno... y esto era lo que nos consolaba más, pero a pesar de todo el sarampión siempre es una enfermedad terrible. Confío en que cuando alguno de los pequeños de la pobre Isabella tenga el sarampión, mandará llamar a Perry.

-Mi padre y la señora Weston están en la Corona en estos momentos -dijo Frank Churchill- estudiando la capacidad del local. Yo les dejé allí, y vine a Hartfield porque estaba impaciente por saber su opinión, y también porque esperaba que la convencería para que fuera a reunirse con ellos y pudiera exponer su criterio sobre el terreno. Los dos me rogaron que se lo dijera así. Les daría usted una gran alegría si ahora me permitiera acompañarla hasta allí. Sin usted no podemos tomar ninguna decisión definitiva.

Emma se sintió muy halagada al ver que la convocaban para tal asamblea; y después de hacer prometer a su padre que durante su ausencia reflexionaría sobre todo lo que habían estado hablando, los dos jóvenes salieron inmediatamente en dirección a la Hostería de la Corona. Allí les esperaban el señor y la señora Weston; muy contentos de verla y de recibir su aprobación,

muy ocupados, y muy felices, cada cual de un modo diferente; ella poniendo pequeños reparos, y él encontrándolo todo perfecto.

-Emma -dijo ella-, el papel de las paredes está en peor estado de lo que yo pensaba. ¡Mira! Hay trozos en que ya ves que está espantosamente sucio; y el arrimadero está mucho más amarillento y deslucido de lo que podía imaginarme.

-Querida, eres demasiado exigente -dijo su esposo-. ¿Qué importancia tiene? A la luz de las velas no vas a ver nada de todo eso. Te parecerá tan limpio como Randalls a la luz de las velas. Nunca nos fijamos en esas cosas cuando vamos a un club.

Aquí probablemente las señoras cambiaron una mirada que significaba: «Los hombres nunca saben cuándo las cosas están limpias o no lo están»; y los caballeros tal vez pensaron para sus adentros: «Las mujeres siempre se preocupan por esas pequeñeces y naderías.»

Sin embargo, surgió una dificultad que los propios caballeros no desdeñaron. Se trataba del comedor. En la época en que se construyó la sala de baile no se había pensado en la posibilidad de que allí se celebrasen también comidas; y el único anexo que habían añadido había sido una pequeña sala de juego. Ahora bien, esta sala de juego se necesitaría como tal; y, en el caso de que los cuatro organizadores considerasen más conveniente prescindir del juego, ¿no era demasiado pequeña para que allí se pudiera cenar cómodamente? Para aquel objeto podía disponerse también de otro salón mucho más espacioso; pero se hallaba en el otro extremo del edificio, y para llegar hasta él se tenía que pasar por un corredor muy poco presentable. Eso creaba una dificultad. La señora Weston temía que en este corredor, los jóvenes estuvieran demasiado expuestos a las corrientes de aire; y ni Emma ni los dos caballeros se resignaban a la perspectiva de tener que cenar apretujados en una estancia pequeña.

La señora Weston propuso que no se preparara una cena en toda regla; sino que sólo se sirvieran emparedados, etc. en la salita más reducida; pero la sugerencia se descartó como una idea poco afortunada. Un baile particular, en el que los invitados no pudieran sentarse a la mesa para cenar, fue considerado como un vergonzoso fraude a los derechos de las damas y de los caballeros; y la señora Weston tuvo que renunciar a volver a hablar de ello. Pero poco después se le ocurrió otra solución, y asomándose a la salita de juego, comentó:

-Tampoco me parece que sea tan pequeña. Al fin y al cabo tampoco seremos tantos.

Y al mismo tiempo el señor Weston, mientras recorría a grandes pasos el corredor, exclamaba:

-Querida, me parece que exageras un poco con este corredor; después de todo, no es tan largo como dices; y no se nota ni la menor corriente de aire de la escalera.

-Lo que yo quisiera -rujo la señora Weston- es saber lo que preferirían la mayoría de nuestros invitados; debemos decidirnos por lo que sea del agrado del mayor número de nuestros amigos... si es que puede averiguarse qué es lo que piensa la mayoría...

-Sí, esto es verdad -exclamó Frank-, la pura verdad. Usted quiere saber cuál

es la opinión de sus vecinos. Es una idea que sólo podía ocurrírsele a usted. Si pudiéramos consultar a los principales... a los Coles, por ejemplo. No viven muy lejos de aquí. ¿Voy a visitarles? ¿O la señorita Bates? Aún vive más cerca... Aunque no sé si la señorita Bates representaría la opinión del resto de los invitados... Me parece que necesitamos consultar con más personas. ¿Qué les parece si voy a ver a la señorita Bates y le digo que venga a reunirse con nosotros?

Pues... me parece muy bien, si es usted tan amable -dijo vacilando la señora Weston-. Si cree usted que puede sernos de alguna utilidad...

-La señorita Bates no nos va a solucionar nada -dijo Emma-. Se deshará en cumplidos y en agradecimientos, pero no nos va a resolver el problema. Ni siquiera prestará atención a lo que se le pregunte. No veo ninguna ventaja en consultar a la señorita Bates.

-¡Pero es tan divertida, tan extraordinariamente divertida! A mí me encanta oír hablar a la señorita Bates. Y tampoco necesito traer a toda la familia.

En este punto el señor Weston se incorporó al grupo, y al oír la proposición que se había hecho, le dio su decidida aprobación.

-Sí, sí, Frank; ve a buscar a la señorita Bates, y terminemos de una vez con este asunto. Estoy seguro de que le entusiasmará la idea; y no conozco a ninguna persona más indicada que ella para ayudarnos a resolver estas dificultades. Ve a buscar a la señorita Bates. Nos estamos poniendo demasiado escrupulosos. Ella es una lección viviente de cómo ser feliz. Pero trae a las dos. Diles a las dos que vengan.

-¿Las dos? ¿Aquella señora anciana...?

-¿Qué anciana? ¡No, hombre, no, te estoy hablando de la joven! Te consideraré un zoquete si traes a la tía sin la sobrina.

-¡Oh, comprendido, comprendido! Al principio no lo había captado. Pues, desde luego, si lo prefiere así intentaré convencerlas a las dos para que vengan.

Y salió rápidamente. Mucho antes de que regresara acompañando a la menuda, pulcra y vivaz tía, y a su elegante sobrina, la señora Weston, como mujer equilibrada y como buena esposa, había vuelto a examinar las condiciones del corredor, y advirtió que sus inconvenientes eran mucho menores de lo que antes había supuesto... la verdad es qué casi insignificantes; y aquí terminaron las dificultades para tomar una decisión. Todo lo demás, por lo menos en teoría, no presentaba ningún problema. Los detalles complementarios de la mesa y las sillas, las luces y la música, el té y la cena, se resolverían solos; o se dejaron de lado como nimiedades, a resolver en cualquier momento entre la señora Weston y la señora Stokes... No cabía duda de que todos los invitados iban a asistir; Frank ya había escrito a Enscombe, proponiendo prolongar su estancia en Highbury durante unos cuantos días más de las dos semanas acordadas, y no era posible que se negaran a complacerle. Iba, pues, a celebrarse un magnífico baile.

Cuando llegó, la señorita Bates se declaró totalmente de acuerdo con todo lo que le propusieron. Ya no se requería su ayuda para dar ideas; pero para aprobarlas (y en ese aspecto era mucho más de fiar) fue acogida con toda cordialidad. Su aprobación, que fue total e inmediata, circunstanciada, calurosa

e incesante, no podía por menos de complacer a todos; y durante media hora más estuvieron yendo de un lado a otro de las diferentes salas, los unos haciendo sugerencias, los otros recibiéndolas y todos gozando ya de antemano de la alegre reunión que se estaba organizando. El grupo no se disolvió sin que Emma no hubiese prometido en firme al héroe de la velada los dos primeros bailes, ni sin que el señor Weston, que la había oído por casualidad, murmurase al oído de su esposa:

-Se los ha pedido a ella, querida. La cosa marcha. ¡Ya sabía ya que lo haría!

CAPÍTULO XXX

EMMA sólo echaba de menos una cosa para que el proyecto del baile fuese completamente satisfactorio: el que la fecha fijada cayera dentro de las dos semanas que su familia había concedido a Frank Churchill para su estancia en Highbury; pues, a pesar de la confianza del señor Weston, la joven no consideraba tan imposible que los Churchill no consintieran a su sobrino quedarse allí un día más de los quince que le habían concedido. Pero esto no era factible. Los preparativos requerían tiempo, y no podía prepararse nada para antes de que empezara la tercera semana de su estancia, y durante unos cuantos días tenían que hacer planes, preparativos y concebir esperanzas en la incertidumbre -en el peligro-, según su opinión el gran peligro, de que todo fuera en vano.

Sin embargo, en Enscombe se mostraron generosos, generosos en los hechos, ya que no en las palabras. Evidentemente, su deseo de quedarse más tiempo allí les contrarió; pero no se opusieron. Se hallaban, pues, seguros, y se siguió adelante con el proyecto; y como una preocupación generalmente al desaparecer cede su lugar a otra, Emma, una vez ya segura de que el baile iba a efectuarse, empezó a considerar con inquietud la provocadora indiferencia que el señor Knightley mostraba para con estos planes. Ya fuera porque él no bailaba, ya porque los planes se habían hecho sin consultarle, parecía haber decidido que no sentía ningún interés por aquello, que no sentía ninguna curiosidad por enterarse de los detalles, y que para él la fiesta no iba a proporcionarle ningún género de diversión. Cuando Emma, entusiasmada, le explicó de lo que se trataba, no logró obtener una respuesta más aprobadora que ésta:

-Perfectamente. Si los Weston consideran que vale la pena tomarse todas estas molestias por unas cuantas horas de ruidosas expansiones, yo no tengo nada que decir en contra, pero que nadie quiera elegírmelas diversiones por mí... ¡Oh, sí! Claro está que tengo que ir; no puedo negarme; y procuraré estar tan animado como pueda; pero preferiría quedarme en casa repasando las cuentas que cada semana me presenta William Larkins; confieso que preferiría esto mucho más. ¿Es un placer ver cómo bailan los demás? No para mí, se lo aseguro... Nunca me ha gustado ver bailar... ni sé de nadie que le guste. En mi opinión, el bailar bien, como la virtud, no necesita espectadores, y la satisfacción que proporciona basta. Generalmente los que se quedan a ver bailar suelen

estar pensando en otras cosas muy diferentes.

Emma se dio cuenta de que se estaba refiriendo a ella, y esto la puso fuera de sí. Sin embargo no era para favorecer a Jane Fairfax que se mostraba tan indiferente y tan ofensivo; no pensaba en ella al censurar la idea del baile, ya que Jane se hallaba entusiasmadísima con el proyecto; tanto que parecía más alegre, más franca, y le había dicho por propia iniciativa:

-¡Oh, señorita Woodhouse! Supongo que no ocurrirá nada que impida que se dé el baile. ¡Qué desilusión tendríamos! Confieso que pienso en este baile con *muchísima* ilusión.

No era pues para halagar a Jane Fairfax que prefería la compañía de William Larkins. No... cada vez estaba más convencida de que la señora Weston se había equivocado completamente en sus suposiciones. Lo que él sentía por la joven era mucha amistad y una gran compasión... pero no amor.

Pero, ¡ay!, no tardó en pasar mucho tiempo sin que dejara de haber motivos para disputar con el señor Knightley. Dos días de jubilosa seguridad fueron seguidos inmediatamente por el derrumbamiento de todas sus ilusiones. Llegó una carta del señor Churchill instando a su sobrino a regresar lo antes posible. La señora Churchill estaba enferma... demasiado enferma para poder prescindir de su presencia; cuando había escrito a su sobrino dos días antes ya se encontraba muy mal (según decía su esposo), pero resistiéndose, como era habitual en ella,, a preocupar a los demás y siguiendo su invariable costumbre de no pensar nunca en sí misma, no lo había mencionado; pero ahora se había agravado tanto que la cosa no podía tomarse a la ligera, y debía rogar a Frank que regresase a Enscombe inmediatamente, sin la menor demora.

La señora Weston anticipó a Emma lo esencial de la carta en una nota que se apresuró a enviarle. En cuanto a la partida del joven era inevitable. Debía partir al cabo de pocas horas, aunque sin sentir ni la menor alarma por el estado de su tía que pudiera contrarrestar su repugnancia a irse. Ya conocía sus enfermedades, que sólo se presentaban cuando le convenía.

La señora Weston añadía que «Frank sólo tendrá tiempo de pasar un momento por Highbury, después de desayunar, para despedirse de los pocos amigos que supone que sienten algún interés por él; de modo que no tardará mucho en aparecer por Hartfield».

Esta triste nota llegó a las manos de Emma cuando terminaba de desayunar. Una vez la hubo leído no pudo por menos de lamentarse de su mala suerte. Adiós al baile... adiós al joven... ¡y cómo debía de sentirlo Frank Churchill! ¡Era demasiada mala suerte! ¡Una fiesta tan maravillosa como hubiera sido! ¡Todo el mundo hubiese sido tan feliz! ¡Y ella y su pareja los más felices de todos!

-¡Yo ya dije que pasaría eso! -fue su único consuelo.

Mientras, su padre se preocupaba por cosas totalmente distintas; pensaba sobre todo en la enfermedad de la señora Churchill, y quería saber qué tratamiento seguía; y en cuanto al baile, sentía que su querida Emma hubiese tenido aquella desilusión; pero estarían más seguros quedándose en casa.

Emma estaba ya dispuesta a recibir a su visitante un rato antes de que éste apareciera; pero si su tardanza no decía mucho en favor de su impaciencia por verla, su aire apenado y el absoluto desánimo que reflejaba su rostro cuando

llegó, bastaban para que se le perdonara. Su marcha entristecía demasiado al joven para que quisiera hablar de ella. Su abatimiento era evidente. Durante unos minutos permaneció en silencio, sin saber qué decir; y cuando logró dominarse, fue sólo para comentar:

-De todas las cosas horribles, la peor es una despedida.

-Pero volverá usted -dijo Emma-. Esta no será la única visita que haga a Randalls.

-¡Ah! -dijo cabeceando tristemente-, ¡es tan incierto el día en que podré regresar! Pondré de mi parte todo lo posible... No pensaré en nada más, ni me ocuparé de otra cosa, se lo aseguro... y si mis tíos van a Londres esta primavera... pero temo... la primavera pasada no salieron de Enscombe... temo que ésta sea una costumbre que haya desaparecido para siempre.

-O sea que hay que abandonar la idea de nuestro pobre baile...

-¡Ah! El baile... ¿Por qué hemos puesto nuestra ilusión en una esperanza? ¿Por qué no aprovechamos la felicidad cuando pasa por nuestro lado? ¡Cuántas veces la dicha queda destruida por los preparativos, los necios preparativos! Usted ya dijo que pasaría esto... ¡Oh, señorita Woodhouse! ¿Por qué tiene usted siempre tanta razón?

-Le aseguro que en este caso siento mucho haber tenido razón. Hubiese preferido mucho más no tenerla y ser feliz.

-Si puedo volver, celebraremos nuestro baile. Mi padre no abandona la idea. Y usted no olvide lo que me prometió.

Emma sonrió halagada, y él siguió diciendo:

-¡Qué dos semanas hemos tenido! ¡Cada día más radiante y más maravilloso que el día anterior! Cada día haciéndome más incapaz de soportar la vida en cualquier otro sitio. ¡Felices los que pueden quedarse en Highbury!

-Ya que ahora es usted tan amable con nosotros -dijo Emma riendo-, me arriesgaré a preguntarle si no vino usted con ciertos recelos. ¿No nos ha encontrado usted más interesantes de lo que esperaba? Estoy segura de que sí. Estoy segura de que no confiaba usted mucho en encontrarse a gusto en este pueblo. Si hubiera tenido una buena opinión de Highbury, no hubiese tardado tanto en venir.

Él se rió un poco forzadamente; y aunque negó las predisposiciones que le atribuían, Emma estaba convencida de que estaba en lo cierto.

-Y ¿tiene usted que ir esta misma mañana?

-Sí; mi padre vendrá aquí a buscarme; volveremos juntos a Randalls y en seguida me pondré en camino. Casi tengo miedo de que se presente aquí de un momento a otro.

-¿Y no ha tenido ni cinco minutos para despedirse de sus amigas la señorita Fairfax y la señorita Bates? ¡Qué mala suerte! Los convincentes y sólidos argumentos de la señorita Bates quizá hubiesen podido consolarle.

-Sí... ya he estado en su casa; pasaba por delante, y he pensado que era mejor entrar. Tenía que hacerlo. Entré sólo para quedarme tres minutos, pero me entretuve más porque la señorita Bates estaba ausente. Había salido; y me pareció que era forzoso esperar a que volviera. Es una persona de la que uno se puede, y casi diría que se debe, reír; pero a la que no se es capaz de dar un

desaire. O sea que lo mejor era que aprovechase la ocasión para hacer la visita...

El joven titubeó, se levantó y se dirigió hacia la ventana. Luego siguió diciendo:

-En fin, señorita Woodhouse, tal vez... creo que usted ya debe de haber sospechado algo...

Él la miró como si quisiera leer en su pensamiento. Emma casi no sabía qué decir. Aquello parecía como el anuncio de algo muy serio de lo que ella no deseaba enterarse. De modo que haciendo un esfuerzo por hablar, con la esperanza de que él no siguiera adelante, dijo con mucha calma:

-Obró usted muy bien; era la cosa más natural del mundo aprovechar la ocasión para hacer la visita...

Él guardaba silencio. Emma creía que la estaba mirando; probablemente reflexionaba sobre lo que ella le había dicho y trataba de interpretar su actitud. Le oyó suspirar. Era natural que se creyese con motivos para suspirar. Era imposible creer que ella le estaba alentando. Pasaron unos momentos embarazosos, y el joven volvió a sentarse; y de un modo más resuelto dijo:

-Eso me hizo caer en la cuenta de que todo el tiempo restante de que disponía iba a dedicarlo a Hartfield. Siento un gran afecto por Hartfield...

Volvió a interrumpirse, se levantó de nuevo y dio la impresión de hallarse muy turbado... Estaba más enamorado de ella de lo que Emma había supuesto; y ¿quién sabe cómo hubiese podido terminar aquella escena si su padre no hubiese entrado en aquellos momentos? El señor Woodhouse no tardó mucho en hacer acto de presencia; y la necesidad obligó al joven a dominarse.

Sin embargo, pasaron todavía varios minutos antes de que se pusiera fin a aquella penosa situación. El señor Weston, siempre tan activo cuando había algo que hacer, y tan incapaz de diferir un mal que era inevitable, como de prever el que era incierto, dijo:

-Ya es hora de irnos.

Y el joven tuvo que resignarse a lanzar un suspiro, asentir con la cabeza y levantarse para despedirse.

-Tendré noticias de todos ustedes -dijo-; esto es lo que más me consuela. Me enteraré de todo lo que les ocurra. He hecho prometer a la señora Weston que me escribirá. Ha sido tan buena que me ha asegurado que no dejará de hacerlo. ¡Oh! ¡Qué maravilloso es poder contar con una mujer que nos escriba cuando se está realmente interesado por alguien ausente! Ella me lo contará todo. Gracias a sus cartas volveré a estar en este querido Highbury.

Un fuerte apretón de manos y un cordialisimo «adiós» siguieron a sus palabras, y la puerta no tardó en cerrarse detrás de Frank Churchill. La comunicación había sido breve... y breve su entrevista; él se había ido; y Emma se encontraba tan apenada por su marcha, y preveía que su ausencia iba a ser una pérdida tan grande en su pequeño círculo de amistades, que empezó a tener miedo de estar demasiado triste y de sentirlo demasiado.

Frank dejaba un gran vacío. Desde su llegada a Highbury se habían visto casi todos los días. Desde luego su presencia en Randalls había animado mucho aquellas dos semanas que acababan de transcurrir... una vida indescriptible; la idea, la ilusión de verle que le había traído cada mañana, la seguridad de sus

delicadezas, de su alegría, de sus cumplidos... Habían sido dos semanas muy felices y ahora costaba resignarse volver al curso ordinario de la vida de Hartfield. Y además de todo eso, él *casi* le había dicho que la amaba. La firmeza, la constancia en el afecto de que podía ser capaz ya era otra cuestión; pero por el momento Emma no podía tener ninguna duda de que sentía por ella una cálida admiración y una sensible preferencia; y esta convicción, unida a todo lo demás, le hizo pensar que también ella debía de estar un poco enamorada del joven a pesar de todos sus prejuicios en contra de ello.

«Sí, sin duda debo estarlo -se decía-. ¡Esa sensación de desánimo, de cansancio, de agotamiento, esa falta de ganas de ponerme a hacer algo, esa impresión de que todo lo que me rodea en la casa es triste, aburrido, insípido...! Sí, debo de estar enamorada; sería el ser más extraño de la creación si no lo estuviera... al menos durante unas semanas. Bueno, lo que para unos es malo es bueno para otros. Muchos se lamentarán conmigo por lo del baile, ya que no por la marcha de Frank Churchill; pero el señor Knightley estará contento. Ahora si quiere podrá quedarse en casa con su querido William Larkins.»

Sin embargo, el señor Knightley no demostró una alegría desbordante. No podía decir que lo lamentaba, por lo que a él se refería; la vivaz expresión de su rostro hubiera contrarrestado el efecto de sus palabras; pero lo que dijo, y ello con gran convicción, era que lo sentía por la desilusión que habían tenido los demás, y añadió con una notable amabilidad:

-Usted, Emma, que tiene tan pocas oportunidades para bailar, usted sí que tiene mala suerte; ¡ha tenido usted muy mala suerte!

Transcurrieron varios días antes de que la joven volviera a ver a Jane Fairfax y pudiese juzgar cómo había reaccionado ante aquella terrible decepción; pero cuando volvieron a verse la fría compostura de Jane le resultó odiosa. Sin embargo, en los últimos días se había encontrado bastante mal, y había tenido tales jaquecas que habían hecho decir a su tía que de haberse celebrado el baile en su opinión Jane no hubiese podido asistir; y era más caritativo atribuir aquella indiferencia afectada a la postración que le producía su falta de salud.

CAPÍTULO XXXI

EMMA seguía totalmente convencida de que estaba enamorada. Sus ideas sólo variaban en lo referente a la intensidad de este amor; al principio le pareció que lo estaba mucho; luego, más bien que poco. Sentía un gran placer en oír hablar de Frank Churchill; y por él, mayor placer que nunca en ver al señor y a la señora Weston; pensaba muy a menudo en el joven, y esperaba carta suya con mucha impaciencia para poder saber cómo estaba, cuál era su estado de ánimo, cómo seguía su tía y qué posibilidades había de que volviera a Randalls aquella primavera. Pero por otra parte se resistía a admitir que no era feliz y, pasada aquella mañana, luchaba contra la tentación de abandonarse a una vida menos activa que la que tenía por costumbre llevar; seguía siendo activa y animosa; y a pesar de ser él tan agradable, no dejaba de imaginarle con defectos; y más adelante, a pesar de pensar mucho en el y de forjar, mientras dibujaba o

bordaba, innumerables y divertidos planes sobre el desarrollo y la conclusión de sus relaciones, imaginando ingeniosos diálogos e inventando elegantes cartas; el final de todas las imaginarias declaraciones que él le hacía era siempre una negativa. El afecto que les unía debía encauzarse por las vías de la amistad. Su separación iba a estar adornada de toda la ternura y de todo el encanto imaginables; pero tenían que separarse. Cuando reparó en ello, se dio cuenta de que no debía de estar muy enamorada; porque a pesar de su previa y firme determinación de no abandonar nunca a su padre, de no casarse nunca, un verdadero amor era forzoso que causara muchas más luchas interiores de las que por sus sentimientos Emma podía prever.

«No veo que yo saque a relucir nunca la palabra *sacrificio* -se dijo-. En ninguna de mis prudentes réplicas ni de mis delicadas negativas hay la menor alusión a hacer un sacrificio. Sospecho que en el fondo no le necesito para ser feliz. Tanto mejor. No voy ahora a convencerme a mí misma de que siento más amor del que existe en realidad. Ya estoy suficientemente enamorada. No quiero estarlo más.»

En conjunto, también estaba contenta con la impresión que había sacado de los sentimientos de él.

«Sin ninguna duda, *él* está muy enamorado... todo lo demuestra... ¡lo que se dice muy enamorado! Y cuando vuelva, si sigue teniéndome el mismo afecto tendré que andar con mucho cuidado para no alentarle... obrar de otro modo sería imperdonable, ya que mi decisión ya está tomada. No es que imagine que él pueda pensar que hasta ahora le he estado alentando. No, si él hubiera creído que yo compartía sus sentimientos, no se hubiese sentido tan desgraciado. Si él hubiera podido considerarse alentado, sus maneras y su lenguaje hubiesen sido diferentes al despedimos... Pero, a pesar de todo, tengo que andar con mucho cuidado. Eso suponiendo que su afecto por mí para entonces sea todavía lo que es ahora; pero la verdad es que no creo que ocurra así; no me parece un hombre como para... No me fiaría mucho de su firmeza o de su constancia... Sus sentimientos son apasionados, pero tengo la impresión de que más bien variables. En resumidas cuentas, que cada vez que pienso en esta cuestión estoy más contenta de que mi felicidad no dependa demasiado de él... Dentro de poco volveré a estar perfectamente bien... y entonces podré decir que he salido bien librada; porque dicen que todo el mundo tiene que enamorarse una vez en la vida, y yo habré salido del paso con bastante facilidad.»

Cuando llegó la carta de Frank para la señora Weston, Emma pudo leerla; y la leyó con tanto placer y tanta admiración que al principio le hicieron dudar de sus sentimientos y pensar que no había valorado suficientemente su fuerza. Era una carta larga y muy bien escrita que daba detalles de su viaje y de su estado de ánimo, que expresaba toda la gratitud, el afecto y el respeto que era natural y digno el expresar, y que describía todo lo exterior y local que pudiera considerarse atractivo, con ingenio y concisión. Pero nada que delatase el tono de la excusa o del interés forzado; aquél era el lenguaje de quien sentía verdadero afecto por la señora Weston; y la transición de Highbury a Enscombe, el contraste entre los lugares en algunas de las primeras ventajas de la vida social, apenas se esbozaba, pero lo suficiente para que se advirtiera con qué

agudeza lo había sentido el joven, y cuántas cosas más hubiera podido añadir de no impedírselo la cortesía... No faltaba tampoco el encanto del nombre de Emma. *La señorita Woodhouse* aparecía más de una vez, y nunca sin relacionarlo con algo halagador, ya fuera un cumplido para su buen gusto, ya un recuerdo de algo que ella hubiera dicho; y en la última ocasión en la que sus ojos tropezaron con su nombre, despojado aquí de los adornos de su florida galantería, Emma advirtió el efecto de su influencia, y supo reconocer que aquél era tal vez el mayor de los cumplidos que le dedicaba en toda la carta. Apretadas en el único espacio libre que le había quedado, en uno de los ángulos inferiores del papel, se leían estas palabras: «El martes, como usted ya sabe, no tuve tiempo para despedirme de la bella amiguita de la señorita Woodhouse; le ruego que le presente mis excusas y que me despida de ella.» Emma no podía dudar de que aquello iba dirigido exclusivamente a ella. A Harriet se la citaba solamente por ser su amiga. Por lo que decía de Enscombe se deducía que allí las cosas no iban ni mejor ni peor que antes; la señora Churchill iba mejorando, y Frank aún no se atrevía, ni siquiera en su imaginación, a fijar fecha para un posible regreso a Randalls.

Pero aunque la carta en su redacción, en la expresión de sus sentimientos, fuese satisfactoria y estimulante, Emma advirtió, una vez la hubo doblado y devuelto a la señora Weston, que no había alimentado ningún fuego perdurable, que ella podía aún prescindir de su autor, y de que éste debía hacerse a la idea de prescindir de ella. Las intenciones de la joven no habían cambiado. Sólo su decisión de mantenerse en una negativa se hizo más interesante, al añadírsele un proyecto del modo en que Frank podía luego consolarse y encontrar la felicidad. El que se hubiera acordado de Harriet, aludiéndola galantemente como «su bella amiguita», le sugirió la idea de que podía ser Harriet quien le sucediera en el afecto de Frank Churchill. ¿Es que era algo imposible? No... Desde luego Harriet era muy inferior a él en inteligencia; pero el joven había quedado muy impresionado por el atractivo de su rostro y por la cálida sencillez de su trato; y todas las probabilidades de circunstancia y de relación estaban en favor de ella... Para Harriet sería algo muy ventajoso y muy deseable.

«Pero no debo hacerme ilusiones -se dijo- no tengo que pensar en esas cosas. Ya sé lo peligroso que es dejarse llevar por estas suposiciones. Pero cosas más extrañas han ocurrido. Y cuando dos personas dejan de sentir una mutua atracción, como ahora nosotros la sentimos, éste puede ser el medio de afirmarnos en esa especie de amistad desinteresada que ahora puedo ya prever con gran ilusión.»

Era mejor tener en reserva el consuelo de un posible bien para Harriet, aunque lo más prudente sería no dejar demasiado suelta la fantasía; porque en cuestiones así el peligro acechaba constantemente. Del mismo modo que el tema de la llegada de Frank Churchill había arrinconado el del compromiso matrimonial del señor Elton en las conversaciones de Highbury, eclipsando como novedad más reciente a la otra, tras la partida de Frank Churchill, el interés por el señor Elton volvió a privar de un modo indiscutible... Ya se había fijado el día de su boda. Apenas hubo tiempo de hablar de la primera carta que se recibió de Enscombe, antes de que «el señor Elton y su prometida» atrajeran

la atención general, y Frank Churchill quedara olvidado. Emma se ponía de mal humor al volver a oír hablar de aquello. Durante tres semanas se había visto libre de la pesadilla del señor Elton, y había empezado a confiar que durante aquel tiempo Harriet se había recuperado notablemente. Y con el baile del señor Weston, o mejor dicho, con el proyecto del baile, había llegado a olvidarse casi por completo de todo lo demás; pero ahora se veía obligada a reconocer que no había alcanzado un grado de serenidad suficiente como para afrontar lo que se le venía encima... otra visita, el sonar de la campanilla de la puerta, y lo restante.

La pobre Harriet se hallaba en una confusión de espíritu que requería todos los razonamientos, las atenciones y los consuelos de toda clase que Emma pudiera proporcionarle. Emma comprendía que aunque no pudiese hacer gran cosa por ayudarla, tenía la obligación de dedicarle todo su interés y toda su paciencia; pero empezaba a cansarse de estar siempre intentando convencerla sin producir ningún efecto, de que le diesen siempre la razón sin conseguir que sus opiniones coincidieran. Harriet escuchaba sumisamente y decía que sí, que era verdad... que era tal como Emma decía... que no valía la pena seguir pensando en aquello... y que nunca más volvería a atormentarse... pero inevitablemente volvía a hablar de lo mismo, y al cabo de media hora se mostraba de nuevo tan inquieta y tan preocupada por los Elton como antes... Por fin Emma se decidió a atacarla en otro terreno:

-Harriet, el que te preocupes tanto y te sientas desgraciada porque el señor Elton se case, es el mayor reproche que puedes hacerme. Es el modo más directo de acusarme del error que cometí. Ya sé que todo fue culpa mía. Te aseguro que no lo he olvidado... Al engañarme a mí misma hice que tú te engañaras también de la manera más lamentable... y para mí éste será siempre un recuerdo muy penoso. No creas que haya ningún peligro de que lo olvide.

Aquello impresionó demasiado a Harriet para dejarle proferir más que unas palabras de viva sorpresa. Emma Prosiguió:

-Harriet, si te digo que intentes dominarte, no es por mí; si te digo que pienses menos en esto, que hables menos del señor Elton no es por mí; sobre todo por tu propio bien quisiera que me hicieses caso, por algo que es más importante que mi comodidad, un hábito de imponerte a ti misma, una consideración de cuál es tu deber, una preocupación por tu dignidad, una necesidad de evitar las sospechas de !_os otros, de cuidar de tu salud y de tu buen nombre, y de recuperar la tranquilidad. Éstos son los motivos que me impulsan a insistir tanto en este asunto. Son cosas muy importantes, y me sabe muy mal el ver que no te das suficientemente cuenta de hasta qué punto lo son como para obrar en consecuencia. El quererme evitar una violencia es algo muy secundario. Lo que yo quiero es salvarte de un desasosiego mucho mayor. A veces he podido tener la impresión de que Harriet no iba a perdonarme nunca... ni siquiera por el afecto que me profesa.

Esta apelación al cariño que las unía pudo más que todo el resto. La idea de que estaba faltando a sus deberes de gratitud y de consideración para con la señorita Woodhouse, a la que la muchacha quería muy de veras, la dejó sumida en la aflicción, y cuando su desconsuelo empezó a ceder en intensidad, se encontraba aún lo suficientemente conmovida como para seguir los buenos

consejos de Emma, y perseverar en su decisión.

-¡Tú, que has sido la mejor amiga que he tenido en mi vida! ¡Con la gratitud que te debo! ¡No hay nadie como tú! ¡No me importa nadie tanto como tú! ¡Oh, Emma... qué ingrata he sido!

Estas exclamaciones, acompañadas de las miradas y de los gestos más convincentes, hicieron pensar a Emma que nunca había querido tanto a Harriet, y que nunca había apreciado su afecto tanto como entonces.

«No hay ningún encanto comparable al de la ternura de corazón -decía para sí misma más tarde-. No hay nada que pueda compararsele. La efusividad y la ternura de corazón, unidas a un temperamento abierto y cariñoso, valen más y son más atractivas que toda la clarividencia del mundo. Estoy segurísima. Es su bondad, su buen corazón lo que hace que todo el mundo quiera tanto a mi padre... lo que hace que Isabella sea tan popular... Ahora me doy cuenta... pero ya sé cómo apreciarla y respetarla... Harriet es superior a mí por el encanto y la felicidad que irradia... ¡Mi querida Harriet...! No te cambiaría por la mujer más inteligente, de mejor criterio, de más claridad mental... ¡Oh, la frialdad de una Jane Fairfax...! Harriet vale cien veces más que las que son como ella... Y para esposa... para esposa de un hombre de buen juicio... es inapreciable. No quiero citar nombres; pero ¡feliz el hombre que cambie a Emma por Harriet!»

CAPÍTULO XXXII

LA primera vez que vieron a la señora Elton fue en la iglesia. Pero aunque se turbara la devoción, la curiosidad no podía quedar satisfecha con el espectáculo de una novia en su reclinatorio, y era forzoso esperar a las visitas en toda regla que entonces tenían que hacerse, para decidir si era muy guapa, si sólo lo era un poco o si no lo era en absoluto.

Emma, menos por curiosidad que por orgullo y por sentido de la dignidad, decidió no ser la última en hacerles la visita de rigor; y se empeñó en que Harriet la acompañara, a fin de que lo más embarazoso de aquella situación se resolviera lo antes posible.

Pero no pudo volver a entrar en la casa, ni permanecer en aquella misma estancia a la que, valiéndose de un artificio que luego había resultado tan inútil, se había retirado tres meses atrás, con la excusa de abrocharse la bota, sin *recordar.* A su mente volvieron innumerables recuerdos poco gratos. Cumplidos, charadas, terribles equivocaciones; y era imposible no suponer que la pobre Harriet tenía también sus recuerdos; pero se comportó muy dignamente, y sólo estuvo un poco pálida y silenciosa. La visita fue breve; y hubo tanto nerviosismo y tanto interés en acortarla que Emma casi no pudo formarse una opinión de la nueva dueña de la casa, y desde luego más tarde fue incapaz de poder dar su opinión sobre ella, aparte de las frases convencionales como que «vestía con elegancia y era muy agradable».

En realidad no le gustó. No es que se empeñara en buscarle defectos, pero sospechaba que aquello no era verdadera elegancia; soltura, pero no elegancia... Estaba casi segura de que para una joven, para una forastera, para

una novia, era demasiada soltura. Físicamente era más bien atractiva; las facciones eran correctas; pero ni su figura, ni su porte, ni su voz, ni sus modales, eran elegantes. Emma estaba casi convencida de que en esto no le faltaba razón.

En cuanto al señor Elton, su actitud no parecía... Pero no, Emma no quería permitirse ni una palabra ligera o punzante respecto a su actitud. Recibir estas primeras visitas después de la boda siempre era una ceremonia embarazosa, y un hombre necesita poseer una gran personalidad para salir airoso de la prueba. Para una mujer es más fácil; puede ayudarse de unos vestidos bonitos, y disfruta del privilegio de la modestia, pero el hombre sólo puede contar con su buen sentido; y cuando Emma pensaba en lo extraordinariamente violento que debía de sentirse el pobre señor Elton al encontrarse con que se habían reunido en la misma habitación la mujer con la que se acababa de casar, la mujer con la que él había querido casarse, y la mujer con la que habían querido casarle, debía reconocer que no le faltaban motivos para estar poco brillante y para sentirse realmente incómodo.

-Bueno, Emma -dijo Harriet, cuando hubieron salido de la casa, después de esperar en vano que su amiga iniciara la conversación-; bueno, Emma -con un leve suspiro-, ¿qué te ha parecido? ¿Verdad que es encantadora?

Emma vaciló unos segundos antes de contestar.

-¡Oh, sí ... ! Mucho... Una joven muy agradable.

-A mí me ha parecido atractiva, muy atractiva.

-Ah, sí, sí, viste muy bien; iba muy elegante.

-No me extraña en absoluto que él se haya enamorado.

-¡Oh, no...! Realmente no es de extrañar... Cosas del destino... Tenían que encontrarse.

-Me atrevería a asegurar -siguió Harriet suspirando de nuevo-, me atrevería a asegurar que está muy enamorada de su marido.

-Es posible; pero no todos los hombres terminan casándose con la mujer que les quiere más. Tal vez la señorita Hawkins quería un hogar y consideró que ésta era la mejor oportunidad que podía presentársele.

-Sí -replicó Harriet rápidamente-, y no le faltaba razón, es muy difícil tener oportunidades como ésta. Bueno, yo les deseo de todo corazón que sean felices. Y ahora, Emma, me parece que no volverá a preocuparme el verlos. Él está tan por encima de mí como antes; pero, ya sabes, estando casado es algo totalmente distinto. No, no, Emma, te aseguro que no tienes por qué tener miedo. Ahora puedo admirarle sin sentirme muy desgraciada. Saber que ha encontrado la felicidad ¡es un consuelo tan grande! Ella me parece una joven encantadora, justo lo que él merece. ¡Dichosa de ella! Él la llama «Augusta». ¡Cuánta felicidad!

Cuando devolvieron la visita Emma se dispuso a prestar más atención. Ahora podría observarla más detenidamente y juzgar mejor. Debido a que Harriet no se encontraba en Hartfield y que estaba allí su padre para entretener al señor Elton, dispuso de un cuarto de hora para conversar a solas con ella y pudo prestarle toda la atención; y el cuarto de hora bastó para convencerla totalmente de que la señora Elton era una mujer fatua, extremadamente satisfecha de sí misma y que

sólo pensaba en darse importancia; que aspiraba a brillar y a ser muy superior a los demás, pero que se había educado en un mal colegio y que tenía unos modales afectados y vulgares, que todas sus ideas procedían de un reducido círculo de personas y de un único género de vida; que si no era necia era ignorante, y que indudablemente su compañía no haría ningún bien al señor Elton.

Harriet hubiera sido una elección mejor. Aunque no fuese ni lista ni refinada, le hubiese relacionado con las personas que lo eran; pero la señorita Hawkins, según se deducía claramente por su presunción, había sido la flor y nata del ambiente en que había vivido. El cuñado rico que vivía cerca de Bristol era el orgullo de la familia, y su casa y sus coches el orgullo del señor Elton.

El primer tema de su conversación fue Maple Grove, «la propiedad de mi hermano el señor Suckling»... Una comparación entre Hartfield y Maple Grove. Las tierras de Hartfield no eran muy extensas, pero sí bien cuidadas y bonitas; y la casa era moderna y estaba bien construida. La señora Elton parecía muy favorablemente impresionada por las dimensiones del salón, por la entrada y por todo lo que pudiera ver o imaginar.

-¡Le aseguro que es tan igual a Maple Grove! ¡Estoy maravillada del parecido! Este salón tiene la misma forma y es igual de grande que la salita de estar de Maple Grove; la habitación preferida de mi hermana.

Se solicitó el parecer del señor Elton. ¿No era asombrosa la semejanza? Casi tenía la impresión de encontrarse en Maple Grove.

-Y la escalera... Al entrar, ¿sabe usted?, ya me fijé que la escalera era exactamente igual; situada exactamente en la misma parte de la casa. ¡No pude por menos de lanzar una exclamación! Le aseguro, señorita Woodhouse, que es tan maravilloso para mí el que me recuerden un lugar por el que siento tanto cariño como Maple Grove. ¡He pasado allí tantos meses felices! -con un leve suspiro de sentimiento-. ¡Ah, es un lugar encantador! Todo el mundo que lo conoce se queda admirado de su belleza; pero para mí ha sido un verdadero hogar. Si alguna vez tiene usted que cambiar de residencia como yo ahora, ya sabrá usted lo grato que es encontrarse con algo tan parecido a lo que hemos abandonado. Yo siempre digo que éste es uno de los peores inconvenientes del matrimonio.

Emma dio una respuesta tan evasiva como pudo; pero para la señora Elton, que sólo deseaba hablar, ello bastaba sobradamente.

-¡Es tan extraordinariamente parecido a Maple Grove! Y no sólo la casa... Le aseguro que por lo que he podido ver, las tierras que la rodean son también asombrosamente semejantes. En Maple Grove los laureles crecen con tanta profusión como aquí, y están distribuidos casi del mismo modo... Exactamente en mitad del césped; y me ha parecido ver también un magnífico árbol muy corpulento que tenía un banco alrededor, y que me ha hecho pensar a otro idéntico de Maple Grove. Mis hermanos estarían encantados de conocer este lugar. La gente que posee grandes terrenos siempre coincide en sus gustos y lo hace todo de una manera semejante.

Emma dudaba de la verdad de esta opinión. Estaba plenamente convencida de que la gente que posee grandes terrenos se preocupan muy poco de los

grandes terrenos de los demás; pero no valía la pena combatir un error tan grosero como aquél, y por lo tanto se limitó a contestar:

-Cuando conozca usted mejor la comarca me temo que pensará que ha dado demasiada importancia a Hartfield. Surry está lleno de belleza.

-¡Oh! Sí, sí, ya lo sé. Es el jardín de Inglaterra. Surry es el jardín de Inglaterra.

-Sí; pero no sé si podemos fundar nuestro orgullo en esta frase. Creo que hay muchos condados de los que se ha dicho que son el jardín de Inglaterra, igual que Surry.

-No, estoy segura de que no -replicó la señora Elton con una sonrisa muy complacida-, el único condado del que lo he oído decir es el de Surry.

Emma no supo qué contestar.

-Mis hermanos nos han prometido hacernos una visita esta primavera o el próximo verano a lo más tardar -prosiguió la señora Elton-, y aprovecharemos la ocasión para hacer excursiones. Estoy segura de que mientras estén con nosotros haremos muchas excursiones. Desde luego traerán su landó en el que caben perfectamente cuatro personas; y por lo tanto, no necesita usted que le haga ningún elogio de *nuestro* coche, para que se haga cargo de que podremos visitar los lugares más pintorescos de la comarca con toda comodidad. No creo probable que vengan en su silla de posta, no suelen usarla en esta época del año. La verdad es que si cuando tengan que venir hace ya buen tiempo yo les recomendaré que traigan el landó; será mucho mejor, cuando se visita una comarca tan bella como ésta, ¿sabe usted, señorita Woodhouse?, como es natural uno desea que los forasteros conozcan el mayor número posible de cosas; y el señor Suckling es muy aficionado a ese tipo de recorridos. El verano pasado recorrimos dos veces el Kings Weston de este modo; fue un viaje delicioso; por cierto, era la primera vez que utilizaban el landó. Supongo, señorita Woodhouse, que todos los veranos hacen ustedes muchas excursiones de esta clase, ¿no?

-No; no tenemos esa costumbre. Highbury queda más bien lejos de los lugares más pintorescos que atraen a ese tipo de viajeros de los que usted habla; y además, me parece que somos gente muy sedentaria; más propensa a quedarse en casa que a organizar salidas y excursiones.

-¡Ah, para estar cómodo de veras no hay nada como quedarse en casa! Nadie más amante del hogar que yo. Estas aficiones mías ya eran proverbiales en Maple Grove. Muchas veces, cuando Selina iba a Bristol, decía: «Pero es que yo no sé cómo lograr que esta muchacha salga de casa. Siempre tengo que irme sola, a pesar de lo poco que me gusta no ir en compañía en el landó; pero Augusta se empeña en no ir más lejos de la valla del parque.» Muchas veces lo decía; y sin embargo no es que yo sea partidaria de estar siempre encerrada en casa. Por el contrario, en mi opinión cuando la gente se retrae de ese modo y vive completamente apartada de la sociedad obra de un modo muy equivocado; creo que es mucho más aconsejable alternar con los demás de un modo moderado, sin tener demasiado trato social y sin tener demasiado poco. Pero no crea, señorita Woodhouse, que no me hago perfecto cargo de cuál es su situación... -dirigiendo la mirada hacia el señor Woodhouse- el estado de salud de su padre tiene que ser un gran obstáculo. ¿Por qué no prueba en pasar una

temporada en Bath? Debería intentarlo. Permítame que le recomiende Bath. Le aseguro que no tengo la menor duda de que le sentaría muy bien al señor Woodhouse.

-Hace años mi padre lo probó más de una vez; pero sin sentir ninguna mejoría; y el señor Perry, cuyo nombre me atrevo a suponer que no es desconocido para usted, no opina que ahora le resultaría más beneficioso que antes.

-¡Ah! ¡Qué lástima! Porque le aseguro, señorita Woodhouse, que en los casos en que están indicadas las aguas los beneficios que producen son realmente maravillosos. Durante el tiempo en que he vivido en Bath ¡he visto tantos ejemplos! Y es un lugar tan alegre que sin duda levantaría el ánimo del señor Woodhouse, porque tengo la impresión de que a veces está muy deprimido. Y en cuanto a las ventajas que tendría para usted no creo que necesite insistir mucho para convencerla. Nadie ignora las ventajas que tiene Bath para los jóvenes. Para usted, que ha llevado una vida tan retraída, sería una magnífica oportunidad para alternar socialmente; y yo podría introducirla en algunos de los círculos más selectos de la ciudad. Unas letras mías le harían ganar a usted inmediatamente una pequeña turba de amistades; y mi íntima amiga, la señora Partrige, en cuya casa siempre he vivido cuando estaba en Bath, se alegraría mucho de poder colmarla a usted de atenciones, y sería la persona más indicada para acompañarla cuando hiciese vida social.

Eso era más de lo que Emma podía soportar sin mostrarse descortés. La idea de deber a la señora Elton lo que solía llamarse «la presentación en sociedad»... de hacer vida social bajo los auspicios de una amiga de la señora Elton, probablemente alguna viuda arruinada de lo más vulgar que para ayudarse a malvivir había puesto una casa de huéspedes... ¡Realmente, la dignidad de la señorita Woodhouse, de Hartfield, no podía caer más bajo!

Sin embargo se contuvo y se guardó los denuestos que hubiera podido dirigirle limitándose a dar las gracias a la señora Elton con toda frialdad; no cabía ni pensar en ir a Bath; y dudaba tanto de que el lugar conviniese a su padre como a ella misma. Y luego, para evitar nuevas afrentas y la consiguiente indignación, cambió inmediatamente de tema:

-Ya no le pregunto a usted si es aficionada a la música, señora Elton. En estas ocasiones la fama de una dama generalmente la precede y ya hace tiempo que Highbury sabe que es usted una pianista de primera categoría.

-¡Oh, no, claro que no, desde luego que no! Tengo que protestar de una idea tan elogiosa. ¡Una intérprete de primera categoría! Le aseguro que estoy muy lejos de serlo. Su información debe de proceder de alguien muy parcial. Soy enormemente aficionada a la música, eso sí... es una verdadera pasión; y mis amigos dicen que no dejo de tener cierto gusto para tocar el piano; pero en cuanto a algo más, le doy mi palabra de que toco de un modo completamente mediocre. Usted en cambio, señorita Woodhouse, sé muy bien que toca maravillosamente. Le aseguro que para mí ha sido una gran satisfacción, un consuelo y una alegría saber que entraba a formar parte de una sociedad tan melómana. Sin música yo no puedo vivir. Es algo absolutamente necesario para mi vida, y como siempre he vivido entre personas muy aficionadas a la música, tanto en Maple Grove como en Bath, prescindir de ella hubiese sido para mí un

sacrificio muy penoso. Eso fue lo que le dije con toda sinceridad al señor E. cuando él hablaba de mi futuro hogar y expresaba sus temores de que me fuera poco agradable vivir en un lugar tan retirado; y también en lo referente a la humildad de la casa... Sabiendo a lo que yo había estado acostumbrada... Por supuesto que no dejaba de tener ciertos temores. Cuando él me planteó las cosas de ese modo yo le dije sinceramente que no tenía inconveniente de abandonar *el mundo* (fiestas, bailes, teatros) porque no tenía miedo a la vida retirada. Al estar dotada de tantos recursos interiores el mundo no me era necesario. Podía pasarme muy bien sin él. Para los que no tienen esos recursos es muy distinto; pero mis recursos me hacen completamente independiente. Y en cuanto a lo de que las habitaciones fuesen más pequeñas de lo que yo estaba acostumbrada, en realidad no consideré ni que valía la pena tenerlo en cuenta. Yo sabía que iba a sentirme perfectamente bien incluso sacrificando algunas de aquellas comodidades. Desde luego en Maple Grove estaba acostumbrada a tener todos los lujos; pero yo le aseguré que tener dos coches no era algo necesario para mi felicidad, como tampoco disponer de alcobas muy espaciosas. «Pero», le dije, «para ser totalmente sincera, no creo que pueda vivir sin tratar a personas aficionadas a la música. No pongo ninguna otra condición; pero sin música para mí la vida estaría vacía».

-No creo -dijo Emma sonriendo- que el señor Elton dudase ni un momento antes de asegurarle que iba usted a encontrar en Highbury una gran afición a la música; y confío en que no considerará usted que exageró más de lo que puede ser disculpable, teniendo en cuenta los motivos que le impulsaron.

-No, de verdad que sobre este particular no tengo la menor duda. Estoy encantada de encontrarme entre personas como ustedes. Confío en que organizaremos juntas muchos y deliciosos pequeños conciertos. Mi opinión, señorita Woodhouse, es que usted y yo deberíamos formar un club musical y celebrar reuniones regulares cada semana en su casa o en la nuestra. ¿No sería una buena idea? Si *nosotras* nos lo propusiéramos creo que no tardaríamos mucho en tener quien nos siguiese. Para *mí,* algo por el estilo me sería muy provechoso, como estímulo para no dejar de hacer prácticas; porque las mujeres casadas, ya sabe usted... en general es la triste historia de siempre. Es tan fácil ceder a la tentación de abandonar la música...

-Pero usted, que es tan aficionada... sin duda no corre este peligro.

-Espero que no; pero la verdad es que cuando miro a mi alrededor y veo lo que les ha ocurrido a mis amigas me echo a temblar. Selina ha dejado por completo la música... nunca abre el piano... y eso que tocaba maravillosamente. Y lo mismo podría decirse de la señora Jeffereys (de soltera, Clara Partrige) y de las dos hermanas Milman, que ahora son la señora Beard y la señora James Cooper; y de muchas más que podría citarle. ¡Oh, le aseguro que hay para asustarse! Yo me enfadaba mucho con Selina; pero la verdad es que ahora empiezo a comprender que una mujer casada tiene que prestar atención a muchas cosas. ¿Querrá usted creerme si le digo que esta mañana me he pasado media hora dando instrucciones a mi ama de llaves?

-Pero todas esas cosas -dijo Emma- en seguida se convierten en una rutina cotidiana...

-Bueno -dijo la señora Elton riendo-, ya veremos.
Emma, después de verla tan decidida en la cuestión del abandono de la música, no tenía nada más que decir; y tras un momento de pausa la señora Elton cambió de materia.
-Hemos estado de visita en Randalls -dijo-, y encontramos en casa a los dos; parecen ser personas muy agradables. Me han producido una impresión excelente. La señora Weston se ve que es muy buena persona... Una de mis preferidas de las que conozco hasta ahora, se lo aseguro. Y se la ve tan bondadosa... tiene un no sé qué tan maternal y tan sincero que en seguida se gana las simpatías. Creo que fue la institutriz de usted, ¿no?
Emma casi estaba demasiado sorprendida para contestar; pero la señora Elton apenas esperó una respuesta afirmativa para proseguir.
-Sabiéndolo, me maravillé que tuviera tanto aire de señora. ¡Pero es toda una gran dama!
-Los modales de la señora Weston -dijo Emma- siempre han sido impecables. Su dignidad, su sencillez y su elegancia pueden ser el mejor modelo para cualquier joven.
-¿Y quién cree usted que llegó mientras nosotros estábamos allí?
Emma estaba totalmente desconcertada. Por el tono parecía aludir a algún viejo amigo... ¿de quién podía tratarse?
-¡Knightley! -prosiguió la señora Elton-. El mismísimo Knightley! ¿Verdad que fue buena suerte? Porque, como cuando él nos visitó el otro día no estábamos en casa yo aún no había podido conocerle; y claro, tratándose de un amigo tan íntimo del señor E., sentía mucha curiosidad. «Mi amigo Knightley» era una frase que he oído pronunciar tan a menudo que estaba realmente impaciente por conocerle; y a decir verdad, tengo que confesar que mi *caro sposo* no tiene por qué avergonzarse de su amigo. Knightley es todo un caballero. Me ha parecido encantador. Realmente, en mi opinión, es un verdadero caballero.
Afortunadamente ya era hora de irse. Por fin salieron y Emma pudo respirar libremente.
-¡Qué mujer más insufrible! -fue su exclamación inmediata. Peor de lo que había supuesto. ¡Totalmente insoportable! ¡Knightley! Si no lo oigo no lo creo ¡Knightley! ¡En su vida le había visto y le llama Knightley! ¡Y descubre que es un caballero! Una advenediza cualquiera, un ser vulgar, con su señor E. y su *caro sposo,* Y sus «recursos», y todo su aire de pretensión fatua y de refinamiento postizo. ¡Descubrir ahora que el señor Knightley es un caballero! Dudo mucho que él le devuelva el cumplido y descubra que es una dama. ¡Es algo increíble! ¡Y proponer que ella y yo formáramos un club musical! ¡Como si fuéramos amigas de la infancia! ¡Y la señora Weston! ¡Se ha quedado maravillada de que la persona que me educó a mí sea una gran dama! Peor que peor. En mi vida había visto nada parecido. Esto va mucho más allá de lo que yo imaginaba. No puede ni compararse con Harriet. ¡Oh! ¿Qué hubiese dicho de ella Frank Churchill si hubiese estado aquí? ¡Cómo se hubiese indignado y también divertido! ¡Ah!, ya vuelvo a estar en lo mismo... pensar en él es lo primero que se me ocurre. ¡Siempre la primera persona en quien se me ocurre pensar! Yo misma me sorprendo en falta. ¡Frank Churchill vuelve con tanta frecuencia al

recuerdo...!

Estas ideas cruzaron tan rápidamente por su cerebro, que cuando su padre se hubo recuperado del alboroto producido por la marcha de los Elton y se mostró dispuesto a hablar, ella era ya bastante capaz de poder prestarle atención.

-Bueno, querida -empezó a decir con cierto énfasis-, teniendo en cuenta que es la primera vez que la vemos, parece ser una joven de grandes prendas; y estoy seguro de que ha sacado muy buena impresión de ti. Tal vez habla demasiado aprisa. Tiene una voz un poco chillona, y eso molesta al oído. Pero me parece que son manías mías; no me gustan las voces desconocidas; y nadie habla como tú y como la pobre señorita Taylor. A pesar de todo, me parece una joven muy amable y muy bien educada, y no tengo la menor duda de que será una buena esposa. Aunque en mi opinión el señor Elton hubiera hecho mejor en no casarse. Le he presentado todo género de excusas por no haberles podido visitar a él y a la señora Elton con motivo de este feliz acontecimiento; les he dicho que confiaba que *podría* hacerles una visita durante el próximo verano. Pero hubiese tenido que ir a verles. No visitar a unos recién casados es una falta de cortesía muy grave... ¡Ah! Esto me demuestra hasta qué punto soy un verdadero inválido... Pero es que no me gusta aquella esquina del callejón de la Vicaría.

-Estoy segura de que han aceptado tus disculpas, papá. El señor Elton ya te conoce.

-Sí... pero una joven... una recién casada... hubiese tenido que hacer todo lo posible por ir a presentarle mis respetos... Ha sido una descortesía por mi parte.

-Pero, querido papá, tú no eres amigo del matrimonio; y siendo así, ¿por qué te crees obligado a presentar tus respetos a una recién casada? Esto es algo contrario a tus convicciones. Prestarles tanta atención es alentar a la gente a que se case.

-No, querida, yo nunca he alentado a nadie a que se case, pero siempre he querido cumplir con mis deberes de cortesía para con las damas... y a una recién casada sobre todo, no puede hacérsele un desaire. Hay más motivos para tenerles consideración. Ya sabes, querida, que donde está una recién casada siempre es la persona más importante, sean quienes sean los demás.

-Bueno, papá, pero si eso no es animar a la gente a que se case, yo no sé lo que es. Y nunca me hubiera imaginado que te prestaras a esas manifestaciones de vanidad de las jóvenes pobres.

-Querida, no me entiendes. Es sólo una cuestión de cortesía y de buena crianza, y no tiene nada que ver con alentar a la gente a que se case.

Emma no añadió nada más. Su padre se estaba poniendo nervioso y no podía entenderla. Sus pensamientos volvieron a las ofensas de la señora Elton, y estuvo un largo rato dándoles vueltas en su mente.

CAPÍTULO XXXIII

NINGÚN descubrimiento ulterior movió a Emma a retractarse de la mala opinión que se había formado de la señora Elton. Su primera impresión había

sido certera. Tal como la señora Elton se le había mostrado en esta segunda entrevista se le mostró en todas las demás veces que volvieron a verse... con aire de suficiencia, presuntuosa, ignorante, mal educada y con una excesiva familiaridad. Poseía cierto atractivo físico y algunos conocimientos, pero tan poco juicio que se consideraba a sí misma como alguien que conoce a la perfección el mundo y que va a dar animación y lustre a un pequeño rincón provinciano, convencida de que la señorita Hawkins había ocupado un lugar tan elevado en la sociedad que sólo admitía comparación con la importancia de ser la señora Elton.

No había motivos para suponer que el señor Elton difiriese en lo más mínimo del criterio de su esposa. Parecía no sólo feliz a su lado, sino también orgulloso de ella. Daba la impresión de que se felicitaba a sí mismo por haber traído a Highbury una dama como aquella, a la que ni siquiera la señorita Woodhouse podía igualarse; Y la mayor parte de sus nuevas amistades, predispuestas al elogio o Poco acostumbradas a pensar por sí mismas, aceptando el siempre benévolo juicio de la señorita Bates, o dando por seguro que una recién casada debía ser tan inteligente y de trato tan agradable como ella creía serlo, quedaron muy complacidas; de modo que las alabanzas a la señora Elton fueron de boca en boca, como era de rigor, sin que se diera la nota discordante de la señorita Woodhouse, quien se mostró dispuesta a seguir fiel a sus primeras frases, y afirmaba con exquisita gracia que se trataba de una dama «muy agradable y que vestía muy elegantemente».

En un aspecto, la señora Elton empeoró respecto a la primera impresión que había producido a la joven. Su actitud para con Emma cambió... Probablemente ofendida por la fría acogida que habían encontrado sus propuestas de intimidad, se hizo a su vez más reservada, y gradualmente fue mostrándose más fría y más distante; y aunque ello le fue muy agradable, este despego no hizo más que aumentar la ojeriza que Emma le profesaba. Por otra parte, tanto ella como el señor Elton adoptaron una actitud despectiva respecto a Harriet; la trataban con un aire de burlona superioridad. Emma confiaba que ello iba a contribuir a la rápida curación de Harriet; pero la mala impresión que le causaba su proceder acentuaba aún más la aversión que Emma sentía por ambos... No cabía duda de que el enamoramiento de la pobre Harriet había sido motivo de confidencias por parte del señor Elton (quien debía de pensar que de ese modo contribuía a la mutua confianza conyugal), y lo más verosímil era que hubiese hecho todo lo posible para presentar el caso de la muchacha bajo un aspecto poco favorable, al tiempo que él se atribuía el papel más airoso. Como consecuencia, Harriet ahora se veía aborrecida por ambos... Cuando no tenían nada más que decir, siempre existía el recurso de criticar a la señorita Woodhouse... y esta enemistad que no se atrevían a manifestar abiertamente encontraba una fácil expansión en tratar con desprecio a Harriet.

En cambio, la señora Elton demostraba gran simpatía por Jane Fairfax; y ello desde el principio. No sólo cuando su enemistad con una de las dos jóvenes supuso el inclinarse hacia la otra, sino desde los primeros momentos; y no se contentó con expresar una admiración normal y razonable, sino que sin que ella se lo pidiera o se lo insinuara, y sin que hubieran motivos, se empeñó en

ayudarla y en protegerla... Antes de que Emma se hubiese enajenado su confianza, y hacia la tercera ocasión en que se vieron, ya tuvo ocasión de darse cuenta de cómo la señora Elton aspiraba a convertirse en el paladín de Jane.

-Jane Fairfax es realmente encantadora, señorita Woodhouse.. No sabe usted lo que yo llego a querer a Jane Fairfax... ¡Es una muchacha tan afable, tan atractiva...! ¡Tiene tan buen carácter y es tan señora! ¡Y el talento que tiene! Le aseguro que en mi opinión tiene un talento extraordinario... No tengo ningún reparo en decir que toca admirablemente bien. Entiendo lo suficiente de música para poder decirlo con conocimiento de causa. ¡Oh, es verdaderamente encantadora! Tal vez se ría usted de mi entusiasmo... pero le prometo que sólo sé hablar de Jane Fairfax... Y su situación es tan penosa que es forzoso que le conmueva a una. Señorita Woodhouse, tenemos que hacer algo, hay que intentar hacer algo por ella. Hay que ayudarla. No puede permitirse que un talento como el suyo permanezca ignorado... Estoy segura de que ha oído usted alguna vez estos maravillosos versos del poeta...

Tantas flores que tienen por destino
nacer para que nadie las contemple,
prodigar su fragancia en un desierto...[14]

No podemos consentir que eso le suceda a la encantadora Jane Fairfax.

-No me parece que haya ningún peligro -fue la serena respuesta de Emma-, y cuando conozca usted mejor la situación de la señorita Fairfax y se entere bien de cómo ha vivido hasta ahora, en compañía del coronel y de la señora Campbell, estoy convencida de que no temerá usted que su talento vaya a permanecer ignorado.

-¡Oh!, pero, mi querida señorita Woodhouse, ahora vive tan retirada, tan desconocida por todos, tan abandonada... Todas las ventajas de que pudiera haber disfrutado con los Campbell, ¡es tan evidente que han llegado ya a su término! Y a mi entender ella se da perfecta cuenta. Estoy segura. Es muy tímida y callada. Se nota que echa de menos un poco de aliento. A mis ojos eso la hace todavía más atractiva. Debo confesar que para mí es un mérito más. Siento una gran predilección por los tímidos... y estoy segura de que es poco frecuente encontrar personas así... Pero en las que son tan manifiestamente inferiores a nosotros, ¡es un rasgo tan simpático! ¡Oh! Le aseguro que Jane Fairfax es una joven lo que se dice maravillosa Y que siento por ella un interés mucho mayor del que soy capaz de expresar.

-Tiene usted una gran sensibilidad, pero no acabo de ver cómo usted o cualquier otra persona que conozca a la señorita Fairfax, cualquiera de las que la conocen hace más tiempo que usted, pueden hacer por ella algo más que...

-Mi querida señorita Woodhouse, los que se atrevan a actuar Pueden hacer mucho. Usted y yo no tenemos nada que temer. Si *nosotras* damos el ejemplo muchos nos seguirán dentro de lo que Puedan; aunque no todo el mundo disfrute de nuestra posición. *Nosotras* tenemos coches para irla a recoger y devolverla a su casa, y llevamos un tren de vida que nos permite ayudarla sin

[14] De la Elegía escrita en un cementerio de aldea», de Thomas Gray (1716-1771).

que en ningún momento nos resulte gravosa. Me contrariaría mucho que Wright nos preparase una cena que me hiciese lamentar el haber invitado a Jane Fairfax a compartirla, porque no era lo suficientemente abundante para todos... Yo nunca he visto una cosa semejante; ni tenía por qué verla dada la clase de vida a la que he estado acostumbrada. Tal vez, si peco de algo en la administración de la casa, es precisamente por el extremo contrario, por hacer demasiado, por no prestar mucha atención a los gastos. Probablemente tomo por modelo a Maple Grove más de lo que hubiera debido hacerlo... porque nosotros no podemos aspirar a igualarnos a mi hermano, el señor Suckling, en posibilidades económicas... Sin embargo, yo ya he tomado mi decisión en cuanto a lo de ayudar a Jane Fairfax... La invitaré con mucha frecuencia a mi casa, la presentaré en todos los lugares en que pueda hacerlo, celebraré reuniones musicales para poner de relieve sus habilidades, y me preocuparé constantemente por buscarle un empleo adecuado. Mis amistades son tan extensas que no tengo la menor duda de que dentro de poco encontraré algo que le convenga... Desde luego, no dejaré de presentarla a mi hermana y a mi cuñado, cuando vengan a visitarnos. Estoy segura de que congeniarán mucho con ella; y cuando los conozca un poco, su timidez desaparecerá por completo porque son las personas más cordiales y acogedoras que existen. Cuando sean nuestros huéspedes me propongo invitarla muy a menudo, y me atrevería a decir que en ocasiones incluso podemos encontrarle un sitio en el landó para que nos acompañe en nuestras excursiones.

«¡Pobre Jane Fairfax! -pensó Emma-. ¿Qué has hecho para merecer esta penitencia? Tal vez te hayas portado mal con respecto al señor Dixon, pero ése es un castigo que va más allá de todo lo que hayas podido merecerte... ¡El afecto y la protección de la señora Elton! "Jane Fairfax, Jane Fairfax..." ¡Santo Cielo! No quiero ni imaginármela atreviéndose a ir por el mundo, haciéndose la ilusión de que es una Emma Woodhouse... ¡Es inaudito! ¡No tiene límites la audacia de la lengua de esa mujer...!»

Emma no tuvo que volver a soportar ninguna otra perorata como ésta... tan exclusivamente dirigida a ella... tan fastidiosamente adornada con los «mi querida señorita Woodhouse». El cambio de actitud de la señora Elton no tardó en hacerse evidente, y Emma quedó mucho más tranquila... y no se vio obligada a ser la amiga íntima de la señora Elton ni a convertirse en la protectora activísima de Jane Fairfax bajo el patronazgo de la señora Elton... ahora podía limitarse como cualquier otro habitante del pueblo a enterarse en líneas generales de lo que ella opinaba, proyectaba y hacía.

Más bien le parecía divertido todo ese trajín... La gratitud de la señorita Bates por las atenciones que la señora Elton prodigaba a Jane era de una sencillez y de una efusividad cándidas. Era una de sus incondicionales, la mujer más afectuosa, más afable y más encantadora que pueda existir... una mujer de tantas prendas, tan bondadosa... (precisamente como la señora Elton quería que la consideraran). Lo único que sorprendía a Emma era que Jane Fairfax aceptase todas estas atenciones, y tolerase a la señora Elton, como al parecer así era. Se decía que salía a paseo con los Elton, que visitaba a los Elton, que pasaba el día con los Elton... ¡Era asombroso! Emma no podía concebir que el

buen gusto y el orgullo de la señorita Fairfax pudiesen tolerar la compañía y la amistad que se le brindaba en la Vicaría.

«¡Es un enigma, un verdadero enigma! -se decía-. ¡Preferir quedarse aquí meses y meses, aceptando privaciones de todas clases! Y ahora admitir la penitencia de que la acompañe a todas partes la señora Elton y que la aburra con su conversación, en vez de volver al lado de personas tan superiores, que siempre le han profesado un cariño tan sincero y tan generoso...»

Jane había venido a Highbury sólo para tres meses; los Campbell habían ido a Irlanda para tres meses; pero ahora los Campbell habían prometido a su hija quedarse a su lado por lo menos hasta mediados del verano, y habían invitado de nuevo a Jane a que fuera a reunirse con ellos. Según la señorita Bates -todas las noticias procedían de ella- la señora Dixon le había escrito en términos muy insistentes. Si Jane se decidía a partir, se le prepararía el viaje, se enviarían criados, se movilizarían amigos... no parecía existir ningún inconveniente para realizar aquel viaje; pero a pesar de todo, ella había declinado el ofrecimiento.

«Debe de tener algún motivo más poderoso de lo que parece para rechazar esta invitación -fue la conclusión de Emma-. Debe de estar cumpliendo como una especie de penitencia, tal vez impuesta por los Campbell, tal vez por ella misma. Quizá tenga mucho miedo, o deba obrar con gran precaución o esté coaccionada por alguien. El caso es que no quiere estar con los Dixon. Alguien lo exige así. Pero, entonces, ¿por qué consiente en estar con los Elton? Ése ya es un enigma completamente distinto.»

Cuando expresó su asombro sobre esta cuestión ante algunas de las pocas personas que conocían su parecer acerca de la señora Elton, la señora Weston se aventuró a hacer esta defensa de Jane:

-No vamos a suponer que lo pasa demasiado bien en la Vicaría, mi querida Emma... pero siempre es mejor que quedarse siempre en casa. Su tía es muy buena mujer, pero para tenerla siempre al lado debe de ser fastidiosísima. Tenemos que tener en cuenta a qué renuncia la señorita Fairfax, antes de criticar su buen gusto por las casas que frecuenta.

-Creo que tiene usted toda la razón, señora Weston erijo vivamente el señor Rnightley-, la señorita Fairfax es tan capaz como cualquiera de nosotros de formarse una opinión certera de la señora Elton. Si hubiese podido elegir las personas con quien tratar, no la hubiese elegido a ella. Pero dirigiendo a Emma una sonrisa de reproche-, la señora Elton tiene con ella unas atenciones que no tiene nadie más.

Emma advirtió que la señora Weston le lanzaba una rápida mirada, y ella misma quedó sorprendida del apasionamiento con que el señor Knightley acababa de hablar. Sonrojándose levemente, se apresuró a replicar:

-Atenciones como las que ahora tiene con ella la señora Elton, yo siempre hubiera supuesto que la hubiesen contrariado más que complacido. Las invitaciones de la señora Elton me hubiesen parecido cualquier cosa menos atrayentes.[15]

-A mí no me extrañaría -dijo la señora Weston- que la señorita Fairfax hiciera todo eso contra su voluntad, forzada por la insistencia de su tía a que aceptase

[15] Juego de palabras intraducible: *«invitations,* (invitaciones) e *«inviting"* (atrayentes).

las atenciones que la señora Elton tenía para con ella. Es muy probable que la pobre señorita Bates haya empujado a su sobrina a aceptar un grado de intimidad mucho mayor del que su propio sentido común le hubiese aconsejado, aparte del deseo muy natural de cambiar un poco de vida.

Ambas esperaban con curiosidad que el señor Knightley volviera a hablar; y después de unos minutos de silencio dijo:

-También hay que tener en cuenta otra cosa... la señora Elton no habla *a* la señorita Fairfax del mismo modo que habla *de* ella. Todos sabemos la diferencia que hay entre los pronombres «él» o «ella» y «tú», que es el más directo en la conversación. En el trato personal de los unos con los otros, todos sentimos la influencia de algo que está más allá de la cortesía normal... algo que se ha adquirido antes de aprender urbanidad. Al hablar con una persona no somos capaces de decirle todas las cosas desagradables que hemos estado pensando de ella una hora antes. Entonces lo vemos de un modo distinto. Y aparte de eso, que podríamos considerar como un principio general, pueden estar seguras de que la señorita Fairfax intimida a la señora Elton porque es superior a ella en inteligencia y en refinamiento; y que cuando están frente a frente, la señora

Elton la trata con todo el respeto que ella merece. Probablemente, antes de ahora la señora Elton nunca había conocido a una mujer como Jane Fairfax... y por muy grande que sea su vanidad, no puede dejar de reconocer, sino conscientemente por lo menos en la práctica, que a su lado es muy poca cosa.

-Ya sé que tiene usted muy buena opinión de Jane Faírfax -dijo Emma.

En aquellos momentos estaba pensando en el pequeño Henry, y una mezcla de temor y de escrúpulo la dejó dudando acerca de lo que debía decir.

-Sí -replicó él-, todo el mundo sabe que tengo muy buena opinión de ella.

-Y a lo mejor -dijo Emma rápidamente mirándole con intención, e interrumpiéndose en seguida... pero era preferible saber lo peor cuanto antes... de modo que siguió diciendo muy aprisa-: Y a lo mejor ni siquiera usted mismo se ha dado cuenta del todo de hasta qué punto la aprecia. Tal vez un día u otro le sorprenda a usted mismo el alcance de su admiración.

El señor Knightley estaba muy ocupado con los botones inferiores de sus gruesas polainas de cuero, y ya fuera por el esfuerzo que hacía al abrochárselos, ya por cualquier otro motivo, cuando replicó se le habían subido los colores a la cara.

-¡Oh! ¿Pero aún estamos así? Anda usted lamentablemente atrasada de noticias. El señor Cole me sugirió algo de eso hace ya seis semanas.

Se interrumpió de momento... Emma sentía que el pie de la señora Weston apretaba el suyo, y estaba tan desconcertada que no sabía qué pensar. Al cabo de un momento el señor Knightley prosiguió:

-Sin embargo, puedo asegurarle que eso no ocurrirá jamás. Me atrevería a asegurar que la señorita Fairfax no me aceptaría si yo pidiese su mano... Y estoy completamente seguro de que nunca la pediré.

Emma devolvió rápidamente con el pie la señal a su amiga; y quedó tan satisfecha que exclamó:

-No es usted vanidoso, señor Knightley, es lo mínimo que yo diría de usted.

Él no dio muestras de haberla oído. Estaba pensativo... y en un tono que

delataba la contrariedad, no tardó en preguntar:

-¿De manera que ya suponían ustedes que iba a casarme con Jane Fairfax?

-No, le aseguro que yo no. Me ha escarmentado usted demasiado en lo de amañar bodas para que me permitiera tomarme esta libertad con usted. Lo que he dicho ha sido sin darle importancia. Ya sabe usted que siempre se dicen esas cosas sin ninguna intención seria. ¡Oh, no! Le prometo que no tengo el menor deseo ni de que usted se case con Jane Fairfax, ni de que Jane se case con cualquier otra persona. Si estuviera usted casado, ya no vendría a Hartfield, y nos haría compañía de este modo tan agradable.

El señor Knightley había vuelto a quedar pensativo. El resultado de sus meditaciones fue:

-No, Emma, no creo que el alcance de mi admiración por ella llegue nunca a darme alguna sorpresa... Le aseguro que nunca he pensado en ella de este modo.

Y poco después añadió:

-Jane Fairfax es una joven encantadora... pero ni siquiera Jane Fairfax es perfecta. Tiene un defecto. No tiene el carácter abierto que un hombre desearía para la que ha de ser su esposa.

Emma no pudo por menos de alegrarse al oír que Jane tenía un defecto.

-Bueno -dijo-, entonces supongo que no le costaría mucho hacer callar al señor Cole.

-No, no me costó nada. Él me hizo una ligera insinuación; yo le contesté que se equivocaba; entonces me pidió disculpas y no dijo nada más. Cole no quiere ser más listo o más ingenioso que sus vecinos.

-¡Entonces no se parece en nada a nuestra querida señora Elton, que quiere ser más lista y más ingeniosa que todo el mundo! Me gustaría saber cómo habla de los Cole... cómo les llama... ¿Qué fórmula habrá podido encontrar para llamarles de un modo lo suficientemente íntimo, dentro del género vulgar? A usted le llama Knightley a secas... ¿Cómo llamará al señor Cole? Por eso no tendría que sorprenderme que Jane Fairfax acepte sus atenciones y consienta en ir siempre con ella. Querida, tu argumento es el que más me convence. Estoy más tentada a atribuir todo esto a la señorita Bates que a creer en el triunfo de la inteligencia de la señorita Fairfax sobre la señora Elton. No tengo la menor esperanza de que la señora Elton se reconozca inferior a nadie en inteligencia, en gracia en el hablar ni en ninguna otra cosa; ni que admita otros valores que los de sus rudimentarias normas de cortesía; no puedo creer que no esté ofendiendo continuamente a sus visitantes con elogios fuera de lugar, palabras de aliento y ofertas de ayuda; que no esté insistiendo continuamente en lo magnánimo de sus intenciones, desde el procurarle una situación sólida, hasta el aceptarla en estas deliciosas excursiones que tienen que hacer en el landó.

-Jane Fairfax es una muchacha muy despierta -dijo el señor Knightley-, yo no la acuso de no serlo. Y adivino en ella una gran sensibilidad... y un temple excelente, como se ve por su resignación, su paciencia y su dominio de sí misma; pero le falta franqueza. Es reservada, creo que más reservada de lo que era antes... Y a mí me gustan los caracteres abiertos. No... antes de que Cole aludiera a mi supuesto interés por ella, nunca me había pasado por la cabeza

una cosa semejante. Siempre he visto a Jane Fairfax y he conversado con ella con admiración y con placer... pero sin pensar en nada más.

-Bueno -dijo Emma triunfante, cuando el señor Knightley las dejó-, ahora, ¿qué me dices de la boda del señor Knightley con Jane Fairfax?

-Verás, mi querida Emma, te digo que le veo tan obsesionado por la idea de *no* estar enamorado de ella, que no me extrañaría mucho que terminara estándolo. Aún no me has vencido.

CAPÍTULO XXXIV

TODO el mundo de Highbury y de sus contornos que hubiese visitado alguna vez al señor Elton, estaba ahora dispuesto a obsequiarle con motivo de su boda. En honor suyo y de su esposa se organizaron una serie de comidas y de cenas; y las invitaciones afluyeron en tal número, que la señora Elton no tardó mucho en tener el placer de comprobar que no iban a tener ningún día libre.

-Ya veo lo que ocurrirá -decía ella-; ya veo la dase de vida que voy a tener que llevar a tu lado. Sí, vamos a llevar una existencia disipada. La verdad es que parecemos estar muy de moda. Si eso es vivir en el campo, te aseguro que no es nada envidiable. ¡Fíjate, desde el lunes hasta el sábado no tenemos ningún día libre! Una mujer con menos recursos de los que yo tengo ya no sabría donde tiene la cabeza.

Pero ninguna invitación le parecía inoportuna. Gracias a las temporadas que había pasado en Bath, estaba ya totalmente acostumbrada a cenar fuera de casa, y Maple Grove le había hecho familiarizarse con las invitaciones a comer. No dejó de quedar desagradablemente sorprendida al ver que en muchas de aquellas casas no había más que un salón, que los pasteles eran de tamaño bastante exiguo y que durante las partidas de cartas de Highbury no se servían bebidas heladas. A la señora Bates, la señora Perry, la señora Goddard y otras, les faltaba mucho mundo, pero *ella* no tardaría en demostrarles cómo debían hacerse las cosas. Antes de que terminara la primavera iba a corresponder a estas atenciones, invitándolas a una reunión de gran estilo... en la que exhibiría sus mesas de juego con sus propios candelabros, y las barajas por estrenar, tal como es debido... contratando para la cena a más criados de lo que les permitía su fortuna, a fin de que sirviesen los refrescos exactamente en la hora adecuada, y en el orden debido.

Entretanto Emma no podía sentirse satisfecha hasta haber organizado una comida en Hartfield para los Elton. No podían ser menos que los demás, de lo contrario se exponía a malévolas sospechas y a ser considerada capaz de un triste resentimiento. La comida tenía que celebrarse. Después de que Emma hubiese estado hablando de ello durante diez minutos, el señor Woodhouse se mostró dispuesto a ceder, y sólo puso la habitual condición de que no fuera él quien presidiera la mesa, creando así la dificultad, también habitual, de tener que decidir quién ocuparía la cabecera.

En cuanto a las personas a quienes debía invitarse, no había mucho que pensar. Además de los Elton, tenían que venir los Weston y el señor Knightley;

hasta aquí todo iba bien... pero también era inevitable pedir a la pobre Harriet que fuese el octavo invitado; pero esta invitación Emma ya no la hizo con el mismo entusiasmo, y por muchos motivos se alegró de que Harriet le rogara que le permitiese excusarse.

-Si puedo evitarlo, prefiero no verle mucho. Aún no puedo verle en compañía de su encantadora y feliz esposa sin sentirme un poco incómoda. Si tú no te lo tomas a mal, yo casi preferiría quedarme en casa.

Y eso era precisamente lo que Emma hubiese deseado, de haber creído que era lo suficientemente posible como para desearlo. Estaba admirada de la entereza de su amiguita... porque sabía que en ella era entereza renunciar a una reunión y preferir quedarse en casa. Y ahora podía invitar a la persona que realmente deseaba que fuese el octavo invitado, Jane Fairfax... Desde su última conversación con la señora Weston y el señor Knightley, sentía que su conciencia le inquietaba más que antes en lo referente a Jane Fairfax... No había podido olvidar las palabras del señor Knightley. Había dicho que la señora Elton tenía atenciones para con Jane Fairfax que nadie más había tenido.

«Ésta es la pura verdad -se decía a sí misma-, por lo menos por lo que respecta a mí, que es lo que ahora me importa... y es una vergüenza... Teniendo la misma edad... y conociéndonos desde niñas... yo hubiera debido ser más amiga suya... Ahora ella no querrá saber nada de mí. La he tenido olvidada durante demasiado tiempo. Pero le dedicaré más atención que antes.»

Todas las invitaciones fueron aceptadas. Nadie tenía otro compromiso y todos estaban encantados de asistir... Sin embargo todavía surgieron inconvenientes en los preparativos de la cena. Se dio una circunstancia en principio poco grata. Se había acordado que los dos hijos mayores del señor Knightley hicieran aquella primavera una visita de varias semanas a su abuelo y a su tía, y su padre ahora propuso traerlos, sin que él pudiera permanecer en Hartfield más que un día... precisamente el mismo día en que iba a celebrarse la cena. Sus ocupaciones profesionales no le permitían cambiar la fecha, pero padre e hija quedaron muy contrariados de que las cosas ocurrieran así. El señor Woodhouse consideraba que ocho personas en una cena era lo máximo que sus nervios podían soportar... y tendría que haber nueve... y Emma pensaba que el noveno invitado estaría de muy mal humor ante el hecho de que no podía ir a Hartfield ni por cuarenta y ocho horas sin encontrarse con una cena o una fiesta.

Consoló a su padre mejor de lo que podía consolarse a sí misma, haciéndole ver que aunque evidentemente serían nueve en vez de ocho, su yerno hablaba tan poco que el aumento de ruido sería casi imperceptible. En el fondo pensaba que ella saldría perdiendo con el cambio, ya que el lugar del señor Knightley lo ocuparía su hermano, con su seriedad y su poca afición a hablar.

En conjunto, todo lo que ocurrió fue más favorable al señor Woodhouse que a Emma. Llegó John Knightley; pero al señor Weston se le reclamó urgentemente en Londres y tuvo que ausentarse precisamente aquel mismo día. A su regreso podía ir a reunirse con ellos y participar de la velada, pero ya no podía asistir a la comida. El señor Woodhouse se tranquilizó por completo; y al darse cuenta de ello, unido a la llegada de los niños y a la filosófica resignación de su cuñado al enterarse de lo que le esperaba, hizo que desapareciera buena parte de la

contrariedad de Emma.

Llegó el día, todos los invitados acudieron puntualmente y desde el primer momento el señor John Knightley pareció dedicarse a la tarea de hacerse agradable. En vez de llevarse a su hermano junto a una ventana para conversar a solas mientras esperaban la comida, se puso a hablar con la señora Fairfax. Había estado contemplando en silencio (queriendo sólo formarse una idea para poder luego informar a Isabella) a la señora Elton, quien mostraba tanta elegancia como podían prestarle sus encajes y sus perlas, pero la señorita Fairfax era una antigua conocida y una muchacha apacible, y con ella se podía hablar. La había encontrado antes del desayuno, cuando regresaba de dar un paseo con los niños, en el mismo momento en' que empezaba a llover. Era natural decir alguna frase cortés sobre el estado del tiempo, y él dijo:

-Supongo que esta mañana no se aventuraría usted muy lejos, señorita Fairfax, de lo contrario estoy seguro de que se habrá mojado. Nosotros apenas tuvimos tiempo de llegar a casa. Confío en que usted también regresó en seguida.

-No iba más que a correos -dijo ella-, y cuando la lluvia arreció ya volvía a estar en casa. Es mi paseo de cada día. Cuando estoy aquí siempre soy yo la que va a recoger las cartas. Así se evitan inconvenientes, y tengo un pretexto para salir. Un paseo antes del desayuno me sienta bien.

-Pero supongo que un paseo bajo la lluvia no. -No, pero cuando salí de casa no caía ni una gota. El señor John Knightley sonrió y replicó:

-Eso es un decir, pero parece que tenía usted mucho interés en dar este paseo, porque cuando tuve el placer de encontrarla no había andado usted ni seis yardas desde la puerta de su casa; y ya hacía bastante rato que Henry y John veían caer más gotas de las que podían contar. Hay un período de la vida en el que la oficina de correos ejerce un gran encanto. Cuando tenga usted mis años, empezará a pensar que nunca vale la pena mojarse para ir a buscar una carta.

Ella se ruborizó ligeramente, y luego contestó:

-No puedo tener esperanzas de llegar a verme en la situación en que se halla usted, rodeado de todos los seres más queridos, y por lo tanto tampoco puedo suponer que sólo por tener más años vayan a serme indiferentes las cartas.

-¿Indiferentes? ¡Oh, no! No he querido decir que vayan a serle indiferentes. Con las cartas no se trata de indiferencia. Generalmente lo que son es una verdadera peste.

-Usted habla de cartas de negocios; las mías son cartas de amistad.

-Más de una vez he pensado que son mucho peores que las otras -replicó él fríamente-. Los negocios pueden dar dinero, pero la amistad es muy difícil que lo dé.

-¡Ah! No hablará en serio. Conozco demasiado bien al señor John Knightley... Estoy convencida de que sabe apreciar lo que vale la amistad tan bien como cualquier otra persona. Comprendo perfectamente que las cartas signifiquen muy poco para usted, mucho menos que para mí, pero la diferencia no está en el hecho de que sea usted diez años mayor que yo... no se trata de la edad, sino de la situación. Usted tiene siempre a su lado a las personas a las que quiere

más, mientras que yo probablemente nunca más volveré a verlas reunidas a mi alrededor; y por lo tanto, hasta que no hayan muerto en mí todos mis afectos, una oficina de correos tendrá siempre el suficiente poder de atracción como para hacerme salir de casa, incluso con un tiempo peor que el de hoy.

-Cuando le decía que con la edad, que con el paso de los años cambiará usted -dijo John Knightley-, me refería también al cambio de situación que generalmente los años traen consigo. En mi opinión son dos cosas que suelen ir juntas. El tiempo casi siempre debilita nuestro afecto por las personas que no se mueven dentro de nuestro círculo cotidiano... pero no era éste el cambio que yo preveía para usted. Señorita Fairfax, permita que un viejo amigo le desee que dentro de diez años vea usted reunidas a su alrededor a tantas personas queridas como yo ahora.

Eran palabras verdaderamente cordiales y que no podían estar más lejos de tener mala intención. La joven le correspondió con un cortés «muchas gracias», como dando la impresión de que lo tomaba a broma, pero su rubor, el temblor de sus labios y la lágrima que se asomó a sus ojos demostraban que lo había tomado muy en serio. Inmediatamente reclamó su atención el señor Woodhouse, quien, de acuerdo con su costumbre en estas ocasiones, iba de grupo en grupo saludando a cada uno de sus invitados, y sobre todo dedicando cumplidos a las damas, y con ella terminaba su recorrido... Y con la más ceremoniosa de sus cortesías le dijo:

-Señorita Fairfax, acabo de oír que esta mañana ha salido usted de su casa cuando llovía... No sabe usted cuánto lo siento. Las jóvenes deberían tener mucho cuidado. Las jóvenes son plantas delicadas. Deberían cuidar mucho de su salud. Querida, ¿ya se ha cambiado las medias?

-Sí, sí, desde luego. No sabe usted lo que le agradezco que se tome tanto interés por mi salud.

-Mi querida señorita Fairfax, una joven siempre merece toda clase de solicitudes. Supongo que su abuela y su tía siguen bien, ¿verdad? Forman parte de mis amistades más antiguas. Ojalá mi salud me permitiera cumplir mejor con mis deberes de vecino. ¡Ah! Esta noche nos hace usted un gran honor con su presencia, puede estar segura. Mi hija y yo apreciamos su bondad en todo lo que vale, y tenemos una gran satisfacción de verla en Hartfield.

El cordial y cortés anciano podía entonces volver a sentarse convencido de que ya había cumplido con su deber, contribuyendo a dar la bienvenida a todas las bellas damas que había invitado.

Mientras, la noticia del paseo bajo la lluvia había llegado a oídos de la señora Elton, y ahora fueron sus reconvenciones las que se dirigieron contra Jane.

-¡Mi querida Jane! ¿Qué es lo que he oído? ¡Ir a la oficina de correos cuando llovía! Te digo que nos has debido hacer eso... ¡Atolondrada! ¿Cómo has podido hacer una cosa semejante? ¡Cómo se ve que yo no estaba allí para cuidar de ti!

Jane, muy paciente, le aseguró que no se había resfriado.

-¡Oh! ¡Qué me vas a contar! Eres una atolondrada y no sabes cuidar de ti misma... ¡Ir a correos! Señora Weston, ¿ha oído usted decir algo parecido? Desde luego, usted y yo tenemos que ejercer nuestra autoridad.

-Me siento tentada -dijo la señora Weston de un modo amable y persuasivo- a

dar mi parecer. Señorita Fairfax, no debería usted exponerse a esos peligros... Siendo propensa a los resfriados fuertes, la verdad es que debería usted ir con mucho más cuidado, sobre todo en esta época del año. Siempre he pensado que la primavera es una estación que requiere tomar más precauciones. Es mejor esperar una hora o dos, o incluso medio día, para ir a recoger las cartas, que exponerse a volver a tener tos. ¿No le parece que hubiese sido más sensato esperar un poco más? Sí, estoy segura de que es usted muy razonable. Tengo la impresión de que ya no volvería a hacer una cosa así.

-¡Oh! ¡No *volverá* a hacerlo! -intervino rápidamente la señora Elton-. ¡No le permitiremos que vuelva a hacerlo! -y cabeceando como si reflexionara, añadió-: Buscaremos un modo de arregrarlo, sí, lo buscaremos. Hablaré con el señor E. Cada mañana un criado nuestro (uno de nuestros criados, no me acuerdo de cómo se llama) va a recoger nuestras cartas... Puede pedir también las tuyas y llevártelas a tu casa. De este modo se evitan todos los inconvenientes; y me parece, mi querida Jane, que tratándose de *nosotros,* no tendrás ningún escrúpulo en aceptar este pequeño favor...

-Es usted muy amable -dijo Jane-; pero no puedo renunciar a mi paseo de la mañana. Me han recomendado que tome el aire todo lo que pueda, y tengo que ir a algún sitio, y con lo de las cartas tengo un pretexto; y le aseguro que casi es la primera vez que hace un tiempo tan malo por la mañana.

-Mi querida Jane, no digas nada más. Ya está decidido... quiero decir -riendo con afectación- hasta donde llegue mi autoridad de decidir algo sin el consentimiento de mi dueño y señor. Ya sabe, señora Weston, usted y yo tenemos que ir con mucho cuidado en cómo nos expresamos. Pero yo puedo vanagloriarme, mi querida Jane, de tener cierta influencia sobre mi esposo. Por lo tanto, si no tropezamos con dificultades insuperables, considéralo como una cosa hecha.

-Perdone -dijo Jane con firmeza-, pero en modo alguno puedo consentir en una cosa así que forzosamente dará tantas molestias a su criado. Si el ir a correos no fuera un placer para mí, ya iría a por las cartas la criada de mi abuela, como va siempre cuando yo no estoy en Highbury...

-¡Oh, querida...! ¡Pero Patty tiene tanto que hacer! Y no es ninguna molestia para nuestros criados...

Jane no parecía dispuesta a dejarse convencer; pero en vez de contestar volvió de nuevo a dirigir la palabra al señor John Knightley.

-La oficina de correos es algo maravilloso --dijo-. Me admira su regularidad y su prontitud... Si se piensa en todo lo que tienen que hacer y en que lo hacen tan bien, es algo realmente asombroso.

-Desde luego, está muy bien organizada.

-Es tan poco frecuente que tengan olvidos o errores... Es tan poco frecuente que una carta, entre millares que van constantemente de un lado a otro del reino, se lleve a un lugar equivocado... ¡y yo supongo que ni siquiera una de entre un millón llega a perderse! Y cuando se piensa en la variedad de escrituras, y en la mala letra de muchos, que tiene que descifrarse, aún resulta mucho más asombroso...

-La costumbre da mucha práctica a los empleados... Cuando empiezan

necesitan tener cierta rapidez de vista y de manos, y con la práctica adquieren mucha más. Y si quiere comprenderlo mejor -siguió diciendo mientras sonreía-, les pagan por eso. Ésta es la explicación de que sean tan hábiles. El público paga y tienen que servirle bien.

Luego se habló de la gran variedad de los tipos de letra, y se hicieron los comentarios de costumbre.

-Me han asegurado -decía John Knightley- que generalmente los miembros de una misma familia tienen el mismo tipo de escritura; y cuando el maestro es el mismo, la cosa no puede ser más natural. Pero por esta misma razón yo más bien imagino que el parecido debe de limitarse sobre todo a las mujeres, porque los niños apenas son un poco mayores ya dejan de estudiar, y entonces sacan la letra que pueden. En mi opinión, Isabella y Emma tienen una letra muy parecida. Yo nunca he sido capaz de distinguir la escritura de la una y de la otra.

-Sí -dijo su hermano, dubitativamente-, hay un parecido. Ya sé a lo que te refieres... pero Emma tiene una letra más enérgica.

-Tanto Isabella como Emma tienen una letra preciosa -dijo el señor Woodhouse-, y siempre la han tenido. Y la pobre señora Weston también -añadió dedicándole a un tiempo un suspiro y una sonrisa.

-Nunca había visto una letra de caballero como... -empezó a decir Emma, mirando también hacia la señora Weston.

Pero se interrumpió al darse cuenta de que la señora Weston estaba conversando con otra persona... y la pausa le dio tiempo para reflexionar. «Y ahora ¿cómo voy a hablar de él? ¿Voy a llamar la atención si cito su nombre delante de todos? ¿Tengo que emplear algún rodeo? Tu amigo del Yorkshire... Tu corresponsal del Yorkshire... Supongo que es lo que tendría que hacer si me sintiese muy desgraciada. No, puedo pronunciar su nombre sin que me produzca la menor desazón. Desde luego, cada vez me siento mejor... Adelante pues...» La señora Weston volvía a prestarle atención, y Emma empezó de nuevo:

-El señor Frank Churchill tiene una de las letras de hombre más bonitas que he visto en mi vida.

-A mí no me gusta -dijo el señor Knightley-; es demasiado menuda, le falta energía. Parece letra de mujer.

Ninguna de las damas presentes estuvo de acuerdo con esta opinión. Todas protestaron de aquella dura crítica. No, no le faltaba energía ni mucho menos... no era una letra grande, pero sí muy clara y de mucho carácter. Preguntaron a la señora Weston si no llevaba encima ninguna carta suya para poderla enseñar. Pero aunque había tenido noticias suyas hacía muy poco tiempo, ya había contestado a su carta y la tenía guardada.

-Si estuviéramos en la otra sala -dijo Emma-, donde tengo mi escritorio, podría enseñarles una muestra. Tengo una nota suya que me escribió. ¿No recuerdas que un día le hiciste escribirme una nota en tu nombre?

-Fue él quien se empeñó en...

-Bueno, bueno, el caso es que tengo la nota. Después de la cena se la enseñaré para convencer al señor Knightley.

-¡Oh! Cuando un joven tan galante como el señor Frank Churchill -dijo

secamente el señor Knightley- escribe a una dama tan encantadora como la señorita Woodhouse, es de esperar que se esfuerce en hacerlo lo mejor que sepa.

La cena estaba servida... y la señora Elton, antes de que le dijeran nada ya estaba dispuesta; y antes de que el señor Woodhouse se le acercase para ofrecerle su brazo y entrar juntos en el comedor, dijo:

-¿Yo tengo que ser la primera? La verdad es que me da un poco de reparo ser siempre la primera de todos...

La insistencia de Jane en ir personalmente a recoger sus cartas no había pasado inadvertida para Emma. Lo había oído y visto todo; y sentía cierta curiosidad por saber si el paseo bajo la lluvia de aquella mañana había sido fructífero. Ella sospechaba que sí; que no hubiese tenido tanto empeño en salir de no tener la certeza de recibir noticias de alguien muy querido... y lo más probable era que la salida no hubiese sido en vano. La parecía que tenía un aire más alegre que de costumbre... que tenía más aspecto de salud, de animación.

Hubiese podido hacer una o dos preguntas acerca del envío y el coste del correo para Irlanda; casi las tuvo en la punta de la lengua... pero se contuvo. Estaba totalmente decidida a no dejar escapar ni una sola palabra que pudiese herir los sentimientos de Jane Fairfax; y siguiendo a las demás señoras las dos jóvenes entraron en el comedor cogidas del brazo, con una apariencia de buena concordia que armonizaba perfectamente con la belleza y la gracia de ambas.

CAPÍTULO XXXV

CUANDO las damas volvieron a la sala de estar, después de la cena, Emma se dio cuenta de que le era casi imposible evitar que se formaran dos grupos; tanta era la perseverancia con que juzgando y obrando equivocadamente la señora Elton acaparaba a Jane Fairfax y la dejaba a ella de lado; así pues, Emma y la señora Weston se vieron obligadas a estar todo el rato o hablando entre sí o guardando silencio juntas. La señora Elton no les dio otra posibilidad. Si Jane lograba llegar a contenerla un poco, ella no tardaba en volver a empezar; y aunque la mayor parte de lo que hablaron era casi en susurros, sobre todo por parte de la señora Elton, no dejaron de enterarse de los principales temas de la conversación: la oficina de correos... pillar un resfriado... ir a recoger las cartas... la amistad... fueron las cuestiones que se discutieron largamente; y a éstas sucedió otra que resultaba por lo menos tan desagradable para Jane como las anteriores... preguntas acerca de si había tenido noticia de alguna colocación que le conviniera, y afirmaciones por parte de la señora Elton de que no dejaba de ocuparse de aquel asunto.

-¡Ya estamos en abril! -decía-. Me tienes muy preocupada. Junio ya está muy cerca.

-Pero es que yo no me he puesto como plazo ni el mes de junio, ni ningún otro mes... yo sólo pensaba en el verano en general.

-Pero ¿de verdad no te has enterado de nada que te convenga?

-Aún no he empezado a buscarlo; todavía no quiero hacer nada.

-¡Oh, querida! Pero nunca es demasiado pronto para eso; tú no te das cuenta de lo difícil que es conseguir exactamente lo que queremos.

-¿Que no me he dado cuenta? -dijo Jane sacudiendo tristemente la cabeza-; querida señora Elton, ¿quién puede haber pensado en eso tanto como yo?

-Pero tú no conoces el mundo como yo. No sabes cuántos candidatos hay siempre para las colocaciones más ventajosas. Sé que hay muchas por las cercanías de Maple Grove. Una prima del señor Suckling, la señora Bragge, puede ofrecer infinitas posibilidades de ésas; todo el mundo estaba deseando entrar en su casa, porque pertenece a la sociedad más refinada. ¡Hasta tiene velas de cera en la salita donde se dan las clases![16] ¡Ya puedes imaginarte la categoría de la casa! De todas las familias del reino, la de la señora Bragge es la que yo preferiría para ti.

-El coronel y la señora Campbell ya habrán regresado a Londres para mediados de verano -dijo Jane-. Y tengo que pasar una temporada con ellos; estoy segura de que lo querrán. Luego, probablemente podré hacer lo que me parezca. Pero por ahora no quisiera que se tomara usted tantas molestias para buscarme un empleo.

-¿Molestias? ¡Ah! Ya veo qué reparos me pones. No quieres causarme molestias; pero te aseguro, mi querida Jane, que es difícil que los Campbell se tomen tanto interés por ti como yo. Mañana o pasado escribiré a la señora Partridge, y le encargaré que no deje de estar al cuidado de cualquier cosa que pueda interesarnos.

-Muchas gracias, pero preferiría que no le dijera nada de todo eso; hasta que no llegue el momento oportuno no quiero causar molestias a nadie.

-Pero, criatura, el momento oportuno ya está muy cerca; estamos en abril, y junio, o si quieres julio, está a la vuelta de la esquina y aún tenemos que hacer muchas cosas. Créeme, tu falta de experiencia casi me hace sonreír. Una buena colocación como la que mereces, y como las que tus amigos te buscarían, no sale todos los días, no se consigue en un momento; sí, sí, te lo aseguro, tenemos que empezar a movernos inmediatamente.

-Perdone, pero ésta no es mi intención, ni mucho menos. Todavía no quiero dar ningún paso, y lamentaría mucho que mis amigos lo dieran en mi nombre. Cuando esté completamente segura de que haya llegado el momento oportuno, no tengo ningún miedo de estar mucho tiempo sin empleo. En Londres hay oficinas en las que en seguida encuentran trabajo para quien lo pide... Oficinas para vender, no carne humana, sino inteligencia humana.

-¡Oh, querida! ¡Carne humana! ¡Qué cosas dices! Si es una alusión a la trata de esclavos, te aseguro que el señor Suckling siempre ha sido más bien partidario de la abolición.

-No quería decir eso, no me refería a la trata de esclavos -replicó Jane-; le aseguro que sólo pensaba en la trata de institutrices; y los que se dedican a ella ciertamente que no tienen la misma responsabilidad moral que los otros; pero en cuanto a la desgracia en que están sumidas sus víctimas, no sé cuál de las dos es peor. Pero lo único que quería decir es que hay oficinas de anuncios, y que

[16] En esta época la vela de cera constituía un lujo, y las familias modestas utilizaban para el alumbrado la maloliente vela de sebo.

dirigiéndome a una de ellas no tengo la menor duda de que muy pronto encontraría algo que convenga.

-¡Algo que convenga! -repitió la señora Elton-. Esto denota la triste idea que tienes de ti misma; ya sé que eres una muchacha muy modesta; pero son tus amigos los que no se contentarán con que aceptes lo primero que te ofrezcan, con un empleo inferior a tus posibilidades, vulgar, en una familia que no se mueva en un ambiente de cierta categoría, que no pertenezca a un círculo elegante.

-Es usted muy amable; pero todo esto no puede serme más indiferente; para mí no tendría objeto vivir entre ricos; creo que aún me sería más penoso; la comparación todavía me haría sufrir más. La única condición que pongo es que sea la familia de un caballero.

-Te conozco, te conozco; te conformarías con cualquier cosa; pero yo voy a ser un poco más exigente, y estoy segura de que unas personas tan buenas como los Campbell se pondrán de mi parte; con un talento como el tuyo tienes derecho a vivir en los ambientes más elevados. Sólo tus habilidades musicales ya te permiten imponer condiciones, tener tantas habitaciones como quieras, y compartir la vida de la familia en el grado en que te plazca; es decir... no sé... si supieras tocar el arpa estoy segura de que podrías pedir todo eso; pero cantas tan bien como tocas el piano; sí, sí, estoy convencida de que incluso sin saber tocar el arpa podrías imponer las condiciones que quisieras; tienes que encontrar un acomodo digno, conveniente y agradable, y lo encontrarás, y ni los Campbell ni yo descansaremos hasta haberlo logrado.

-No le faltan motivos para suponer que lo digno, lo conveniente y lo agradable puede encontrarse reunido en un mismo empleo -dijo Jane-; son cosas que suelen ir juntas; pero estoy decidida a no dejar que nadie haga nada por mí por ahora. Le estoy muy agradecida, señora Elton, estoy agradecida a todo el que se preocupa por mí, pero insisto en que no quiero que nadie haga nada antes del verano. Durante dos o tres meses más seguiré donde estoy y como estoy.

-Y yo -replicó la señora Elton bromeando- también insisto en que he decidido estar al acecho de una oportunidad y hacer que mis amigos lo estén también, a fin de que no se nos escape ninguna ocasión realmente excepcional.

Y así continuó hablando, sin que pareciese haber nada capaz de interrumpirla, hasta que el señor Woodhouse entró en el salón; entonces su vanidad encontró otro objeto en que aplicarse, y Emma oyó cómo decía a Jane, en el mismo cuchicheo de antes:

-¡Mira, aquí está mi queridísimo galán maduro! Si ha venido antes que los demás hombres, sólo es por su galantería, puedes estar segura. ¡Oh, es verdaderamente encantador! Te digo que lo encuentro de lo más agradable... ¡Oh, yo adoro esa cortesía tan original y tan a la antigua! Me gusta mucho más que la desenvoltura de ahora; la desenvoltura de ahora muchas veces me molesta. Pero este buen señor Woodhouse... Me hubiera gustado que hubieses oído las galanterías que me dijo durante la cena. ¡Oh, te aseguro que yo empezaba a pensar que mi *caro sposo* iba a ponerse pero que muy celoso. Me parece que siente predilección por mí; se ha fijado en mi vestido. Por cierto, ¿te gusta? Lo eligió Selína... Es bonito, ¿verdad? Pero no sé si no tiene demasiados

adornos; me horroriza la idea de ir demasiado engalanada... me horripilan las cosas muy recargadas. Claro que ahora tenía que ponerme unos cuantos adornos, porque es lo que esperaban de mí. Ya sabes que una recién casada tiene que parecer una recién casada, pero por naturaleza mi gusto es mucho más sencillo; un vestido sencillo siempre es preferible a todos los adornos. Pero me parece que en esto son pocos los que piensan coma yo; poca gente parece valorar la sencillez de un vestido... la ostentación y los adornos lo son todo. Se me ha ocurrido ponerle algún adorno de estos a mi popelina blanca y plateada. ¿Crees que va a quedar bien?

Apenas todos los invitados habían vuelto a reunirse en la sala de estar, cuando hizo su aparición el señor Weston. Había vuelto a su casa para cenar, aunque un poco tarde, e inmediatamente des-s pués de haber terminado se dirigió a Hartfield. Sus íntimos le habían esperado con demasiada impaciencia para que les produjera sorpresa, pero sí les causó una gran alegría. El señor Woodhouse estuvo tan contento de verle ahora como hubiese estado inquieto de verle antes. Sólo John Knightley quedó mudo de asombro... Que un hombre que podía haber pasado la velada tranquilamente en su casa, después de un día de negocios en Londres, volviese a salir y andase media milla para ir a una casa ajena, con el único objeto de no estar solo hasta la hora de acostarse, para terminar su jornada en medio de constantes esfuerzos para ser cortés y del bullicio de una reunión de sociedad, era un hecho que le dejaba totalmente asombrado. Un hombre que se había levantado a las ocho de la mañana, y que ahora podía estar tranquilo, que había estado hablando durante una serie de horas, y que ahora podía estarse callado, que había estado rodeado de mucha gente, y que ahora podía estar solo... Que un hombre en estas circunstancias renuncie a la tranquilidad y a la independencia de su sillón junto a su chimenea, y en el atardecer de un día de abril frío y con aguanieve, se lance de nuevo fuera de su casa buscando la compañía de los demás... Si haciendo una simple señal con el dedo hubiese podido conseguir que su esposa le acompañara inmediatamente de regreso a su casa, hubiese sido un motivo; pero su llegada, antes prolongaría la reunión que contribuiría a disolverla. John Knightley le contemplaba estupefacto; luego se encogió de hombros y dijo:

-Nunca lo hubiese creído, ni siquiera de él.

Entretanto, el señor Weston, incapaz de sospechar la indignación que estaba suscitando, feliz y jovial como de costumbre, y con todo el derecho que confiere un día pasado fuera de casa para que le dejen hablar, iba dirigiendo palabras amables a todo el resto de los invitados; y después de haber contestado a las preguntas de su esposa acerca de su cena, y de haberla dejado convencida de que ninguna de las minuciosas instrucciones que había dado a los criados, había sido olvidada, y después de comunicar a todos las últimas noticias de que se había enterado en Londres, procedió a dar una noticia familiar que, aunque iba dirigida principalmente a la señora Weston, no tenía la menor duda de que iba a ser de gran interés para todos los que estaban allí reunidos. Entregó a su esposa una carta de Frank que estaba destinada a ella; la había encontrado en su casa y se había tomado la libertad de abrirla.

-Léela, léela -le dijo-, tendrás una alegría. Sólo son cuatro letras, no te llevará

mucho tiempo. Léesela a Emma.

Las dos amigas se pusieron a leer la carta juntas; y él se sentó sonriendo, y sin dejar de hablarles durante todo el rato, en una voz más bien baja, pero perfectamente audible para todo el mundo.

-Bueno, ya veis que viene; buenas noticias, creo yo. Bueno, ¿qué decís? Yo siempre te había dicho que no tardaría en volver, ¿es cierto o no? Anne, querida, ¿no es verdad que yo siempre te lo decía y que tú no querías creerme? Ya ves, la semana próxima en Londres... eso suponiendo que tarden tanto; porque la señora cuando tiene que hacer algo se pone muy impaciente; lo más probable es que lleguen mañana o el sábado. En cuanto a su enfermedad, desde luego no ha sido nada. Pero es magnífico volver a tener a Frank entre nosotros, quiero decir, tan cerca, en Londres. Creo que esta vez estarán bastante tiempo en la ciudad, y la mitad de su tiempo él lo pasará con nosotros. Eso es precisamente lo que yo deseaba. Bueno, qué, buenas noticias de verdad, ¿no? ¿Ya habéis terminado? ¿Emma también la ha leído toda? Bueno, pues ya hablaremos; ya hablaremos largamente en otra ocasión, ahora no es el momento. Sólo voy a informar a los demás de lo que dice en líneas generales.

La señora Weston estaba radiante de alegría; y así lo dejaban traslucir su rostro y sus palabras. Era feliz, se daba cuenta de que era feliz y se daba cuenta también de que debía serlo. Felicitó a su esposo de un modo entusiasta y sincero. Pero Emma no se sentía tan comunicativa. Estaba un poco absorta, sopesando sus propios sentimientos, y tratando de comprender hasta qué punto se hallaba inquieta; la impresión que tenía era que lo estaba bastante.

Sin embargo, el señor Weston, demasiado impaciente para ser un buen observador, demasiado locuaz para desear que los demás hablasen, se contentó con lo que ella le dijo, y no tardó en ir de un lado a otro para hacer felices al resto de sus amigos, para hacerles partícipes individualmente de una noticia que todos los del salón ya habían oído.

Como daba por descontado que la nueva iba a causar alegría a todo el mundo, no advirtió que ni el señor Woodhouse ni el señor Knightley quedaban demasiado complacidos con ella. Ellos fueron los primeros, después de la señora Weston y Emma, a quienes quiso hacer felices; luego hubiese comunicado la noticia a la señorita Fairfax, pero ésta se hallaba conversando tan animadamente con John Knightley que no hubiese sido correcto interrumpirles. Y encontrándose al lado de la señora Elton, cuya atención nadie retenía, se vio obligado a tratar de la cuestión con ella.

CAPÍTULO XXXVI

-CONFÍO en que pronto tendré el placer de presentarle a mi hijo -dijo el señor Weston.

La señora Elton, muy predispuesta a suponer que con este deseo se le tenía una atención muy particular, sonrió amabilísimamente.

-Supongo que habrá usted oído hablar de un tal Frank Churchill -siguió él-, y que sabrá usted que es mi hijo, a pesar de que no lleve mi apellido.

-¡Oh, sí, desde luego! Y tendré mucho gusto en conocerle. Estoy segura de que el señor Elton se apresurará a visitarle; y tanto él como yo tendremos un gran placer de verle por la Vicaría.

-Es usted muy amable... Estoy seguro de que Frank se alegrará mucho de conocerla. La semana que viene, y tal vez incluso antes, estará en Londres. Nos hemos enterado por una carta suya que hemos recibido hoy. La he visto esta mañana, y al ver la letra de mi hijo me he decidido a abrirla... aunque no iba dirigida a mí, sino a la señora Weston. Verá usted, es mi esposa la que suele escribirse con él. Yo apenas recibo cartas suyas.

-Pero ¿de verdad que ha abierto usted la carta que iba dirigida a su esposa? ¡Oh, señor Weston! -riendo afectadamente-. Debo protestar... ¡Acaba usted de sentar un precedente peligrosísimo! No puede usted dar ejemplos como éste a sus vecinos... Le doy mi palabra que si eso es lo que me espera a mí, las mujeres casadas tendremos que empezar a defendernos... ¡Oh, señor Weston! ¡Nunca hubiera creído una cosa semejante de usted!

-Sí, sí, no se fíe usted de los hombres. Tenga mucho cuidado, señora Elton. En esta carta nos cuenta... es una carta muy corta... escrita a toda prisa, sólo para darnos la noticia... nos cuenta que en seguida van a ir todos a Londres por causa de la señora Churchill... No se ha encontrado bien durante todo el invierno, y cree que el clima de Enscombe es demasiado frío para ella... de modo que van a venir todos para el sur sin pérdida de tiempo.

-¡Vaya, vaya! De modo que viven en el Yorkshire, ¿no? Enscombe está en el Yorkshire, ¿verdad?

-Sí, viven a unas 190 millas de Londres. Un viaje considerable.

-Sí, ya lo creo, muy considerable. Sesenta y cinco millas más de la distancia que hay entre Maple Grove y Londres. Pero, señor Weston, ¿qué son estas distancias para las personas de gran fortuna? Se quedaría usted maravillado si supiera cómo a veces mi cuñado, el señor Suckling, viaja de una parte a otra. No sé si me creerá, pero... en la misma semana él y la señora Bragge fueron a Londres y volvieron dos veces, con cuatro caballos.

-Lo malo de este viaje desde Enscombe -dijo el señor Westones que la señora Churchill, *según nos dicen,* ha estado toda una semana sin poder levantarse del sofá. En la última carta que le escribió a Frank, según nos contó mi hijo, se quejaba de que estaba demasiado débil para ir hasta su «invernadero» sin que él y su tío la cojan de los brazos. Ya ve usted, esto indica que ha llegado a un grado extremo de debilidad... pero ahora resulta que está tan impaciente por estar en Londres que quiere hacer el viaje sin pasar más que dos noches en el camino... Es lo que dice literalmente Frank. La verdad, señora Elton, es que las señoras delicadas tienen naturalezas realmente singulares. Tiene usted que admitirlo.

-Pues no, no le admito nada de eso ni mucho menos. Yo siempre saldré en defensa de mi sexo. Como ahora. Ya se lo advierto... En esta cuestión encontrará en mí un temible antagonista. Yo siempre estoy al lado de las mujeres... y le aseguro que si usted supiera la opinión de Selina con respecto a eso de dormir en las posadas no se extrañaría de que la señora Churchill hiciera los esfuerzos más increíbles para evitarlo. Selina dice que a ella la horroriza... y

yo creo que me ha contagiado algo de sus escrúpulos. Mi hermana siempre viaja llevando sus propias sábanas. Una precaución excelente. ¿Sabe usted si la señora Churchill hace lo mismo?

-Tenga usted la seguridad de que la señora Churchill hace todo lo que cualquier otra gran dama ha podido hacer. La señora Churchill no va a ser menos que cualquier dama, tratándose...

La señora Elton le interrumpió vivamente diciendo:

-¡Oh, señor Weston! No interprete mal mis palabras. Le aseguro que Selina no es una gran dama. No imagine usted lo que no es verdad.

-¿No? Entonces no puede compararse con la señora Churchill, que es tan gran dama como la que puede serlo más.

La señora Elton empezó a pensar que no había obrado bien al negar tan tajantemente la alta condición social de su hermana; lo último que hubiera podido desear es que creyeran su afirmación de que su hermana *no* era una gran dama; no había sabido expresarse de un modo lo suficientemente ingenioso como para que la interpretara bien; y aún estaba pensando de qué modo podía volverse atrás sin quedar mal, cuando el señor Weston siguió diciendo:

-Yo no siento una gran simpatía por la señora Churchill, como usted ya puede suponer... pero que quede entre nosotros. Quiere mucho a Frank, y por lo tanto yo no debería hablar mal de ella. Además, ahora no tiene salud; aunque la verdad es que, según propia afirmación, nunca la ha tenido. Eso yo no se lo diría a todo el mundo, señora Elton, pero no creo mucho en la enfermedad de la señora Churchill.

-Si está verdaderamente enferma, ¿por qué no va a Bath, señor Weston? A Bath o a Clifton.

-Se ha empeñado en que Enscombe tiene un clima demasiado frío para ella. Supongo que lo que ocurre es que se ha cansado de Enscombe. Es la primera vez que pasa allí una temporada tan larga, y empieza a necesitar un cambio. Es un lugar apartado. Muy bonito, pero muy apartado.

-¡Ah...! Entonces igual que Maple Grove... Nada más apartado del camino real que Maple Grove. ¡Está rodeado de tierras de cultivo tan inmensas! Allí una se encuentra aislada de todo... en un retiro completo. Y probablemente la señora Churchill no tiene la salud o el buen ánimo de Selina para saber apreciar esa clase de soledad. O tal vez no tenga dentro de sí recursos suficientes para vivir en el campo. Yo siempre digo que una mujer nunca tiene demasiados recursos... y estoy muy contenta de tener tantos que me permitan ser completamente independiente de la sociedad.

-En febrero Frank pasó dos semanas con nosotros.

-Sí, recuerdo haberlo oído decir. Cuando vuelva encontrará un aditamento más a la sociedad de Highbury; es decir, si es que puedo considerarme a mí misma como un aditamento. Pero quizá no tenga la menor noticia de que yo exista en el mundo.

Esta incitación a que se le hiciera un cumplido era demasiado directa para que pasara inadvertida, y el señor Weston, muy galante, exclamó inmediatamente:

-¡Mi querida señora! Nadie excepto usted podría considerar posible una cosa

semejante. ¡No haber oído hablar de usted! Estoy seguro que en las últimas cartas de la señora Weston le hablaba de muy pocas cosas que no estuvieran relacionadas con la señora Elton.

Una vez cumplido su deber, el señor Weston podía volver a ocuparse de su hijo.

-Cuando Frank se fue -siguió diciendo-, no teníamos ninguna seguridad de cuándo podríamos volver a verle, y por eso las noticias de hoy nos han causado aún más alegría. Ha sido algo totalmente inesperado. Es decir, yo siempre he tenido el presentimiento de que no tardaría en volver, estaba seguro de que iba a ocurrir algo, no sabía el qué, que haría posible su regreso... pero nadie me creía. Tanto él como la señora Weston estaban terriblemente desalentados. «¿Cómo va a arreglárselas para venir? ¿Cómo vamos a suponer que sus tíos consentirán en volver a separarse de él?» Y así por el estilo... Pero yo seguía pensando que iba a ocurrir algo que nos iba a ser favorable; y ya ve usted que ha sido así. A lo largo de mi vida, señora Elton, he podido comprobar que cuando las cosas nos son contrarias un mes, al siguiente siempre se arreglan.

-Tiene usted mucha razón, señor Weston, muchísima razón. Eso es precisamente lo que yo solía decirle a cierto galán en la época en que me cortejaba, cuando, porque las cosas no iban totalmente a su gusto, sin la rapidez que, hubiera correspondido a sus sentimientos, se entregaba a la desesperación y exclamaba que estaba seguro de que a este paso llegaría el mes de mayo antes de que Himeneo nos recubriese con sus azafranadas vestiduras... ¡Oh, cuánto me costó disipar esas sombrías ideas y hacerle concebir pensamientos más alegres! El coche... teníamos muchas dificultades con el coche; una mañana recuerdo que vino a verme completamente desesperado...

Tuvo que interrumpirse debido a un acceso de tos, y el señor Weston aprovechó inmediatamente la oportunidad para continuar.

-Acaba usted de mencionar el mes de mayo. Mayo es precisamente el mes que la señora Churchill tiene que pasar, según le han aconsejado, o se ha aconsejado a sí misma, en un lugar más cálido que Enscombe... en resumen, que tiene que pasar en Londres; y de este modo tenemos la grata perspectiva de que Frank nos haga frecuentes visitas durante toda la primavera... precisamente la estación del año que hubiéramos elegido de haberlo podido hacer; cuando los días son muy largos, la temperatura es suave y agradable, todo invita a estar al aire libre y no hace demasiado calor para hacer ejercicio. Cuando estuvo aquí la otra vez se hizo lo que se pudo; pero había humedad, llovió y el tiempo era desapacible; como suele serlo en febrero, ya sabe usted; y no pudimos hacer ni la mitad de las cosas que proyectábamos. Ahora será la época más adecuada. Vamos a pasarlo muy bien. Y yo no sé, señora Elton, si la inseguridad de sus visitas, esa especie de constante espera, no saber si llegará hoy o mañana ni a qué hora, no sé, le decía, si esto dará más alicientes a nuestra felicidad que si le tuviéramos siempre en casa. Creo que sí. Creo que en este estado de ánimo vamos a disfrutar más de su compañía. Confío en que encontrará usted agradable a mi hijo; pero no debe esperar ningún prodigio. Suele considerársele como un joven de grandes prendas, pero no espere usted ningún prodigio. La señora Weston siente un gran afecto por él, lo cual, como

puede usted suponer, me halaga mucho. Mi esposa cree que no hay nadie que pueda comparársele.

-Y yo le aseguro, señor Weston, de que no tengo casi ninguna duda de que mi opinión le será francamente favorable. ¡He oído hacer tantos elogios del señor Frank Churchill...! De todas maneras, me veo en el deber de advertirle que yo soy una de esas personas que siempre juzgan por sí mismas y que en modo alguno se dejan guiar por el criterio de los demás. Le advierto que la opinión que forme de su hijo responderá a mi criterio personal... No me gusta adular a nadie...

El señor Weston estaba meditabundo.

-Confío -dijo inmediatamente- en que no he sido demasiado severo al juzgar a la pobre señora Churchill. Si está enferma, sentiría mucho ser injusto con ella; pero hay ciertos rasgos de su carácter que me hacen difícil hablar de ella con la comprensión que yo desearía. No debe usted de ignorar, señora Elton, las relaciones que he tenido con esta familia, ni la clase de trato que me han dispensado; y, entre nosotros, toda la culpa sólo puede atribuírsele a ella. Ella fue la instigadora. De no ser por ella, la madre de Frank nunca hubiera sido menospreciada en la forma en que lo fue. El señor Churchíll tiene mucho orgullo; pero su orgullo no es nada comparado con el de su esposa; el de él es un orgullo pacífico, indolente, caballeroso, que no hace daño a nadie, y que sólo contribuye a hacerle un poco más desamparado y aburrido; ¡pero el orgullo de ella es arrogancia e insolencia! Y lo que lo hace aún más insoportable es que no tiene ningún fundamento de nobleza de familia o de sangre. Cuando se casó con él no era nadie, simplemente la hija de un caballero; pero una vez se hubo convertido en una Churchill, sobrepasó a todos los Churchill en altanería y en grandes pretensiones; pero en realidad puede usted estar segura de que no es más que una advenediza.

-¡Hay que ver! Eso tiene que ser verdaderamente indignante. Yo siento horror por los advenedizos. Maple Grove me ha hecho detestar esa clase de gente; porque en aquellos contornos vive una familia que tiene tantos humos que resultan fastidiosísimos para mi hermana y mi cuñado... La descripción que ha hecho usted de la señora Churchill me ha hecho pensar inmediatamente en ellos. Son una gente que se llaman Tupman, que hace muy poco que se han instalado allí y que se han encumbrado gracias a una serie de relaciones de lo más bajo, pero que tienen unos humos... y que aspiran a ponerse al mismo nivel de las familias que hace ya muchos años que están establecidas en aquel lugar. Como máximo hace un año y medio que viven en West Hall; y nadie sabe cómo han hecho su fortuna. Proceden de Birmingham, que, como usted ya sabe, señor Weston, no es precisamente una ciudad de la que pueda esperarse mucho. ¿Qué puede salir de un lugar como Birmingham? Yo siempre digo que este nombre suena de un modo desagradable; pero esto es lo único que se sabe con certeza de los Tupman, aunque, le aseguro a usted que de ellos se sospecha pero que muchas cosas... Y sin embargo, a juzgar por sus modales, evidentemente se consideran al mismo nivel incluso que mi cuñado, el señor Suckling, que da la casualidad que es uno de sus vecinos más próximos. ¡Oh, es algo francamente horrible! El señor Suckling, que hace ya once años que vive en

Maple Grove, propiedad que ya había sido de su padre... por lo menos eso creo... estoy casi segura de que el padre del señor Suckling cuando murió ya había comprado la propiedad.

Su conversación fue interrumpida. Se estaba sirviendo el té y el señor Weston, como ya había dicho todo lo que quería decir, no tardó en aprovechar la oportunidad de dejar a la señora Elton.

Después del té, el señor y la señora Weston y el señor Elton se pusieron a jugar a las cartas con el señor Woodhouse. Las cinco personas restantes fueron abandonadas a sus propios recursos, y Emma dudó de que pudieran componérselas medianamente bien, ya que el señor Knightley parecía poco dispuesto a conversar; la señora Elton buscaba alguien que le prestase atención, y como nadie mostraba deseos de hacerlo, se sentía tan desairada que prefería encerrarse en su mutismo.

En cambio el señor John Knightley parecía más comunicativo que su hermano. Iba a marcharse al día siguiente por la mañana; y empezó diciendo:

-Bueno, Emma, creo que ya no tengo nada más que decirte sobre los niños; pero ya te he dado la carta de tu hermana y podemos estar seguros de que allí todo se explica con los menores detalles. Mis recomendaciones son mucho más breves que las suyas, y probablemente no coincidirán con las de ella; todo lo que quisiera pedirte es que no los miméis mucho ni les deis demasiados potingues.

-Espero que podré complaceros a los dos -dijo Emma-; haré todo lo que pueda para que lo pasen bien, lo cual a Isabella ya le bastará; y para mí el que lo pasen bien excluye el malcriarlos y el darles demasiados potingues, como tú dices.

-Y si se ponen muy revoltosos, los envías otra vez a casa. -Eso es bastante probable, ¿no te parece?

-Creo que ya me doy cuenta de que son demasiado bulliciosos para tu padre... y de que incluso para ti pueden llegar a ser un estorbo, si vuestros compromisos sociales aumentan tanto como en estos últimos tiempos.

-¿Nuestros compromisos sociales?

-Ya lo creo; supongo que te has dado cuenta que en estos últimos seis meses habéis cambiado considerablemente vuestro género de vida.

-¿Cambiado? No, la verdad es que no me he dado cuenta.

-Pues no hay la menor duda de que ahora alternáis más de lo que antes solíais hacerlo. Lo de esta noche, por ejemplo. Vengo de Londres sólo para un día y me encuentro con que habéis organizado una cena con una serie de invitados. Hace unos meses, ¿cuándo ocurría una cosa así? Tenéis más vecinos y alternáis más con ellos. Desde hace algún tiempo todas las cartas que recibe Isabella hablan de fiestas y reuniones como ésta; cenas en casa del señor Cole, bailes en la Hostería de la Corona... Lo que ha cambiado mucho es Randalls, y es Randalls tan sólo la que os empuja a todo eso.

-Sí -dijo rápidamente su hermano-, todas esas cosas salen de allí.

-Perfectamente... y como supongo que no es probable que Randalls vaya a tener menos influencia de la que ha tenido hasta ahora, se me ocurre pensar, Emma, que es posible que Henry y John a veces puedan seros un estorbo. En ese caso sólo te ruego que los envíes a casa.

-No -exclamó el señor Knightley-, ésta no tiene por qué ser la consecuencia. Que vengan a Donwell. Yo estaré encantado con ellos.

-¡Por Dios! -exclamó Emma-. ¡Todo eso es ridículo! Me gustaría saber a cuántos de estos numerosos compromisos sociales que dices que tengo no has asistido; y por qué supones que hay la posibilidad de que me falte tiempo para cuidarme de los niños. ¿Cuáles han sido todos esos fantásticos compromisos sociales míos? Cenar una vez con los Cole y hablar de organizar un baile que nunca se ha celebrado. Comprendo perfectamente -dijo dirigiéndose al señor John Knightley- que la buena suerte que has tenido al encontrar reunidos aquí a tantos de tus amigos te ha dado tanta alegría que has concedido demasiada importancia a la cosa. Pero usted -volviéndose hacia el señor Knightley-, que sabe en qué pocas ocasiones llego a ausentarme de Hartfield por dos horas, no puedo concebir que suponga que yo lleve una vida tan disipada. Y en cuanto a mis sobrinitos, debo decir que si tía Emma no tiene tiempo para dedicarles no creo que tío Knightley que, por cada hora que ella pasa fuera de casa él pasa cinco, y que cuando está en casa o se pone a leer o repasa sus cuentas, disponga tampoco de mucho tiempo para ellos.

El señor Knightley parecía estar haciendo esfuerzos para no sonreír; y no tuvo que hacer más esfuerzos cuando la señora Elton empezó a hablarle.

CAPÍTULO XXXVII

UNA pequeña y tranquila reflexión sobre la naturaleza de su inquietud al oír aquellas nuevas de Frank Churchill, bastó para tranquilizar a Emma. No tardó en convencerse de que no era por sí misma que se sentía temerosa y confusa; era por él. La verdad era que el afecto de ella se había convertido en algo tan tenue en lo que ya casi no valía la pena pensar; pero si el joven, que, indudablemente de los dos siempre había sido el más enamorado, iba a regresar con un sentimiento tan intenso como el que le embargaba cuando se fue, la situación sería muy penosa; si una separación de dos meses no había enfriado su corazón, ante Emma se presentaban una serie de peligros y de males; tanto por él como por ella sería preciso tener muchas precauciones. Emma no estaba dispuesta a que la paz de su espíritu volviera a verse comprometida, y por lo tanto era ella quien debía evitar cualquier cosa que pudiera alentar al joven.

Su deseo era no permitir que Frank Churchill llegara a una declaración de amor en toda regla. ¡Eso significaría una conclusión tan dolorosa para su amistad! Y sin embargo no dejaba de prever que iba a ocurrir algo decisivo. Tenía la impresión de que no terminaría la primavera sin traer un estallido, un acontecimiento, algo que alterase su actual estado de ánimo, equilibrado y tranquilo.

No pasó mucho tiempo, aunque sí más del que el señor Weston había supuesto, antes de que tuviera oportunidad de formarse una opinión acerca de los sentimientos de Frank Churchill. La familia de Enscombe no se trasladó a Londres tan pronto como se había imaginado, pero muy poco después de su instalación el joven estaba ya en Highbury. Hizo el camino a caballo en un par

de horas; no podía pedírsele más; pero como desde Randalls se trasladó inmediatamente a Hartfield, Emma pudo ejercer en seguida sus dotes de observación, y determinar rápidamente cuál era la actitud que él adoptaba y cuál la que ella debía adoptar. En la entrevista reinó la máxima cordialidad. No cabía ninguna duda de que él se alegraba mucho de volver a verla. Pero desde el primer momento Emma tuvo la impresión de que ya no se interesaba por ella tanto como antes, de que la intensidad de su afecto había disminuido. Le estuvo estudiando detenidamente. Era obvio que ya no estaba tan enamorado como tiempo atrás. La ausencia, unida probablemente a la convicción de la indiferencia de ella, habían producido este efecto tan natural y tan deseable.

Frank estaba muy animado; tan locuaz y alegre como de costumbre, y parecía encantado de hablar de su visita anterior y de evocar recuerdos de entonces; pero no dejaba de mostrarse inquieto. No fue su serenidad la que movió a Emma a creer que se había producido un cambio en él. Se le veía intranquilo; evidentemente algo le desazonaba, no tenía sosiego. Aunque jovial como siempre, la suya parecía una jovialidad que no le dejara satisfecho. Pero lo que decidió la opinión de Emma sobre aquel asunto fue el hecho de que sólo permaneció en su casa un cuarto de hora, y que la disculpa que dio para irse tan precipitadamente fue la de que tenía que hacer otras visitas en Highbury.

-En la calle me he encontrado con varios conocidos... no me he parado a hablar con ellos porque no tenía tiempo... pero soy lo suficientemente vanidoso para creer que se sentirían desilusionados si no les visitara, y aunque me gustaría mucho poder prolongar mi visita tengo que irme en seguida.

Emma no dudaba de que él estaba menos enamorado... pero ni la desazón de su espíritu ni su prisa por irse parecían anunciar una curación perfecta; y más bien se sintió inclinada a pensar que todo aquello debía atribuirse al temor de que se avivasen sus antiguos sentimientos y a una prudente decisión de no querer frecuentar demasiado su trato.

En diez días ésta fue la única visita de Frank Churchill. Varias veces creyó posible volver a Highbury como tanto deseaba... pero siempre surgía algún obstáculo que se lo impedía. Su tía no consentía que la dejara. Por lo menos ésta era la explicación que daba a los de Randalls. Si era completamente sincero, si realmente hacía todo lo posible por visitar a su padre, debía pensarse que el traslado a Londres de la señora Churchill no había significado ninguna mejora para su enfermedad, tanto si ésta era simplemente imaginaria como si era de nervios. Que estaba realmente enferma era seguro; él, en Randalls, había afirmado que estaba convencido de ello. A pesar de que una buena parte de sus males no eran más que manías, comparando con épocas anteriores el joven no tenía la menor duda de que la salud de su tía era mucho más delicada ahora que medio año atrás. No es que creyera que sus dolencias fuesen incurables o que las medicinas ya no le sirviesen de nada, ni tampoco dudaba de que aún tenía muchos años de vida por delante; pero todas las sospechas de su padre no lograron hacerle decir que la señora Churchill se quejaba de males imaginarios y que estaba tan rebosante de salud como siempre lo había estado.

Pronto se demostró que Londres no era el lugar más adecuado para ella. No podía soportar tanto ruido. Tenía los nervios alterados y en continua tensión; y al

cabo de diez días una carta de su sobrino que se recibió en Randalls comunicaba un cambio de plan. Se iban a trasladar inmediatamente a Richmond. Habían aconsejado a la señora Churchill que se pusiera en las manos de una eminencia médica que vivía allí, y además se le había antojado pasar una temporada en aquel lugar. Se alquiló una casa amueblada en un terreno muy bien situado, y se tenían muchas esperanzas de que el cambio de aires le sería beneficioso.

Emma oyó contar que Frank había escrito a su familia muy contento de aquel nuevo traslado, satisfechísimo de disponer de dos meses completos durante los que viviría tan cerca de sus amigos más queridos... ya que la casa había sido alquilada para los meses de mayo y junio. Por lo visto en sus cartas expresaba la casi seguridad de que podría estar a menudo con ellos, casi tan a menudo como deseaba.

Emma se daba cuenta de a quién atribuía el señor Weston aquellas jubilosas perspectivas. Consideraba que ella era el origen de toda la felicidad que iban a procurarle. Emma confiaba en que no era así. Aquellos dos meses iban a demostrarlo.

La alegría del señor Weston era indiscutible. Estaba radiante de contento. Las cosas no podían ocurrir más de acuerdo con sus deseos. Ahora iba a tener a Frank más cerca que nunca. ¿Qué eran nueve millas para un joven? Una hora de caballo. Estaría allí continuamente. En ese aspecto la diferencia entre Richmond y Londres era tan radical como la de verle siempre y no verle nunca. Dieciséis millas... mejor dicho, dieciocho (había más de dieciocho millas hasta Manchester Street) eran un obstáculo considerable. Cuando le fuera posible salir de la ciudad se pasaría todo el día en ir y volver. No era ninguna ventaja tenerle en Londres; era como si estuviera en Enscombe; pero Richmond estaba a la distancia ideal para que les visitara con frecuencia. ¡Era mejor que tenerlo aún más cerca!

Inmediatamente este traslado convirtió en realidad un ilusionado proyecto de meses atrás: el baile en la Corona. No es que se hubieran olvidado de ello, pero no tardaron en reconocer que era inútil toda tentativa de fijar una fecha. Pero ahora se decidió que se celebraría; se reanudaron los preparativos, y muy poco después de que los Churchill se hubieran instalado en Richmond una breve carta de Frank anunció que el cambio había sentado muy bien a su tía y que no tenía ninguna duda de que podría acudir a Highbury por veinticuatro horas en cualquier momento que fuera preciso, rogándoles tan sólo que fijaran la fecha para lo antes posible.

El baile del señor Weston iba a ser una realidad. Muy pocos días se interponían ya entre los jóvenes de Highbury y la felicidad.

El señor Woodhouse se resignó. Pensó que aquella estación del año era la menos peligrosa para esas expansiones. En todos los aspectos mayo era mejor que febrero. Se solicitó de la señora Bates que fuera a pasar la velada en Hartfield, James fue debidamente prevenido y el dueño de la casa puso todas sus esperanzas en que mientras su querida Emma estuviese ausente ni su querido Henry ni su querido John le pidiesen nada.

CAPÍTULO XXXVIII

No volvió a ocurrir ningún contratiempo que impidiese que se celebrara el baile. La fecha se fue acercando y por fin llegó. Y tras una mañana de una espera un tanto ansiosa, Frank Churchill, muy seguro de sí mismo, llegó a Randalls antes de la hora de comer. Todo estaba, pues, a punto.

No había vuelto a verse con Emma. El salón de la Hostería de la Corona iba a ser el escenario de su segunda entrevista; pero iba a ser algo más íntimo que un encuentro en medio de todos los demás invitados. El señor Weston había insistido tanto en que Emma llegara a la hostería antes de la hora prevista, lo antes que le fuera posible después de los propios organizadores, a fin de que diese su opinión respecto al buen orden y al acomodo de los salones, antes de que llegara nadie más, que no pudo negarse, y por lo tanto era previsible que debía de pasar un rato de amigable y tranquilo coloquio en compañía del joven. Después de recoger a Harriet, ambas se dirigieron a la Corona a una hora muy temprana, muy poco después que la propia familia de Randalls.

Frank Churchill parecía haber estado esperándolas; y aunque fue parco en palabras, sus ojos declaraban que se proponía pasar una velada deliciosa. Todos juntos se pusieron a recorrer los salones para comprobar que todo estaba en orden; y al cabo de unos minutos se les unieron los invitados que acababan de llegar en otro coche; al oír el ruido Emma, sorprendidísima, estuvo a punto de exclamar: «¡Pero si aún es muy temprano!»; pero en seguida vio que los recién llegados eran viejos amigos a quienes como a ella se había rogado que acudieran lo antes posible para ayudar con sus consejos al señor Weston; y a ese coche no tardó en seguir otro de unos primos, a quienes también se había suplicado encarecidamente que llegaran temprano por el mismo motivo, de modo que daba un poco la impresión de que la mitad de los invitados tenían que reunirse previamente con objeto de proceder a la última inspección preliminar.

Emma se dio cuenta de que su criterio no era el único criterio en el que confiaba el señor Weston, y pensó que ser amiga predilecta e íntima de un hombre que tenía tantos amigos íntimos de toda confianza no era lo que más podía halagar la vanidad. Le gustaba su carácter abierto, pero un poco menos de cordialidad con todo el mundo hubiese contribuido a dar más relieve a su personalidad. Un hombre debía ser amable con todos, pero no amigo de todos... Y Emma pensaba en alguien que era exactamente así...

Los reunidos lo recorrieron todo, inspeccionándolo y haciendo grandes elogios; y luego, como no tenían nada más que hacer, formaron una especie de semicírculo frente a la chimenea, comentando cada cual a su modo, y hasta que surgieron otros temas de conversación, que a pesar de estar en mayo a la caída de la tarde un buen fuego aún resultaba muy agradable.

Emma advirtió que si el número de consejeros privados no era todavía mayor, no había sido por culpa del señor Weston. Ya que al venir se habían detenido en casa de la señora Bates para ofrecerles su coche, pero tía y sobrina habían acordado con los Elton que pasarían a recogerlas.

Frank estaba a su lado, pero no continuamente; su desasosiego revelaba una

inquietud interior. Iba de un lado a otro, se dirigía a la puerta, prestaba oídos al ruido de otros coches... impaciente por empezar o temeroso de estar de continuo al lado de ella. Se hablaba de la señora Elton.

-Supongo que no tardará en llegar -dijo él-. Tengo mucha curiosidad por conocer a la señora Elton, he oído hablar tanto de ella... Supongo que ya no puede tardar...

Se oyó el ruido de un coche; el joven se dispuso inmediatamente a salir a recibirles, pero no tardó en regresar diciendo:

-Olvidaba que no nos han presentado. Yo en mi vida he visto ni al señor ni a la señora Elton. O sea que no puedo recibirles.

Aparecieron el señor y la señora Elton; y hubo todas las sonrisas y cortesías de rigor.

-Pero ¿y la señorita Bates y la señorita Fairfax? -dijo el señor Weston mirando en torno suyo-. Nosotros creíamos que iban a venir con ustedes.

El olvido era reparable y en seguida se mandó el coche a recogerlas. Emma tenía una gran curiosidad por saber cuál sería la primera opinión de Frank sobre la señora Elton; cómo iba a reaccionar ante la afectada elegancia de su vestido y sus empalagosas sonrisas. El joven, una vez hechas las presentaciones, se dispuso inmediatamente a formarse una opinión de ella observándola con toda atención.

Al cabo de pocos minutos el coche ya estaba de vuelta; alguien comentó que llovía.

-Voy a ver si encuentro un paraguas -dijo Frank a su padre-; hay que pensar en la señorita Bates.

Apenas hubo salido cuando el señor Weston se disponía a seguirle; pero la señora Elton le detuvo para felicitarle por la buena impresión que le había causado su hijo; abordándole con tanta rapidez que incluso el propio joven, a pesar de no ser precisamente lento en sus movimientos, tuvo que oírlo a la fuerza.

-Un joven encantador, señor Weston, se lo aseguro. Ya le dije con toda sinceridad que me gustaba opinar por mí misma, y ahora me complazco en decirle que me ha producido una magnífica impresión... Puede usted creerme. Yo no hago cumplidos. Me parece un joven muy apuesto, y con una elegancia y una distinción que es la que más me agrada... un verdadero caballero, sin una pizca de afectación ni de vanidad. Debe usted saber que detesto a los jóvenes fatuos... no puedo soportarlos. En Maple Grove nunca los tolerábamos. Ni el señor Suckling ni yo teníamos paciencia para sufrirlos; y a veces les decíamos cosas muy mordaces... Selina, que es demasiado blanda (un verdadero defecto en ella), los toleraba mucho mejor.

Mientras le hablaba de su hijo, la atención del señor Weston estuvo fija en sus palabras; pero cuando empezó a hablar de Maple Grove recordó que acababan de llegar unas damas a las que había que atender, y con la más amable de sus sonrisas se apresuró a salir también del salón.

Entonces la señora Elton se dirigió a la señora Weston.

-Seguro que es nuestro coche con la señorita Bates y Jane. Nuestro cochero y nuestros caballos son tan rápidos... Me atrevería a decir que nuestro coche va

más aprisa que ningún otro... ¡Qué alegría da enviar el coche de uno a que recoja a unos amigos! Creo que han sido ustedes tan amables que les han ofrecido su coche, pero ya saben para otra ocasión que no es necesario que se molesten. Pueden tener la seguridad de que yo siempre me ocuparé de *ellas...*

La señorita Bates y la señorita Fairfax escoltadas por los dos caballeros penetraron en el salón; y la señora Elton pareció considerar que era su deber, tanto como el de la señora Weston, salir a recibirlas. Sus gestos y ademanes podían ser entendidos por cualquiera que la estuviese mirando como Emma, pero sus palabras, mejor dicho, las palabras de todos, no tardaron en quedar ahogadas por la incesante charla de la señorita Bates, que ya entró hablando y que no terminó de hablar hasta muchos minutos después de haberse incorporado al grupo que se formaba alrededor de la chimenea. Al abrirse la puerta, ya se le oía decir:

-¡Son ustedes tan amables! Pero si no llueve nada... Casi ni una gota. Por mí no me preocupo. Llevo unos zapatos bien gruesos. Y Jane dice que... ¡Vaya...! -apenas hubo franqueado la puerta-. ¡Vaya! ¡Eso sí que está bien! ¡Me dejan admirada! ¡Qué gran idea han tenido...! ¡No falta nada! Nunca hubiera podido imaginarme algo así... ¡Y qué iluminación! Jane, Jane, mira... ¿Has visto alguna vez algo parecido? ¡Oh, señor Weston, forzosamente debe usted de tener la lámpara de Aladino! La buena de la señora Stokes no reconocería su salón. Ahora al entrar la he saludado, porque la he encontrado en la puerta. «¡Qué tal, señora Stokes!», le he dicho, pero no tenía tiempo de decirle nada más. -En aquel momento se hallaba frente a la señora Weston-. Muy bien, gracias, ¿y usted? Espero que siga usted bien. No sabe cuánto me alegro. ¡Tenía tanto miedo de que tuviese jaqueca! La he visto pasar tan apresurada estos días por la calle, y sabiendo los quebraderos de cabeza que habrá tenido con todo esto... No sabe lo que me alegro... ¡Ah, querida señora Elton! ¡Le estamos tan agradecidas por el coche...! Sí, sí, ha llegado muy a punto. Jane y yo ya estábamos listas para salir. No hemos hecho esperar a los caballos ni un momento. ¡Y qué coche más cómodo...! ¡Ah! Por cierto que ya sé que también tengo que darle las gracias a usted, señora Weston... La señora Elton había sido tan amable que envió una nota a Jane para prevenirnos, de lo contrario hubiéramos aceptado su ofrecimiento con mucho gusto... ¡Señor, dos ofrecimientos como éstos en un mismo día...! No hay vecinos mejores que los nuestros. Yo le decía a mi madre: «Mamá, puedes estar segura...» Muchas gracias, mi madre está perfectamente bien. Ha ido a casa del señor Woodhouse. He hecho que se llevara el chal porque ahora las noches son frescas... El chal grande, el nuevo... Un regalo que le hizo la señora Dixon cuando se casó... ¡Oh, fue tan amable al acordarse de mi madre! Lo compraron en Weymouth, ¿sabe usted? y lo eligió el señor Dixon. Jane dice que habían tres más y que estuvieron dudando durante mucho rato. El coronel Campbell prefería uno color aceituna. Jane, querida, ¿estás segura de que no tienes los pies mojados? Sólo han sido cuatro gotas, pero tengo tanto miedo con ella... Claro que el señor Frank Churchill ha sido tan... Incluso nos ha puesto una estera al bajar del coche... No puede imaginarse lo atento que ha sido con nosotras... ¡Ah, por cierto, señor Frank Churchill! Tengo que decirle que las gafas de mi madre no han vuelto a

romperse; la montura no se ha vuelto a salir. Mi madre se acuerda muchas veces de lo bueno que es usted. ¿Verdad que sí, Jane? ¿Verdad que hablamos a menudo del señor Frank Churchill? ¡Ah, aquí está la señorita Woodhouse! ¡Querida señorita Woodhouse! ¿Cómo está usted? Muy bien, gracias, perfectamente. ¡Ay, tengo la impresión de estar en el país de las hadas! ¡Qué transformación! No quiero adularla, ya sé... -contemplando a Emma con complacencia- ya sé que a usted no le gusta que la adulen, pero... le prometo, señorita Woodhouse, que parece usted... Por cierto, ¿le gusta el peinado de Jane? Usted entiende tanto de esas cosas... Se ha peinado ella sola... ¡Oh, es asombroso ver cómo se peina! Estoy convencida de que ningún peluquero de Londres sería capaz de... ¡Ah, allí veo al doctor Hughes... y a la señora Hughes...! Discúlpeme, pero tengo que hablar un momento con el doctor y la señora Hughes... ¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted? Muy bien, gracias. Encantadora reunión, ¿verdad? ¿Dónde está nuestro querido señor Richard? ¡Ah, ya le veo! No, no, no le molesten; está muy ocupado conversando con unas jóvenes. ¿Cómo está usted, señor Richard? El otro día le vi cuando iba a caballo por el pueblo... ¡Caramba, pero...! ¡Si es la señora Otway! ¡Y el bueno del señor Otway y la señorita Otway y la señorita Caroline! ¡Cuántos buenos amigos reunidos! ¡Y el señor George y el señor Arthur! ¿Cómo está usted? ¿Cómo está usted? Perfectamente. Muy agradecida. Nunca me he encontrado mejor. Me parece que oigo llegar otro coche. ¿De quién podrá ser? Ya, probablemente los Cole. ¡Qué buenas personas son! ¡Y qué agradable es sentirse rodeada de tan buenos amigos! ¡Y con un fuego que calienta tanto! Tengo la impresión de estar asada. No, café no, gracias... nunca tomo café. Un poco de té, por favor... pero no corre ninguna prisa, no se apresure... ¡Oh, ya está aquí! ¡Qué bien organizado está todo!

Frank Churchill volvió junto a Emma. Y cuando la señorita Bates se apaciguó un poco, la joven no tuvo otro remedio que oír la conversación entre la señora Elton y la señorita Fairfax, que estaban detrás y no muy lejos de ella. Mientras Frank estaba pensativo; su compañera no hubiera podido decir si estaba también prestando oídos a aquella conversación. Después de dedicar muchos cumplidos al peinado y al vestido de Jane, elogios que fueron acogidos con una digna serenidad, evidentemente la señora Elton quería ser elogiada a su vez... e insistía: «¿Qué te parece mi vestido? ¿Y estos adornos que me he puesto? ¿Me ha peinado bien Wright?», junto con otras muchas preguntas por el estilo, que eran contestadas con paciente cortesía. Luego la señora Elton dijo:

-No hay mujer que se preocupe menos por su vestido que yo... eso en general, pero en una ocasión como ésta, cuando todo el mundo está tan pendiente de mí y no se me pierde de vista, y además como una atención para los Weston... que estoy segura que han dado este baile sobre todo en mi honor... no quisiera parecer inferior a las demás. Y exceptuando las mías, veo muy pocas perlas en el salón... Me han dicho que Frank Churchill baila maravillosamente... Veremos si nuestros estilos armonizan bien... Desde luego Frank Churchill es un joven distinguidísimo... realmente encantador.

En este momento Frank empezó a hablar en voz tan alta que Emma no pudo por menos de pensar que había oído los elogios que se hacían de él y no quería

oír más; y durante un rato las voces de las dos quedaron ahogadas por el bullicio, hasta que hubo otra pausa que permitió oír claramente a la señora Elton... El señor Elton acababa de incorporarse al grupo, y su esposa estaba exclamando:

-¡Ah! Por fin nos has encontrado, ¿eh? ¿Vienes a sacarnos de nuestro aislamiento? Ahora mismo le estaba diciendo a Jane que suponía que empezarías a estar impaciente por saber algo de nosotras.

-Jane! -repitió Frank Churchill, sorprendido y contrariado. Ya es tener confianza... Pero veo que a la señorita Fairfax no le parece mal.

-¿Qué le parece la señora Elton? -preguntó Emma en un susurro.

-Que no me gusta en absoluto.

-Es usted un ingrato.

-¿Ingrato? ¿Qué quiere usted decir?

Luego, desarrugando el entrecejo y sonriendo, añadió:

-No, no me lo diga... Prefiero no saber lo que quiere decir... ¿Dónde está mi padre? ¿Cuándo vamos a empezar a bailar?

Emma no acababa de entenderle; parecía que se había puesto de mal humor. Salió para ir en busca de su padre, pero no tardó en regresar en compañía del señor y la señora Weston. Los encontró preocupados por resolver una dificultad que querían plantear a Emma. A la señora Weston acababa de ocurrírsele que debía pedirse a la señora Elton que abriera el baile; porque ella así esperaba que lo harían; lo cual contrariaba todos sus deseos de que fuese Emma quien tuviese esta distinción... Emma recibió aquella noticia tan poco grata con entereza.

-¿Y qué pareja sería la más adecuada para ella? -preguntó el señor Weston-. Supongo que pensará que es Frank quien debería sacarla a bailar.

Frank se volvió rápidamente hacia Emma para recordarle el compromiso que había contraído con él; dijo que ya estaba comprometido, lo cual tuvo la más completa aprobación de su padre... Y entonces a la señora Weston se le ocurrió la idea de que podría ser su marido quien bailase con la señora Elton, y rogó a los jóvenes que le ayudasen a convencerle, para lo cual no necesitaron mucho tiempo... El señor Weston y la señora Elton abrirían el baile, y el señor Frank Churchill y la señorita Woodhouse les seguirían. Emma tuvo que someterse a aceptar un segundo lugar, respecto a la señora Elton, a pesar de que siempre había considerado aquel baile como organizado propiamente en honor suyo. Aquello era casi motivo suficiente para hacerle pensar en casarse.

Indudablemente, en aquella ocasión la señora Elton la aventajaba en vanidad totalmente satisfecha; pues aunque había aspirado a abrir el baile junto con Frank Churchill, no perdía nada con el cambio. El señor Weston debía de juzgarse superior a su hijo. A pesar de este pequeño revés, Emma sonreía feliz contemplando con satisfacción el considerable número de parejas que se iban formando, y dándose cuenta de que le esperaban una serie de horas de una diversión muy poco frecuente... El que el señor Knightley no bailase era tal vez lo que más la preocupaba de todo. Estaba entre los espectadores, es decir, donde no debiera haberse quedado; hubiera debido estar bailando... no poniéndose al lado de los esposos, de los padres, de los jugadores de *whist,* que

no mostraron ningún interés por el baile hasta que hubieron terminado sus partidas... ¡él, que parecía tan joven! Tal vez no hubiera resaltado tanto en medio de cualquier otro grupo. Su figura alta, enérgica, erguida, en medio de aquellos hombres mucho mayores que él, obesos y de espaldas encorvadas, debía forzosamente atraer las miradas de todos, y Emma se daba cuenta de ello; y exceptuando a su propia pareja, ni uno solo de los que componían aquella hilera de jóvenes podía compararse con él. Dio unos pasos hacia delante que bastaron para demostrar con qué elegancia, con qué gracia natural hubiese podido bailar sólo con que se tomara la molestia de proponérselo... Cada vez que sus miradas se cruzaban, ella le obligaba a sonreír; pero en general estaba muy serio. Emma hubiera deseado que fuera más amigo de las salas de baile, y también más amigo de Frank Churchill... Él a menudo parecía estarla observando. No creyó posible que el señor Knightley prestara atención a su manera de bailar, pero si lo que buscaba eran motivos para censurar su proceder, no tenía el menor miedo. Entre ella y su pareja no había ni la menor sombra de coqueteo. Daban más la impresión de unos amigos alegres y despreocupados que de enamorados. Era indudable que Frank Churchill pensaba menos en ella que unos meses atrás.

El baile se desarrolló agradablemente. Las preocupaciones, los incesantes desvelos de la señora Weston no fueron en vano. Todo el mundo parecía contento; y el elogio de que había sido un baile delicioso, elogio que pocas veces se otorga hasta que el baile ha terminado, fue repetido una y otra vez desde los mismos inicios de la velada. Acontecimientos muy importantes, muy dignos de ser recordados, no ocurrieron más de los que suelen ocurrir en ese tipo de fiestas. Hubo uno, sin embargo, al que Emma concedió cierto interés... Se había iniciado el penúltimo baile antes de la cena y Harriet no tenía pareja... era la única joven que se hallaba sentada; y como hasta entonces el número de bailarines había sido tan igualado, resultaba sorprendente que ahora quedase alguien sin pareja; pero la sorpresa de Emma no tardó en disminuir al ver al señor Elton vagando por allí. No iba a pedir a Harriet que bailara con él, si es que le era posible evitarlo; Emma estaba segura de que no la sacaría a bailar... y esperaba de un momento a otro ver cómo huía hacia la sala de juego.

Sin embargo, no era huir lo que se proponía hacer. Se dirigió hacia un ángulo del salón en donde se encontraban reunidos los mirones, habló con algunos de ellos y se paseó por allí como para mostrar su libertad y su decisión de mantenerla. No omitió pararse a veces enfrente de la señorita Smith ni hablar con personas que estaban al lado de ella... Emma no le perdía de vista... Aún no estaba bailando, sino que recorría el trecho que había de un extremo a otro de la hilera, y por lo tanto podía mirar a su alrededor, y con sólo volver ligeramente la cabeza lo vio todo. Pero cuando estuvo hacia la mitad de la hilera, todo el grupo quedó exactamente a sus espaldas y ya no pudo seguir observándoles; pero el señor Elton estaba tan cerca que pudo oír hasta la última sílaba de un diálogo que precisamente en aquellos momentos se desarrollaba entre él y la señora Weston; y advirtió que la esposa del vicario, que precedía a

Emma en la fila, no sólo escuchaba también, sino que incluso alentaba a su marido con significativas miradas... La bondadosa y afable señora Weston se

había levantado para acercársele y decirle:
-¿No baila usted, señor Elton?
A lo cual él replicó rápidamente:
-Desde luego, señora Weston, si accede usted a bailar conmigo. -¿Yo? ¡Oh, no...! Le buscaré una pareja mejor que yo, que no bailo.
-Si la señora Gilbert desea bailar -dijo él-, será un gran placer para mí... pues, aunque ya empiezo a sentirme más bien como un señor casado un poco viejo, y que ya me ha pasado la edad de bailar, para mí sería un gran placer formar pareja con una antigua amistad como la señora Gilbert.
-No creo que la señora Gilbert piense en bailar, pero allí hay una señorita sentada que me gustaría mucho ver bailando... la señorita Smith...
-La señorita Smith... ¡Oh...! No me había fijado... Es usted muy amable, y si no fuera ya un hombre casado un poco viejo... Pero ya me ha pasado la edad de bailar, señora Weston. Usted sabrá disculparme. En cualquier otra cosa que me pida será un honor para mí complacerla... estoy a sus órdenes... pero ya me ha pasado la edad de bailar.
La señora Weston no insistió; y Emma podía imaginarse cuál sería su sorpresa y su mortificación mientras regresaba a su sitio. ¡Éste era el señor Elton! ¡El afectuoso, el amable, el atento señor Elton! Por un momento miró a su alrededor; el vicario había ido en busca del señor Knightley, a poca distancia de ella, y estaba intentado trabar conversación con él mientras cambiaba sonrisas de triunfo con su esposa.
No quiso seguir mirando; estaba indignada y temía que el color de su cara delatase sus sentimientos.
Poco después lo que vio le hizo brincar el corazón de alegría; ¡el señor Knightley sacaba a bailar a Harriet! Nunca había tenido una sorpresa tan grande y pocas veces tan jubilosa como en aquel momento. Estaba llena de contento y de gratitud, tanto por Harriet como por ella misma, y deseaba ardientemente darle las gracias a él; y aunque estaban demasiado lejos para poderse hablar, cuando sus miradas volvieron a cruzarse, los ojos de Emma eran ya suficientemente elocuentes.
Tal como ella había imaginado, el señor Knightley bailaba magníficamente bien; y Harriet hubiera podido parecer casi demasiado feliz de no haber sido por la penosa escena que se había desarrollado poco antes, y por la expresión de placer absoluto y de perfecta comprensión de la distinción que se le había hecho, que se leía en' su alegre rostro. Aquello no había sido en vano, Harriet estaba más contenta que nunca y se deslizaba por entre las parejas en medio de una continua sucesión de sonrisas.
El señor Elton se había retirado a la sala de juego, con la sensación (según confiaba Emma) de haber hecho el ridículo; Emma no le consideraba tan insensible como su esposa, a pesar de que se estaba volviendo como ella; *ella* expresó su opinión, comentando en voz alta con su pareja:
-¡Knightley se ha compadecido de la pobre señorita Smith! ¡Tiene tan buen corazón!
Se anunció la cena y todos se dispusieron a dirigirse hacia el comedor; y desde aquel momento, y hasta que se sentó a la mesa y cogió su cuchara, sin

ninguna interrupción sólo se oyó hablar a la señorita Bates.
-¡Jane, Jane, querida Jane! ¿Dónde estás? Aquí tienes una palatina.[17] La señora Weston dice que por favor te pongas su palatina. Dice que tiene miedo que haya corriente de aire en el pasillo, aunque se haya hecho todo lo posible para procurar... Han clavado una puerta... Y han puesto muchos burletes... Querida Jane, ¡tienes que ponértela! Señor Churchill... ¡Oh, qué amable es usted! Muchas gracias por ayudarle... ¡Muy agradecida! ¡Qué baile más delicioso!, ¿verdad? Sí, querida, como ya te había dicho, he salido un momento para ir a casa y ayudar a la abuelita a acostarse... y he vuelto en seguida, y nadie me ha echado de menos... Me he ido sin decir una palabra a nadie, como ya te dije que lo haría. La abuelita se encuentra muy bien, ha pasado una velada encantadora con el señor Woodhouse; han estado charlando mucho y han jugado al chaquete... Antes de que se fuera sirvieron el té allí mismo, con galletas, manzanas asadas y vino; en algunas partidas ha tenido una suerte loca; y me ha hecho muchas preguntas sobre ti, si te divertías y con quién bailabas. «¡Oh!», le he dicho yo, «no puedo adivinar lo que va a hacer Jane; cuando yo me he ido estaba bailando con el señor George Otway; mañana ella misma te lo contará todo; su primera pareja ha sido el señor Elton, pero no sé quién será la próxima, tal vez el señor William Cox». ¡Por Dios, oh, qué amable es usted! ¿De veras no prefiere dar el brazo a ninguna otra señora? *No soy* una inválida... ¡Oh, es usted tan amable! ¡Vaya, Jane en un brazo y yo en el otro! ¡Alto, alto, no vayamos tan aprisa que viene la señora Elton! ¡Querida señora Elton, qué elegante está usted! ¡Qué encajes más bonitos! Ahora entraremos todos detrás de usted, que es la reina de la fiesta... Bueno, ya estamos en el corredor. Dos escalones, Jane, cuidado con los dos escalones. ¡Oh, no, sólo hay uno! Bueno, pues yo estaba convencida de que había dos. ¡Qué raro! Yo estaba segura de que había dos y sólo hay uno... ¡Oh! Nunca se había visto nada igual en comodidad y en distinción... ¡Velas por todas partes! Te estaba hablando de la abuelita, Jane... Sólo ha tenido una pequeña decepción... Las manzanas asadas y las galletas eran excelentes, ¿sabes?; pero para empezar sirvieron un delicioso fricasé de mollejas de ternera con espárragos, y el bueno del señor Woodhouse opinó que los espárragos no estaban bien hervidos e hizo que se los volvieran a llevar. Pero, claro, a la abuelita no hay nada que le guste tanto como las mollejas de ternera con espárragos... o sea que se quedó un poco decepcionada... pero lo que acordamos fue que no se lo diríamos a nadie para que no llegue a oídos de la querida señorita Woodhouse, que se llevaría un disgusto si lo supiera... ¡Vaya! ¡Eso sí que es...! ¡Estoy deslumbrada! ¡Nunca hubiera podido imaginarme...! ¡Qué elegancia y qué lujo...! No había visto nada parecido desde... Bueno, ¿y dónde nos sentamos? ¿Dónde nos sentamos? En cualquier sitio, con tal de que Jane no tenga corriente de aire. A mí me da igual sentarme en un sitio o en otro. ¡Ah! ¿Me aconseja usted este sitio? Bueno, entonces señor Churchill... sólo que me parece demasiado bueno... pero, en fin, como usted quiera... Lo que usted mande en esta casa no puede estar mal hecho. Jane, querida, ¿cómo vamos a acordarnos después ni de la mitad de los platos para contárselo a la abuelita?

[17] «Palatina» *stippet»:* «Especie de corbata ancha, de plumas o pieles, que usaban las mujeres como abrigo» (J. Casares).

¡Incluso sopa! ¡Santo Cielo! No tendrían que haberme servido tan pronto... pero huele tan maravillosamente que no puedo resistir la tentación de probarla.

Emma no tuvo oportunidad de hablar con el señor Knightley hasta que terminó la cena; pero cuando volvieron a reunirse de nuevo en la sala de baile, sus ojos le invitaron de un modo irresistible a acercársele y a recibir su gratitud. Él censuró duramente la conducta del señor Elton; había sido una grosería imperdonable; y las miradas de la señora Elton su parte correspondiente de reprobación.

-Se proponían algo más que humillar a Harriet -dijo él-. Emma, ¿por qué se han convertido en enemigos de usted?

Él la miraba sonriendo, como queriendo penetrar en sus pensamientos; y al no recibir respuesta añadió:

-Sospecho que ella no tiene motivos para estar enfadada con usted, aunque él sí los tenga... Ya sé que no va a aclararme nada de esta suposición mía... Pero, Emma, confiese que usted quería casarlo con Harriet.

-Sí, lo confieso -replicó Emma- y no pueden perdonármelo.

El señor Knightley sacudió la cabeza; pero sonreía indulgentemente y se limitó a decir:

-No voy a reñirla. La dejo con sus reflexiones.

-¿Puede usted tener una idea tan halagadora de mí? ¿Cree que mi vanidad puede permitir que me dé cuenta de que me equivoco? -Su vanidad no, pero sí su sinceridad. Si una cosa la empuja a equivocarse, la otra la obliga a reconocer su error.

-Reconozco haberme equivocado completamente con el señor Elton. Hay una mezquindad en él que yo no supe descubrir y que usted sí advirtió; y yo estaba plenamente convencida de que estaba enamorado de Harriet... ¡Toda una serie de grandes errores!

-Correspondiendo a su sinceridad, tengo que decirle para ser justo con usted, que le había elegido una esposa mucho mejor de lo que él ha sabido elegirla... Harriet Smith tiene cualidades espléndidas de las que la señora Elton carece en absoluto. Es una muchacha sin pretensiones, sencilla, sin ningún artificio... como para que cualquier hombre de buen criterio y de buen gusto la prefiera cien veces más a una mujer como la señora Elton. La conversación de Harriet me ha parecido más agradable de lo que yo esperaba.

Emma se sentía muy agradecida... Les interrumpió el revuelo que causaba el señor Weston al llamar a todos para reemprender el baile.

-¡Señorita Woodhouse, señorita Otway, señorita Faírfax, vengan! ¿Qué están haciendo? Vamos, Emma, dé usted el ejemplo a sus compañeras. ¡Oh, qué perezosos! ¡Todo el mundo está dormido!

-Yo estoy a punto -dijo Emma- cuando quieran pueden sacarme a bailar.

-¿Con quién va a bailar? -preguntó el señor Knightley.

Ella vaciló un momento y luego replicó:

-Con usted, si me lo pide.

-¿Me concede este honor? -le preguntó, ofreciéndole su brazo.

-Desde luego. Usted ha demostrado que sabe bailar; y ya sabe que no somos hermanos, o sea que no formamos una pareja nada impropia.

-¿Hermanos? No, desde luego que no.

CAPÍTULO XXXIX

ESTA pequeña explicación con el señor Knightley dejó muy satisfecha a Emma. Era uno de los recuerdos más agradables del baile, que al día siguiente por la mañana, paseando por el césped, la joven evocaba complacidamente... Se alegraba mucho de que estuviesen tan de acuerdo respecto a los Elton, y de que sus opiniones sobre marido y mujer fuesen tan parecidas; por otra parte, su elogio de Harriet, las concesiones que había hecho en favor suyo eran particularmente de agradecer. La impertinencia de los Elton, que por unos momentos había amenazado con estropearle el resto de la velada, había dado ocasión a que tuviese la mayor alegría de la fiesta; y Emma preveía otra buena consecuencia... la curación del enamoramiento de Harriet... Por la manera en que ésta le habló de lo ocurrido antes de que salieran de la sala de baile, deducía que habían grandes esperanzas... Daba la impresión de que hubiese abierto súbitamente los ojos, de que fuese ya capaz de ver que el señor Elton no era el ser superior que ella había creído. La fiebre había pasado, y Emma no podía abrigar muchos temores de que el pulso volviera a acelerarse ante una actitud tan insultantemente descortés. Confiaba en que las malas intenciones de los Elton proporcionarían todas las situaciones de menosprecio voluntario que más tarde fuesen necesarias... Harriet más razonable, Frank Churchill no tan enamorado, y el señor Knightley sin querer disputar con ella... ¡qué verano tan feliz le esperaba...!

Aquella mañana no vería a Frank Churchill. Él le había dicho que no podría detenerse en Hartfield porque tenía que estar de regreso hacia el mediodía. Emma no lo lamentaba.

Después de haber reflexionado detenidamente sobre todo eso y de haber puesto en orden sus ideas, se disponía a volver a la casa con el ánimo avivado por las exigencias de los dos pequeños (y del abuelito de éstos), cuando vio que se abría la gran verja de hierro y que entraban en el jardín dos personas, las personas que menos hubiera podido esperar ver juntas... Frank Churchill llevando del brazo a Harriet... ¡a Harriet en persona! En seguida se dio cuenta de que había ocurrido algo anormal. Harriet estaba muy pálida y asustada, y su acompañante intentaba darle ánimos... La verja de hierro y la puerta de entrada de la casa no estaban separadas por más de veinte yardas; los tres no tardaron en hallarse reunidos en la sala, y Harriet inmediatamente se desvaneció en un sillón.

Cuando una joven se desvanece hay que hacer que vuelva en sí; luego tienen que contestarse una serie de preguntas y explicarse una serie de cosas que se ignoran. Estas situaciones son muy emocionantes, pero su incertidumbre no puede prolongarse por mucho tiempo. Pocos minutos bastaron a Emma para enterarse de todo lo sucedido.

La señorita Smith y la señorita Bickerton, otra de las pensionistas de la señora Goddard, que también había asistido al baile, habían salido a dar una vuelta y

habían echado a andar por un camino... el camino de Richmond, que aunque en apariencia era lo suficientemente frecuentado para que se considerase seguro, les había dado un gran susto... A una media milla de Highbury, el camino formaba un brusco recodo sombreado por grandes olmos que crecían a ambos lados, y durante un considerable trecho se convertía en un lugar muy solitario; y cuando las jóvenes ya habían avanzado bastante, de pronto advirtieron a poca distancia de ellas, en un ancho claro cubierto de hierba que había a uno de los lados del camino, una caravana de gitanos. Un niño que estaba apostado allí para vigilar, se dirigió hacia ellas para pedirles limosna; y la señorita Bickerton, mortalmente asustada, dio un gran chillido, y gritando a Harriet que la siguiera trepó rápidamente por un terraplén empinado, franqueó un pequeño seto que había en la parte superior y tomando un atajo volvió a Highbury todo lo aprisa que pudo. Pero la pobre Harriet no pudo seguirla. Después del baile se había resentido de fuertes calambres, y cuando intentó trepar por el terraplén volvió a sentirlos con tanta intensidad que se vio incapaz de dar un paso más... y en esta situación, presa de un extraordinario pánico, se vio obligada a quedarse donde estaba.

Cómo se hubieran comportado los vagabundos si las jóvenes hubiesen sido más valerosas nunca podrá saberse; pero una invitación como aquella a que las atacaran no podía ser desatendida; y Harriet no tardó en verse asaltada por media docena de chiquillos capitaneados por una fornida mujer y por un muchacho ya mayor, en medio de un gran griterío y de miradas amenazadoras, aunque sin que sus palabras lo fueran... Cada vez más asustada inmediatamente les ofreció dinero, y sacando su bolso les dio un chelín, y les suplicó que no le pidieran más y que no la maltrataran... Para entonces se vio ya con fuerzas para andar, aunque muy lentamente, y empezó a retroceder... pero su terror y su bolso eran demasiado tentadores, y todo el grupo fue siguiéndola, o mejor dicho, rodeándola, pidiéndole más.

En esta situación la encontró Frank Churchill, ella temblando de miedo y suplicándoles, ellos gritando cada vez con más insolencia. Por una feliz casualidad, Frank había retrasado su partida de Highbury lo suficiente como para poder acudir en su ayuda en aquel momento crítico. Aquella mañana la bonanza del tiempo le había movido a salir de su casa andando y a hacer que sus caballos fueran a buscarle por otro camino a una milla o dos de Highbury... y como la noche anterior había pedido prestadas unas tijeras a la señorita Bates y había olvidado devolvérselas, se vio forzado a pasar por su casa y entrar por unos minutos; de modo que emprendió la marcha más tarde de lo que había imaginado; y como iba a pie no fue visto por los gitanos hasta que estuvo ya muy cerca de ellos. El terror que la mujer y el muchacho habían estado inspirando a Harriet, entonces les sobrecogió a ellos mismos; la presencia del joven les hizo huir despavoridos; y Harriet apoyándose en seguida en su brazo y apenas sin poder hablar, tuvo fuerzas suficientes para llegar a Hartfield antes de caer desvanecida. Fue idea de él el llevarla a Hartfield; no se le había ocurrido ningún otro lugar.

Ésta era toda la historia... lo que él, y luego Harriet, apenas hubo recobrado el sentido, le contaron... El joven, una vez hubo visto que ya se encontraba mejor,

declaró que no podía quedarse por más tiempo; todos aquellos retrasos no le permitían perder ni un minuto más; y después de que Emma le hubo prometido que la dejaría sana y salva en casa de la señora Goddard, y que avisaría al señor Knightley de la presencia de los gitanos por aquellos contornos, él se fue entre las mayores muestras de agradecimiento de Emma, tanto por su amiga como por ella misma.

Una aventura como aquélla... un apuesto joven y una linda muchacha encontrándose en un lance como aquél, no podía por menos de sugerir ciertas ideas al corazón más insensible y a la mente menos fantasiosa. Por lo menos eso era lo que pensaba Emma. ¿Cómo era posible que un lingüista, un gramático, incluso un matemático, hubiesen visto lo que ella, hubiesen presenciado la llegada de los dos juntos y oído el relato de su historia, sin pensar que las circunstancias habían hecho que los protagonistas del hecho tenían que sentirse particularmente interesados el uno por el otro? ¡Cuánto más ella con toda su imaginación! ¿Cómo no iba a estar como sobre ascuas, haciendo proyectos y previendo acontecimientos? Sobre todo teniendo en cuenta que encontraba el terreno abonado por las suposiciones que había hecho de antemano.

Realmente había sido un suceso de lo más extraordinario... A ninguna joven del lugar le había ocurrido nunca nada parecido, al menos que ella recordase; ningún encuentro como éste, ningún susto de este género; y ahora le ocurría a una persona determinada y a una hora determinada, precisamente cuando otra persona daba la casualidad de que pasaba por allí y que tenía ocasión de salvarla... ¡Ciertamente algo extraordinario! Y conociendo como ella conocía el favorable estado de ánimo de ambos en aquellos días, todavía la dejaba más asombrada. Él estaba deseando ahogar su afecto por Emma, ella apenas empezaba a recuperarse de su enamoramiento por el señor Elton. Parecía como si todo contribuyese a prometer las consecuencias más interesantes. No era posible que aquel encuentro no hiciese que ambos se sintieran mutuamente atraídos...

En la breve conversación que había sostenido con él, mientras Harriet aún estaba medio inconsciente, Frank Churchill le había hablado del terror de la muchacha, de su candidez, de la emoción con que se había cogido a su brazo y apoyado en él de un modo que le mostraba a la vez halagado y complacido; y al final después de que Harriet hubiera hecho su relato, él expresó en los términos más exaltados su indignación ante la increíble imprudencia de la señorita Bickerton. Sin embargo, todo iba a discurrir por sus cauces naturales, sin que nadie interviniera ni ayudase. Ella no daría ni un paso, no haría ni una insinuación. No hacía daño a nadie teniendo proyectos, simples proyectos pasivos. Aquello no era más que un deseo. Por nada del mundo accedería a hacer nada más.

La primera intención de Emma fue procurar que su padre no se enterara de lo que había ocurrido... para evitarle la inquietud y el susto; pero no tardó en darse cuenta de que ocultarlo era algo imposible. Al cabo de media hora todo Highbury lo sabía. Era un acontecimiento de los que apasionan a los más aficionados a hablar, a los jóvenes y a los criados; y toda la juventud y toda la servidumbre del

lugar no tardaron en poder disfrutar de noticias emocionantes. El baile de la noche anterior parecía haber quedado eclipsado ante lo de los gitanos. El pobre señor Woodhouse se quedó temblando, y tal como Emma había supuesto no se tranquilizó hasta haberles hecho prometer que nunca más se arriesgarían a pasar del plantío. Pero le consoló bastante el que fueran muchos los que vinieran a interesarse por el y por la señorita Woodhouse (porque sus vecinos sabían que le encantaba que se interesasen por él), y también por la señorita Smith, durante todo el resto del día; y se daba el placer de contestar que nadie de ellos estaba muy bien, lo cual, aunque no era exactamente cierto, ya que Emma se encontraba perfectamente y Harriet casi también, nunca era desmentido por su hija. En general la salud de Emma no armonizaba en absoluto con los temores de su padre, ya que raras veces sabía lo que era encontrarse mal; pero si él no le inventaba una enfermedad, el señor Woodhouse no podía hablar de su hija.

Los gitanos no esperaron a que la justicia entrara en acción, y levantaron el campo en un abrir y cerrar de ojos. Las jóvenes de Highbury podían volver a pasear con toda seguridad antes de que empezaran a tener pánico, y toda la historia pronto degeneró en un suceso de poca importancia... excepto para Emma y para sus sobrinos; en la imaginación de ella seguía siendo un acontecimiento, y Henry y John preguntaban cada día por la historia de Harriet y de los gitanos, y corregían tenazmente a su tía, si ésta alteraba el menor de los detalles con respecto al relato que les había hecho en un principio.

CAPÍTULO XL

HABÍAN transcurrido muy pocos días después de esta aventura cuando Harriet se presentó una mañana en casa de Emma, llevando un paquetito en la mano, y después de sentarse y de vacilar empezó diciendo:

-Emma... si tienes tiempo... quisiera decirte una cosa... tengo que hacerte una especie de confesión... luego, ya habrá pasado, ¿sabes?

Emma quedó bastante sorprendida, pero le rogó que hablara. La actitud de Harriet era tan grave que la predispuso tanto como sus palabras a escuchar algo fuera de lo común.

-Es mi deber, y estoy segura de que también es mi deseo -continuó-, no ocultarte nada de esta cuestión. Como, *en cierto modo,* y para suerte mía, mis sentimientos han cambiado, me parece bien que tú tengas la satisfacción de saberlo. No quiero decir más de lo que es necesario... Estoy demasiado avergonzada de haberme dejado llevar tanto por mi corazón, y estoy segura de que tú me comprendes.

-Claro -dijo Emma-, claro que te comprendo.

-¡Cómo he podido imaginarme durante tanto tiempo...! -exclamó Harriet con exaltación-. ¡Me parece una locura! Ahora no sé ver en él nada extraordinario... Me da igual verle o no verle... aunque entre las dos cosas prefiero no verle... bueno, la verdad es que daría cualquier rodeo, por largo que fuera, para no tropezar con él... Pero no tengo ninguna envidia de su mujer; ni la admiro ni la

envidio, como antes hacía... Supongo que es encantadora y todo eso, pero me parece de muy mal carácter y muy desagradable. Nunca olvidaré su actitud de la otra noche... Sin embargo, te aseguro, Emma, que no le deseo ningún mal... No, que sean muy felices los dos juntos, yo no volveré a sentirme desgraciada por esto. Y para convencerte de que te estoy diciendo la verdad, ahora mismo voy a destruir... lo que ya hubiese debido destruir hace mucho tiempo... lo que nunca debiera haber guardado... lo sé muy bien... -ruborizándose mientras hablaba-. Pero ahora lo destruiré todo... y quisiera hacerlo en presencia tuya, para que veas lo razonable que me he vuelto. ¿No advinas lo que contiene este paquete? -preguntó adoptando un aire muy serio.

-No, no tengo la menor idea. ¿Es que alguna vez te regaló alguna cosa?

-No... no puedo llamar a eso regalos; pero son cosas que para mí han tenido mucho valor.

Le tendió el paquete y Emma leyó escritas encima del papel las palabras *Mis tesoros más preciados.* Aquello le despertó una gran curiosidad. Harriet desenvolvió el paquete mientras su amiga lo miraba con impaciencia. Envuelta en abundante papel de plata había una linda cajita de Tunbridge que Harriet abrió; la cajita estaba forrada de un algodón muy suave; pero, excepto el algodón, Emma sólo veía un trocito de tafetán inglés.

-Ahora -dijo Harriet- supongo que te acordarás de esto.

-Pues no, la verdad es que no me acuerdo.

-¡Querida! Casi me parece imposible que hayas podido olvidar lo que ocurrió en esta misma habitación con el tafetán una de las últimas veces en que nos vimos aquí... Fue muy pocos días antes de que yo tuviera aquella inflamación de la garganta... muy poco antes de que llegaran el señor John Knígthley y su esposa... creo que fue aquella misma tarde... ¿No te acuerdas de que se hizo un corte en el dedo con su nuevo cortaplumas y que tú le aconsejaste que se pusiera tafetán? Pero como tú no llevabas encima y sabías que yo sí llevaba, me pediste que se lo diera; y entonces yo saqué el mío y le corté un trocito; pero era demasiado grande y él lo recortó un poco y estuvo jugando con el que había sobrado antes de devolvérmelo. Y entonces yo, tonta de mí, no pude evitar considerarlo como un tesoro... y lo puse aquí, para que no lo usara nadie, y de vez en cuando lo miraba como si fuese un regalo suyo.

-¡Harriet de mi alma! -exclamó Emma cubriéndose la cara con una mano y levantándose-. ¡No sabes cómo me has hecho avergonzar! ¿Si me acuerdo? Claro, claro que me acuerdo de todo; de todo menos de que tú guardaras esa reliquia... hasta ahora no había sabido nada de eso... ¡Pero de cuando se hizo el corte en el dedo, y yo le aconsejé tafetán inglés y le dije que no llevaba encima! ¡Ay, si me acuerdo! ¡Pecados míos! ¡Y tanto tafetán como llevaba yo en el bolsillo! ¡Una de mis estúpidas mañas! Merezco tener que estar ruborizándome durante todo el resto de mi vida... Bueno... -volviéndose a sentar-. Sigue... ¿Qué más?

-¿De veras que entonces llevabas en el bolsillo? Pues te aseguro que no sospeché nada, lo hiciste con mucha naturalidad.

-Y entonces tú guardaste este trozo de tafetán como recuerdo suyo -dijo Emma, recobrándose de su sensación de vergüenza, entre asombrada y

divertida.
Y luego añadió para sus adentros:
«¡Santo Cielo! ¡Cuándo se me hubiera ocurrido a mí guardar en algodón un tafetán que Frank Churchill hubiera manejado! Nunca hubiera sido capaz de una cosa así.»
-Aquí -siguió Harriet, volviendo a su cajita-, aquí hay algo aún más valioso, quiero decir que *ha sido* aún más valioso, porque es algo que fue suyo, y el tafetán no lo fue.
Emma sentía una gran curiosidad por ver este tesoro aún más preciado. Se trataba de la punta de un lápiz viejo... el extremo que ya no tiene mina.
-Esto fue suyo de veras -dijo Harriet-. ¿No recuerdas aquella mañana? No, supongo que no te acordarás. Pero una mañana... he olvidado exactamente qué día era... pero debió ser el martes o el miércoles antes de *aquella tarde,* quería apuntar una cosa en su libro de notas; era algo referente a la cerveza de pruche.[18] El señor Knightley le había estado contando cómo se podía hacer, y él quería anotárselo; pero cuando sacó el lápiz le quedaba tan poca mina, que al sacarle punta en seguida la acabó, y ya no le servía, y entonces tú le prestaste otro, y éste lo dejó encima de la mesa como para que lo tiraran. Pero yo me fijé; y cuando me atreví a hacerlo, lo cogí y desde aquel momento nunca más me he separado de él.
-Sí, ya recuerdo -exclamó Emma-, lo recuerdo perfectamente... Hablaban de cerveza de pruche... ¡Oh, sí! El señor Knightley y yo decíamos que nos gustaba, y el señor Elton parecía empeñado en que le gustara también. Lo recuerdo perfectamente... Espera... El señor Knightley estaba sentado allí, ¿verdad? Me parece recordar que estaba sentado exactamente allí.
-¡Ah! Pues no lo sé. No puedo acordarme... Es raro, pero no puedo acordarme... Lo que recuerdo es que el señor Elton estaba sentado aquí casi en el mismo sitio en que estoy yo ahora.
-Bueno, sigue.
-¡Oh! Eso es todo. No tengo nada más que enseñarte ni que decirte... excepto que ahora mismo voy a echar al fuego las dos cosas, y quiero que veas cómo lo hago.
-¡Mi pobre Harriet! ¿De verdad has sido feliz guardando esto como un tesoro?
-Sí... ¡Ah, qué tonta he sido! Pero ahora me da mucha vergüenza, y quisiera olvidarlo tan fácilmente como voy a quemar esto. Hice muy mal, ¿sabes?, de guardar esos recuerdos después de que él ya se había casado. Yo ya sabía que hacía mal... pero no tenía valor para separarme de ellos.
-Pero, Harriet, ¿crees que es necesario quemar el tafetán inglés? Del trozo de lápiz no tengo nada que decir, pero el tafetán aún puede ser útil.
-Seré más feliz si lo quemo -replicó Harriet-. Me trae recuerdos desagradables. Tengo que librarme de todo esto... Allá va... Gracias a Dios... Por fin terminamos con el señor Elton...
«¿Y cuándo -pensó Emma- empezaremos con el señor Churchill?»
No tardó mucho en tener motivos para pensar que la cosa ya había empezado,

[18] *Spruce-beer*, una clase de cerveza que se obtiene tiñendo o aromatizando la cerveza común con los botones del llamado «abeto falso o negro», »*spruce*» en inglés.

y confió en que los gitanos, aunque no le hubieran dicho la buenaventura, hubieran contribuido a dar ventura a Harriet... Al cabo de unas dos semanas después de aquel susto tuvieron una explicación que dejó las cosas claras, explicación que tuvo lugar sin que ninguna de las dos se lo propusiera. En aquel momento Emma estaba lejos de pensar en aquello, lo cual le hizo considerar la información que recibió como mucho más valiosa. Ella se limitó a decir en el curso de una charla sin ninguna importancia:

-Bueno, Harriet, cuando llegue el momento de casarte yo ya te daré consejos.

Y no volvió a pensar más en aquello hasta que después de un minuto de silencio oyó decir a Harriet en un tono muy serio:

-Yo no me casaré.

Emma la miró, e inmediatamente se dio cuenta de qué se trataba; y después de dudar un momento acerca de si era mejor no hacer comentarios, dijo:

-¿Que no te casarás? ¡Vaya! Ésa es una decisión nueva.

-Sí, pero no volveré a cambiar de opinión.

Su amiga, después de una breve vacilación, dijo:

-Espero que esto no sea por... Supongo que no es un cumplido al señor Elton...

-¡El señor Elton! -exclamó Harriet indignada-. ¡Oh, no!

Y murmuró algo de lo que Emma sólo pudo entender las palabras «¡... tan superior al señor Elton! »

Entonces se tomó más tiempo para reflexionar. ¿No debía decir nada más? ¿Debía guardar silencio y aparentar que no sospechaba nada? Tal vez entonces Harriet creyera que sentía poco interés por ella o que estaba enfadada; o tal vez si guardaba un silencio absoluto sólo lograría que Harriet le pidiera que recibiese más confidencias de las que quería recibir; y Emma estaba dispuesta a evitar que de ahora en adelante hubiese una confianza tan extrema entre ellas, tanta franqueza y un cambio tan frecuente de opiniones y esperanzas... Le pareció que sería mejor para ella decir y saber en seguida todo lo que quería decir y saber. Lo más sencillo era siempre lo mejor. Se fijó de antemano los límites que no debía sobrepasar, en ningún aspecto. Y pensó que ambas quedarían más tranquilas, si Emma podía exponer inmediatamente sus sensatos juicios. Estaba, pues, decidida, y empezó:

-Harriet, no voy a pretender que no sé lo que quieres decir. Tu decisión, o mejor dicho, la probabilidad que crees ver de que nunca te cases, se debe a que crees que la persona a quien tú podrías preferir está tan por encima de ti que no va a pensar en la señorita Smith. ¿No es eso?

-¡Oh, Emma, créeme! No soy tan vanidosa que suponga... ¡No estoy tan loca, desde luego! Pero para mí es un placer admirarle a distancia... y pensar en lo infinitamente superior que es a todo el resto del mundo, con la gratitud, la admiración y la veneración que se le debe, sobre todo yo.

-No me sorprende en absoluto, Harriet; el favor que te hizo bastaba para conmover tu corazón.

-¡Oh, calla! Fue algo que nunca podré pagarle... Cada vez que lo recuerdo, y todo lo que sentí en aquel momento... cuando vi que se me acercaba... con aquel aspecto tan noble... y yo tan insignificante, tan desamparada... ¡Cómo

cambió todo! ¡En un momento cómo cambió todo! ¡Del abandono más total a la mayor de las felicidades!

-Es muy natural. Es muy natural, y es algo que te honra... Sí, que te honra, eso creo yo, al elegir tan bien y con tanta gratitud... Pero si esta predilección será correspondida, eso ya no puedo asegurártelo. No te aconsejo que te dejes llevar por tus sentimientos, Harriet. No tengo ninguna seguridad de que seas correspondida. Piensa en quién eres. Quizá sería más sensato oponerte a esta inclinación mientras te sea posible; pero no te dejes llevar en modo alguno por tu corazón, a menos de que estés convencida de que él se interesa por ti. Obsérvale. Deja que sea su proceder el que guíe tus sensaciones. Te digo ahora que seas precavida, porque nunca más volveré a hablar contigo de esta cuestión. Estoy decidida a no volver a mezclarme en ningún caso de ésos. A partir de este momento yo no sé nada de esto. No pronuncies ningún nombre. Antes hacíamos muy mal; ahora seremos más precavidas... Él está por encima de ti, de eso no hay duda, y parece que hay inconvenientes y obstáculos muy serios; pero, a pesar de todo, Harriet, cosas más difíciles han ocurrido, matrimonios más desiguales han llegado a celebrarse. Pero ten cuidado contigo misma; no quisiera que te entusiasmaras; a pesar de todo, termine como termine, ten la seguridad de que haber pensado en *él* es una señal de buen gusto que yo siempre sabré apreciar.

Harriet besó su mano, como muestra de gratitud silenciosa y sumisa. Emma cada vez estaba más convencida de que aquel enamoramiento no podía perjudicar a su amiga. Era algo que sólo podía conducirle a elevar su espíritu y a refinarlo... y que debía salvarla del peligro de cualquier enlace de categoría inferior a la suya.

CAPÍTULO XLI

EN este estado de cosas, por lo que se refiere a proyectos, esperanzas y relaciones mutuas, empezó el mes de junio en Hartfield. En Highbury en general no hubo ningún cambio concreto. Los Elton seguían hablando de la visita que iban a hacerles los Suckling, y del uso que harían de su landó, y Jane Fairfax se hallaba aún en casa de su abuela; y como el regreso de Irlanda de los Campbell volvió a aplazarse, y se fijó la fecha de su vuelta, en vez de para mediados de verano para el mes de agosto, era probable que Jane se quedase en el pueblo dos meses más, con tal de que pudiera contrarrestar la actividad que la señora Elton estaba desarrollando para ayudarla, y salvarse de verse obligada a aceptar a toda prisa un magnífico empleo contra su voluntad.

El señor Knightley que, por algún motivo que sólo él conocía, desde el primer momento había demostrado sentir una profunda aversión por Frank Churchill, cada vez la sentía mayor. Empezó a sospechar que el joven, al cortejar a Emma hacía un doble juego. Que cortejaba a Emma era algo indiscutible. Todo lo demostraba; las atenciones que le dedicaba, las insinuaciones de su padre, la significativa reserva de su madrasta; todo coincidía; palabras, conducta, discreción e indiscreción, todo apuntaba hacia lo mismo. Pero mientras tantas

personas le consideraban interesado por Emma, y la propia Emma le creía interesado por Harriet, el señor Knightley empezó a sospechar que el joven tenía cierta inclinación por Jane Fairfax. No podía comprenderlo; pero había indicios de que entre los dos pasaba algo... por lo menos así se lo parecía... indicios de que él la admiraba... Y después de haber observado sus reacciones, el señor Knightley, aun proponiéndose evitar a toda costa el exceso de imaginación que inducía a Emma a cometer tantos errores, no pudo por menos de admitir que sus suposiciones no eran totalmente equivocadas. *Ella* no estaba presente la primera vez que se despertaron sus sospechas. Fue en casa de los Elton, durante una comida a la que habían invitado a la familia de Randalls y a Jane; y había sorprendido miradas, más de una mirada dirigida a la señorita Fairfax, que en un admirador de la señorita Woodhouse parecía algo incongruente. En la siguiente ocasión en que coincidieron no pudo por menos de recordar lo que había visto la otra vez; ni evitar el observar detalles que, a menos de creerse como Cowper, soñando junto a su chimenea a la caída de la tarde,

Creándome yo mismo las visiones

forzosamente tenían que reafirmarle en la sospecha de que había una relación oculta, una secreta inteligencia entre Frank Churchill y Jane.

Cierto día después de comer el señor Knightley salió a pasear, y decidió hacer una visita a Hartfield, como solía hacer muy a menudo; encontró a Emma y a Harriet que se disponían también a dar un paseo; él las acompañó, y al regresar se encontraron con un grupo mucho más numeroso que al igual que ellos habían considerado más prudente salir a hacer un poco de ejercicio a primera hora de la tarde, ya que el tiempo amenazaba lluvia; se trataba del señor y de la señora Weston, y de su hijo, y de la señorita Bates y de su sobrina, que se habían encontrado por casualidad. Cuando llegaron todos juntos ante la verja de Hartfield, Emma, que sabía que éstas eran exactamente la clase de visitas que le gustaban a su padre, insistió en que todos entraran y tomaran el té con él. El grupo de Randalls accedió inmediatamente; después de un discurso francamente largo de la señorita Bates, a quien muy pocas personas prestaron atención, también ella consideró posible aceptar la amabilísima invitación que les hacía la señorita Woodhouse.

Cuando atravesaban el jardín pasó cerca de allí el señor Perry a caballo, y los caballeros hicieron algunos comentarios acerca de su montura.

-Por cierto -dijo inmediatamente Frank Churchill dirigiéndose a la señora Weston-, ¿sigue teniendo intenciones de comprarse un coche el señor Perry?

La señora Weston pareció muy sorprendida, y dijo: -No sabía nada de esas intenciones.

-Por Dios, pero si fue usted quien me lo dijo. Me lo decía en una carta hace unos tres meses.

-¿Yo? ¡Imposible!

-Sí, sí, seguro. Lo recuerdo perfectamente. Usted lo mencionaba como algo inminente. La señora Perry se lo había dicho a alguien, y estaba muy contenta. Usted decía que había sido ella quien le había convencido, porque opinaba que

cuando hacía mal tiempo era muy expuesto hacer las visitas a caballo. ¿Todavía no lo recuerda?

-¡Te prometo que es la primera vez que oigo hablar de ese asunto!

-¿La primera vez? ¿De veras? ¡Santo Cielo! Entonces, ¿cómo lo sé yo? Debo de haberlo soñado... Pero estaba completamente convencido... Señorita Smith, tengo la sensación de que está usted cansada. Supongo que se alegrará de estar ya en casa después de tanto andar.

-¿Qué pasa? ¿Qué pasa? -exclamó el señor Weston-. ¿Qué decíais de Perry y de un coche? Frank, ¿va a comprarse un coche Perry? No sabes lo que me alegro. Te lo ha dicho él mismo, ¿no?

-Pues no -replicó su hijo riendo-. Parece ser que no me lo ha dicho nadie... ¡Qué raro! Yo, la verdad es que estaba convencido de que la señora Weston lo había mencionado en una de las cartas que me escribía a Enscombe, hace muchas semanas, dándome todos esos detalles... pero como ella dice que es la primera vez que oye hablar de eso, no hay otra explicación que la de que lo he soñado. Yo sueño mucho. Sueño con todo el mundo de Highbury cuando estoy lejos de aquí... y cuando ya he terminado con todos mis amigos íntimos, entonces empiezo a soñar con el señor y la señora Perry.

-Sí que es extraño -comentó su padre- que hayas tenido un sueño tan lógico y tan verosímil sobre gente en la que no es probable que pienses mucho en Enscombe. ¡Perry que se compra un coche! ¡Y su mujer que le convence para que se lo compre, por motivos de salud! Exactamente lo que ocurrirá un día u otro, no tengo la menor duda; sólo que ha sido un poco prematuro. ¡Qué cosas tan lógicas llegan a soñarse a veces!, ¿verdad? ¡Y a veces en cambio qué cantidad de absurdos! Bueno, Frank, desde luego tu sueño lo que demuestra es que piensas en Highbury cuando estás ausente. Emma, creo que tú también sueñas mucho, ¿verdad?

Emma estaba demasiado lejos para oírle; se había adelantado a los demás para avisar a su padre de la presencia de sus invitados, y no pudo oír la pregunta del señor Weston.

-Verán, para ser franca -exclamó la señorita Bates, que en los últimos dos minutos había estado intentando en vano hacerse oír-, si me permiten decir algo sobre esta cuestión... no es que yo niegue que el señor Frank Churchill pueda haber tenido... yo no quiero decir que no lo haya soñado... porque a veces yo misma tengo los sueños más raros que puedan imaginarse... pero si me preguntaran acerca de este caso, debería confesar que ya se habló de eso la primavera pasada; porque la propia señora Perry se lo dijo a mi madre, y los Cole también lo sabían igual que nosotros... pero era un secreto, no lo sabía nadie más, y sólo se habló de ello durante unos tres días. La señora Perry tenía muchas ganas de que su marido tuviese un coche, y una mañana vino a ver a mi madre muy contenta, porque creía que había logrado convencerle. Jane, ¿no te acuerdas que la abuelita nos lo contó, cuando volvimos a casa? No me acuerdo adónde habíamos ido... lo más probable es que fuéramos a Randalls; sí, creo que fue a Randalls. La señora Perry siempre ha querido mucho a mi madre... bueno, la verdad es que todo el mundo la quiere mucho... y le contó eso como haciéndole una confidencia; desde luego que no se opuso a que nos lo contara a

nosotras, pero no tenía que saberlo nadie más; y desde entonces hasta hoy yo no he dicho ni una palabra a nadie. Claro que yo no puedo responder de que alguna vez no se me haya escapado algo, porque ya sé que a veces digo cosas que no quería decir, sin darme cuenta. Yo soy habladora, ¿saben? Soy bastante habladora; y de vez en cuando se me escapan cosas que no deberían escapárseme. No soy como Jane; ojalá lo fuera. Estoy segura de que a ella nunca se le escapa nada. Por cierto, ¿dónde está? ¡Ah, aquí, detrás de mí! Sí, sí, me acuerdo perfectamente de cuando vino a vernos la señora Perry... ¡La verdad es que es un sueño curioso!, ¿eh?

Estaban ya en el vestíbulo. La mirada del señor Knightley había precedido a la de la señorita Bates en posarse sobre Jane; del rostro de Frank Churchill, en el que creyó ver turbación reprimida y seriedad, sus ojos se volvieron involuntariamente hacia el de ella; pero se había rezagado mucho y estaba distraída con su chal. El señor Weston ya había entrado. Los otros dos caballeros esperaron en la puerta para dejarla pasar. El señor Knightley sospechaba que Frank Churchill se proponía cambiar una mirada con ella... y parecía estar acechando la ocasión propicia... pero, de ser así, fue en vano... Jane pasó entre los dos y entró en la sala sin mirar a nadie.

No hubo ocasión de hacer más comentarios ni de dar más explicaciones. Se admitía lo del sueño, y el señor Knightley tuvo que sentarse junto con los demás, alrededor de la gran mesa circular, tan moderna, que Emma había introducido en Hartfield, y que sólo Emma hubiese podido tener autoridad para poner allí y convencer a su padre de que se usara, en vez de la pequeña Pembroke en la que, durante cuarenta años, se habían servido dos de sus comidas diarias. El té pasó sin incidentes, y nadie parecía tener prisa por irse.

-Señorita Woodhouse -dijo Frank Churchill, después de haber revuelto los objetos de la mesa que tenía a sus espaldas y que alcanzaba con la mano-, ¿se han llevado sus sobrinos los abecedarios... aquella caja de letras? Solía estar aquí. ¿Dónde está? Es una velada un poco triste, casi debería considerarse como de invierno más que de verano. Una mañana nos divertimos mucho con aquellas letras. Me gustaría volver a jugar a los acertijos.

A Emma le gustó la idea; trajo la caja y la mesa pronto quedó cubierta por las letras del abecedario, que nadie más, excepto ellos dos, parecía dispuesto a manejar. En seguida empezaron a formar palabras que se intercambiaban entre sí o que presentaban a cualquiera que quisiese descrifrar el acertijo. Lo apacible del juego lo hacía particularmente grato al señor Woodhouse, que a menudo había tenido que soportar juegos mucho más movidos que había introducido en la casa el señor Weston; el padre de Emma, ahora era feliz, lamentando con melancólicos acentos la marcha de «los pobres niñitos», o comentando con satisfacción, cuando alguna letra se extraviaba cerca de su sitio, lo bien que Emma había sabido dibujarlas.

Frank Churchill puso una palabra delante de la señorita Fairfax; ésta, después de lanzar una rápida mirada a su alrededor, se aplicó a descifrarla. Frank estaba al lado de Emma, Jane enfrente de ellos... y el señor Knightley situado de tal manera que podía verles a todos; y su propósito era ver todo lo que pudiese sin demostrar que estaba observándoles. La palabra fue descifrada, y Jane apartó

las letras con una leve sonrisa. Si hubiese querido que se mezclaran con las demás y que la palabra no pudiera recomponerse, hubiera tenido que mirar a la mesa en vez de mirar a los que tenía enfrente, ya que las letras no se mezclaron; y Harriet, que seguía con atención todas las palabras nuevas, al ver que no salía ninguna por el momento, recogió la última y se afanó por descifrarla. Estaba sentada al lado del señor Knightley, y se volvió hacia él para pedirle que le ayudara. La palabra era *error;* y cuando Harriet la proclamó triunfalmente en voz alta, la única reacción de Jane fue ruborizarse. El señor Knightley relacionó aquello con el sueño; pero no acertaba a comprender qué tenía que ver una cosa con la otra. ¿Cómo era posible que fa agudeza y la intuición de Emma estuvieran tan embotadas como para no darse cuenta de todo aquello? Temía que allí había algo oculto. A cada momento tenía indicios de que en ellos había una falta de sinceridad, un doble juego. Aquellas letras sólo les servían para un disimulado galanteo. Era un juego de niños que Frank Churchill había elegido para ocultar otro juego de más importancia, secreto.

Siguió observándole con gran indignación; y también con alarma y desconfianza al ver hasta dónde llegaba la ceguera de sus dos compañeras. Vio que preparaba una palabra corta para Emma, y que se la presentaba con un aire de forzada seriedad. Vio que Emma la descifraba en seguida y que la encontraba muy divertida, aunque por lo visto había algo en ella que la obligaba a no darle su aprobación; porque le oyó decir:

-No, por Dios, eso sí que no. Es demasiado.

Luego oyó que Frank Churchill le decía, mirando de reojo a Jane:

-Sí, sí, se la daré... ¿Se la doy?

Oyó claramente que Emma se oponía vivamente entre risas.

-No, no, no. No lo haga, eso sí que no. No debe hacerlo.

Sin embargo, ya estaba hecho. Aquel joven tan galante que parecía amar sin sentir emociones y elogiarse a sí mismo sin complacencia, tendió inmediatamente la palabra a la señorita Fairfax, rogándole con una insistencia particularmente cortés que intentara descifrarla. La desmedida curiosidad del señor Knightley por saber qué palabra era le hizo aprovechar todas las oportunidades para mirar de reojo, y no tardó mucho en darse cuenta de que la palabra en cuestión era *Dixon.* Jane Fairfax pareció haberla descifrado al mismo tiempo que él; desde luego a ella debía de serle más fácil el acertijo, ya que penetraba en el sentido oculto que poseían aquellas cinco letras dispuestas de aquel modo. Evidentemente quedó muy contrariada; levantó los ojos, y al ver que la miraban se ruborizó más de lo que antes había observado el señor Knightley; se limitó a decir:

-No sabía que también valían los nombres propios.

Apartó las letras con enojo y pareció decidida a no intentar descifrar ninguna otra palabra que le propusieran. Volvió el rostro de los que le habían dirigido aquel ataque, y miró hacia su tía.

-Sí, sí, querida, tienes mucha razón -exclamó ésta antes de que Jane tuviera tiempo de decir nada-. Precisamente ahora mismo lo iba a decir. Sí, sí, ya es hora de que nos vayamos. Está anocheciendo y la abuelita nos espera. Es usted muy amable, pero tenemos que decirle adiós.

La rapidez con que se levantó Jane demostró que tenía tanta prisa por irse como su tía había imaginado. Inmediatamente se puso de pie y abandonó la mesa; pero fueron tantos los que se levantaron también que se produjo una cierta confusión; y el señor Knightley creyó ver que alguien empujaba ansiosamente hacia la muchacha otra serie de letras, que ella apartó con un ademán brusco antes de mirarlas. Luego buscó su chal... Frank Churchill le ayudaba a buscarlo... Iba oscureciendo y en la sala había una gran confusión; el señor Knightley no hubiera podido decir cómo se despidieron.

Él, una vez se hubieron ido los demás, se quedó en Hartfield muy preocupado por todo lo que había visto; tan preocupado que, cuando se encendieron las velas, como para crear un ambiente propicio a las confidencias, pensó que debía... sí, que debía, sin ningún género de dudas, como amigo, como amigo leal... insinuar algo a Emma, hacerle alguna pregunta. No era capaz de verla en una situación de peligro como aquella sin tratar de defenderla. Era su deber.

-Por favor, Emma -dijo-, ¿puedo preguntar en qué consistía la gracia, la malicia, de la última palabra que les han dado a usted y a la señorita Fairfax para descifrar? He visto la palabra, y tengo curiosidad por saber por qué ha sido tan divertida para la una y tan poco divertida para la otra.

Emma quedó muy turbada. No podía ni pensar en darle la verdadera explicación; pues aunque estaba lejos de haber visto disipadas sus sospechas, se sentía realmente avergonzada de haberlas comunicado a alguien.

-¡Oh! -exclamó visiblemente nerviosa-. No quería decir nada. Una simple broma entre nosotros.

-Una broma -replicó él gravemente- que sólo les hizo a gracia a usted y al señor Churchill.

Él esperaba tener una respuesta, pero no la obtuvo. Emma prefería hacer cualquier otra cosa menos hablar. El señor Knightley permaneció en silencio durante un rato haciendo conjeturas. Por su mente cruzó la posibilidad de una serie de peligros. Inmiscuirse... inmiscuirse en vano. La turbación de Emma y su reconocimiento de su intimidad con Frank parecían ser como una confesión de que sentía un gran interés por él. Sin embargo debía hablar. Prefería correr el riesgo de que le tomara por un entrometido antes de que ella pudiera salir perjudicada; prefería cualquier cosa antes de quedarse con la mala impresión de que hubiera podido evitarle algún mal.

-Mi querida Emma -dijo por fin, de la manera más afectuosa-, ¿cree usted que conoce perfectamente el grado de amistad que existe entre el caballero y la dama de los que estamos hablando?

-¿Entre el señor Frank Churchill y la señorita Fairfax? ¡Oh sí! Perfectamente... ¿Por qué lo pone en duda?

-¿No ha tenido en ninguna ocasión motivos para pensar que él sentía una gran admiración por ella o viceversa?

-¡Oh, no, nunca, nunca! -exclamó Emma con gran apasionamiento-. Nunca, ni por una fracción de segundo se me ha ocurrido esta idea. ¿Cómo es posible que se le haya ocurrido a usted?

-Últimamente he creído ver indicios de que existía algo más que amistad entre ellos... ciertas miradas significativas que no creo que ellos supieran que alguien

iba a interceptar.

-¡Oh, casi me hace usted reír! Me encanta ver que también usted se permite dejar vagar su imaginación... pero se equivoca... siento mucho tener que cortarle las alas al primer intento... pero lo cierto es que se equivoca. Entre ellos no hay nada más que amistad, se lo aseguro; y las apariencias que puede usted haber advertido son fruto de alguna circunstancia especial... sentimientos de una naturaleza totalmente distinta... es imposible explicar exactamente... es algo bastante absurdo... pero lo que puede contarse, lo que no es absurdo del todo, no puede estar más lejos de ser una mutua atracción o admiración. Es decir, *supongo* que las cosas son así por lo que a ella respecta; por lo que respecta a él, *estoy segura.* Yo le respondo de que él es absolutamente indiferente.

Emma hablaba con una seguridad que hizo vacilar al señor Knightley, con una satisfacción que le hizo callarse. Estaba muy alegre y hubiese querido prolongar la conversación con el deseo de enterarse de los detalles de sus sospechas, de que le describiera cada mirada, cada uno de los pormenores y circunstancias, por los que decía sentir tanto interés. Pero la jovialidad de ella no encontró eco en su interlocutor. El señor Knightley se daba cuenta de que no podía ser útil, y aquella conversación le estaba irritando demasiado. Y a fin de que su irritación no se convirtiera en verdadera fiebre. con el fuego que las delicadas costumbres del señor Woodhouse obligaban a que se encendiese casi todas las tardes del año, no tardó en despedirse apresuradamente y en encaminarse hacia su fría y solitaria Donwell Abbey.

CAPÍTULO XLII

HIGHBURY, después de haber alimentado durante largo tiempo la esperanza de que el señor y la señora Suckling no tardarían en hacer una visita al pueblo, tuvo que resignarse a la mortificante noticia de que no les era posible acudir hasta el otoño. Por el momento, pues, su acervo intelectual se veía privado de enriquecerse con una importación de novedades de aquella magnitud. Y en el cotidiano intercambio de noticias de nuevo se vieron obligados a limitarse a los demás temas de conversación que durante algún tiempo habían ido emparejados al de la visita de los Suckling, como las últimas nuevas sobre la señora Churchill, cuya salud parecía ofrecer cada día aspectos diferentes, y el estado de la señora Weston, cuya felicidad era de esperar que pudiese verse incrementada por el nacimiento de un hijo, acontecimiento que iba también a producir gran contento entre todos sus vecinos.

La señora Elton se sentía muy decepcionada. Aquello representaba tener que aplazar una gran ocasión para divertirse y para presumir. Todas sus presentaciones y todas sus recomendaciones debían esperar, y todas las fiestas y excursiones de las que se había hablado, por el momento quedaban en simple proyecto. Por lo menos eso fue lo que pensó en un principio... pero después de reflexionar un poco, se convenció de que no era preciso aplazarlo todo. ¿Por qué no podían hacer una excursión a Box Hill aunque los Suckling aún no hubieran venido? En el otoño, cuando ellos ya estuvieran allí, podría repetirse la

excursión. Quedó, pues, decidido que irían a Box Hill. Todo el mundo se enteró de este plan; e incluso sugirió la idea de otro. Emma nunca había estado en Box Hill; tenía curiosidad por ver aquello que todos consideraban tan digno de verse, y ella y la señora Weston habían acordado elegir alguna mañana en que hiciera buen tiempo para ir hasta aquel lugar. Sólo se pensaba admitir en su compañía a dos o tres personas más, cuidadosamente escogidas, y la excursión debía tener un carácter apacible, elegante y sin ninguna pretensión, sin que pudiera compararse con el bullicio y los aparatosos preparativos, el gran acopio de provisiones, y toda la ostentación de las giras campestres de los Elton y los Suckling.

Esto había quedado ya tan claro entre ellos, que Emma no pudo por menos de sentirse un poco sorprendida y un tanto contrariada al oír decir al señor Weston que había propuesto a la señora Elton que, puesto que su cuñado y su hermana aplazaban su visita, las dos excursiones podían fundirse en una e ir todos juntos al mismo sitio; y que, como la señora Elton había aceptado inmediatamente esta proposición, se había decidido hacerlo de ese modo, si ella no tenía inconveniente. Ahora bien, como su único inconveniente era la aversión que sentía por la señora Elton, de lo cual el señor Weston debía de estar ya perfectamente enterado, no valía la pena insistir más en aquello... No podía negarse sin hacerle un desaire a él, lo cual sería dar un disgusto a su esposa; y así fue como se vio obligada a aceptar un arreglo que hubiese querido evitar por todos los medios a su alcance; un arreglo que probablemente la exponía incluso a la humillación de que se dijese de ella que había asistido a la excursión de la señora Elton... Aquello la contrariaba extraordinariamente; y el tener que resignarse a aquella aparente sumisión dio una cierta acritud a sus íntimas opiniones acerca de la incorregible buena voluntad que caracterizaba el temperamento del señor Weston.

-Me alegro mucho de que apruebe mi plan -dijo él muy satisfecho-. Pero ya suponía que lo encontraría bien. Para esas cosas se necesita mucha gente. Nunca son demasiados. Una excursión con muchos siempre resulta divertida. Y en el fondo la señora Elton es muy buena persona. No podíamos dejarla de lado.

Emma no le contradijo en nada, pero en su fuero interno no podía estar más en desacuerdo con tales opiniones.

Estaban a mediados de junio y el tiempo era excelente; y la señora Elton se impacientaba por fijar la fecha y por acabar de ponerse de acuerdo con el señor Weston en lo referente al pastel de pichones y al cordero frío, cuando uno de los caballos del coche se torció una pata, dejando todos los preparativos en la más lamentable de las incertidumbres. Antes de que el caballo pudiera volver a utilizarse podían pasar semanas, o tal vez sólo unos pocos días, pero no podían arriesgarse a preparar nada, y todos los planes quedaron aplazados en medio de la desolación general. A la señora Elton le faltaron recursos para hacer frente a aquella contrariedad.

-¿No le parece indignante, Knightley? -exclamaba-. ¡Y con un tiempo tan bueno para hacer excursiones! ¡Esos aplazamientos y la inseguridad! ¡Es algo odioso! ¿Qué vamos a hacer? A este paso va a pasar todo el año sin que hagamos nada. Mire, el año pasado, antes de que llegara esta época, ya

habíamos hecho una excursión deliciosa desde Maple Grove a Kings Weston.

-Sería mejor que hicieran la excursión a Donwell -replicó el señor Knightley-. Para eso no necesitan caballos. Vengan y comerán mis fresas. Ya están empezando a madurar.

Si el señor Knightley lo había dicho en broma no tardó en verse obligado a tomárselo en serio, porque su proposición fue aceptada en el acto y con gran entusiasmo; y los ademanes que acompañaron al «¡Oh! ¡Cuánto me gustaría!», fueron tan expresivos como las palabras mismas. Donwell era famoso por sus fresales, lo cual parecía justificar el entusiasmo con que acogió la invitación; pero no era necesario justificar nada; un campo de coles hubiera bastado para tentar a aquella dama, que sólo estaba deseando ir a alguna parte, fuera donde fuese. Ella le prometió una y otra vez que irían.., con más insistencia de lo que él había supuesto... y quedó extremadamente complacida ante aquella prueba de íntima amistad, de tan marcada deferencia, pues se empeñó en considerarlo de este modo.

-Puede usted contar conmigo -le dijo-. Tenga la seguridad de que iré. Fije usted mismo la fecha, e iré a su casa. ¿No le importará que venga conmigo Jane Fairfax?

-No puedo fijar el día -dijo él- hasta que no haya hablado con otras personas que quisiera que viniesen con usted.

-¡Oh! ¡Déjelo todo de mi cuenta! Sólo le pido que me dé carta blanca... Deje que yo lo organice todo, ¿eh? Es *mi* excursión. Yo ya llevaré amigos.

-Confío en que lleve usted a Elton -le dijo-; pero no quiero que se tome la molestia de buscar más invitados.

-¡Ah, qué desconfiado es usted! Pero mire... No tiene que tener ningún miedo de delegar su autoridad en *mí.* No soy una jovencita sin experiencia. Puede tener confianza en una mujer casada como yo, ¿sabe usted? Ésta es *mi* excursión. Déjelo todo de mi cuenta. Yo ya me encargaré de invitar a los demás.

-No -replicó él calmosamente-, sólo hay una mujer casada a la que yo permitiré que invite a quien quiera a Donwell; y esa mujer es...

-... la señora Weston, supongo -le interrumpió la señora Elton, un poco molesta.

-No... La señora Knightley; y mientras aún no exista, de esas cuestiones me encargo yo mismo.

-¡Ah! ¡Qué original es usted! -exclamó satisfecha al no verse preterida por nadie-. Tiene usted mucho sentido del humor, y todo lo que dice queda bien. Mucho sentido del humor, sí. Bueno, pues me acompañará Jane... Jane y su tía... Los demás se los dejo para usted... No tengo ningún inconveniente en que venga la familia de Hartfield... Ni el menor reparo. Ya sé que tiene usted mucha amistad con ellos.

-Si puedo convencerles, no dude usted de que vendrán; en cuanto a la señorita Bates, antes de volver a mi casa pasaré a visitarla.

-¡Oh! Pero es completamente innecesario; yo veo a Jane todos los días... pero como usted prefiera. Tiene que ser por la mañana, ¿sabe usted, Knightley? Una cosa de lo más sencilla. Yo me pondré un sombrero de alas anchas y llevaré uno de mi cestitos colgando del brazo. Éste... probablemente este mismo, con

una cinta de color rosa. Ya ve, no puede ser más sencillo. Y Jane llevará otro igual. Quiero decir que no será ninguna exhibición... un poco a lo gitano... Pasearemos por sus jardines, nosotros mismos cogeremos las fresas y nos sentaremos debajo de un árbol... y todo lo demás con lo que quiera usted obsequiarnos se sirve al aire libre... Una mesa a la sombra, ¿sabe usted? Todo de la manera más natural y más sencilla que sea posible. ¿No es eso lo que pensaba usted hacer?

-No, en absoluto. Para mí, lo sencillo y lo natural es que se ponga la mesa en el comedor. A mi entender, la naturalidad y la sencillez de los caballeros y las damas, junto con sus criados y los muebles, se observa mejor cuando las comidas se sirven dentro de casa. Cuando se cansen ustedes de comer fresas en el jardín, se servirá una comida fría en el comedor.

-Bueno... como quiera; pero que no sea muy ostentoso. Y, dicho sea de paso, si cree usted que mi ama de llaves o yo podemos serle de alguna utilidad... Dígalo con toda sinceridad, Knightley. Si quiere que hable con la señora Hodges o que me cuide de algo...

-Muchas gracias, pero no hace ninguna falta.

-Bueno... pero si surge alguna dificultad mi ama de llaves es una mujer muy dispuesta.

-Tengo la seguridad de que la mía se considera tan dispuesta como la que más, y de que rechazaría la ayuda de cualquier otra persona.

-Me gustaría que tuviéramos borricos. Todas nosotras podríamos ir montadas en borriquillos, Jane, la señorita Bates y yo... y mi *caro sposo,* andando a mi lado. Sí, sí, tengo que hablar con él para que compre un borrico. Viviendo en el campo, me parece una cosa muy necesaria; porque, aunque una mujer tenga muchos recursos, no es posible que se quede siempre encerrada en casa; y, ya sabe usted, para dar paseos largos... en verano hay polvo, y en invierno todo es barro.

-En el camino de Highbury a Donwell no encontrará usted ni una cosa ni otra. Es un camino en el que nunca hay polvo, y ahora no puede estar más seco. De todas maneras, si lo prefiere venga montada en un borrico. Puede pedirlo prestado a la señora Cole. Quisiera que todo fuera tan a su gusto como fuese posible.

-¡Ah, de eso sí que estoy segura! No crea que no sé apreciar sus cualidades, mi buen amigo. Ya sé que bajo esa especie de sequedad y de modales un poco bruscos, oculta usted un gran corazón. Como le digo siempre al señor E., tiene usted un gran sentido del humor... Sí, sí, créame, Knightley, me doy perfectamente cuenta de la deferencia que ha tenido conmigo al imaginar todo ese plan. Ha elegido usted la cosa que más me complace.

El señor Knightley tenía otro motivo para negarse a que se sacara una mesa al aire libre, a la sombra de un árbol. Deseaba convencer al señor Woodhouse para que aceptase su invitación junto con Emma, y sabía que era darle un disgusto permitir que delante de él alguien ' se pusiera a comer al aire libre. Ni siquiera con la excusa de hacer un poco de ejercicio matinal y de pasar un par de horas en Donwell, el señor Woodhouse se sentiría tentado a ser testigo de una imprudencia semejante.

Se le invitó, pues, de buena fe. Sin que se le reservaran penosos espectáculos que le hubieran hecho arrepentirse de su ingenua credulidad. Y aceptó. Hacía dos años que no había estado en Donwell.

-Una mañana que haga buen tiempo podemos llegamos hasta allí con Emma y Harriet. Yo me quedo sentado charlando tranquilamente con la señora Weston, mientras ellas dan un paseo por los jardines. No creo que haya mucha humedad a esas horas del mediodía. Me gustaría mucho volver a ver aquella casa, y charlar con el señor y la señora Elton y otros amigos... No tengo ningún inconveniente en ir con Emma y Harriet, con tal de que sea una mañana en que haga un tiempo muy bueno... El señor Knightley ha tenido una gran idea al invitarnos... es muy amable de su parte... es una gran persona... Y es mucho mejor así que no comer al aire libre... No me gustan las comidas al aire libre.

El señor Knightley tuvo la buena suerte de que todo el mundo aceptara con gran entusiasmo su ofrecimiento. La invitación fue tan bien acogida por todos que parecía como si, al igual que la señora Elton, cada cual considerase el plan como una especial deferencia que se tenía con ellos... Emma y Harriet esperaban pasar un día muy divertido; y el señor Weston, sin que se lo pidieran, prometió hacer todo lo posible para que Frank pudiese también acompañarles; una demostración de agrado y de gratitud que hubiese podido ahorrarse... ya que entonces el señor Knightley se vio obligado a decir que se alegraría mucho de que pudiera venir; y el señor Weston se comprometió a escribirle sin pérdida de tiempo, y a no escatimar argumentos para convencerle para que viniese.

Entretanto, el caballo cojo había sanado tan aprisa que volvió a pensarse jubilosamente en la excursión a Box Hill; y por fin se fijó la ida a Donwell para un día, y la excursión de Box Hill para el siguiente... ya que el buen tiempo parecía ya estable.

En una luminosa mañana de sol, casi de pleno verano, el señor Woodhouse se trasladó cómodamente en su coche con una ventanilla bajada, hasta Donwell Abbey; allí, en una de las habitaciones más confortables, especialmente acondicionada para él con el fuego de la chimenea que había estado encendido durante toda la mañana, se arrellanó en un sillón, y feliz y tranquilo, se dispuso a charlar complacidamente de la hazaña que había llevado a cabo, y a aconsejar a todos que fueran a sentarse con él y que no se acaloraran demasiado... La señora Weston, que parecía haber ido andando con el único objeto de cansarse y estar con él durante todo el tiempo, se quedó a hacerle compañía como la más cordial y pacienzuda de sus oyentes, mientras los demás se dejaban convencer para salir al aire libre.

Hacía tanto tiempo que Emma no había estado en la Abadía, que tan pronto como se convenció de que su padre se hallaba plenamente a su gusto, no tuvo reparo en dejarle y en dar una vuelta por allí; ansiosa de refrescar su memoria y corregir los errores de sus recuerdos, fijándose con más atención en cada detalle, formándose una idea más exacta de una casa y de unas tierras que tan íntimamente ligadas iban a estar para siempre a ella y a toda su familia.

Sentía todo el justo orgullo y la complacencia que su parentesco con el actual y el futuro propietario de Donwell podían permitirle, mientras contemplaba las considerables dimensiones y el estilo de la construcción de la casa, su

característica situación tan ventajosa, en un terreno bajo y bien resguardado... sus amplios jardines que descendían hasta unos prados regados por un arroyuelo que, desde la Abadía, debido a la típica indiferencia que se sentía en otros tiempos por las buenas vistas, apenas se divisaban... y su abundancia de árboles formando hileras y avenidas, árboles que ni las modas ni la extravagancia habían logrado hacer cortar... La casa era mayor que la de Hartfield y totalmente distinta; ocupaba una gran extensión de terreno de forma irregular, y contenía muchas estancias cómodas y una o dos realmente magníficas... Era exactamente lo que debía ser, y parecía lo que era... Emma contemplándola sentía crecer el respeto que sentía por ella, como la casa solariega de una familia de auténtico abolengo, intachable tanto desde el punto de vista de la sangre como desde el de la inteligencia. John Knightley tenía ciertos defectos de carácter; pero al casarse con él Isabella había hecho una boda excepcionalmente buena. Ni el apellido, ni la familia, ni los bienes de ella desmerecían al lado de los de su marido. Éstos eran pensamientos agradables, y Emma mientras paseaba iba paladeándolos hasta que le fue necesario imitar a los demás e ir a reunirse con ellos en los fresales... Allí se habían reunido todos, exceptuando a Frank Churchill, que se esperaba llegase de Richmond de un momento a otro; y la señora Elton, agresivamente feliz, con su sombrero ancho y su cestita, abría la marcha, sin consentir que se pensara ni hablara de otra cosa que no fueran fresas, y sólo fresas... «Es la fruta mejor que se cría en Inglaterra... la que prefiere todo el mundo... siempre sienta bien... éstos son los mejores fresales... las fresas de mejor clase... es delicioso cogerlas una misma... es la única manera de disfrutarlas de veras... desde luego la mañana es la mejor hora... nunca me cansan... todas las clases son buenas... pero la *hautboy* es infinitamente superior a las demás...[19] no pueden compararse... las demás apenas son comestibles... pero hay muy pocas *hautboy...* prefieren las de Chile... las blancas son las que tienen más perfume a bosque... el precio de las fresas en Londres... abundan en la región de Bristol... Maple Grove... cultivos... fresales cuando tienen que renovarse... los jardineros opinan todo lo contrario... no hay una norma general... a los jardineros no hay quien les haga cambiar de costumbre... una fruta deliciosa... lástima que sea demasiado dulce para poder comer muchas... no son tan buenas como las cerezas... las grosellas son más refrescantes... el único inconveniente de coger fresas es que hay que agacharse... el sol pica mucho... estoy cansadísima... ya no puedo más... tengo que ir a sentarme a la sombra.»

Durante media hora ésta fue la conversación... interrumpida sólo una vez por la señora Weston que salió, preocupada por su hijastro, para preguntar si ya había llegado... Estaba un poco inquieta... Tenía miedo de que le hubiera ocurrido algo con el caballo.

Se encontraban lugares adecuados para sentarse a la sombra; y Emma se vio obligada a oír lo que hablaban la señora Elton y Jane Fairfax... Un empleo, un magnífico empleo, era el tema de la conversación. La señora Elton se había enterado de él aquella mañana, y estaba entusiasmada. No era con la señora Suckling, no era con la señora Bragge, pero era una casa casi tan digna y

[19] *«Hautboy,,* clase de fresa cuyo nombre científico es *fragaria elatior.*

conveniente como en cualquiera de las otras dos; se trataba de una prima de la señora Bragge, una amiga de la señora Suckling, una señora muy conocida en Maple Grove. Agradabilísima, encantadora, alta posición, gran mundo, distinción, buena sociedad, todo... y la señora Elton deseaba ardientemente que el ofrecimiento se aceptara sin perder ni un segundo... Se mostraba exultante, enérgica, triunfal... y se negó en redondo a aceptar la negativa de su amiga, a pesar de que la señorita Fairfax seguía asegurándole que por el momento no quería comprometerse con nadie, repitiéndole los mismos motivos que ya le había dado en otras ocasiones... Pero la señora El ton seguía insistiendo para que se le autorizara para escribir al día siguiente mismo aceptando el ofrecimiento... Emma se maravillaba de que Jane pudiese soportar todo aquello... Se la notaba molesta y hablaba en un tono casi agresivo... Hasta que por fin, con una decisión que no era habitual en ella, propuso que se fueran de allí.

-¿Y si diéramos un paseo? El señor Knightley podría enseñarnos los jardines... todos los jardines... Me gustaría verlo todo...

La terquedad de su amiga parecía superior a lo que ella podía soportar.

Hacía calor; y después de pasear un rato por los jardines, todos desperdigados, sin que apenas hubieran grupos de tres, insensiblemente uno tras otro fueron acercándose a la deliciosa sombra de una ancha y corta avenida de limeros, que, extendiéndose más allá del jardín y a medio camino del río, parecía marcar el límite de los terrenos destinados al recreo... No conducía a ninguna parte; y terminaba en un muro de piedra bajo, con altos pilares, que parecía destinado a anunciar la proximidad de la casa, que nunca había estado allí. Sin embargo, aunque el gusto de quien lo había construido era discutible, no dejaba de constituir un paseo encantador, y el panorama que se disfrutaba desde allí era extraordinariamente sugestivo... La considerable cuesta casi al pie de la cual se hallaba la Abadía iba haciéndose cada vez más abrupta a medida que se iba alejando de sus tierras; y a una media milla de distancia había una ribera de impresionante aspecto, considerablemente escarpada y bien cubierta de árboles; y debajo, en una situación muy favorable y bien resguardada, se elevaba la granja de Abbey-Mill, ante la cual se extendían unos prados, y que el río abrazaba formando un bello y pronunciado recodo.

Era una vista preciosa... que halagaba los ojos y el espíritu. Verdor inglés, civilización inglesa, bienestar inglés, bajo un luminoso sol no demasiado agobiante.

En este paseo Emma y la señora Weston encontraron reunidos a todos los demás; y al fondo de la avenida, la joven distinguió inmediatamente al señor Knightley y a Harriet, delante de los demás, encabezando la marcha. ¡El señor Knightley y Harriet! ¡Un singular *tête-à-tête!* Pero se alegró de verlo; en otro tiempo él hubiera desdeñado su compañía y se la hubiese quitado de encima con pocos cumplidos. Ahora parecían disfrutar de una agradable conversación. También en otro tiempo a Emma le hubiese preocupado ver a Harriet en un lugar que favorecía tanto sus recuerdos de Abbey-Mill Farm; pero ahora ya no lo temía. No había peligro en que contemplara todas sus muestras de prosperidad y de belleza, sus ricos pastos, sus rebaños diseminados, su huerta floreciente y la leve columna de humo que ascendía hasta el cielo. Fue a reunirse con ellos

junto al muro y les encontró más atentos a la conversación que a la vista que se disfrutaba desde allí. Él estaba informando a Harriet sobre cuestiones de agricultura, etc., y Emma recibió una sonrisa que parecía querer decir: «Esto es lo mío. Tengo derecho a hablar de esas cosas sin que se sospeche que estoy favoreciendo la causa de Robert Martin...» Ella no sospechaba tal cosa. Era una historia demasiado vieja. Probablemente Robert Martin ya había dejado de pensar en Harriet... Juntos dieron varias vueltas por el paseo... La sombra era un consuelo refrescante, y Emma pensó que aquéllos eran los momentos más agradables del día.

Luego se dirigieron hacia la casa, donde todos debían reunirse para comer; se aposentaron en el interior y Frank Churchill seguía sin llegar. La señora Weston salía una y otra vez para vigilar el camino, pero en vano. Su esposo no quería reconocer que estaba intranquilo y se reía de sus temores; pero ella no podía por menos de formular el deseo de que no hubiese venido en su yegua negra. El joven les había asegurado con toda certeza que iría... Su tía había mejorado tanto que no tenía la menor duda de que conseguiría el permiso para irse... Pero como muchos recordaron a su madrastra, el estado de salud de la señora Churchill era propicio a cualquier variación inesperada que podía frustrar las más razonables esperanzas de su sobrino... y por fin convencieron a la señora Weston de que pensara, o al menos dijera, que no había podido acudir debido a alguna súbita indisposición de la señora Churchill... Mientras se discutía este asunto, Emma no perdía de vista a Harriet; pero la muchacha parecía indiferente y no delataba ninguna emoción.

Una vez terminada la comida fría, todos volvieron a salir para visitar lo que aún les faltaba por ver, los estanques de la antigua abadía; o tal vez llegar hasta el prado de los tréboles, que iba a empezar a guadañarse al día siguiente, o, en cualquier caso, tener el placer de acalorarse, para poder refrescarse luego... El señor Woodhouse, que ya había dado una pequeña vuelta por la parte más alta de los jardines, en donde ni siquiera él tuvo la sensación de notar la humedad del río, ya no volvió a moverse; y su hija decidió quedarse a hacerle compañía para que la señora Weston aceptara salir con su marido, hacer un poco de ejercicio y tener la distracción que su estado de ánimo parecía necesitar en aquellos momentos.

El señor Knightley había hecho todo lo posible para que el señor Woodhouse no se aburriera. Libros de grabados, cajones de medallas, camafeos, corales, conchas y todas las demás colecciones familiares que había en la casa, se sacaron para que su viejo amigo se distrajese durante la mañana; y su solicitud obtuvo el resultado deseado. El señor Woodhouse había estado muy entretenido. La señora Weston había estado enseñándoselo todo, y ahora él se lo enseñaría a Emma; por fortuna el buen señor sólo se parecía a los niños en su total falta de criterio para apreciar lo que veía, pues era lento, constante y metódico... Sin embargo, antes de que empezara este repaso Emma salió al vestíbulo para contemplar por unos momentos con toda tranquilidad la entrada de la casa y las tierras inmediatas a ella, pero apenas estuvo allí apareció Jane Fairfax, que venía del jardín a grandes pasos como si huyera de alguien... Como no esperaba encontrar tan pronto a la señorita Woodhouse, al principio se

sobresaltó un poco; pero precisamente la señorita Woodhouse era la persona a quien andaba buscando.

-Por favor -dijo-, ¿será tan amable de decirles, cuando me echen de menos, que me he ido a casa? Me voy ahora mismo... Mi tía no se da cuenta de lo tarde que es y de que hace ya demasiado tiempo que estamos ausentes... Pero estoy segura de que mi abuela nos echará de menos y prefiero irme ahora mismo. No he dicho nada a nadie. Sería ocasionarles molestias y hacer que se preocuparan. Unos han ido a ver los estanques y otros están en el paseo de los limeros. Hasta que vuelvan no me echarán de menos, y entonces, ¿tendrá usted la bondad de decirles que me he ido?

-Desde luego, si es eso lo que desea; pero... no va a volver a Highbury andando y sola.

-Sí... no hay ningún peligro; yo ando de prisa; en veinte minutos estoy en mi casa.

-Pero, por Dios, es demasiado lejos para ir andando completamente sola. Puede acompañarle el criado de mi padre... Voy a mandar que preparen el coche. En cinco minutos está listo.

-Gracias, muchas gracias... Pero no vale la pena... Prefiero ir andando... Y no voy a tener miedo a ir sola... ¡Yo que tan pronto tendré que vigilar y proteger a otros!

Hablaba con gran agitación, y Emma le respondió con afecto:

-Eso no justifica el que ahora se exponga a un peligro. Voy a hacer que preparen el coche. Incluso el calor puede perjudicarla... Ya está cansada...

-Sí... -respondió ella-, sí, estoy cansada; pero no es la clase de cansancio... Andar aprisa me sentará bien... Señorita Woodhouse, todos sabemos lo que es estar a veces cansado de espíritu. Y confieso que ahora mis ánimos están agotados. El mayor favor que puede hacerme es dejar que me vaya sola y sólo decir que me he ido cuando sea necesario.

Emma no podía decirle nada más. Se hacía cargo de lo que le ocurría; e identificándose con sus sentimientos, le instó a que abandonara la casa inmediatamente, y con el celo de una amiga le ayudó a salir sin ser vista. Al despedirse Jane le miró con gratitud, y las palabras que pronunció, «¡Oh, señorita Woodhouse! A veces, ¡qué con, suelo poder estar sola!», parecían brotar de un corazón atribulado y expresar algo de la continua tensión en que se hallaba, incluso entre las personas que más la querían.

«¡Con una casa como aquélla! ¡Y con aquella tía! -se dijo Emma, mientras volvía a entrar en el vestíbulo-. Te compadezco. Y cuanta más sensibilidad muestras para todos estos horrores, más cariño te tengo.»

Apenas hacía un cuarto de hora que Jane se había ido y que padre e hija no habían hecho más que ver unas cuantas vistas de la plaza de San Marcos de Venecia cuando Frank Churchill entró en la estancia. Emma no había estado pensando en él, se había olvidado de pensar en él... pero se alegró mucho al verle. La señora Weston se tranquilizaría. La yegua negra no tenía la culpa de nada; habían tenido razón al suponer que la señora Churchill había sido el motivo. Se había retrasado debido a un empeoramiento temporal de su salud; un ataque de nervios que había durado varias horas... y el joven abandonó la idea

de su partida hasta muy tarde; y, según dijo, de haber previsto el calor que le esperaba durante el camino, y que a pesar de todas sus prisas iba a llegar tan tarde, no hubiese venido. Había pasado un calor horroroso... nunca había tenido tanto... casi había deseado haberse quedado en casa... el calor era lo que más le incomodaba... era capaz de resistir todo el frío del mundo... pero el calor no podía sufrirlo... Y se sentó a la mayor distancia posible de los rescoldos del fuego de la chimenea del señor Woodhouse con un aspecto realmente lamentable.

-Si no hace ejercicio -dijo Emma- en seguida se le pasará el calor.

-Apenas se me haya pasado el calor tendré que regresar. Podía ahorrarme perfectamente el venir... pero se empeñaron tanto... Supongo que ya no tardarán mucho en irse. Ya deben de estar despidiéndose. Al venir encontré *a alguien* que se iba... ¡Qué locura con ese tiempo! ¡Hay que estar loco de remate!

Emma le escuchaba, le miraba y no tardó en darse cuenta de que el estado de ánimo de Frank Churchill podía definirse con la expresiva frase de que estaba de un humor de perros. Hay personas que cuando tienen calor son intratables. Y él debía de ser una de ésas; y como sabía que comer y beber a menudo alivian esos estados accidentales de mal humor, le recomendó que tomara algo; en el comedor encontraría abundancia de todo... y le señaló afectuosamente la puerta.

-No, no quiero comer; no tengo apetito. Aún tendría más calor.

Sin embargo, al cabo de dos minutos empezó a pasársele el enfado, y murmurando entre dientes algo sobre la cerveza pruche salió de la estancia. Emma volvió a dedicar toda la atención a su padre, diciendo para sus adentros:

«Me alegro de no estar enamorada de él. No me gustan los hombres que se ponen de mal humor porque una mañana se acaloran. Harriet tiene un carácter más suave y no le preocupan esas cosas.»

Tardó el tiempo más que suficiente para haber hecho una comida considerable, y regresó mucho mejor... ya sin acaloramiento... y con buenos modales, como era costumbre en él... capaz de acercar una silla a donde ellos se encontraban e interesarse por lo que estaban haciendo; y lamentarse de un modo más razonable que fuera tan tarde. No estaba de muy buen humor, pero parecía hacer esfuerzos por estarlo; y por fin consiguió hablar de naderías de un modo muy agradable. Estaban contemplando unas vistas de Suiza.

-Tan pronto como mi tía se reponga me iré al extranjero -dijo-. No me quedaré tranquilo hasta haber visto algunos de estos lugares. Un día u otro ya verán mis dibujos... o podrán leer la historia de mis viajes, o mi poema. Haré algo y se hablará de mí.

-Es muy posible... pero no por sus dibujos de Suiza. Usted nunca irá a Suiza. Sus tíos nunca le dejarán salir de Inglaterra.

-A lo mejor se ven obligados a salir ellos también. A mi tía pueden recomendarle un clima cálido. No dejo de tener esperanzas de que todos nos vayamos al extranjero. Le aseguro que yo sí iré. Esta mañana estoy firmemente convencido de que no tardaré mucho en salir del país. Tengo que viajar. Estoy cansado de no hacer nada. Necesito un cambio. Le hablo seriamente, señorita Woodhouse... no sé lo que se están imaginando sus penetrantes ojos, pero...

estoy harto de Inglaterra... si pudiera me iría mañana mismo.

-Usted está harto de dinero y de comodidades. ¿No puede inventarse algún trabajo y contentarse con quedarse aquí?

-¿Harto de dinero y de comodidades? ¿Yo? Se equivoca usted del todo. *No* me considero una persona con dinero ni con comodidades. En el aspecto material me sale mal todo. No creo ser una persona afortunada.

-Sin embargo, ya no es usted tan desgraciado como cuando llegó. Vaya a comer y a beber un poco más y se sentirá perfectamente. Otra tajada de carne fría, otro vaso de vino de Madera con un poco de agua y se sentirá usted casi tan bien como el resto de nosotros.

-No... prefiero no moverme... Me quedo al lado de usted. Usted es mi mejor medicina.

-Mañana vamos a Box Hill; vendrá usted, supongo... No es Suiza, pero para un joven que desea tanto cambiar, algo es algo. ¿Se quedará usted y vendrá con nosotros?

-No, desde luego que no; regresaré a casa con el fresco de la tarde.

-Pero puede volver a venir mañana, con el fresco de las primeras horas.

-No... no valdría la pena. Si vengo estaré de mal humor.

-Entonces, por favor, quédese en Richmond.

-Pero si me quedo aún estaré de peor humor. No puedo sufrir el pensar que todos ustedes estarán allí sin mí.

-Éstos son problemas que debe usted resolver por sí mismo. Elija su grado de mal humor. Yo ya no volveré a insistir.

El resto de los invitados empezaba a regresar, y pronto estuvieron todos reunidos. Algunos se alegraron mucho de ver a Frank Churchill; otros manifestaron menos entusiasmo; pero cuando se explicó la desaparición de la señorita Fairfax las lamentaciones fueron generales; ya era hora de que todos se fueran cuando cesaron los comentarios; y después de ponerse rápidamente de acuerdo sobre el plan del día siguiente, cada cual se fue por su lado. La contrariedad de Frank Churchill al sentirse excluido de todo aquello fue en aumento, hasta el punto de que sus últimas palabras a Emma fueron:

-Bueno... si quiere usted que me quede y mañana vaya con los demás, me quedaré.

Ella le sonrió en señal de asentimiento; y sólo una orden de Richmond hubiese podido hacerle regresar con sus tíos antes de la tarde del día siguiente.

CAPÍTULO XLIII

TUVIERON muy buen día para ir a Box Hill; y todas las circunstancias externas de preparativos, comodidad y puntualidad parecían anunciar una excursión muy agradable. El señor Weston fue el organizador, el intermediario entre Hartfield y la Vicaría, y todo el mundo llegó a su debido tiempo. Emma y Harriet iban juntas; la señorita Bates y su sobrina con los Elton; los hombres iban a caballo. La señora Weston se quedó con el señor Woodhouse. Sólo faltaba que una vez allí disfrutaran del día; recorrieron siete millas con la esperanza de divertirse, y al

llegar hubo como un estallido general de entusiasmo; pero en conjunto, el balance del día dejó mucho que desear. Hubo una apatía, una falta de animación, una falta de unión que no pudieron superarse. En seguida se formaron grupos independientes. Los Elton paseaban juntos; el señor Knightley cuidaba de la señorita Bates y de Jane; y Emma y Harriet pertenecían a Frank Churchill. Y el señor Weston intentaba en vano conseguir que hubiese más armonía entre ellos. Al principio, la división en grupos parecía casual, pero de hecho no se alteró en ningún momento. Lo cierto es que el señor y la señora Elton no parecían muy dispuestos a alternar con los demás ni a mostrarse todo lo agradables que podían; pero durante las dos horas completas que pasaron en la colina reinó un espíritu tal de separación entre los demás grupos, demasiado fuerte para ser superado por ninguna buena intención, ninguna comida fría, ningún efusivo señor Weston.

Al principio Emma se aburría muchísimo. Jamás había visto a Frank Churchill tan callado y tan torpe. No decía nada digno de oírse... miraba sin ver... se admiraba sin ningún motivo... la oía sin saber lo que le decía. Y cuando él estaba tan apagado no era de extrañar que Harriet lo estuviese aún más, y en conjunto los dos resultaban insufribles.

Cuando se sentaron todos juntos la cosa fue un poco mejor; para el gusto de ella, mucho mejor, ya que Frank Churchill se volvió más comunicativo y alegre, dedicándole toda suerte de atenciones; todas las atenciones que podía tener, las tuvo para con Emma. Divertirla y serle agradable parecía ser lo único que se proponía... y Emma, halagada, sin lamentar el que la adulasen un poco, se mostraba también alegre y espontánea, le alentaba amistosamente permitiéndole ser galante, tal como se lo había permitido en el primer y más emocionante período de su amistad; todo lo cual, sin embargo, en aquellos momentos para ella no significaba nada, aunque en la opinión de la mayoría de los que les miraban debía parecer algo para lo cual, en nuestra lengua sólo existe una palabra propia y adecuada: coqueteo. «La señorita Woodhouse coquetea mucho con el señor Frank Churchill.» Ellos mismos daban pie a que se pronunciara esta frase... y a que se escribiera en una carta que una de aquellas damas iba a enviar a Maple Grove y otra a Irlanda. No es que Emma se sintiese alegre y rehuyera pensar en una felicidad real; más bien era debido a que se sentía menos feliz de lo que había esperado. Se reía porque estaba decepcionada; y aunque agradecía al joven sus cumplidos, y los consideraba, tanto si eran fruto de la amistad, como de la admiración, como de un simple discreteo, como muy correctos, no conseguían ganar terreno en su corazón. Emma seguía proponiéndose tenerle sólo por amigo.

-No sabe la gratitud que le debo -decía él- por haber insistido en que viniera hoy. De no haber sido por usted, me hubiese perdido una excursión tan magnífica como ésta. Yo estaba completamente decidido a volver a casa ayer mismo.

-Sí, estaba de muy mal humor; y no sé exactamente por qué, si es que no era por haber llegado demasiado tarde para las mejores fresas. Fui una amiga más amable de lo que merecía. Claro que usted fue humilde. Y me rogó mucho que le ordenara venir.

-No diga que estaba de mal humor, no es cierto. Estaba cansado. El calor puede conmigo.

-Pues hoy hace más calor.

-Yo no lo siento tanto. Hoy me encuentro muy a gusto. -Se encuentra a gusto porque obedece órdenes. -¿órdenes de usted? Sí.

-Quizás era eso lo que esperaba que me dijera, pero me refería a órdenes que se daba usted mismo. Podría decirse que ayer perdió los estribos y perdió el dominio de sí mismo; hoy ha vuelto a recobrar este dominio... y como yo no puedo estar siempre a su lado es preferible que dependa usted de las órdenes que se dé usted mismo que no de las mías.

-Viene a ser lo mismo. Yo no puedo dominarme a mí mismo sin un motivo. Usted me da órdenes, tanto si habla como si no dice nada. Y usted puede estar siempre a mi lado. Siempre está usted conmigo.

-Desde las tres de la tarde de ayer. Mi influencia perpetua no debía haber empezado antes, de lo contrario no se hubiera puesto usted de tan mal humor antes de esta hora.

-¡Las tres de la tarde de ayer! Para usted tal vez sea éste el principio. Yo creía que la había visto por vez primera en el mes de febrero.

-Realmente no hay modo de contestar a sus galanterías. Pero... -bajando la voz- nosotros somos los únicos que hablamos, y quizá sea demasiado estar diciendo tonterías para divertir a siete personas silenciosas.

-¡Yo no me avergüenzo de nada de lo que he dicho! -replicó él con desenfadada viveza-. Yo la vi por primera vez en el mes de febrero. Y ya pueden oírme todos los de la colina. Y que el eco de mi voz llegue por una parte a Mickleham y por otra a Dorking. La vi por primera vez en el mes de febrero. -Y luego, en un susurro-: Nuestros compañeros están medio dormidos. ¿Qué vamos a hacer para despertarles? Cualquier tontería servirá. Vamos a hacerles hablar. ¡Señoras y caballeros! La señorita Woodhouse, que en cualquier parte en que se encuentre es siempre la reina, me ha ordenado que les diga que desea saber en qué están pensando.

Unos rieron y contestaron de buen humor; la señorita Bates habló, y no poco; la señora Elton dio un respingo al oír lo de que la señorita Woodhouse era la reina; la respuesta más coherente fue la que dio el señor Knightley:

-¿Está segura la señorita Woodhouse de que le gustaría enterarse de todo lo que estamos pensando?

-¡Oh, no, no! -exclamó Emma riendo y aparentando toda la despreocupación de que fue capaz-. Por nada del mundo quisiera saberlo. En estos momentos es la cosa que menos deseo. Cuéntenme cualquier cosa menos lo que están pensando. No me refiero a todos los presentes. Quizás haya uno o dos -mirando primero al señor Weston y luego a Harriet- cuyos pensamientos no tendría ningún miedo en conocer.

-Eso es algo -exclamó enfáticamente la señora Elton- que no me hubiese creído con derecho a pedir. Aunque, claro está, que siendo la señora de más respeto de las que estamos aquí... nunca había ido a ninguna excursión... en el campo... señoritas... señoras casadas...

Refunfuñaba dirigiéndose fundamentalmente a su marido; y éste murmuró en

contestación:

-Cierto, querida, tienes toda la razón; sí, sí, es exactamente como tú dices... yo nunca había oído... pero siempre hay jóvenes que se atreven. Es mejor considerarlo como una broma. Todo el mundo sabe el respeto que se te debe.

-Eso no sirve -musitó Frank al oído de Emma-, la mayoría se ha ofendido. Les atacaré con más malicia. ¡Señoras y caballeros! La señorita Woodhouse me ordena decirles que renuncia a su derecho de saber exactamente todo lo que están pensando, y sólo les pide que cada uno de ustedes diga algo divertido, sea lo que sea. Ustedes son siete, sin contarme a mí (que, modestia aparte, ya estoy diciendo algo divertido), y ella sólo pide que cada uno de ustedes diga una cosa muy ingeniosa en verso o en prosa, como quieran, original o imitado de alguien, o diga dos cosas más o menos ingeniosas o tres cosas muy aburridas, y se compromete a reírse con toda su alma de todo lo que se diga.

-¡Oh, espléndido! -exclamó la señorita Bates-. Eso sí que no me preocupa. «Tres cosas muy aburridas.» Eso es muy fácil para mí, ¿eh? Sólo con abrir la boca puedo tener la seguridad de decir inmediatamente tres cosas muy aburridas, ¿verdad? -Mirando a su alrededor como aguardando humorísticamente el asentimiento de todos-. ¿No les parece a todos ustedes que me será fácil?

Emma no pudo contenerse.

-¡Ah, pero quizá tenga una dificultad! No sé... pero tengo la impresión de que son_ muy pocas para usted... Sólo tres a la vez.

La señorita Bates, engañada por la ceremoniosidad burlona de su expresión, no captó inmediatamente el significado de aquello; pero al comprenderlo, aunque no se enojó, un leve rubor demostró que no había dejado de herirla.

-¡Ah...! Bueno... sí, sí, desde luego. Ya entiendo lo que quiere decir -volviéndose hacia el señor Knightley-, y haré lo posible por morderme la lengua. Debo de hacerme muy pesada, de lo contrario Emma no habría dicho una cosa así a una antigua amiga.

-Me gusta*r* su propuesta -exclamó el señor Weston-. ¡Aceptado, aceptado! Yo haré todo lo que pueda. Estoy pensando una adivinanza. ¿Qué tal una adivinanza?

-Bueno -respondió su hijo-, me temo que no sea gran cosa, pero seremos indulgentes... sobre todo con el que tenga el valor de empezar.

-No, no -dijo Emma-, me parece muy bien. Una adivinanza del señor Weston servirá para él y para el siguiente. Dígala, por favor.

-A mí mismo no me parece muy ingeniosa erijo el señor Weston-. Es demasiado fácil, pero ahí va. ¿Cuáles son las dos letras del alfabeto que expresan la perfección?

-¿Dos letras? ¿Que expresan la perfección? Pues no tengo ni la menor idea.

-¡Ah! Nunca lo adivinarán. Y tú -a Emma- estoy seguro de que nunca lo adivinarás... Bueno, te lo diré... La *«em»* y la «a»... Em...ma. ¿Comprenden?[20]

A la comprensión se unieron las felicitaciones de todos. Como muestra de ingenió no era gran cosa, pero Emma se rió mucho y la encontró muy de su agrado... y lo mismo Frank y Harriet. Pero el resto de los presentes no

[20] *«Em»* es el nombre inglés de la letra «eme».

parecieron quedar tan complacidos; unos la escucharon imperturbables, y el señor Knightley dijo muy serio:

-Este ejemplo ilustra el tipo de cosas ingeniosas que se nos pide, y el señor Weston ha salido muy airoso de la prueba; pero hubiera tenido que preguntar a todos los demás. La *perfección* se ha descubierto demasiado pronto.

-¡Oh! Por mi parte, les ruego que me excluyan del juego -dijo la señora Elton-. No sería capaz de acertar nunca. No me gustan ni pizca esa clase de cosas. Una vez me mandaron un acróstico con mi propio nombre que no me hizo nada feliz. Yo ya sabía quién me lo enviaba. Un tontaina de pretendiente. Ya saben a quien me refiero -indicando con la cabeza a su marido-. Esa dase de cosas están muy bien por Navidad, cuando se está sentado alrededor del fuego; pero en mi opinión están completamente fuera de lugar cuando se hace una jira campestre en verano. La señorita Woodhouse tendrá que perdonarme. Yo no soy una de esas personas que siempre tienen cosas ingeniosas que decir para divertir a todo el mundo. No pretendo ser ingeniosa. A mi manera yo también tengo mucha viveza de ingenio, pero quisiera que se me permitiera decidir cuándo tengo que hablar y cuándo prefiero callarme. O sea que, por favor, señor Churchill, pásenos por alto. Pásenos por alto al señor E., a Knightley, a Jane y a mí. No tenemos nada ingenioso que decir... ninguno de nosotros.

-Sí, sí, por favor, no cuente conmigo -añadió su marido, con una especie de seriedad burlona-. No tengo nada que decir que resulte divertido para la señorita Woodhouse o para cualquier otra joven. Un hombre ya mayor y casado... que ya no sirve para nada. ¿Damos un paseo, Augusta?

-Sí, me apetece mucho. Ya estoy cansada de estar siempre en el mismo sitio. Vamos, Jane, cógeme del otro brazo.

Sin embargo Jane declinó el ofrecimiento y marido y mujer se alejaron paseando.

-¡He ahí un matrimonio feliz! -dijo Frank Churchill apenas estuvieron lo suficientemente lejos para que no le oyeran-. ¡Están hechos el uno para el otro! Eso sí que es una gran suerte... Casarse tan acertadamente conociéndose tan sólo de unas cuantas reuniones... Creo que en Bath sólo se trataron durante unas pocas semanas... ¡Qué suerte más extraordinaria! Porque conocer a fondo el carácter de una persona en Bath o en cualquier otro lugar por el estilo... no hay manera; no es posible conocerse. Sólo viendo a las mujeres en su propio hogar, en su ambiente, donde siempre están, puede tenerse una idea más o menos aproximada de cómo son. A falta de eso, todo lo demás es intuición y buena suerte... y generalmente se tiene mala. ¡Cuántos hombres han depositado demasiadas esperanzas en una amistad breve y luego lo han lamentado durante todo el resto de su vida!

La señorita Fairfax, que hasta entonces había hablado muy poco, excepto con sus aliados, ahora se decidió a hablar.

-Desde luego, esas cosas ocurren...

La interrumpió un acceso de tos. Frank Churchill se volvió hacia ella para escuchar.

-¿Decía usted? -dijo muy serio.

La joven había recobrado la voz y siguió:

-Sólo iba a comentar que aunque esos casos tan desgraciados a veces ocurren tanto a mujeres como a hombres, no creo que sean tan frecuentes. Una atracción rápida e imprudente puede originar... pero en general luego hay tiempo para reflexionar. Lo que quiero decir es que en el fondo sólo hay caracteres débiles, indecisos (cuya felicidad estará siempre a merced del azar), que consentirán que una amistad desafortunada sea un estorbo y una rémora para toda la vida.

Él no contestó; seguía mirándola e inclinó la cabeza como aceptando su opinión; y poco después dijo en un tono desenfadado:

-Bueno, yo tengo tan poca confianza en mi criterio que confío que cuando me case alguien me elegirá esposa por mí. ¿Acepta usted el encargo? -dijo volviéndose hacia Emma-. ¿Quiere usted elegirme esposa? Estoy seguro de que la persona que eligiera sería de mi gusto. No sería el primer caso en mi familia, ya lo sabe -con una sonrisa a su padre-. Busque a alguien para mí. No tengo prisa. Aconséjela, edúquela...

-¿Tengo que hacer que se parezca a mí?

-¡Oh, desde luego! Si le es posible...

-Muy bien. Acepto el encargo. Tendrá usted una esposa encantadora.

-Tiene que ser muy alegre y tener los ojos de color avellana. Lo demás me da igual. Pasaré un par de años en el extranjero y cuando vuelva vendré a verla para pedirle mi esposa. Recuérdelo.

No había peligro de que Emma lo olvidase. Era un encargo que halagaba sus aficiones favoritas. ¿No sería Harriet aquella esposa que había descrito? Excepto en el color de los ojos, dos años más podían convertirla exactamente en la mujer que él deseaba. Tal vez incluso en aquellos momentos era en Harriet que él pensaba. ¡Quién sabe! Aludir a que ella la educase parecía referirse a la muchacha...

-Bueno -dijo Jane a su tía-, ¿qué te parece si fuéramos a buscar a la señora Elton?

-Como quieras, querida, me parece muy bien. Yo estoy dispuesta. Por mí ya me hubiera ido entonces con ella, pero me da igual ir ahora. En seguida la alcanzaremos. Allí está... no, no es ella. Es una de las señoras del coche irlandés que no se le parece en nada... Bueno, tengo que confesarte...

Se alejaron seguidas al cabo de medio minuto por el señor Knightley. Los únicos que se quedaron fueron pues el señor Weston, su hijo, Emma y Harriet; y el buen humor del joven llegó ahora a extremos casi molestos. Incluso Emma se cansó finalmente de tantos cumplidos y halagos, y deseó pasear tranquilamente con alguien que no fuera él, o sentarse a descansar casi sola sin que nadie se fijara en ella, contemplando apaciblemente el hermoso panorama que tenía ante sus ojos. La aparición de los criados que les buscaban para avisarles de que los coches estaban a punto, más bien la alegró; y todo el bullicio de volver a reunirse y prepararse para la marcha, y el interés de la señora Elton por que fuera *su coche* el primero que trajeran, lo soportó muy bien, pensando en la grata perspectiva de un tranquilo regreso a su casa que iba a poner punto final a las dudosas diversiones de aquella gira campestre. No volvería a sentirse tentada por otra excursión como aquella a la que asistiesen tantas personas tan

mal avenidas.

Mientras esperaba su coche, vio que el señor Knightley se le acercaba para hablarle. Él miró a su alrededor como para cerciorarse de que nadie podía oírles, y luego dijo:

-Emma, quisiera hablar con usted una vez más, como tengo por costumbre hacerlo: un privilegio que supongo que usted más que permitírmelo, lo soporta, pero debo seguir usando de él. No puedo ver que obra usted mal, sin hacerle reproches. ¿Cómo ha podido ser tan cruel con la señorita Bates? ¿Cómo ha podido ser tan insolente con una mujer de su carácter, de su edad y de su situación? Emma, nunca lo hubiera creído de usted.

Emma hizo memoria, enrojeció, se sintió apenada, pero trató de tomarlo a broma.

-Bueno, no resistí la tentación de decirlo... Nadie la hubiera resistido. No creo que obrase tan mal. Estoy casi convencida de que no me entendió.

-Le aseguro que sí. Comprendió muy bien lo que quería usted decir. Luego lo ha estado comentando. Y me hubiese gustado que hubiese podido oírla... con qué buena fe y con qué generosidad hablaba. Me hubiera gustado que hubiese podido oírla al elogiar la paciencia de usted al tener tantas atenciones con ella, como siempre ha recibido de usted y de su padre, cuando su compañía debe de ser tan fastidiosa.

-¡Oh! -exclamó Emma-. Ya sé que es la mujer más buena del mundo. Pero debe usted reconocer que en ella la bondad y la ridiculez van unidas de la manera más lamentable.

-Sí -dijo él-, reconozco que son dos cosas que en ella van unidas; y si estuviese en buena posición no tendría gran inconveniente en que, de un modo ocasional, la ridiculez prevaleciera sobre la bondad. Si fuese una mujer rica dejaría que todas sus tonterías inofensivas tuviesen el comentario que merecen, y no la regañaría a usted por haberse permitido ciertas libertades de expresión. Si su posición fuera igual a la suya... pero, Emma, piense que éste no es el caso ni muchísimo menos. Es pobre; ha venido a menos y ha tenido que abandonar las comodidades entre las que nació; y probablemente, si aún le quedan muchos años de vida, todavía tendrá que renunciar a más cosas. En su situación es obligado que usted la compadezca. ¡No! ¡Hizo usted muy mal, muy mal! Usted, a quien ella ha conocido desde niña, que la ha visto crecer en una época en la que su trato honraba a todo el mundo... que ahora sea usted la que en un, momento de ligereza y de orgullo se ría de ella, quien la humille... y además delante de su sobrina... y delante de otras personas, muchas de las cuales (por lo menos *algunas)* se guiarán ciegamente por el modo en que usted la trate... Eso no es digno de usted, Emma... y a mí no puede resultarme agradable de ningún modo; pero creo que debo... sí, que debo, mientras pueda, decirle esas verdades y tener el consuelo de saber que me he portado como un amigo leal que le da un buen consejo, y confiar en que un día u otro se dará usted cuenta de la razón que tengo.

Mientras hablaban iban andando hacia el coche, que ya estaba dispuesto; y antes de que Enema pudiera replicar él ya la había ayudado a subir; el señor Knightley había interpretado mal los sentimientos que habían impulsado a la

joven a mantenerse con la cara vuelta y en silencio. No eran más que una mezcla de indignación consigo misma, de mortificación y de profundo pesar. No le había sido posible hablar; y al entrar en el coche se dejó caer en el asiento, verdaderamente abrumada por unos instantes... luego se reprochó a sí misma no haberse despedido, no haber reconocido la verdad de aquellas reconvenciones, haberle dado la impresión de estar enojada; se asomó a la ventanilla con el propósito de corregir su actitud por todos los medios; pero ya era demasiado tarde. Él se había alejado y los caballos iniciaban la marcha. Siguió mirando hacia atrás; pero en vano; y en seguida, con lo que le pareció una rapidez mayor que la habitual, estuvieron ya a media cuesta de la colina y todo quedó demasiado lejos. Emma se sentía más irritada de lo que hubiera podido expresar con palabras... incluso más de lo que era capaz de disimular. Nunca, en ningún momento de su vida se había sentido tan nerviosa, tan mortificada, tan abatida. Aquella escena había sido superior a todo. La verdad de los reproches que le habían hecho era innegable. Lo sentía de todo corazón. ¡Cómo había podido ser tan brutal, tan cruel con la señorita Bates! ¿Cómo había podido exponerse a que los que la apreciaban formasen tan mala opinión de ella? ¿Y cómo había dejado que el señor Knightley se separase de ella sin decirle ni una palabra de gratitud, de aceptación de sus censuras, de simple afecto?

El tiempo no la consolaba. Cuanto más reflexionaba sobre todo aquello más profundamente apenada se sentía. Nunca había estado tan abatida. Afortunadamente no le era necesario hablar; a su lado sólo iba Harriet, que también parecía de mal humor, cansada y sin ganas de hablar; y durante casi todo el camino Emma sintió que las lágrimas le corrían por el rostro, sin que ningún suceso la obligara a reprimir aquella expansión tan poco frecuente en ella.

CAPÍTULO XLIV

DURANTE toda la tarde Emma no pudo olvidar el mal sabor de boca que le había dejado la excursión a Box Hill. No hubiera sabido decir cómo los demás habían considerado aquella gira. Posiblemente, cada cual en su casa y cada cual a su modo, la recordarían con placer; pero para ella había sido la mañana más completamente desperdiciada, más falta de toda compensación razonable y que más deseos tenía de que se borrara de su recuerdo de todas las de su vida. Toda una tarde de jugar al chaquete con su padre representó la felicidad. Aquél era el mayor, el mas real de sus placeres, ya que consagraba las mejores horas de las veinticuatro de aquel día a dar satisfacción a su padre; pensaba que, aunque no era merecedora del profundo afecto y de la segura estima del señor Knightley, en general su conducta tampoco merecía un reproche muy severo. Como hija confiaba en que no dejaba de tener corazón; confiaba en que nadie podía decirle: «¿Cómo ha podido ser usted tan cruel para con su padre? Creo que debo... sí, que debo, mientras pueda, decirle esas verdades.» La señorita Bates... ¡oh, no, nunca más, nunca más volvería a hacerlo! Si las atenciones que

en el futuro pudiera tener con ella hacían que se olvidase el pasado, estaba segura de que lograría ser perdonada. A menudo se había portado mal con ella, su conciencia ahora se lo decía. Quizá se había portado peor de pensamiento que de hecho; había sido despectiva, poco amable. Pero no volvería a ocurrir. En el ardor de un verdadero arrepentimiento, al día siguiente por la mañana iría a visitarla, y aquél no sería por su parte más que el principio de una relación regular, justa y amistosa.

Al día siguiente seguía firme en su propósito, y salió temprano de su casa para que nada pudiese estorbar su plan. Consideró probable que encontrase por el camino al señor Knightley; o tal vez se presentara en casa de las Bates mientras ella estaba de visita. No tenía ningún inconveniente. No iba a 'avergonzarse porque vieran su penitencia, tan merecida e impuesta por ella misma. Mientras andaba su mirada no se apartó de la dirección de Donwell, pero no le vio.

«Todas las señoras están en casa.» Palabras que nunca le habían producido mucha alegría, como nunca antes de entonces había penetrado por aquel corredor, ni subido aquellas escaleras con deseos de proporcionar un placer, sino simplemente de cumplir con una obligación, que no iba a darle ningún gusto a no ser el del espectáculo de la ridiculez.

Mientras se acercaba oyó que se producía un revuelo; pasos rápidos y palabras apresuradas. Oyó la voz de la señorita Bates que daba prisas a alguien; la sirvienta parecía asustada y confusa; le rogó que esperara un momento y luego la hizo entrar demasiado pronto. Tía y sobrina parecieron huir a la habitación de al lado; y Emma tuvo la visión fugaz de una Jane que daba la impresión de encontrarse muy mal; y antes de que la puerta acabara de cerrarse oyó que la señorita Bates decía:

-Bueno, querida, diré que te has acostado y estoy segura de que te encuentras mal para eso.

La pobre señora Bates, cortés y humilde como de costumbre, no parecía haber entendido muy bien todo lo que estaba pasando.

-Temo que Jane no se encuentre muy bien -dijo-, pero no lo sé; *ellas* dicen que está bien. Creo que mi hija vendrá en seguida, señorita Woodhouse. Coja una silla para sentarse, por favor. Si Hetty no se hubiera ido... Yo sirvo para tan poco... ¿Ya ha encontrado la silla? Siéntese donde usted prefiera. Seguro de que mi hija viene en seguida.

Emma deseaba ardientemente que fuera así; por un momento tuvo miedo de que la señorita Bates no quisiera salir a recibirla; pero la señorita Bates no tardó en aparecer.

-¡Oh, qué alegría verla! ¡No sabe cómo se lo agradezco!

Pero la conciencia de Emma le decía que no hablaba con la misma afectuosa volubilidad de antes... que era menos espontánea en sus palabras y en sus modales. Confió en que el mostrarse vivamente interesada por la señorita Fairfax podía contribuir a restablecer la cordialidad de antes. El efecto fue inmediato.

-¡Ah! Señorita Woodhouse... ¡qué amable es usted! Supongo que habrá oído usted decir... y que viene usted a consolarnos. La verdad es que yo no doy la impresión de estar muy consolada... -enjugándose una o dos lágrimas- pero es

que es muy duro para nosotras separarnos de ella después de haberla tenido en casa durante tanto tiempo; y ahora tiene una jaqueca tan horrible... claro que ha estado escribiendo toda la mañana... Y cartas tan largas, ¿sabe usted?, tenía que escribir al coronel Campbell y a la señora Dixon... «Querida», le he dicho yo, «vas a volverte ciega»... porque constantemente tenía los ojos llenos de lágrimas. No es de extrañar, no es de extrañar. Es un gran cambio; y aunque haya tenido una suerte increíble... un empleo como éste... Yo supongo que ninguna joven ha encontrado jamás una cosa parecida la primera vez que lo intenta... No crea que somos desagradecidas, señorita Woodhouse... Nos damos cuenta de que ha tenido muchísima suerte... -volviendo a secarse unas lágrimas- pero... ¡pobrecilla mía...! ¡Si viera usted la jaqueca que tiene! Cuando se tiene una pena muy grande ya sabe usted que no se puede apreciar la buena suerte como merece... Y está tan abatida... Viéndola nadie diría que está tan contenta, que se siente tan feliz por haber conseguido un empleo como éste. Usted ya perdonará que no salga a verla... es que no podría... se ha ido a su habitación... yo le he dicho que se acostara. «Querida», le he dicho, «diré que te has acostado»; pero la verdad es que no se ha metido en la cama; está dando vueltas por la habitación. Pero ahora que ya tiene escritas las cartas, dice que en seguida se encontrará bien. No sabe lo que lamentará el no verla a usted, señorita Woodhouse, pero usted que es tan comprensiva, sabrá perdonarla. La hemos hecho esperar en la puerta... ¡yo estaba tan avergonzada!... pero como había un poco de revuelo... porque, verá, lo que ha pasado ha sido que no la hemos oído llamar, y hasta que estaba en la escalera no nos hemos dado cuenta de que venía alguien. «Sólo es la señora Cole», he dicho yo, «podéis estar seguras. Ella es la única que viene tan temprano». «Bueno», ha dicho ella, «un día u otro tendré que verla, tanto da que sea ahora mismo». Pero entonces ha entrado Patty y ha dicho que era usted. «¡Oh!», he dicho, «es la señorita Woodhouse. Estoy segura de que te gustará verla». «No puedo recibir a nadie», ha dicho ella, y se ha levantado y se ha ido; y éste ha sido el motivo de que la hayamos hecho esperar... nosotras lo hemos sentido tanto, nos ha dado tanta vergüenza. «Si tienes que irte, querida, vete», le he dicho, «diré que te has acostado».

Emma quedó sinceramente conmovida; hacía tiempo que cada vez sentía más afecto por Jane; y la descripción de las tribulaciones por las que pasaba en aquellos momentos borraron de su memoria toda sospecha y todo recelo, y sólo le inspiró compasión. Y el recordar impresiones menos justas y menos amables del pasado, le obligaron a admitir que era muy natural que Jane decidiese ver a la señora Cole o a cualquier otra de sus amigas más constantes, y que no soportase la idea de verla a ella. Habló, pues, de acuerdo con sus sentimientos, lamentando vivamente la situación y mostrándose interesada por ella.., deseando sinceramente que las circunstancias que según acababa de referirle la señorita Bates eran ya un hecho, representaran las máximas ventajas que fuera posible para la señorita Fairfax. Dijo que comprendía que era una dura prueba para todos ellos; pero que había oído decir que iba a aplazarse hasta el regreso del coronel Campbell.

-¡Qué amable es usted! -replicó la señorita Bates-. Pero usted ¡es siempre tan

amable!

Emma no podía soportar aquel «siempre»; y para esquivar su temible gratitud, preguntó directamente:

-Y ¿adónde, si me permite la curiosidad, irá la señorita Fairfax?

-A casa de la señora Smallridge... una mujer encantadora... de gran posición... se cuidará de sus tres hijas... unas niñas deliciosas. No era posible imaginar un empleo más adecuado, más conveniente; exceptuando tal vez la propia familia de la señora Suckling y la de la señora Bragge; pero la señora Smallridge es íntima amiga de las dos y vive muy cerca de ellas...; vive a sólo cuatro millas de Maple Grove. Jane estará sólo a cuatro millas de Maple Grove.

-Supongo que la señora Elton es la persona a quien la señorita Fairfax debe...

-Sí, nuestra buena señora Elton. La más infatigable y leal de las amigas. No hubiera aceptado una negativa; no hubiese consentido que Jane le dijera que no; porque la primera vez que se lo dijo a Jane (eso fue anteayer, o sea la mañana que estuvimos en Donwell), la primera vez que se lo dijo a Jane ella estaba completamente decidida a no aceptar el ofrecimiento, y precisamente por las razones que usted ha mencionado; exactamente como usted ha dicho se había propuesto no comprometerse a nada hasta que regresara el coronel Campbell, y por el momento no había manera de convencerla de que aceptara ningún empleo... y así se lo dijo a la señora Elton una y otra vez... y bien sabe Dios que yo no tenía la menor idea de que iba a cambiar de opinión... Pero la buena señora Elton, que siempre es tan aguda, vio más claro que yo. Ella era la única capaz de insistir de un modo tan amable como lo hizo y negarse a aceptar la respuesta de Jane... Se negó en redondo a escribir dando esta negativa ayer, como Jane quería que lo hiciese; dijo que esperaría... y sí señor, ayer por la tarde se acordó que Jane aceptaba. ¡Para mí ha sido una gran sorpresa! ¡Yo no tenía ni la menor idea! Jane se llevó aparte a la señora Elton y le dijo en seguida que después de haber pensado sobre las ventajas del empleo en casa de la señora Smallridge, había decidido aceptarlo... Yo no supe ni una palabra de ello hasta que todo estuvo resuelto.

-¿Pasaron ustedes la tarde en casa de la señora Elton?

-Sí, todos. La señora Elton insistió en que fuéramos. Lo decidimos en la colina, mientras paseábamos con el señor Knightley. «Todos ustedes van a venir a mi casa esta tarde, ¿verdad?», nos dijo; «quisiera que *todos* ustedes vinieran a mi casa esta tarde».

-Entonces, el señor Knightley también estuvo allí, ¿no?

-No, el señor Knightley no; él ya dijo desde el primer momento que no podía; y aunque yo creía que acabaría yendo, porque la señora Elton afirmó que no consentía que se negase, no fue; pero estuvimos mi madre, Jane y yo, las tres, y pasamos una tarde muy agradable. Ya sabe usted, señorita Woodhouse, entre amigos tan amables una siempre lo pasa bien, aunque todo el mundo parecía estar un poco cansado después de la excursión de la mañana. Ya se sabe, incluso divertirse es cansado... y no es que pueda decir que dieran la impresión de que se hubiesen divertido mucho. A pesar de todo yo siempre pensaré que fue una excursión muy agradable, y me siento muy agradecida a los buenos amigos que me invitaron.

-Pero supongo que la señorita Fairfax, aunque ustedes no se dieran cuenta, estuvo todo el día dándole vueltas al asunto.

-Yo también lo supongo.

-Era forzoso que al llegar este momento lo sintieran tanto ella como todos sus amigos... Pero confío en que su trabajo le sea lo más agradable posible... Me refiero al carácter y al trato de esa familia.

-Muchas gracias, querida señorita Woodhouse. Sí, la verdad es que parece ser que no va a faltarle nada para ser totalmente feliz. Entre todas las relaciones de la señora Elton, exceptuando las casas de los Suckling y de los Bragge, no había otro puesto de institutriz en otra familia más generosa y distinguida. ¡La señora Smallridge es una dama encantadora! Llevan un tren de vida casi igual al de Maple Grove... Y en cuanto a los niños, exceptuando a los de los Suckling y a los de los Bragge, no es posible encontrar criaturas más finas y más distinguidas. ¡Jane será tratada con tanto afecto y tanta delicadeza! No tendrán más que atenciones para con ella, lo que se dice una vida regalada... ¡Y qué sueldo! Yo es que no me atrevo a citar ese sueldo delante de usted, señorita Woodhouse. Incluso usted, que está acostumbrada a sumas tan elevadas, apenas podría creer que se dé tanto dinero a una muchacha tan joven como Jane...

-Verá usted -exclamó Emma-, si todos los demás niños son como recuerdo que yo era de pequeña, me inclino a creer que pagar cinco veces lo que suele darse a las institutrices no es regalarles el dinero.

-¡Usted siempre tan comprensiva y generosa!

-¿Y cuándo va a dejarles la señorita Fairfax?

-Pues muy pronto, la verdad es que muy pronto. Eso es lo peor de todo. Dentro de quince días. La señora Smallridge tiene mucha prisa. No sé cómo podrá soportarlo mi pobre madre. Yo hago lo que puedo por sacárselo de la cabeza y le digo: «Vamos, mamá, no pienses más en eso...»

-Todos sus amigos sentirán mucho perderla; y ¿no les sentará mal al coronel y a la señora Campbell que se haya comprometido antes de que ellos regresen?

-Sí; Jane dice que está segura que lo lamentarán; pero, claro, éste es un empleo que no se cree con derecho a rechazar. ¡Yo me quedé tan sorprendida cuando me dijo lo que le había dicho a la señora Elton, y cuando la señora Elton vino en seguida a felicitarme! Fue antes de tomar el té... no, espere... no podía ser antes del té porque empezábamos a jugar a las cartas... pero, sí, sí, era antes del té porque recuerdo que pensé... ¡Oh, no! Ahora me acuerdo, ya está; antes del té ocurrió algo, pero no esto. Antes del té al señor Elton le llamaron porque el hijo del viejo John Abdy quería hablar en él. ¡Pobre John...! Yo le tengo mucho afecto; trabajó para mi pobre padre durante veintisiete años; y ahora el pobre tiene mucha edad, no puede levantarse de la cama y lo pasa muy mal con su reuma... Hoy mismo tengo que ir a verle; y estoy segura de que Jane si sale a la calle también irá a verle. Y el hijo del pobre John fue a hablar con el señor Elton para ver si la parroquia podía ayudarle; él se gana bien la vida, ¿sabe usted?, le pagan bien en la Corona, es mozo de mulas y todas esas cosas, pero a pesar de todo necesita ayuda para mantener a su padre. Y cuando volvió a entrar el señor Elton nos dijo lo que le había estado contando John, el

mozo, y luego se habló de que habían enviado a Randalls una silla de posta para recoger al señor Frank Churchill que tenía que volver a Richmond. Eso es lo que ocurrió antes del té. Y después del té Jane habló con la señora Elton.

La señorita Bates apenas dio ocasión a Emma de que dijese que aquel hecho era absolutamente nuevo para ella; pero, aunque sin creer posible que pudiese ignorar ninguno de los detalles de la partida del señor Frank Churchill, inmediatamente se los notificó todos, la joven no tuvo que hacer ninguna pregunta.

De lo que el señor Elton se había enterado por el mozo era la suma de lo que éste sabía y de lo que sabían los criados de Randalls; poco después del regreso de la excursión a Box Hill había llegado un mensajero de Richmond, que traía noticias que no causaron ninguna sorpresa; el señor Churchill había escrito una carta a su sobrino, en la que le refería el estado de salud, relativamente normal, de la señora Churchill, y sólo le rogaba que regresase a lo más tardar al día siguiente por la mañana; pero el señor Frank Churchill había decidido regresar inmediatamente sin demorar más su partida, y como al parecer su caballo tenía un enfriamiento, Tom había salido al punto en busca de la silla de posta de la Corona, y el hijo de John Abdy lo había encontrado por el camino y se había dejado adelantar por él, ya que iba a toda prisa y conduciendo con mano muy firme.

Nada de todo aquello resultaba ni sorprendente ni muy interesante, y sólo llamó la atención de Emma cuando ésta lo relacionó con el caso que la preocupaba en aquellos momentos. Quedó impresionada pensando en el contraste entre los caprichos que podía permitirse la señora Churchill y la vida de Jane Fairfax; la una lo tenía todo, la otra no tenía nada... Y estuvo reflexionando sobre la diversidad del destino de ciertas mujeres, totalmente ajena a lo que tenía ante los ojos, hasta que se sobresaltó al oír decir a la señorita Bates:

-¡Ay, sí! Ya sé en lo que está pensando usted... el piano. ¿Qué vamos a hacer del piano? Sí, sí, es cierto. Ahora mismo la pobre Jane estaba hablando de esto. Hablaba con el piano y le decía: «Tendrás que irte de aquí. Tendremos que separarnos. Aquí ya no servirías para nada...» Y luego nos ha dicho a nosotras: «Pero no lo toquéis hasta que vuelva el coronel Campbell. Yo hablaré con él y ya se lo llevará; él me ayudará a resolver todos mis problemas...» Y aún hoy estoy convencida de que no sabe todavía si fue un regalo del coronel o de su hija.

Emma se vio obligada, pues, a pensar en el piano; y el recuerdo de todas sus antiguas suposiciones fantasiosas e injustas le fue tan desagradable, que no tardó en permitirse considerar que la visita ya había sido lo suficientemente larga; y, después de repetir todo lo que creía propio decir en cuanto a buenos deseos, que eran sinceros, se despidió.

CAPÍTULO XLV

MIENTRAS regresaba andando a su casa, las meditaciones de Emma no

fueron interrumpidas; pero al entrar en el salón encontró allí a quienes debían distraerla de sus pensamientos. El señor Knightley y Harriet habían llegado durante su ausencia y estaban conversando con su padre. El señor Knightley al verla se levantó inmediatamente, y con un aire más serio que de costumbre dijo:

-No quería irme sin verla, pero no tengo tiempo que perder, o sea que tengo que ir directamente al asunto. Me voy a Londres a pasar unos días con John e Isabella. ¿Quiere usted que les dé o les diga algo de su parte, además del «afecto» que no puede transmitirse por una tercera persona?

-No, no, nada. Pero, ¿lo ha decidido usted de repente?

-Pues... sí... más bien sí... Hace poco que se me ha ocurrido la idea.

Emma estaba segura de que él no la había perdonado; su actitud era distinta. Pero confiaba que el tiempo le convencería de que debían volver a ser amigos. Mientras él seguía de pie, como dispuesto a irse de un momento a otro pero sin acabar de hacerlo, su padre empezó a hacer preguntas.

-Bueno, querida, ¿no te ha ocurrido nada por el camino? ¿Cómo has encontrado a mi buena amiga y a su hija? Estoy convencido de que habrán estado muy contentas de que fueras a verlas. Emma ha ido a visitar a la señora y a la señorita Bates, señor Knightley, como ya le he dicho antes. Siempre es tan atenta con ellas...

Emma enrojeció al oír un elogio tan inmerecido; y sonriendo y negando con la cabeza, gesto que no podía ser más elocuente, miró al señor Knightley... Creyó percibir una instantánea impresión en favor suyo, como si los ojos de él captaran en los suyos la verdad y todos aquellos buenos sentimientos de Emma fueran en un momento comprendidos y honrados... Él la miraba con afecto. Emma se sentía sobradamente recompensada... y más aún cuando un momento después él inició un ademán que delataba algo más que una simple amistad... Le cogió la mano... Emma no hubiera podido decir si no había sido ella quien había hecho el primer movimiento... quizá más bien se la había ofrecido... pero él le cogió la mano, la apretó y estuvo a punto de llevársela a los labios... pero algo le hizo cambiar de idea y la dejó caer bruscamente... Ella no adivinaba por qué había tenido aquel reparo, por qué había cambiado de opinión cuando sólo faltaba completar el gesto... Según Emma hubiese hecho mejor de llegar hasta el fin... Sin embargo la intención era indudable; y ya fuera porque aquello contrastaba con sus maneras en general poco galantes, ya por cualquier otro motivo, consideró que nada le sentaba mejor... En él era un gesto tan sencillo y sin embargo tan caballeresco... No podía por menos de recordar el intento con gran complacencia. Revelaba una amistad tan cordial... Inmediatamente después se despidió... y se fue en seguida. El señor Knightley siempre lo hacía todo con una seguridad enemiga de toda indecisión y toda demora, pero en aquellos momentos su partida parecía más brusca de lo que era habitual en él.

Emma no lamentaba haber ido a visitar a la señorita Bates, pero sí hubiese preferido haber salido de allí diez minutos antes; le hubiese gustado mucho poder hablar con el señor Knightley sobre el empleo de Jane Fairfax... Tampoco lamentaba el que visitara a la familia de Brunswick Square porque sabía la alegría que iba a proporcionar su visita... pero hubiese preferido que hubiera elegido una época mejor... y que se hubiese enterado de su marcha con más

antelación... Sin embargo, se separaron muy amistosamente; Emma no podía dudar de lo que significaba su actitud y su galantería inacabada; todo aquello tenía por objeto darle la seguridad de que volvía a tener buena opinión de ella... El señor Knightley había estado en Hartfield más de media hora... ¡Qué lástima que no hubiese vuelto más temprano!

Con la esperanza de distraer a su padre de la desagradable impresión de la marcha a Londres del señor Knightley (¡una marcha tan precipitada, y además teniendo en cuenta que iba a caballo, lo cual podía ser tan peligroso!), Emma le comunicó las noticias de Jane Fairfax, y sus palabras produjeron el efecto que esperaba; consiguió distraerle... e interesarle, sin llegar a hacer que se preocupara. El señor Woodhouse hacía ya tiempo que se había hecho a la idea de que Jane Fairfax iba a emplearse como institutriz y podía hablar de ello tranquilamente; pero la súbita partida para Londres del señor Knightley había sido un golpe inesperado.

-No sabes lo que me alegro de saber que ha encontrado un empleo tan conveniente. La señora Elton es muy buena persona y muy agradable, y estoy seguro de que sus amistades son como deben ser. Confío en que el clima será seco y que se ocuparán de su salud. Deberían tenerle todas las atenciones, como estoy seguro de que yo siempre tuve con la pobre señorita Taylor. Mira, querida, ella será para esta señora lo mismo que la señorita Taylor era para nosotros. Y espero que en un aspecto tendrá más suerte, y no la obligarán a irse para casarse después de haber estado tanto tiempo en la casa.

Al día siguiente las noticias que se recibieron de Richmond hicieron olvidar todos los demás acontecimientos. ¡A Randalls llegó un propio para anunciar la muerte de la señora Churchill! A pesar de que no se habían dado motivos alarmantes a su sobrino para que se apresurara a regresar, cuando llegó apenas le quedaban treinta y seis horas de vida. Un ataque repentino, de un mal de naturaleza distinta de lo que hacía prever su estado general, le había causado la muerte tras una breve agonía. ¡La gran señora Churchill había dejado de existir!

Su muerte fue sentida como deben sentirse esas cosas. Todo el mundo se mostró un poco serio, un poco apenado; compasivo para con la que se había ido, interesado por los amigos que la sobrevivían; y al cabo de un tiempo razonable, curioso por saber dónde la enterrarían. Goldsmith dice que cuando una mujer encantadora empieza a volverse un poco loca lo mejor que puede hacer es morirse; y que cuando empieza a volverse desagradable, ésta es también la mejor solución para evitar tener una mala fama. Después de haber sido aborrecida al menos durante veinticinco años, ahora la señora Churchill hubiera podido oír cómo se hablaba de ella con compasiva benevolencia. En un aspecto había demostrado tener razón. Antes de entonces nunca nadie había creído que se encontraba gravemente enferma. Su muerte justificó, pues, todas sus manías, todos los males imaginarios que inventaba su egoísmo.

«¡Pobre señora Churchill! Sin duda había sufrido mucho; más de lo que nadie había supuesto... y el sufrimiento continuo siempre agria el carácter. Un lamentable acontecimiento... dejaba un gran vacío... a pesar de todos sus defectos... ¿Qué haría ahora el señor Churchill sin ella? Ciertamente, para el señor Churchill la pérdida era irreparable. El señor Churchill nunca lograría

sobreponerse a ella...» Incluso el señor Weston cabeceó tristemente y adoptando un aire de solemnidad dijo:

-¡Ah! ¡Pobre mujer! ¡Quién lo hubiera pensado!

Y decidió que su luto sería lo más serio que fuera posible; mientras su esposa, inclinada sobre sus anchos dobladillos, suspiraba y hacía comentarios llenos de sentido común y de compasión sincera y profunda. Una de las primeras cosas que se les ocurrió a ambos fue preguntarse qué repercusiones iba a tener en Frank aquel *hecho.* Ésta fue también una de las primeras cosas en las que pensó Emma. La personalidad de la señora Churchill, el dolor de su marido... pensaba en ellos con respeto y con compasión... y luego, con una visión menos sombría, se preguntaba hasta qué punto aquel acontecimiento podía afectar a Frank, hasta qué punto podía beneficiarle, liberarle. En un momento creyó prever todas las ventajas posibles. Ahora, sus relaciones con Harriet Smith no iban a encontrar ningún obstáculo. Nadie temía al señor Churchill, una vez su esposa hubiera dejado de ejercer influencia sobre él; un hombre blando de carácter, dócil, a quien su sobrino convencería de cualquier cosa. Lo único, pues, que faltaba por desear era que el sobrino se propusiera fijar su interés en una persona concreta, y Emma, a pesar de la buena voluntad que mostraba en aquella causa, no tenía ninguna certeza de que ello fuese ya un hecho real.

Harriet se portó extraordinariamente bien en aquella ocasión, con gran dominio de sí misma. Fueran cuales fuesen las esperanzas que el suceso le permitieran alimentar, no delató nada de sus sentimientos. Emma quedó muy complacida al observar esta demostración de que su carácter se estaba robusteciendo, y se abstuvo de hacer la menor alusión que pudiera debilitar su entereza. Por lo tanto, las dos amigas hablaron de la muerte de la señora Churchill con mucha circunspección.

En Randalls se recibieron varias breves misivas de Frank Churchill, comunicándoles lo más importante de su situación actual y de sus planes inmediatos. El estado de ánimo del señor Churchill era mejor de lo que pudiera haberse esperado; y al partir el cortejo fúnebre en dirección al condado de York, la primera visita que había hecho había sido a un viejo amigo suyo que vivía en Windsor y a quien el señor Churchill había estado prometiendo que visitaría desde hacía diez años. Por el momento no podía hacerse nada por Harriet; por parte de Emma lo único que le era posible era formular buenos deseos para el futuro.

Mucho más urgente era prestar atención a Jane Fairfax, cuyo porvenir se ensombrecía tanto como el de Harriet se aclaraba, y cuyos compromisos inminentes no permitían que nadie de Highbury que tuviese deseos de mostrarse amable para con ella, se demorase lo más mínimo, porque quedaba muy poco tiempo... y éste era precisamente el deseo que ahora dominaba a Emma. Jamás había lamentado tanto la actitud de frialdad que había tenido para con ella en otros tiempos; y la misma persona que durante tantos meses le había sido totalmente indiferente, ahora era con la que se consideraba más en deuda, a quien hubiera distinguido con todo su afecto y su simpatía. Quería serle útil; deseaba demostrarle que apreciaba su compañía, que la creía digna de respeto y de consideración. Decidió convencerla para que pasara un día en

Hartfield. Y le escribió una nota invitándola. La invitación fue rechazada con una simple respuesta verbal. «La señorita Fairfax no se encontraba en condiciones de poder escribir»; y cuando el señor Perry fue a Hartfield aquella misma mañana, se supo que la joven se había encontrado tan mal que había tenido que ser visitada por el médico, aun contra su propia voluntad, y que sufría una jaqueca tan fuerte y una fiebre nerviosa tal que era dudoso que pudiera acudir a casa de la señora Smallridge en los días que se habían acordado. Por el momento su salud no podía ser más precaria... había perdido del todo el apetito... y aunque no había ningún síntoma decididamente alarmante, nada que pudiera hacer pensar en su antigua afección pulmonar, que era lo que más temía su familia, el señor Perry estaba preocupado por ella. Según su opinión, la señorita Fairfax se había lanzado a una empresa superior a sus fuerzas, y aunque ella misma comprendía que era así, no quería reconocerlo. Estaba muy abatida. La' casa que habitaba -el médico no pudo por menos de comentarlo- no era la más adecuada para su estado de nervios... siempre encerrada en una habitación... él hubiese recomendado otro género de vida... Y en cuanto a su tía, aunque era una antigua amiga del señor Perry, éste debía confesar que no era la persona más apropiada para hacer compañía a una enferma como ella. Que la cuidaba y que la atendía en todo era indudable; sólo que en realidad la cuidaba y la atendía demasiado. Y él se temía que aquellos cuidados contribuían más a empeorarla que a mejorarla. Emma le escuchaba preocupadísima; cada vez más apenada por aquella situación, y afanosa por encontrar el modo de serle útil. Apartarla... aunque sólo fuera por una o dos taras... de su tía, hacerle cambiar de aires y de panorama, ofrecerle una conversación apacible y sensata, aunque sólo fuera por una o dos horas, podía hacerle mucho bien. Y a la mañana siguiente volvió a escribirle con las palabras más afectuosas que se le ocurrieron, diciéndole que iría a buscarla en su coche a la hora que Jane prefiriese... indicando que contaba con el asentimiento del señor Perry, quien se había mostrado decididamente favorable a que su paciente hiciera un poco de ejercicio. La respuesta llegó en esta breve nota:

«Muchas gracias y afectuosos saludos de parte de la señorita Fairfax, pero no se encuentra en condiciones de hacer ninguna clase de ejercicio.»

Emma tuvo la sensación de que su nota merecía algo mejor; pero era imposible luchar contra aquellas palabras cuya trémula desigualdad decía bien a las claras que habían sido escritas por una enferma, y sólo pensó en cuál podía ser el mejor medio para vencer su repugnancia a ser vista o ayudada; por lo tanto, a pesar de esta respuesta mandó preparar el coche y se dirigió a casa de la señora Bates con la esperanza de que podría convencer a Jane de que saliera con ella; pero fue en vano; la señorita Bates fue hasta la puerta del coche, deshaciéndose en muestras de gratitud y afirmando que coincidía totalmente con ella en pensar que tomar un poco el aire le sería muy beneficioso.., y sirviendo de intermediaria entre ambas hizo lo que pudo para convencer a su sobrina, pero todo en vano. La señorita Bates se vio obligada a regresar sin haber conseguido su propósito; no había modo de que Jane se dejara convencer; la simple proposición de salir parecía que le hacía sentirse peor... Emma tenía deseos de verla, y de probar su poder de persuasión; pero casi

antes de que pudiera insinuar este deseo, la señorita Bates le dijo que había prometido a su sobrina que por nada del mundo dejaría entrar a la señorita Woodhouse.

-La verdad es que la pobre Jane no puede sufrir el ver a nadie... a nadie en absoluto... Claro que, a la señora Elton no hemos podido decirle que no... y la señora Cole ha insistido tanto... y como la señora Perry también ha demostrado tanto interés... Pero, exceptuando estos casos, Jane no recibe a nadie.

Emma no quería ponerse a la misma altura que la señora Elton, la señora Perry y la señora Cole, que consiguen casi por la fuerza entrar en todas partes; tampoco creía tener ningún derecho de preferencia... por lo tanto, se resignó, y las demás preguntas que hizo a la señorita Bates sólo se referían al apetito de su sobrina y a lo que comía, por el deseo de auxiliarla en algo. Sobre esta cuestión la pobre señorita Bates estaba desolada y fue muy comunicativa; Jane apenas quería comer nada... el señor Perry le recomendaba que tomase alimentos nutritivos; pero todo lo que le daban (y bien sabía Dios que nadie como ellos podían alabarse de tener vecinos tan buenos) lo rechazaba.

De regreso a su casa, Emma llamó inmediatamente a su ama de llaves para que la ayudase a pasar revista a las alacenas; y mandó inmediatamente a casa de la señorita Bates cierta cantidad de arrurruz de la mejor calidad, junto con una nota redactada en los términos más cordiales. Al cabo de media hora el arrurruz era devuelto con mil gracias de parte de la señorita Bates pero «mi querida Jane no ha estado tranquila hasta saber que lo habíamos devuelto; es algo que ella no iba a poder tomar... y una vez más insiste en decir que no necesita nada».

Cuando poco después Emma oyó decir que habían visto a Jane Fairfax paseando por los prados a cierta distancia de Highbury, la tarde del mismo día en el que, con la excusa de que no estaba en condiciones de hacer ninguna clase de ejercicio, había rechazado tan tajantemente su ofrecimiento de salir con ella en el coche, no pudo tener ya la menor duda, teniendo en cuenta todos aquellos indicios, que Jane estaba decidida a no admitir ningún favor de *ella.* Lo sintió, lo sintió mucho. Estaba muy dolida al verse en una situación como aquélla, quizá la más penosa de todas, sintiéndose mortificada, dándose cuenta de que todo lo que hiciera sería inútil y de que no podía luchar contra aquello; y la humillaba el que dieran tan poco crédito a sus buenos sentimientos y la considerasen tan poco digna de amistad; pero tenía el consuelo de pensar que sus intenciones eran buenas y de poderse decir a sí misma que si el señor Knightley hubiese podido conocer todos sus intentos para ayudar a Jane Fairfax, si hubiera podido incluso leer en su corazón, esta vez no hubiera encontrado motivos para hacerle ningún reproche.

CAPÍTULO XLVI

UNA mañana, unos diez días después de la muerte de la señora Churchill, Emma tuvo que bajar precipitadamente a la puerta para recibir al señor Weston, que «sólo podía quedarse cinco minutos y tenía una gran urgencia de hablar con

ella». El señor Weston salió a su encuentro a la puerta del salón, y después de saludarla en su habitual tono de voz, inmediatamente le susurró al oído para que no les oyera su padre:

-¿Puede venir a Randalls esta misma mañana? Venga por poco que pueda. La señora Weston quiere verla. Necesita verla. -¿Se encuentra mal?

-No, no; en absoluto; sólo un poco nerviosa. Hubiese podido hacer preparar el coche y venir ella misma; pero tiene que verla *a solas,* y, claro, aquí... -señalando a su padre con la cabeza-. Bueno... ¿puede usted venir?

-Desde luego. Ahora mismo si quiere. Me es imposible negarme a una cosa que me pide de este modo. Pero ¿de qué se trata? ¿De verdad que no está enferma?

-No, no, no se trata de nada de eso... Pero no haga más preguntas. En seguida lo sabrá todo. ¡Es lo más increíble...! Pero ¡vamos, vamos!

Incluso a Emma le resultaba imposible adivinar lo que significaba todo aquello. Por su tono dedujo que se trataba de algo realmente importante; pero como su amiga se encontraba bien, intentó tranquilizarse, y después de explicar a su padre que iba a salir a dar un paseo, ella y el señor Weston no tardaron en salir juntos de la casa y en dirigirse a Randalls a un paso muy vivo.

-Ahora -dijo Emma, cuando ya se hubieron alejado bastante de la verja de la casa-, ahora, señor Weston, dígame lo que ha ocurrido.

-No, no -replicó él muy serio-, no me lo pregunte a mí. He prometido a mi esposa que le dejaría contárselo todo. Ella se lo contará mejor que yo. No sea impaciente, Emma, dentro de un momento lo sabrá todo.

-No, dígamelo ahora -exclamó Emma deteniéndose horrorizada-. ¡Santo Cielo! Señor Weston, dígamelo en seguida... ha ocurrido algo en Brunswick Square, ¿verdad? Sí, estoy segura. Dígamelo, cuénteme ahora mismo todo lo que ha pasado.

-No, no, se equivoca usted...

-Señor Weston, no juegue usted conmigo... piense usted en cuántos seres queridos tengo ahora en Brunswick Square. ¿Cuál de ellos es? Le ruego por lo más sagrado... no trate de ocultármelo...

-Emma, le doy mi palabra...

-¡Su palabra...! ¿Por qué no me lo jura? ¿Por qué no me jura que es algo que no tiene nada que ver con ninguno de ellos? ¡Santo Cielo! ¿Qué pueden tener que comunicarme que no sea referente a alguien de aquella familia?

-Le juro -dijo él gravemente- que no tiene nada que ver con ellos. No tiene la menor relación con nadie que lleve el apellido Knightley.

Emma cobró ánimos y siguió andando.

-Me he expresado mal -siguió diciendo el señor Weston- al decir que era algo que teníamos que comunicarle. No hubiera tenido que decírselo así. En realidad no le concierne a usted... sólo me concierne a mí... es decir, eso es lo que esperamos... Sí, eso es... en resumen, mi querida Emma, que no hay motivos para que se intranquilice. No es que diga que no se trata de un asunto desagradable... pero las cosas podrían ser mucho peor... si apretamos el paso en seguida llegaremos a Randalls.

Emma comprendió que debía esperar; y ahora ya no le exigía tanto esfuerzo;

por lo tanto no hizo más preguntas, dedicándose simplemente a dejar volar su fantasía, y ello no tardó en llevarle a la suposición de que debía de tratarse de algún problema de dinero... algún hecho desagradable que se habría acabado de descubrir en el seno de la familia... algo de lo que se habrían enterado gracias al reciente fallecimiento de la señora Churchill. Su fantasía era incansable. Tal vez media docena de hijos naturales... ¡Y el pobre Frank desheredado! Una cosa así no era nada agradable, pero tampoco era como para angustiarla. Apenas le inspiraba algo más que una viva curiosidad.

-¿Quién es aquel señor a caballo? -dijo ella mientras seguían andando.

Emma hablaba sobre todo con la intención de ayudar al señor Weston a guardar su secreto.

-No lo sé... uno de los Otway... no es Frank; le aseguro que no es Frank. No le verá usted. A estas horas está a medio camino de Windsor.

-Entonces es que les ha hecho una visita, ¿no?

-¡Oh, sí! ¿No lo sabía? Bueno, no tiene importancia.

Permaneció en silencio durante unos momentos; y luego añadió en un tono mucho más precavido y grave:

-Sí, Frank ha venido a vernos esta mañana sólo para saber cómo estábamos.

Apretaron el paso y no tardaron en llegar a Randalls.

-Bueno, querida -dijo al entrar en el salón-, ya ves que te la he traído; ahora supongo que pronto te sentirás mejor. Os dejaré solas. No serviría de nada seguir aplazándolo. No me iré muy lejos por si me necesitáis.

Y Emma oyó claramente que añadía en voz más baja antes de abandonar la estancia:

-He cumplido mi palabra, no tiene ni la menor idea.

La señora Weston tenía tan mal aspecto y parecía tan preocupada que la inquietud de Emma aumentó; y apenas estuvieron solas la joven dijo rápidamente:

-¿Qué ocurre, mi querida amiga? Veo que ha sucedido algo muy desagradable; dime inmediatamente de qué se trata. He venido durante todo el camino sin saber qué pensar. Las dos odiamos los misterios. No me tengas por más tiempo en esta incertidumbre. Te hará bien hablar de esta desgracia, sea lo que sea.

-¿Es cierto que aún no sabes nada? -dijo la señora Weston con voz temblorosa-. ¿No adivinas, mi querida Emma... no eres capaz de adivinar lo que vas a oír?

-Supongo que es algo referente al señor Frank Churchill, ¿no?

-Sí, lo has acertado. Es algo que se refiere a él, y voy a decírtelo sin más rodeos -reemprendiendo su labor y pareciendo decidida a no levantar los ojos de ella-; esta misma mañana ha venido a vernos para decirnos algo inimaginable. No puedes imaginar la sorpresa que hemos tenido. Ha venido para hablar con su padre... para anunciarle que estaba enamorado...

Se interrumpió para tomar aliento. Emma primero pensó en sí misma y luego en Harriet.

-Bueno, en realidad se trata de algo más que de un enamoramiento -siguió diciendo la señora Weston-; es todo un compromiso... un compromiso

matrimonial en toda regla... ¿Qué vas a decir, Emma... qué van a decir los demás cuando se sepa que Frank Churchill y la señorita Jane Faírfax están prometidos; mejor dicho, ¡que hace ya mucho tiempo que están prometidos!?

Emma, boquiabierta, se incorporó... y exclamó llena de estupefacción.

-¡Jane Fairfax! ¡Cielo Santo! ¿No hablarás en serio? No puedo creerlo.

-Comprendo que te quedes asombrada -siguió la señora Weston aún sin levantar los ojos y hablando con rapidez para que Emma tuviese tiempo de rehacerse-, comprendo que te quedes asombrada. Pero es así. Entre 'ellos hay un compromiso formal desde el pasado mes de octubre... la cosa ocurrió en Weymouth y ha sido un secreto para todo el mundo. Nadie más lo ha sabido... ni los Campbell, ni la familia de ella ni la de él... Es algo tan fuera de lo común que aunque estoy totalmente convencida del hecho a mí misma me resulta increíble. Apenas puedo creerlo... yo que creía conocerle...

Emma apenas oía lo que le decían... su mente se hallaba dividida entre dos ideas... Las conversaciones que ellos dos habían sostenido tiempo atrás acerca de la señorita Fairfax y la pobre Harriet; y durante un rato sólo fue capaz de emitir exclamaciones de sorpresa y de pedir una y otra vez que le confirmasen la noticia, que le repitiesen la confirmación.

-Bueno -dijo por fin tratando de dominarse-; es algo en lo que tendré que pensar por lo menos medio día antes de llegar a comprenderlo del todo... ¡Vaya!... Ha estado prometido con ella durante todo el invierno... antes de que ninguno de los dos viniera a Highbury, ¿no?

-Se prometieron en octubre... en secreto... eso me ha dolido mucho, Emma, muchísimo. También ha dolido mucho a su padre. Hay *detalles* en su conducta que no podemos excusar.

Emma reflexionó durante unos momentos y luego replicó:

-No voy a pretender que no te entiendo; y para consolarte dentro de lo que me es posible, te diré que puedes estar segura que sus atenciones para conmigo no han tenido el efecto que tú temes.

La señora Weston levantó la mirada como sin atreverse a creer lo que oía; pero la actitud de Emma era tan firme como sus palabras.

-Para que tengas menos dificultad en creer esta jactancia de que ahora me es totalmente indiferente -siguió diciendo-, te diré algo más: que hubo una época en los primeros tiempos de nuestra amistad en que me sentía atraída por el, en que estaba muy propensa a enamorarme de él... mejor dicho, en que estuve enamorada... y tal vez lo más extraño es cómo terminó ese enamoramiento. Sin embargo, por fortuna el hecho es que terminó, y la verdad es que hace ya tiempo, por lo menos estos últimos tres meses, que ya no siento ninguna atracción por él. Puedes creerme; ésta es la pura verdad.

La señora Weston la besó con lágrimas de alegría; y cuando pudo articular unas palabras le aseguró que lo que le acababa de decir le había hecho más bien que ninguna otra cosa del mundo.

-El señor Weston se alegrará casi tanto como yo misma -dijo ella-. Este *detalle* nos ha preocupado muchísimo. Era nuestro mayor deseo el que os sintierais atraídos el uno por el otro. Y nosotros estábamos convencidos de que había sido así... imagínate lo que hemos sufrido por ti al saber todo eso.

-Me he salvado de este peligro; y el haberme salvado es una agradable sorpresa tanto para vosotros como para mí. Pero eso no le libra de su responsabilidad; y debo decir que su proceder me parece muy censurable. ¿Qué derecho tenía a presentarse aquí de una manera tan desenvuelta estando ya prometido?[21] ¿Qué derecho tenía a querer agradar (porque eso es lo que hizo), a distinguir a una joven con sus constantes atenciones (como lo hizo), cuando en realidad ya pertenecía a otra? ¿Cómo no pensaba en el mal que podía llegar a hacer? ¿Cómo no pensaba que podía inducirme a mí a enamorarme de él? Todo esto es indigno, totalmente reprobable.

-Por una cosa que él dijo, mi querida Emma, yo más bien imagino...

-Y ¿cómo podía *ella* tolerar una conducta semejante? ¡Verlo todo con tanta sangre fría! ¡Ver cómo se tenían constantes atenciones a otra mujer, en presencia suya, sin demostrar nada! ¡Éste es un tipo de impasibilidad que no puedo ni comprender ni respetar!

-Había desavenencias entre ellos, Emma; él lo ha dicho con toda claridad. No ha tenido tiempo de dar muchas explicaciones. Sólo ha estado aquí un cuarto de hora, y su excitación no le permitía aprovechar el poco tiempo de que disponía... pero que había desavenencias entre ellos lo ha dicho explícitamente. Parece ser que ésta ha sido la causa de esta crisis de ahora; y las desavenencias posiblemente surgieron debido a lo impropio de su proceder.

-¡Impropio! ¡Oh, querida, eres muy benigna al censurarle! ¡Mucho peor que impropio, mucho peor! Ha sido algo que le ha desmerecido tanto a mis ojos... ¡Oh, tanto...! ¡Es tan indigno de un hombre hacer una cosa semejante! Es algo tan opuesto a la honradez inflexible, a la fidelidad a la verdad y a los buenos principios, al desdén por el engaño y la ruindad que debe demostrar siempre un hombre en todas las situaciones de su vida...!

-Bueno, querida Emma, me obligas a salir en defensa suya; porque aunque en este caso haya obrado mal, le conozco lo suficiente para poder tener la seguridad de que posee muchas, pero que muchas buenas cualidades; y...

-¡Cielo Santo! -exclamó Emma interrumpiendo a su amiga. Y además lo de la señora Smallridge! ¡Jane que estaba a punto de irse a trabajar como institutriz! ¿Qué pretendía con esa horrible falta de delicadeza? ¡Consentirle que se comprometiera a ponerse a trabajar...! ¡Consentirle que incluso pensara en tomar una decisión como ésta!

-Frank no sabía nada de todo esto, Emma. En ese asunto sí que tengo que justificarle. Fue una decisión que tomó ella por sí misma... sin comunicárselo a Frank... o por lo menos sin comunicárselo de un modo resuelto... Hasta ayer sé que él dijo que no sabía nada de los planes de Jane. Se enteró, no sé cómo... debió de ser por alguna carta o por alguien que se lo dijo... y al saber lo que ella iba a hacer, al enterarse de este proyecto, fue cuando se determinó a descubrirlo todo en seguida, a confesarlo todo a su tío y a acogerse a su bondad, y en resumen a poner fin a esta lamentable situación de engaños y disimulos que ya había durado tanto tiempo.

Emma empezó a escuchar con más atención y sosiego.

[21] Juego de palabras intraducible: *«engaged»* («prometido en matrimonio») *y «disengaged»* («desenvuelto», «libre de maneras»).

-Pronto tendré noticias suyas -continuó diciendo la señora Weston-. Al irse me dijo que me escribiría en seguida; y lo dijo de una manera que parecía prometerme que daría muchos detalles más que entonces no tenía tiempo de aclarar. Por lo tanto esperemos esta carta. Quizá contenga muchos atenuantes. Quizás entonces podamos comprender y excusar muchas cosas que ahora nos resultan incomprensibles. No seamos severas, no tengamos tanta prisa por condenarle. Tengamos paciencia. Yo le quiero; y ahora que ya me has tranquilizado sobre una cuestión que me preocupaba, una cuestión muy concreta, deseo con toda mi alma que todo termine bien y no pierdo la esperanza de que así sea. Los dos tienen que haber sufrido mucho en medio de tantos secretos y tantos disimulos.

-¿Sufrir *él?* -replicó Emma secamente-. No parece que todo esto le haya hecho mucha mella. Bueno, ¿y cómo se lo tomó el señor Churchill?

-Pues muy favorablemente para su sobrino... dio su consentimiento apenas sin poner dificultades. ¡Imagínate cómo los acontecimientos de esta semana han llegado a introducir cambios en la familia! Mientras vivía la pobre señora Churchill supongo que no había ni una esperanza, ni la menor posibilidad... pero apenas sus restos descansan en el panteón de la familia, su esposo se deja convencer para hacer todo lo contrario de lo que ella hubiese querido. ¡Qué gran suerte es el que las influencias que se ejercen indebidamente no nos sobrevivan! Le costó muy poco dejarse convencer para dar su consentimiento.

«¡Ah! -pensó Emma-. Igual hubiese ocurrido si se hubiera tratado de Harriet.»

-Eso se acordaba ayer por la noche, y Frank salía de Richmond al amanecer. Se detuvo algún tiempo en Highbury... en casa de las Bates, supongo... y luego vino directamente hacia aquí; pero tenía tanta prisa por volver al lado de su tío que ahora le necesita más que nunca, que, como ya te he dicho, apenas pudo estar con nosotros un cuarto de hora... Estaba muy nervioso... sí, mucho... hasta el punto de que me parecía ser casi otra persona distinta a la que yo conocía... Y añade a todo lo demás la inquietud que tenía porque acababa de ver que Jane estaba tan enferma, de lo cual él no tenía la menor sospecha... y por todas las apariencias, yo deduje que eso le tenía preocupadísimo.

-Pero ¿crees de veras que este asunto ha sido llevado tan en secreto como dice...? Los Campbell, los Dixon... ¿ninguno de ellos sabía nada de su compromiso?

Emma no podía citar el nombre de Dixon sin un ligero rubor.

-Nadie; nadie lo sabía. Insistió en que no lo sabía absolutamente nadie, salvo ellos dos.

-Bueno -dijo Emma-, supongo que ya nos iremos acostumbrando poco a poco a la idea, y les deseo que sean muy felices. Pero siempre pensaré que el suyo ha sido un proceder odioso. ¡Ha sido algo más que toda una red de hipocresías y de engaños... de intrigas y de falsedades! Presentarse aquí fingiendo espontaneidad, sinceridad... y haber urdido toda esa combinación en secreto para poder conocernos y juzgarnos a todos... Durante todo el invierno y toda la primavera hemos vivido completamente engañados, imaginando que éramos todos igualmente sinceros y francos mientras había entre nosotros dos personas que se comunicaban sin que nadie lo supiera, que comparaban y juzgaban

sobre sentimientos y palabras de las que nunca hubieran debido enterarse ambos... Ahora tienen que atenerse a las consecuencias si han oído hablar el uno del otro de un modo no del todo agradable...

-Eso no me preocupa lo más mínimo -dijo la señora Weston-. Estoy completamente segura de que nunca he dicho nada a uno de los dos respecto al otro que los dos no pudieran oír.

-Tienes suerte... yo fui la única que me enteré de tu error... cuando imaginaste que cierto amigo nuestro estaba enamorado de esta señorita.

-Sí, cierto. Pero como siempre he tenido muy buena opinión de la señorita Fairfax, ningún error ha podido hacerme hablar mal de ella; y en cuanto a criticarle a él, de eso jamás he sentido la menor tentación.

En aquel momento apareció el señor Weston a cierta distancia de la ventana, evidentemente vigilando lo que ocurría. Su esposa le invitó a entrar con un ademán; y mientras él iba a dar la vuelta, la señora Weston añadió:

-Ahora, mi querida Emma, te suplico que digas a mi marido todo lo que creas que pueda servir para tranquilizarle y hacerle ver esta unión como algo ventajoso. Hagamos lo que podamos para convencerle... y al fin y al cabo sin necesidad de mentir pueden hacerse casi todos los elogios de ella. No es que sea una boda como para quedar excesivamente satisfecho; pero si el señor Churchill no pone obstáculos, ¿por qué vamos a ponerlos nosotros? Y en el fondo tal vez sea una suerte para él... Quiero decir que puede ser muy beneficioso para Frank haberse enamorado de una muchacha de tanta firmeza de carácter y de tanto criterio como yo siempre he creído que tenía Jane... y aún estoy dispuesta a creerlo, a pesar de que en esta ocasión se haya desviado tanto de las normas que rigen una conducta leal. Y a pesar de todo, en una situación como la suya no sería muy difícil justificar un error como éste...

-Sí, es verdad -exclamó Emma vivamente-. Si puede disculparse a una mujer por pensar sólo en sí misma es en una situación como la de Jane Fairfax... En esos casos casi puede decirse que «no pertenece al mundo, ni a las normas del mundo...»

Emma recibió al señor Weston con un aspecto sonriente, y exclamó:

-¡Vaya! Veo que me ha gastado una buena broma... Supongo que todo eso estaba destinado a excitar mi curiosidad y ejercitar mis dotes de adivinación. Pero la verdad es que me asustó usted. Yo ya creía que por lo menos había perdido la mitad de su fortuna. Y ahora resulta que en vez de ser una cosa como para consolarles, es algo que merece que le den la enhorabuena... Señor Weston, le doy mi enhorabuena de todo corazón porque va usted a tener por nuera a una de las jóvenes más encantadoras y de mejores prendas de toda Inglaterra.

Una mirada o dos que cambiaron marido y mujer acabaron de convencerle de que todo iba tan bien como parecían proclamar aquellas palabras; y el beneficioso efecto de esta convicción se dejó sentir inmediatamente en su estado de ánimo. Su porte y su voz recobraron su habitual jovialidad. Lleno de gratitud, estrechó cordialmente la mano de la joven, y empezó a hablar de la cuestión en un tono que demostraba que ahora sólo necesitaba tiempo y persuasión para creer que aquel compromiso matrimonial después de todo no

era una cosa demasiado mala. Ellas sólo le sugirieron lo que podía paliar la imprudencia y suavizar las dificultades; y una vez hubieron hablado de ello todos juntos, y el señor Weston hubo vuelto a hablar con Emma en el camino de regreso a Hartfield, se acostumbró totalmente a la idea y llegó a no estar lejos de pensar que había sido lo mejor que Frank hubiese podido hacer.

CAPÍTULO XLVII

-HARRIET, pobre Harriet!

Éstas eran las palabras que compendiaban las tristes ideas de las que Emma no podía librarse, y que para ella constituían el peor de los males de aquel caso. Frank Churchill se había portado muy mal con ella... muy mal en muchos aspectos... pero lo que le hacía estar más encolerizada con él no era sólo su proceder para con ella. Lo que más le dolía era la confusión a que la había inducido respecto a Harriet... ¡Pobre Harriet! Por segunda vez iba a ser víctima de los errores y del afán de casamentera de su amiga. Las palabras del señor Knightley habían sido proféticas cuando le había dicho en cierta ocasión: «Emma, usted no es una buena amiga para Harriet Smith...» Ahora temía que sólo le hubiera causado males... Claro que esta vez no podía acusarse, como la anterior, de haber sido la única y exclusiva responsable de la desgracia; entonces había insinuado la posibilidad de unos sentimientos que, de otro modo, Harriet nunca se hubiera atrevido a concebir; mientras que ahora Harriet había reconocido su admiración y su predilección por Frank Churchill antes de que ella hubiese insinuado nada acerca de la cuestión; pero se sentía totalmente culpable de haber alentado unos sentimientos que hubiese debido contribuir a disipar; hubiese podido evitar que Harriet se complaciera en esta idea y alimentara esperanzas. Su influencia hubiera bastado para ello. Y ahora se daba perfecta cuenta de que hubiese debido evitar aquella situación... Comprendía que había estado exponiendo la felicidad de su amiga sin tener motivos lo suficientemente sólidos. De haberse guiado por el sentido común, hubiese dicho a Harriet que no debía permitirse pensar en él, que había una sola posibilidad entre quinientas de que Frank llegase alguna vez a interesarse por ella.

«Pero me temo -añadía para sí- que sentido común no he tenido mucho.»

Estaba muy enojada consigo misma; y de no estar enojada también con Frank Churchill, su estado de ánimo hubiese sido mucho peor. En cuanto a Jane Fairfax, por lo menos podía desentenderse de sentir inquietud por ella. Harriet le preocupaba ya suficientemente; no necesitaba, pues, seguir preocupándose por Jane, cuyos problemas y cuya falta de salud, como tenían, por supuesto, el mismo origen, debían tener igualmente la misma curación... Su vida de penurias y de desgracias había terminado... Pronto recuperaría la salud, sería feliz y disfrutaría de una buena posición... Emma comprendía ahora por qué su solicitud por ella había sido desdeñada. Aquella revelación había aclarado otras muchas cuestiones de menor importancia. Sin duda la causa habían sido los celos. Para Jane ella había sido una rival; y lógicamente todo lo que quisiera ofrecerle como ayuda o atenciones tenía que rechazarlo. Dar un paseo en el coche de Hartfield

hubiese sido una tortura, el arrurruz procedente de las alacenas de Hartfield hubiese sido un veneno. Lo comprendía todo; y cuando lograba desprenderse de los sentimientos injustos que le inspiraba su orgullo herido, reconocía que Jane Fairfax merecía sobradamente todo el encumbramiento y la felicidad que sin duda iba ahora a tener. Pero ¡la pobre Harriet era un reproche viviente para ella! No podía dedicar sus atenciones a nadie que lo necesitase más. A Emma le dolía infinito que esta segunda decepción fuese aún más grave que la primera. Teniendo en cuenta que esta vez sus aspiraciones eran mucho mayores, debía serlo; y a juzgar por los poderosos efectos que aparentemente aquel enamoramiento había producido sobre el espíritu de Harriet, impulsándola al disimulo y al dominio de sí misma, así era... Sin embargo, debía comunicarle aquella penosa verdad lo antes posible. Al despedirse de ella el señor Weston la había conminado a guardar el secreto.

-Por ahora -le había dicho- todo este asunto debe seguir en secreto absoluto. El señor Churchill lo ha exigido así como muestra de respeto por la esposa que ha perdido hace tan pocos días; y todos estamos de acuerdo en que es a lo que nos obliga el decoro más elemental.

Emma lo había prometido; pero a pesar de todo Harriet debía ser una excepción; creía que éste era un deber superior.

A pesar de su mal humor, no pudo por menos de encontrar casi ridículo el que ahora tuviera que dar a Harriet la misma penosa y delicada noticia que la señora Weston acababa de darle a ella misma. El secreto que con tanto miedo se le había comunicado, ahora era ella quien con no menos intranquilidad debía comunicarlo a otra persona. Sintió acelerarse los latidos de su corazón al oír los pasos de Harriet y su voz; pensó que lo mismo debía de haberle ocurrido a la pobre señora Weston cuando ella entraba en Randalls. ¡Ojalá la conversación tuviera un desenlace igualmente feliz! Pero por desgracia de ello no había ninguna posibilidad.

-Bueno, Emma -penetrando apresuradamente en la estancia-, ¿no te parece la noticia más extraordinaria que jamás se ha oído?

-¿A qué noticia te refieres? -replicó Emma, incapaz de adivinar por su aspecto o su voz si Harriet se había enterado de algo.

-Lo de Jane Fairfax. ¿Has oído alguna vez una cosa tan rara? ¡Oh!, no tienes que tener ningún reparo en confesármelo porque el señor Weston ya me lo ha dicho todo. Acabo de encontrarle. Me ha dicho que era un secreto para todos; y por lo tanto yo no pensaba decírselo a nadie excepto a ti, pero me ha dicho que ya lo sabías.

-¿Qué te ha contado el señor Weston? -preguntó Emma, aún sin saber qué pensar.

-Pues... Me lo ha contado todo; que Jane Fairfax y el señor Frank Churchill van a casarse, y que han estado prometidos en secreto desde hace mucho tiempo. ¡Qué cosa tan rara!, ¿verdad?

Ciertamente era muy raro; la reacción de Harriet era tan extremadamente rara que Emma no sabía cómo interpretarla. Parecía como si su carácter hubiese cambiado por completo; como si se propusiera no demostrar ninguna emoción, ninguna decepción, ningún interés especial por aquel hecho. Emma la

contemplaba muda de asombro.

-¿Tú suponías -preguntó Harriet- que estaban enamorados el uno del otro? Bueno, a lo mejor tú sí que lo supusiste... Como sabes leer tan bien -dijo ruborizándose- en los corazones de todo el mundo...; pero nadie más.

-Te prometo -dijo Emma- que empiezo a dudar de que tenga semejante don. Pero, Harriet, ¿cómo puedes preguntarme en serio si yo suponía que estaba enamorado de otra mujer cuando (si no de un modo declarado, sí tácitamente) te estaba alentando a concebir esperanzas? Hasta hace una hora nunca he tenido ni la menor sospecha de que el señor Frank Churchill se sintiese atraído por Jane Fairfax. Puedes tener la seguridad de que si yo hubiese sospechado algo de este tipo te hubiera prevenido de acuerdo con mis sospechas.

-¿A mí? -exclamó Harriet ruborizándose llena de asombro. ¿Por qué tenías que prevenirme? No supondrás que yo me interesaba por el señor Frank Churchill...

-No sabes lo que me alegra oírte hablar de este asunto con tanta serenidad -replicó Emma sonriendo-; pero no pretenderás negarme que hubo una época... que por cierto, no está aún muy lejos... en que me diste motivos para suponer que te interesabas por él ...

-¿Por él? ¡Oh, nunca, nunca! Querida Emma, ¿cómo pudiste entenderme tan mal? -dijo Harriet, volviendo el rostro, muy dolida.

-¡Harriet! -exclamó Emma, después de un momento de pausa. ¿Qué quieres decir? ¡Por lo que más quieras, dime qué has querido decir...! ¿Que te he entendido mal? Entonces, tengo que suponer...

No pudo seguir hablando... Había perdido la voz; y se sentó esperando con ansiedad a que Harriet contestara. Harriet, que estaba de pie, a cierta distancia, volviéndole la espalda, tardó unos minutos en hablar; y cuando por fin lo hizo, su voz estaba tan alterada como la de Emma.

-Nunca me hubiese parecido posible -empezó diciendo- que me entendieras tan mal ... Ya sé que acordamos que nunca le nombraríamos... pero teniendo en cuenta lo infinitamente superior que es a todos los demás, nunca hubiese creído posible que creyeras que me refería a otra persona. ¡El señor Frank Churchill! Nadie puede fijarse en él estando presente el otro. Creo que no tengo tan mal gusto como para pensar en el señor Frank Churchill, que no es nadie al lado de *él.* ¡Y que tú hayas tenido esta confusión...! ¡No lo entiendo! Estoy segura de que si no hubiera creído que tú aprobabas mis sentimientos y que los alentabas, al principio hubiese considerado casi como una presunción excesiva por mi parte el atreverme a pensar en él; al principio, si no me hubieras dicho que cosas más difíciles habían ocurrido; que se habían celebrado matrimonios más desiguales (éstas fueron las palabras que empleaste)...; de haberme dicho todo esto, yo no me hubiera atrevido a tener esperanzas... No lo hubiese considerado posible... Pero si *tú,* que tienes tanta amistad con él...

-Harriet... -exclamó Emma, dominándose resueltamente-. Es mejor que ahora nos entendamos las dos, sin que haya posibilidad de que volvamos a equivocarnos otra vez... Estás hablando de... del señor Knightley, ¿no?

-Desde luego. No podía haber pensado en nadie más... y creía que tú debías de saberlo. Cuando hablamos de él no podía quedar más claro.

-No tan claro -replicó Emma, con forzada calma-, porque todo lo que entonces dijiste me pareció que se refería a una persona distinta. Casi hubiera podido asegurar que habías *citado* al señor Frank Churchill. Recuerdo perfectamente que se habló del favor que te había hecho el señor Frank Churchill al defenderte de los gitanos.

-¡Oh, Emma! ¡Cómo olvidas las cosas!

-Mi querida Harriet, recuerdo muy bien lo que en substancia te dije en aquella ocasión. Te dije que no me extrañaba que te hubieses enamorado; que teniendo en cuenta el favor que te había hecho era la cosa más natural del mundo... Y tú estuviste de acuerdo, y dijiste con mucho apasionamiento que estabas muy agradecida, e incluso mencionaste las sensaciones que tuviste al verle venir en tu ayuda... Fue una impresión que me quedó grabada en la memoria.

-¡Querida! -exclamó Harriet-. ¡Ahora me acuerdo de lo que quieres decir! Pero es que yo entonces estaba pensando en algo muy diferente. No me refería a los gitanos... ni al señor Frank Churchill. ¡No! -adoptando un tono más solemne-. Pensaba en otra circunstancia más importante... Pensaba en el señor Knightley acercándose e invitándome a bailar, después de que el señor Elton se negó a bailar conmigo, cuando no había ninguna otra pareja en el salón. Éste fue el gran servicio que me prestó; ésta fue su noble comprensión, su generosidad; eso fue lo que hizo que empezara a darme cuenta de que estaba muy por encima de todos los demás seres de la tierra.

-¡Santo Cielo! -exclamó Emma-. ¡Qué error más desgraciado...! ¡Oh, qué lamentable! Y ahora, ¿qué puede hacerse?

-¿No me hubieras alentado si entonces hubieses sabido a lo que me refería? Por lo menos ahora mi situación no es peor que lo que lo hubiera sido de haberse tratado de la otra persona; y ahora... es posible...

Hizo una breve pausa. Emma no se veía con ánimos para hablar.

-Emma, no me extraña -siguió diciendo- que veas una gran diferencia entre los dos... tanto en mi caso como en el de cualquier otra. Debes pensar que está infinitamente mucho más por encima de mí que el otro. Pero yo espero, Emma, que suponiendo... que si... por extraño que pueda parecer... Ya sabes que fueron tus propias palabras: Cosas más difíciles han ocurrido, matrimonios más desiguales se han celebrado, que el que hubiera podido celebrarse entre Frank Churchill y yo; y, por lo tanto, me parece que si, incluso una cosa así puede haber ocurrido antes de ahora... y si yo fuese tan afortunada, tanto, que... si el señor Knightley llegara... si a él no le importara la desigualdad, confío, querida Emma, que tú no te opondrías... que no nos crearías dificultades. Pero estoy segura de que eres demasiado buena para hacer una cosa así.

Harriet estaba de pie, junto a una de las ventanas. Emma se volvió para lanzarle una mirada llena de consternación y dijo rápidamente:

-¿Tienes algún indicio de que el señor Knightley corresponde a tus sentimientos?

-Sí -replicó Harriet, con humildad, pero sin temor-. Puedo decir que sí lo tengo.

Inmediatamente Emma desvió la mirada. Y durante unos minutos permaneció en silencio, meditando, con los ojos fijos. Unos pocos minutos bastaron para revelarle lo que había en su propio corazón. Una inteligencia como la suya una

vez concebía una sospecha hacía rápidos progresos hacia su objeto. Emma suponía... admitía... reconocía toda la verdad. ¿Por qué era mucho peor que Harriet estuviera enamorada del señor Knightley en vez de estarlo de Frank Churchill? ¿Por qué aquella contrariedad adquiría proporciones tan enormes con el hecho de que Harriet tuviera esperanzas justificadas de ser correspondida? Una convicción se abrió paso con la celeridad de una flecha en el ánimo de Emma: ¡el señor Knightley sólo podía casarse con ella!

En aquel corto espacio de tiempo comprendió cuál había sido su conducta y vio claro en su propio corazón. Lo vio todo con una lucidez como hasta entonces nunca había tenido. ¡Qué mal se había estado portando con Harriet! ¡Con qué falta de atención y de delicadeza! ¡Qué insensato y qué cruel había sido su proceder! ¿Cómo había podido dejarse llevar por aquella ceguera, aquella locura? Se daba perfectamente cuenta de lo que había hecho y estaba tentada de aplicarse a sí misma los términos más duros. Sin embargo, un resto de respeto por sí misma, a pesar de todas sus culpas... la preocupación por salvar las apariencias, y un intenso deseo de ser justa para con Harriet... (no necesitaba *compasión* la muchacha que se creía amada por el señor Knightley... pero era justo que ahora ella no pudiera sentirse dolida al verse tratada con frialdad)... impulsaron a Emma a esperar y a soportarlo todo con calma e incluso con aparente afabilidad... Por su propio bien era preciso que se enterara de todo lo posible concerniente a las esperanzas de Harriet; y Harriet no había hecho nada para que le negara el cariño y el interés que ella le había otorgado tan voluntariamente... ni merecía ser ahora menospreciada por la persona cuyos consejos siempre habían sido desacertados... Así pues, abandonando sus reflexiones y dominando su emoción, se volvió de nuevo hacia Harriet y en un tono más acogedor reanudó la conversación; porque el tema que la había iniciado, la sorprendente historia de Jane Fairfax, había ya perdido todo interés; ambas pensaban tan sólo en el señor Knightley y en ellas mismas.

Harriet, que había estado absorta en sus gratos ensueños, no dejó de sentirse halagada cuando la despertaron de ellos, al ver la alentadora invitación a hablar que le hacía una persona de tanto criterio, une amiga como la señorita Woodhouse, y no necesitó más que una insinuación para referir toda la historia de sus esperanzas con gran deleite, pero temblorosa de emoción... Mientras hacía preguntas y recibía las respuestas, Emma lograba ocultar mejor que Harriet su emoción, que no era menor que la suya. Su voz no temblaba; pero su espíritu no podía hallarse más turbado por aquel descubrimiento que acababa de hacer, por la aparición de aquel peligro tan amenazador, por la confusión que producían todas aquellas impresiones tan súbitas... Escuchó el relato de Harriet con un gran sufrimiento interior, pero aparentando una gran serenidad; no podía esperar de su amiga que se expresase de un modo metódico, ordenado ni tampoco demasiado claro; pero, una vez distinguidos los equívocos y las repeticiones de la narración, ésta contenía aún sustancia suficiente como para dejarla muy abatida... sobre todo teniendo en cuenta las circunstancias que su propia memoria evocaba ahora, y que corroboraban el hecho de que el señor Knightley había ido teniendo cada vez una opinión más favorable de Harriet.

Desde aquellos dos bailes decisivos Harriet se había ido dando cuenta de que

la actitud del señor Knightley respecto a ella era distinta... Emma sabía que en aquella ocasión él la había encontrado muy superior a todo lo que esperaba. Desde aquel día, o por lo menos desde el momento en que la señorita Woodhouse la alentó a pensar en él, Harriet había empezado a advertir que su amigo hablaba con ella mucho más de lo que antes tenía por costumbre y de que la trataba de una manera totalmente diferente; en su trato había una amabilidad, un afecto... Cada vez iba siendo más consciente de ello. Cuando habían estado paseando todos juntos, ¡él se le había acercado tan a menudo para andar a su lado y le había hablado de un modo tan cariñoso! Parecía como si quisiera tener más amistad con ella. Emma sabía que esta impresión respondía a una realidad. Muchas veces ella misma había observado el cambio casi tanto como su amiga... Harriet repetía frases de aprobación y de elogio que él le había dedicado... y Emma se daba cuenta de que concordaban perfectamente con lo que ella sabía de sus opiniones acerca de Harriet. La elogiaba por carecer de artificio y de afectación, por ser sencilla, sincera, generosa... Sabía que él veía todas estas cualidades en Harriet; le había hablado de ellas en más de una ocasión... Muchas de las cosas que ella guardaba en su memoria, muchos pequeños detalles que revelaban la atención que él le prestaba, una mirada, una frase, el hecho de pasar de una silla a otra, un cumplido disimulado, una preferencia sobreentendida, habían pasado inadvertidos para Emma porque no había sospechado nada semejante. Circunstancias que hubieran bastado para llenar un relato de media hora, y que contenían múltiples indicios para quien las había presenciado, habían pasado por alto a Emma, que ahora escuchando a Harriet se enteraba por vez primera; pero los dos últimos indicios que mencionó, los que constituían las mejores esperanzas para la muchacha, habían tenido como testigo a la propia Emma... El primero era el coloquio que habían sostenido los dos solos en el paseo de los limeros de Donwell, donde habían estado paseando durante un rato antes de la llegada de Emma, y donde él había tenido mucho interés (según ella estaba convencida) por hacer que ambos se separaran de los demás... Y al principio él le había hablado de un modo muy particular, como no lo había hecho nunca antes de entonces, sí, de un modo muy particular... (Harriet al recordarlo no pudo evitar sonrojarse.) Él parecía estar casi preguntándole si había entregado su corazón a alguien... Pero apenas apareció (la señorita Woodhouse) y dio la impresión de que iba a reunirse con ellos, cambió de tema y empezó a hablar de sus cultivos... El segundo indicio era la conversación que sostuvo con ella durante casi media hora antes de que Emma regresase de su visita, la última mañana en que el señor Knightley estuvo en Hartfield... a pesar de que cuando llegó dijo que no podía quedarse más de cinco minutos... y el haberle dicho durante la conversación que aunque debía ir a Londres, era muy contra su voluntad que dejaba su casa, lo cual era mucho más (como advirtió Emma) de lo que su amigo había reconocido ante *ella.* El que, como este hecho indicaba, tuviera más confianza con Harriet, dejó a Emma muy dolida.

Acerca del primero de estos dos indicios, después de reflexionar un poco Emma se atrevió a formular la siguiente pregunta:

-¿Y si hubiese querido decir otra cosa? ¿No es posible que al preguntarte,

según creíste entender, si ya habías entregado tu corazón, estuviese aludiendo al señor Martin? ¿No podía estar pensando en los intereses del señor Martin?

Pero Harriet rechazó enérgicamente la suposición:

-¿El señor Martin? No, no, desde luego que no. No aludió para nada al señor Martin. Creo que ahora tengo demasiada experiencia para pensar en el señor Martin o para que se sospeche que pienso en él.

Una vez Harriet hubo terminado su relato, apeló a la señorita Woodhouse para que le dijera si tenía motivos o no para alimentar esperanzas.

-Yo nunca me hubiese atrevido a pensar en él -le dijo Harriet- si no hubiese sido por ti. Me dijiste que le observara bien, y que mis sentimientos se dejaran guiar por su proceder... y eso es lo que he hecho. Pero ahora empiezo a pensar que tengo motivos justificados para sentir lo que siento; y que si él me elige no me parecerá una cosa tan extraordinaria.

La amargura, la terrible amargura que Emma sintió en su interior al oír estas palabras, le obligó a hacer un gran esfuerzo para dominarse y poder contestar:

-Harriet, yo lo único que puedo decirte es que el señor Knightley es una persona absolutamente incapaz de dar a entender deliberadamente a una mujer que siente por ella más atracción de la que en realidad siente.

Harriet pareció casi dispuesta a adorar a su amiga por una frase tan grata; y Emma sólo logró evitar sus manifestaciones de entusiasmo y de cariño, que en aquel momento le hubieran sido particularmente penosas, gracias a que se oyeron los pasos de su padre que se dirigía hacia el salón; Harriet estaba demasiado alterada para poder presentarse ante él.

-No podría dominarme... El señor Woodhouse se alarmaría... Es mejor que me vaya...

Y así, con la inmediata aprobación de su amiga, salió por otra puerta... Y apenas hubo salido los sentimientos de Emma se exteriorizaron en una espontánea exclamación:

-¡Dios mío! ¡Ojalá nunca la hubiese conocido!

El resto del día y la noche siguiente apenas bastaron a sus pensamientos... Se hallaba turbada por la confusión de todo lo que había irrumpido en su vida en aquellas últimas horas... Cada momento había aportado una nueva sorpresa; y cada sorpresa era un motivo más de humillación para ella... ¿Cómo podía comprenderlo todo? ¿Cómo podía comprender que hubiera estado engañándose a sí misma de aquel modo hasta entonces, viviendo en aquel engaño? ¡Aquellos errores, aquella ceguera de su mente y de su corazón! Se quedó sentada, se paseó, anduvo de una a otra habitación, probó a pasear por el plantío... En todos los lugares, en todas las posiciones no podía dejar de pensar que había obrado de un modo insensato; que se había dejado engañar por los demás de un modo mortificante; que se había estado engañando a sí misma de un modo más mortificante aún; que se sentía desgraciada y que probablemente aquel día no era más que el principio de sus desgracias.

Por el momento lo primero que debía hacer era ver claro, ver totalmente claro en su propio corazón. Hacia este objetivo tendieron todos los momentos de ocio que le permitían tener sus obligaciones para con su padre, y todos los momentos de involuntario ensimismamiento.

¿Cuánto tiempo hacía que sentía aquel afecto por el señor Knightley que ahora sus sentimientos le revelaban con toda evidencia? ¿Cuándo había empezado a ejercer su influencia, aquella clase de influencia, sobre ella? ¿Cuándo había conseguido ocupar en su afecto el lugar que Frank Churchill por un breve espacio de tiempo había ocupado también? Intentó recordar; comparó a los dos... les comparó según la estimación que había sentido por cada uno de ellos desde la época en que conoció a Frank... y como tarde o temprano hubiera tenido que compararlos... ¡Oh! ¡Qué feliz ocurrencia hubiese tenido si se le hubiera ocurrido antes hacer aquella comparación! Se daba cuenta de que en todo momento había considerado al señor Knightley como infinitamente superior al otro, que en todo momento había sentido por él un afecto mucho mayor. Se daba cuenta de que al convencerse a sí misma de lo contrario, al imaginarse que así debía ser y obrar en consecuencia, se había engañado, ignorando totalmente lo que había en su propio corazón... y en resumen... ¡que en realidad nunca había sentido la menor atracción por Frank Churchill!

Ésta fue la conclusión de sus primeras reflexiones. Ésta fue la primera convicción sobre sí misma a la que llegó respondiendo a las primeras preguntas que se había formulado; y sin que necesitara mucho tiempo para ello... Se sentía a un tiempo enojada y apenada... Y se avergonzaba de todos sus sentimientos, menos del que acababa de descubrir... su afecto por el señor Knightley... Todo lo demás que encontraba en su interior le repugnaba.

Con una imperdonable vanidad, se había creído poseedora del secreto de los sentimientos de todo el mundo; con una inexcusable arrogancia, se había propuesto arreglar las vidas de todo el mundo. Y se había demostrado que se había equivocado en todo; y ni siquiera no había hecho nada... porque había provocado desgracias... Había traído la desgracia a Harriet, a ella y mucho se temía que también al señor Knightley.... Si aquella unión, la más desigual de todas las que podían imaginarse, llegaba a ser una realidad, ella sería la responsable de haberla alentado en sus inicios; porque sólo podía pensar que aquel mutuo afecto no había nacido de otra cosa que de la actitud de Harriet; y aunque no hubiera sido así, él nunca hubiera llegado a conocer a Harriet de no ser por las fantásticas imaginaciones de Emma.

¡El señor Knightley y Harriet Smith! Una unión como para hacer olvidar el asombro que pudiera producir cualquier otro enlace... Al lado de éste, el enamoramiento entre Frank Churchill y Jane Fairfax era una cosa corriente, vulgar, que no despertaba ninguna sorpresa ni ofrecía ninguna disparidad, que no se prestaba a decir ni a comentar nada... ¡El señor Knightley y Harriet Smith! ¡Cómo iba a encumbrarse ella y cómo iba a rebajarse él! A Emma le horrorizaba pensar en cómo iba a desmerecer su amigo en la opinión general, le horrorizaba prever las sonrisas, las burlas, las mofas que se harían a sus expensas; la humillación y el desdén de su hermano, las mil dificultades que aquello representaría para él mismo... ¿Era posible? No; no lo era. Y sin embargo estaba lejos, muy lejos de ser algo imposible... ¿Sería la primera vez que un hombre de grandes prendas se sintiese atraído por una mujer muy inferior a él? ¿Sería la primera vez que alguien, quizá demasiado ocupado en sus negocios para buscar por sí mismo, se dejase seducir por una muchacha interesada en

agradarle? ¿Sería la primera vez que ocurría en el mundo algo desproporcionado, inconsistente, incongruente... y que un azar o unas circunstancias, como causas segundas, dirigiesen el destino humano?

¡Oh! ¡Ojalá no se le hubiera ocurrido nunca la idea de querer mejorar la posición de Harriet! ¡Ojalá la hubiera dejado en el puesto que debía ocupar y que él siempre le había dicho que era el suyo! ¡Ojalá nunca hubiese impedido, cometiendo una insensatez que no tenía palabras bastantes para expresar, que se hubiese casado con un joven irreprochable que la hubiese hecho feliz y respetada dentro del género de vida al que debía pertenecer, y no hubiese ocurrido nada de todo aquello! No se hubieran producido ninguna de aquellas terribles consecuencias.

¿Cómo había sido posible que Harriet se hubiera atrevido a pensar en el señor Knightley? ¿Cómo podía atreverse a imaginar que era la elegida de un hombre como aquél antes de que él se lo asegurara formalmente? Pero Harriet era menos humilde, tenía menos escrúpulos que antes... Parecía sentirse menos inferior, tanto intelectualmente como de posición social... Había parecido admirarse más de que el señor Elton accediera a casarse con ella, de que fuese el señor Knightley quien lo hiciese... ¡Pero, ay! ¿No era ésta también su propia obra? ¿Quién si no ella se había preocupado tanto por conseguir que Harriet se valorase a sí misma? ¿Quién sino ella le había inculcado que iba a encumbrarse socialmente, dentro de lo que fuera posible, y que tenía grandes condiciones para aspirar a una situación mucho más elevada? Si Harriet había dejado de ser humilde para ser vanidosa, ésta era también obra suya.

CAPÍTULO XLVIII

HASTA entonces, en que se veía amenazada de perderlo, Emma nunca se había detenido a pensar en lo mucho que dependía su felicidad del hecho de ser la *primera* para el señor Knightley, la primera en su interés y en su afecto... Convencida de que era así, y creyendo que era como un derecho suyo, había disfrutado de ello sin pararse a reflexionar; y sólo ante el temor de verse suplantada advirtió lo indeciblemente importante que había sido para ella... Hacía tiempo, mucho tiempo que sabía que era la primera; ya que, al no tener mujeres en su familia, sólo Isabella podía aspirar a compararse con ella, y Emma siempre había sabido exactamente hasta qué punto quería y apreciaba a Isabella. Durante muchos años Emma siempre había sido su amiga favorita. Ella no lo había merecido; a menudo se había mostrado indiferente, e incluso con mala intención, había desdeñado sus consejos y en ocasiones incluso se había opuesto voluntariamente a él, sin reconocer ni la mitad de sus méritos, disputando con él porque se negaba a admitir la falsa e insolente idea que tenía de sí misma... pero, a pesar de todo, por la relación familiar y por la costumbre, y gradas a su espíritu superior, él la había querido, y había velado por ella desde niña con el propósito de que fuera mejor y con un afán de que obrara rectamente que nadie más había compartido con él. A pesar de todos sus defectos, Emma sabía que la quería; acaso podía decir que la quería mucho... Sin embargo,

cuando pensaba en las posibilidades del futuro no se veía con ánimos de verlas muy halagüeñas. Harriet Smith podía considerarse a sí misma digna de ser amada de un modo especial, exclusivamente, apasionadamente por el señor Knightley. Ella no. No podía engañarse a sí misma pensando que él estaba ciego al sentirse interesado por Harriet. Tenía una prueba muy reciente de su imparcialidad... ¡Cómo se había disgustado al ver su proceder con la señorita Bates! ¡De qué modo tan claro y tan enérgico se había expresado sobre aquel caso! No demasiado enérgico si se tenía en cuenta la ofensa... pero sí, con mucho, demasiado enérgico, como para suponer que detrás de aquella actitud había un sentimiento menos rígido que el de una justicia inexorable y una buena voluntad clarividente... No tenía esperanzas, nada que mereciera el nombre de esperanzas de que pudiera sentir por ella aquella clase de afecto en la que ahora pensaba; pero había una esperanza (a veces débil, otras mayor) de que Harriet se hubiese engañado a sí misma y diera al afecto que el señor Knightley sentía por ella más importancia de la que en realidad tenía... debía desear por el bien de su amigo... que ella fuera la única en pagar las consecuencias, pero que siguiera soltero hasta el fin de su vida. Si Emma hubiera estado segura de esto, de que él nunca se iba a casar, estaba convencida de que quedaría totalmente satísfecha... Sólo que siguiera siendo el mismo señor Knightley para ella y para su padre, el mismo señor Knightley para todo el mundo; que Donwell y Hartfield no perdieran nada de su inapreciable trato amistoso y cordial, y la paz de Emma quedaría asegurada para siempre... en realidad el matrimonio no estaba hecho para ella. Sería incompatible con sus deberes para con su padre y con lo que sentía por él. Nada podría separarla de su padre. No se casaría, ni siquiera si se lo pidiese el señor Knightley.

Su más ardiente deseo debía ser que Harriet tuviera una decepción; y confiaba que cuando pudiera volver a verles juntos por lo menos podría conjeturar qué posibilidades habían para ello. A partir de entonces les observaría con la máxima atención; y por desgracia como hasta entonces ni siquiera había sabido comprender a las personas que había estado vigilando, no sabía cómo llegar a admitir que también en aquella ocasión podía equivocarse... Esperaba volver a ver al señor Knightley un día u otro. No tardaría en poder ejercitar sus dotes de observación... incluso le parecía demasiado pronto cuando pensaba en el rumbo que podían tomar las cosas. Entre tanto decidió no volver a ver a Harriet... No beneficiaría a ninguna de las dos ni se sacaría ninguna ventaja de hablar más de aquel asunto... Estaba decidida a no dejarse convencer mientras pudiera dudar, y sin embargo no tenía motivos para oponer a las esperanzas de Harriet. Hablando sólo conseguiría enojarse... Por lo tanto le escribió de un modo amable pero resuelto rogándole que por el momento no fuera por Hartfield; reconociendo de que estaba convencida que era mejor evitar toda nueva discusión confidencial acerca de *cierto* tema; y diciendo que confiaba que si dejaban pasar unos cuantos días sin verse excepto en compañía de otras personas... sólo se oponía a un *tête-à-tête...* podrían obrar como si hubiesen olvidado la conversación del día anterior... Harriet se sometió, aprobó la idea y manifestó su gratitud.

Apenas acababa de resolver esta cuestión, cuando tuvo una visita que vino a

distraerla un poco de aquel único tema en el que había estado pensando tanto dormida como despierta, durante las últimas veinticuatro horas. La señora Weston que había visitado a su futura nuera, al regresar a su casa había decidido pasar por Hartfield considerando como un deber para con Emma y un placer para ella misma el referirle todos los detalles de una entrevista tan interesante.

El señor Weston la había acompañado a casa de la señora Bates, y allí había desempeñado el papel que le correspondía con toda dignidad; pero luego su esposa había convencido a la señorita Fairfax para que salieran juntas a dar un paseo, y ahora volvía con muchas más cosas que contar, y muchas más cosas que contar con satisfacción, de las que un cuarto de hora pasado en el salón de la señora Bates, en la embarazosa situación que allí se hubiera creado, hubiesen podido sugerirle.

Emma sentía un poco de curiosidad; y prestó mucha atención a todo lo que le iba contando su amiga. La señora Weston había efectuado aquella visita en un estado de ánimo muy incierto; y al principio había pensado que por el momento era mejor no visitarlas, y conformarse con escribir a la señorita Fairfax aplazando esta ceremoniosa visita hasta que hubiera pasado algún tiempo más, y el señor Churchill accediera a que se hiciese público el compromiso; ya que había que tener en cuenta que en su opinión una visita como aquélla no podía hacerse sin que se diera pábulo a comentarios... Pero el señor Weston pensaba de un modo muy distinto; estaba extraordinariamente ansioso por demostrar a la señorita Fairfax y a su familia que aprobaba la elección de su hijo, y no concebía que aquello pudiese despertar ninguna sospecha; y en caso de ser así, no tendría ninguna importancia; porque «esas cosas», según dijo, «siempre acaban por saberse». Emma sonrió y pensó que el señor Weston tenía muy buenas razones para opinar de este modo. En resumen, que habían ido... encontrándose con que el desconcierto y la turbación de la joven no podía ser mayor. Apenas había podido decir ni una palabra, y todo su aspecto y sus actitudes demostraban que se hallaba profundamente afectada. La serena y cordial satisfacción de la anciana y la entusiástica alegría de su hija, que resultó ser tan intensa que ni siquiera le dejaba hablar tanto como de costumbre, constituyeron en medio de todo un grato espectáculo, casi conmovedor; tan respetable parecía su felicidad, tan desinteresada en sus manifestaciones; pensaban tanto en Jane, tanto en todo el mundo, y tan poco en ellas mismas, que suscitaban los sentimientos más entrañables. La reciente enfermedad de la señorita Fairfax ofreció a la señora Weston una excelente excusa para invitarla a dar un paseo; al principio se había mostrado retraída y había rechazado el ofrecimiento, pero al ver que se insistía, terminó aceptando; y durante aquel paseo en coche la señora Weston, alentándola con palabras llenas de afecto, consiguió vencer su reserva, y hacer que conversaran sobre el tema que a ambas les interesaba más. Jane empezó por excusarse por el silencio poco amable con que había recibido a los dos esposos, y manifestó la enorme gratitud que siempre había sentido por ella y por el señor Weston; pero una vez terminadas estas efusiones, hablaron durante un buen rato del estado presente y futuro de aquel compromiso matrimonial. La señora Weston estaba convencida

de que aquella conversación debía constituir un gran alivio para su compañera, que durante tanto tiempo había estado tan encerrada en sí misma, y quedó muy complacida con todo lo que ella le dijo acerca del caso.

-Sobre todo lo que había sufrido, ocultándolo durante tantos meses -continuó la señora Weston-, me ha hablado con mucha energía. Una de las cosas que me ha dicho ha sido: «No voy a decir que desde que me prometí con él no haya tenido momentos felices; pero sí que desde entonces no he disfrutado de una sola hora de tranquilidad...» Y al decir esto le temblaban los labios, Emma, y te aseguro que ha sido algo que me ha llegado muy hondo.

-¡Pobre muchacha! -dijo Emma-. Entonces, ella cree que hizo mal al aceptar el prometerse en secreto, ¿no?

-¿Que hizo mal? Creo que nadie le haría más reproches de los que está dispuesta a hacerse a sí misma. «Las consecuencias», me decía, «para mí han sido un estado de continua zozobra; y así tenía que ser; pero a pesar de todo el castigo que un mal proceder puede acarrearnos, el proceder no por eso deja de ser menos malo. Sufrir no es expiar. No puedo disculparme. He estado obrando contrariamente a lo que yo creía que era justo; y el final feliz que ahora ha tenido todo y las atenciones que estoy recibiendo es lo que mi conciencia me dice que no merezco». «No se imagine usted», me ha dicho también, «que he recibido malas enseñanzas. No crea que pueden tener la culpa los principios que me dieron ni los amigos que se cuidaron de educarme. El error ha sido sólo mío; y le aseguro que, a pesar de todas las disculpas que las presentes circunstancias aparentemente puedan darme, espero con mucho temor el momento en que tenga que contar esta historia al coronel Campbell».

-¡Pobre muchacha! -repitió Emma-. Estoy segura de que le quiere apasionadamente. Sólo el amor ha podido empujarla a aceptar una situación como ésta. Sus sentimientos pudieron más que su razón.

-Sí, no tengo la menor duda de que está muy enamorada de él.

-Me temo -replicó Emma suspirando- que yo muchas veces debo haber contribuido a que se sintiera desgraciada.

-¡Oh, querida! Por tu parte tú no podías ser más inocente. Pero probablemente ella estaba pensando en algo de eso cuando ha aludido a las desavenencias de que Frank ya nos había dicho algo. Me decía que una consecuencia natural de esta situación insostenible en la que ella misma se había puesto, era que se había vuelto poco comprensiva. Al ser consciente de que obraba mal, estaba expuesta a mil inquietudes y se había vuelto suspicaz e irritable, hasta un extremo que forzosamente tenía, como así fue, que resultar difícil de soportar para él. «Yo no era comprensiva, como debía haberlo sido», me ha dicho, «con su manera de ser, con su carácter alegre, expansivo, con su propensión a tomarlo todo un poco como un juego, que en cualquier otra circunstancia estoy segura de que me hubieran hechizado constantemente como me hechizaron en un principio». Luego me ha empezado a hablar de ti, de lo amable que habías estado con ella durante su enfermedad; y ruborizándose de un modo que me ha demostrado hasta qué punto estaba relacionada una cosa con la otra, me ha suplicado que cuando tuviera ocasión te diera las gracias... Yo nunca podré agradecerte bastante todos tus deseos y todos tus intentos de ayudarla. Ella se

da cuenta de que nunca te ha correspondido como merecían tus buenas intenciones.

-Si yo ahora no supiese que ella es feliz -dijo Emma muy seria-, y tiene que serlo, a pesar de los escrúpulos de conciencia que pueda tener en estos momentos, no podría aceptar que me diese las gracias... Porque si fuéramos a hacer recuento de todo el bien y todo el mal que yo he hecho a Jane Fairfax... Bueno -dominándose, e intentando mostrarse más alegre-, hay que olvidar todo eso. Has sido muy amable al darme todos esos pormenores tan interesantes. Demuestran lo mucho que vale esta muchacha. Estoy segura de que es muy buena... y espero que será muy feliz. Es mejor que ya que la fortuna está toda de parte de él, las cualidades estén todas de parte de ella.

La señora Weston no podía dejar de dar una réplica a esta conclusión. Ella seguía pensando bien de Frank en casi todos los aspectos; y, más aún, le quería mucho, y su defensa fue por lo tanto muy apasionada; impulsada por su gran afecto, expuso una serie de argumentos muy razonables... pero todo aquello no bastaba para retener la atención de Emma; ésta no tardó en estar pensando en Brunswick Square o en Donwell y se olvidó de escuchar. Y cuando la señora Weston terminó diciendo «Todavía no hemos recibido la carta que estamos esperando con tanto interés, pero no creo que pueda tardar mucho...», se vio obligada a hacer una pausa antes de contestar, y por fin a contestar al buen tuntún, antes de que pudiese recordar qué carta era aquella que tenían tanto interés por recibir.

-¿Te encuentras bien, Emma? -fue la última pregunta de la señora Weston al despedirse.

-¡Oh! Perfectamente... Yo siempre me encuentro bien, ya lo sabes. No te olvides de decirme algo de la carta tan pronto como la recibáis.

Las confidencias de la señora Weston proporcionaron a Emma más materia para reflexiones desagradables al aumentar su estima y su compasión, por la señorita Fairfax, y al avivar el recuerdo de lo injusta que había sido con ella tiempo atrás. Lamentaba amargamente no haber intentado tener con ella una amistad más íntima, y enrojecía de vergüenza al tensar que en buena parte la causa de su actitud no había sido otra que la envidia. Si hubiese hecho caso de los deseos del señor Knightley prestando estas atenciones a la señorita Fairfax, como era en todos los aspectos su deber; si hubiese intentado conocerla mejor; si hubiese hecho todo lo posible por su parte porque se estableciera un trato más íntimo; si hubiese tratado de hacer de ella su amiga en vez de elegir a Harriet Smith... De haber obrado así, según todas las probabilidades ahora se hubiese ahorrado aquellas zozobras que entonces estaban acosándola... Por su cuna, por sus aficiones, por su educación, parecía destinada a ser amiga suya, a que ella la acogiese con agrado; y por parte de Jane... ¿Cómo era aquella muchacha? Suponiendo incluso que nunca hubieran llegado a ser amigas íntimas; que la señorita Fairfax no hubiese tenido la suficiente confianza con ella como para revelarle el secreto... lo cual era lo más probable... a pesar de todo, conociéndola como hubiese podido y debido conocerla, se hubiese evitado concebir aquellas odiosas sospechas acerca de un indigno enamoramiento con el señor Dixon, sospechas que no sólo había concebido y alimentado en su

mente, sino que también había confiado de un modo imperdonable a otras personas; una idea que ella mucho temía que hubiera sido uno de los mayores motivos de aflicción para los delicados sentimientos de Jane, debido a la ligereza y al atolondramiento de Frank Churchill. De todo lo que podía hacer daño a la joven desde su llegada a Highbury, estaba convencida de que ella había sido la fuente principal de sus inquietudes. Tenía que ver en ella a un enemigo perpetuo. Los tres nunca habían estado juntos sin que Emma no hubiese perturbado la paz de Jane Fairfax en mil detalles; y en Box Hill tal vez había conocido unos sufrimientos espirituales que le habían hecho pensar que ya no podía resistir más.

Aquel día en Hartfield el atardecer fue muy largo y muy triste. Y el tiempo pareció contribuir a hacer más sombrías aquellas horas. Se desató una borrasca de lluvia fría, y julio sólo era patente en los árboles y arbustos, que el viento iba desnudando, y en la duración de la luz, que prolongaba aún por más tiempo aquel melancólico espectáculo.

El mal tiempo afectaba al señor Woodhouse; y el único modo de que se sintiera pasablemente a gusto fue recibir constantes atenciones por parte de su hija, que a Emma le costaron doble esfuerzo del que hasta entonces había necesitado en aquellos casos. Aquella tarde le recordaba la primera vez en que padre e hija quedaron solos, la tarde del día en que se casó la señora Weston; pero poco después del té, el señor Knightley había ido a visitarles disipando así hasta la última sombra de tristeza. Pero, ¡ay!, aquellas gratas demostraciones de la atracción que ejercía Hartfield, como lo probaba aquel tipo de visitas, no tardarían mucho en tener un fin. Las perspectivas de tedio que entonces Emma había previsto para el invierno siguiente habían resultado erróneas; ningún amigo les había abandonado, no habían perdido ninguna distracción... Pero ahora temía que no iba a ser tan afortunada como entonces en el resultado de sus sombrías predicciones... El porvenir que se abría ante ella era tan amenazador que no podía ser totalmente conjurado... que ni siquiera en parte parecía poder llegar a ser más halagüeño. Si todo lo que podía ocurrir en el círculo de sus amistades ocurría, Hartfield debía quedar relativamente abandonado; y ella tendría que alentar a su padre con los ánimos que le quedaran de su desaparecida felicidad.

El niño que iba a nacer en Randalls crearía un vínculo mucho más fuerte que el que representaba ella misma; y el corazón y el tiempo de la señora Weston serían absorbidos por él. La perderían. Y probablemente en gran parte iban a perder también a su marido... Frank Churchill no volvería más; y era lógico suponer que la señorita Fairfax pronto dejara de pertenecer a Highbury. Se casarían y se instalarían en Enscombe o cerca de allí. Iba a perder a las personas que más apreciaba; y si a estas pérdidas había que añadir la de Donwell, ¿qué amigos cordiales e inteligentes iban a quedar cerca de ella? ¡El señor Knightley ya no volvería a hacerles compañía por las tardes! ¡Ya no volvería a visitarles a todas horas, como si estuviera siempre dispuesto a cambiar su propio hogar por el suyo! ¿Cómo iba a poder soportar todo eso? Y si la causa de que le perdieran era Harriet; si a partir de entonces había que resignarse a la idea de que encontraba en la compañía de Harriet todo lo que él necesitaba; si

Harriet iba a ser para él la elegida, la primera, la amiga más querida, la esposa en quien debía cifrar toda la felicidad del mundo; ¿qué idea podía resultar más desconsoladora para Emma, sino la que no podría jamás apartarse de su mente, de que todo habría sido obra suya?

Cuando sus reflexiones llegaban a este punto extremo, no podía evitar estremecerse, emitir un profundo suspiro e incluso pasear por la habitación durante unos breves segundos... y el único pensamiento del que podía extraer algo parecido a un consuelo, a una resignación, era su decisión de que a partir de entonces iba a corregirse, y la esperanza de que, aunque el próximo invierno y todos los demás inviernos que vinieran no pudieran compararse a los pasados en animación y en alegría, iban a encontrarla más sensata, conociéndose más a sí misma, y terminarían dejándole menos cosas de que arrepentirse.

CAPÍTULO XLIX

DURANTE toda la mañana siguiente continuó haciendo más o menos el mismo tiempo; y en Hartfield parecía reinar la misma soledad y la misma melancolía... pero a primera hora de la tarde el cielo se despejó; el viento cedió en fuerza; las nubes se disiparon; lució el sol; había vuelto el verano; con toda la vehemencia que inspira un cambio de tiempo como éste, Emma se propuso salir al aire libre lo antes posible. Nunca el maravilloso espectáculo, los olores, la sensación de la naturaleza tranquila, cálida, brillante, después de una tempestad, le habían resultado más atractivos; ansiaba la serenidad que todo ello iba a introducir gradualmente en su espíritu; y al visitarles el señor Perry poco después de comer, con toda una hora libre para consagrar a su padre, aprovechó en seguida la ocasión para salir al jardín... Allí, con el ánimo más reposado, y las ideas un poco calmadas, dio unas cuantas vueltas; cuando vio al señor Knightley franqueando la puerta del jardín y dirigiéndose hacia ella... Era la primera noticia que tenía de que había vuelto de Londres. Un momento antes Emma había estado pensando en él considerándole sin la menor vacilación a dieciséis millas de distancia. Sólo tenía tiempo para hacer una rápida composición de lugar. Tenía que dominarse y sosegarse. Al cabo de medio minuto estuvieron el uno enfrente del otro. Los «¿Cómo está usted?» fueron tranquilos y mesurados por una y otra parte. Ella le preguntó por sus amigos mutuos; estaban todos bien.

-¿Cuándo ha salido de Londres?

-Esta misma mañana.

-Ha debido mojarse por el camino.

-Sí.

Emma vio que deseaba que dieran un paseo juntos.

-He echado una ojeada al comedor, y como he visto que no me necesitaban prefiero estar al aire libre.

Por su aspecto y su manera de hablar parecía contrariado; y la joven, inspirada por sus temores, pensó que posiblemente la causa de ello era que tal vez había comunicado sus proyectos a su hermano, y estaba preocupado por la actitud con que éste los había acogido. Se pusieron a andar juntos. Él guardaba

silencio. Emma tenía la impresión de que de vez en cuando la miraba de reojo, como si quisiera leer en su rostro más de lo que a ella le convenía dejar entrever. Y esta suposición le inspiró otro temor. Quizá quería hablarle de su amor por Harriet; posiblemente sólo esperaba que ella le diera pie para empezar sus confidencias... Pero Emma no lo hacía, no podía hacerlo, no se sentía con fuerzas para hacer que la conversación derivase hacia aquel tema. Él tendría que hacérselo todo. Pero no podía soportar aquel silencio, que, tratándose de él, era algo tan fuera de lo común. Estuvo pensando... se decidió... y por fin, intentando sonreír, empezó:

-Ahora que ha regresado se enterará usted de noticias que más bien le sorprenderán.

-¿De veras? -dijo él con calma, mirándola-. Y ¿de qué clase?

-¡Oh! Las mejores noticias del mundo... una boda.

Tras hacer una breve pausa, como para asegurarse de que ella no iba a decir nada más, replicó:

-Si se refiere a la de la señorita Fairfax y Frank Churchill ya me lo han dicho.

-¿Cómo es posible? -exclamó Emma, volviendo hacia él su rostro encendido.

Pero mientras hablaba se le ocurrió que yendo hacia allí podía haberse detenido a visitar a la señora Goddard.

-Esta mañana he recibido una carta del señor Weston sobre asuntos de la parroquia, y al final me hacía un pequeño resumen de todo lo que había ocurrido.

Emma se sintió más aliviada, y al momento pudo decir con un poco más de serenidad:

-Entonces probablemente le habrá sorprendido menos que a los demás, porque usted ya tenía sus sospechas... No he olvidado que en cierta ocasión usted intentó prevenirme... Ojalá le hubiera hecho caso... pero -bajando la voz y dando un profundo suspiro- está visto que estoy condenada a no saber ver nunca esas cosas...

Durante unos momentos hubo un silencio, y Emma no advirtió que sus palabras habían causado una profunda impresión en su interlocutor, hasta que sintió que le cogía la mano y se la llevaba al corazón, y le oyó decir en voz baja en un tono muy emocionado:

-El tiempo, mi querida Emma, el tiempo curará esta herida... Tiene usted un gran sentido común... tiene que hacer un esfuerzo pensando en su padre... ya sé que para usted misma...

Volvió a apretar de nuevo la mano de la joven, mientras añadía con voz aún más cálida y más entrecortada:

-El más fiel de los amigos... indignación... aquel odioso canalla... -Y en un tono más bajo, más resuelto-: Pronto se irá... Pronto se irán al Yorkshire. Lo siento por *ella.* Merece mejor suerte.

Emma le comprendió; y apenas pudo recuperarse de la intensa sensación de gozo que le había producido aquella prueba de afecto por parte de él, replicó:

-Es usted muy bueno... pero se equivoca... Y tengo que decirle cuál es la verdad... No necesito esta clase de compasión. Mi ceguera ante todo lo que estaba pasando me llevó a actuar de un modo del que siempre me avergonzaré,

y me vi neciamente tentada a decir y a hacer muchas cosas que pudieron dar pie a las suposiciones más desagradables, pero ésta es la única razón que tengo para lamentar el no haber estado antes en el secreto.

-¡Emma! -exclamó él mirándola afanosamente-. ¿Es cierto lo que dice? -Pero en seguida, dominando su entusiasmo-: No, no... ya le entiendo. Perdóneme... me alegro de que pueda decir eso... No, ciertamente no vale la pena lamentar su pérdida. Y confío en que no pase mucho tiempo antes de que no sea sólo su razón la que reconozca todo eso... ¡Ha tenido usted suerte de que su corazón no se hubiera comprometido más! Le confieso que, por la actitud de usted, yo nunca podía estar seguro de hasta dónde llegaban sus sentimientos... sólo tenía la seguridad de que había una predilección... una predilección de la que yo nunca le consideré merecedor. Es alguien que deshonra el apelativo de hombre... ¿Y un ser así ha de recibir en recompensa una muchacha tan encantadora? ¡Jane, Jane! ¡Qué desgraciada serás!

-Señor Knightley -dijo Emma, tratando de mostrarse animosa, pero sintiéndose en realidad en medio de la mayor confusión-, me pone usted en una situación muy delicada. No puedo dejar que siga en este error; y, sin embargo, tal vez, puesto que mi proceder le dio esta impresión, no me faltan motivos para sentirme tan avergonzada de confesar que nunca me he sentido enamorada de la persona de que estamos hablando, como podría sentirse una mujer que confesara exactamente todo lo contrario... ¡Nunca...!

Él la escuchó en silencio. Emma hubiese querido que le hablara, pero él seguía callado. Supuso que debía añadir algo más antes de hacerse merecedora de su clemencia; pero se resistía a verse obligada a rebajarse a sí misma ante él. Sin embargo, siguió diciendo:

-Mi proceder tiene pocas disculpas... Me tentaron sus atenciones, y me permití a mí misma mostrarme complacida... Una vieja historia... probablemente un caso muy corriente... algo que les habrá ocurrido a centenares de mujeres antes que a mí; y con todo no es la más disculpable la que como yo sienta plaza de «inteligente». Concurrieron muchas circunstancias en esa tentación. Él era el hijo del señor Weston... le tenía constantemente junto a mí... siempre le encontraba muy agradable... y, en resumen -con un suspiro-, no voy a ocultarle con frases ingeniosas cuál ha sido la causa más importante de todo esto... halagaba mi vanidad, y consentí sus atenciones. Sin embargo, en estos últimos tiempos... la verdad es que durante cierto tiempo yo no pensaba que aquello pudiera significar algo... lo consideraba como una costumbre, un juego... nada que me comprometiese seriamente ante mí misma... En cierto modo había triunfado sobre mí, pero sin hacerme daño. Nunca había estado enamorada de él. Y ahora puedo interpretar aproximadamente su conducta. Él nunca quiso enamorarme. Aquello no era más que una pantalla para ocultar su verdadera situación con otra mujer... -Su propósito era engañar a todos los que le rodeaban; y estoy segura de que nadie pudo engañarse de un modo más efectivo que yo... sólo que *no* me engañé... ésta fue mi mayor suerte... por el motivo que fuera, me libré de él.

Al llegar a este punto Emma hubiera deseado que él le respondiera... aunque sólo fueran unas pocas palabras para decir que por lo menos su conducta era

comprensible; pero seguía en silencio; y, por lo que ella podía conjeturar, sumido en sus pensamientos. Por fin, casi en su tono habitual, dijo:

-Nunca he tenido una buena opinión de Frank Churchill... Sin embargo, siempre puedo suponer que no haya sabido apreciar sus cualidades... Mi relación con él ha sido muy superficial. E incluso admitiendo que hasta ahora le haya juzgado como merece, creo que puede llegar a ser mucho mejor... Con una mujer como Jane tiene una posibilidad... *No* tengo ningún motivo para desearle mal... y por el bien de ella, cuya felicidad va a depender de su buen carácter y de su conducta, desde luego le deseo todo el bien del mundo.

-No tengo ninguna duda de que serán felices juntos -dijo Emma-; estoy segura de que están sinceramente enamorados el uno del otro.

-¡Es un hombre afortunado! -exclamó el señor Knightley con énfasis-. Tan joven aún, a los veintitrés años, a una edad en la que cuando un hombre elige esposa generalmente elige mal... ¡A los veintitrés años conseguir algo de tanto valor! Dentro de lo que es humanamente posible prever, ¡cuántos años de felicidad le esperan! Haber conquistado el amor de una mujer como ella... un amor desinteresado, porque el modo de ser de Jane Fairfax es el de una persona del máximo desinterés; todo está en favor de él... igualdad de situación..., me refiero, por lo que respecta a la sociedad, y todas las costumbres y modales que realmente cuentan; hay igualdad en todos los aspectos, excepto en uno... y éste, ya que no es posible dudar de la pureza de intenciones de ella, aún contribuirá a la felicidad de él, ya que le permitirá ofrecerle las únicas ventajas de las que ella carece ahora... Un hombre siempre desea dar a una mujer un hogar mejor que aquel de donde la ha sacado; y quien puede hacerlo, cuando no hay dudas acerca del amor de ella, debe de ser, en mi opinión, el más feliz de los mortales... Sí, Frank Churchill es un favorito de la fortuna. Todo lo que le ocurre es en beneficio suyo... Conoce a una joven en un balneario, conquista su afecto, ni siquiera la alarma con la ligereza de su carácter... y si él y toda su familia hubiesen dado la vuelta al mundo buscándole una esposa perfecta, no la hubiesen encontrado superior a ella... Su tía se opone... su tía muere... Sólo tiene que hablar... Sus amigos están dispuestos a ayudarle a ser feliz... Se ha portado mal con todo el mundo... y todo el mundo está encantado de perdonarle... ¡La verdad es que es hombre de suerte!

-Habla usted como si le envidiase.

-Y le envidio, Emma. En una cosa le aseguro que le envidio.

Emma no se atrevió a decir nada más. Parecían estar ya a medio camino de hablar de Harriet, y en aquel momento todo lo que quería era evitar aquel tema, si era posible. Se trazó un plan; le hablaría de algo totalmente distinto... los niños de Brunswick Square; y cuando ya se disponía a hablar, el señor Knightley la sorprendió diciendo:

-No va usted a preguntarme en qué le envidio... Veo que está decidida a no tener curiosidad... Es usted prudente... pero yo no puedo serlo. Emma, debo decirle lo que no va a preguntarme, a pesar de que quizás un momento después me arrepienta de haberlo dicho.

-¡Oh! Entonces no me lo diga, no me lo diga -exclamó ella rápidamente-. Tómese más tiempo, reflexione, no se precipite.

-Muchas gracias -dijo él en un tono ofendido.

Y no añadió ni una sílaba más. Emma no podía soportar la idea de haberle hecho daño. Él tal vez deseaba hacerle una confidencia... tal vez consultarle algo...; por mucho que le costara, le escucharía. Podía ayudarle a resolverse o a confirmarle en su opinión. Podía limitarse a elogiar a Harriet o, recordándole el valor de su independencia, sacarle de aquel estado de indecisión que para un espíritu como el suyo debía de ser más doloroso que cualquier alternativa... Habían llegado frente a la puerta de la casa.

-¿Entra usted? -le preguntó él.

-No -replicó Emma, segura ya de su decisión, al ver el abatimiento que demostraba él al hablar-. Me gustaría seguir el paseo. El señor Perry aún no se ha ido.

Y después de dar unos pasos añadió:

-Hace un momento le he interrumpido muy bruscamente, señor Knightley, y temo haberle ofendido... Pero si desea hablar francamente conmigo como amiga, o pedirme la opinión sobre cualquier cosa que tenga usted en proyecto... como amiga estoy a su disposición. Escucharé todo lo que quiera decirme. Y le diré exactamente lo que piense.

-¡Como amiga! -repitió el señor Knightley-. Emma, lo que temo es una palabra... *No,* no, prefiero que no... Sí... quédese... ¿por qué voy a vacilar? Ya he ido demasiado lejos para poder ocultarlo ahora... Emma, acepto su ofrecimiento... Por raro que pueda parecerle, lo acepto y me confío a usted como amiga... Dígame... ¿Puedo tener alguna esperanza?

Se interrumpió como para dar más énfasis a su pregunta, mientras con la mirada dominaba completamente a la joven.

-Mi querida Emma -siguió diciendo-, porque querida lo será usted siempre para mí, sea cual sea el resultado de esta hora de conversación, mi querida Emma, mi amada Emma... contésteme en seguida. Diga «no» si es eso lo que tiene que decir.

Emma era absolutamente incapaz de decir nada, y él exclamó muy excitado:

-¡Se calla usted! ¡No dice nada! Por ahora no pregunto más.

Emma estaba casi a punto de desvanecerse por la emoción de aquellos momentos. Entonces el sentimiento más acusado en ella era el temor a despertar del más feliz de los sueños.

-No soy hombre de muchas palabras, Emma -siguió diciendo en un tono tan sincero, tan decidido, tan afectuoso, que no podía sino convencer-. Si la quisiera menos tal vez podría hablar más. Pero ya sabe cómo soy... De mí sólo ha oído la verdad... Yo le he hecho reproches y la he sermoneado, y usted lo ha soportado como ninguna otra mujer en toda Inglaterra lo hubiese *hecho...* Soporte ahora las verdades que tengo que decirle, mi querida Emma, como siempre las ha soportado... Mis modales tal vez no las abonan demasiado. Sé bien que no he sido un enamorado ejemplar... Pero usted ya me comprende... Sí, usted ve, usted comprende mis sentimientos... Y, si puede, corresponderá a ellos. Ahora sólo le ruego que me deje oír, aunque sólo sea una vez, que me deje oír su voz.

Mientras el señor Knightley hablaba, la mente de ella estaba en plena

actividad, y con toda la prodigiosa celeridad del pensamiento había podido, sin perder ni una palabra, captar y comprender cuál era la verdad exacta de todo aquello; ver que las esperanzas de Harriet habían sido totalmente infundadas, un error, un engaño, un engaño tan total como cualquiera de los suyos propios... que Harriet no era nada para él; que ella lo era todo; que lo que ella había estado diciendo relativo a Harriet había sido tomado como expresión de sus propios sentimientos; y que su agitación, sus dudas, su contrariedad, su desánimo, él los había tomado como un medio de desanimarle a él que Emma había adoptado... y no sólo tenía que ir haciéndose cargo de todas esas cosas que significaban tanta felicidad para el porvenir; había también que alegrarse de no haber revelado el secreto de Harriet, y de decidir que ya no era necesario, ni se haría... Ahora era todo lo que podía hacer por su pobre amiga; ya que, por lo que se refiere al heroísmo del sentimiento que podía haberla impulsado a intentar que él transfiriese su amor de Emma a Harriet, como la más digna, infinitamente más digna, de las dos... o incluso a la actitud mucho más sencilla y sublime de decidir rechazarle al momento y para siempre, sin confesar los motivos, por el hecho de que no pudiera casarse con ambas... No, Emma no estaba dispuesta a esos sacrificios. Pensaba en Harriet con pena y arrepentimiento; pero en su espíritu el impulso de generosidad no alcanzó extremos de insensatez que se hubieran opuesto a todo lo que podía ser probable o razonable. Había desencaminado a su amiga, y ésta sería siempre para ella un reproche viviente; pero su buen juicio era tan firme como sus sentimientos, tan firme como lo había sido siempre, y no podía aceptar para él una unión como aquélla, tan desigual y tan impropia. El camino que Emma veía ante sí era claro, pero no sin dificultades... Ante sus apremios se vio forzada a hablar... ¿Qué es lo que dijo? Exactamente lo que debía decir, por supuesto... Como hace siempre una dama... Dijo lo suficiente para darle a entender que no tenía por qué desesperarse... invitándole a decir algo más. Por un momento él había perdido las esperanzas, al ver que se le instaba a la prudencia y al silencio, como si aquello representase una negativa... ella había empezado por, negarse a oírle... Luego el cambio de actitud había sido un tanto brusco... Su proposición de seguir paseando, el modo en que Emma había reanudado la conversación que ella misma acababa de interrumpir no había dejado de causarle sorpresa... Ella se daba cuenta de que había obrado de un modo incongruente; pero el señor Knightley fue tan amable que prefirió olvidar el caso, y no le pidió más explicaciones.

Pocas veces, muy pocas, sucede que los seres humanos pueden obrar mostrando la verdad completa acerca de sus actos; casi siempre queda algo un poco oculto, algo en una cierta penumbra; pero cuando, como en este caso, si hay algo oculto en la manera de obrar, pero no en los sentimientos, no tiene gran importancia... El señor Knightley no podía encontrar un corazón más enamorado que el de Emma, un corazón más dispuesto a aceptar el suyo.

En realidad él no había tenido ni la menor sospecha de la influencia que ejercía sobre la joven; había salido a su encuentro en el jardín sin la intención de ponerla a prueba. Había acudido a Hartfield preocupado por ver cómo ella había tomado la noticia del compromiso matrimonial de Frank Churchill, sin ninguna

mira egoísta, sin ninguna intención de ninguna clase, excepto la de intentar, si ella se lo permitía, consolarla o aconsejarla... El resto había sido obra de las circunstancias, el efecto inmediato de lo que oyó y también de sus sentimientos. La grata certidumbre de que Emma sólo sentía indiferencia por Frank Churchill, de que jamás le había entregado su corazón, hizo nacer en él la esperanza de que con el tiempo podía llegar a conquistarlo para sí; pero no había sido una esperanza de algo concreto, inmediato... tan sólo, en aquellos momentos en los que la vehemencia de su anhelo se impuso a su razón, aspiraba a oír que ella no se oponía a su tentativa de llegar a conquistar su amor... Las esperanzas de algo más que progresivamente se le fueron ofreciendo le dejaron enajenado de alegría... El afecto que él había estado rogando que le permitiera crear dentro de lo posible, era ya suyo... En media hora había pasado de un estado de ánimo totalmente abatido, a algo tan semejante a la felicidad perfecta, que éste era el único nombre que podía darle.

El cambio experimentado por ella fue parecido... Aquella media hora había dado a ambos la misma inapreciable certeza de ser amados, había disipado en uno y otro las mismas brumas de la incomprensión, de los celos, de la desconfianza... Por parte de él habían sido unos celos muy antiguos, que se remontaban a la época de la llegada de Frank Churchill, e incluso antes, cuando aún se le esperaba... Había estado enamorado de Emma y celoso de Frank Churchill desde aquellos días en los que probablemente un sentimiento le había permitido darse cuenta del otro... Habían sido sus celos de Frank Churchill que le habían hecho dejar Highbury... La excursión a Box Hill le había impulsado a partir. Consideró que por lo menos así evitaría el volver a ser testigo de todas aquellas atenciones que ella permitía y alentaba... Se había ido para aprender a ser indiferente... Pero para ello había elegido un mal lugar. Había demasiada felicidad doméstica en la casa de su hermano; la mujer representaba allí un papel demasiado atractivo; Isabella se parecía demasiado a Emma... diferenciándose sólo de ella en una serie de cosas en las que era claramente inferior, y que no hacían más que evocarle con mucha más fuerza el recuerdo de su amiga; por mucho que hubiese hecho, aunque se hubiese quedado allí mucho más tiempo, hubiese sido inútil. Sin embargo, permaneció allí tercamente, día tras día... hasta que aquella misma mañana el correo le había traído la historia de Jane Fairfax... Entonces, junto a la alegría que forzosamente debía sentir, y que no sentía el menor escrúpulo en sentir, porque nunca había creído que Frank Churchill mereciera a Emma, surgió en su ánimo una solicitud tan afectuosa, una inquietud tan intensa por ella, que no pudo seguir en Londres ni un día más. Había regresado a Highbury bajo la lluvia; e inmediatamente después de comer se había encaminado a Hartfield para ver cómo la mejor y la más encantadora de todos los seres humanos, perfecta a pesar de sus imperfecciones, sobrellevaba la noticia.

La encontró nerviosa y deprimida... Frank Churchill era un villano... Emma le dijo que nunca le había amado... Al fin y al cabo, Frank Churchill no era un caso tan ruin como podría suponerse... Cuando ambos volvieron a la casa, Emma era ya «su» Emma, su mano y sus palabras lo atestiguaban; y si entonces hubiera podido pensar en Frank Churchill, probablemente le hubiera considerado como

un excelente muchacho.

CAPÍTULO L

¡QUÉ enorme diferencia había entre los sentimientos de Emma al salir de su casa y al volver a entrar en ella! Había salido al jardín sin atreverse a esperar más que un pequeño respiro para sus zozobras... Y ahora se sentía invadida por una maravillosa sensación de felicidad... felicidad que, además, sabía que iba a ser aún mayor cuando hubiese pasado la turbación de aquellos primeros momentos.

Se sentaron a tomar el té... las mismas personas reunidas en torno a la misma mesa... ¡Cuántas veces se habían reunido los tres en aquel mismo lugar! ¡Y cuántas veces los ojos de Emma se habían posado en los mismos arbustos que crecían entre la hierba, y habían contemplado el hermoso efecto de la puesta de sol! Pero nunca en aquel estado de ánimo, nunca como aquella vez; y ahora le resultaba difícil dominarse lo suficiente para ser la atenta ama de casa de siempre, incluso la hija cariñosa de costumbre.

El pobre señor Woodhouse no podía estar más lejos de sospechar lo que se estaba tramando contra él en el corazón de aquel hombre a quien había acogido con tanta cordialidad, a quien había preguntado con tanto interés si no se había resfriado al venir de Londres bajo la lluvia... De haber podido penetrar en su corazón, se hubiera preocupado muy poco por sus pulmones; pero sin imaginar ni el más remoto atisbo de los peligros que le amenazaban, sin advertir ni la menor diferencia anormal en el aspecto o la actitud de ninguno de los dos, les repitió feliz y tranquilo todas las noticias que acababa de darle el señor *Perry,* y siguió conversando con ellos muy satisfecho de sí mismo, incapaz de sospechar las noticias que ellos a su vez hubieran podido contarle.

Mientras el señor Knightley permaneció en la casa, la agitación de Emma no se calmó; pero una vez se hubo ido empezó a tranquilizarse un poco y a lograr dominarse... y durante toda la noche que pasó en vela, que fue el precio que tuvo que pagar por una tarde como aquella, vio que había una o dos cuestiones muy graves sobre las que reflexionar y que le hicieron advertir que incluso su felicidad no iba a dejar de tener ciertas sombras. Su padre... y Harriet. No podía quedarse a solas sin darse cuenta de la enorme importancia que tenían para ella los derechos de ambos; y lo difícil era conseguir para los dos la máxima felicidad posible. Con respecto a su padre el problema sólo admitía una solución. Apenas sabía aún lo que el señor Knightley iba a exigir; pero tras un breve sondeo de su propio corazón, adoptó la solemne decisión de no abandonar nunca a su padre... Incluso descartó la simple idea de hacerlo, como si sólo al pensarlo se hiciese responsable de una grave culpa. Mientras él viviera sólo debía prometerse, no casarse; pero se dijo a sí misma que, alejado el peligro de perderla, aumentaría el bienestar y la seguridad de su padre... En cuanto al mejor modo de obrar respecto a Harriet, la decisión era mucho más difícil... ¿Cómo evitarle un dolor innecesario? ¿Cómo sacrificarse por ella dentro de lo que fuera posible? ¿Cómo conseguir demostrarle que no era su enemiga? En lo tocante a estos puntos, sus

dudas y su desasosiego no podían ser mayores... y su memoria tuvo que volver a evocar una y otra vez aquellos amargos reproches, aquellas penosas lamentaciones que no habían dejado de obsesionarla en los últimos días... Por último sólo pudo decidir que seguiría evitando encontrarse con ella y que le comunicaría todo lo que tuviera que decirle por carta; pensó que en aquella situación lo mejor sería que Harriet se fuera de Highbury por algún tiempo, y pasando ya a esbozar otro plan, casi concluyó que podría lograrse que la invitaran en Brunswick Square... Isabella estaría encantada de tener a Harriet a su lado... y unas cuantas semanas en Londres no dejarían de distraerla... Por otra parte no creía que Harriet fuese una muchacha como para olvidar sus pesares distrayéndose con cosas nuevas y distintas, con calles, tiendas y niños. En todo caso, sería una prueba de atención y de cariño por parte de ella, que era la responsable de todo; una separación momentánea; un aplazamiento de aquel triste día en el que era forzoso que volvieran a encontrarse todos juntos.

Se levantó temprano y escribió la carta a Harriet; una ocupación que la dejó tan pensativa, casi podría decirse tan triste, que cuando el señor Knightley llegó a Hartfield para desayunar aún le pareció que llegaba demasiado tarde; luego necesitó media hora de pasear con él y de conversar sobre los últimos acontecimientos, para poder recuperar la misma sensación de felicidad de la tarde anterior.

Al poco rato de haberla dejado, demasiado poco para que Emma tuviese aún la menor tentación de pensar en nadie más, trajeron una carta de Randalls... un sobre muy abultado; Emma adivinó lo que contenía y pensó que era necesario leerla... En aquellos momentos se sentía muy benévola para con Frank Churchill; no quería explicaciones... sólo quería que la dejaran a solas con sus pensamientos... y por otra parte se sentía incapaz de comprender nada de lo que él podía escribir; sin embargo tenía que desembarazarse de aquella cuestión. Abrió el sobre, segura de lo que contenía... Una breve nota de la señora Weston dirigida a ella, acompañada de la carta que Frank Churchill había escrito a la señora Weston:

Mi querida Emma, te envío con el mayor placer la carta adjunta. Sé que sabrás apreciarla en todo lo que vale y que no tendrás la menor duda de las buenas consecuencias que ha tenido... No creo que nunca más volvamos a disentir gravemente en nuestra opinión acerca de quien la ha escrito; pero no quiero entretenerte más haciendo un prólogo demasiado largo... Estamos todos bien... Esta carta ha sido la mejor medicina para todos los pequeños trastornos nerviosos que he tenido últimamente... No me dejó tranquila el aspecto que tenías el martes, pero la mañana no era de las más propicias; y aunque tú nunca quieres reconocer que el tiempo te influye en tu estado de ánimo, creo que todo el mundo se resiente cuando sopla viento del noreste. Me acordé mucho de tu querido padre durante la tormenta del martes por la tarde y de ayer por la mañana, pero ayer por la noche me tranquilicé al saber por el señor Perry que no se había encontrado mal. Recibe un cariñoso saludo de

A. W.[22]

(A la señora Weston)

Windsor. Julio.

Apreciada señora:

Si ayer supe expresarme como era mi deseo, habrán estado ustedes esperando esta carta; pero tanto si la esperaban como si no, sé que será leída con buena voluntad y con indulgencia... Usted, tan bondadosa, creo que necesitará recurrir a toda su bondad para disculpar ciertos aspectos de mi pasada conducta... Pero ya he sido perdonado por alguien que tenía más motivos para sentirse ofendido. A medida que voy escribiendo me siento con más valor. Es difícil para el afortunado ser humilde. Yo he tenido ya tanta fortuna en las dos ocasiones en las que he solicitado perdón, que corro el peligro de creerme demasiado seguro de obtener el de usted ahora, y luego el de aquellos de sus amigos que tengan algún motivo para considerar que me he portado mal con ellos. Todos ustedes deben intentar comprender cuál era exactamente mi situación cuando llegué por vez primera a Randalls; debe usted pensar que entonces poseía un secreto que debía seguir siéndolo costara lo que costase. Ésta era la realidad. El derecho que tenía a ponerme en una situación que requería tal disimulo ya es otro asunto. No voy a discutirlo aquí. En lo referente a mi tentación de creerlo un derecho, remito a quien no opine así a una casa de ladrillos de Highbury, una casa con simples ventanas en la planta baja y con puertas ventanas en el primer piso. Yo no me atrevía a dirigirme a ella abiertamente; mis dificultades, en el estado de cosas que había entonces en Enscombe, son ya lo bastante conocidas para que necesite explicarme más; y fui tan afortunado que conseguí mi propósito antes de que nos separáramos en Weymouth, y convencí a la mujer más recta de toda la creación para que consintiese, dadas las circunstancias, en un compromiso matrimonial secreto... Si ella se hubiese negado me hubiera vuelto loco... Supongo que usted me preguntará qué esperaba conseguir con todo eso... Cuáles eran mis propósitos... Yo esperaba cualquier cosa, todo... que pasara el tiempo, que surgiera una posibilidad, que se diese una circunstancia favorable... lo esperaba todo de los efectos lentos, de los estallidos imprevistos, de la perseverancia y del cansancio, de la salud y de la enfermedad. Tenía ante mí todas las posibilidades de felicidad, y asegurada la mayor de las dichas al conseguir que me prometiera fidelidad y correspondencia. Si necesita usted más explicaciones, mi apreciada señora, sólo le diré que tengo el honor de ser el hijo de su esposo, y la ventaja de -haber heredado su predisposición a esperar que las cosas siempre salgan bien, herencia que siempre será mucho más valiosa que la de casas y tierras... Piense usted entonces en mí, en estas circunstancias, efectuando mi primera visita a Randalls; en este punto tengo conciencia de haber obrado mal, porque aquella visita debiera haberla hecho mucho antes. Si recuerda usted aquellos meses advertirá que yo no acudí hasta que la señorita Fairfax estuvo en Highbury; y como era precisamente usted *la persona a quien hice el desaire,*

[22] Annie Weston.

sabrá perdonarme inmediatamente; pero diré, para atraerme el perdón de mi padre, que debo recordarle que si permanecí tanto tiempo alejado de su casa, fue tiempo en el que no pude disfrutar del bien de conocerla a usted. Confío en que mi conducta durante aquellas dos semanas tan felices que pasé con ustedes no merezca ningún reproche, exceptuando un aspecto. Y ahora entro en lo principal, el único aspecto importante de mi conducta mientras estuve en su casa que me tiene inquieto y que requiere explicaciones más detalladas. Con el máximo respeto y con los sentimientos de la más afectuosa de las amistades, tengo que mencionar aquí a la señorita Woodhouse; mi padre tal vez pensará que debería añadir «y con la más profunda humillación»... Por algunas palabras que se le escaparon ayer vi cuál era su opinión, y reconozco que yo mismo considero justos ciertos reproches... A mi entender, mi trato con la señorita Woodhouse se interpretó de un modo exagerado... A fin de contribuir a guardar aquel secreto tan esencial para mí, me vi empujado a hacer un usa indebido de la amistad que se estableció inmediatamente entre nosotros... No puedo negar que la señorita Woodhouse era ostensiblemente el objeto de todas mis atenciones... Pero estoy seguro de que me creerá usted si le digo que de no haber estado yo convencido de que le era indiferente, no hubiese consentido que mis miras personales me impulsaran a seguir adelante... La señorita Woodhouse, aun siendo tan afectuosa, tan encantadora, nunca me dio la impresión de una joven fácil de enamorar; y el que ella fuese completamente ajena a cualquier propensión a enamorarse de mí, era no sólo mi convicción, sino también mi deseo... Acogía mis deferencias del modo desenvuelto, amistoso, jovial, que a mí más me convenía. Parecíamos entendernos muy bien. Y en nuestras respectivas situaciones, yo estaba obligado a tener aquellas deferencias, y ella también lo creía así... No sabría decir si la señorita Woodhouse empezó a entenderme de veras antes de que terminaran aquellos quince días; cuando la visité para despedirme de ella, recuerdo que estuve a punto de confesarle la verdad, y que entonces imaginé que ella no dejaba de abrigar ciertas sospechas; pero no tengo la menor duda de que a partir de aquel momento me ha descubierto, aunque no sé hasta qué punto... Quizá no lo haya descubierto todo, pero con su agudeza ha tenido que darse cuenta de algo... No me cabe ninguna duda. Ya comprobará usted, cuando pueda hablarse con más libertad que ahora de todo este asunto, que no va a tener una gran sorpresa. En muchas ocasiones me lo insinuó. Recuerdo que en el baile me dijo que yo tenía que estar muy agradecido a la señora Elton por las atenciones que tenía con la señorita Fairfax. Confío en que toda esta historia de mi proceder con ella será admitida por usted y por mi padre como un considerable atenuante de lo que ustedes hayan considerado reprochable en mi conducta. Mientras consideren que me he portado muy mal con Emma Woodhouse, no merece la estimación de ninguno de los dos. Discúlpenme en este punto y aboguen por mí cuando sea posible, para que la señorita Woodhouse me otorgue su perdón y me devuelva su amistad; díganle que siento por ella un afecto de verdadero hermano, y que sólo deseo que llegue a estar tan enamorada y que sea tan feliz como yo lo soy ahora... Ahora ya saben ustedes cómo interpretar todas las cosas extrañas que dije o hice durante aquellas dos semanas. Mi corazón estaba en Highbury, y yo

sólo procuraba trasladarme allí tan a menudo como me era posible sin despertar sospechas. Si recuerda usted alguna rareza mía, sepa ahora a lo que debe atribuirla. Por lo que se refiere a aquel piano del que tanto se habló, sólo creo necesario decir que lo compré sin que la señorita Fairfax tuviera la menor noticia de ello, ya que en caso de habérselo comunicado nunca hubiese querido aceptarlo... La delicadeza de sentimientos de la que ha dado prueba durante todo este tiempo, mi apreciada señora, va mucho más allá de todo lo que yo podría explicarle. No tardará usted, como deseo vivamente, en conocerla bien por sí misma. Nada de lo que yo le diga serviría para describirla. Ella misma le demostrará a usted cómo es... pero no de palabra, pues hay muy pocas personas tan empeñadas como ella en ocultar sus propios méritos. Mientras estaba escribiendo esta carta, que será más larga de lo que yo preveía, he tenido noticias suyas... Buenas noticias en lo que respecta a su salud... pero como nunca se queja, no me atrevo a estar seguro sobre este punto. Prefiero tener su opinión acerca de su aspecto. Sé que usted no tardará en visitarla; ella teme esta visita. Tal vez la haya hecho ya. Dígame algo acerca de esto lo antes posible; estoy impaciente por que me dé mil detalles. Recuerde qué pocos minutos estuve en Randalls, y en qué estado de ánimo tan turbado y exaltado; aún no estoy mucho mejor. Aún turbado tanto por la felicidad como por el dolor. Cuando pienso en la amabilidad y el afecto que han tenido para conmigo, en lo que ella vale y en la paciencia que ha tenido, y en la generosidad de mi tío, me vuelvo loco de alegría; pero cuando recuerdo todos los trastornos que he ocasionado y lo poco que merezco que me perdonen, me pongo loco de ira. ¡Si pudiese volver a verla! Pero aún no debo hacer tal cosa. Mi tío ha sido demasiado bueno conmigo para que yo abuse de este modo... Todavía no he terminado con esta larga misiva. Aún no le he dicho todo lo que debería usted saber. Ayer no pude darles muchos detalles más; pero lo inesperado, y en cierto modo lo inoportuno, del modo en que se ha desvelado el secreto, necesita explicación; pues aunque el acontecimiento del pasado día 26, como usted ya habrá pensado, significó para mí la posibilidad de las más felices perspectivas, yo no hubiera tomado medidas tan rápidas de no forzarme a ello circunstancias muy peculiares que me obligaron a no perder ni una hora. Yo hubiese querido evitar todo este apresuramiento, y ella hubiese compartido todos mis escrúpulos con mucha más intensidad y una delicadeza mucho mayor que la mía... Pero no pude elegir... El inesperado compromiso que había contraído con aquella señora... Aquí, mi apreciada señora, me veo obligado a interrumpir bruscamente esta carta, y a serenarme un poco... He estado paseando por el campo y ahora creo que estoy lo suficientemente sosegado para escribir el resto de la carta como debo hacerlo... En realidad éstos son recuerdos muy penosos para mí. Me porté de un modo vergonzoso. 'Y aquí puedo admitir que mi actitud con la señorita Woodhouse, de querer ser desagradable para la señorita Fairfax, fue verdaderamente indigna. Ella quedó muy contrariada y esto hubiera debido bastarme para reparar en lo que hacía; no consideró justificada mi excusa de hacer todo lo posible por ocultar la verdad... Quedó muy contrariada; yo pensaba que sin fundamento; yo consideraba que en muchas ocasiones era innecesariamente escrupulosa y precavida; incluso me parecía demasiado fría. Pero

siempre tenía razón. Si yo hubiese seguido su criterio y hubiese dominado mi carácter hasta el punto en que ella lo creía conveniente, hubiese evitado los mayores sinsabores que he conocido en toda mi vida... Disputamos... ¿Recuerda usted la mañana que pasamos en Donwell? Allí todas las pequeñas diferencias que hasta entonces habíamos tenido desembocaron en una verdadera crisis. Yo llegué tarde; la encontré regresando a su casa sola y quise acompañarla, pero ella no lo consintió. Se negó rotundamente a permitírmelo, lo cual entonces me pareció lo más irracional del mundo. Ahora sin embargo sólo veo en ello una actitud de discreción muy natural y muy fundada. Mientras yo, para engañar a todos ocultando nuestro compromiso, dedicaba todas mis preferencias a otra mujer, de un modo muy poco grato para ella, ¿cómo iba al día siguiente a aceptar una proposición que podía hacer completamente inútiles todas las precauciones anteriores? Si alguien nos hubiera visto juntos en el camino entre Donwell y Highbury, hubiera debido sospecharse la verdad... Sin embargo, yo fui lo suficientemente loco como para ofenderme... Dudé de su cariño. Dudé aún más al día siguiente en Box Hill; cuando, provocada por mi conducta, por aquella indiferencia insolente y humillante que yo le mostraba y por la aparente predilección que manifestaba por la señorita Woodhouse, hasta un extremo que ninguna mujer de sensibilidad hubiera podido soportar, expresó su resentimiento con unas palabras que yo comprendí perfectamente. En resumen, mi apreciada señora, que fue una disputa de la que ella no tenía la menor culpa, y yo la tenía toda; aunque hubiese podido quedarme en casa de usted hasta la mañana siguiente, yo volví a Richmond aquella misma tarde, simplemente porque no podía estar más encolerizado con ella. Aún entonces no fui tan necio como para no pensar que ya volvería a reconciliarme con ella; pero yo era el ofendido, ofendido por su frialdad, y me fui decidido a que fuese ella quien diese el primer paso. Siempre me alegraré de que usted no fuera a la excursión de Box Hill. De haber presenciado usted la conducta mía allí, dudo que nunca más hubiera vuelto a tener una buena opinión de mí. El efecto que tuvo en ella se vio por la decisión inmediata que tomó; tan pronto como supo que yo me había ido de veras de Randalls, aceptó el ofrecimiento de la entrometida de la señora Elton; cuyo modo de tratarla, dicho sea de paso, siempre me había llenado de indignación y me la había hecho antipática. No puedo hablar_ ahora contra un espíritu de tolerancia del que han dado muestras tantas personas para conmigo; pero de no ser así protestaría airadamente por el modo en que se le tolera todo a esta mujer... ¡Jane!»... ¡Santo Dios! Habrá usted observado que aún no me permito llamarla por este nombre, ni siquiera dirigiéndome a usted. Hágase usted cargo de lo insufrible que me era el verlo citado continuamente por los Elton con toda la vulgaridad de las repeticiones innecesarias y toda la insolencia de una supuesta superioridad. Tenga paciencia conmigo, no tardaré en terminar... Aceptó este ofrecimiento decidida a romper definitivamente conmigo, y al día siguiente me escribió diciendo que nunca más volveríamos a vernos. Decía que se había dado cuenta de que nuestro compromiso sólo nos había traído sinsabores y desdichas a los dos, y que por lo tanto lo consideraba deshecho... Esta carta llegó a mis manos la misma mañana en que murió mi pobre tía. Al cabo de una hora ya la había contestado. Pero debido a la

confusión de mi espíritu y a las innumerables cuestiones que tenía que resolver en seguida, mi respuesta, en vez de enviarse con las otras muchas cartas de aquel día, se quedó encerrada dentro de mi escritorio; y yo, confiado que ya le había dicho lo suficiente para tranquilizarla, a pesar de que no eran más que unas breves líneas, me quedé sin ninguna inquietud... Me decepcionó un poco no tener respuesta suya inmediatamente; pero la disculpé, y estaba demasiado atareado, y ¿se me permite decirlo?, demasiado contento con las perspectivas que se me ofrecían, para reparar en aquello; nos fuimos a Windsor... y dos días más tarde recibí un paquete de ella que contenía todas mis cartas... y al mismo tiempo unas breves líneas por correo en las que expresaba la gran sorpresa que había tenido al no recibir ninguna respuesta a la última de sus cartas; y añadía que como mi silencio sobre aquella cuestión no podía interpretarse más que de una manera, lo mejor para ambos era que todos los detalles secundarios se resolvieran lo antes posible, que me enviaba por conducto seguro todas mis cartas, y me rogaba que si no podía mandarle las suyas a Highbury antes de una semana, que se las mandase a su nombre a... En fin, que tenía ante mis ojos la dirección de la casa de la señora Smallridge, cerca de Bristol. Yo sabía el nombre, el lugar, estaba enterado de todo aquel asunto, e inmediatamente comprendí lo que había decidido. Algo que estaba totalmente de acuerdo con un carácter tan resuelto como yo sabía que era el suyo; y el secreto que había mantenido en su última carta respecto a este propósito, revelaba también su extremada delicadeza... Por nada del mundo hubiese consentido en decirme algo que hubiese sonado como una amenaza... Imagine usted mi sorpresa y mi contrariedad; imagine cómo maldije al servicio de correos, hasta que advertí que sólo se trataba de un descuido mío. ¿Qué podía hacer? Sólo era posible una cosa... Debía hablar con mi tío. Sin su consentimiento no podía esperar que volviera a escucharme... Le hablé pues... Las circunstancias me eran favorables; la muerte tan reciente de su esposa había suavizado su orgullo, y mucho antes de lo que yo había previsto, se avenía a mis deseos. Y aún terminó diciendo con un profundo suspiro, pobre hombre, que me deseaba que fuera tan feliz en el matrimonio como él lo había sido... Yo pensé que sería muy diferente al suyo... ¿Se siente usted inclinada a compadecerme por todo lo que sufrí al explicarle mi caso, y por mi incertidumbre mientras todo parecía aún indeciso? No; no me compadezca por eso, sino por cuando llegué a Highbury y me di cuenta de todo el daño que le había hecho; no me compadezca sino por el momento en que volví a verla, pálida y enferma. Llegué a Highbury a una hora en la que, por lo que sabía acerca de sus costumbres sobre el desayuno, estaba seguro de tener probabilidades de encontrarla sola... Y no me equivoqué; como no me equivoqué tampoco al decidir efectuar aquel viaje. Tenía que disipar una contrariedad muy justa y razonable por su parte. Pero lo logré; estamos reconciliados, y nos queremos más, mucho más que antes, y en ningún momento habrá una nueva inquietud que vuelva a interponerse entre nosotros. Ahora, mi apreciada señora, tengo que concluir; pero no podía hacerlo antes. Mil y mil gracias por todas las bondades que usted siempre me ha dispensado, y diez mil gracias por todas las atenciones que su corazón quiera tener en lo sucesivo para con ella. Si cree usted que en el fondo soy más feliz de lo que merezco, yo le doy toda la razón...

La señorita Woodhouse me llama el niño mimado de la fortuna. Confío en que tenga razón. En un aspecto al menos mi buena suerte es indiscutible: en el de poder considerarme como

su agradecido y afectuoso hijo
F. C. WESTON CHURCHILL

CAPÍTULO LI

ESTA carta no pudo dejar de conmover a Emma. Y a pesar de estar predispuesta en contra de él, se vio obligada a considerarle de un modo mucho más benévolo, como ya había supuesto la señora Weston. Cuando llegó al lugar en el que aparecía su propio nombre, el efecto se hizo irresistible; todo lo relativo a ella era interesante, y casi cada línea de la carta que la concernía agradable; y cuando cesó este motivo de interés, el tema siguió apasionándola por la natural evocación del afecto que había profesado al joven y el poderoso atractivo que tenía siempre para ella toda historia de amor. No se interrumpió hasta haberlo leído todo; y aunque le era imposible dejar de reconocer que él había obrado mal, opinaba que en el fondo su proceder había sido menos censurable de lo que había imaginado... Y había sufrido tanto y estaba tan arrepentido... y mostraba tanta gratitud para con la señora Weston, y tanto amor para con la señorita Fairfax, y Emma era entonces tan feliz, que no podía ser demasiado severa; y si en aquel momento Frank Churchill hubiese entrado en la habitación, ella le hubiese estrechado la mano tan cordialmente como siempre.

Quedó tan bien impresionada por la carta que cuando volvió el señor Knightley quiso que él la leyera; estaba segura de que la señora Weston no se hubiera opuesto a ello; sobre todo, tratándose de alguien que, como el señor Knightley, había encontrado tan reprochable su conducta.

-Me gustará leerla -dijo-. Pero parece que es un poco larga. Me la llevaré a casa y la leeré esta noche.

Pero esto no era posible. El señor Weston les visitaría aquella tarde y tenía que devolvérsela.

-Yo preferiría hablar con usted -replicó él-; pero ya que, según parece, se trata de una cuestión de justicia, la leeremos.

Empezó la lectura... pero en seguida se interrumpió para decir: -Si hace unos meses me hubieran ofrecido leer una de las cartas de este joven a su madrastra, le aseguro, Emma, que no me lo hubiese tomado con tanta indiferencia.

Siguió leyendo para sí; y luego, con una sonrisa, comentó:

-¡Vaya! Un encabezamiento de lo más ceremonioso... Es su manera de ser... El estilo de uno no va a ser norma obligatoria para todos los demás... No seamos tan exigentes.

Al cabo de poco añadió:

-Yo preferiría expresar mi opinión en voz alta mientras leo; así notaré que estoy al lado de usted. No será perder el tiempo del todo; pero si a usted no le gusta ...

-Sí, sí, lo prefiero, de verdad.

El señor Knightley reemprendió la lectura con mayor celo.

-Eso de la «tentación» -dijo- cuesta creer que se lo tome en serio. Sabe que no tiene razón, y carece de argumentos sólidos para convencer... Hizo mal... No debería haberse prometido... «la predisposición de su padre...» No, no es justo para con su padre... El señor Weston siempre ha puesto su carácter impetuoso al servicio de empresas dignas y honrosas... Pero antes de intentar conseguir algo, el señor Weston siempre se ha hecho merecedor de ello... Sí, eso es verdad... No vino hasta que la señorita Fairfax estuvo ya aquí.

-Y yo no he olvidado -dijo Emma- lo seguro que estaba usted de que si él hubiese querido, hubiera podido venir antes. Es usted muy amable al pasar por alto este asunto... pero tenía usted toda la razón.

-Emma, yo no era totalmente imparcial en mi juicio... pero, a pesar de todo. creo que... incluso si usted no hubiese andado por en medio... yo también hubiese desconfiado de él.

Cuando llegó al pasaje en que se hablaba de la señorita Woodhouse, se vio obligado a leerlo todo en voz alta... todo lo relativo a ella, con una sonrisa; una mirada; un movimiento de cabeza; una palabra o dos de asentimiento o de desaprobación; o simplemente de amor, según requería la materia; sin embargo, después de unos momentos de reflexión, concluyó diciendo muy seriamente:

-Muy mal... aunque hubiese podido ser peor... Ha estado haciendo un juego muy peligroso... ¡Tener tanta confianza en que el azar se lo va a solucionar todo! No juzga bien la conducta que ha tenido con usted... En realidad se ha ido dejando engañar por sus propios deseos, sin tener la menor consideración por todo lo que no fuera su conveniencia... ¡Imaginarse que usted había descubierto su secreto! ¡No puede ser más natural! Misterio... intriga... todo esto enturbia el juicio... Mi querida Emma, ¿no cree que todo nos demuestra cada vez con más evidencia, la belleza de la verdad y de la sinceridad en nuestras mutuas relaciones?

Emma asintió, pero no pudo evitar ruborizarse al pensar en Harriet, a quien no podía dar una explicación sincera de lo ocurrido.

-Es mejor que siga erijo ella.

Así lo hizo, pero en seguida volvió a interrumpir la lectura para exclamar:

-¡El piano! ¡Ah! Eso es algo muy propio de un muchacho, de un muchacho de poca edad, demasiado joven para comprender que a veces en un regalo así pesan más los inconvenientes que la ilusión que produce. ¡Sí, es una idea de chiquillo! No puedo concebir que un hombre se empeñe en dar a una mujer una prueba de su afecto que sabe que ella preferiría no recibir; y sabía que de haber podido, ella se hubiese opuesto a que le enviara el piano.

Tras esto siguió leyendo durante unos minutos sin hacer ninguna otra pausa. La confesión de Frank Churchill de que se había portado de un modo vergonzoso fue la primera cosa que le incitó a dedicarle algo más que unas escuetas palabras.

-Estoy totalmente de acuerdo contigo, amigo mío -fue su comentario-. Se portó usted de un modo imperdonable. En su vida ha escrito usted una frase más verdadera.

Y después de leer,» que seguía diciendo acerca del desacuerdo de ambos, y de su insistencia en obrar de un modo contrario a lo que parecía más justo a

Jane Fairfax, hizo una pausa más larga para decir:
-Eso es increíble... Obligarla por el interés de él a ponerse en una situación tan difícil y tan incómoda, cuando su máxima preocupación hubiera debido ser evitarle todo sufrimiento innecesario... Ella tenía que haber exigido una igualdad de circunstancias. Y él tenía que haber respetado incluso los escrúpulos poco fundados, en caso de que lo hubieran sido, que ella tuviese; y todos eran muy fundados. A ella tenemos que atribuirle un error, y recordar que obró muy mal consintiendo en aquel compromiso, tolerando el que se le pusiera en una situación que sólo podía traerle sinsabores.
Emma sabía que ahora estaban llegando al pasaje en que se hablaba de la excursión a Box Hill, y se sintió incómoda. Su actitud ¡había sido tan poco digna en aquella ocasión! Se sentía profundamente avergonzada y un poco temerosa de que él volviese a mirarla. Sin embargo lo leyó todo sin pestañear, atentamente y sin hacer el menor comentario; exceptuando una rápida mirada que dirigió a Emma, y que fue sólo instantánea, porque tenía miedo de apenarla... no se hizo la menor alusión a Box Hill.
-La delicadeza de nuestros buenos amigos, los Elton, no queda muy bien parada -fue el siguiente comentario-. Comprendo la actitud de él. ¡Vaya! ¡De modo que ella se decidió a romper definitivamente...! Un compromiso que sólo había traído sinsabores y desdichas para los dos... que lo consideraba deshecho... ¡Cómo se ve aquí que ella se daba cuenta de lo reprobable de la conducta de él! Bueno, desde luego este muchacho es de lo más...
-Espere, espere... Siga leyendo... Ya verá cómo él también ha sufrido mucho.
-Así lo espero -replicó el señor Knightley fríamente, mientras volvía a absorberse en la lectura de la carta-. ¿Smallridge? ¿Qué quiere decir? ¿Qué significa todo eso?
-Ella había aceptado un empleo de institutriz en casa de la señora Smallridge... una íntima amiga de la señora Elton... que vive cerca de Maple Grove; y, dicho sea de paso, no sé cómo va a tomarse este chasco la señora Elton.
-Mi querida Emma, no me distraiga ya que me obliga a leer... no me diga nada, ni siquiera de la señora Elton. Sólo falta una página. Ya se acaba. ¡Vaya con la cartita del joven!
-Me gustaría que la leyera con mejor predisposición para con él.
-Bueno, parece que aquí hay un poco de sentimiento... Parece que se impresionó mucho al verla enferma... Desde luego, no tengo la menor duda de que está enamorado de ella. «Nos queremos más, mucho más que antes...» Confío en que sepa siempre reconocer el valor de una reconciliación como ésta... ¡Ah! No puede ser más generoso en dar las gracias... las distribuye a miles... «Más feliz de lo que merezco...» ¡Vaya! Aquí demuestra que se conoce a sí mismo. «La señorita Woodhouse me llama el niño mimado de la fortuna...» ¿Ah, sí? ¿Es así cómo le llama la señorita Woodhouse? Y un bello final... Bueno, ya está. «Niño mimado de la fortuna...» ¿Era así como usted le llamaba?
-No parece usted haber quedado tan satisfecho como yo con esta carta; pero por lo menos espero que le haya dado una idea más favorable de él. Confío en que ahora tenga una opinión mejor.
-Sí, desde luego. Puede acusársele de culpas graves, de egoísmo y de

ligereza; y estoy totalmente de acuerdo con él en que probablemente será más feliz de lo que merece; pero como, a pesar de todo y sin ninguna duda, está realmente enamorado de la señorita Faírfax, y espero que no tarde en gozar del privilegio de estar constantemente con ella, estoy dispuesto a creer que su carácter mejorará, y que gracias a ella adquirirá una firmeza y una delicadeza de sentimientos que ahora no tiene. Y ahora déjeme hablarle de algo distinto. En estos momentos mi corazón está tan interesado por otra persona, que no puedo dedicar mucho tiempo más a pensar en Frank Churchill. Emma, desde que nos hemos separado esta mañana, no he dejado de pensar en un problema.

Y se lo planteó inmediatamente; la cuestión, expresada en un lenguaje llano, sencillo y caballeresco, como el que el señor Knightley empleaba siempre incluso con la mujer de quien estaba enamorado, era la de que cómo podía pedirle que se casara con él, sin dañar por ello la felicidad de su padre. Emma tenía preparada la respuesta desde que él pronunció la primera palabra.

-Mientras mi padre viva no puedo pensar en cambiar de estado. No puedo abandonarle.

Sin embargo, sólo una parte de esta respuesta fue admitida. El señor Knightley estaba totalmente de acuerdo con ella en la imposibilidad de abandonar a su padre. Pero no podía aceptar el que fuera inadmisible el que se produjese cualquier otro cambio. Había estado pensando mucho en aquel asunto; al principio había concebido la esperanza de lograr convencer al señor Woodhouse para que se trasladase a Donwell junto con ella; se había empeñado en considerarlo como algo factible, pero conocía demasiado bien al señor Woodhouse como para poder engañarse a sí mismo durante mucho tiempo; y ahora confesaba que estaba convencido de que este cambio de casa repercutiría en el bienestar de su padre e incluso en su vida, que en modo alguno debía arriesgarse. ¡El señor Woodhouse sacado de Hartfield! No, se daba cuenta de que era algo que no debía intentarse. Pero el proyecto que había forjado, después de descartar el otro, confiaba en que en ningún aspecto sería recusable por su querida Emma; se trataba de que él fuese admitido en Hartfield; de que, mientras el bienestar de su padre -en otras palabras, su vida- exigiese que Hartfield siguiera siendo el hogar de Emma, fuese también un hogar para él.

Emma también había reflexionado sobre la posibilidad de trasladarse todos a Donwell; y también después de meditar, había rechazado el proyecto; pero la otra alternativa no se le había ocurrido. Se daba cuenta del afecto que demostraba por parte de él; se daba cuenta de que al abandonar Donwell el señor Knightley sacrificaba gran parte de su independencia en cuanto a horarios y a costumbres; y el vivir constantemente con su padre y en una casa que no era la suya para él significarían muchas, muchísimas molestias. Emma prometió que lo pensaría y le aconsejó que él también siguiera pensándolo; pero el señor Knightley estaba plenamente convencido de que por mucho que lo pensara no cambiaría sus deseos ni su opinión en lo tocante a aquel asunto. Lo había estado meditando, según aseguró, con tiempo y con calma; durante toda la mañana había estado rehuyendo a William Larkins para poder estar a solas con sus pensamientos.

-¡Ah! -exclamó Emma-. Pero no ha pensado en un inconveniente. Estoy segura de que a William Larkins no le gustará la idea. Tendría que pedir su consentimiento antes de pedir el mío.

Sin embargo, Emma prometió que lo pensaría; y muy poco después prometió además que lo pensaría con la intención de encontrar que era una solución excelente.

Es digno de notarse que Emma, al considerar ahora desde innumerables puntos de vista la posibilidad de vivir en Donwell Abbey, en ningún momento tuvo la sensación de perjudicar a su sobrino Henry, cuyos derechos como posible heredero tiempo atrás tanto la habían preocupado. Era forzoso pensar en la posible diferencia que ello representaría para el niño; y sin embargo, al pensarlo, sólo se dedicaba a sí misma una insolente y significativa sonrisa, y encontraba divertido el reconocer los verdaderos motivos de su violenta oposición a que el señor Knightley se casita con Jane Fairfax o con cualquier otra, que entonces había atribuido exclusivamente a su solicitud como hermana y como tía.

En cuanto a aquella proposición suya, aquel proyecto de casarse y de seguir viviendo en Hartfield... cuanto más lo pensaba más alicientes creía encontrarle. Sus inconvenientes parecían disminuir, sus ventajas aumentar, y el bienestar que proporcionaría a ambos parecía resolver todas las dificultades. ¡Poder tener a su lado a un compañero como aquél en los momentos de inquietud y de desaliento! ¡Un apoyo como aquél en todos los deberes y cuidados que el tiempo debía irremisiblemente ir haciendo cada vez más penosos!

Su felicidad hubiese sido perfecta de no ser por la pobre Harriet; pero cada una de las dichas que iba poseyendo ella parecían representar un aumento de los sufrimientos de su amiga, a la que ahora debían incluso excluir de Hartfield. La pobre Harriet, como medida de beneficiosa prudencia, debía quedar al margen de aquel delicioso ambiente familiar con el que Emma ya soñaba. En todos los aspectos saldría perdiendo. Emma no podía lamentar su futura ausencia como algo. que echaría de menos para su bienestar. En aquel ambiente, Harriet sería siempre como un peso muerto; pero para la pobre muchacha parecía una necesidad demasiado cruel tener que verse en una situación de inmerecido castigo.

Por supuesto que con el tiempo el señor Knightley sería olvidado, mejor dicho, suplantado; pero no era lógico esperar que ello ocurriera en un plazo muy breve. El señor Knightley no podía hacer nada para contribuir a la curación; no podía hacer como el señor Elton. El señor Knightley, siempre tan amable, tan comprensivo, tan afectuoso con todo el mundo, nunca merecería que se le tributase un culto inferior al de ahora; y realmente era demasiado esperar, incluso dé Harriet, que en un año pudiera llegar a enamorarse de más de *tres* hombres.

CAPÍTULO LII

PARA Emma fue un gran consuelo ver que Harriet estaba tan deseosa como

ella de evitar encontrarse. Sus relaciones ya eran bastante penosas por carta. ¡Cuánto peor hubieran sido, pues, de haber tenido que verse!

Como puede suponerse Harriet se expresaba prácticamente sin hacer ningún reproche, sin dar la sensación de que se considerase ofendida; y sin embargo Emma creía advertir en su actitud un cierto resentimiento o algo que estaba muy próximo a ello, y que aún aumentaba sus deseos de que no tuvieran un trato más directo... Quizá todo eran imaginaciones suyas; pero ni un ángel hubiese dejado de sentir cierto resentimiento ante un golpe como aquél.

No tuvo dificultades para que Isabella la invitase; y tuvo la suerte de encontrar un pretexto satisfactorio para pedírselo sin necesidad de recurrir a su inventiva. Harriet tenía una muela cariada, y ya hacía tiempo que quería ir a un dentista. La señora John Knightley se manifestó encantada de poder serle útil; toda cuestión relacionada con médicos despertaba en ella el mayor interés... y aunque no era aficionada a ningún dentista como al señor Wingfield, se mostró inmediatamente dispuesta a aceptar a Harriet en su hogar... Una vez se hubo puesto de acuerdo con su hermana, Emma lo propuso a su amiga, a quien resultó fácil convencer... Harriet iría a Londres; estaba invitada por lo menos durante dos semanas; y el viaje lo efectuaría en el coche del señor Woodhouse; se hicieron todos los preparativos, se resolvieron todas las dificultades, y Harriet no tardó en llegar sana y salva a Brunswick Square.

Ahora Emma podía ya gozar tranquila de las visitas del señor Knightley; ahora podía hablar y podía escuchar, sintiéndose verdaderamente feliz, sin el aguijón de aquel sentimiento de injusticia, de culpabilidad, de algo aún más doloroso, que la inquietaba cada vez que recordaba que no muy lejos de ella en aquellos mismos momentos sufría un corazón por unos sentimientos que ella misma había contribuido a desarrollar equivocadamente.

Quizá no era muy lógico que Emma considerase tan distinto el que Harriet estuviera en casa de la señora Goddard o en Londres; pero al pensar que estaba en Londres se la imaginaba siempre distraída por la curiosidad, ocupada, sin pensar en el pasado, sin ocasiones para encerrarse en sí misma.

Emma no quería consentir que ninguna otra preocupación viniera a substituir inmediatamente a la que había sentido por Harriet. Tenía ante sí una confesión que hacer, en la que nadie podía ayudarla... el confesar a su padre que estaba enamorada; pero por el momento no había que pensar en ello... Había decidido aplazar la revelación hasta que la señora Weston hubiese dado a luz. En aquellos momentos no quería causar aún más preocupaciones a las personas que quería... y hasta que llegase el momento que ella misma se había fijado, no quería amargarse con tristes pensamientos... Disfrutaría por lo menos de dos semanas de tranquilidad y de paz de espíritu para paladear aquellos intensos y turbadores goces.

En seguida decidió que, tanto por deber como por gusto, dedicaría media hora de aquellos días de ocio espiritual, a visitar a la señorita Fairfax... Debía ir... y sentía grandes deseos de verla; la semejanza de las situaciones en que ambas se encontraban en aquellos momentos, aún daba más valor a todos los demás motivos de buen entendimiento. Sería como un desagravio secreto; pero indudablemente, el hecho de que ahora los proyectos para el futuro de las dos

fueran tan similares, no dejaría de aumentar el interés con que Emma acogería cualquier confidencia que Jane pudiese hacerle.

Y hacia allí se dirigió... últimamente en una ocasión había llamado en vano a aquella puerta, pero no había entrado en la casa desde la mañana del día que siguió al de la excursión a Box Hill, cuando la pobre Jane se hallaba en un estado tan lastimoso que la había llenado de compasión, a pesar de que entonces ni sospechaba el peor de sus sufrimientos... El miedo a no ser bien recibida la decidió, a pesar de que estaba segura de que la joven estaba en casa, a hacerse anunciar y a esperar en el pasillo... Oyó cómo Patty anunciaba su visita, pero no se produjo ningún revuelo como el que la otra vez la pobre señorita Bates hizo tan claramente inteligible... No; sólo oyó la instantánea respuesta de: «Haga el favor de decirle que suba...» Y un momento después salió a recibirla a la escalera la propia Jane, adelantándose apresuradamente a las demás, como si no hubiese considerado suficiente ningún otro género de acogida... Emma nunca la había visto con un aspecto más saludable, tan atractiva, tan bella. Todo en ella era equilibrio, alegría y efusividad; en su porte y en sus modales parecía rebosar de todo lo que hasta entonces le había faltado... Salió a su encuentro tendiéndole la mano; y dijo en voz no muy alta, pero sí muy afectuosa:

-¡Qué amable ha sido usted...! Señorita Woodhouse, no sé cómo expresarle... Espero que me crea... Usted sabrá disculparme, porque ahora no encuentro las palabras...

Emma quedó muy complacida, y no hubiese tardado en encontrar ella las palabras adecuadas, de no contenerse al oír la voz de la señora Elton, que llegó desde el salón, incitándola a resumir todos sus sentimientos de amistad y de gratitud en un cariñosísimo apretón de manos.

La señora Bates estaba conversando con la señora Elton. La señorita Bates había salido, lo cual explicaba la falta de revuelo a la llegada de la joven. Emma hubiese preferido que la señora Elton estuviese en cualquier otro lugar menos allí; pero estaba en disposición de tener paciencia con todo el mundo; y como la señora Elton la recibió con una deferencia poco habitual en ella, confió en que la conversación podría discurrir por cauces pacíficos.

Emma no tardó en creer adivinar los pensamientos de la señora Elton, y en comprender por qué también ella estaba de tan buen humor; la causa era la confidencia que acababa de hacerle la señorita Fairfax, ya que creía que ella era la única en saber algo que aún era un secreto para los demás. Emma creyó descubrir inmediatamente indicios de esta suposición en la expresión de su rostro. Y mientras prestaba atención a la señora Bates, y aparentaba escuchar las respuestas de la buena anciana, vio que ella, con una especie de ostentoso misterio, doblaba una carta que al parecer había estado leyendo en voz alta a la señorita Fairfax, y volvía a guardarla en el bolso metálico pintado de purpurina que tenía a su lado, mientras decía con significativos movimientos de cabeza:

-Bueno, ya terminaremos cualquier otro día; a nosotras no nos faltarán ocasiones; y en realidad ya te he leído lo esencial. Sólo quería demostrarte que la señora S. acepta nuestras disculpas y no se ha ofendido. Ya ves qué maravillosamente escribe... ¡Oh, es una mujer encantadora! Hubieses estado

muy bien en su casa... Pero, ni una palabra más. Seamos discretas... Es lo mejor que se puede hacer... ¡Ah! ¿Recuerdas aquellos versos? En este momento no me acuerdo de qué poema son:

Cuando a una dama se menta
todo lo demás no cuenta.

Y ahora, querida, yo digo: cuando se menta, no a una dama, sino a... Pero... ¡chist! A buen entendedor... Creo que hoy estoy de buen humor, ¿verdad? Pero lo que quiero es tranquilizarte respecto a la señora S... Ya ves que *mi* mediación la ha apaciguado por completo.

Y, en seguida, cuando Emma se limitó a volver la cabeza para contemplar la labor que estaba haciendo la señora Bates, añadió en un cuchicheo:

-Ya te has fijado que no he citado ningún nombre... ¡Oh, no! Prudente y diplomática como un ministro de Estado. Sé muy bien cómo llevar esas cosas.

A Emma no le cabía la menor duda. Aquello era una ostentosa exhibición, repetida hasta la saciedad en todas las ocasiones posibles, de lo que ella creía un secreto para los demás. Después de que todas hubieran hablado en buena armonía durante un rato, acerca del tiempo y de la señora Weston, de pronto vio que la señora Elton se dirigía inesperadamente a ella:

-¿No le parece, señorita Woodhouse, que nuestra pícara amiguita se ha rehecho de un modo prodigioso? ¿No le parece que es una curación que hace mucho honor al señor Perry? -lanzando una significativa mirada de reojo a Jane-. Sí, sí, Perry ha hecho que se repusiera en un tiempo increíblemente corto... ¡Oh! ¡Si la hubiera usted visto, como yo la vi, en los días en que se encontraba peor!

Y cuando la señora Bates dijo algo que distrajo la atención de Emma, añadió en un susurro:

-No, no, no diremos nada de la *ayuda* que hayan podido prestar a Perry; no diremos nada de cierto médico muy joven de Windsor... ¡Oh, no! Perry se llevará toda la fama.

Y al cabo de unos momentos volvió a empezar:

-Me parece, señorita Woodhouse, que no había tenido el placer de volverla a ver desde la excursión a Box Hill. ¡Qué excursión más agradable! A pesar de todo en mi opinión faltaba algo. Parecía como si... como si hubiera alguien un poco malhumorado... Al menos eso fue lo que me pareció, pero pude muy bien equivocarme... Sin embargo, yo creo que salió lo suficientemente bien como para tentarnos a repetir la salida. ¿Qué les parece si volvemos a reunirnos los mismos y hacemos otra excursión a Box Hill, mientras dure el buen tiempo? Tienen que venir los mismos, ¿eh? Exactamente los mismos... sin ninguna excepción.

Al poco rato llegó la señorita Bates, y Emma no pudo por menos de sonreír al ver la perplejidad con que respondió a su saludo, incertidumbre debida, según supuso, a que dudaba de lo que podía decir y estaba impaciente por decirlo todo.

-Muchas gracias, señorita Woodhouse... Es usted toda bondad... Yo no sé

cómo expresarle... Sí, sí, comprendo perfectamente... los proyectos de nuestra querida Jane... Bueno, río, no es que quiera decir... Pero, se ha recuperado de un modo asombroso, ¿verdad? ¿Cómo sigue el señor Woodhouse?... No sabe cuánto me alegro... sí, le aseguro que no está en mis manos... Ya ve usted la pequeña reunión, tan feliz, que encuentra usted aquí... Sí, sí, desde luego... ¡Qué joven más encantador...! Bueno, quiero decir... ¡qué amable! Me refiero al bueno del señor Perry... ¡Tan atento para con Jane!

Y por su efusividad, por sus extraordinarias manifestaciones de gratitud y de alegría, al ver que la señora Elton les había visitado, Emma dedujo que en la Vicaría se habían mostrado un tanto resentidos por la decisión de Jane, y que ahora se habían allanado los obstáculos. Y tras unos cuantos cuchicheos más, de los que Emma no pudo enterarse de nada, la señora Elton, hablando en voz más alta, dijo:

-Pues sí, ya ve que aquí estoy, mi buena amiga; y hace ya tanto rato que he venido, que antes que nada considero necesario dar una explicación; pero la verdad es que estoy esperando a mi dueño y señor. Me prometió que vendría a buscarme, y aprovecharía la ocasión para saludarlas.

-¿Qué dice usted? ¿Que vamos a tener el gusto de recibir la visita del señor Elton? Eso sí que se lo agradeceremos... Porque yo ya sé que a los caballeros no les gusta hacer visitas por la mañana, y el señor Elton está tan ocupado...

-Pues sí, le aseguro, señorita Bates, que lo está mucho... En realidad está ocupado todo el día, desde la mañana a la noche... Es incontable la gente que va a verle por una razón u otra... Magistrados, superintendentes, capilleres, todos quieren pedir su opinión. Parece que no sepan hacer nada sin él. Hasta el punto que yo muchas veces le digo: «Francamente, es mejor que te molesten a ti que a mí; yo sólo con la mitad de todos estos importunos ya no sabría dónde tengo mis lápices ni mi piano...» Aunque la verdad es que no creo que las cosas pudieran ir peor, porque he abandonado completamente, de un modo imperdonable, el dibujo y la música... Me parece que hace dos semanas que no he tocado ni una nota... Sin embargo, va a venir, se lo digo yo; sí, sí, él tiene intención de saludarlas a todas.

Y poniéndose la mano junto a la boca, como para evitar que Emma oyese sus palabras, añadió:

-Es para darles la enhorabuena, ¿saben? ¡Oh, sí! Es algo completamente indispensable.

La señorita Bates se esponjó de felicidad.

-Me prometió que vendría a buscarme tan pronto como terminara de hablar con Knightley; porque él y Knightley han tenido que reunirse para asuntos muy importantes... El señor E. es el brazo derecho de Knightley.

Emma no hubiese sonreído por nada del mundo, y se limitó a decir:

-¿Ha ido a pie a Donwell el señor Elton? Pues habrá pasado calor.

-¡Oh, no! La entrevista era en la Hostería de la Corona, una de esas reuniones periódicas; también estarán con ellos Weston y Cole; pero sólo vale la pena hablar de los que lo dirigen... Estoy segura de que tanto el señor E. como Knightley saben muy bien lo que se hacen.

-¿No se equivoca usted de día? -preguntó Emma-. Yo casi estoy segura de

que la reunión de la Corona no se celebrará hasta mañana. El señor Knightley estuvo en Hartfield ayer, y dijo que iba a ser el sábado.

-¡Oh, no! Seguro que la reunión es hoy -fue la brusca respuesta que demostraba la imposibilidad de que la señora Elton cometiese ninguna equivocación-. Estoy convencida -siguió diciendo- de que tiene más conflictos en todo el país. En Maple Grove ni siquiera sabíamos lo que eran esas cosas.

-Es que su parroquia debía de ser pequeña -dijo Jane.

-Pues mira, querida, eso no lo sé, porque nunca oí hablar de la cuestión.

-Pero se ve por lo pequeña que es la escuela, que según dice usted, está dirigida por su hermana y por la señora Bragge; la única escuela que hay, y que sólo tiene veinticinco niños.

-¡Ah! ¡Qué lista eres! Tienes toda la razón. ¡Qué inteligencia más despierta la tuya! Te digo, Jane, que de las dos saldría una mujer perfecta. Con mi vivacidad y tu solidez lograríamos la perfección... Y no es que yo me atreva a insinuar que no haya personas que ya te consideren perfecta... Pero... ¡chist! No añadamos ni una palabra más.

Prudencia que parecía innecesaria; Jane estaba deseando hablar, no con la señora Elton, sino con la señorita Woodhouse, como ésta veía claramente; su voluntad de prestarle más atención, dentro de lo que permitía la cortesía, no podía ser más evidente, aunque en la mayoría de las ocasiones no pudiese manifestarse más que por medio de miradas.

Hizo su aparición el señor Elton. Su esposa le recibió con su característica y chispeante vivacidad.

-¡Vaya, muy bonito! Hacerme venir hasta aquí para que esté molestando a mis amigos, y tú apareces mucho más tarde de lo que me habías dicho que vendrías... ¡Ay! Estás tan seguro de tener una esposa sumisa... Ya sabías que no iba a moverme hasta que apareciese mi dueño y señor... Y aquí me he estado una hora entera, dando ejemplo a estas jóvenes de auténtica obediencia conyugal... porque, quién sabe, a lo mejor no van a tardar mucho en tener que practicar esta virtud.

El señor Elton estaba tan acalorado y tan cansado que dio la impresión de que con él su esposa estaba desperdiciando su ingenio. Antes que nada tenía que saludar a las demás señoras; y luego lo primero que hizo fue lamentarse del calor que había pasado y de la caminata que había hecho inútilmente.

-Cuando llegué a Donwell -dijo- resultó que Knightley no estaba allí. ¡Qué raro! ¡No puedo explicármelo! Después de la nota que le envié esta mañana, y de la respuesta que me devolvió diciéndome que estaría seguro en su casa hasta la una.

-¡Donwell! -exclamó su esposa-. Mi querido señor E., tú no has estado en Donwell; querrás decir la Corona; debes de venir de la reunión de la Corona.

-No, no, eso será mañana; y precisamente quería ver a Knightley hoy para hablarle de la reunión... ¡Uf! Esta mañana hace un calor espantoso... He ido andando a campo través -hablaba en un tono ofendido- y aún he pasado mucho más calor. ¡Y luego para no encontrarle en casa! Les aseguro que estoy muy enojado. Y sin dejar ninguna disculpa, ni una nota. El ama de llaves me ha dicho que no sabía que yo tuviera que venir... ¡Qué extraño es todo esto! Y nadie

sabía dónde había' ido. Quizás a Hartfield, quizás a Abbey Mill, quizás a los bosques... Señorita Woodhouse, eso no es propio de nuestro amigo Knightley... ¿Usted se lo explica?

Emma se divertía asegurando que realmente era muy raro, y que no sería ella quien intentase defenderle.

-No puedo comprender -dijo la señora Elton, sintiendo la ofensa como debía sentirla una buena esposa-, no puedo comprender cómo ha podido hacerte una cosa semejante, precisamente él... La última persona del mundo que yo hubiese esperado que tuviese un olvido así. Mi querido señor E., por fuerza ha tenido que dejarte un recado, estoy segura; ni siquiera Knightley ha podido hacer una cosa tan disparatada; y los criados se han olvidado. Puedes estar seguro de que eso es lo que ha ocurrido; y es muy probable que haya ocurrido así, por los criados de Donwell, que, según he podido observar muy a menudo, son todos muy torpes y descuidados. Por nada del mundo quisiera yo tener a mi servicio a un criado como Harry. Y en cuanto a la señora Hodges, Wright la tiene en muy mal concepto... prometió a Wright una receta y nunca se la envía.

-Cuando estaba cerca de Donwell -siguió diciendo el señor Elon- encontré a William Larkins, y me dijo que no iba a encontrar su amo en casa, pero yo no le creí... William parecía más bien de mal humor. Me dijo que no sabía lo que le pasaba a su amo en estos últimos tiempos, pero que no había modo de sacarle ni una palabra; o no tengo nada que ver con las quejas de William, pero es que era muy importante que viese hoy mismo al señor Knightley; y por lo tanto es un contratiempo muy serio para mí haber hecho la caminata con este calor, total para nada.

Emma comprendió que lo mejor que podía hacer era volver en se;uida a su casa. Con toda seguridad, en aquellos momentos alguien e estaba esperando allí. Quizás así pudiera lograrse que el señor Knighley fuera más amable con el señor Elton, si no con William Larkins.

Al despedirse, se alegró mucho de ver que la señorita Fairfax salía con ella de la estancia para acompañarla hasta la misma puerta de la salle; se le ofrecía así una oportunidad que aprovechó inmediatamente para decir:

-Tal vez es mejor que no haya habido ocasión. De no estar en compañía de otros amigos, me hubiese visto tentada a abordar algún asunto, a hacer preguntas, a hablar con más franqueza de lo que quizás hubiese sido estrictamente correcto... Comprendo que sin duda subiera sido impertinente...

-¡Oh! -exclamó Jane, ruborizándose y mostrando una incertidumbre que a Emma le pareció que le sentaba infinitamente mejor que toda la elegancia de su habitual frialdad-. No había ningún peligro. El único peligro hubiese sido que yo la aburriese. No podía usted hacerme más feliz que expresando un interés... La verdad, señorita Voodhouse -hablando ya con más calma-, soy muy consciente de lue he obrado mal, muy mal, y por eso mismo me resulta mucho más consolador el que aquellos de mis amigos *cuya* buena opinión vale más la pena de conservar, no están enojados hasta el punto le que... No tengo tiempo para decirle ni la mitad de lo que quería explicarle. No sabe lo que deseo disculparme, excusarme, decir algo que me justifique. Creo que es mi deber. Pero por desgracia... Sí, a pesar de su comprensión, no puede usted admitir que

seamos siendo amigas...
-¡Oh, por Dios! Es usted demasiado escrupulosa -exclamó Emma efusivamente, cogiéndole la mano-. No tiene que darme ninguna excusa; y todo el mundo a quien podría usted pensar que se las debe, está tan satisfecho, incluso tan complacido...
-Es usted muy amable, pero yo sé cómo me he portado con usted... ¡De un modo tan frío, tan artificial! Estaba siempre representando mi papel... ¡Era una vida de disimulos! Ya sé que ha tenido que disgustarse conmigo...
-Por Dios, no diga nada más. Yo pienso que todas las excusas debería dárselas yo. Perdonémonos ahora mismo la una a la otra. Y es mejor que lo que tengamos que decirnos lo digamos lo antes posible, y creo que en eso no vamos a perder el tiempo en cumplidos. Supongo que habrá tenido buenas noticias de Windsor.
-Muy buenas.
-Y las próximas supongo que serán que vamos a perderla, ¿no? Precisamente ahora que empezaba a conocerla.
-¡Oh! De eso todavía no puede pensarse en nada. Me quedaré aquí hasta que me reclamen el coronel y la señora Campbell.
-Quizá todavía no puede decidirse nada -replicó Emma sonriendo-, pero, si no me equivoco, ya tiene que pensarse en todo.
Jane le devolvió la sonrisa mientras contestaba:
-Sí, tiene razón; ya hemos pensado en ello. Y le confesaré (porque estoy segura de su discreción) que ya está decidido que el señor Churchill y yo viviremos en Enscombe. Por lo menos habrá tres meses de luto riguroso; pero una vez haya pasado este tiempo, espero que ya no haya que esperar nada más.
-Gracias, muchas gracias... Eso es justamente lo que yo quería saber con certeza... ¡Oh! ¡Si supiese usted cuánto me gustan las situaciones francas y claras...! Adiós, adiós...

CAPÍTULO LIII

TODOS los amigos de la señora Weston tuvieron una gran alegría con su feliz alumbramiento. Y para Emma, a la satisfacción de saber que todo había ido perfectamente bien, se añadió la de que su amiga hubiese sido madre de una niña. Ella había manifestado sus preferencias por una señorita Weston. No quería reconocer que era con vistas a una futura boda con alguno de los hijos de Isabella; sino que decía que estaba convencida de que una niña iba a ser mucho mejor tanto para el padre como para la madre. Sería una gran ilusión para el señor Weston, que empezaba a envejecer... y diez años más tarde, cuando el señor Weston tuviera ya una edad más avanzada, vería alegrado su hogar por los juegos y las ocurrencias, los caprichos y los antojos de aquella niña que pertenecería propiamente a la casa; y en cuanto a la señora Weston... nadie podía dudar de lo que iba a significar para ella una hija; y hubiese sido una lástima que una maestra tan buena como ella no hubiese podido volver a

enseñar.
-Ha tenido la suerte de haber podido practicar conmigo -decía Emma-, como la baronesa de Almane con la condesa de Ostalis, en *Adelaida y Teodora,* de Madame de Genlis, y ahora veremos cómo sabe educar mejor a su pequeña Adelaida.
-Ya verá -replicó el señor Knightley- cómo le consentirá incluso más de lo que le consentía a usted, y estará convencida de que no le consiente nada. Ésta será la única diferencia.
-¡Pobre criatura! -exclamó Emma-. Entonces, ¿qué va a ser de ella?
-No hay que alarmarse mucho. Es el destino de millares de niños. Durante su niñez estará muy mal criada, y a medida que vaya creciendo se corregirá a sí misma. Ya no soy severo con los niños mimados, mi querida Emma. Yo que le debo a usted toda mi felicidad, ¿no sería una ingratitud monstruosa ser severo para con los niños mimados?
Emma se echó a reír y replicó:
-Pero yo tenía la ayuda de todos sus esfuerzos para contrarrestar la excesiva benevolencia de los demás. Dudo que sin usted, sólo con mi sentido común, hubiese llegado a enmendarme.
-¿De veras? Yo no tengo la menor duda. La naturaleza le dotó de inteligencia. La señorita Taylor le inculcó buenos principios. Tenía usted que terminar bien. Mi intervención tanto podía hacerle daño como beneficiarla. Era lo más natural del mundo que pensara: ¿Qué derecho tiene a sermonearme? Y me temo que era también lo más natural que pensase que yo lo hacía de un modo desagradable. No creo haberle hecho ningún bien. El bien me lo hice a mí mismo al convertirla a usted en el objeto de mis pensamientos más afectuosos. No podía pensar en usted sin mimarla, con defectos y todo; y a fuerza de encariñarme con tantos errores creo que he estado enamorado de usted por lo menos desde que tenía trece años.
-Yo estoy segura de que me ha hecho mucho bien -dijo Emma-. Muchas veces me dejaba influir por usted... muchas más veces de lo que quería reconocer en aquellos momentos. Estoy completamente convencida de que me ha servido de mucho. Y si a la pobre Anna Weston también van a mimarla, haría usted una gran obra de caridad haciendo por ella todo lo que ha hecho por mí... excepto enamorarse de ella cuando tenga trece años.
-¡Cuántas veces, cuando era usted una niña, me ha dicho con una de sus miradas arrogantes: «Señor Knightley, voy a hacer esto y aquello; papá dice que me deja»; o «La señorita Taylor me ha dado permiso»... Algo que usted sabía que yo no iba a aprobar. En estos casos, al intervenir yo le daba dos malos impulsos en vez de uno.
-¡Qué niña más encantadora debía de ser! No me extraña que usted recuerde mis palabras de un modo tan cariñoso.
-«Señor Knightley». Siempre me llamaba «señor Knightley»; y con la costumbre dejó de sonar tan respetuoso... Y sin embargo lo es. Me gustaría que me llamara de algún otro modo, pero no sé cómo.
-Recuerdo que una vez, hace unos diez años, en una de mis encantadoras rabietas le llamé «George»; lo hice porque creí que iba a ofenderse; pero como

usted no protestó nunca más volví a llamarle así.
-Y ahora, ¿no puede llamarme «George»?
-¡Oh, no, imposible! Yo sólo puedo llamarle «señor Knightley». Ni siquiera le prometo igualar la elegante concisión de la señora Elton llamándole «señor K.»... Pero le prometo -añadió en seguida riéndose y ruborizándose al mismo tiempo-, le prometo que le llamaré una vez por su nombre de pila. No puedo decirle cuándo, pero quizá sea capaz de adivinar dónde... en aquel lugar en el que dos personas aceptan vivir unidos en la fortuna y la adversidad.
Emma lamentaba no poder hablarle con más franqueza de uno de los favores más importantes que él, con su gran sentido común, hubiese podido hacerle, aconsejándole de modo que le hubiese evitado incurrir en la peor de todas sus locuras femeninas: su empeño en intimar con Harriet Smith; pero era una cuestión demasiado delicada; no podía hablar de ella. En sus conversaciones sólo muy raras veces mencionaban a Harriet. Por su parte ello podía atribuirse simplemente a que no se le ocurría pensar en la muchacha; pero Emma se inclinaba a atribuirlo a su tacto y a las sospechas que debía de tener, por ciertos detalles, de que la amistad entre ambas amigas comenzaba a declinar. Se daba cuenta de que en cualquier otra circunstancia era lógico esperar que se hubiesen carteado más, y que las noticias que tuviera de ella no tuviesen que ser exclusivamente, como entonces ocurría, las que Isabella incluía en sus cartas. P-1 también debía haberlo advertido. La desazón que le producía el verse obligada a ocultarle algo era casi tan grande como la que sentía por haber hecho desgraciada a Harriet.
Las noticias que Isabella le daba acerca de su invitada eran las que cabía esperar; a su llegada le había parecido de mal humor, lo cual le pareció totalmente natural teniendo en cuenta que les estaba esperando el dentista; pero una vez solucionado aquel contratiempo, no tenía la impresión de que Harriet se mostrara distinta a como ella la había conocido antes... Desde luego, Isabella no era un observador muy penetrante; sin embargo, si Harriet no se hubiera prestado a jugar con los niños, su hermana no hubiese podido dejar de darse cuenta; Emma disfrutaba más de sus consuelos y de sus esperanzas sabiendo que la estancia de Harriet en Londres iba a ser larga; las dos semanas probablemente iban a convertirse por lo menos en un mes. El señor y la señora John Knightley volverían a Highbury en agosto, y la habían invitado a quedarse con ellos hasta entonces para regresar todos juntos.
-John ni siquiera menciona a su amiga -dijo el señor Knightley-. Aquí traigo su contestación por si quiere leerla.
Era la respuesta a la carta en la que le anunciaba su propósito de casarse. Emma la aceptó rápidamente, llena de curiosidad por saber lo que diría de aquello y sin preocuparse lo más mínimo por la noticia de que no mencionaba a su amiga.
-John comparte mi felicidad como un verdadero hermano -siguió diciendo el señor Knightley-, pero no es de los que gastan cumplidos; y aunque sé perfectamente que siente por usted un cariño auténticamente fraternal, es tan poco amigo de los halagos que cualquier otra joven podría pensar que es más bien frío en sus elogios. Pero yo no tengo ningún miedo de que lea lo que

escribe.

-Escribe como un hombre muy juicioso -replicó Emma, una vez hubo leído la carta-. Me inclino ante su sinceridad. Se ve claramente que opina que de los dos en esta boda el más afortunado voy a ser yo, pero que no deja de tener ciertas esperanzas de que con el tiempo llegue a ser tan digna de mi futuro marido como usted me considera ya. Si hubiese dicho algo que diera a entender otra cosa no le hubiese creído.

-Mi querida Emma, él no-ha querido decir esto. Sólo ha querido decir que...

-Su hermano y yo diferiríamos muy poco en nuestra opinión acerca del valor dé nosotros dos -le interrumpió ella con una especie de sonrisa pensativa-, quizá mucho menos de lo que él cree, si pudiéramos discutir la cuestión, sin cumplidos y con toda franqueza.

-Emma, mi querida Emma...

-¡Oh! -exclamó ella, mostrándose más alegre-, si se imagina usted que su hermano es injusto para conmigo, espere a que mi querido padre conozca nuestro secreto y dé su opinión. Puede estar seguro de que él aún será mucho más injusto con usted. Le parecerá que todas las ventajas estarán de su lado; y que yo tengo todas las cualidades. Espero que para él no me convertiré inmediatamente en su «pobre Emma»... Su compasión por los méritos ignorados suele reducirse a eso.

-No sé -dijo él-, sólo deseo que su padre se convenza, aun que sólo sea la mitad de fácilmente de lo que John se convencerá, de que tenemos todos los derechos que la igualdad de méritos puede proporcionar para ser felices juntos. Hay una cosa en la carta de John que me resulta divertida. ¿No la ha notado? Aquí, donde dice que mi noticia no le ha cogido del todo por sorpresa, que casi estaba esperando que le anunciase algo por el estilo.

-Pero si no interpreto mal a su hermano, sólo se refiere a que tuviera usted proyectos de casarse. No pensaba ni remotamente en mí. Parece que esto le haya pillado totalmente desprevenido.

-Sí, sí... pero me resulta divertido que haya sabido ver tan claro en mis sentimientos. No sé qué es lo que puede haberle hecho suponer eso. No atino qué puede haber visto de distinto en mi modo de ser o en mi conversación como para hacerle pensar que estaba más predispuesto a casarme que en cualquier otra época de mi vida... Pero supongo que algo debió de ver. Me atrevería a decir que ha notado la diferencia estos días que he pasado en su casa. Supongo que no jugué con los niños tanto como de costumbre. Recuerdo una tarde en que los pobres chiquillos dijeron: «Ahora el tío siempre parece que está cansado.»

Había llegado el momento en que la noticia debía comunicarse y ver cómo reaccionaban otras varias personas. Tan pronto como la señora Weston se hubo repuesto lo suficiente como para recibir la visita del señor Woodhouse, Emma, pensando que los persuasivos argumentos de su amiga podían influir favorablemente en su padre, decidió dar primero la noticia en su casa, y luego en Randalls... Pero ¿cómo iba a hacer aquella confesión a su padre? Había resuelto decírselo cuando el señor Knightley estuviera ausente, o cuando su corazón no pudiera guardar por más tiempo el secreto y se viera forzada a

revelarlo; entonces preveía la llegada del señor Knightley al poco rato, y él sería el encargado de completar la labor de convencimiento iniciada por ella... Tenía que hablar, y hablar además de un modo alegre. No debía emplear un tono melancólico dando la impresión de que era como una desgracia para él. No debía parecer que Emma lo considerase como un mal para su padre... Haciéndose fuerte, le preparó pues para recibir una noticia inesperada, y luego en pocas palabras le dijo que si él le concedía su consentimiento y su aprobación... lo cual no dudaba que él otorgaría sin inconvenientes, ya que aquello no tenía otro objeto que hacerles más felices a todos... ella y el señor Knightley pensaban casarse; de este modo Hartfield contaría con un habitante más, una persona que era la que su padre más quería, como ella sabía perfectamente, después de sus hijas y de la señora Weston.

¡Pobre hombre! De momento tuvo un susto considerable e intentó disuadir a su hija por todos los medios. Le recordó una y otra vez que siempre había dicho que no pensaba casarse, y le aseguró que para ella sería muchísimo mejor quedarse soltera; y le habló de la pobre Isabella y de la pobre señorita Taylor... Pero todo fue en vano. Emma le abrazaba cariñosamente, le sonreía y le repetía que tenía que ser así; y que no podía considerar su caso como el de Isabella y el de la señora Weston, cuyas bodas, al obligarlas a abandonar Hartfield, habían significado un cambio de vida tan triste; ella no se iría de Hartfield; se quedaría siempre allí; si se introducía algún cambio en la casa era solamente con miras a su bienestar; y estaba completamente segura de que él sería mucho más feliz teniendo siempre al lado al señor Knightley, una vez se hubiese acostumbrado a la idea... ¿No apreciaba mucho al señor Knightley? No podía negar que sí que le apreciaba, estaba segura de ello. ¿Con quién quería siempre consultar las cuestiones de negocios sino con el señor Knightley? ¿Quién le prestaba tantos servicios, quién estaba siempre dispuesto a escribirle sus cartas, quién le ayudaba de tan buen grado en todas las cosas? ¿Quién era más amable, más atento, más fiel que él? ¿No le gustaría tenerle siempre en casa? Sí; ésta era la pura verdad. Nunca se cansaba de recibir las visitas del señor Knightley; le gustaría verle cada día; pero hasta entonces había estado viéndole casi cada día... ¿Por qué no podía ser todo igual que hasta ahora?

El señor Woodhouse no se dejó convencer en seguida; pero lo peor ya había pasado, la idea ya estaba lanzada; el tiempo y el insistir continuamente debían hacer lo demás... A los persuasivos argumentos de Emma sucedieron los del señor Knightley, cuyos grandes elogios de ella contribuyeron a dar una perspectiva más favorable a la proposición; y el señor Woodhouse pronto se acostumbró a que uno y otro le hablaran continuamente del asunto en todas las ocasiones propicias... Ambos contaron con todo el apoyo que Isabella podía prestarles mediante cartas en las que expresaba su más decidida aprobación; y en la primera ocasión que tuvo la señora Weston para hablarle del asunto no dejó de presentar el proyecto en los términos más favorables... en primer lugar como una cosa ya decidida, y en segundo, como algo beneficioso... ya que era muy consciente de que ambos argumentos tenían casi el mismo valor para el señor Woodhouse... Llegó a convencerse de que no podía ser de otro modo; y todo el mundo por quien solía dejarse aconsejar le aseguraba que aquella boda

sólo contribuiría a hacerle más feliz. En su fuero interno casi llegó a admitir aquella posibilidad... y empezó a pensar que un día u otro... quizá dentro de un año o de dos... no sería una gran desgracia el que se celebrara aquel matrimonio.

La señora Weston decía lo que pensaba, no tenía que fingir al declararse en favor del proyecto de boda... Al principio había tenido una gran sorpresa; pocas veces la había tenido mayor que cuando Emma le reveló el secreto; pero era algo en lo que sólo veía un aumento de felicidad para todos, y no tuvo ningún reparo en convertirse en acérrima defensora del proyecto... Sentía tanto afecto por el señor Knightley que le creía merecedor incluso de casarse con su querida Emma; y en todos los aspectos era una unión tan adecuada, tan conveniente, tan inmejorable, y en un aspecto en concreto, quizás el más importante, tan particularmente deseable, una elección tan afortunada, que parecía como si Emma no hubiese debido sentirse atraída por ningún otro hombre, y que hubiese sido la más necia de las mujeres si no hubiera pensado en él y no hubiera deseado casarse con él desde hacía ya mucho tiempo... ¡Qué pocos hombres cuya posición les hubiera permitido pensar en Emma, hubiesen renunciado a su propia casa por Hartfield! ¡Y quién como el señor Knightley podía conocer y soportar al señor Woodhouse hasta el punto de conseguir que una decisión como aquélla fuese algo hacedero! Los Weston siempre habían tenido que plantearse el problema de lo que debía hacerse con el pobre señor Woodhouse, cuando forjaban planes acerca de un posible matrimonio entre Frank y Emma... Cómo conciliar los intereses de Enscombe y de Hartfield había sido siempre uno de los inconvenientes más graves con que habían tropezado... el señor Weston no solía darle tanta importancia como su esposa... pero, con todo, nunca había sido capaz de solucionar la cuestión sino diciendo:

-Esas cosas se solucionan solas; ellos ya encontrarán el modo de resolverlo.

Pero en aquel caso no era necesario aplazar ningún conflicto ni hacer vagas suposiciones sobre el futuro. Todo resultaba satisfactorio, claro, perfecto. Nadie hacía un sacrificio digno de ese nombre. Era una boda que ofrecía las máximas perspectivas de felicidad, y en la que no existía ninguna dificultad efectiva, razonable para que nadie se opusiese a ella, o para que fuera preciso aplazarla.

La señora Weston teniendo a su hija en el regazo, y pudiendo hacerse todas estas reflexiones, era una de las mujeres más felices del mundo. Y si algo existía que pudiese aumentar aún más su dicha, era el advertir que el primer juego de gorritos no tardaría mucho en venirle pequeño a la niña.

Cuando se difundió la noticia constituyó una sorpresa para todos; y durante cinco minutos el señor Weston fue uno de los más sorprendidos; pero cinco minutos bastaron para que su viveza mental le familiarizara con la idea... En seguida vio las ventajas de aquella boda, y su alegría no fue inferior a la de su esposa; pero no tardó en olvidar el asombro que le había producido la noticia; y al cabo de una hora casi estaba a punto de creer que él siempre había imaginado que acabaría ocurriendo una cosa así.

-Supongo que tiene que ser un secreto -dijo-. Esas cosas siempre tienen que ser un secreto, hasta que uno se entera que todo el mundo las sabe. Sólo quiero saber cuándo se puede hablar de la boda... No sé si Jane tendrá alguna

sospecha...

Al día siguiente por la mañana fue a Highbury y disipó sus dudas acerca de este punto. Le comunicó las nuevas; ¿no era Jane como una hija suya, una hija ya mayor? Tenía que decírselo; y como la señorita Bates estaba presente, como es lógico, no tardó en enterarse la señora Cole, la señora Perry, e inmediatamente después la señora Elton; era el tiempo que habían previsto los protagonistas del hecho; por la hora en que se enteraron en Randalls, habían calculado lo que tardaría en saberlo todo Highbury; y con gran intuición habían supuesto que aquella noche sólo se hablaría de ellos en todas las familias de los alrededores.

En general todo el mundo aprobó calurosamente el proyecto de boda. Unos pensaron que el afortunado era él, otros que la afortunada era ella. Unos aconsejarían que se trasladasen todos a Donwell y que dejaran Hartfield para John Knightley y su familia; y otros auguraban disputas entre los criados de ambas casas; pero en conjunto nadie puso objeciones muy graves, excepto en una habitación de la Vicaría... Allí la sorpresa no fue suavizada por ninguna alegría. El señor Elton, en comparación con su esposa, apenas se interesó por la noticia; se limitó a decir que «aquella orgullosa podía estar ya satisfecha»; y a suponer que «siempre había querido pescar a Knightley»; y sobre el que se instalarán en Hartfield se atrevió a exclamar: «¡De buena me he librado!»... Pero la señora Elton se lo tomó con mucha menos serenidad... «¡Pobre Knightley! ¡Pobre hombre! ¡Qué mal negocio hace!» Estaba muy apenada porque, aunque fuese muy excéntrico, tenía muchas cualidades muy buenas... ¿Cómo era posible que se hubiese dejado pescar? Tenía la seguridad de que él no estaba enamorado... no, ni muchísimo menos... ¡Pobre Knightley! Aquello sería el fin de la grata relación que habían tenido con él... ¡Estaba tan contento de ir a cenar a su casa siempre que le invitaban! Todo esto se habría terminado... ¡Pobre hombre! No volverían a hacerse visitas a Donwell organizadas por *ella...* ¡Oh, no! Ahora habría una señora Knightley que les aguaría todas las fiestas... ¡Qué lamentable! Pero no se arrepentía en absoluto de haber criticado al ama de llaves de Knightley unos días atrás... ¡Qué disparate vivir todos juntos! No podía salir bien. Conocía a una familia que vivía cerca de Maple Grove que lo había intentado, y habían tenido que separarse al cabo de unos pocos meses.

CAPÍTULO LIV

PASÓ el tiempo. Unos días más y llegaría la familia de Londres. Algo que asustaba un poco a Emma; y una mañana que estaba pensando en las complicaciones que podía traer el regreso de su amiga, cuando llegó el señor Knightley todas las ideas sombrías se desvanecieron. Tras cambiar las primeras frases del alegre encuentro, él permaneció silencioso; y luego en un tono más grave dijo:

-Tengo algo que decirle, Emma. Noticias.

-¿Buenas o malas? -dijo ella con rapidez mirándole fijamente.

-No sé cómo deberían considerarse.

-¡Oh! Estoy segura de que serán buenas; lo veo por la cara que pone; está haciendo esfuerzos para no sonreír.

-Me temo -dijo él poniéndose más serio-, me temo mucho, mi querida Emma, que no va usted a sonreír cuando las oiga.

-¡Vaya! ¿Y por qué no? No puedo imaginar que haya algo que le guste a usted y que le divierta, y que no me guste ni me divierta también a mí.

-Hay una cuestión -replicó-, confío en que sólo una, en la que no pensamos igual.

Hizo una breve pausa, volvió a sonreír, y sin apartar la mirada de su rostro añadió:

-¿No se imagina lo que puede ser? ¿No se acuerda...? ¿No se acuerda de Harriet Smith?

Al oír este nombre Emma enrojeció y tuvo miedo de algo, aunque no sabía exactamente de qué.

-¿Ha tenido noticias de ella esta mañana? -preguntó él-. Sí, ya veo que sí y que lo sabe todo.

-No, no he recibido carta; no sé nada; dígame de qué se trata, por favor.

-Veo que está preparada para lo peor... y realmente no es una buena noticia. Harriet Smith se casa con Robert Martin.

Emma tuvo un sobresalto que no dio la impresión de ser fingido... y el centelleo que pasó por sus ojos parecía querer decir «No, no es posible...» Pero sus labios siguieron cerrados.

-Pues así es -continuó el señor Knightley-. Me lo ha dicho el mismo Robert Martin. Acabo de dejarle hace menos de media hora.

Ella seguía contemplándole con el más elocuente de los asombros.

-Como ya esperaba, la noticia la ha contrariado... Ojalá coincidieran también en esto nuestras opiniones. Pero con el tiempo coincidirán. Puede usted estar segura de que el tiempo hará que el uno o el otro cambiemos de parecer; y entretanto no es preciso que hablemos mucho del asunto.

-No, no, no me entiende usted, no es eso -replicó ella dominándose-. No es que me contraríe la noticia... es que casi no puedo creerlo. ¡Parece imposible! ¿Quiere usted decir que Harriet Smith ha aceptado a Robert Martin? No querrá decir que él ha vuelto a pedir su mano... Querrá decir que tiene intenciones de hacerlo...

-Quiero decir que ya lo ha hecho... -replicó el señor Knightley sonriendo, pero con decisión- y que ha sido aceptado.

-¡Cielo Santo! -exclamó ella-. ¡Vaya!

Y después de recurrir a la cesta de la labor para tener un pretexto para bajar la cabeza y ocultar el intenso sentimiento de júbilo que debían de expresar sus facciones, añadió:

-Bueno, ahora cuéntemelo todo; a ver si lo entiendo. ¿Cómo, dónde, cuándo? Dígamelo todo; en mi vida había tenido una sorpresa igual... pero le aseguro que no me da ningún disgusto... ¿Cómo... cómo ha sido posible...?

-Es una historia muy sencilla. Hace tres días él fue a Londres por asuntos de negocios, y yo le di unos papeles que tenía que mandar a John. Fue a ver a John a su despacho, y mi hermano le invitó a ir con ellos al Astley aquella tarde.

Querían llevar al Astley a los dos mayores. Iban a ir mi hermano, su hermana, Henry, John... y la señorita Smith. Mi amigo Robert no podía negarse. Pasaron a recogerle y se divirtieron mucho; John le invitó a cenar con ellos al día siguiente... él acudió... y durante esta visita (por lo que se ve) tuvo ocasión de hablar con Harriet; y desde luego no fue en vano... Ella le aceptó y de este modo hizo a Robert casi tan feliz como merece. Regresó en la diligencia de ayer, y esta mañana después del desayuno ha venido a verme para decirme el resultado de sus gestiones: primero de las que yo le había encomendado, y luego de las suyas propias. Eso es todo lo que puedo decirle acerca del cómo, dónde y cuándo. Su amiga Harriet ya le contará muchas más cosas cuando se vean... Le contará hasta los detalles más insignificantes, ésos a los que sólo el lenguaje de una mujer puede dar interés... En nuestra conversación sólo hemos hablado en general... Pero tengo que confesar que Robert Martin me ha parecido muy minucioso en los detalles, sobre todo conociendo su modo de ser; sin que viniera mucho a cuento, me ha estado contando que al salir del palco, en el Astley, mi hermano se cuidó de su esposa y del pequeño John, y él iba detrás con la señorita Smith y con Henry; y que hubo un momento en que se vieron rodeados de tanta gente, que la señorita Smith incluso se encontró un poco indispuesta...

Él dejó de hablar... Emma no se atrevía a darle una respuesta inmediata... Estaba segura de que hablar significaría delatar una alegría que no era explicable. Tenía que esperar un poco más, de lo contrario él creería que estaba loca. Pero este silencio preocupó al señor Knightley; y después de observarla durante unos momentos, añadió:

-Emma, querida mía, dice usted que este hecho ahora no le representa un disgusto; pero temo que le preocupe más de lo que usted esperaba. La clase social de él podría ser un obstáculo... pero tiene usted que pensar que para su amiga eso no es un inconveniente; y yo le respondo que tendrá cada vez mejor opinión de él a medida que le vaya conociendo más. Su sentido común y la rectitud de sus principios le cautivarán... Por lo que se refiere a él como persona, no podría usted desear que su amiga estuviera en mejores manos; en cuanto a su categoría social, yo la mejoraría si pudiese; y le aseguro, Emma, que ya es decir mucho por mi parte... Usted se ríe de mí porque no puedo prescindir de William Larkins; pero tampoco puedo prescindir en absoluto de Robert Martin.

Él quería que le mirase y sonriese; y como Emma ahora tenía una excusa para sonreír abiertamente, así lo hizo, diciendo de un modo alegre:

-No tiene usted que preocuparse tanto por hacerme ver los lados buenos de esta boda. En mi opinión Harriet ha obrado muy bien. Las relaciones de ella quizá sean peores que las de él; sin duda en respetabilidad lo son. Si me he quedado callada ha sido sólo por la sorpresa; he tenido una gran sorpresa. No puede usted imaginarse lo inesperado que ha sido para mí... lo desprevenida que estaba... Porque tenía motivos para creer que en estos últimos tiempos estaba más predispuesta contra él que tiempo atrás.

-Debería usted de conocer mejor a su amiga -replicó el señor Knightley-; yo hubiese dicho que era una muchacha de muy buen carácter, de corazón muy tierno, que difícilmente puede llegar a estar muy predispuesta en contra de un

joven que le dice que la ama.

Emma no pudo por menos de reírse mientras contestaba:

-Le doy mi palabra de que creo que la conoce usted tan bien como yo... Pero, señor Knightley, ¿está usted completamente seguro de que le ha *aceptado* inmediatamente, sin ningún reparo? Yo hubiese podido suponer que con el tiempo... pero ¡tan pronto ya...! ¿Está seguro de que entendió usted bien a su amigo? Los dos debieron de estar hablando de muchas cosas más: de negocios, de ferias de ganado, de nuevas clases de arados... ¿No es posible que al hablar de tantas cosas distintas usted le entendiera mal? ¿Era la mano de Harriet de lo que él estaba tan seguro? ¿No eran las dimensiones de algún buey famoso?

En aquellos momentos el contraste entre el porte y el aspecto del señor Knightley y Robert Martin se hizo tan acusado para Emma, era tan intenso el recuerdo de todo lo que le había ocurrido recientemente a Harriet, tan actual el sonido de aquellas palabras que había pronunciado con tanto énfasis -«No, creo que ya tengo demasiada experiencia para pensar en Robert Martin»-, que esperaba que en el fondo esta reconciliación fuese aún prematura. No podía ser de otro modo.

-¿Cómo puede decir una cosa así? -exclamó el señor Knightley-. ¿Cómo puede suponer que soy tan necio como para no enterarme de lo que me dicen? ¿Qué merecería usted?

-¡Oh! Yo siempre merezco el mejor trato porque no me conformo con ningún otro; y por lo tanto tiene que darme una respuesta clara y sencilla. ¿Está usted completamente seguro de que entendió la situación en que se encuentran ahora el señor Martin y Harriet?

-Completamente seguro -contestó él enérgicamente- de que me dijo que ella le había aceptado; y de que no había ninguna oscuridad, nada dudoso en las palabras que usó; y creo que puedo darle una prueba de que las cosas son así. Me ha preguntado si yo sabía lo que había que hacer ahora. La única persona a quien él conoce para poder pedir informes sobre sus parientes o amigos es la señora Goddard. Yo le dije que lo mejor que podía hacer era dirigirse a la señora Goddard. Y él me contestó que procuraría verla hoy mismo.

-Estoy totalmente convencida -replicó Emma con la más luminosa de sus sonrisas-, y les deseo de todo corazón que sean felices.

-Ha cambiado usted mucho desde la última vez que hablamos de este asunto.

-Así lo espero... porque entonces yo era una atolondrada.

-También yo he cambiado; ahora estoy dispuesto a reconocer que Harriet tiene todas las buenas cualidades. Por usted, y también por Robert Martin (a quien siempre he creído tan enamorado de ella como antes), me he esforzado por conocerla mejor. En muchas ocasiones he hablado bastante con ella. Ya se habrá usted fijado. La verdad es que a veces yo tenía la impresión de que usted casi sospechaba que estaba abogando por la causa del pobre Martin, lo cual no era cierto. Pero gracias a esas charlas me convencí de que era una muchacha natural y afectuosa, de ideas muy rectas, de buenos principios muy arraigados, y que cifraba toda su felicidad en el cariño y la utilidad de la vida doméstica... no tengo la menor duda de que gran parte de esto se lo debe a usted.

-¿A mí? -exclamó Emma negando con la cabeza-. ¡Ah, pobre Harriet!

Sin embargo supo dominarse y se resignó a que le elogiaran más de lo que merecía.

Su conversación no tardó en ser interrumpida por la llegada de su padre. Emma no lo lamentó. Quería estar a solas. Su estado de exaltación y de asombro no le permitía estar en compañía de otras personas. Se hubiera puesto a gritar, a bailar y a cantar; y hasta que no echara a andar y se hablara a sí misma y riera y reflexionara, no se veía con ánimos para hacer nada a derechas.

Su padre llegaba para anunciar que James había ido a enganchar los caballos, operación preparatoria del ahora cotidiano viaje a Randalls; y por lo tanto Emma tuvo una excelente excusa para desaparecer.

Ya puede imaginarse cuál sería la gratitud, el extraordinario júbilo que la dominaban. Con aquellas halagüeñas perspectivas que se abrían para Harriet su única preocupación, el único obstáculo que se oponía a su dicha desaparecían, y Emma sintió que corría el peligro de ser demasiado feliz. ¿Qué más podía desear? Nada, excepto hacerse cada día más digna de él, cuyas intenciones y cuyo criterio habían sido siempre tan superiores a los suyos. Nada, sino esperar que las lecciones de sus locuras pasadas le enseñasen humildad y prudencia para el futuro.

Estaba muy seria, muy seria sintiendo aquellos impulsos de gratitud y tomando aquellas decisiones, y sin embargo en aquellos mismos momentos no podía evitar reírse. Era forzoso reírse de aquel desenlace. ¡Qué final para todas aquellas tribulaciones suyas de cinco semanas atrás! ¡Qué corazón el de Harriet, Santo Dios!

Ahora le ilusionaba pensar en su regreso... todo le producía ilusión. Sentía gran ilusión por conocer a Robert Martin.

Una de las cosas que ahora contribuían a su felicidad era pensar que pronto no tendría que ocultar nada al señor Knightley. Pronto podrían terminar todas aquellas cosas que tanto odiaba; los disimulos, los equívocos, los misterios. En el futuro podría tener en él una confianza plena, perfecta, que por su manera de ser consideraba como un deber.

Así pues, alegre y feliz como nunca se puso en camino en compañía de su padre; no siempre escuchándole, pero siempre dándole la razón a todo lo que decía; y ya fuera en silencio ya hablando, aceptando la grata convicción que tenía su padre de que estaba obligado a ir a Randalls todos los días, ya que de lo contrarío la pobre señora Weston tendría una desilusión.

Llegaron por fin... La señora Weston estaba sola en la sala de estar; pero cuando apenas había recibido las últimas noticias sobre la niña y se dio las gracias al señor Woodhouse por la molestia que se había tomado, agradecimiento que él reclamó, a través de los postigos se divisaron dos siluetas que pasaban cerca de la ventana.

-Son Frank y la señorita Fairfax -dijo la señora Weston-. Ahora mismo iba a decirles que esta mañana hemos tenido la agradable sorpresa de verle llegar. Se quedará hasta mañana y ha convencido a la señorita Fairfax para que pase el día con nosotros... Creo que van a entrar.

Al cabo de medio minuto entraban en la sala. Emma se alegró mucho de volver a verle, pero ambos quedaron un poco confusos... Por las dos partes había

demasiados recuerdos embarazosos. Se estrecharon las manos sonriendo, pero con una turbación que al principio les impidió ser muy locuaces; todos volvieron a sentarse y durante unos momentos hubo un silencio tal que Emma empezó a dudar de que el deseo que había tenido durante tantos días de volver a ver a Frank Churchill y de verle en compañía de Jane le procurara algún placer. Pero cuando se les unió el señor Weston y trajeron a la niña, no faltaron ni temas de conversación ni alegría... y Frank Churchill tuvo el valor y la ocasión de acercarse a ella y decirle:

-Señorita Woodhouse, tengo que darle las gracias por unas cariñosas frases de perdón que me transmitió la señora Weston en una de sus cartas... confío que el tiempo que ha transcurrido no la ha hecho menos benevolente. Confío en que no se retracte usted de lo que dijo entonces.

-No, desde luego -exclamó Emma contentísima de que se rompiera el hielo-, en absoluto. Me alegro mucho de verle y de saludarle... y de felicitarle personalmente.

Él le dio las gracias de todo corazón y durante un rato siguió hablando muy seriamente acerca de su gratitud y de su felicidad.

-¿Verdad que tiene buen aspecto? -dijo volviendo los ojos hacia Jane-. Mejor del que solía tener, ¿verdad? Ya ve cómo la miman mi padre y la señora Weston.

Pero no tardó en mostrarse más alegre, y con la risa en los ojos después de mencionar el esperado regreso de los Campbell citó el nombre de Dixon... Emma se ruborizó y le prohibió que volviese a pronunciar aquel nombre delante de ella.

-No puedo pensar en todo aquello sin sentirme muy avergonzada -dijo.

-La vergüenza -contestó él- es toda para mí, o debería serlo. Pero ¿es posible que no tuviera usted ninguna sospecha? Me refiero a los últimos tiempos. Al principio ya sé que no sospechaba nada.

-Le aseguro que nunca tuve ni la menor sospecha.

-Pues la verdad es que me deja sorprendido. En cierta ocasión estuve casi a punto... y ojalá lo hubiera hecho... hubiese sido mejor. Pero aunque estaba continuamente portándome mal, me portaba mal de un modo indigno y que no me reportaba ningún beneficio... Hubiese sido una transgresión más tolerable el que yo le hubiese revelado el secreto y se lo hubiese dicho todo.

-Ahora ya no vale la pena de lamentarlo -dijo Emma.

-Tengo esperanzas -siguió él- de poder convencer a mi tío para que venga a Randalls; quiere que le presente a Jane. Cuando hayan vuelto los Campbell nos reuniremos todos en Londres y espero que sigamos allí hasta que podamos llevárnosla al norte... pero ahora estoy tan lejos de ella... ¿Verdad que es penoso señorita Woodhouse? Hasta esta mañana no nos habíamos visto desde el día de la reconciliación. ¿No me compadece?

Emma le expresó su compasión en términos tan efusivos que el joven en un súbito exceso de alegría exclamó:

-¡Ah, a propósito! -Y entonces bajó la voz y se puso serio por un momento-. Espero que el señor Knightley siga bien.

Hizo una pausa... ella se ruborizó y se echó a reír.

-Ya sé -dijo- que leyó mi carta y supongo que recuerda el deseo que formulé para usted. Permita que ahora sea yo quien la felicite... le aseguro que al recibir la noticia he sentido un gran interés y una inmensa satisfacción... es un hombre de quien nunca se podrá decir que se le elogia demasiado.

Emma estaba encantada y sólo deseaba que él siguiese por aquel camino; pero al cabo de un momento el joven volvía a sus asuntos y a su Jane. Y las palabras siguientes fueron:

-¿Ha visto usted alguna vez una tez igual? Esa suavidad, esa delicadeza... y sin embargo no puede decirse que sea realmente bella... no puede llamársele bella. Es una clase de belleza especial, con esas pestañas y ese pelo tan negro... Un tipo de belleza tan peculiar... Y tan distinguida... Tiene el color preciso para que pueda llamársele bella.

-Siempre la he admirado -replicó Emma intencionadamente-; pero si no recuerdo mal hubo un tiempo en que usted consideraba su palidez como un defecto... la primera vez que hablamos de ella. ¿Ya lo ha olvidado?

-¡Oh, no! ¡Qué desvergonzado fui! ¿Cómo pude atreverme...?

Pero se reía de tan buena gana al recordarlo que Emma no pudo por menos que decir:

-Sospecho que en medio de todos los conflictos que tenía usted por entonces se divertía mucho jugando con todos nosotros... Estoy segura de que era así... estoy segura de que eso le servía de consuelo.

-Oh, no, no... ¿Cómo puede creerme capaz de una cosa así? ¡Yo era el hombre más desgraciado del mundo!

-No tan desgraciado como para ser insensible a la risa. Estoy segura de que se divertía usted mucho pensando que nos estaba engañando a todos... y tal vez si tengo esta sospecha es porque, para serle franca, me parece que si yo hubiese estado en su misma situación también lo hubiera encontrado divertido. Veo que hay un cierto parecido en nosotros.

Él le hizo una leve reverencia.

-Si no en nuestros caracteres -añadió en seguida con un aire de hablar en serio-, sí en nuestro destino; ese destino que nos llevará a casarnos con dos personas que están tan por encima de nosotros.

-Cierto, tiene toda la razón -replicó él apasionadamente-. No, no es verdad por lo que respecta a usted. No hay nadie que pueda estar por encima de usted, pero en cuanto a mí sí es cierto... ella es un verdadero ángel. Mírela. ¿No es un verdadero ángel en todos sus gestos? Fíjese en la curva del cuello, fíjese en sus ojos ahora que está mirando a mi padre... Sé que se alegrará usted de saber -inclinándose hacia ella y bajando la voz muy serio- que mi tío piensa darle todas las joyas de mi tía. Las haremos engarzar de nuevo. Estoy decidido a que algunas de ellas sean para una diadema. ¿Verdad que le sentará bien con un cabello tan negro?

-Le sentará de maravilla -replicó Emma.

Y se expresó con tanto entusiasmo que él, lleno de gratitud, exclamó:

-¡Qué contento estoy de volverla a ver! ¡Y de ver que tiene tan buen aspecto! Por nada del mundo me hubiese querido perder este encuentro. Desde luego si no hubiera venido usted yo hubiera ido a visitarla a Hartfield.

Los demás habían estado hablando de la niña, ya que la señora Weston les había contado que habían tenido un pequeño susto puesto que la noche anterior la pequeña se había sentido indispuesta. Ella creía que había exagerado, pero había tenido un susto y había estado casi a punto de mandar llamar al señor Perry. Quizá debiera avergonzarse, pero el señor Weston había estado tan intranquilo como ella. Sin embargo, al cabo de diez minutos la niña había vuelto a encontrarse completamente bien; esto fue lo que contó; quien se mostró más interesado fue el señor Woodhouse, quien le recomendó que se acordara siempre de Perry y que le mandara llamar, y que sólo lamentaba que no lo hubiese hecho.

-Cuando la niña no se encuentre bien del todo, aunque parezca que no sea casi nada y aunque sólo sea por un momento, no deje de llamar siempre a Perry. Uno nunca se asusta demasiado pronto ni llama demasiado a menudo a Perry. Quizás ha sido una lástima que no viniera ayer por la noche; ahora la niña parece estar muy bien, pero hay que tener en cuenta que si Perry la hubiera visto probablemente se encontraría mejor.

Frank Churchill recogió el nombre.

-¡Perry! -dijo a Emma, intentando que mientras hablaba su mirada se cruzase con la de la señorita Fairfax-. ¡Mi amigo el señor Perry! ¿Qué están diciendo del señor Perry? ¿Ha venido esta mañana? ¿Iba a caballo o en coche? ¿Ya se ha comprado el coche?

Emma recordó en seguida y le comprendió; y mientras unía sus risas a las suyas creyó advertir por la actitud de Jane que ella también le había oído, aunque intentaba parecer sorda.

-¡Qué sueño más raro tuve aquella vez! -exclamó-. Cada vez que me acuerdo de aquello no puedo por menos de reírme... Nos oye, nos oye, señorita Woodhouse. Se lo noto en la mejilla, en la sonrisa, en su intento inútil de fruncir el ceño. Mírela. ¿No ve que en este instante tiene ante los ojos aquel trozo de su carta en el que me lo contó...? ¿No ve que está pensando en aquella torpeza mía que no puede prestar atención a nada más aunque finja escuchar a los otros?

Por un momento Jane se vio obligada a sonreír abiertamente; y aún seguía sonriendo en parte cuando se volvió hacía él y le dijo en voz baja pero llena de convicción y de firmeza:

-¡No comprendo cómo puedes sacar a relucir esas cosas! A veces tendremos que recordarlas aun a pesar nuestro... ¡Pero que seas capaz de complacerte recordándolas!

Él contestó aduciendo muchos argumentos en su defensa, todos muy hábiles, pero Emma se inclinaba a dar la razón a Jane; y al irse de Randalls y al comparar como era natural aquellos dos hombres, comprendió que a pesar de que se había alegrado mucho de volver a ver a Frank Churchill y de que sentía por él una gran amistad, nunca se había dado tanta cuenta de lo superior que era el señor Knightiey. Y la felicidad de aquel felicísimo día se completó con la satisfactoria comprobación de las cualidades de éste que aquella comparación le había sugerido.

CAPÍTULO LV

SI en algunos momentos Emma aún se sentía inquieta por Harriet, si no dejaba de tener dudas de que le hubiera sido posible llegar a olvidar su amor por el señor Knightley y aceptar a otro hombre con un sincero afecto, no tardó mucho tiempo en verse libre de esta incertidumbre. Al cabo de unos pocos días llegó la familia de Londres, y apenas tuvo ocasión de pasar una hora a solas con Harriet quedó completamente convencida, a pesar de que le parecía inverosímil, de que Robert Martin había suplantado por entero al señor Knightley, y de que su amiga acariciaba ahora de nuevo todos sus sueños de felicidad.

Harriet estaba un poco temerosa... Al principio parecía un tanto abatida; pero una vez hubo reconocido que había sido presuntuosa y necia y que se había estado engañando a sí misma, su zozobra y su turbación se esfumaron junto con sus palabras, dejándola sin ninguna inquietud por el pasado y exultante de esperanza por el presente y el porvenir; porque, dado que en lo relativo a la aprobación de su amiga, Emma había disipado al momento todos sus temores al recibirla dándole su más franca enhorabuena, Harriet se sentía feliz relatando todos los detalles del día que estuvieron en el Astley y de la cena del día siguiente; se demoraba en la narración con el mayor de los placeres. Pero ¿qué demostraban aquellos detalles? El hecho era que, como Emma podía ahora confesar a Harriet, siempre le había gustado Robert Martin; y el hecho de que él hubiera seguido amándole había sido decisivo... Todo lo demás resultaba incomprensible para Emma.

Sin embargo sólo había motivos para alegrarse de aquel noviazgo y cada día que pasaba le daba nuevas razones para creerlo así... Los padres de la joven se dieron a conocer. Resultó ser la hija de un comerciante lo suficientemente rico para asegurarle la vida holgada que había llevado hasta entonces, y lo suficientemente honorable para haber querido siempre ocultar su nacimiento... Llevaba, pues, en sus venas sangre de personas distinguidas como Emma tiempo atrás había supuesto... Probablemente sería una sangre tan noble como la de muchos caballeros; pero ¡qué boda le había estado preparando al señor Knightley! ¡O a los Churchill... o incluso al señor Elton...! La mancha de ilegitimidad que no podía lavar ni la nobleza ni la fortuna hubiera seguido siendo a pesar de todo una mancha.

El padre no puso ningún obstáculo; el joven fue tratado con toda liberalidad; *y* todo fue como debía ser; *y* cuando Emma conoció a Robert Martin, a quien por fin presentaron en Hartfield, reconoció en él todas las cualidades de buen criterio y de valía que eran las más deseables para su amiga. No tenía la menor duda de que Harriet sería feliz con cualquier hombre de buen carácter; pero con él y en el hogar que le ofrecía podía esperarse más, una seguridad, una estabilidad y una mejora en todos los órdenes. Harriet se vería situada en medio de los que la querían y que tenían más sentido común que ella; lo suficientemente apartada de la sociedad para sentirse segura, y lo suficientemente atareada para sentirse alegre. Nunca podría caer en la tentación. Ni tendría oportunidad de ir a buscarla. Sería respetada y feliz; y Emma admitía que era el ser más feliz del

mundo por haber despertado en un hombre como aquél un afecto tan sólido y perseverante; o si no la más feliz del mundo, la segunda en felicidad después de ella.

A Harriet, ligada como era natural por sus nuevos compromisos con los Martin, cada vez se la veía menos por Hartfield, lo cual no era de lamentar... la intimidad entre ella y Emma debía decaer; su amistad debía convertirse en una especie de mutuo afecto más sosegado; y afortunadamente lo que hubiese sido más deseable y que debía ocurrir empezaba ya a insinuarse de un modo paulatino y espontáneo.

Antes de terminar setiembre Emma asistió a la boda de Harriet y vio cómo concedía su mano a Robert Martin con una satisfacción tan completa que ningún recuerdo ni siquiera los relacionados con el señor Elton a quien en aquel momento tenían delante, podía llegar a empañar... La verdad es que entonces no veía al señor Elton sino al clérigo cuya bendición desde el altar no debía de tardar en caer sobre ella misma... Robert Martin y Harriet Smith, la última de las tres parejas que se habían prometido había sido la primera en casarse.

Jane Fairfax ya había abandonado Highbury, y había vuelto a las comodidades de su amada casa con los Campbell... Los dos señores Churchill también estaban en Londres; y sólo esperaban a que llegase el mes de noviembre.

Octubre había sido el mes que Emma y el señor Knightley se habían atrevido a señalar para su boda... Habían decidido que ésta se celebrase mientras John e Isabella estuvieran todavía en Hartfield con objeto de poder hacer un viaje de dos semanas por la costa como habían proyectado... John e Isabella, y todos los demás amigos aprobaron este plan. Pero el señor Woodhouse... ¿Cómo iban a lograr convencer al señor Woodhouse que sólo aludía a la boda como algo muy remoto?

La primera vez que tantearon la cuestión se mostró tan abatido que casi perdieron toda esperanza... Pero una segunda alusión pareció afectarle menos... Empezó a pensar que tenía que ocurrir y que él no podía evitarlo... Un progreso muy alentador en el camino de la resignación. Sin embargo no se le veía feliz. Más aún, estaba tan triste que su hija casi se desanimó. No podía soportar verle sufrir, saber que se consideraba abandonado; y aunque la razón le decía que los dos señores Knightley estaban en lo cierto al asegurarle que una vez pasada la boda su decaimiento no tardaría en pasar también, Emma dudaba... no acababa de decidirse...

En este estado de incertidumbre vino en su ayuda no una súbita iluminación de la mente del señor Woodhouse ni ningún cambio espectacular de su sistema nervioso, sino un factor de este mismo sistema obrando en sentido opuesto... Cierta noche desaparecieron todos los pavos del gallinero de la señora Weston... Evidentemente por obra del ingenio humano. Otros corrales de los alrededores sufrieron la misma suerte... En los temores del señor Woodhouse un pequeño hurto se convertía en un robo en gran escala con allanamiento de morada... Estaba muy inquieto; y de no ser porque se sentía protegido por su yerno hubiese pasado todas las noches terriblemente asustado. La fuerza, la decisión y la presencia de ánimo de los dos señores Knightley le dejaron completamente a su merced... Pero el señor John Knightley tenía que volver a Londres a fines

de la primera semana de noviembre.

La consecuencia de estas inquietudes fueron que con un consentimiento más animado y más espontáneo de lo que su hija hubiese podido nunca llegar a esperar en aquellos momentos, Emma pudo fijar el día de su boda... Y un mes más tarde de la boda del señor y de la señora Robert Martin, se requirió al señor Elton para unir en matrimonio al señor Knightley y a la señorita Woodhouse.

La boda fue muy parecida a cualquier otra boda en la que los novios no se muestran aficionados al lujo y a la ostentación; y la señora Elton, por los detalles que le dio su marido, la consideró como extremadamente modesta y muy inferior a la suya... «muy poco raso blanco, muy pocos velos de encaje; en fin, algo de lo más triste... Selina abrirá unos ojos como platos cuando se lo cuente...» Pero, a pesar de tales deficiencias, los deseos, las esperanzas, la confianza y los augurios del pequeño grupo de verdaderos amigos que asistieron a la ceremonia se vieron plenamente correspondidos por la perfecta felicidad de la pareja.